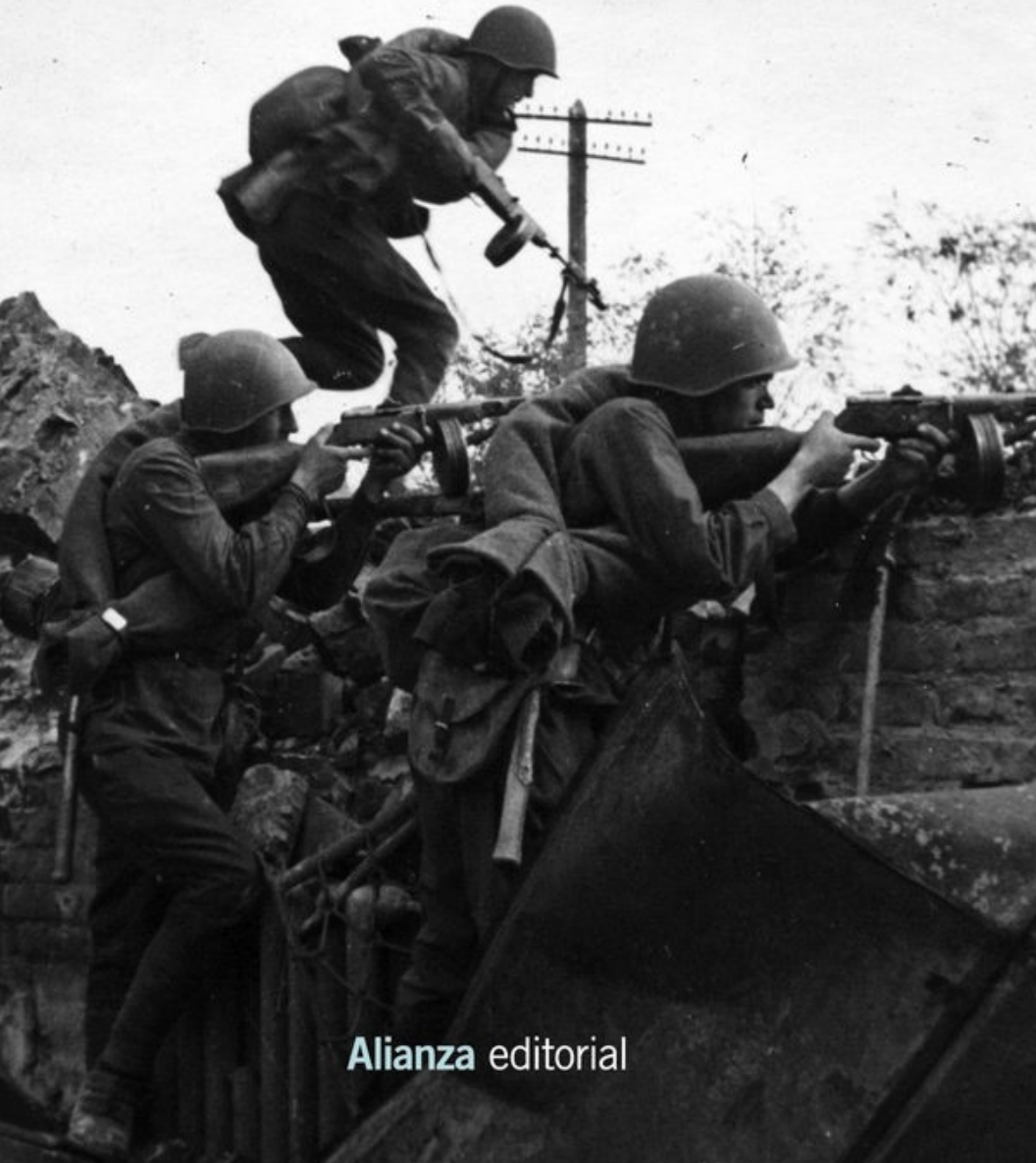
Xosé M. Núñez Seixas

El frente del Este

HISTORIA Y MEMORIA DE LA GUERRA GERMANO-SOVIÉTICA (1941-1945)



Alianza editorial

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS

EL FRENTE DEL ESTE

Historia y memoria de la guerra germano-soviética (1941-1945)

Alianza editorial

Edición en formato digital: 2018
© Xosé M. Núñez Seixas, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es
ISBN ebook: 978-84-9181-291-3

Índice

ÍNDICE DE ABREVIATURAS Y TÉRMINOS RUSOS Y ALEMANES UTILIZADOS

INTRODUCCIÓN

1. VISIONES DE IMPERIO (1920-1941)

1.1. El síndrome del Vístula y la imagen de la URSS en Alemania
1.2. El sueño imperial y la preparación de una guerra de exterminio
1.3. La leyenda de la «limpia Wehrmacht» y la realidad

2. BUSCANDO EL CORAZÓN DE LA BESTIA

2.1. Tormenta en la estepa: la Operación Barbarroja
2.2. El fin del principio: la batalla de Moscú
2.3. Aliados, cruzados y colaboracionistas contra el bolchevismo

3. UNA GUERRA DIFERENTE: EMBRUTECIMIENTO, EXPLOTACIÓN Y EXTERMINIO

3.1. El embrutecimiento de las condiciones de combate
3.2. Una guerra racial: el destino de los judíos soviéticos
3.3. La degradación del prisionero
3.4. Agazapados en los bosques: la guerra de los partisanos
3.5. ¿Producir o matar? La explotación de los territorios ocupados
3.6. Sobre la vida cotidiana de ocupantes y ocupados
3.7. ¿Un caso particular? Italianos y españoles en el frente del Este

4. ESCENARIOS DECISIVOS

4.1. Matar por hambre: el cerco de Leningrado (1941-1944)
4.2. La batalla del siglo: Stalingrado (1942-1943)
4.3. La última ofensiva: la batalla de Kursk (1943)

5. POR LA PATRIA SOVIÉTICA HACIA LA VICTORIA

5.1. *«Za rodinu, za Stalina!»:* movilización, patriotismo y terror
5.2. El contraataque definitivo: camino de Alemania (1944)

6. LA VENGANZA DE IVÁN

6.1. La conquista de Berlín (1945): muerte, saqueo y estupro
6.2. Un alto precio y una herencia ambigua

7. LEGADO Y MEMORIA DEL FRENTE DEL ESTE (1945-2018)

7.1. Alemania: de víctimas a compañeros de viaje
7.2. La larga sombra de la Gran Guerra Patriótica
7.3. La Europa oriental postsoviética: ocupantes, ocupados y patriotas
7.4. Finlandia: el paradigma de la heroica excepcionalidad
7.5. «No sabemos odiar»: la guerra limpia del simpático mediterráneo
CRONOLOGÍA
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA
CRÉDITOS

ÍNDICE DE ABREVIATURAS Y TÉRMINOS RUSOS Y ALEMANES UTILIZADOS

AK: *Armia Krajowa* (Ejército polaco del interior).

Einsatzgruppe: Literalmente, «grupo de despliegue» o «de intervención», unidades móviles de exterminio formadas en junio de 1941.

Feldgendarmerie: Policía Militar alemana.

Frontovik: Soldado de infantería soviético (con experiencia de combate).

Gauleiter: Líder territorial del partido nazi (*Gau:* distrito).

Gestapo: *Geheime Staatspolizei* (Policía secreta del Estado del III Reich).

Gulag: Acrónimo de *Glávnoye Upravleniye Ispravitel'no-trudovíj Lagueréi,* Dirección General de Campos de Trabajo de la URSS, que por extensión pasó a designar a los campos de trabajo dependientes de ella.

Heer: Ejército de Tierra alemán.

Komsomol: Acrónimo de *Kommunisticheskiy Soyuz*

	Molodiozhi (Unión de la Juventud Comunista Soviética).
Landser:	Soldado de infantería alemán.
Luftwaffe:	Arma aérea alemana.
NKVD:	*Narodnyi Komissariat Vnutrennikh Del* (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos).
OKH:	*Oberkommando des Heeres* (Alto Mando del Ejército de Tierra alemán).
OKW:	*Oberkommando der Wehrmacht* (Alto Mando de las Fuerzas Armadas alemanas).
Ostheer:	Ejército alemán del Este.
Panzergruppe:	Grupo blindado de la Wehrmacht.
Politruk:	Comisario político del Ejército Rojo.
RSHA:	*Reichssicherheitshauptamt* (Oficina Central de Seguridad del Reich).
SMERSh:	*Smert' Shpionam* (literalmente, «muerte a los espías»), organización de contraespionaje soviética.
SD:	*Sicherheitsdienst* (Servicio de Seguridad, dependiente del RSHA).
SS:	*Schutzstaffel* (Secciones de protección del partido nazi).

Stárost:	Alcalde colaboracionista nombrado por los alemanes en territorio ocupado.
Stavka:	*Stavka Glavnogo Komandovaniia* (Mando Supremo de las Fuerzas Armadas de la URSS). Cambió sucesivas veces de nombre, pero mantuvo su denominación genérica de *Stavka* (cuartel general).
Strafhnik:	Soldado de una compañía de castigo del Ejército Rojo.
UPA:	*Ukrajinska Povstanska Armija* (Ejército Insurgente Ucraniano).
Volkssturm:	«Asalto Popular», milicia formada por civiles alemanes en los últimos meses de la guerra.
Waffen SS:	Secciones armadas de las SS.
Wehrmacht:	Fuerzas Armadas del III Reich.

Los términos son explicados en su mayoría a medida que aparecen en el texto, salvo aquellas palabras y expresiones de conocimiento general (como *Führer* o *III Reich*). La totalidad de las citas textuales procedentes del alemán han sido traducidas directamente por el autor.

INTRODUCCIÓN

El presente ensayo no ambiciona ser una obra de consulta exhaustiva sobre la guerra germano-soviética, conflicto que marcó de forma profunda la historia de Europa y del mundo en el siglo XX, y sin la cual el desarrollo y el desenlace de la II Guerra Mundial habrían sido muy diferentes. Pero sí pretende ofrecer una síntesis informada e interpretativa, que incluye dosis variadas de investigación y reflexión propia, resultado de mi ya antiguo interés por la historia social, política y cultural europea del *siglo de los extremos,* y de la bibliografía y documentación consultadas durante la reelaboración de mi libro sobre la historia y la memoria de la División Española de Voluntarios o *División Azul* en el frente del Este, publiado en 2016 con el título *Camarada invierno*. El acopio de lecturas, documentación y reflexiones consiguientes llevó a una propuesta inicial del profesor Francisco Sevillano (Universidad de Alicante) para que elaborase una monografía sobre un aspecto concreto de la guerra del Este. La idea que fue retomada poco después por Alianza Editorial, y en especial por Cristina Castrillo, quien aceptó la reformulación del proyecto inicial en un libro de ámbito temático más amplio y ambicioso, publicado en 2007 con el título *Imperios de muerte. La guerra germano-soviética, 1941-1945,* que disfrutó de una positiva recepción por parte del público lector y universitario.

Hoy, más de diez años después, gracias en parte a la buena acogida de que disfrutó en la crítica y en el público la primera edición, tenemos el gusto de presentar una segunda edición aumentada, corregida y actualizada, y con un título

renovado, gracias a la buena disposición de la editorial, en primer lugar de sus actuales responsables Manuel Florentín, Valeria Ciompi y Juan Pro.

La guerra germano-soviética, también llamada «guerra de Rusia» o «frente del Este» en sentido amplio, constituyó una inmensa carnicería en la que se enfrentaron millones de hombres en los campos de batalla en condiciones climáticas y ambientales de una dureza difícilmente imaginables. Pero supuso asimismo un ensayo de reordenación geopolítica del continente europeo, y aun de buena parte del mundo, por parte de un poder totalitario, como era el del III Reich, animado de una vocación mesiánica por alterar el destino de millones de personas en función de sus características étnicas, culturales y biológicas. Y a una reestructuración del mapa de Europa también aspiraba una dictadura totalitaria, la estalinista, con el fin de crear las condiciones para la hegemonía del llamado *socialismo real* en una lectura despótica y personalista del mismo. Dispusieron para ese fin del mando sobre millones de seres humanos, decidieron sobre su suerte y crearon marcos restrictivos para el ejercicio de la acción colectiva. Utopías modernas y premodernas fueron de la mano de ambiciosos planes y estrategias económicas y militares. La barbarie que supuso la *Shoah* u Holocausto de millones de judíos y gitanos fue ejecutada con métodos planificados y en nombre de la modernidad. Una guerra de conquista y exterminio dictada por sueños de expansión imperial fue capaz de concitar millones de voluntades y de moldear las mentalidades de los soldados y civiles afectados por ella. Fue una *guerra total* en la que las hostilidades se extendían a la retaguardia, y en la que la muerte campaba en forma de brigadas móviles de exterminio de judíos y comisarios políticos, de secciones especiales de la policía política soviética, de partidas

guerrilleras y tropas de protección para las áreas alejadas del frente, de guetos condenados a una lenta muerte por inanición y de millones de personas transportadas en vagones, como ganado, camino de la aniquilación, del trabajo forzado en condiciones inhumanas o de la deportación a parajes semidesiertos. La utopía imperial y racial del III Reich, y la respuesta a la misma por parte de otro proyecto utópico, la construcción de una sociedad armoniosa sin clases bajo la égida de un líder indiscutible, tuvieron en común varios elementos, entre ellos su absoluto desprecio por las vidas de sus compatriotas.

Lo que desde hace décadas sigue fascinando a la historiografía de la guerra germano-soviética, campo en el que la producción bibliográfica es sencillamente inabarcable, no solo es su dimensión global y su impacto en la conciencia europea del siglo XX. Ni siquiera el hecho de constituir el campo de enfrentamiento por antonomasia de las dos dictaduras totalitarias más sangrientas de la primera mitad de aquel siglo. Es quizás su carácter de caleidoscopio de enseñanzas acerca de la naturaleza humana, de la guerra como experiencia global que afecta a una sociedad por entero, del fenómeno bélico como generador de memoria y de lealtades. Pero también proporciona valiosas reflexiones acerca de la capacidad de supervivencia y adaptación del ser humano. Este ensayo se propone, por ello, ir mucho más allá de la historia de las operaciones militares, que en muchas de sus variantes obedece a una concepción alicorta de lo que es la historia militar, todavía muy influyente en buena parte de los estudios sobre el conflicto, y que sigue viva en la historiografía española actual, a pesar de los muy notables avances registrados en la última década[1]. El objetivo preferente de esta obra no lo constituirán aquí los acontecimientos políticos y militares, aunque sin

desatenderlos para la comprensión del conjunto, sino las dimensiones específicas, sociales y culturales, de la guerra de exterminio imperial planeada por el III Reich, la experiencia de los soldados de uno y otro bando y de la población civil, los mecanismos de adoctrinamiento y las respuestas de la población soviética, de la alemana y de los propios combatientes.

Todo ello sin descuidar que en momentos decisivos la suerte de millones de personas y el curso de los acontecimientos se puede decidir en una batalla. Resulta difícil imaginar qué habría ocurrido en la historia de la II Guerra Mundial, y en consecuencia cómo habría sido la historia de Europa, si Moscú hubiese sido conquistada por la Wehrmacht en diciembre de 1941 o si Stalingrado hubiese caído en manos del 6.º Ejército germano en el otoño de 1942. Tal vez el mundo habría cambiado de forma muy diferente a como hoy lo conocemos, y quizás son determinantes en su resultado los condicionantes estructurales de la capacidad de combate de los ejércitos enfrentados —dotación artillera y blindada, posesión de la superioridad tecnológica, destreza táctica de los mandos y oficiales, experiencia y motivación de los soldados, cantidad y calidad de los suministros, atención médica, etcétera—, que se relacionan a su vez con la potencia respectiva de sus sistemas económicos y políticos, así como con su capacidad para movilizar a la población en pro del esfuerzo de guerra. Con todo, hay abundantes ejemplos en la historia comparada de las operaciones militares que muestran que en ningún caso su destino está escrito como una mera ecuación de rentas per cápita, productividad industrial o potencia demográfica. En ellas también interviene de modo decisivo el azar. Y de ese azar puede depender el curso de la historia[2].

Situándose dentro de la nueva Historia Militar, que ha

recibido inspiraciones fundamentales tanto de la Historia Social como de la nueva Historia Cultural y, más recientemente, de la Historia de Género[3], este libro quiere servir igualmente de ventana a través de la cual sea posible apreciar la riqueza de unos enfoques y una bibliografía internacional que bien pueden aportar inspiraciones novedosas para el estudio de otros conflictos, sin ir más lejos la guerra civil española o las guerras coloniales, tanto en Cuba y Filipinas como en Marruecos. Lejos del enfoque que concibe la guerra como un mero intercambio de movimientos de tropas y de combates en escenarios concretos, partimos de la base de que la guerra constituye una realidad global, vivida de diferentes y complejas maneras por las sociedades en ella involucradas. Los soldados experimentan la guerra de forma directa como una interrupción de su experiencia en tiempos de paz; pero el hecho de que millones de ciudadanos de ambos bandos hayan pasado un tiempo en el frente del Este ha actuado como una influyente charnela en sus periplos vitales, ha conformado un poso compartido de experiencias, y ha permitido también reforzar o modificar creencias previas. Los civiles viven el duelo y la movilización patriótica en pro del esfuerzo bélico, o sufren las consecuencias de la ocupación. El tráfico de trabajadores forzados, de prisioneros y de guerrilleros provocó una mayor permeabilidad del conjunto del cuerpo social de la retaguardia o del «frente doméstico» hacia lo que ocurría en los campos de combate y las trincheras. Se trataba, por tanto, de experiencias globales que también tuvieron consecuencias globales, no reducibles a las pérdidas demográficas, el dolor individual y colectivo y los cambios geopolíticos. Buena parte de las sociedades europeas, y de modo particular tanto la soviética como las diversas sociedades postsoviéticas, así como la alemana,

pero también la húngara, la rumana, la italiana, la polaca o la finlandesa, han desarrollado una memoria específica de la experiencia de la guerra del Este.

En algunos casos, como el de la sociedad soviética, esa memoria fue codificada y transformada en un discurso y una praxis conmemorativa sin fisuras. Según ella, la nación se habría levantado contra el invasor en un gigantesco esfuerzo colectivo cuyos costes en vidas humanas y en daños materiales para la URSS convirtieron a esta última en la auténtica vencedora del nazismo y en la más legítima reivindicadora de la memoria antifascista. En ese discurso no había traidores, colaboracionistas, actitudes intermedias o ambiguas, estrategias de acomodación o adaptación por parte de la población civil. Tampoco existía el terror de los campos de concentración estalinistas, los fusilamientos de la policía política y los errores del mando. Esa perspectiva se impuso en la mayoría de los estudios historiográficos del período soviético y aun del posterior a 1991, y solo en algunos sectores de la ciencia histórica rusa, gracias en parte a la mayor disponibilidad de los archivos militares del período durante un tiempo, se ha procedido en las dos últimas décadas a revisar parte del mito de la Gran Guerra Patria forjado casi inmediatamente después de 1945. El giro nacionalista que ha impuesto la segunda presidencia de Vladimir Putin desde la segunda década del siglo XXI ha supuesto, sin embargo, un retorno a las narrativas clásicas de la Gran Guerra Patria[4]. A pesar de la tendencia oficial ahora imperante que prefiere subrayar las aspiraciones nacionalistas de *pueblos oprimidos por partida doble,* por soviéticos y alemanes, en las historiografías bálticas o en la ucraniana, son también cada vez más los estudios que contribuyen a alumbrar la complejidad de situaciones que acompañó a la imposición de dos regímenes totalitarios,

estalinista y nazi[5].

En otros casos, como en el de las dos sociedades alemanas de posguerra, persistió una memoria escindida que reconocía la propia culpa y el carácter de guerra de agresión que tuvo la invasión de la URSS por parte del III Reich, pero que al mismo tiempo permitió varias estrategias para exculpar a los soldados *del montón* y a la mayoría de su población. Así, la responsabilidad de los crímenes, represalias y maltratos a población judía o civiles soviéticos correspondería sobre todo a una minoría de fanáticos encuadrados en unidades especiales (las SS, la Gestapo, etcétera). Pero el ejército regular, la Wehrmacht, estaría libre de toda participación consciente en actos contrarios a los códigos de la guerra honorable. El sufrimiento de millones de prisioneros alemanes en la URSS hasta entrada la década de 1950, así como el recuerdo de las masivas violaciones cometidas por los soldados del Ejército Rojo en suelo germano, impregnarían también de manera decisiva la memoria de millones de ciudadanos de las dos Alemanias.

Empero, desde mediados de la década de 1990, como veremos, ese paradigma comenzó a tambalearse por efecto del descubrimiento de cada vez más evidencias documentales que probaban la participación de soldados de recluta obligatoria y *perfectamente normales* en labores de exterminio. La pregunta inevitable pasaba a ser: ¿Qué hicieron nuestros padres, maridos o abuelos en el lejano Este? La sombra de la guerra de exterminio en el frente oriental planea hoy en día de manera imborrable en los debates públicos sobre la responsabilidad del conjunto de la ciudadanía germana en el ascenso y la consolidación del nacionalsocialismo, sus mecanismos de consenso y los silencios que siguieron a su derrota. Y dos generaciones de historiadores alemanes han contribuido de manera insistente

no solo a desvelar esas verdades incómodas, sino también a renovar la Historia Militar desde un punto de vista metodológico y teórico.

* * *

Este trabajo no habría podido realizarse sin la colaboración de varias personas e instituciones. El personal del Archivo Militar de Friburgo de Brisgovia y del Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán en Berlín, que en mis diversas visitas entre 2002 y 2016 me concedieron todas las facilidades para la consulta de documentación. Los historiadores José M.ª Faraldo, Xosé Ramón Quintana y Ruy Farías tuvieron a bien leer varios capítulos de la primera versión de este libro y proporcionaron útiles sugerencias bibliográficas. Oleg Beyda, Mariana Hausleitner, Klaus Schmider, Pavel Tendera y Krisztián Ungváry aportaron útiles datos y consejos sobre la participación soviética, rumana, eslovaca, húngara e italiana en el frente oriental. Buena parte de las reflexiones aquí contenidas se han beneficiado de forma directa o indirecta del intercambio intelectual con historiadores que comparten inquietudes y perspectivas semejantes, como Sönke Neitzel, Martin Baumeister, Stig Förster, Felix Römer, Robert Gerwarth, Jörg Ganzenmüller, Javier Rodrigo, David Alegre y Ferran Gallego, así como mis alumnos de la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich y de la Universidad de Santiago de Compostela en los últimos diez años. Mis suegros, Rita y Klaus Fesefeldt, fueron solícitos y eficaces a la hora de atender mis incesantes encargos de libros y fotocopias. Mi esposa, Henrike, también perteneciente al sufrido gremio de los historiadores, no solo leyó varios capítulos, revisó traducciones y sugirió lecturas e ideas, sino que además supo aguantar dos períodos más de enclaustramiento por mi parte para acabar la versión final de la primera y segunda

edición de este libro. Mis hijas Sara e Irene, entradas en la adolescencia once años después de la primera edición de este libro, siguen sin interesarse por las historias de su padre, pues lo importante es vivir.

Os Ánxeles (Brión), abril de 2018

---

1 Una buena muestra es la *Revista Universitaria de Historia Militar* (http://ruhm.es), publicada desde 2012.

2 Förster, Pöhlmann y Walter (2001: 7-18).

3 Cf. Ziemann y Kühne (1999) para una exposición sintética. Igualmente, Wette (1992).

4 Edele (2017 b).

5 Snyder (2011).

CAPÍTULO 1

VISIONES DE IMPERIO (1920-1941)

> El comunista no es ningún camarada, ni antes ni después. Se trata de una lucha de exterminio. Si no lo entendemos así, seguramente derrotaremos ahora al enemigo, pero en 30 años se alzará de nuevo contra nosotros el enemigo comunista.
>
> ADOLF HITLER (1941)

A las tres y media de la mañana del 22 de junio de 1941 el Ejército alemán y sus aliados cruzaron la frontera e invadió sin previo aviso la Unión Soviética, desde el Báltico al mar Negro. Daba inicio así una fase específica de la II Guerra Mundial, el conflicto germano-soviético; y se inauguró un nuevo frente de guerra, el frente ruso o frente del Este, en el que el Ejército de Tierra alemán allí destinado *(Ostheer)* consumiría cuatro años, hasta la retirada final que acabó con la entrada del Ejército Rojo en Berlín y la capitulación del III Reich a principios de mayo de 1945.

La *campaña de Rusia,* y la guerra germano-soviética en general, supuso un momento de escalada cuantitativa de la II Guerra Mundial. Más de la mitad de las víctimas totales que se cobró el conflicto bélico cayeron en el haber del frente del Este en sentido amplio, es decir, contando también su amplia retaguardia. Y fue en él donde la guerra y el duelo de la guerra adquirieron un carácter auténticamente masivo. La población civil de la URSS (al igual que la polaca), en particular la que habitaba en la Rusia europea, Ucrania y Bielorrusia, sufrió cincuenta veces más muertes que la alemana. La violencia sin precedentes que se desató a todos los niveles en el frente y la retaguardia se cobró asimismo un número de vidas casi diez veces más alto que en otros frentes de la II Guerra Mundial. Y más que en ningún otro

frente, el conflicto en el Este provocó una universalización del sufrimiento y de la memoria de la guerra entre amplias capas de población, entre ocupantes y ocupados, civiles y militares. Eso no siempre ocurría en Europa occidental, donde la memoria colectiva de la guerra constituyó, al contrario que en la I Guerra Mundial, una suerte de universalización a la comunidad nacional del sufrimiento y de la experiencia vivida por minorías, significativas eso sí, de la población civil. Tal vez el ejemplo más relevante fue el exterminio de los judíos europeos por parte del III Reich, pues en varios países ocupados fue este grupo de población el que sufrió una mayor y más mortífera persecución[6]. Aun así, no hay que olvidar que la *Shoah,* la aniquilación de los judíos europeos, y el exterminio simultáneo de grupos étnicos como los gitanos (Sinti y Roma), tuvo su principal escenario en el Este de Europa y sufrió una aceleración y radicalización por mor, entre otras razones, de las nuevas circunstancias de violencia masiva creadas por la guerra germano-soviética[7].

La invasión de la URSS dio paso a una campaña con características diferenciales respecto a otros frentes en los que había estado o estaba comprometido el Ejército alemán, y con él sus aliados. No solo se trataba de las duras e inhóspitas condiciones climáticas y medioambientales en que debían combatir los soldados. Hasta 1942, y a lo largo de toda la II Guerra Mundial, fuese en el conjunto del frente occidental, en Noruega, en el frente norteafricano o incluso —en parte— en los Balcanes, las tropas alemanas se habían atenido a las normas establecidas por la Convención de Ginebra (en su III Tratado, 1929) en lo referente al trato a los prisioneros de guerra. También habían mantenido un comportamiento correcto, en líneas generales, hacia la población civil que no era judía en los países ocupados.

Hubo varios casos de matanzas indiscriminadas perpetradas por soldados alemanes en represalia por ataques de la Resistencia de los países ocupados: fueron los casos de las masacres del pueblo checo de Lídice (10 de junio de 1942), las localidades de Distomo (Grecia) y Oradour-sur-Glane (Francia), el 10 de junio de 1944, o Marzabotto (Italia), el 29 de septiembre del mismo año, cometidas todas ellas por tropas de las Waffen SS. Sin embargo, esas matanzas no formaban parte de un plan premeditado de exterminio de grupos enteros de la población civil no judía; tampoco se enmarcaban en un proyecto de limpieza étnica que buscase mudar el predominio de unos pueblos por otros en áreas geográficas determinadas. Por el contrario, tanto en Francia como en Noruega, Bélgica u Holanda el III Reich se esforzó en crear movimientos de opinión y organizaciones colaboracionistas, así como en difundir una imagen positiva de la Alemania hitleriana como garante de un Nuevo Orden europeo, que reservaría un espacio, aunque subordinado, a las aspiraciones de diversos países y pueblos bajo la égida germánica.

En el frente del Este, empero, el III Reich libró una guerra cualitativamente diferente. Ese carácter distinto se manifestó desde el principio de la invasión de la URSS, había sido previsto y diseñado por Hitler y sus colaboradores, y asumido por el Alto Mando de la Wehrmacht (*Oberkommando der Wehrmacht,* OKW). Se trataba, en primer lugar, de una campaña contra una cosmovisión —el comunismo soviético— que pretendía eliminar de raíz mediante el exterminio de sus defensores, el *aplastamiento* de la *bestia* presentada como una amenaza para la civilización europea. Ese *Leitmotiv,* además, atraería para los nazis las simpatías de otros pueblos del continente. De hecho, como veremos, además de las divisiones rumanas y

finlandesas que participaron en la Operación Barbarroja, los países aliados del Eje, Hungría y Eslovaquia, aportaron respectivamente dos Ejércitos y una división; Italia envió un nutrido cuerpo expedicionario, y Croacia mandó al frente del Este pequeños contingentes. Voluntarios de varios países de Europa occidental y nórdica se unieron además al esfuerzo de guerra alemán, y se encuadraron tanto en las filas del Ejército de Tierra *(Heer)* como de las Waffen SS.

En segundo lugar, se trataba de una guerra de exterminio racial. Pues se dirigía contra un pueblo o conjunto de pueblos —el pueblo ruso y la mayoría de los que integraban la URSS— reputados como colectivos inferiores desde una perspectiva racial y étnica, con base en presupuestos biológico-genéticos. El *eslavo,* como bien había preconizado Adolf Hitler en su obra *Mein Kampf* [Mi lucha] en 1925-1927, solo tenía derecho a existir en posición subordinada y al servicio de la grandeza del pueblo dominador, el alemán. El genio creador de Alemania, además, sería el que había contribuido a inspirar la idea de Estado entre seres incapaces de llegar a un estadio de civilización por sí mismos[8]. Los pueblos eslavos, ajenos a la civilización europea, tendrían solo un papel en el futuro inmediato: configurar una gran reserva de mano de obra semiesclava que abasteciese de materias primas y alimentos al III Reich, eliminando los contingentes demográficos reputados como *sobrantes.*

1.1. El síndrome del Vístula y la imagen de la URSS en Alemania

En agosto de 1920, el después mariscal y dictador de Polonia Józef Pilsudski, al mando de 20.000 soldados, en buena parte de caballería, consiguió derrotar a las tropas bolcheviques en

Zamosc y detener su avance hacia el Oeste, después de que hubiesen llegado a pisar los arrabales de Varsovia. Impidió así que los cosacos y jinetes comandados por Tujachevski cruzasen el río Vístula, y garantizó la supervivencia de la joven República polaca, ratificada por el Tratado de Paz con la URSS firmado en Riga en marzo de 1921. La mayor parte de las cancillerías de Europa central y oriental, y muchos intelectuales conservadores, suscribieron la reflexión del diplomático británico Lord D'Abernon: el que los polacos conocerían posteriormente como «El milagro del Vístula» habría sido una de las principales batallas de la Humanidad, equiparable a la defensa de Viena frente a los turcos en 1529 y 1683. Según esa visión, la Rusia soviética había lanzado sus *hordas* a la conquista de Europa. Y lo volvería a hacer de no mediar otro «milagro» como el del Vístula.

Ese síndrome era común a toda la opinión pública y publicada conservadora, liberal y hasta socialdemócrata de toda Europa central y occidental. Y se combinó con una imagen que tenía ya cierta tradición en el imaginario de las élites conservadoras y burguesas de Europa central y occidental, en particular en Alemania: la que atribuía al pueblo ruso, y por extensión a los eslavos en general, un carácter extraño a la civilización europea, exótico y atrasado. La imagen de una Rusia servil —víctima del despotismo *asiático* de poderes absolutos, misterioso y sufriente a la vez— había sido difundida por la literatura y los relatos de viajeros y diplomáticos, y había experimentado un cierto eco entre los círculos de la burguesía cultivada alemana desde principios del siglo XX. Esa representación también era compartida en buena parte por los socialdemócratas germanos, que contemplaban a Rusia como el paraíso de la autocracia y la reacción y, por esa vía, justificaron su apoyo a la movilización bélica de 1914. La imagen nacionalista e

imperial de Rusia como un poder absoluto y amenazador, impregnado de una cultura exótica y cuna de un pueblo fanático, servil, premoderno y subdesarrollado, recurría a paralelismos históricos: Rusia se equiparaba a los mogoles de Genghis Khan, o la amenaza turca en la Edad Moderna. Ya en tiempos del Imperio guillermino se publicaron varios proyectos de expansión territorial hacia el Este, que fueron resucitados durante la I Guerra Mundial (1914-1948) como posibles planes de futuro una vez que la guerra contra el Imperio zarista fuese ganada. La misión de los territorios conquistados habría de ser servir de marcas defensivas, bastiones de un *limes* de la civilización europea; pero esos espacios también darían cauce a una ambición imperial frustrada, que en África y Asia había encontrado escasa satisfacción.

La irrupción de la Revolución bolchevique tras octubre de 1917 contribuyó a resemantizar aquella imagen previa, y le añadió nuevos significados. Según ella, el pueblo ruso, asiático y de instinto dominador, se hallaría ahora a las puertas de Europa. Seguiría siendo inferior a alemanes y europeos occidentales desde el punto de vista cultural, económico y político. Mas ahora estaba imbuido fanáticamente de una nueva ideología totalitaria, que amenazaba con destruir la religión, la propiedad y los pilares de la civilización, pues su ansia de expansión era universal. El bolchevique era pues ruso, asiático y, en sus versiones más gratas para católicos y protestantes, anticristiano. Los alemanes ya se habían enfrentado a él durante la guerra civil rusa, en 1918-1919, cuando los llamados *Freikorps* o milicias baltoalemanas, con el apoyo de tropas desmovilizadas del Ejército imperial tudesco, habían combatido junto a los nacionalistas bálticos para evitar la invasión por parte bolchevique de Estonia, Letonia y Lituania. Esa lucha había

sido corta, pero intensa, y estuvo marcada por la inmensa brutalidad de su desarrollo, pues en ella ningún bando hizo prisioneros. Igualmente, contribuyó a radicalizar las representaciones preexistentes de la realidad rusa, dotándolas de un significado adicional: la Revolución bolchevique habría supuesto una *alteración* de las jerarquías étnicas en el área, en detrimento ante todo de las minorías germanas. La conclusión no podía ser otra que la necesidad de reestablecer las viejas jerarquías sociales y étnicas en el futuro[9].

No en vano, buena parte de la literatura antibolchevique y de la publicística antisoviética que circuló en la República de Weimar durante la década de 1920 fue obra de escritores baltoalemanes, así como de exiliados rusos blancos y de nacionalistas pertenecientes a pueblos no rusos, desde ucranianos a caucásicos. Entre ellos se contaría uno de los primeros ideólogos del NSDAP de los tiempos fundacionales de las cervecerías muniquesas, el alemán de Estonia Alfred Rosenberg (1893-1946), quien habría de ser un teórico del racismo nazi y de su visión de la Historia. Rosenberg publicó en 1922 el folleto *La peste en Rusia,* donde invocaba la única alternativa que cabía a Alemania frente a la «Rusia judeo-bolchevique»: «exterminio o victoria». Y en su obra capital, *El Mito del Siglo* XX (1930), el teórico baltoalemán afirmaba sin ambages:

> El bolchevismo significa la reacción irritada del mongoloide contra las formas de cultura nórdicas; es el instinto de la estepa, es el odio del nómada contra las raíces de la personalidad; significa el intento de abatir a Europa por completo[10].

El temor a una «invasión» mongólica o a la barbarie asiática, encarnada en un despotismo premoderno, ya había sido invocado por los liberales de la Asamblea de Frankfurt en 1848 —temerosos de una intervención armada del zar Nicolás I—; el fantasma fue resucitado por la propaganda de

guerra de 1914-1918, y tuvo continuidad en la publicística conservadora y anticomunista posterior al fin de la I Guerra Mundial. Se trataba de un enemigo *externo,* pero que ahora despertaba, por sus prédicas internacionalistas y su aspiración a destruir los fundamentos de la sociedad capitalista, el temor a que se uniese a un enemigo interno: los comunistas y revolucionarios sociales. Sin embargo, el nacionalsocialismo llegó a elaborar una imagen de Rusia —término utilizado de manera confusa como sinónimo de la URSS, o más en concreto de los pueblos eslavos de la URSS— que sintetizaba todas las representaciones anteriores, y las fundía con el estereotipo del judío, también asiático y mongoloide, y asimilado en sus características físicas y espirituales a lo ruso y lo comunista. En el mismo Hitler se trataba con toda probabilidad una representación forjada en sus años vieneses, muy típica de los propagandistas antisemitas de la capital austríaca en los años de entresiglos, y que denigraba a los judíos ortodoxos y de zonas como la Galitzia ucraniana como seres exóticos, físicamente repulsivos y repugnantes desde el punto de vista moral.

Rusia pasaba a ser así la expresión de una entente judía y bolchevique de impronta asiática, que abrigaba el objetivo de imponer su dominio mundial comenzando por Alemania. La conciencia preexistente acerca de la superioridad cultural, tecnológica, militar y económica del pueblo alemán se fundamentaba ahora en un nuevo argumento que condensaba y resumía todos los anteriores: la superioridad racial, de naturaleza biológico-genética. El ruso y el judío eran lo mismo, y eran bolcheviques y asiáticos por pertenecer a una raza inferior, cuya erradicación sería la única garantía de que no posasen sus garras sobre Alemania y Europa. Y esa eliminación sería deseable y hasta justificable, por cuanto el ruso bolchevique y judío

únicamente sería un ente subhumano *(Untermensch),* no solo de modo metafórico, desde un punto de vista cultural o civilizatorio, sino sobre todo desde un ángulo supuestamente *científico*[11].

Ninguna de las otras representaciones de la superioridad histórica, cultural o económica de Europa central y occidental sobre el mundo eslavo, y sobre Rusia en particular, implicaba o legitimaba una política de exterminio. Más bien evocaban la necesidad de mantener una *frontera* y marcaban un límite entre un concepto propio de Europa (asimilado a una lectura particular de qué significaba el término «civilización») y un concepto extraño de civilización, un estadio inferior a ella. La nueva imagen elaborada por el nacionalsocialismo tenía la virtud de sintetizar todas las anteriores, y todos y cada uno de sus elementos, además de añadirle la legitimación racial de cariz biológico-genético. Por ello, podía ser asumida por sectores sociales, actores y, desde 1941, soldados en los que predominaba alguno de los tipos *tradicionales* de visión de Rusia.

El síndrome del Vístula incluía además un elemento de temor real a los anhelos expansionistas del comunismo encarnado por la URSS. Aunque congelados por el triunfo de las tesis leninistas del «socialismo en un solo país», seguían vivos gracias a la existencia de la Internacional Comunista o Komintern. Y en los planes imperialistas a medio y largo plazo del nazismo, y de Hitler en particular, la confrontación con la Unión Soviética y la expansión del propio imperio a costa de los pueblos eslavos se contemplaban como una necesidad inevitable en el futuro. Sin embargo, también persistía en sus elucubraciones el temor a que Stalin golpease primero y a que esta vez no hubiese fuerza capaz de detener a las *hordas asiáticas* en el Vístula.

El 23 agosto de 1939 las cancillerías de todo el mundo se despertaron con una noticia, en buena parte, sorprendente. Tras un viaje relámpago del ministro de Asuntos Exteriores del III Reich a Moscú, Joachim von Ribbentrop, y después de una negociación con el propio Stalin y con el comisario de Asuntos Exteriores Viacheslav Molotov, la Alemania nazi y la URSS firmaron en la madrugada de aquel mismo día un pacto de no agresión. En el protocolo secreto que lo acompañaba, los dos regímenes dictatoriales se repartían «áreas de influencia» en el territorio de Polonia, que sería invadida en una guerra relámpago por las tropas alemanas el 1 de septiembre. El pacto estuvo listo cuando se zanjó la discusión, que duró varias horas, acerca del reparto de Letonia, pues los alemanes querían germanizar una parte del país. En virtud del acuerdo, se reconocían como esferas de interés propias de la Unión Soviética los territorios bielorrusos y de Ucrania occidental pertenecientes a Polonia, según la distribución de fronteras que había sido fijada en 1918. Al mismo tiempo, la URSS invadiría las repúblicas bálticas de Lituania, Letonia y Estonia, antiguos territorios del Imperio zarista que se habían proclamado independientes en 1918-1919, y reclamaría del Gobierno rumano, con apoyo de Hitler, la cesión de las regiones de Bukovina (territorio de mayoría étnica ucraniana) y Besarabia.

Hitler, que había ofrecido a Stalin el pacto de no agresión para asegurarse manos libres en Polonia, era consciente de que el acuerdo era solo temporal. El dictador soviético también lo sabía. Pero el 3 de septiembre de 1941 tanto Gran Bretaña como Francia reaccionaban a la invasión de Polonia y declaraban la guerra a Alemania. Esto era algo que no entraba en las previsiones de los dos dictadores. El 17 de septiembre de 1939, tras la petición alemana de que la URSS

también invadiese Polonia por el Este, el Ejército Rojo cruzaba la frontera, con el pretexto de proteger a los «hermanos bielorrusos y ucranianos» que vivían bajo la férula de Varsovia y que ahora podían verse abandonados a su suerte. Una semana después, la ocupación de la zona de influencia soviética era un hecho. El 28 de septiembre Molotov y Ribbentrop se repartieron el botín definitivamente. Las áreas de mayoría étnica no polaca —ucraniana y bielorrusa— de Polonia pasaron así a estar situadas bajo soberanía soviética. El resto fue anexionado por Alemania, y repartido entre una zona reanexionada a Alemania, el territorio del *Wartheland* y el Gobierno General *(Generalgouvernement),* que comprendía buena parte de las regiones de Polonia central y oriental.

Tanto en la zona de ocupación alemana como en la soviética se desencadenó de forma inmediata un proceso de depuración, represalias y deportaciones. Dos millones de polacos fueron desterrados a Siberia y Asia Central, internados en campos de concentración y utilizados como mano de obra forzada, al igual que los prisioneros de guerra que cayeron en manos del Ejército Rojo. Aunque los diversos cálculos son solo aproximativos, cabe afirmar que la mayoría de los prisioneros y deportados polacos pereció en el curso del cautiverio en la URSS. Los oficiales del Ejército polaco fueron masacrados y enterrados en una gigantesca fosa común en el bosque de Katyn, descubierta tres años después por los alemanes. Y unos 800 comunistas alemanes refugiados hasta entonces en Moscú fueron entregados sin misericordia a la Gestapo[12].

Uno de los argumentos con los que se pretendió justificar la invasión de la URSS por parte del III Reich fue el presentarla como una estrategia de «guerra preventiva». Se trata de una interpretación ampliamente esgrimida tras 1945

por los propios generales de la Wehrmacht en sus memorias, aducida *ad nauseam* por la historiografía revisionista, así como, aun hoy en día, por varios historiadores, entre ellos muchos procedentes de Europa oriental, que insisten en presentar el modelo del totalitarismo soviético —estalinista y postestalinista— como un régimen equiparable en todas sus facetas al nazismo. Según esa teoría, la URSS estaría preparando en 1941 una invasión inminente de Europa oriental, razón por la que habría concentrado numerosas tropas en su frontera occidental. Y Alemania no habría hecho más que adelantarse al golpe que Stalin preparaba. Tal argumento, sin embargo y como veremos, es difícilmente sostenible desde el punto de vista historiográfico.

Por regla general, los historiadores de las relaciones internacionales han oscilado entre dos polos a la hora de explicar la cambiante política soviética de alianzas entre 1938 y 1941. Para algunos autores, en particular para los alemanes, Stalin perseguía un acuerdo duradero con Hitler, a fin de repartirse zonas de influencia en Europa y Asia, y su juego con las democracias occidentales solo era oportunismo. Sin embargo, el III Reich no podía renunciar a un objetivo ideológico fundamental, como era la destrucción de la URSS, y a esta última no le habría cabido más remedio que defenderse. Para otros autores, si la Unión Soviética firmó con Alemania en agosto de 1939 el pacto de no agresión, ello fue debido a las dudas de franceses y británicos, que habrían llevado a Stalin a buscar un entendimiento a corto plazo con Hitler, ganando un tiempo precioso para preparar la inevitable guerra que también otearía en el horizonte mientras aquel divertía sus ambiciones en el Oeste. Según esta interpretación, el compromiso de la URSS con la paz y con el mantenimiento

del orden internacional sería sincero en lo sustancial. Las evidencias que proporcionan, aunque a cuentagotas, los archivos rusos y de otros países del Este de Europa desde 1989 parecen señalar, por el contrario, el carácter improvisado y cambiante de la política de alianzas soviética. Y asimismo que la consolidación de espacios de dominio geopolítico en Europa oriental, que Stalin teorizó en 1945 como la constitución de un glacis defensivo alrededor de la URSS, ya constituía una aspiración patente en 1939-1940. Objetivo que se materializó con campañas militares concretas[13].

Parece indudable que Stalin era consciente de que a medio plazo la guerra con el III Reich sería inevitable. Y de que debía prepararse para ella, mientras ganaba tiempo y dejaba que los Estados capitalistas peleasen entre ellos. Según algunas investigaciones, el dictador georgiano estimaba seriamente que el conflicto entre ambas dictaduras estallaría a más tardar en 1942[14]. Y también fue más que evidente que, aprovechando las concesiones alemanas en el protocolo secreto del pacto germano-soviético de agosto de 1939, la URSS procedió a cumplir su viejo deseo de *recuperar* por la fuerza aquellos territorios que habían pertenecido en el pasado al Imperio de los zares, y que entre 1917 y 1919 habían alcanzado la independencia. El solar de la vieja Rusia debía ser también el de la nueva patria soviética. Y para conseguir ese fin se combinaban argumentos historicistas y étnicos: no solo debían volver al regazo de la URSS las antiguas tierras de los zares, sino que aquellos territorios en donde eran mayoría grupos étnicos o nacionalidades soviéticas (bielorrusos o ucranianos) también debían reunirse con sus connacionales en sus auténticas patrias, resucitadas y reunificadas bajo el paraguas de Moscú.

El proceso de *recuperación* imperial soviética, pues, siguió

su curso por el Norte. El 5 de octubre de 1939 Stalin intentó imponer un tratado bilateral a Finlandia que incluyese el derecho de la URSS a disfrutar de bases militares en su territorio, así como la cesión del istmo de Carelia, al norte de Leningrado, a cambio de una parte de la Carelia soviética. El Gobierno de Helsinki se negó a ello, y el 30 de noviembre el Ejército Rojo invadió el país. Sin embargo, la resistencia inesperada de las tropas finlandesas en la denominada *Guerra de Invierno,* bien preparadas para las condiciones climáticas y geográficas en que se desarrolló, causó un número desproporcionado de bajas a los invasores, cuyas anticuadas tácticas, carencias logísticas y de suministros quedaron al descubierto, al igual que la ausencia en sus filas de oficiales capaces y con capacidad de decisión independiente del control de los comisarios políticos. Solo el nombramiento del mariscal Semyon Timoshenko como nuevo comandante en jefe de las operaciones, así como la llegada de 26 divisiones soviéticas de refuerzo, consiguieron romper las defensas finlandesas. Sin embargo, el Ejército Rojo estaba exhausto, lo que obligó a Stalin a renunciar a la conquista de Finlandia. El 12 de marzo de 1940 el Gobierno de Helsinki accedió a firmar un armisticio por el que aceptaba las concesiones demandadas por el Kremlin, a cambio de la continuidad de Finlandia como Estado independiente. En recompensa por su buena actuación, Timoshenko fue nombrado en abril de 1940 por Stalin nuevo comisario de Defensa, en sustitución del mariscal Kliment Voroshilov, con la misión de modernizar la estructura del Ejército Rojo y librar a sus mandos de la rígida sujeción a los comisarios políticos que había sido impuesta por el mismo Voroshilov en 1937. Lo que Timoshenko consiguió parcialmente en agosto de 1940.

Los soviéticos no extrajeron las lecciones debidas de las

guerras relámpago de la Wehrmacht en Polonia y Francia. La rápida derrota del Ejército francés en junio de 1940 arruinó todas las previsiones estratégicas de Stalin, quien esperaba que en el oeste se desarrollase una nueva guerra de trincheras, como en 1914, que desangrase al III Reich y distrajese a Hitler de cualquier objetivo en otros frentes. Sin embargo, en el verano de 1940 la URSS se hallaba sola frente al poderío continental de una Alemania engrandecida. Esa constatación aceleró las prisas del Kremlin por sumar la parte del pastel que había sido prometido por Ribbentrop un año antes. El 17 de junio de 1940 un ejército de medio millón de soldados soviéticos invadió los países bálticos, desencadenando la misma política de terror represivo aplicada en Polonia oriental nueve meses antes. Miles de ciudadanos fueron asesinados, y unos 127.000 fueron deportados a Siberia. A continuación, Stalin presionó a Rumanía para que cediese el territorio de Besarabia, perteneciente en el pasado al imperio de los zares, así como una parte de la Bukovina, territorio de mayoría étnica ucraniana. El Gobiaerno de Bucarest tuvo que obedecer, y el 28 de junio de 1940 las tropas del Ejército Rojo anexionaron esas regiones[15].

La expansión soviética fue contemplada con preocupación desde Berlín. Es más que probable que actuase como desencadenante de la orden final (código *Fritz*) dictada por Hitler el 3 de julio de 1940, por la cual se instruía a la Wehrmacht para que iniciase los estudios preliminares para una invasión de la URSS. Ya en mayo de ese año el Alto Mando del Ejército de Tierra (*Oberkommando des Heeres,* OKH) había elaborado un primer borrador acerca de las fuerzas necesarias para invadir la URSS. Infravaloraba la capacidad militar soviética, atribuyendo al Ejército Rojo solo «50-75 buenas Divisiones», por lo que bastaría con «80-100

Divisiones alemanas» para conquistar el territorio europeo de la URSS —Ucrania, el Báltico y Bielorrusia caerían en «4-6 semanas»—, hasta mantener la amenaza soviética lo suficientemente lejos de Alemania. Sin embargo, Hitler cambió pronto de parecer estratégico: la agresión a la URSS no se limitaría a una guerra de disuasión o una demostración de fuerza con el fin de alejar el peligro, sino que tendría como objetivo la completa destrucción de su enemigo, el reparto de su territorio y el fin del «bolchevismo judío». El Führer nazi repartía la piel del oso antes de cazarlo, según anotaba el general Franz Halder: «Ucrania, Bielorrusia, los Estados bálticos para nosotros. Finlandia hasta el mar Ártico. [...] Más tarde, operación parcial sobre la región petrolífera de Baku». La guerra debería concluir antes del invierno, y el Ejército Rojo capitularía, como máximo, en cuatro meses. Si el Estado soviético no se desmoronaba, las tropas enemigas serían perseguidas sin piedad hasta los Urales. El 29 de julio de 1940 el general Alfred Jodl, jefe de operaciones de Hitler, confió a un grupo de jefes militares que estaba previsto que la guerra contra la URSS daría comienzo en mayo de 1941.

El plan estratégico de Hitler, que acabó por imponerse frente a otras alternativas, proponía atacar por tres direcciones. El Grupo de Ejércitos Norte, comandado por el mariscal Ritter von Leeb e integrado por dos ejércitos (16.º y 18.º), un cuerpo aéreo y un Grupo blindado atacaría a través del Báltico hasta alcanzar Leningrado. Allí convergería con el Grupo de Ejércitos Centro (mariscal Fedor von Bock), integrado por dos ejércitos (4.º y 9.º), dos grupos blindados (2.º y 3.º) y un cuerpo aéreo, que avanzaría por el Centro a través de Ucrania occidental y Bielorrusia en dirección a Moscú. El Grupo de Ejércitos Sur, integrado por dos ejércitos (6.º y 17.º), un grupo blindado (1.º) y un cuerpo

aéreo, además de por tropas rumanas, se dirigiría hacia las zonas petrolíferas del Cáucaso. Complementaban el ataque por el Norte ártico dos cuerpos de ejército dependientes del Ejército alemán estacionado en Noruega, que intentaron con poco éxito apoderarse de la línea de ferrocarril de Murmansk a Moscú. El Grupo de Ejércitos Centro sería el más poderoso de los tres, y reuniría casi la mitad de los efectivos humanos y blindados de las fuerzas invasoras. Pero podría desviar parte de sus unidades para auxiliar a los otros dos Grupos de Ejército en caso de necesidad. De este modo, el III Reich se aseguraría el control de importantes recursos minerales, industriales y agroganaderos (las zonas industriales de Leningrado, la cuenca del Donetz, las llanuras de Ucrania), y golpearía de lleno al centro del poder soviético[16].

Los planes de reparto del territorio de la URSS, que incluían la reordenación racial y demográfica y la explotación económica de las zonas conquistadas se fueron perfilando durante los meses sucesivos, y llegaron a alcanzar en los proyectos de Hitler proporciones fantásticas. Estas últimas abarcaban la reubicación de una parte de la población rusa en las regiones septentrionales, la creación de un Estado satélite en Siberia y Asia Central *(Slavenland),* la recolonización de áreas del Báltico, de la región de Leningrado y de Ucrania con población alemana, y un largo etcétera. Desde un principio estaba prevista la aplicación sistemática de una brutal política represiva en la retaguardia, con el fin de mantener el mayor número posible de tropas (hasta 50-60 divisiones) como guarnición permanente de lo que sería el nuevo *limes* imperial, el cual iría de Astrakán a Arkangelsk. Más allá de esa línea empezaría el dominio de los *bárbaros* rusos, que habrían de ser tenidos a raya mediante incursiones esporádicas. La

explotación económica del territorio conquistado se basaría en una premisa: el consumo de la población soviética se reduciría drásticamente para poder proveer al Ejército de ocupación y a la población del III Reich de suficientes productos industriales, materias primas y, en particular, alimentos. Esa opción significaba, asimismo, que los ocupantes dejarían perecer por hambre a un alto número de ciudadanos soviéticos, que los jerarcas nazis estimaban en 30 millones, concentrados sobre todo en las ciudades y en las llamadas «regiones de apoyo» *(Zuschussgebiete).* Eso se uniría a una política de ocupación drástica, que eliminaría de entrada a los elementos que eran considerados como pilares esenciales del funcionamiento del Estado soviético: judíos adultos, comisarios políticos y militantes comunistas. En los planes que harían operativos esos designios participaron funcionarios e instancias militares y políticas diversas, pertenecientes tanto a las *Schutzstaffel* (Escuadras de protección del partido nazi, SS) y al *Sicherheitsdienst* (Servicio de Seguridad, SD) como a la Wehrmacht, pero también intervinieron responsables del Ministerio de Exteriores[17]. Muchos oficiales nazis, como el austríaco Theodor Habicht, compartían esas fantasías y soñaban con la construcción de un nuevo *limes* comparable a la Gran Muralla china en los Urales, donde los soldados alemanes prestarían su servicio militar en el futuro[18].

En esos proyectos elaborados todavía sobre un escritorio, con la ayuda de mapas y estadísticas, se formularon objetivos de guerra con matices diversos, pero coincidentes en sus aspectos fundamentales. Para Heinrich Himmler, jefe supremo de las SS y la policía, y comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Nación Alemana *(Reichskommissar für die Festigung deutsches Volkstums),* así como para su sanguinario lugarteniente Reinhard Heydrich, los objetivos

de colonización germánica de varios territorios de la URSS se combinaban con la obsesión por la «protección» *(Sicherung)* del nuevo territorio imperial a conquistar. Para otros líderes, como el ministro de Propaganda y Educación Popular Joseph Goebbels, se trataba además de una guerra por la supervivencia económica y el bienestar del pueblo alemán: por «cereales y pan [...], una mesa de desayuno, una comida y una cena bien servida, [...] materias primas, por caucho, hierro y minerales»[19]. El mismo Hitler expresó en agosto de 1941 que los territorios del Este habrían de ser para Alemania lo que la India era para Gran Bretaña. Al igual que una minoría de británicos podía regir sobre 400 millones de indios, una élite alemana habría de garantizar el dominio sobre millones de habitantes de la URSS, quienes deberían ser mantenidos en un estadio de instrucción elemental, que los capacitase para trabajar para los gobernadores, soldados y colonos de la raza superior. Al contrario que en los imperios ultramarinos, los jerarcas nazis no contemplaban una «contraoferta» civilizatoria para los nuevos colonizados[20].

De forma paralela a esos preparativos bélicos, el III Reich firmó el pacto tripartito con Japón e Italia el 27 de septiembre de 1940, para un reparto de áreas de influencia (el Mediterráneo, Europa oriental y Extremo Oriente), y atrajo también al pacto a Finlandia, Rumanía y Hungría. Mientras tanto, Alemania mantuvo con esmero sus buenas relaciones diplomáticas con la URSS. Hitler incluso ofreció a Stalin el 13 de octubre de 1940, a través de Ribbentrop, que la Unión Soviética entrase en el pacto y participase en el reparto de áreas de influencia en Europa y Asia. No está del todo claro si esa oferta era un mero tanteo para comprobar cuáles eran las ambiciones territoriales del dictador georgiano, o bien si se trataba de un hábil movimiento que

buscaba sorprender una vez más a Gran Bretaña y asegurarse las esferas ya adquiridas de dominio continental, posponiendo la guerra de «cosmovisiones» para un futuro más lejano. Fuese lo que fuese, el ministro de Exteriores Molotov se presentó en Berlín el 12 de noviembre de 1940, con el fin de discutir la oferta. No obstante, tras dos días de infructuosas negociaciones, no hubo acuerdo final. La URSS no quería ser arrastrada a una guerra contra Gran Bretaña, y sus objetivos anexionistas se centraban en Europa oriental, además de en Turquía y el Golfo Pérsico. Por el contrario, Ribbentrop y Hitler pretendían convencer a la URSS de que dirigiese su mirada hacia el océano Índico. El fracaso de la visita de Molotov dio el empuje final a la decisión de Hitler de ir a la guerra: el 18 de diciembre de 1940, el Führer nazi firmó la *Instrucción de Guerra núm. 21,* por la que establecía que la invasión de la URSS comenzaría en mayo. A pesar de los flirteos, es más que dudoso que el entendimiento entre los dos regímenes fuese posible a medio y largo plazo. Pero también lo había parecido en el verano de 1939[21]. Stalin, en todo caso, deseaba en este momento evitar la guerra por medios diplomáticos.

El Ejército Rojo había comenzado a prepararse y a reforzar los confines occidentales de la URSS en el otoño de 1940, además de proceder a un aumento paulatino de sus efectivos militares en hombres, así como en dotación de blindados y artillería. La labor de actualización de las defensas fronterizas fue, sin embargo, desastrosa desde un punto de vista estratégico. Por ejemplo, de los 2.300 puntos fortificados establecidos a lo largo de la frontera, apenas un millar disponía de dotación artillera. Stalin impuso a los mandos del Ejército soviético su propia previsión acerca de cómo discurriría un posible ataque alemán, basándose en la experiencia militar acumulada durante la guerra civil rusa.

El golpe se dirigiría de forma preferente hacia el Sur, hacia el Cáucaso y los principales recursos económicos, pues el dictador georgiano partía de la base de que ningún ejército invasor osaría atacar por el centro y aventurarse a cruzar la zona pantanosa de Pripet, en Bielorrusia.

Tras una serie de carambolas, a principios de 1941 el mejor estratega militar soviético, el general Georgi Zhukov, fue designado jefe de Estado Mayor del Ejército Rojo. Zhukov se puso manos a la obra de inmediato para reforzar las defensas fronterizas, y estableció contingentes blindados y aéreos en zonas de retaguardia adyacentes, con el fin de absorber un posible ataque germano. Incluso desarrolló planes para repeler una hipotética ofensiva alemana con una contraofensiva que penetrase en territorio del Reich. En marzo de 1941, Zhukov consiguió convencer a Stalin para que decretase una movilización parcial de medio millón de reservistas, a los que se unieron 300.000 más semanas después. Y en mayo de 1941 el dictador soviético transfirió más tropas a la frontera, también por insistencia de su jefe de Estado Mayor. El día 5 de ese mes pronunció un discurso en el Kremlin ante los graduados de las academias militares. En él, según las diferentes versiones —no se conservó versión taquigráfica—, Stalin habría afirmado que el Ejército Rojo, por ser moderno, también era un ejército «ofensivo». Tanto el plan parcial de Zhukov para un posible contraataque como la transferencia de tropas soviéticas a la frontera en vísperas de la invasión, y el discurso del 5 de mayo, además de la consideración de que la doctrina militar del Ejército Rojo se basaba en el supuesto de la agresividad permanente, han sido considerados por algunos historiadores, multitud de publicistas y la propia propaganda de guerra del III Reich como pruebas irrefutables de que la URSS estaba preparando en 1940-1941 una inminente

invasión de Alemania. Hitler no habría hecho sino adelantarse a sus planes en una guerra preventiva. Sin embargo, las evidencias documentales son demasiado débiles e indirectas para sostener tal aserto de modo convincente, y no van más allá de lo ya expuesto[22].

Por otro lado, entre enero y junio de 1941 Stalin buscó reconciliarse en el ámbito diplomático con su todavía aliado alemán. También hizo caso omiso de los informes de su inteligencia militar, que advertían de los preparativos alemanes, algunos tan precisos como los enviados por el famoso espía Richard Sorge desde Tokio a principios de marzo. El Estado Mayor soviético y el mismo Stalin consideraron que esas informaciones solo eran maniobras del espionaje británico para enemistar a la URSS con Alemania, y provocar su entrada en guerra en el bando de los Aliados. El primer caído de la Operación Barbarroja fue, de hecho, un soldado alemán de simpatías comunistas que desertó el 21 de junio y alertó a los soviéticos de la inminente invasión. Aunque sus informaciones fueron comunicadas a Moscú, el desertor fue fusilado sin contemplaciones por orden directa de Stalin, quien sostuvo que se trataba de una provocación. Hubo varios casos más a lo largo de la línea fronteriza, pero sus avisos fueron sistemáticamente ignorados por Moscú[23].

¿Cuáles eran las razones de Stalin? El dictador, que desconfiaba de modo compulsivo de quienes le rodeaban, se aferraba quizás a la incredulidad. Lo más probable es que se resistiese a creer que Hitler fuese tan audaz como para atacar con un ejército inferior en efectivos, arriesgarse a sostener una guerra en dos frentes e invadir la URSS con tan poco tiempo antes de que llegase el otoño. El hecho de que Alemania hubiese enviado tropas a los Balcanes en mayo de 1941 reforzaba a Stalin en su convicción: Hitler no podía ser

tan temerario. Si Alemania atacaba a la Unión Soviética, lo haría solo después de doblegar a Gran Bretaña. El dictador georgiano no podía dar crédito al hecho de que Hitler invadiese su país sin presentación previa de un ultimátum, e interpretaba los informes acerca de movimientos de tropas alemanas como una evidencia de que el líder nazi se estaba marcando un farol estratégico para obtener concesiones ventajosas en una futura negociación bilateral. El 15 de junio de 1941, al ser informado por Zhukov y Timoshenko de la inminencia de una invasión, el dictador expresó su confianza en que tal cosa no se produciría:

> Alemania está metida hasta las orejas en la guerra con Occidente y estoy seguro de que Hitler no se arriesgará a crear un segundo frente atacando la Unión Soviética. Hitler no es tan idiota y comprende que la Unión Soviética no es Polonia, ni Francia, ni tan siquiera Inglaterra[24].

La Operación Barbarroja no tuvo como objeto contrarrestar una inminente ofensiva soviética contra el corazón de Europa. De hecho, en los preparativos militares y en las predicciones de la conducta del Ejército Rojo que fueron elaboradas por los estrategas del OKW no existía la más mínima referencia a la «guerra preventiva». El propio Himmler opinaba en noviembre de 1940 que la URSS era inofensiva desde el punto de vista militar. La mayor preocupación de Hitler en los meses previos a la invasión consistía, paradójicamente, en lograr que Gran Bretaña diese su brazo a torcer, y que Estados Unidos no entrase en el conflicto. Y su mayor esperanza, que Japón atacase a la URSS desde el Lejano Oriente. La destrucción de la capacidad defensiva soviética en tres o cuatro meses era considerada en la práctica cosa hecha[25].

La capacidad militar del Ejército Rojo era bien conocida por los alemanes, y ya había podido ser observada de cerca por varios oficiales de la Reichswehr durante la segunda mitad de los años veinte, cuando la República de Weimar y

la URSS mantuvieron relaciones de intercambio y cooperación militar, mantenidas en teoría después del pacto germano-soviético de agosto de 1939. Varios oficiales tudescos que en 1940-1941 habían accedido al generalato pudieron conocer entonces de cerca el rearme del Ejército Rojo, que por lo general subestimaron, así como el nuevo «militarismo» del Estado bolchevique. Aunque la inteligencia militar alemana destacaba la previsible determinación del soldado soviético a la hora de defender su país, en los meses previos a la Operación Barbarroja no se detectaba en los preparativos de la Wehrmacht un temor a un posible ataque soviético. Algunas decisiones adoptadas por Stalin, como la clausura de la frontera con el III Reich en marzo de 1941 y la movilización parcial de reservistas, fueron interpretadas como medidas defensivas. Y los desastres logísticos del Ejército Rojo durante la guerra contra Finlandia fueron percibidos como una muestra de su incapacidad para acometer operaciones ofensivas de envergadura, lo que en parte se explicaba por el efecto debilitador de las purgas de 1937-1938 entre la oficialidad y cuadros militares.

En vísperas de la invasión, el OKW conocía bien la superioridad del Ejército Rojo en efectivos humanos, así como en número de carros blindados. Sin embargo, los estrategas alemanes menospreciaban la capacidad de combate del adversario. Desde un prisma profesional, juzgaban al Ejército Rojo como una fuerza muy inferior a la Wehrmacht en lo referente a tecnología militar y calidad de sus mandos inferiores e intermedios. Si alguna virtud se reconocía a los soviéticos, como expresaba el jefe de Estado Mayor del 4.º Ejército en mayo de 1941, era la capacidad de sufrimiento y combate de sus soldados rasos, los *Ivanes*. Pero esa valoración positiva tenía una contrapartida de prejuicio

cultural. El combatiente *ruso* podía ser, por su naturaleza obcecada y primitiva, un luchador individual duro de roer: «como medio asiático, analfabeto y combatiente piensa y siente de diferente manera. Por ello no es vulnerable a los rigores invernales, es austero». Pero en la guerra moderna un soldado así tendría poco que hacer frente a la Wehrmacht[26].

A pesar de las objeciones estratégicas y las dudas de varios de los principales generales, la confianza en la superioridad del propio Ejército y de su aura invencible, demostrada en las guerras relámpago de 1939-1940, invitaba al alto mando de la Wehrmacht a un abierto optimismo. La osadía de Hitler, al que ninguno de sus oficiales de Estado Mayor se atrevía a contradecir, hacía el resto. El escenario más plausible, según preveían el jefe de Estado Mayor del Ejército de Tierra (Halder) y sus ayudantes cuando se reunieron en Zossen el 4 de junio de 1941 con los comandantes generales que intervendrían en la invasión, era que tras dos semanas de intensa lucha las tropas soviéticas dejarían un gran vacío a sus espaldas, por el que avanzarían imparables las unidades blindadas alemanas, golpeando el corazón de la URSS y provocando el derrumbamiento del Estado bolchevique[27]. Y en vísperas de la invasión, el general Walther von Seydlitz escribía eufórico que, aunque sus hombres estaban expectantes por ver cómo combatían los «rusos», la campaña terminaría en «unas 8 semanas». Diez días después, ya iniciados los duros combates, todavía estimaba la duración de la guerra en «5 semanas»[28].

1.2. El sueño imperial y la preparación de una guerra de exterminio

Los planteamientos geopolíticos y los sueños de imperio racial de Hitler ya estaban esbozados, en efecto, en los años veinte. En ellos se podrían identificar tres fases, coincidentes con el ascenso sucesivo del imperio alemán de potencia europea a imperio mundial. En primer lugar, una alianza con Gran Bretaña sobre la base de la renuncia germana a colonias ultramarinas permitiría a Alemania subyugar a la Europa continental incluida la URSS, y de esta manera crear las condiciones para convertir al imperio alemán en un poder mundial. En segundo lugar vendría el salto a ultramar desde esta posición continental y la disputa con Estados Unidos por la hegemonía mundial. En un tercer estadio llegaría la consecución de la hegemonía mundial para Alemania. Con el fin de alcanzar el primer objetivo, que creía poder llegar a ver en vida, el dictador se había marcado el período 1937-1943/45. Así, mediante una serie de guerras relámpago concatenadas contra enemigos seleccionados, Hitler confiaba en asentar de forma progresiva la hegemonía continental de Alemania. Empero, la entrada en guerra con el III Reich de Gran Bretaña y Francia en septiembre de 1939, tras el ataque germano a Polonia, así como la posterior persistencia británica en no rendirse, tras la caída de Francia en junio de 1940, fueron elementos imprevistos que torcieron los planes del dictador nazi. Sus proyectos tuvieron entonces que adaptarse a las nuevas perspectivas de una guerra librada en diversos escenarios y contra varios oponentes a la vez. Hitler pasó a privilegiar un plan de guerra improvisado, lo que le llevó a adelantar tácticamente el ataque a la URSS que desde hacía al menos veinte años consideraba inevitable.

La confrontación estaba escrita en los designios de futuro del dictador, ante todo, por postulados ideológicos de carácter estructural, inherentes a la cosmovisión

nacionalsocialista. Estos últimos enlazaban con el proyecto a largo plazo concebido por Hitler, y pasaban por el cumplimiento de una suerte de misión histórica que el nacionalsocialismo se arrogaba para restaurar la hegemonía alemana en el mundo, dentro de una concepción geopolítica de naturaleza racial. La guerra contra la URSS permitiría alcanzar cuatro objetivos estratégicos:

1. El exterminio de las élites dirigentes soviéticas («judeobolcheviques»), junto con la aniquilación de todos los judíos del continente, empezando por los de Europa centrooriental y otras razas *inferiores* desde el punto de vista genético para acabar con las «raíces biológicas» del comunismo.

2. La sumisión de los pueblos eslavos, así como su debilitamiento político, demográfico y cultural y su sujeción colonial al III Reich.

3. La consecución de un «espacio vital» para el pueblo alemán, mediante la regermanización de varias zonas de la URSS, que serían *vaciadas* por etapas de población eslava y colonizadas con pobladores germanos del territorio del Reich y «alemanes étnicos» procedentes de otras zonas de Europa centrooriental, con el objetivo de crear nuevos territorios para el imperio alemán.

4. La creación de un «Gran espacio» *(Grossraum)* autárquico bajo dominio alemán en Europa continental, dentro del cual una serie de pueblos y áreas servirían como unidades subordinadas a las necesidades económicas en materias primas y alimentos del III Reich. El nuevo imperio alemán podría así asentar su hegemonía en Europa sobre sólidos pilares económicos y militares, y pasar a la ofensiva por el poder mundial en una siguiente fase.

Estos grandes proyectos a largo plazo, que configuraban

lo que se podría llamar el *programa oriental* de Hitler, se hallaban esbozados ya de forma clara en el segundo volumen de *Mi Lucha* (1927) como un plan de conquista de territorios y ampliación de fronteras en el Este a costa de pueblos inferiores desde un punto de vista *racial*[29]. Pero esos designios carecían, por lo general, de previsiones detalladas en cuanto a su realización concreta a corto y medio plazo. Por ello, también ofrecían una posibilidad de integración e identificación a sectores más amplios del aparato del Estado alemán, a capas sociales y élites conservadoras, a los principales representantes del poder económico y, de modo muy particular, a la alta oficialidad de la Wehrmacht. Cada uno de esos sectores proporcionaría sus propios matices y, sobre todo, un abanico de planes realizables y concretos para alcanzar el proyecto de *reconstrucción* de un imperio alemán. La consecución de un nuevo *Reich* que sucediese al medieval y al guillermino era contemplada como la causa exterior que permitiría mantener a la población alemana en constante movilización, y con ello sería capaz de sublimar las contradicciones sociales y políticas del nazismo —como de todo movimiento fascista—, proporcionando a diversas clases sociales incluidas en la concepción de la comunidad nacional germánica (de la que se excluían los racialmente *impuros* y los *imperfectos* desde el punto de vista biológico) un ideal de realización de un socialismo nacional e imperial. Algo de lo que Hitler era consciente desde mediados de la década de 1920[30].

De hecho, la retórica imperial sonaba a música celestial a oídos de buena parte de los generales de la Wehrmacht, de los grandes industriales y de los partidarios de una concepción nacional-conservadora *(völkisch)* de la nación *granalemana,* es decir, de una Alemania cuyas fronteras habrían de comprender todos los territorios poblados por

gentes de habla y cultura germánica. El antibolchevismo y la imagen negativa de la URSS o «Rusia» era otro elemento compartido por todos ellos. Y el antisemitismo constituía un común denominador ideológico y cultural del conjunto de esos sectores. Incluso para los militares de pensamiento más *profesional,* la eliminación del «problema soviético», única amenaza estratégica seria para el poder alemán en Europa continental, constituía una tentación y un motivo de preocupación, lo que también explica por qué varios generales que después fueron miembros de la resistencia contra Hitler participaron de manera activa en la planificación y ejecución de la Operación Barbarroja. Los proyectos de expansión hacia el Este ya databan de la I Guerra Mundial, si no de antes. Y fueron muy pocas las voces que desde 1937 se alzaron contra una guerra que se veía venir. Ninguno de los compañeros de viaje del nazismo tenía por qué compartir todos y cada uno de sus postulados ideológicos, ni mucho menos contemplar dentro de esos objetivos el exterminio racial —si bien en la praxis imperial alemana en África, como demostró la represión de la revuelta de los Herero y Nama en Namibia en 1907, no estuvo ausente la aniquilación de pueblos enteros[31]. Pero no por esa razón dejaron de prestar su concurso al conjunto de la empresa imperial. De hecho, los planes expansionistas de Hitler se apoyarían en cuatro objetivos: victoria militar, exterminio racial, explotación económica y expansión territorial. Y para esos fines necesitaba de cuatro elementos, que conformaron los auténticos pilares de su proyecto: el Ejército, las SS y el Servicio de Seguridad (SD), la administración económica o *Vierjahresplan* y la administración civil[32].

Las guerras iniciadas por el III Reich, y en particular la planeada campaña contra la Unión Soviética, ofrecían la

posibilidad de cumplir cada uno de los objetivos particulares de los distintos sectores de la sociedad alemana que colaboraron e identificaron sus fines ideológicos con el nazismo. También las élites financieras y militares alemanas compartían el «síndrome del Vístula», el temor a la expansión de la Revolución soviética por toda Europa, como habían experimentado en 1918-1920 con los estallidos revolucionarios en territorio alemán, la *Räterepublik,* los consejos obreros, el ascenso al poder del líder comunista Béla Kun en Hungría entre marzo y agosto de 1919, o la Guerra Civil española de 1936-1939. El antisemitismo, al menos entendido de modo genérico y tradicional, no era un postulado defendido en exclusiva por los nazis, como tampoco lo era el anticomunismo. También eran de aceptación generalizada entre amplias capas de la clase política, de la burguesía y de las élites alemanas las ansias por ganar un imperio, al igual que lo eran los sueños de expansión territorial hacia el Este o el deseo de revancha por la derrota de 1918 y la humillación del Tratado de Versalles.

Junto a esa necesidad de expansión exterior de todo régimen fascista, jugaba a favor de la decisión de extender la guerra a la Unión Soviética desde finales de 1940 otro factor de alcance puramente estratégico, y que bebía en buena medida del trauma de la derrota de 1918. Con el fin de evitar que tuviese lugar otra *puñalada por la espalda* por parte de la sociedad civil al ejército, era necesario evitar las causas que habían llevado al colapso del Imperio guillermino en 1918: el hambre y los racionamientos en la retaguardia, así como el descontento de las familias de los soldados, la inestabilidad monetaria y los altos impuestos que hacían subir los precios. Para mantener el notable nivel de bienestar de la población del III Reich, y para reducir asimismo a un mínimo indispensable las privaciones, incertidumbres económicas y

familiares que pudiese acarrear el estado de guerra, era vital mantener la política de reparto social *equitativo* del producto de la expoliación a las minorías excluidas de la comunidad nacional en el interior, así como ampliar ese producto social con la apropiación de recursos en el exterior mediante la conquista de nuevos territorios y la explotación de sus riquezas[33].

En términos estratégicos, un planteamiento de esa naturaleza necesitaba de una sucesión de guerras relámpago, con escaso coste social y económico, limitado número de bajas propias y notables réditos en prestigio, orgullo nacional y, no menos importante, bienestar económico repartido entre la población. Sin embargo, desde septiembre de 1939 esta estrategia había fallado. Para poder mantener el curso de la guerra sin problemas en la propia retaguardia, los jerarcas nazis y Hitler en particular llegaron a la convicción de que solo la conquista de amplios territorios en el Este, en solar soviético, haría posible ganar un imperio colonial europeo que proporcionase alimentos y materias primas, además de mano de obra esclava. Esos recursos constituirían una base segura para la supervivencia del Imperio alemán en el camino hacia su hegemonía. Merced a ello se suprimiría, además, la creciente dependencia de los suministros de alimentos por parte soviética, establecidos en un acuerdo firmado en enero de 1941. Antes que depender de un aliado ideológicamente opuesto, era preferible para el III Reich servirse por sí mismo[34].

Esta guerra sucia en esencia y objetivos, planteada por el III Reich frente a un enemigo definido como *subhumano,* no solo sería cometido de las fuerzas especiales de carácter político sometidas a la directa obediencia de los jerarcas nazis, como las SS, las fuerzas dependientes del SD, y los «Grupos de Despliegue» *[Einsatzgruppen]* dependientes de

aquél. Las fuerzas regulares de la Wehrmacht también participaron, y no siempre de modo subsidiario, en esa gigantesca operación de limpieza étnica. Lo hicieron de forma consciente y desde un principio, de modo planeado y organizado. Y la colaboración se extendió a todas las facetas del trabajo cotidiano de ejecución de las directrices de la guerra de exterminio[35]. Como hemos visto, el alto mando del Ejército alemán estaba al tanto desde 1940 de la intención por parte de Hitler de invadir la URSS. Sólo difería en su interpretación del carácter de la invasión: ¿Una guerra corta que infligiese un castigo a los soviéticos y los forzase a firmar un armisticio que otorgase una nueva posición de poder continental al III Reich? ¿O una guerra de exterminio e invasión en toda regla? Una vez que Hitler se decidió por la segunda opción, los preparativos militares se pusieron en marcha. En un principio, solo persistía la duda de cuándo se produciría el ataque. Lo que también dependió de lo que tardó Hitler en convencerse de que ni Gran Bretaña se rendiría ni firmaría un armisticio para dejarle las manos libres frente a la URSS.

Los principales cuerpos asesores dependientes del Estado Mayor del Ejército alemán fueron concretando los planes de invasión en el verano y otoño de 1940, a la espera de que el Führer nazi otorgase el beneplácito definitivo. Este último llegó a mediados de diciembre de 1940. Y prestaron su total consentimiento al carácter de guerra criminal y de «cosmovisiones enfrentadas», y por tanto de exterminio, que tendría lugar en suelo soviético. Como en otras ocasiones, el dictador nazi formulaba de manera general una serie de directrices y principios, que sus subordinados inmediatos se encargaban de precisar y perfilar. Solo se registraron escasas y aisladas resistencias por parte de algunos generales, quienes expresaron su disentimiento más

bien en privado que en público. El propio Adolf Hitler expuso cuál era la naturaleza ideológica de sus planes de invasión de la URSS ante varios de sus generales en diversas ocasiones, desde principios de 1941. El dictador pretendía dejar claro a los mandos de la Wehrmacht dos cosas. Primera, que en la futura guerra contra la URSS se enfrentarían dos cosmovisiones radicalmente excluyentes *(Weltanschauungen).* Segunda, que su conducción de la guerra y su legitimidad para planearla no solo se derivaba de su condición de comandante supremo de las fuerzas armadas germanas, sino también del hecho de ser el guía máximo y quien mejor sabía interpretar el destino histórico del pueblo alemán, y con mayor acierto podía formular una cosmovisión acorde a los intereses de la *Volksgemeinschaft,* la comunidad nacional.

Hitler tuvo ocasión de exponer de manera conjunta a sus generales tanto sus planes de guerra como las líneas de futuro de su proyecto geopolítico para los territorios que serían ocupados en el Este. El 30 de marzo de 1941, el dictador celebró en la cancillería de Berlín una reunión con casi doscientos cincuenta generales de la Wehrmacht sobre los que recaería el mando de las tropas comprometidas para la Operación Barbarroja, y que habrían de configurar el Ejército del Este u *Ostheer.* Estaban presentes los comandantes generales de los tres Grupos de Ejército *(Heeresgruppen)* en que se dividiría aquél (norte, centro y sur), de los grupos de la Luftwaffe *(Luftflotten),* de los Ejércitos *(Armeen)* en que se subdividirían los Grupos de Ejército, los comandantes de los cuerpos blindados *(Panzergruppen)* y los jefes de Estado Mayor[36]. Durante dos horas, según las notas que tomó el general Halder, Hitler desgranó la cosmovisión nazi de supremacía racial y su concepción de la guerra contra la URSS como una campaña

de exterminio. La guerra no tenía como objetivo conservar con vida al enemigo tras la derrota. Era preciso eliminar a los «comisarios bolcheviques y a la *intelligentsia* comunista», de modo que en los Estados sucesores de la URSS bajo control alemán solo subsistiese una *«intelligentsia* primitiva»; la Wehrmacht no debía contemplar al enemigo bolchevique bajo el «punto de vista de un camarada, usual en otros frentes»; y la guerra tendría un carácter diferente al que tenía en el Oeste. El resumen anotado por Halder era, en su parquedad, un compendio elocuente de las intenciones del *Führer:*

> Lucha de dos cosmovisiones enfrentadas. Juicio exterminador sobre bolchevismo, [el cual] es igual a una banda de criminales asociales. Comunismo enorme peligro para el futuro. Debemos apartarnos del punto de vista de la camaradería militar. El comunista no es ningún camarada, ni antes ni después. Se trata de una lucha de exterminio. Si no lo entendemos así, seguramente derrotaremos ahora al enemigo, pero en 30 años se alzará de nuevo contra nosotros el enemigo comunista[37].

Años más tarde, ante los jueces de Núremberg, los jefes militares que aquel día estaban presentes en la cancillería declararon que, cuando Hitler se retiró, manifestaron sus discrepancias al comandante general del Ejército de Tierra, el mariscal Walther von Brauchitsch. Pero lo cierto es que, salvo muestras de incomodidad individual ante el carácter de la guerra que se avecinaba, la gran mayoría de los generales se mostró conforme con sus líneas maestras[38]. Desde el punto de vista ideológico, no todos, ni siquiera la mayoría, de los altos mandos del ejército simpatizaban con el nacionalsocialismo; pero muchos de ellos compartían con los nazis la visión demonizada del enemigo bolchevique, así como una imagen de Rusia cercana a la abrigada por el racismo hitleriano y un radical desprecio cultural hacia los pueblos eslavos. Todo ello desembocaba en un anhelo general, de larga trayectoria en el Ejército alemán desde finales del XIX: la aspiración a construir un imperio en el Este *(Ostimperium)* que restaurase la hegemonía germana en el

continente, y que compensase la falta de colonias ultramarinas[39].

Las intenciones expresadas por Hitler se tradujeron al poco tiempo en una serie de instrucciones que fueron distribuidas a los oficiales de rango inferior, quienes las dieron a conocer a la tropa poco antes del comienzo de la proyectada invasión. Cuando en la primavera de 1941 Heydrich se reunió con el mariscal Göring para fijar diversos aspectos de la actuación de las fuerzas policiales en la invasión, ambos llegaron a la conclusión de que el ejército regular necesitaría de un folleto de instrucciones donde se especificasen los blancos específicos a eliminar en las primeras fases de la guerra. Se trataba de las «instrucciones criminales» *(verbrecherische Befehle),* según la denominación de la historiografía posterior, y que fueron emitidas tanto por el Alto Mando de la Wehrmacht como por el Alto Mando del Ejército de Tierra. Tenían origen en las directrices que el propio Hitler había dictado el 18 de diciembre de 1940, con el fin de preparar el ataque contra la Unión Soviética, que fueron objeto de elaboración y discusión, con conocimiento de los principales jefes militares (el mariscal Wilhelm Keitel o el general Jodl, además de Von Brauchitsch), por varias instancias del OKW y del OKH entre aquella fecha y marzo de 1941[40]. En su forma final, las órdenes fundamentales fueron cuatro. Todas ellas obedecían al designio de *limpieza* racial, así como al objetivo de eliminar los principales soportes políticos del régimen estalinista:

1. La regulación de las actividades de los *Einsatzgruppen* o grupos de despliegue dependientes de las SS y del SD, que fue fijada tras una serie de negociaciones entre el OKH, a través del general Wagner, y el jefe de la Policía de Seguridad y del SD, el *Obergruppenführer* de las SS y mano

derecha de Himmler, Reinhard Heydrich. El acuerdo de colaboración final fue transmitido a las tropas el 28 de abril de 1941. Basándose en buena medida en lo que había sido la experiencia de cooperación existente entre ambos organismos desde la conquista de Polonia, los *Einsatzgruppen* recibían ahora autorización para operar con relativa libertad dentro de las áreas controladas por los diversos grupos de Ejército, tanto en la retaguardia como en la zona de operaciones, para ejecutar «tareas especiales». Ese eufemismo ocultaba, desde la campaña polaca, la ejecución expeditiva de determinados colectivos de población que eran considerados enemigos por naturaleza del III Reich. Los comandos especiales podían actuar con plena autonomía en todo lo relativo a su conducta con respecto a la población civil, y solo se subordinarían al ejército regular en asuntos logísticos (alojamiento y abastecimiento).

2. En vísperas de la invasión de la URSS, las tropas alemanas recibieron instrucciones precisas para orientar su comportamiento en territorio enemigo: las llamadas «Directrices para la conducta de la tropa en Rusia» *(Richtlinien für das Verhalten der Truppe in Russland),* emitidas por el OKW el 19 de mayo de 1941. En ellas se definía al bolchevismo como el «enemigo mortal del pueblo alemán nacionalsocialista», lo que justificaba una lucha sin cuartel, que exigía de la tropa un «proceder enérgico y despiadado» contra los «agitadores, guerrilleros, saboteadores y judíos bolcheviques», así como la «eliminación completa de toda resistencia activa o pasiva». Además de señalar los objetivos a aniquilar (judíos, militantes comunistas, partisanos…), el punto tercero de las instrucciones establecía que los soldados alemanes debían tratar con distancia y prevención a todos los integrantes del

Ejército Rojo, incluyendo a los prisioneros, y en especial a los procedentes de Asia Central. La instrucción número cinco también recordaba que los combatientes debían contar con que una parte de la población rusa y de otros pueblos los saludaría como libertadores y expresaría su sentimiento nacional a través de manifestaciones religiosas, que debían ser permitidas por los invasores.

3. La promulgación de la llamada «Orden sobre el trato a los comisarios políticos», con fecha del 8 de junio de 1941, que establecía que los comisarios del Ejército Rojo debían ser «despachados», es decir, liquidados, de modo inmediato a su captura y después de ser separados de los prisioneros en un lugar aparte. La justificación teórica para tal instrucción residía en que los comisarios serían los auténticos «ejes de la resistencia» y que de ellos sería de esperar una lucha feroz y desprovista de toda sujeción a las reglas de la guerra. Según expresaba el mismo general Keitel en respuesta a las objeciones del Servicio de Información *(Abwehr),* que estimaba que semejante orden solo traería como consecuencia una resistencia más encarnizada por parte soviética y posibles represalias contra los prisioneros alemanes, en la guerra contra la URSS no cabía mantener caducas concepciones de una «guerra caballeresca», sino que ahora el III Reich estaba embarcado en una empresa de «exterminio de una ideología». De hecho, las ejecuciones de comisarios políticos resultaron ser contraproducentes desde el punto de vista operativo, pero aún a finales de septiembre de 1941 Hitler se negó a derogar la orden, y solo cambió de opinión ocho meses más tarde[41]. El 6 de mayo de 1942 la instrucción fue anulada con base en dos argumentos: la pérdida de importancia de los comisarios en el Ejército Rojo, y el hecho de que la orden incentivaba la resistencia de los soldados soviéticos, espoleados por unos comisarios que

sabían cuál iba a ser su destino si caían prisioneros. Hasta entonces, varios miles de comisarios —unos 10.000— cayeron víctimas del *Ostheer* después de ser capturados[42].

4. El llamado «Decreto del Führer sobre el ejercicio de la jurisdicción militar en el ámbito de "Barbarroja"», también conocido de forma abreviada como «Decreto Barbarroja», fechado el 13 de mayo de 1941 y transmitido de forma oral a los oficiales. Su punto principal residía en que estos últimos recibían permiso para actuar de forma libre respecto a la población civil soviética en todo lo relativo a la actuación frente a los guerrilleros y todos aquellos civiles sospechosos de darles apoyo. Las sanciones contra los soldados que cometiesen abusos contra civiles dependerían del arbitrio del oficial al cargo, que habría de juzgar si la conducta de sus subordinados hacía peligrar la cohesión de la disciplina militar. Aunque tal orden no fue transmitida de inmediato a los combatientes alemanes, con el fin de no dar lugar a estallidos de anarquía en un primer momento, su contenido les fue dado a conocer de forma progresiva por los oficiales, generalmente de palabra, a medida que se adentraban en territorio conquistado[43].

Hubo reticencias a cumplir las órdenes por parte de varios generales de división, y algunas reservas del mariscal Fedor von Bock, tanto por temor a la radicalización de la resistencia soviética como por el peligro de quiebra de la disciplina de la propia tropa, y la fidelidad a un código de honor. Pero fueron una minoría; a menudo no cuestionaban las órdenes, sino que las trasladaban a otras instancias: los comisarios políticos, tras ser separados del resto de los prisioneros, eran entregados a los *Einsatzgruppen* o a la policía militar[44].

Las instrucciones fueron complementadas y matizadas a

lo largo de la campaña por varias órdenes promulgadas por los comandantes en jefe de Cuerpos de Ejército con mando en diversos sectores del frente. Algunas de ellas fueron dictadas, incluso, con anterioridad al comienzo de la Operación Barbarroja, y destacaban el carácter de guerra de exterminio que adquiriría la campaña en ciernes, trazaban una imagen del enemigo deshumanizada e impregnada de prejuicios raciales, subrayaban la asociación semántica entre judaísmo y bolchevismo, y urgían a los combatientes a actuar sin piedad tanto hacia los judíos como hacia los partidarios del sistema comunista. En general, los altos mandos del Ejército del Este consintieron y colaboraron en la guerra de exterminio, cuando no dejaron hacer y miraron para otro lado[45]. Fueron los casos del general Erich Hoepner, comandante en jefe del 4.º Grupo blindado —y ejecutado tres años después por conspirar contra Hitler—, quien en las instrucciones no solo utilizaba el término «guerra de exterminio», sino que explícitamente prohibía la compasión hacia los «partidarios del actual sistema ruso-bolchevique». El general Georg von Küchler, comandante en jefe del 18.º Ejército, explicaba el 25 de abril de modo pormenorizado a sus comandantes que Rusia era un Estado asiático, distinto desde un punto de vista racial, y que la destrucción de la Rusia europea exigía, en beneficio de la seguridad de Alemania, la ejecución de comisarios políticos y miembros de la policía política soviética. El mariscal Walther von Reichenau, convencido nazi al mando del 6.º Ejército en el sector meridional del frente, se sintió obligado en octubre de 1941, después de que algunos oficiales protestasen por la participación de sus soldados en masacres contra judíos, a precisar a sus subordinados que sus deberes en la campaña de Rusia iban más allá de sus cometidos militares habituales. Explicitaba así que «el soldado en el espacio oriental no es

solo un combatiente según el arte de la guerra, sino el portador de una idea de pueblo, y el vengador de todas las bestialidades cometidas contra los alemanes». El «subhombre judío», cómplice por excelencia del sistema bolchevique, merecería sufrir una expiación colectiva de sus pecados. Por su parte, el general Erich von Manstein, comandante en jefe en 1941 del 11.º Ejército, se caracterizó por el fuerte tono antisemita de sus instrucciones, en plena concordancia con los postulados nazis. El 20 de noviembre de 1941 recordaba a los jefes de regimiento y batallón bajo su mando que «el sistema judío-bolchevique debe ser aniquilado para siempre, y no debe poner su bota en nuestro espacio vital europeo». Los soldados alemanes, además, no debían mostrar piedad ante las «medidas necesarias» a adoptar contra los judíos por los *Einsatzgruppen,* cuyo fin supremo era «aplastar toda posible sublevación promovida por los judíos»[46].

Los mensajes contenidos en las «órdenes asesinas» y las medidas adoptadas en consonancia con ellas tuvieron una influencia no desdeñable sobre el soldado de a pie. El departamento de propaganda del OKW se esmeró en transmitir los *Leitmotive* antisemitas y antieslavos, en asociación semántica directa con la condena y demonización del comunismo soviético, a través de su propaganda radiada y fílmica, así como mediante la prensa de trinchera. En esta última, y en particular en las *Mitteilungen für die Truppe,* órgano de prensa repartido a todas las unidades, abundaban sobremanera expresiones y lemas de inspiración nacionalsocialista, como la necesaria aniquilación de los «subhumanos rojos» o el objetivo de conseguir una Europa libre de judíos y el «sistema judío-bolchevique de Stalin». También se destacaba en esos mensajes, al menos desde 1942, que la guerra no se dirigía contra *todos* los pueblos de

la URSS. A pesar de ello, el soldado alemán nunca debía olvidar que era representante de un pueblo superior: un *Herrenvolk,* cuya meta era el dominio sobre otros[47].

1.3. La leyenda de la «limpia Wehrmacht» y la realidad

Es imposible cuantificar, ni siquiera de modo aproximado, cuántos soldados alemanes acataron las órdenes recibidas, cuántos se convirtieron en criminales de guerra en sentido estricto de acuerdo con el Derecho Internacional vigente en 1941-1945, cuántos hicieron caso omiso de las instrucciones, y cuántos más acabaron por aceptar la necesidad y praxis de una guerra de exterminio como un resultado combinado de la disciplina militar que obligaba a la obediencia de las órdenes superiores, del embrutecimiento de las condiciones de combate y la espiral de violencia que aquella provocaba, y de los efectos del adoctrinamiento nacionalsocialista. Como veremos más adelante, un debate recurrente en la historiografía alemana sobre el frente oriental, en particular de la alineada con la Nueva Historia Militar[48], es el grado de implicación no solo de la Wehrmacht como institución y de sus altos mandos en particular, sino sobre todo de los grados intermedios de la tropa combatiente, y de los casi diez millones de soldados alemanes de leva obligatoria que, en un momento u otro, pasaron por el *frente ruso.* Esa implicación fue olvidada de modo consciente por los propios mandos del OKW y el OKH, y por los generales del Ejército del Este al ser interrogados por sus captores soviéticos, norteamericanos o británicos tras mayo de 1945, así como por los que comparecieron acusados de crímenes de guerra ante el tribunal aliado de Núremberg en 1946. Y fue igualmente negada de modo sistemático por los antiguos

generales de la Wehrmacht en sus libros de memorias, manuscritos e intervenciones públicas a lo largo de las décadas de 1950, 1960 y 1970.

A través de esas memorias, que en varios casos se convirtieron en auténticos éxitos de ventas, se intentó construir la imagen de una Wehrmacht «limpia» de cualquier implicación en los crímenes de guerra del régimen nacionalsocialista. Sin negar la existencia de atrocidades en la retaguardia y de la *Shoah,* el argumento principal consistía, por un lado, en hacer responsables de tales acciones de modo exclusivo a las tropas y unidades situadas bajo mando político de las SS, de la Oficina Central de Seguridad del Reich [*Reichssicherheitshauptamt,* RSHA] o la Gestapo y el SD. Y, por otro lado, defendían que la Wehrmacht sería un ejército regular de leva obligatoria como otro cualquiera, integrado por ciudadanos reclutados en una movilización masiva y cuyo comportamiento, tanto en el frente como en la retaguardia, se habría atenido en lo esencial a las normas de la Convención de Ginebra de 1929 y a la Convención de La Haya de 1907. Los generales alemanes habrían sido «engañados», «seducidos» o «desviados de su camino» por Hitler, pero sus planes de exterminio racial y de ambición imperial habrían sido desconocidos para la mayoría.

Esa memoria construida gozaba de cierta tolerancia por parte de los nuevos aliados de la República Federal de Alemania (RFA), en particular los norteamericanos, quienes estuvieron muy interesados en la información proporcionada en largos interrogatorios por los generales alemanes del *Ostheer* acerca del Ejército Rojo para mejor elaborar sus propias estrategias defensivas durante el período de la Guerra Fría. Y, como era de esperar, hallaba una amplia comprensión en Alemania occidental por parte

de una opinión pública que prefería olvidar el pasado de consenso social con los fines de guerra del III Reich, y que además estaba compuesta en buena parte por excombatientes, viudas, hijos y parientes de veteranos de guerra, de caídos en el frente o de cautivos todavía no retornados de la URSS. El destino de los prisioneros alemanes en campos de internamiento soviéticos y la memoria de las deportaciones de poblaciones alemanas desde varios territorios de Europa centrooriental, así como el recuerdo reprimido de los bombardeos masivos sobre suelo alemán en la fase final de la guerra, y las violaciones en masa perpetradas por los soldados del Ejército Rojo a su avance por el Este de Alemania, constituían memorias alternativas que, cultivadas en la esfera pública o de modo preferente en el ámbito privado, convertían a los alemanes, según su paradójica recreación, en un pueblo *de víctimas*. Incluso en la República Democrática Alemana se ocultó bajo la conveniente retórica antifascista y de hermandad con la URSS el espinoso tema del comportamiento de los combatientes del *Ostheer* entre 1941 y 1945, y se cultivó una cierta equiparación entre los bombardeos masivos del «imperialismo anglonorteamericano» en 1943-1945, que habían destruido Dresde, y la nueva amenaza de esos mismos enemigos[49].

La progresiva puesta al descubierto por la investigación histórica de la dimensión de lo que se dio en llamar los *crímenes de la Wehrmacht* a lo largo de las décadas de 1970 y 1980 —espoleada a su vez por la *disputa de los historiadores* librada en los medios periodísticos en 1986-1987 acerca de la equiparación entre nazis y comunistas soviéticos—, y sobre la medida en que un totalitarismo y otro podían ser comparables en términos históricos, empezó a poner sobre el tapete la cuestión de quiénes habían sido los *perpetradores*

anónimos de los crímenes del nazismo en suelo soviético y en Europa oriental en general. La apertura de los archivos rusos desde 1990 y la posibilidad de acceder a ingentes fondos documentales sobre la «Gran Guerra Patria» hasta entonces vetados a los historiadores occidentales, así como la inauguración en 1995 de la exposición itinerante *Crímenes de la Wehrmacht,* organizada por el Instituto de Investigación Social de Hamburgo y visitada por millones de personas, contribuyeron a plantear en la esfera pública la incómoda cuestión de cuál había sido la dimensión del soldado de infantería *(Landser)* normal y corriente, no necesariamente un fanático nacionalsocialista, en esos crímenes. Las instantáneas exhibidas, provenientes en su mayoría de las colecciones de fotos tomadas por soldados alemanes que todavía estaban en sus cámaras o en sus mochilas cuando cayeron prisioneros, o cuando sus cadáveres fueron registrados por los soviéticos, mostraban ejecuciones de partisanos, de judíos o de población civil perpetradas en medio de amplios grupos de combatientes tudescos que participaban en ellas, que contemplaban la escena como espectadores y que incluso se permitían gestos burlescos. La pregunta inevitable que muchos ciudadanos alemanes se formularon fue que aquellos soldados, que parecían gente normal, podrían haber sido el padre, el esposo o el hermano de cualquiera. O ellos mismos cincuenta años atrás. Hubo algunos casos de hijos y nietos que reconocieron a sus parientes en las fotos[50]. Las entrevistas con cuestionarios que fueron realizadas a varias decenas de visitantes octogenarios de la exposición, ellos mismos excombatientes en el frente del Este, arrojaban resultados perfectamente congruentes con lo contemplado en las fotos. La mayoría reconocía ahora el haber presenciado escenas de maltrato a prisioneros, represalias

contra civiles y partisanos, y un largo etcétera[51].

De este modo se puso en evidencia que uno de los pactos de silencio más persistentes que habían imperado en la sociedad germano-occidental, y hasta cierto punto también en la germano-oriental, a lo largo de los cuarenta años posteriores a la guerra había consistido en no preguntar qué habían hecho los mayores en la guerra. Y, asimismo, si tal pregunta tenía lugar, la memoria privada tendía a conformarse con las estrategias discursivas de elaboración de un relato de la memoria familiar en el que, invariablemente, nadie había sido nazi; o al menos nadie lo había sido de forma convencida[52]. Según esa percepción social, la gran mayoría de los ciudadanos alemanes habrían sido víctimas engañadas y manipuladas por el régimen, que no se habían dado cuenta de la naturaleza criminal del nazismo. Esas víctimas involuntarias habían sufrido además innúmeras penalidades atribuibles a la locura de sus dirigentes. El discurso victimista se tornó aún más predominante en la República de Austria tras 1945. Pues la propia Austria habría sido la primera víctima europea del ansia de expansión imperial del nacionalsocialismo alemán en 1938.

El paradigma del sufrimiento colectivo por partida doble del pueblo alemán como víctima se vio sometido de este modo a una fuerte revisión. Y se vería aún sacudido por dos polémicas entre historiadores y publicistas que se desarrollaron entre la segunda mitad de la década de 1990 y los albores del siglo XXI. Se trató, por un lado, del debate acerca de la «culpa colectiva» del pueblo alemán en la perpetración de la *Shoah* por compartir un antisemitismo eliminatorio colectivo, que fue desencadenado por la irrupción de las tesis del historiador norteamericano Daniel

J. Goldhagen. Y, por otro lado, del tratamiento historiográfico y un tanto sensacionalista, en particular por parte de publicistas e historiadores como Jörg Friedrich, de los bombardeos aliados sobre población civil en la retaguardia alemana, lo que dio lugar a un debate más acerca de la proporcionalidad de las culpas colectivas[53]. Ninguna de ellas alcanzó quizás el grado de virulencia que había adquirido en la segunda mitad de la década de 1980 la llamada *Historikerstreit* o disputa de los historiadores, que enfrentó a quienes insistían en el carácter excepcional y único de los crímenes contra la Humanidad cometidos por el nacionalsocialismo y quienes, como Ernst Nolte, sostuvieron que el totalitarismo estalinista provocó por reacción el totalitarismo nazi, y que sus técnicas y dinámicas de exterminio de oponentes políticos inspiraron a las del III Reich.

Otras reacciones a la exposición itinerante sobre los crímenes de la Wehrmacht, tanto públicas como historiográficas, fueron de incredulidad y hasta de ira. Algunos errores en la identificación de unas pocas fotos motivaron el cierre temporal de la muestra, que fue depurada de esos y otros escasos fallos que, con todo, no podían desmentir la gran cantidad de evidencias proporcionadas. Pero el argumento que se abriría paso entre una parte apreciable de la opinión pública y académica alemana iba a incidir sobre todo en la comparabilidad entre los crímenes del nazismo y del estalinismo, y por consiguiente la equiparación de las políticas de ocupación, el trato a los prisioneros y a la población civil y la conducta hacia sus propios soldados de la Wehrmacht y del Ejército Rojo. Además, y en este caso por parte de historiadores militares tradicionales, muchos de ellos vinculados al Ejército de la RFA *(Bundeswehr),* tuvieron lugar algunos

intentos más sistemáticos por probar que, si bien las instrucciones asesinas de 1941 habían existido de manera indiscutible, y aunque los líderes nazis abrigaban en efecto propósitos de exterminio, la gran mayoría de los soldados y de los oficiales de la Wehrmacht se habría mantenido en líneas generales dentro de los códigos de la guerra limpia. Por esta razón, tanto el grado de participación como el compromiso real del ejército regular en actos contrarios a la convención de Ginebra habrían sido muy reducidos[54]. Otros más resucitaron las viejas tesis de la «guerra preventiva», también del agrado de una parte de los historiadores rusos y de otros países de Europa oriental tras 1989, y pusieron de relieve que el Ejército Rojo habría cometido tantos o más crímenes que los que se imputaban a la Wehrmacht en Rusia, Bielorrusia y Ucrania[55].

Son argumentos, como veremos, poco defendibles desde un punto de vista historiográfico. Pero que se vinculan en esencia a un debate de mayor amplitud: ¿Son equiparables los regímenes totalitarios estalinista y nacionalsocialista? No es este el lugar de abordar en profundidad esa cuestión. Sin embargo, y ciñéndonos a lo que fue la conducta de ambos regímenes en la guerra que los enfrentó a muerte, una cuestión parece clara. Mientras el III Reich aspiró al exterminio de grupos enteros de población definidos en términos biológicos y raciales, el estalinismo, a pesar de la brutalidad y carácter despiadado de su sistema de dominación, definía a sus enemigos en términos políticos y sociales, y solo en ocasiones en términos etnoculturales —cuando imputaba a un pueblo o categoría étnica en su conjunto la etiqueta de *traidor*—. Pero aun en este caso, como bien afirma Tvzetan Todorov[56], nunca aspiró al exterminio físico de una categoría global de la población, como un objetivo *en sí mismo*. El asesinato, para el régimen

de Stalin, fue un medio aplicado sin ninguna compasión, y a menudo los medios se confundieron y mimetizaron con los fines. Pero, por norma general, la aniquilación absoluta de sectores enteros de población no constituyó un fin por sí y para sí. Para el régimen nazi, sin embargo, la *Ausrottung,* el exterminio sin dejar rastro, de colectivos definidos a partir de categorías no adscribibles, sino supuestamente objetivas y biológicas, constituyó en el medio y largo plazo un objetivo intrínseco de su naturaleza ideológica. Las diferentes dinámicas en las políticas de ocupación de soviéticos y nazis a lo largo de las diversas fases del conflicto ilustran bien esa diferencia.

---

6 Lagrou (2002).

7 Este punto ya fue señalado por Hillberg, en su clásico estudio de 1961: véase Hillberg (2005).

8 Hitler (1930: 742-743).

9 Liulevicius (2006: 60-62; 2009).

10 Rosenberg (1935: 113).

11 Cf. Jahn (1991) y Klug (1987), así como, de modo exhaustivo, Volkmann (1994).

12 Cf. un resumen de los acontecimientos en Overy (1998: 48-61), Bonn (2005), Mawdsley (2007), Fritz (2011) y Hartmann (2013). Igualmente, Musial (2002), Snyder (2011) y, para Katyn, Weber (2015).

13 Para la interpretación «clásica», véase Taylor (1961).

14 Pleshakov (2005).

15 Un resumen de los hechos en Overy (1998: 58-60).

16 Gerlach (2002: 56-57).

17 Gerlach (1999: 46-76).

18 Römer (2017: 258-260).

19 Eichholz (2002: 34-35).

20 Kershaw (2000: 395-397).

21 Para las negociaciones diplomáticas, cf. Roberts (1995: 129-131) y Overy (1998: 62-63).

22 Wischljow (2002). El punto de vista de la guerra preventiva ha sido sostenido entre otros por el antiguo director del Instituto de Investigación en Historia Militar de la RFA, Joachim Hoffmann, quien alude incluso a una *guerra de exterminio* planeada por Stalin en vísperas de la invasión germana (1983; 1995: 24-30).

23 Merridale (2005: 73).

24 Overy (1998: 71-72) y Braithwaite (2006: 85, 88-89).

25 Kershaw (2000: 339-341).

26 Citado por Latzel (2000: 210).

27 Förster (1991: 35-36).

28 Cartas de Walther von Seydlitz, 20.6.1941, 27.6.1941 y 30.6.1941, en Diedrich y Ebert (2018: 151, 154-155).

29 Hitler (1930: 742-747).

30 Kershaw (2000: 341-342).

31 Algunos autores plantean, incluso, la existencia de una relación directa entre esas políticas de exterminio de pueblos africanos y la práctica posterior aplicada en Europa oriental. Véanse varias de las

contribuciones recogidas en Zimmerer (2011).

32 Cf. Förster (1991: 37); Steinbach (1999) y Wilhelm (1991).

33 Aly (2005: 35-38).

34 Cf. Hillgruber (1965: 519-521); Streit (1978: 25-27) y Ueberschär (1984a).

35 Pohl (2005).

36 Una División de Infantería alemana comprendía alrededor de 15.000 hombres en varias secciones integradas (tres regimientos de infantería, una sección antitanque, una de artillería, un batallón de reserva y varias secciones). Varias Divisiones —entre tres y cinco o seis— constituían por lo general un Cuerpo de Ejército (*Armeekorps*). Varios Cuerpos de Ejército (*Armeekorps*) constituían un Grupo de Ejército. Los tres Grupos de Ejército integraban el *Ostheer*.

37 Citado por Streit (1978: 34).

38 Algunos hubo. El general Ulrich von Hassell expuso junto con el jefe del espionaje militar, el almirante Canaris, el 8 de abril ante el general Ludwig Beck, que las instrucciones que anulaban la justicia militar en el trato de la población civil en Rusia eran una caricatura legal, y que «con esa sujeción a las órdenes de Hitler, Brauchitsch sacrifica el honor del Ejército alemán» (citado por Streit, 1978: 35).

39 Wette (2002: 95-97).

40 Streit (1978: 29-30).

41 Solicitud del OKH, 23.9.1941, reproducida en Ueberschär y Wette (1984: 396).

42 Cf. Krausnick (1977); Förster (1983: 435-440); Römer (2008).

43 Cf. los textos reproducidos en Ueberschär y Wette (1984: 310-315). Igualmente, Bartov (2001: 106-107), Streit (1978: 38-40) y Römer (2008: 66-88). El impulso para transformar los principios defendidos por Hitler el 30 de marzo en una serie de instrucciones precisas parece haber surgido del general Keitel, acuciado por la insistencia del dictador.

44 Römer (2008: 172-188; 2014).

45 Hürter (2006).

46 Las instrucciones en Ueberschär y Wette (1984: 251-252 y 285-291). Un análisis en Krausnick (1998: 190-192 y 227-230); para una exposición exhaustiva de las diferencias entre OKW, OKH y RSHA sobre la interpretación y alcance de esas medidas, véase Arnold (2005: 124-146) y Hasenclever (2010: 65-70).

47 Cf. Wette (2002: 103-104) y Kershaw (2000: 357).

48 Una buena introducción a esos debates en Wette (1992), así como en Ziemann y Kühne (1999).

49 Cf. Herf (1997) y Moeller (2001).

50 Cf. Prantl (1997); Hamburg Institute for Social Research (1999), Bald, Wette y Klotz (2002: 116-76), así como Hartmann, Hürter y Jureit (2005).

51 Heer (2005: 198-225).

52 Welzer, Moller y Tschuggnall (2003).

53 Cf. sobre el debate Goldhagen Schoeps (1996); sobre las polémicas alrededor de la exposición *Crímenes de la Wehrmacht,* véase Prantl (1997); sobre los bombardeos y el resurgimiento de la memoria colectiva como «víctimas», véase Kettenacker (2003). Sobre la construcción de un discurso de la memoria que echaba al olvido las preguntas incómodas de la guerra de exterminio, particularmente de la desarrollada en el frente del Este, véase Moeller (2001) y Reichel (2001).

54 Cf., por ejemplo, el volumen colectivo de Poeppel, Prinz von Preussen y Hase (1998); o el más publicístico de Naumann (2005), quien destaca el papel de las brutalidades soviéticas contra prisioneros alemanes como causantes de la escalada de violencia.

55 Cf., por ejemplo, sobre la reactualización de la tesis de la guerra preventiva, Strauss (1998). Sobre los crímenes del Ejército Rojo, el por lo demás documentado estudio del profesor de la Universidad del Ejército alemán W. Seidler (1997). Por supuesto, la pléyade de publicistas históricos revisionistas y más o menos vinculados a posiciones de extrema derecha, así como de cultivadores de la historia de las operaciones militares desde perspectivas más propias del coleccionismo que la historiografía, es muy extensa y configura todo un espacio de intercambio y comunicación, tanto mediante libros y revistas como a través de la red. En un plano historiográfico, y fuera de toneladas de erudición impresionista, la aportación de esa literatura a la historia profesional entendida como ciencia suele ser prácticamente nula.

56 Cf. Todorov (2002: 106-108) y Snyder (2011).

CAPÍTULO 2

BUSCANDO EL CORAZÓN DE LA BESTIA

> Vamos —hemos ido— en dirección a Minsk y más allá en dirección a Smolensko. Allí arde ahora la batalla por Moscú. Con un cierto agrado recibimos la noticia de un pequeño retroceso alemán. No es que nos alegremos. Pensamos, sencillamente, que esto nos da tiempo a llegar. Toda la División —demasiado optimista respecto a la guerra— es pesimista respecto a nuestro papel en ella. La idea de desfilar por Moscú sin combatir es un espectro del ridículo que no abandona a los nuestros.
>
> DIONISIO RIDRUEJO, *Cuadernos de Rusia* (1978),
> 15 de septiembre de 1941

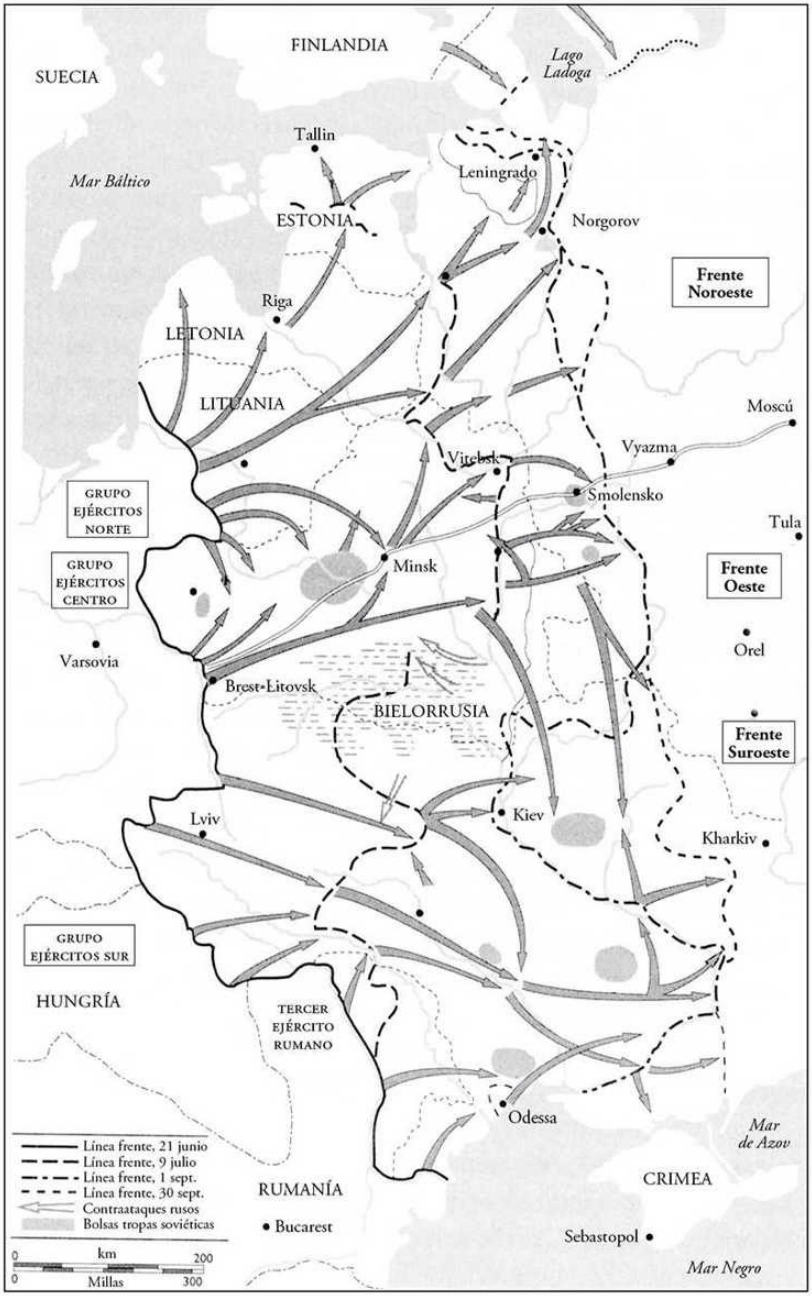
Entre junio y diciembre de 1941, Alemania y sus aliados desarrollaron la prevista invasión de la Unión Soviética. Un ejército de dimensiones descomunales atacó en todas las líneas al Ejército Rojo, que se vio desbordado y retrocedió palmo a palmo hacia el Este. El III Reich pasó a controlar extensiones ingentes de territorio. El esfuerzo, empero, consumió las reservas y la capacidad de Alemania de un modo no previsto por los estrategas militares del OKW y el propio Hitler. El Estado soviético se tambaleó y acusó el golpe; pero, aunque estuvo a punto de hacerlo, no se derrumbó. Las rápidas victorias de una Wehrmacht con aura de invencible despertaron el entusiasmo entre las bases militantes de los fascismos europeos y aun entre buena parte de la opinión pública conservadora y anticomunista del continente. Muchos quisieron participar en lo que se auguraba como un paseo triunfal por las ruinas del poder bolchevique. Sin embargo, el precio pagado por las victorias del verano y otoño de 1941 hipotecaría gravemente la capacidad de Alemania para sostener el esfuerzo de guerra durante los tres años siguientes, y determinó la radicalización de su política de explotación y exterminio en los territorios ocupados de la URSS. Por el contrario, la

capacidad de resistencia soviética sentó las bases de su posterior recuperación.

2.1. Tormenta en la estepa: la Operación Barbarroja

A las 3:05 del domingo 22 de junio de 1941 se desencadenó la invasión. Un total de 19 divisiones acorazadas, 14 divisiones motorizadas y 119 divisiones de infantería de la Wehrmacht y las Waffen SS, que movilizaban a 3.117.000 hombres, con el apoyo de 3.350 tanques y 2.700 aviones, efectivos repartidos en tres Grupos de Ejército (Norte, Centro y Sur), más un pequeño grupo radicado en Noruega, cruzaron la frontera soviética. Otras dos divisiones alemanas operaban desde territorio finlandés. En aquel momento, la Wehrmacht comprometió en la Operación Barbarroja el 72,5 por ciento de sus efectivos terrestres[57]. Los aliados rumanos que también participaron en la invasión por el Sur aportaron 650.000 hombres, divididos en dos ejércitos y catorce divisiones. Y varias divisiones finlandesas atacaron poco después desde el Norte[58]. La aviación germana destruyó cerca de 1.200 aparatos de combate enemigos en sus aeródromos, después de haber llevado a cabo una coordinada labor de información y sabotaje. Apenas una hora después de la invasión, la *Luftwaffe* bombardeaba Minsk, Kiev y Sebastopol. El estupor se apoderó de la cúpula militar y política soviética, en particular de Stalin, que reunió al Politburó a primeras horas de la mañana del mismo 22 de junio. Todavía mantuvo por unas horas la ilusión de que se podía tratar de una provocación a gran escala, e intentó una fútil respuesta política, que retrasó las decisiones militares. Un aturdido Molotov leyó una declaración oficial a mediodía, que fue escuchada mediante

altavoces en las calles de las principales ciudades de la URSS por cientos de miles de ciudadanos. En ella, responsabilizaba del ataque no al pueblo alemán o a su *intelligentsia,* sino a una banda de fascistas sedientos de sangre que ejercían su dominio, y llamaba a la población a unirse en torno al partido bolchevique, el Gobierno de la URSS y Stalin[59].



MAPA 1. Operación Barbarroja (junio-septiembre de 1941)

Frente a tal avalancha, el Ejército Rojo oponía una fuerza en teoría semejante, cuando no superior: 246 divisiones,

repartidas en cinco *Frentes* (equivalentes, aunque algo más reducidos, a los Grupos de Ejército alemanes): el Frente Norte (general Popov), el Frente Noroeste (general Kuznetsov), el Frente Oeste (general Pavlov), el Frente Suroccidental (general Kirponos) y el frente Meridional (general Tulenev). Los soviéticos disponían del doble de carros blindados que los alemanes, incluyendo tanques T-34 y KV-1, superiores técnicamente a los germanos. Y contaban con más piezas de artillería pesada y ligera. La mayoría de sus divisiones, unas cien, guarecían el flanco suroccidental, la frontera de Ucrania, por donde Stalin preveía que se concentraría el grueso del ataque. No obstante, la mayor acumulación de tropas invasoras tuvo lugar en el sector central de la línea de ataque, en dirección a Minsk y la autopista de Moscú. Los estrategas soviéticos no podían creer que el ejército invasor se atreviese a progresar por el centro del país, franqueando la zona pantanosa de las marismas del Pripet. Por detrás de las divisiones desplegadas en la frontera, el Ejército Rojo disponía de un número indeterminado de tropas de reserva, preparadas para afrontar una defensa en profundidad si la primera línea caía.

La sorpresa no había sido absoluta. Desde al menos dos horas y media antes de la invasión, las tropas que guarecían la frontera habían recibido instrucciones de estar preparadas para el combate, dado que —como hemos visto— habían llegado diversas informaciones de que los alemanes preparaban un ataque inminente. Aunque Stalin no dio crédito a ninguna de ellas, accedió a que Zhukov redactase una instrucción general, y bastante contradictoria, para las tropas de la frontera, que solo llegó a sus destinatarios a la una de la madrugada del 22 de junio. La escasez de las comunicaciones, rápidamente interceptadas por los invasores, creó una gran confusión en los mandos soviéticos,

incapaces de tener una visión global de la situación[60]. De modo contrario a los cánones de la doctrina de guerra oficial soviética, que preveían varios días de ataques localizados que precederían al choque masivo entre los dos ejércitos, la Wehrmacht atacó según los principios de la guerra relámpago ya aplicados en Francia y Polonia. Concentró así una enorme potencia de fuego en puntos localizados y lanzando a sus diecinueve divisiones blindadas a romper la línea enemiga, seguidas de las divisiones de infantería motorizada (quince en total), con un intenso apoyo de la aviación. Utilizando esas avanzadas de despliegue rápido, que en ocasiones podían recorrer hasta 40 kilómetros diarios, las divisiones de infantería, menos móviles y transportadas a pie o por caballos —el Ejército del Este movilizó alrededor de 700.000 equinos, traídos de toda la Europa ocupada—, ocupaban a continuación el territorio conquistado y liquidaban las bolsas de tropas enemigas que se habían visto rodeadas por el rápido avance de las unidades de vanguardia. Las puntas de la ofensiva eran muy móviles y disponían de buenas comunicaciones por radio. Su éxito dependía de su flexibilidad táctica, además del constante suministro de combustible y reservas.

En algunas zonas de la frontera y su *hinterland,* los invasores se toparon con una resistencia notable, con batallones de soldados que combatían hasta el último hombre. En la primera semana, lo que quedaba de la aviación *roja* fue capaz de abatir 300 aparatos alemanes. Y la fortaleza de Brest-Litovsk, situada cerca de la frontera, resistió en manos del Ejército Rojo hasta el 12 de julio. No obstante, la encarnizada y voluntarista resistencia soviética no fue suficiente para detener la tormenta de fuego desencadenada por la Wehrmacht. En cuestión de horas, las unidades blindadas germanas fueron capaces de romper las

líneas de defensa por varios puntos y establecer «corredores», por donde las tropas terrestres pudieron penetrar en territorio enemigo, gracias también a la estrecha colaboración entre la Luftwaffe y las tropas de infantería. En pocas semanas, y pese a una resistencia por parte soviética que fue mucho mayor de lo esperado, la Wehrmacht se anotó importantes ganancias territoriales.

La desorganización en que se hallaban buena parte de las unidades del Ejército Rojo desplegadas a lo largo de la frontera y la retaguardia cercana contribuyó en mucho a ello. Los nueve cuerpos blindados de que disponían los soviéticos en la frontera resultaron ineficaces por falta de combustible y munición suficientes, siendo destruidos en un 90 por ciento. Los comandantes de las diversas unidades eran enviados al frente sin informaciones precisas acerca de dónde estaba el enemigo, sin coordinarse entre sí y sin apoyo aéreo suficiente. La aviación soviética no podía cubrir a la infantería, y ni siquiera podía informar sobre la localización de los invasores. Los oficiales, por último, tenían una formación deficiente y por regla general conocían muy poco a sus hombres. De 319 unidades enviadas al frente en las primeras cuatro semanas de la Operación Barbarroja, ninguna escapó al aniquilamiento[61].

En el desastre soviético influían también causas estructurales. De entrada, las consecuencias nocivas de las brutales *purgas* emprendidas por el régimen estalinista, que desde 1937 afectaron a cerca de millón y medio de personas y acabaron con la muerte de unos 700.000 detenidos, pertenecientes a diversos estratos sociales, con un importante efecto en el Ejército Rojo. Según varias estimaciones, entre un 15 y un 45 por ciento de sus oficiales cayeron víctimas de las purgas, además de tres de los cinco mariscales de la URSS y la gran mayoría de los generales. Ni

siquiera héroes de la guerra civil rusa, como el mariscal Tujachevski, se libraron de ser ejecutados.

Las debilidades del Ejército Rojo radicaban, ante todo, en dos factores. Por un lado, la falta de oficiales debida a la rápida expansión cuantitativa de su número de soldados y de divisiones, no acompañada de una formación necesaria y suficiente de los nuevos mandos incorporados a sus puestos. Y, por otro lado, el triunfo de los políticos sobre los militares en lo que respectaba a los procesos de toma de decisión dentro del propio Ejército Rojo. Era un legado envenenado de la guerra civil rusa de 1917-1922, y de las propias purgas. Aunque muchos oficiales de graduación media y baja afectados por ellas habían sido restituidos en sus rangos desde 1939, dos años después alrededor del 70 por ciento de los oficiales no disponía de suficiente formación militar, y apenas un 10 por ciento de ellos poseía experiencia de combate en conflictos anteriores. La reintroducción de los comisarios políticos por el comisario de Defensa, el militarmente inepto Voroshilov, en mayo de 1937 supuso la injerencia continua de los oficiales políticos en la dirección de las operaciones militares a todos los niveles. Desde los orígenes revolucionarios del Ejército Rojo, el militar profesional era contemplado como un resto decadente del anterior mundo burgués y del dominio capitalista. Los oficiales, por lo tanto, se lo pensaban dos veces antes de discutir las decisiones de los comisarios políticos, a menudo incompetentes por completo en materia táctica, por miedo a ser encausados y ejecutados por la policía política (el temido Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, NKVD) con cualquier excusa. Pero también temían ser denunciados por soldados fanáticos pertenecientes a las juventudes comunistas *(Komsomol),* quienes eran en teoría sus subordinados, y a menudo huérfanos de la guerra civil rusa

que habían sido criados en instituciones estatales. Esa presión convirtió el puesto de oficial en un rango poco atractivo: el Ejército Rojo presentaba en 1940 un claro déficit de oficiales, solventado en parte con el envío prematuro a destino de cadetes que todavía no habían concluido su período de formación[62]. Según la doctrina militar revolucionaria, el soldado era un proletario y campesino en uniforme que no necesitaba técnica militar. El resultado no era otro que una gran determinación para la lucha, pero acompañada de escasa capacidad táctica. Lo que costó muchas vidas al Ejército soviético en 1941-1942[63].

Los dos grupos blindados de que disponía el Grupo de Ejércitos Centro se desplegaron como tenazas de una inmensa pinza, que cerraron primero sobre la ciudad de Bialystok, y más tarde sobre la capital bielorrusa, Minsk. El 9 de julio de 1941 el OKW informaba a Hitler de que el Ejército del Este había capturado ya casi 330.000 prisioneros y había destruido 3.332 tanques, más carros de combate que los que contaban en su haber las fuerzas invasoras. Tras «limpiar» las sucesivas *bolsas* dejadas a retaguardia de los rápidos grupos blindados alemanes, en donde a miles de soldados soviéticos solo les quedaba la opción de rendirse, aguantar hasta que el hambre les venciese o convertirse en partisanos, las fuerzas invasoras continuaron su avance en dirección a la ciudad de Smolensko, distante 400 kilómetros de Moscú, que fue capturada el 16 de julio. En sus inmediaciones, el Ejército Rojo había dispuesto una segunda línea de resistencia a mediados de julio, concentrando un número de 42 divisiones. Como en ocasiones anteriores, el 3.º Grupo blindado, comandado por el general Hermann Hoth, atacó por el Norte, mientras que el 2.º Grupo blindado, al mando del general Heinz Guderian, formó la tenaza meridional del avance. El propósito era crear una bolsa más

a retaguardia en la que quedaron aislados, desde el 24 de julio hasta el 5 de agosto, 300.000 soldados soviéticos y 3.000 carros de combate, que en su mayoría acabaron capitulando y cayendo prisioneros. Sin embargo, una parte de las tropas soviéticas consiguió romper el cerco y escapar a la cautividad. Una contraofensiva parcial y victoriosa del Ejército Rojo el día 6 de septiembre en Jelnja, que supuso su primer triunfo en mes y medio de combates, permitió aliviar un tanto la situación de los cercados.

Defensa de Sebastopol, cuadro de Alexander Deineka, 1942 (Museo Estatal ruso, San Petersburgo)

La batalla final del cerco de Smolensko fue un nuevo triunfo para la Wehrmacht, saldado con la captura de cientos de miles de prisioneros y gran cantidad de material militar soviético. Sin embargo, la batalla costó cara al *Ostheer,* que comenzaba a sufrir en carne propia las consecuencias de los duros combates, ya que se cobró un número importante e imprevisto de bajas alemanas. Y, por otro lado, la liquidación de la bolsa de Smolensko supuso un retraso ostensible para los planes de avance del ejército ocupante, que poco a poco tuvo que abandonar la concepción táctica de la guerra relámpago. El mariscal Timoshenko, en ese aspecto, había conseguido ralentizar el avance alemán y hacer pagar muy caro a los invasores cada palmo de terreno conquistado. Los combatientes soviéticos,

convencidos de que no habría clemencia por parte del enemigo y azuzados por sus comisarios, luchaban hasta el límite, a menudo no cogían prisioneros y mataban y mutilaban de forma ritual a los soldados invasores que caían en sus manos. Su habilidad para camuflarse en el terreno y sus cargas masivas a bayoneta calada eran temidas por los *Landser* tudescos, que no acababan de comprender la determinación, rayana en la obcecación «asiática», de unos soldados maltratados por sus oficiales, sin posibilidad de victoria o de salvación, y que, fuese por idealismo o por miedo a sus comisarios, lo mismo resistían hasta el final o hasta que caían heridos[64]. El armamento de los soldados de infantería soviéticos era más bien precario —las armas automáticas no se generalizaron hasta 1944—, el sistema de comunicaciones por radio era primario, lo que afectaba incluso a los aviones —que en su mayoría solo se podían comunicar de manera visual con el resto de los aparatos de sus formaciones—, los tanques sufrían de endémica escasez de suministros de combustible y las tácticas de su infantería, ancladas en la doctrina militar francesa, apenas contemplaban otro repertorio que el de los ataques frontales. En su disposición defensiva, los soviéticos tendían a dispersar de modo longitudinal los carros de combate, con lo que su potencia de fuego se esparcía en exceso y resultaban presa fácil de las compañías antitanques germanas. Los oficiales del Ejército Rojo tenían escasa preparación táctica y estaban constantemente sometidos a la presión del mando político, es decir, de los comisarios. Cualquier desliz o gesto mal interpretado podía acabar en una acusación de cobardía ante el enemigo y dar con sus huesos ante un pelotón de ejecución del NKVD[65].

A pesar de la pérdida de ingentes recursos humanos y materiales, ese conjunto de medidas drásticas y de combates

desesperados permitieron ganar al Ejército Rojo un tiempo crucial para preparar la defensa de Moscú. A ello se sumó de manera involuntaria, si no inconsciente, la decisión de Hitler de concentrar los ataques sucesivos hacia el Sur, en dirección a Ucrania y el Cáucaso, sin atender a los consejos del jefe del Estado Mayor, general Halder, ni del comandante supremo del OKH, Von Brauchitsch.

Por el Norte y por el Sur los éxitos de los respectivos Grupos de Ejército no habían sido tan rotundos como los del centro. El mando del Ejército Rojo consiguió retirar a tiempo sus tropas para evitar los cercos alemanes, y renunció a una defensa prolongada de territorios como Lituania, Besarabia o Ucrania occidental. Sin embargo, el avance también seguía imparable por ambos flancos. El 26 de junio de 1941, el Grupo de Ejércitos Norte había cruzado Lituania y profundizado en Letonia. Pocos días después, los alemanes estaban en el río Luga, a 100 kilómetros de Leningrado. A principios de septiembre de 1941 consiguieron cerrar casi por completo el cerco de Leningrado por el Sur y por el Este. Y el 26 de septiembre llegaban a la orilla del lago Ladoga, procediendo a sitiar la ciudad en un asedio que no se levantaría hasta enero de 1944. Por su parte, el Grupo de Ejércitos Sur había conseguido aniquilar un alto número de divisiones soviéticas y dominar la región del Dniéper. El 8 de agosto, después de tres días de cerco, casi veinte divisiones del Frente Suroeste cayeron en Uman en manos germanas, reportando a la Wehrmacht 103.000 nuevos prisioneros.

El Kremlin intentó reaccionar en las primeras semanas. Pero todas las medidas adoptadas para detener el avance alemán fueron infructuosas, llegaron tarde o simplemente guardaron muy poca relación con lo que acaecía en realidad en el frente de combate. Todos los varones nacidos entre 1905 y 1918 fueron movilizados. Aunque numerosos comités

de fábrica aprobaron resoluciones de defensa de la patria, y la afluencia de voluntarios a las oficinas de reclutamiento en Moscú y otras ciudades fue más que notable, el régimen estalinista no se atrevió a movilizar a las masas en grandes demostraciones públicas[66]. Stalin acumuló a su cargo de secretario del Partido Comunista las funciones de director de las operaciones militares y del esfuerzo de guerra. El 23 de junio de 1941 aprobó la creación de un Cuartel General o *Stavka (Stavka Glavnogo Komandovaniia),* que operaría como alto mando del Ejército soviético. El 10 de julio Stalin se convirtió en comandante supremo de las fuerzas armadas, y el 19 sustituyó a Timoshenko como comisario de Defensa. El 8 de agosto la *Stavka* se convirtió de manera formal en Alto Mando del Ejército Rojo, con el propio dictador a su cabeza. Un mes antes, en su primera alocución pública por radio a todo el país, el 3 de julio, el dictador no solo moderó el lenguaje y apeló al patriotismo de los ciudadanos soviéticos, sino que además prometió que los alemanes solo encontrarían una tierra devastada a su paso: «no hay que dejar al enemigo ni una sola máquina, ni un solo vagón, ni una libra de grano o un galón de gasolina». A los pocos días fue movilizada una nueva milicia popular *(opolchenie),* que reclutó rápidamente 120.000 voluntarios en Moscú y 139.000 en Leningrado, mal armados pero entusiastas.

Pero de modo complementario al esfuerzo de guerra contra los alemanes Stalin también había declarado una guerra adicional en el frente doméstico: todo aquel que fuese reputado como un obstáculo a la movilización bélica sería considerado un traidor y sufriría el máximo castigo. El 22 de junio de 1941 se decretó la ley marcial en todo el territorio occidental de la URSS. Todos los hombres entre 18 y 45 años, así como todas las mujeres entre 18 y 40, fueron obligados a trabajar en la construcción de defensas, emplazamientos

artilleros y zanjas antitanque. El 26 de junio la jornada laboral diaria se alargaba tres horas, y se suspendían todos los días de vacaciones. El 16 de julio se restableció el doble mando (político y militar) en todas las unidades militares, que había sido abolido por el mariscal Timoshenko. Y en agosto de 1941, el Decreto núm. 270 de Stalin establecía que todos los que se rindiesen al enemigo, o se dejasen capturar vivos salvo caso de herida grave, serían declarados traidores a la patria. Las esposas de los oficiales en tal situación sufrirían arresto. Del castigo no se libró ni siquiera la nuera del dictador cuando el hijo de este, Yacov Stalin, cayó prisionero en Smolensko[67].

Las sucesivas derrotas del Ejército Rojo tuvieron además como consecuencia que muchos de sus comandantes, oficiales y soldados rasos fuesen juzgados por traición o por cobardía ante el enemigo, o simplemente fuesen ejecutados por las *secciones especiales* del NKVD destinadas en cada frente a partir del 20 de julio de 1941 con el fin de prevenir y castigar en el acto a los soldados u oficiales culpables de cobardía o deserción. A ellos se unieron los llamados *destacamentos de bloqueo* del NKVD, instituidos por Stalin el 12 de septiembre. Entre las víctimas más prominentes de las represalias estalinistas por la derrota en los primeros días se contó el general Dimitri Pavlov, comandante en jefe del Frente Occidental, que fue detenido con sus oficiales de Estado Mayor el 28 de junio y ejecutado en Moscú un mes después. El comandante en jefe de las fuerzas aéreas del Oeste, Kopets, prefirió suicidarse la noche después de la invasión. Timoshenko, que sucedió a Pavlov en su puesto, no fue destituido cuatro semanas después por la intercesión de Zhukov, quien pagó osar encararse con Stalin y fue destinado a hacerse cargo del Frente de reserva de modo temporal. Los agentes del NKVD que se vieron forzados a

retirarse de forma apresurada de las regiones occidentales de la URSS, de la Polonia ocupada y del Báltico liquidaron de forma salvaje a un buen número de sus prisioneros, tanto comunes como políticos, que fueron muchas veces torturados y mutilados de manera ritual. Donde pudieron, se llevaron a sus cautivos en largas marchas sin apenas comida ni bebida, por lo que buena parte de aquellos falleció en el camino. En regiones como el Báltico, pero también en Ucrania occidental y central, los ocupantes alemanes fueron acogidos en los primeros días como liberadores y agasajados a la manera tradicional con obsequios de pan y sal. En Ucrania entraron junto a los invasores unos 8.000 miembros de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (UNO, fundada en 1929), liberados por los alemanes de las prisiones polacas y encuadrados en dos de las primeras unidades de la Wehrmacht integradas por extranjeros, los batallones *Roland* y *Nachtigall,* que protagonizaron algunas acciones militares sin autorización germana: en tiempos de caos, pretendían llevar a cabo la eliminación por su cuenta de comunistas, judíos y polacos en territorio ucraniano. No obstante, los nacionalistas, y los exiliados rusos blancos que colaboraban con los ocupantes, pronto comprendieron que el apoyo de los alemanes a su causa estaba lejos de ser sincero. Ya en julio de 1941 Alfred Rosenberg sometió a la consideración de Hitler algunos planes que incluían la constitución de Estados satélites en el espacio soviético, la independencia a Ucrania, la creación de una federación caucásica y la colaboración con los nacionalistas bálticos. El Estado ruso habría de ser muy debilitado, y sus recursos, explotados en beneficio del Reich; Ucrania, «civilizada» por los alemanes, como raza superior. El *Führer* nazi, sin embargo, no accedió a contemplar la posibilidad de crear Estados semiindependientes en el territorio ocupado, ni a

ceder a las demandas de los nacionalistas no rusos. Sus planes, todavía poco concretos, no pasaban por crear entidades estatales fuertes al oeste de los Urales[68].

No todo eran malas noticias para la Unión Soviética. El ataque alemán también provocó que la URSS ganase nuevos aliados exteriores. Stalin firmó la alianza con Gran Bretaña y entró formalmente en el bloque de los Aliados. El 12 de julio de 1941 la URSS y Gran Bretaña suscribían un tratado de alianza, y el pacto de asistencia mutua con Estados Unidos del que ya se beneficiaba aquella fue ampliado a la URSS. Este acuerdo fue vital para garantizar al Ejército Rojo la regularidad de los suministros militares y abastecimientos de víveres, y asimismo para ganar una fuente suplementaria de aprovisionamiento de alimentos para la población civil. No obstante, los aliados británicos estaban convencidos de que el Estado soviético se desmoronaría en pocas semanas.

Mujeres ucranianas ofrecen refrescos como bienvenida a soldados alemanes, verano de 1941 (*The German Army and Genocide,*The Hamburg Institute for Social Research, The New Press, Nueva York, 1999)

El OKH propuso a Hitler el 18 de agosto de 1941 concentrar el grueso del ataque sobre Moscú, capitalizando

en lo posible el éxito de la batalla de Smolensko. Sin embargo, y haciendo caso omiso de la recomendación de sus generales, el 21 de agosto el dictador nazi ordenó que las fuerzas alemanas se concentrasen en un ataque sobre Ucrania y que se estrechase la colaboración con Finlandia para cerrar el sitio de Leningrado. Los factores económicos, perfectamente congruentes con el objetivo estratégico inicial de la guerra, tuvieron un gran peso en esa decisión. Mas era ese punto de vista no era compartido por los militares profesionales de la Wehrmacht, para quienes la prioridad debía consistir en destruir al enemigo, y solo después cumplir los objetivos de explotación económica. Para reforzar el frente en Ucrania, Hitler decidió distraer fuerzas del Grupo de Ejércitos Centro hacia el Norte y hacia el Sur, en especial sus unidades más preciadas, los *Panzergruppen*. El 3.º Grupo blindado fue enviado hacia el Norte para colaborar en el aislamiento de Kronstadt y Leningrado, mientras que el 2.º Grupo blindado se sumó a las fuerzas del Grupo de Ejércitos Sur para participar en el cerco de Kiev.

El intento de contraofensiva soviética, comandada por el general Andrei Yeremenko, para aliviar la situación de la capital ucraniana se saldó con un nuevo desastre para el Ejército Rojo. Las tropas que guarnecían Kiev no pudieron retirarse a tiempo e intentaron resistir el asalto alemán en las calles de la ciudad durante dos días, bajo el fuego de artillería y aviación de los invasores. El 19 de septiembre de 1941 las fuerzas invasoras, a costa de grandes pérdidas y exhaustas, ganaron la partida. En total, 527.000 soldados soviéticos murieron o cayeron prisioneros, además de un importante botín en armamento y carros de combate. Y el Grupo de Ejércitos Sur pudo ocupar sin grandes problemas el resto de Ucrania y la península de Crimea. En ese momento, la Wehrmacht parecía tener las manos libres para

concentrarse de nuevo sobre Moscú y asestar el golpe definitivo. Sin embargo, las dificultades logísticas de su avance se habían multiplicado, y la victoria de Kiev sembró un optimismo sobredimensionado en Hitler y sus generales, ya que asumieron que la victoria final estaba al alcance de la mano[69].

2.2. El fin del principio: la batalla de Moscú

A principios de septiembre de 1941 la guerra relámpago ya solo era un espejismo[70]. La encarnizada resistencia soviética y la prioridad otorgada por Hitler a asegurar primero la conquista de importantes áreas para el proyectado espacio vital, y solo después lanzarse de manera definitiva a la destrucción del centro de poder enemigo, estaban transformando de manera progresiva el curso de una campaña en la que las divisiones alemanas seguían avanzando, pero de modo mucho más lento que lo previsto inicialmente. Y al precio de grandes pérdidas humanas.

No obstante, tras la caída de Kiev, la Wehrmacht vio llegada la hora de lanzar el ataque sobre Moscú. La llamada Operación Tifón se desencadenó en el flanco Sur el 30 de septiembre de 1941. El 2.º Grupo blindado de Guderian percutió sobre las fuerzas que guarecían el flanco meridional de la defensa de Moscú, y en pocos días obtuvo importantes avances: las ciudades de Orel y Briansk cayeron en manos alemanas, y a principios de octubre tres grupos de ejército soviéticos fueron otra vez rodeados. El general Yeremenko, gravemente herido, estuvo a punto de ser capturado por los invasores.

El 2 de octubre de 1941 el conjunto de divisiones del Grupo de Ejércitos Centro lanzó el asalto a Moscú, también

dentro de la Operación Tifón. Las tropas germanas intentaron abrirse paso entonces a través de las líneas defensivas situadas entre las ciudades de Orel y Tula y llegaron a Vyazma, situada unos 80 kilómetros al oeste de Moscú, el día 13 de octubre, amenazando con encerrar cinco ejércitos enemigos. Aquella localidad, considerada ya durante la invasión napoleónica la «puerta» de la capital, se convirtió en escenario de una cruenta batalla. Las unidades del Frente Occidental, del Frente de Reserva, el Frente de Briansk y el Frente de Kalinin, que defendían Moscú, consiguieron mantenerse en sus posiciones a costa de terribles bajas. En Vyazma, las tropas invasoras cercaron y machacaron una bolsa de 650.000 soldados soviéticos. El 18 de octubre, varias unidades blindadas tomaron las ciudades de Kalinin y Kaluga, al Norte y Sur de Moscú, y amenazaron con rodear a la línea de defensa soviética, que tuvo que ser trasladada hacia el Este. Un eufórico Hitler anunciaba al pueblo alemán el 4 de octubre en un discurso radiado desde el *Sportpalast* de Berlín que la victoria estaba cerca. Y el 10 de octubre de 1941 su jefe de prensa daba a conocer a los corresponsales extranjeros que la destrucción final del Ejército Rojo era cuestión de días. Detrás de las fuerzas soviéticas en situación crítica solo quedaría un inmenso espacio vacío, esperando para ser ocupado por los soldados alemanes.

Tropas del Eje avanzan por territorio conquistado (Archivo del autor)

La situación de Moscú en aquel momento parecía desesperada. Los habitantes de la ciudad expresaban alguna protesta contra el régimen, y la certeza del avance alemán hacía aflorar el descontento contra Stalin, lo que daba lugar a brotes de pánico reprimidos con brutalidad por el NKVD.

Los constantes bombardeos de la Luftwaffe minaban aún más la moral de la población. El 1 de octubre, el Gobierno de la URSS fue evacuado de la capital y trasladado a la ciudad de Kibyshev, al Este. El mariscal Budënny, física y mentalmente agotado, fue destituido del mando del Frente Occidental y de la defensa de Moscú, y sustituido por el que iba a convertirse en el apagafuegos de Stalin: el general Zhukov, mandado llamar desde Leningrado el 5 de octubre de 1941, quien asumió el mando de todas las tropas soviéticas situadas frente a la capital el día 10. Solo 90.000 soldados se interponían entre las líneas alemanas y la ciudad, que eran los que quedaban de los 800.000 que habían participado en las batallas de septiembre.

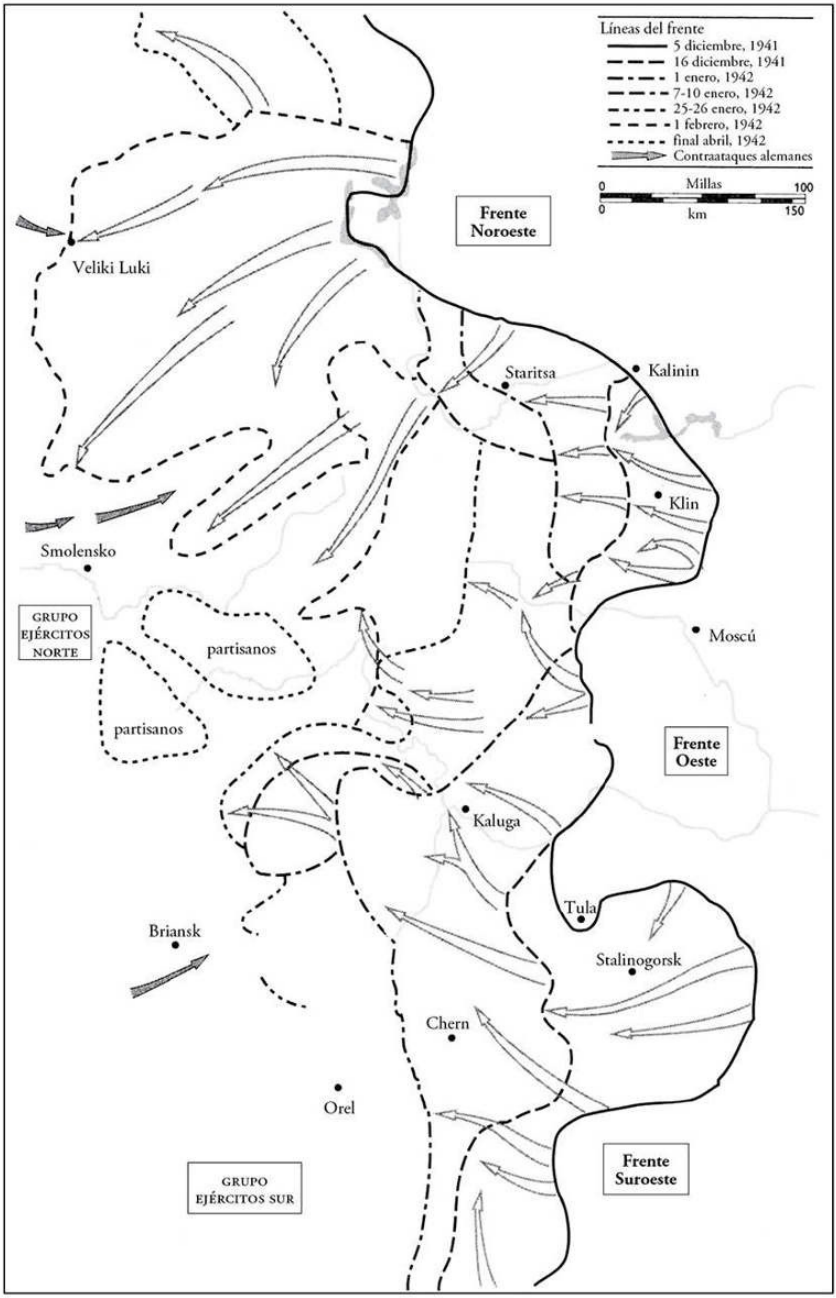
Moscú estaba guarecida por dos líneas de defensa, y para cavar trincheras y levantar barricadas fueron movilizados miles de mujeres, ancianos y niños. Zhukov, con pleno apoyo de Stalin, tomó medidas inmediatamente. Desde las regiones orientales de la URSS llegaron reservas de tropas siberianas frescas, y a toda prisa se estaban formando nuevas divisiones con reclutas y voluntarios en la retaguardia moscovita, en un estado de caos organizativo. Los nuevos soldados eran conminados a presentarse en centros de instrucción situados a centenares de kilómetros de sus casas sin proporcionarles medios de locomoción ni alimento alguno. Muchos voluntarios tuvieron que caminar durante días, dormir al raso y alimentarse de la generosidad de los campesinos que encontraban a su paso —cuando no por la fuerza— hasta llegar a esos centros, donde les esperaba un duro adiestramiento, un trato brutal por parte de los oficiales y la amenaza permanente de ser fusilado por los escuadrones del NKVD bajo la acusación falsa de derrotistas o conspiradores[71].

Moscú, mientras tanto, hervía en un estado de ánimo que

empezaba a ser «austero, militar y heroico», según un observador contemporáneo. Pero el pánico, de momento, fue mantenido bajo control. El 15 de octubre de 1941 la totalidad del cuerpo diplomático abandonó la capital soviética, y tanto las obras de arte como los tesoros y documentos valiosos fueron evacuados con destino desconocido. Incluso la momia de Lenin fue trasladada al Este. Pero el 17 de octubre, después de evacuar su biblioteca y a su familia, Stalin decidió permanecer en Moscú. Para mantener el orden se instauró la ley marcial, y las escuadras del NKVD camparon por la ciudad imponiendo la lógica represiva del estalinismo, acentuada ahora por la presión exterior. Borrachos sorprendidos en las calles eran fusilados bajo la acusación de ser espías del enemigo, y los comentarios derrotistas eran igualmente castigados con severidad. Los desertores que podían llegar a sus casas eran fusilados sin contemplaciones, y todo aquel que era sorprendido con una octavilla lanzada por los bombarderos alemanes invitando a la rendición era condenado a muerte. Para mantener a raya los saqueos y no dejar nada a los alemanes en el caso de que entrasen en la ciudad, el temido responsable del NKVD Laurenti Beria ordenó que la población recibiese comida gratis y sin límite. No por esa razón cesaron los robos, pero la enérgica reacción de Stalin y del NKVD consiguió evitar al menos que el caos se desbordase. El 19 de octubre se declaró en Moscú el estado de sitio.

El panorama era sombrío para los moscovitas. Pero no todo estaba perdido. Por un lado, la punta de lanza del ataque alemán estaba exhausta por completo, se hallaba muy diezmada por las elevadas bajas sufridas y empezaba a padecer serios problemas de aprovisionamiento y de reposición de repuestos para las unidades blindadas. Por otro lado, algunos combates menores mostraron al mando

alemán que la resistencia del Ejército Rojo era más feroz de lo esperado, y que la toma de la capital no sería empresa fácil. Para sorpresa de sus generales, Stalin decidió conmemorar el aniversario de la Revolución de octubre con un desfile por la Plaza Roja. Era una demostración ante la población, el cuerpo diplomático trasladado al efecto y los espías del enemigo de que la ciudad no se rendía, y que el Estado soviético seguía en pie. El 6 de noviembre Stalin pronunció un discurso en la suntuosa estación de metro de Mayakovski, profunda y segura, en el que intentó enaltecer el ánimo de la población y apeló a lemas movilizadores alejados de la habitual propaganda soviética. Sobre todo, recurrió a la defensa de la patria. Algo semejante hizo en su discurso en la Plaza Roja del día siguiente, después de que tuviese lugar bajo una copiosa nevada un improvisado desfile militar con cadetes somnolientos, que a continuación partieron para el frente. La escenografía fue cuidada al máximo, para subrayar el ánimo de resistencia[72].



MAPA 2. La batalla de Moscú, diciembre de 1941-abril de 1942

Entre tanto, un factor adicional había hecho su aparición: el «general invierno». El progreso de la Wehrmacht a través

del territorio soviético ya había sufrido retrasos por las dificultades logísticas que planteaban los lodazales de otoño para el desplazamiento de sus unidades blindadas y motorizadas. Pero la primera nevada cayó muy pronto, el día 5 de octubre. Su inmediata consecuencia fue agravar los efectos de la *rasputitsa,* al fundirse y mezclarse con la tierra y el lodo, creando una costra helada que trabó las orugas de los tanques alemanes, cuya movilidad se vio seriamente disminuida, cuando no bloqueada. A finales de octubre las nevadas arreciaron, cayeron en picado las temperaturas y el viento barrió las planicies rusas, incrementando aún más la sensación térmica de frío. Se cernía sobre el frente del Este el invierno más duro de los últimos cincuenta años. Los estrategas alemanes no habían imaginado que la campaña se prolongaría hasta el invierno, ni contaban con tener que afrontar previsiones meteorológicas tan desfavorables. Las tropas del *Ostheer,* mal equipadas contra el frío, empezaron a sufrir de sus rigores. El número de bajas por congelación parcial aumentó de modo exponencial; y poco podían contra los pies gangrenados las arengas de Hitler que proclamaban que la fuerza de voluntad del soldado alemán era superior a cualquier adversidad que se le pudiese presentar.

Hitler esperaba a que el suelo estuviese helado para poder mover con celeridad sus divisiones blindadas y lanzarlas sobre Moscú. Pero las dudas asaltaban ahora al OKW y al comando supremo del Grupo de Ejércitos Centro. En una reunión para juzgar la situación del frente, algunos generales abogaron por atrincherarse y pasar a la defensiva manteniendo las posiciones ganadas, mientras que otros estimaban que habría que atacar en cuanto el suelo se helase para tomar Moscú y después apoyar otras partes del frente. Algunos mandos eran conscientes de que la moral y la capacidad de resistencia de las tropas alemanas se hallaban

al borde del límite. Hitler ordenó finalmente el ataque, con la instrucción de que Moscú fuese tomado sin aceptar capitulación alguna: los soldados de la Wehrmacht no debían entrar en la ciudad al asalto y arriesgar grandes bajas en una lucha cuerpo a cuerpo. Moscú sería bombardeada a distancia, y los civiles serían obligados a marcharse o a perecer de inanición. Solo entonces las tropas germanas entrarían en la capital soviética. Una vez conquistada esta última, el Kremlin debería ser dinamitado.

El 17 de noviembre de 1941, con el hielo ya endurecido sobre el terreno, el 4.º Ejército del general Günther von Kluge lanzó el ataque sobre Moscú. La ciudad de Klin, situada al Norte de la capital, fue tomada el 25 de noviembre, y el canal del Volga fue cruzado el 28. Las unidades blindadas de vanguardia estaban ya a veinte kilómetros de Moscú. Por el centro, el grueso del ejército invasor avanzaba por la autopista Moscú-Smolensko. Por el Sur, otro grupo blindado —comandado por Guderian y con la selecta División acorazada *Grossdeutschland* al frente— se dirigió hacia la ciudad de Tula, cuya captura dejó el camino expedito hacia la región moscovita. El objetivo era envolver con una pinza la capital de la URSS. Pero la resistencia encontrada por el ala sur del ataque fue mucho mayor de lo esperado, en parte porque los soviéticos también habían aprendido a hacer la guerra contra las tácticas alemanas. Zhukov no tenía demasiados soldados para guarecer Moscú —240.000 hombres, en su mayoría restos de unidades destruidas, miembros de la milicia moscovita o reclutas con instrucción precaria— y medio millar de tanques, la mayoría de ellos ligeros. El estratega soviético estableció tres líneas de defensa principales, de las que la segunda defendía el centro de la ciudad y la tercera era la misma capital, que se fortificaría en forma de erizo, convirtiéndola en un

entramado de trincheras, nidos de artillería antiaérea y puntos con dinamita. Los refuerzos prometidos por Stalin en forma de tropas de refresco y nuevos carros de combate T-34 no llegaban a tiempo. Zhukov tomó medidas drásticas para castigar toda deserción ante el enemigo, y la resistencia de sus soldados fue más fanática y atroz que nunca. Entre todas las acciones de guerra alcanzó gran notoriedad la protagonizada por los «28 hombres de Panfilov» o *Panfilovtsy,* un destacamento de soldados rusos, kazajos, uzbekos y de otras nacionalidades, que fue capaz de detener hasta cincuenta tanques alemanes, y cuya gesta fue mitificada con celeridad: una metáfora del pueblo soviético unido frente al invasor.

La pinza, así, no pudo cerrarse sobre la capital. El 2.º Grupo blindado de Guderian quedó varado en la ribera del río Oka hasta el 27 de noviembre y sufrió un número desproporcionadamente alto de bajas, además de tener que resistir una contraofensiva de tropas siberiana que lo detuvo en seco. El 28 de noviembre tuvieron lugar fieros combates entre la División SS *Das Reich* y la 78.ª División siberiana. Los alemanes estaban exhaustos, pero el OKW partía de una presunción falsa: que el Ejército Rojo no disponía de más reservas. Sin embargo, la *Stavka* había conseguido reunir veinte divisiones de refresco, mantenidas en la retaguardia y retiradas en parte de Siberia oriental una vez que el servicio soviético de información —en particular, el famoso espía Richard Sorge desde Tokio— había asegurado que Japón se aprestaba a dirigir su ejército hacia la conquista del Pacífico contra Gran Bretaña y Estados Unidos, y no tenía intención de atacar a la URSS en el Lejano Oriente. Gracias a la sorprendente recuperación de sus reservas humanas y al agotamiento del avance alemán, el Ejército Rojo estaba ahora en condiciones de contraatacar. El objetivo era alejar a

las tropas germanas de Moscú y evitar que se atrincherasen en las posiciones ganadas, consolidando un cerco parecido al de Leningrado. Aunque los aviones de la Luftwaffe avistaron los movimientos de tropas, la posibilidad de un contraataque era considerada poco menos que utópica. Las fuerzas que Zhukov tenía ahora a disposición no eran muy superiores en número y armamento a sus oponentes, salvo quizás por el mayor contingente de tanques T-34 acabados a toda prisa en las fábricas de retaguardia; pero sus soldados y vehículos estaban bien equipados contra el frío.

Cartel¡*Defendamos Moscú!*, 1941 (http://www.plakaty.ru/plakaty/voennye/otstoim_moskvu/)

El 5 de diciembre de 1941 el Ejército Rojo contraatacó entre la nieve, con el objetivo de detener las dos puntas de la tenaza desplegada por el *Ostheer*. Su avance fue lento al principio, debido a la falta de destreza de las tropas soviéticas en las operaciones ofensivas tras casi seis meses luchando a la defensiva; pero, apenas iniciado, no tuvo interrupción. Los *frontóviki* pudieron cerciorarse entonces de lo mal equipados que estaban los alemanes contra el frío, una vez que empezaron a hacer prisioneros. El 15 de diciembre la ciudad de Klin era reconquistada, y a finales de ese mes también Kalinin. Por el Sur, la bolsa de Tula fue liberada, y los invasores fueron rechazados 120 kilómetros al Oeste. La ciudad de Kaluga fue disputada por ambos ejércitos casa por casa. La situación se tornó confusa, pues los alemanes resistían con oficio y determinación, y podían aún ser abastecidos por aire. Stalin, sin embargo, quería ahora dar el empujón definitivo a las líneas del invasor, contra la opinión de Zhukov, uno de los pocos militares que osaba expresar con sinceridad sus opiniones en presencia del dictador. Por su parte, varios generales pidieron a Hitler permiso para retirarse a mejores posiciones defensivas. Pero el Führer nazi reaccionó ordenando que sus soldados no retrocediesen, y el 19 de diciembre asumió el mando supremo del Ejército de Tierra (el OKH) en sustitución de un Von Brauchitsch caído en desgracia.

En vísperas de la Navidad ortodoxa, en Moscú se volvía lentamente a la normalidad. El 14 de diciembre de 1941 Stalin ordenaba retirar las cargas de demolición colocadas en puentes, fábricas y edificios públicos de la ciudad. Los trabajos de construcción de líneas de defensa y fortificaciones se interrumpieron de manera paulatina, y los civiles movilizados para esas tareas pudieron volver a sus

casas. No por ello desaparecieron sus privaciones durante los meses siguientes, en particular el hambre y la escasez de alimentos. El dictador había decidido transportar fuera de Moscú los depósitos de grano y de provisiones, y hasta los primeros meses de 1942 la red ferroviaria otorgó prioridad absoluta al transporte de víveres y municiones para las tropas del frente. Los moscovitas pasaron hambre y frío hasta la llegada de la primavera, y solo algunos podían conseguir raciones extras en el mercado negro o a través del trueque. Las tasas de mortandad en la capital rusa se multiplicaron por tres, así como la incidencia de la tuberculosis y de otras enfermedades relacionadas con la malnutrición. La situación solo se normalizó a partir de abril de 1942[73].

Entre tanto, la situación geoestratégica había evolucionado en un sentido favorable a los intereses de la URSS. El 7 de diciembre de 1941 Japón atacaba a Estados Unidos y a Gran Bretaña en el Lejano Oriente; cuatro días después, obligado por los pactos suscritos con Tokio, Hitler declaraba la guerra a Estados Unidos. La URSS se encontraba así ante una nueva situación: había ganado nuevos aliados en la guerra contra el III Reich. El 16 de diciembre el ministro británico de Exteriores, Anthony Eden, visitaba Moscú tras un largo periplo por barco y tren, y se preparaba el borrador de un tratado de cooperación conjunto entre soviéticos y británicos. Stalin, por primera vez, planteó a su interlocutor que la URSS aspiraba a recuperar sus fronteras tal y como estaban el 22 de junio de 1941, pero asimismo hizo valer su derecho a controlar parte de Europa oriental, lo que estuvo a punto de hacer fracasar el objetivo de la visita. Eden no quería oír hablar de una partición de Polonia[74].

Los ateridos, hambrientos y agotados alemanes fueron obligados a retroceder de 100 a 250 kilómetros para el 7 de

enero de 1942. Siguiendo los deseos de Stalin, el Ejército Rojo lanzó en los dos meses siguientes una serie de contraofensivas con el fin de liberar Leningrado, provocar el colapso del Grupo de Ejércitos Centro del *Ostheer* y liberar las regiones industriales de Ucrania. Todas ellas culminaron con rotundos fracasos militares que costaron la vida de 440.000 soldados soviéticos, frente a 80.000 muertos causados a los alemanes. El Ejército Rojo tenía a disposición ingentes efectivos humanos, pero adolecía aún de graves deficiencias técnicas, logísticas y de armamento. Y al igual que la Wehrmacht, las decisiones estratégicas de sus capacitados comandantes en jefe estaban sujetas a los caprichos de un dictador.

El Ejército Rojo consolidó sus posiciones en abril de 1942, cuando el día 20 de ese mes pudo reconquistar Vyazma. La suerte de la guerra estaba lejos todavía de haberse decidido, pero la amenaza de derrumbamiento general del Estado soviético había sido superada con éxito. La victoria en la batalla de Moscú supuso una notable inyección de moral para la población y el ejército, mientras que las tropas alemanas experimentaron el primer revés de importancia en una guerra que, hasta entonces, había discurrido de victoria en victoria.

No obstante, el balance de bajas de la batalla fue favorable al ejército invasor. Alrededor de 700.000 soldados del Ejército Rojo hallaron la muerte, fueron heridos o dados por desaparecidos tanto en la fase defensiva como en la contraofensiva que le siguió. Las pérdidas alemanas ascendieron a 250.000 soldados muertos, heridos o desaparecidos. Las tropas del Ejército del Este demostraron estar exhaustas por completo, tras haber librado seis meses de continuos combates desde el inicio de la Operación Barbarroja. Y el alto número de bajas sufrido comprometía

seriamente las reservas de la Wehrmacht, pero al mismo tiempo obligaba a Hitler a seguir defendiendo el sentido de la campaña del Este ante sus partidarios y ante el conjunto del pueblo alemán. Tanto sacrificio tenía que valer para algo. Otros escenarios tomarían el relevo: sobre todo en el sector meridional, donde las tropas del Grupo de Ejércitos Sur parecían seguir un avance continuado hacia el Cáucaso, lo que parecía abrirles la expectativa de un acceso a los recursos petrolíferos del Caspio (Grozny, Baku y Maikop), así como de una puerta hacia Oriente Próximo.

2.3. Aliados, cruzados y colaboracionistas contra el bolchevismo

No solo tropas alemanas tomaron parte en la Operación Barbarroja. Los aliados finlandeses y rumanos aportaron el nada despreciable número de 700.000 soldados. Al poco tiempo, tanto Hungría como Italia y Eslovaquia mostraron interés por enviar tropas al frente del Este, a fin de participar en lo que se adivinaba como una campaña triunfal. No solo era idealismo anticomunista. Los diversos Estados aliados o títeres del III Reich se preparaban a jugar sus cartas simbólicas para participar en el reparto territorial, en la gigantesca *reordenación* territorial de Europa bajo el dominio alemán que se auguraba próxima. Tomar parte en el exterminio del enemigo común bolchevique, aunque fuese con una pequeña tropa expedicionaria, proporcionaría argumentos a los diversos Estados fascistas europeos con los que recuperar territorios reclamados, realizar sus propios sueños imperiales o irredentistas, o simplemente evitar que temidos vecinos que se habían aprestado a enviar tropas al Este pudiesen reclamar territorios a costa propia[75].

El primero fue el régimen fascista italiano, que ya preparaba una posible participación en la guerra del Este desde que tuvo conocimiento de los planes de invasión. Por ello, Mussolini ordenó la constitución de un *Corpo di Spedizione Italiano in Russia* (CSIR) que contaba en total con 62.000 hombres y 82 aviones, y que el 11-12 de agosto ya entraron en combate en Ucrania al lado de las tropas del Grupo de Ejércitos Sur. En 1942, el cuerpo expedicionario fue reforzado con el despliegue en el frente del Don del 8.º Ejército italiano o *Armata Italiana in Russia,* que llegó a sumar 229.000 hombres, con una notable dotación en artillería ligera y pesada. En su mayoría eran soldados del ejército regular, con unidades especializadas en combate de montaña (como los *Alpini*), pero también con contingentes minoritarios de voluntarios fascistas. El elemento común a todos ellos, y que fue divulgado por la propaganda fascista, era el anticomunismo, con un barniz católico[76].

Por su parte, el régimen satélite de Eslovaquia, presidido por el prelado católico Jozef Tiso, se apresuró a declarar la guerra a la URSS y envió cerca de 50.000 soldados al frente oriental, repartidos en dos divisiones de infantería con armamento más bien modesto, así como una brigada motorizada. No obstante, tras un severo correctivo soviético en Lypovec, buena parte de las tropas eslovacas fueron retiradas a finales de julio. La mayoría de las que permanecieron se destinaron a «limpiar» de partisanos y unidades soviéticas dispersas algunas áreas de retaguardia en Bielorrusia, y después en Ucrania septentrional. Además, una *División móvil* eslovaca combatió en el Sur de Ucrania y Crimea, hasta mayo de 1944[77]. El Estado títere de Croacia, bajo la égida de Ante Pavelic, despachó igualmente a Rusia un simbólico contingente de 5.000 soldados, encuadrados como Regimiento 369 en el 6.º Ejército alemán, y que llegó al

frente el 21 de agosto de 1941. El temor a que la participación italiana en el frente del Este fuese premiada con ulteriores recompensas territoriales en la costa adriática actuó como un revulsivo fundamental de los gobernantes croatas: no había que quedarse atrás en demostrar méritos de guerra contra el enemigo común[78].

El régimen autoritario del almirante Miklós Horthy en Hungría, que no había sido tenido en cuenta por Hitler para participar en la invasión por desconfiar de su orientación en política exterior, tardó algunos días en declarar la guerra a la URSS. De hecho, la participación magiar en la invasión no era deseada en un principio por el OKH, que desconfiaba de la juzgada anglofilia de Horthy y prefería no otorgar a las tropas húngaras un papel preponderante en las operaciones militares. Solo el mariscal Von Rundstedt, como comandante supremo del Grupo de Ejércitos Sur, era favorable a contar con la participación húngara desde un principio, para asegurar la toma de la región de Lviv y del área de Ucrania occidental. Horthy se resistía a declarar la guerra a la URSS, en parte por la presión interna del partido fascista húngaro Flechas Cruzadas. Pero pocos días después del comienzo de la Operación Barbarroja, el bombardeo por parte de aviones soviéticos de la ciudad de Kassa ofreció un motivo suficiente para que el Gobierno de Budapest entrase en guerra con la Unión Soviética.

La fuerte participación rumana desde el principio de la contienda germano-soviética presionó de modo decisivo al régimen de Horthy para entrar en el conflicto. Si la guerra concluía con una victoria alemana, Bucarest tendría argumentos para reclamar de nuevo la parte de Transilvania perdida a manos húngaras un año antes. Bajo el mando del general Ferenc Szombathelyi, entre 70.000 y 90.000 soldados húngaros fueron destinados al frente oriental en el verano

de 1941. No obstante, el alto número de bajas sufridas por las unidades magiares, y su agotamiento, llevaron al OKH ya en noviembre de 1941 a permitir que volviesen a casa, quedando en territorio soviético entre 40.000 y 50.000 soldados, destinados sobre todo a labores de retaguardia. El agotamiento de las reservas germanas tras la batalla de Moscú obligó ahora al Alto Mando alemán y al propio Hitler a admitir una mayor participación de sus aliados. A principios de 1942 el general Wilhelm Keitel, jefe del OKW, viajó a Budapest y solicitó el despliegue de tropas magiares, que pasarían a ser armadas y avitualladas por la Wehrmacht, para reforzar la planeada ofensiva de verano. El 2.º Ejército húngaro, con 210.000 soldados —buena parte de los cuales pertenecían a minorías no magiares, como eslovacos, rutenos y rumanos— fue movilizado entonces para el frente oriental.

Los combatientes del *Hónved* (Ejército húngaro) carecían de motivación suficiente para luchar en el Este, y sus oficiales eran en buena parte reservistas movilizados ex profeso para la campaña, cuya preparación y moral eran dudosas. En junio de 1942, los húngaros establecieron sus posiciones en el Don. Pero mal equipados y en lucha constante con sus aliados tudescos e italianos por conseguir mejores suministros, los magiares fueron literalmente arrollados por la ofensiva soviética de enero de 1943. En dos semanas, las tropas húngaras tuvieron 40.000 muertos, 60.000 hombres cayeron prisioneros, y perdieron el 85 por ciento de su equipamiento. Desde aquel momento, la desconfianza del mando alemán hacia sus aliados húngaros, al igual que hacia los italianos y rumanos, no hizo sino aumentar. Se trataba de una mezcla de juicios preconcebidos y de complejo de superioridad militar. Aun así, hasta agosto de 1944 todavía partirían para el frente del Este alrededor de

90.000 combatientes húngaros.

La ocupación alemana de Hungría en marzo de 1944, motivada por la necesidad del Reich de asegurarse productos agrícolas y evitar que el Gobierno de Budapest llegase a una paz separada con los aliados, significó un aumento de la participación militar húngara en la guerra contra la URSS. Entre abril y mayo de ese año, el 1.º Ejército húngaro (168.000 hombres) también fue movilizado en el frente oriental. A partir de mayo, los soldados magiares fueron destinados en masa a defender las propias fronteras de su país frente al avance del Ejército Rojo. En septiembre de 1944, algo menos de un millón de combatientes del *Hónved* luchaban contra las tropas soviéticas que progresaban hacia Budapest, donde se libraría la última batalla en la Navidad de 1944. Un total estimado de 360.000 soldados húngaros pereció en la guerra contra la URSS, y unos 600.000 cayeron prisioneros[79].

Las tropas alemanas nunca dejaron de constituir el contingente militar mayoritario de las unidades y divisiones del Eje participantes en la campaña del Este. No obstante, el montante total de las tropas aliadas mantuvo dentro del conjunto de las fuerzas *antibolcheviques* un porcentaje bastante significativo, que en algunos momentos llegó a suponer casi la cuarta parte del total. Además, su presencia resultaba cercana al 50 por ciento en algunas porciones del frente, en particular en el área del Grupo de Ejércitos Centro y Sur. El 10 de septiembre de 1942 el número de soldados extranjeros (es decir, no alemanes) que formaban junto a la Wehrmacht en el frente oriental ascendía a 648.000. Si en 1941 el porcentaje de tropas germanas en el total de fuerzas del Eje desplegadas en el frente soviético era del 82,74 por ciento, esa proporción disminuyó al 72,3 por ciento en junio de 1942; volvió a subir en julio de 1943 al 88,55 por ciento;

descendió al 74,77 por ciento en junio de 1944; y en enero de 1945, cuando ya ni húngaros ni rumanos combatían junto a los alemanes y en la práctica solo le quedaban los voluntarios extranjeros de las Waffen SS y las tropas auxiliares de diversas nacionalidades de la URSS, se situó en el 95,7 por ciento[80].

Si los aliados y satélites proporcionaron, sobre todo, tropas regulares para la campaña del Este, también participaron al lado del Eje un número significativo, aunque poco relevante desde el punto de vista estratégico, de voluntarios extranjeros reclutados en Europa nórdica y occidental. Los intelectuales, propagandistas y teóricos nazis utilizaban a menudo el *Leitmotiv* de la defensa de la civilización europea como un arma propagandística y retórica para ganar adeptos a la causa del III Reich entre los círculos fascistas, ultranacionalistas y anticomunistas de toda Europa. La defensa de la preeminencia continental de Alemania acostumbraba a presentarse como la exaltación de los valores europeos. Y frente al carácter *asiático* del bolchevismo, el nacionalsocialismo encarnaría un proyecto de defensa de la *civilización* europea, a lo que se unía la justificación inmediata de la invasión de la URSS como reacción frente a un supuesto plan de conquista soviético. Alemania habría atacado de forma preventiva a la URSS para detener el asalto del comunismo sobre Europa, que ahora no se detendría en el Vístula.

Con todo, el europeísmo con el que los jerarcas, las revistas teóricas y diversos intelectuales e institutos científicos del III Reich se llenaban la boca poseía un mero carácter retórico. Pues la unidad continental era un objetivo claramente subordinado a los planes de hegemonía militar y económica de Alemania. Dentro de las fantasías de Hitler y Himmler, y las de varios de sus subordinados, la

consecución de un Imperio germánico extendido era una variable más importante que el concepto de «Europa». El énfasis en este último era, como mucho, un útil instrumento de propaganda. Pero resultaba ser un poderoso argumento que permitía ganar voluntades fuera de Alemania, tanto entre las opiniones públicas de los países aliados o allegados como entre los países neutrales. Se trataba de una eficaz «música de acompañamiento», que tuvo su punto álgido con la invasión de la URSS y que fue diseñada por el estratega de la propaganda nacionalsocialista, Joseph Goebbels[81]. En ella se conjuntaba el consabido argumento de la guerra preventiva con la imagen de Alemania como eterna víctima de un complot judío-bolchevique, así como con la representación del III Reich como un baluarte frente al comunismo y la *barbarie* asiática, y la defensa del continente en una empresa que era presentada hacia el exterior como una *cruzada europea contra el bolchevismo*. Así rezaba la declaración del Ministerio de Asuntos Exteriores del 29 de junio de 1941. Alemania estaría cumpliendo en el Este un «mandato europeo», cuando no una «guerra por la libertad de toda Europa»:

> La lucha de Alemania contra Moscú se ha convertido en una cruzada europea contra el bolchevismo. Con su capacidad de atracción, que sobrepasa todas las expectativas, cabe reconocer que se trata de una causa europea, de todo el continente: amigos, neutrales e incluso de los pueblos que todavía hace poco tiempo han cruzado la espada con Alemania[82].

El programa del *Nuevo Orden* europeo, que los teóricos nazis esbozaron hacia 1940, fue aceptado por políticos e intelectuales de los países cuyos regímenes eran aliados o amigos del III Reich. El Pacto Antikomintern renovado en Berlín el 25 de noviembre de 1941 presentaba la «cruzada» antibolchevique como una empresa común, de la que surgiría una Europa en paz y unida bajo la hegemonía benévola del III Reich. Sin embargo, el europeísmo nazi consistía más en lemas e ideas generales que en proyectos

concretos. En eso radicaba parte de su éxito, pues desde muy diversas posiciones cada fascismo nacional o local podía imaginar a su vez cuál iba a ser su función específica dentro de ese *Nuevo Orden,* desde Portugal a España pasando por los intelectuales colaboracionista franceses, y jugar con interpretaciones propias del europeísmo nazifascista y sus conceptos geopolíticos preferidos, como *espacio vital* o *economía de grandes espacios,* adaptándolos a sus objetivos expansionistas inmediatos. En la interpretación de los fascistas españoles o italianos, por ejemplo, se daba prioridad al Mediterráneo o al Norte de África[83].

La participación en la invasión de la URSS se presentó así a ojos de diferentes sectores anticomunistas, fascistas o próximos a los fascistas de toda Europa como una oportunidad inmejorable para sellar su alianza con la Alemania hitleriana y escalar posiciones de poder e influencia dentro de sus países. Al mismo tiempo, la idea de *cruzada europea antibolchevista* también despertaba un inusitado entusiasmo proalemán de amplios sectores anticomunistas, pero que recelaban del racismo y del ateísmo nazi, así como de sus concepciones totalitarias. Como recordaban las revistas católicas españolas en el verano de 1941, Hitler era una suerte de nuevo ángel exterminador encargado de aniquilar a la encarnación de Luzbel en la tierra, y que mediante ese acto se purificaría a sí mismo y retornaría al camino de la religión verdadera. La cosmovisión católica, unida a la consideración del comunismo soviético como exponente de una barbarie producto de una mezcla de judíos, masones y pueblos culturalmente inferiores, aunque no definidos en términos biológicos, sería característica de muchos voluntarios españoles, italianos o franceses en el frente ruso.

En un principio, las ofertas individuales y colectivas que

afluyeron a las embajadas alemanas en Europa occidental en demanda de ser aceptados como voluntarios generaron sorpresa en Berlín, tanto en el OKW como en el Ministerio de Exteriores. Pero la oportunidad parecía ideal para dotar de una legitimación adicional a los proyectos de hegemonía continental del III Reich, además de para ganar aliados y algunos soldados adicionales. El 30 de junio de 1941 tuvo lugar en Berlín una reunión en la que participaron representantes de Exteriores, del OKW, del NSDAP y de las SS. En ella se consideró que era de gran interés político aceptar las ofertas de voluntarios y se decidió encuadrarlos en unidades nacionales con uniforme germano, pero sin naturalizarlos alemanes. Eso sí, se estableció una estudiada jerarquía etnonacional. Los voluntarios procedentes de países nórdicos se encuadrarían en las Waffen SS, denominación otorgada a las unidades armadas de las SS (*Schutzstaffel* o brigadas de asalto) dependientes de Heinrich Himmler desde 1940[84], y lo mismo se deseaba para los voluntarios *germánicos* (holandeses y flamencos). Se aceptarían las ofertas española y croata, que conformarían unidades homogéneas dentro de la Wehrmacht, y se estaba a la espera de lo que pasaría con los voluntarios franceses y valones. Por el contrario, se rechazaron las ofertas de rusos blancos, representantes nacionalistas de pueblos no rusos de la URSS y checos. Una semana después, el Alto Mando de la Wehrmacht establecía una serie de líneas directrices para la admisión y formación de unidades de voluntarios extranjeros, que reproducían y desarrollaban en lo sustancial los principios anteriores[85].

Después del fracaso de la guerra relámpago y la estabilización de un costoso frente oriental, la movilización inducida por la *cruzada europea contra el bolchevismo* permitió al III Reich reclutar soldados con destino al Este en

la casi totalidad de los países europeos. La música de acompañamiento se convirtió entonces en una melodía monocorde, que insistía de manera reiterada en la necesidad de defender la civilización europea, en el anticomunismo y en el carácter «asiático» de las *hordas bolcheviques*. El discurso fue difundido con profusión por el aparato de prensa y propaganda nazi, y de hecho sus efectos retóricos fueron bastante mayores que su coherencia discursiva interna. Los argumentos no variaron. La guerra en el Este fue definida como una nueva cruzada, que emulaba a la de los caballeros teutónicos, y en la que todos los pueblos de Europa eran invitados a participar[86]. El judaísmo, aliado del comunismo y enemigo de la supervivencia de las naciones de Europa, que ya había sometido a Estados Unidos, Gran Bretaña y la URSS, era presentado como un agente destructor de la civilización del continente, incluyendo sus raíces cristianas y su tradición histórica. Pero el acento fundamental se colocaba en el anticomunismo[87].

Varios cientos de voluntarios se presentaron para el frente del Este en varios países de Europa occidental y nórdica. Por lo general, su recluta tenía lugar bajo el control de los partidos fascistas nacionales y con participación en algunos casos del ejército regular. Fue el caso de la llamada División Española de Voluntarios o *División Azul,* que aportó 18.000 voluntarios, en buena parte miembros de las organizaciones falangistas, además de oficiales y suboficiales aportados por el ejército regular. Después de una rápida instrucción, la División Azul fue destinada al Grupo de Ejércitos Norte, donde participó en las operaciones ofensivas del Vóljov para completar el asedio de Leningrado entre octubre y noviembre de 1941. Desde principios de 1942 fue relegada a labores defensivas en una sección del frente menos comprometida, y en agosto del mismo año fue

destinada a cubrir el flanco sur del cerco de Leningrado, hasta su retirada por motivos políticos —la presión diplomática de las potencias Aliadas sobre la España neutral de Franco— en el último trimestre de 1943. En total, alrededor de 47.000 soldados, buena parte de ellos voluntarios, pasaron por la unidad. Por su parte, la Legión de Voluntarios Franceses (*Légion des Volontaires Français contre le bolchévisme,* LVF) fue reclutada entre simpatizantes y militantes de los principales partidos colaboracionistas, como el Partido Popular Francés de Jacques Doriot, quien también se presentó voluntario para Rusia. Su cuantía no sobrepasó en ningún momento los 4.000 hombres, y solo fue utilizada a finales de noviembre de 1941 en algunos combates de primera línea. Posteriormente, la LVF fue retirada a retaguardia, y utilizada sobre todo en labores de lucha antipartisana. Los voluntarios valones procedieron sobre todo del movimiento rexista, un fascismo autóctono que cooperaba con los alemanes, dirigido por el carismático Léon Degrelle. Apenas un millar de voluntarios conformaron el Batallón de Infantería Valona 373, que entró en combate en el Grupo de Ejércitos Sur. En total, a finales de 1941 el número de españoles, franceses, valones y croatas que combatían en el *Ostheer* ascendía a unos 24.000 hombres.

A todos los anteriores se unían otros 12.000 voluntarios «germánicos» que combatían en las filas de las SS. El *Reichsführer SS* Himmler explotó la coyuntura de la guerra contra la URSS para realizar su proyecto de ampliación multinacional de las Waffen SS hasta convertirlas en una suerte de «ejército europeo». Su modelo era la Legión Extranjera francesa, con un ingrediente adicional de adoctrinamiento político. Los soldados de las divisiones SS habrían de ser los auténticos arietes de la expansión del

Nuevo Orden nacionalsocialista, una vez que retornasen a sus países. En un principio, y además de los alemanes étnicos de regiones incorporadas al III Reich, se reclutaron sobre todo voluntarios procedentes de países «germánicos» y nórdicos. Hitler aún asignaba ese objetivo de forma prioritaria a las Waffen SS todavía en septiembre de 1943. Sin embargo, en abril de 1940 Himmler ya había conseguido el *placet* para crear una unidad multinacional, la División SS *Wiking,* que entró en combate pocos días después del inicio de la Operación Barbarroja. Dentro de ella se encuadraban los voluntarios germánicos, que no fueron nacionalizados alemanes, dentro de los regimientos *Nordland* (países nórdicos) y *Westland* (flamencos y holandeses), que totalizaban 1.564 hombres en junio de 1941. Por otro lado, desde 1940 afluyeron a la División SS *Das Reich* voluntarios finlandeses, que formaron un batallón propio.

Confraternización de soldados alemanes y españoles en Francia, julio de 1941 (Archivo del autor)

Tras la invasión de la URSS, el número de voluntarios «germánicos» aumentó de forma notable. Hubo algunos nórdicos que se enrolaron en el Ejército finlandés, pero la mayoría lo hizo en las SS. A finales de 1941 el número de

combatientes extranjeros en sus filas se repartía por nacionalidades del siguiente modo: 1.180 finlandeses, 39 suecos, 1.882 noruegos, 2.399 daneses, 4.814 holandeses, 1.571 flamencos, y por último 135 suizos y naturales de Liechtenstein. Así como 6.200 voluntarios más que fueron reclutados entre los alemanes étnicos *(Volksdeutsche)* de ciudadanía rumana, húngara, serbia, croata, luxemburguesa y eslovaca, además de algunos alsacianos, loreneses y alemanes de Nordschleswig (Dinamarca). Para ellos se mantuvo una doble vía de reclutamiento: la que llevaba de modo directo a las Waffen SS, reservada para grupos selectos de combatientes; y la incorporación a legiones nacionales situadas bajo su paraguas, pero sin ser miembros de pleno derecho de las Waffen SS, con mayor protagonismo de los partidos colaboracionistas de la Europa ocupada, como el Nasjonal Samling noruego o el NSB holandés.

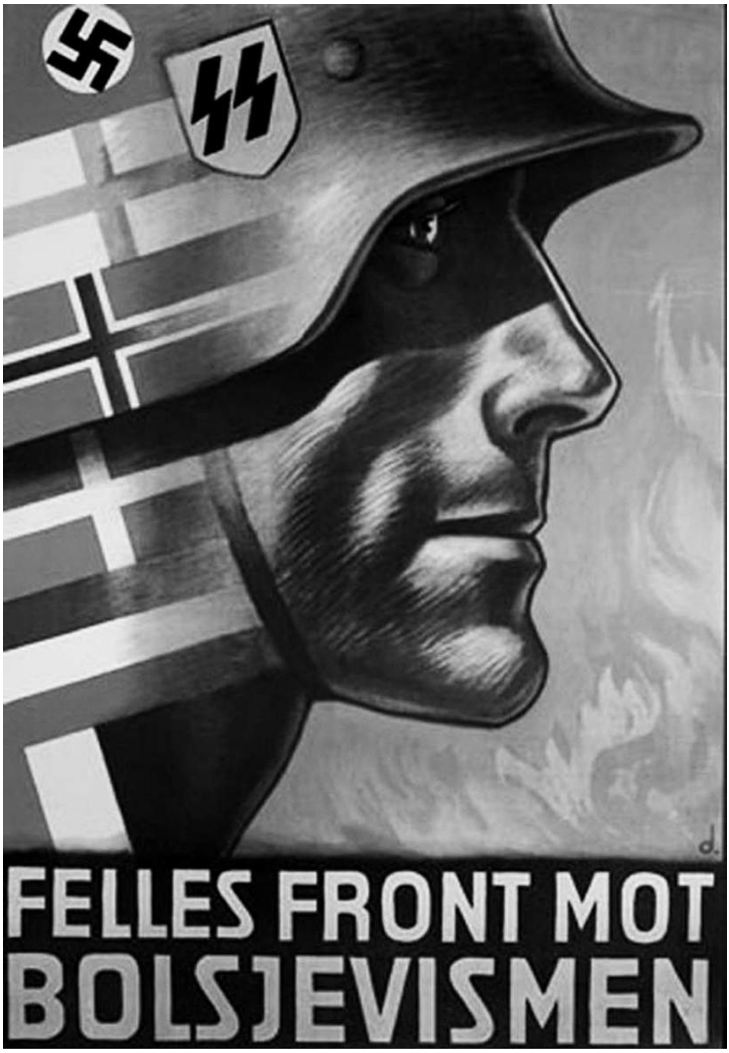
En total, los voluntarios extranjeros en la Wehrmacht y las Waffen SS ascendieron a 43.000. No era un aporte significativo en términos estrictamente militares: apenas superaban el 1 por ciento de las tropas movilizadas en el frente del Este. Ese porcentaje aumentó de modo leve en 1942 y 1943, pues el aflujo de voluntarios, sobre todo en las unidades de las Waffen SS de países germánicos, tendió a aumentar. Hasta mayo de 1944, por ejemplo, el número total de holandeses que se presentaron voluntarios llegó a un total acumulado de 20.129, y el de noruegos ascendió a casi 6.000. A la altura de junio de 1943 las Waffen SS habían reclutado 27.314 voluntarios en Europa occidental y nórdica[88]. Según Kenneth Estes, y excluyendo los efectivos movilizados en *legiones* nacionales, así como a los finlandeses, italianos y otros contingentes menores, el montante de voluntarios occidentales y nórdicos que sirvieron —en su gran mayoría en el frente ruso— en

unidades de las Waffen SS ascendió de 4.851 en enero de 1942 a 36.682 en 1944. En ningún momento supusieron más del 10 por ciento del total de combatientes encuadrados en las Waffen SS.

El contingente global de voluntarios europeos que combatió en las filas de la Wehrmacht y las Waffen SS a lo largo de la guerra germano-soviética es difícil de establecer con precisión. Aun así, y sumando a los españoles, que aportarían por sí solos más del 40 por ciento de todos los efectivos, se podría cifrar en unos 115.000 hombres[89]. Una cifra más bien modesta, que situaba a esos voluntarios en un 1,15 por ciento del total de soldados del ejército invasor que pasaron por el frente del Este en los cuatro años de guerra. Pero que servían a la propaganda del III Reich para insistir en el carácter «europeo» de la *cruzada contra el bolchevismo.*

La eficacia operativa de los *cruzados* europeos fue inferior a su eco propagandístico. Todos ellos eran objeto de vigilancia para prevenir deserciones o espionaje a favor de los Aliados. Al igual que sucedía con los rumanos o italianos, los mandos tudescos cuestionaban su capacidad militar, y a menudo impusieron exámenes médicos muy restrictivos para los voluntarios; también intentaron «germanizar» en lo posible sus cuadros de mando. No había gran diferencia, incluso, si los soldados eran «germánicos» o no[90]. Pasado un tiempo, unidades «pangermánicas» como la División Nordland pasaron a estar compuestas por una mayoría de alemanes y alemanes étnicos. Por otro lado, las frecuentes rivalidades políticas internas que minaban la cohesión de esas unidades voluntarias las convirtieron en aliados inestables. Entre los españoles se registraban tensiones entre los voluntarios falangistas y los suboficiales y mandos intermedios procedentes del Ejército profesional; entre los combatientes franceses esas disputas se dirimían

entre los simpatizantes de los diferentes partidos fascistas y colaboracionistas que nutrían sus filas. Algo similar ocurría entre rexistas y nacionalsocialistas en el caso de los valones, o entre los afiliados al *Vlaams National Verbond, DeVlag* y los pronazis de *Verdinaso* y otros grupos satélites de los alemanes en la Legión Flandes. Convivían dentro de esas unidades aventureros de toda clase y militares anticomunistas, incluyendo a oficiales de la reserva o miembros de tropas coloniales belgas y francesas, parados y fascistas fanáticos. Compartían en su mayoría la cosmovisión del europeísmo propagado por los nazis, así como su imagen del comunismo soviético como una amalgama de judaísmo y barbarie asiática, o bien como un enemigo de la civilización cristiana[91]. Según una encuesta de posguerra entre 5.107 excombatientes daneses de las Waffen SS, un 39,9 por ciento declaraba empatía ideológica con los nazis y anticomunismo; un 36,9 por ciento, necesidad y huida ante dificultades vitales; un 11,2 por ciento, germanofilia, y un 6,4 por ciento, salir del paro. Los testimonios de valones e italianos de las Waffen SS apuntan en un sentido semejante. Entre los alemanes de Transilvania, el impulso nacía de la admiración por un cuerpo de élite, la atracción por sus salarios y el anticomunismo[92].



Cartel de propaganda de las Waffen SS en noruego: *Frente común contra el bolchevismo*

El control de las unidades de voluntarios extranjeros pasó a manos de Himmler desde mediados de 1943, dentro de su proyecto de convertir a las SS en un auténtico ejército pangermánico, paralelo a la propia Wehrmacht, a partir de las divisiones de los pueblos germánicos y los «asimilados» (valones)[93]. Los diversos regimientos existentes se reconvirtieron en nuevas unidades, cuyos pomposos nombres rara vez se correspondía con los efectivos reales de

que disponían. Las formaciones SS voluntarias o *legiones* de daneses, noruegos, finlandeses, holandeses y flamencos, con las que se proyectó crear un cuerpo blindado «germánico», fueron encuadradas respectivamente en la División Nordland (daneses y noruegos), la Brigada SS *Nederland* (desde febrero de 1945, 34.ª División SS *Landstorm*), y la Brigada de Asalto *Langemarck,* transformada después en 27.ª División SS (flamencos). A ella se sumó en noviembre de 1944 la División *Wallonien,* comandada por el fascista valón Léon Degrelle. Sin embargo, el intento de crear un cuerpo de voluntarios británico *(British Free Corps),* reclutado entre prisioneros de guerra a partir del fascista inglés John Amery, fue un absoluto fracaso.

Ante el aparente éxito del experimento multinacional, Himmler extendió el abanico de pueblos considerados dignos de servir en las Waffen SS. En primer lugar, pueblos latinos, que a grandes rasgos siguieron la usual evolución: de Legiones se convirtieron en 1943 en Brigadas SS, y en 1944 o principios de 1945 adoptaron la categoría de rimbombantes divisiones con nombres ilustres. La unidad de voluntarios franceses se convirtió en noviembre de 1943 en la Brigada de Asalto Carlomagno, y en octubre de 1944, en la División Carlomagno. La Brigada SS núm. 1 italiana se transformó en marzo de 1945 en división, a pesar de no reunir más efectivos. En febrero de 1943 se creó una división croata SS, que se restringió a voluntarios bosnios musulmanes, y algunos albaneses, para luchar contra los partisanos. Más tarde surgieron unidades albanesas (la División *Skanderbeg*) reclutadas entre los kosovares. Entre 1943 y principios de 1945 se crearon formaciones de voluntarios lituanos, letones y estonios, además de húngaros, búlgaros, rumanos, turcomanos, ucranianos, bielorrusos y albaneses. Y, finalmente, varios pueblos

eslavos más, no sin resistencia de Hitler.

La propaganda desplegada por las SS desde 1944 incidía cada vez más en el carácter europeo de la lucha contra el *bolchevismo asiático* y presentaba las biografías de los oficiales voluntarios como ejemplos de abnegación anticomunista, pero también con ribetes antisemitas. Mientras el francés Roger Lainé, miembro del PPF, afirmaba luchar por Europa, el tunecino de padres franceses Jean Foratier, decía detestar a los bolcheviques con la misma intensidad que había odiado a los comerciantes judíos del Túnez de su niñez… El objetivo era reclutar voluntarios de todo el continente en un esfuerzo cada vez más desesperado[94]. La calidad del reclutamiento, sin embargo, no mejoró. Muchos de los nuevos reclutas no superaban la fase de instrucción, y los saqueos y violaciones por parte de los voluntarios eran frecuentes. Las unidades bálticas, como las ucranianas, poseían además una especial motivación antirrusa, a la par que antisoviética. Entre buena parte de los enrolados en diversos países europeos durante 1943 y 1944, los motivos eran más prosaicos. La propia propaganda de las Waffen SS en varios idiomas insistía en la buena soldada, así como en los subsidios que recibirían las familias de los combatientes heridos o caídos, además de en el carácter selecto y distinguido de la formación militar y política, y en el hecho de que el soldado de las SS sería un combatiente por el «futuro de Europa» en nombre de la «unión de la juventud europea frente al bolchevismo»[95].

Esa propaganda atrajo a fanáticos nazis y convencidos fascistas de toda Europa que deseaban defender al III Reich de la avalancha soviética, quienes se dividían a su vez entre quienes querían mantener una independencia nacional a toda costa, y quienes deseaban un lugar al sol dentro del futuro imperio germánico. Pero también se unieron a las

Waffen SS simples aventureros contagiados de un espíritu epocal de lucha de civilizaciones. Tampoco estuvieron ausentes de sus filas personas que tenían cuentas pendientes con la justicia, convictos que querían redimir penas de cárcel, prisioneros de guerra franceses y belgas, y una buena proporción de trabajadores extranjeros en Alemania —franceses, holandeses, valones y flamencos, pero también pequeños contingentes de otras procedencias— que fueron reclutados desde abril de 1943, quienes vieron en las Waffen SS una posibilidad de mejorar de posición o incluso de salir del territorio del Reich. Los cuadros colaboracionistas de la administración y los antiguos policías o miembros de los partidos fascistas y proalemanes franceses, belgas, holandeses o italianos que se refugiaron en territorio alemán desde 1944, al ser liberados por los Aliados sus respectivos países, constituyeron una última reserva de reclutas.

Las brigadas y divisiones extranjeras de las SS han sido objeto de recurrente fascinación y mitificación entre los aficionados al coleccionismo y los amantes de la Historia Militar. Los propagandistas neofascistas intentaron presentar a las Waffen SS como un antecesor directo de la OTAN por su doble carácter de «europeas» y «anticomunistas», empezando por el antiguo oficial Paul Hausser, posterior dirigente de la asociación de veteranos de las tropas de Himmler. Una opinión similar fue defendida de forma implícita por algunos historiadores militares tradicionales y/o revisionistas[96]. Los voluntarios *europeos* de la Wehrmacht y las Waffen SS fueron también presentados como una manifestación de «nacionalismo europeo» *avant la lettre* frente al comunismo «asiático». El abanico de representaciones comprende desde la publicística pseudohistórica de los círculos revisionistas de derecha radical, y literatura de los cuadernos para soldados y

nostálgicos de la década de 1950, hasta los cómics de las décadas posteriores, pasando por los juegos de ordenador del siglo XXI y los grupos de *heavy metal* ucranianos o rusos[97].

Empero, tanto el aporte real como la capacidad de combate de las unidades integradas por voluntarios extranjeros fue muy variable. Su cuantía, además, fue bastante menor de la que sugerían los títulos de sus divisiones[98]. Varias de ellas oscilaban apenas entre los 2.000 y los 3.000 hombres. Algunas divisiones y regimientos estuvieron integradas por fanáticos anticomunistas con gran motivación, fuese ideológica o por desesperación y falta de oportunidades de volver a sus países a partir de finales de 1944. En esos casos, unir su suerte a la de Alemania fue la única perspectiva razonable a corto plazo. A medida que el frente oriental retrocedía, hubo unidades de las SS integradas por voluntarios extranjeros que se vieron atrapadas con el final del III Reich, y algunas combatieron en las ruinas del Berlín sitiado. Fue el caso de la División Carlomagno, así como de la División Nordland, y de combatientes letones, valones y flamencos. La mayoría murió en la batalla; muchos se suicidaron[99].

Un porcentaje importante de los voluntarios de las Waffen SS que sobrevivieron a la guerra fueron acusados de traición o de crímenes de guerra, sufrieron penas de cárcel y fueron desprovistos de derechos civiles en sus países. Algunos se enrolaron en la Legión Extranjera francesa para evitar represalias y juicios. Los voluntarios procedentes de Europa del Este, y en particular los bálticos y ucranianos, fueron fusilados o, en el mejor de los casos, internados en campos de concentración y trabajos forzados. Algunos más, como Leon Degrelle, se refugiaron en España, donde con la

complicidad del régimen franquista eludieron la extradición y vivieron hasta su muerte.

Otro grupo de voluntarios extranjeros sobre el que existe menos literatura apologética, pero que fue más relevante en términos absolutos, fue el de los pertenecientes a los pueblos eslavos y no eslavos de la URSS. El destino de las diversas nacionalidades soviéticas en los sueños imperiales de Hitler estaba escrito en los planes de la Operación Barbarroja, el Plan General Este y los proyectos de futuro que el dictador y sus jerarcas reservaban para el espacio conqusitado. Además de los movimientos de población para recolonizar con alemanes parte de Ucrania, Crimea y la región de Leningrado, Hitler no tenía ninguna intención de conceder de nuevo la independencia a los Estados bálticos, que fueron subsumidos en un «Comisariado Imperial de las Tierras Orientales» *(Reichskommisariat Ostland).* Tampoco preveía en sus planes una Ucrania soberana, a pesar de la insistencia de Rosenberg en dispensarle un trato especial. El territorio ucraniano fue colocado en su mayor parte bajo la jurisdicción de un Comisariado Imperial de Ucrania, situado bajo la égida del dirigente nazi de Prusia Oriental Erich Koch, cuyo mando se caracterizó por una brutalidad despiadada en la ejecución de represalias contra la población civil. Fueron las necesidades logísticas y militares, y la imperiosa necesidad de contar con colaboradores en las regiones ocupadas, las que llevaron a Berlín a prestar cierta atención a quienes, como el después historiador Theodor Oberländer u otros expertos alemanes en las regiones islámicas de la URSS, preconizaban el apoyo directo del III Reich a los pueblos musulmanes para utilizarlos contra los soviéticos[100].

La necesidad apremiante de efectivos humanos llevó a reclutar para el *Ostheer* y, más tarde, para las Waffen SS,

voluntarios pertenecientes a nacionalidades eslavas, e incluso a pueblos que en la cosmovisión racial del nacionalsocialismo eran considerados inferiores. Para ello, los diversos exiliados nacionalistas de pueblos no rusos de la URSS, que durante las décadas de 1920 y 1930 se habían refugiado en Alemania, sirvieron de eficaces propagandistas. En un principio, desde el verano de 1941, los ocupantes pusieron en marcha una campaña de captación de voluntarios entre los prisioneros pertenecientes a nacionalidades no rusas, cuya simpatía por el sistema soviético era más que dudosa. Los prisioneros de guerra que pertenecían a las diversas nacionalidades caucasianas, en particular los musulmanes, así como los turcomanos y otros grupos étnicos túrquicos, fueron seleccionados por sus captores, una vez que Hitler autorizó la formación de *legiones* armenias, georgianas, caucasianas y y turcomanas. Quienes accedieron a servir bajo la esvástica en nombre de la *liberación* de sus patrias del dominio ruso fueron situados bajo el mando de oficiales tudescos, además de recibir armamento capturado al Ejército Rojo y vestir el uniforme alemán. Se les proporcionaron, incluso, imames sunnitas y chiitas. Muchos, si no la mayoría, aceptaron cambiar de bando como única alternativa a corto plazo para salvar la vida de las infames condiciones que reinaban en los campos de prisioneros[101].

El reclutamiento de legiones y divisiones eslavas, caucásicas o musulmanas como tropas encuadradas en las SS y Waffen SS, aunque fuese con funciones subordinadas, planteaba un problema de ortodoxia teórica. Los nazis se veían enfrentados al dilema de conciliar el postulado del racismo biológico —en el que Heinrich Himmler creía firmemente, no así algunos de sus ayudantes— con la necesidad de reclutar combatientes para sostener la guerra

en el frente oriental desde mediados de 1943. Esa contradicción se solventó en ocasiones mediante argumentos historicistas. Por ejemplo, presentando a los ucranianos de Galitzia que constituían la base de reclutamiento de la división SS autóctona como «pseudogermánicos», por el hecho de que la región hubiese pertenecido al Imperio austrohúngaro hasta 1918; un parecido razonamiento se aplicaba a los musulmanes bosnios. En otros casos se recurría al más puro pragmatismo[102].

Al principio, caucasianos, turcomanos y otros pueblos no rusos fueron incorporados a divisiones alemanas y situados bajo el mando de oficiales germanos. Sus superiores llegaron a apreciarlos como combatientes, aunque más de uno encontraba una barrera en el color de la piel y la «raza». Según el testimonio de un oficial instructor de legionarios turcomanos, su conducta era disciplinada, pero sus competencias más limitadas que las de los alemanes:

> Son para nosotros una masa silenciosa, impenetrable [...] aunque no se puede decir nada malo de los chicos, lo cierto es que la diferencia de raza le repele a uno. A veces tengo la impresión de que sus transpiraciones huelen a brea y alquitrán[103].

El número de voluntarios de pueblos no rusos ascendía, según algunas estimaciones, a 370.000 soldados en las «legiones del Este» y diversas unidades, a los que se unirían 200.000 miembros de policía y unidades auxiliares[104]. Desde mediados de 1942, buena parte de los combatientes soviéticos no rusos conformaron sus propias unidades; bálticos y ucranianos fueron admitidos en las unidades de las Waffen SS. Surgieron así una división turcomana y dos divisiones ucranianas; además, se reclutó una división entre nacionalistas ucranianos, y alrededor de 150.000 voluntarios —a menudo forzados— estonios, letones y lituanos, muchos de los cuales fueron utilizados en labores auxiliares de

retaguardia y lucha antipartisana. Algunas unidades fueron tan exóticas como los voluntarios hindúes y budistas, o las dos «divisiones de montaña» de musulmanes bosnios constituidas en mayo y junio de 1944 para combatir a los partisanos yugoslavos[105]. También se constituyó en el verano de 1942 una Legión Armenia, que participó con las tropas alemanas en los combates del Cáucaso; y una unidad georgiana. Muchos voluntarios afirmaban compartir el odio al judaísmo y al estalinismo[106].

El grupo étnico que aportó de forma casi unánime más combatientes para la Wehrmacht fueron los cosacos, quienes en la guerra civil rusa habían apoyado de forma mayoritaria al bando blanco, y cuyo objetivo era crear una república independiente. Hubo varios casos de unidades cosacas del Ejército Rojo que se pasaron en bloque a los invasores. Y cuando el Grupo de Ejércitos Sur avanzó a través de la región de Rostov, fue recibido con júbilo por aldeas y pueblos donde los propios cosacos habían expulsado a las autoridades soviéticas y recolectado armas. Los líderes cosacos en el exilio llamaron desde junio de 1941 a sus connacionales a luchar en la «cruzada» anticomunista, responsabilizando a bolcheviques y judíos de «traficar» con sangre rusa. Al principio, los alemanes utilizaron a los cosacos como unidades auxiliares, con el fin de perseguir a los partisanos y aniquilar destacamentos aislados o desorientados del Ejército Rojo; desde mediados de 1942, también fueron desplegados en el frente. En 1943, Hitler autorizó al fin la constitución de una división cosaca, superando sus prejuicios raciales frente a un pueblo considerado inferior. Alrededor de 25.000 cosacos, reclutados entre exiliados, desertores y prisioneros de guerra del Ejército Rojo, combatieron junto a los alemanes en el frente del Este y después en Francia, mientras que unos

200.000 sirvieron como unidades auxiliares[107].

Hubo muchos más ciudadanos soviéticos de otras nacionalidades, rusos incluidos, que acabaron peleando a favor de los alemanes, no tanto por convicción ideológica o por sentimiento nacionalista, sino por instinto de pura supervivencia. Varias decenas de rusos blancos exiliados desde los años veinte entraron con las tropas invasoras como intérpretes, pues abrigaban la vana ilusión de que los alemanes restaurarían un zar en el trono. A finales de 1941 surgió una brigada de asalto SS conformada por fascistas rusos al mando de Bronislav Kaminski e Iván Voskobojnik, para combatir a los partisanos. Les fue encomendada la gestión de un distrito autónomo (Lokot) hasta mediados de 1943, y al retirarse la Wehrmacht hacia el oeste se reconvirtieron en brigada de asalto y después división de granaderos de las Waffen SS, distinguiéndose por su crueldad en la represión del alzamiento de Varsovia en agosto de 1944. Otra unidad SS más, la 30 División de Granaderos, fue formada en agosto de 1944, integrada por alemanes, bielorrusos y algunos polacos y ucranianos que previamente habían luchado en unidades antipartisanas en Bielorrusia occidental.

Por otro lado, decenas de miles de soldados del Ejército Rojo vieron en alistarse como miembros de tropas auxiliares una posibilidad de escapar a una muerte casi segura en los campos de prisioneros, o como trabajadores forzados en el Reich. Algunos de esos voluntarios por supervivencia formaron parte de bandas paramilitares que fueron utilizadas para combatir a los partisanos en Ucrania, lo que hicieron con tanta o más crueldad que los alemanes. De soldados reclutados de los campos de concentración, más mercenarios rusos que habían luchado contra los partisanos, se nutrió el llamado Ejército Nacional Ruso de Liberación,

liderado por el general Andrei Vlasov, antiguo comandante del Ejército Rojo de gran prestigio y muy apreciado por Stalin, capturado en julio de 1942.

Con consentimiento de varios políticos y cargos militares alemanes, aunque mirado con reticencia por el propio Hitler, Vlasov fundó un Comité para la Liberación de los Pueblos de Rusia en diciembre de 1942, favorable a una Rusia independiente y anticomunista, aunque conservando un cierto sentido social, que se alinearía con el Nuevo Orden hitleriano[108]. Empero, la desconfianza de Hitler hacia las tropas de voluntarios rusos y de otros pueblos eslavos impidió que Vlasov pudiese combatir al Ejército Rojo, y a lo largo de dos años el general ruso, que no quería jugar un papel de mero títere del III Reich, sino reconstituir el Estado ruso sin traza de estalinismo, vagó de instancia en instancia de la poliarquía nazi sin que nadie le hiciese demasiado caso. En septiembre de 1944, cuando la situación del III Reich comenzaba a ser desesperada, Vlasov encontró apoyo entre personajes con ínfulas de teóricos nazis, como Gunter d'Alquen, editor del órgano de las SS *Das schwarze Korps* y redactor del *Völkischer Beobachter,* quien le presentó a Himmler. Finalmente, Vlasov recibió el mando de dos divisiones con escasos efectivos. En marzo y abril de 1945 Vlasov y sus hombres se hallaban en Praga, donde optaron por proteger a la población civil de las represalias de una división SS después de que hubiese estallado una revuelta de la resistencia checa, apoyada por buena parte de los habitantes de la ciudad.

Capturados poco después por los soviéticos, muchos de los soldados de Vlasov fueron ejecutados en el acto, mientras que otros se suicidaron antes de caer prisioneros. Quienes siguieron con vida fueron transportados a la URSS, juzgados y condenados a trabajos forzados en Siberia, el Cáucaso o las

regiones árticas. Un porcentaje importante de ellos fue condenado a muerte por traición, como el propio Vlasov, que fue torturado de forma salvaje y ejemplarizante antes de ser ejecutado. Un destino similar esperaba a los miembros de las antiguas legiones orientales al servicio del III Reich, que fueron repatriados a la URSS por los Aliados occidentales en 1945 y 1946[109].

57 La Wehrmacht disponía en aquel momento de dos divisiones en suelo finlandés, ocho en Noruega, una en Dinamarca, 38 en Europa occidental, dos en África del Norte y siete en los Balcanes. Los cómputos acerca de la cuantía total de las tropas invasoras varían según los diferentes autores. Véase el completo cuadro aportado por Glantz (2001: 10).

58 Sobre la participación rumana en la campaña del Este apenas existen estudios monográficos. Cf. las referencias de Balta (2005) y de Gozstony (1976), así como (centrado en los preliminares diplomáticos) Deletant (2017).

59 Reproducida (en alemán) en Pätzold (2016: 155-156).

60 *Vid.* la detallada reconstrucción de Sella (1978).

61 Braithwaite (2006: 82-84).

62 Reese (2005); Hartmann (2013: 108-109). Véase igualmente el testimonio de Bogachev (2017: 121-125).

63 Cf. Glantz (2005: 446-448); Overy (1998: 27-33), Reese (2000: 85-90) y Merridale (2005: 60-63).

64 Para varios testimonios epistolares de soldados alemanes, véase Latzel (1998: 210-211).

65 Reese (2011: 15-31).

66 Braithwaite (2006: 109).

67 Petrov y Beyda (2017: 84). Yacov Stalin falleció en el campo de Sachsenhausen en 1943. Su padre rehusó canjearlo en varias ocasiones, y al principio estaba convencido de que Yacov se había rendido, a instancias de su mujer judía. No obstante, lo cierto es que Yacov se negó a colaborar en tareas de propaganda antisoviética con los alemanes, por lo que fue devuelto al campo de prisioneros.

68 Berkhoff (2004: 114-122). Los planes de Rosenberg en sus notas del 6.6.1941 y su reunión con Hitler, Göring, Keitel, Bormann y Lammers del 20.7.1941, en Matthäus y Bajohr (2015: 389-400), así como en Petrov y Beyda (2017: 372-373).

69 Algunos autores han interpretado la batalla de Kiev como el momento crucial de la primera fase de la guerra germano-soviética (Stahel, 2012).

70 Cf. Ueberschär (1984b); Glantz y House (1995: 62-74).

71 Braithwaite (2006: 192-194).

72 Discurso reproducido en Pätzold (2016: 205-208). Véase también Schlögel (2018: 527-529).

73 Braithwaite (2006: 439-445).

74 Overy (1998: 120-122).

75 Gosztony (1976: 102-136); Cataruzza, Dyroff y Langewiesche (2012).

76 Schlemmer (2009); Giusti (2016); Stone (2012).

77 Kliment y Nakladal (1997: 65-89); Rychlik (2017). Una parte de las tropas eslovacas se distinguió por su comportamiento benigno hacia la población civil y los partisanos. En octubre de 1943, la División de protección de retaguardia eslovaca fue destinada al Norte de Italia, donde muchos de sus miembros se pasaron a los partisanos transalpinos. Por su parte, la División eslovaca fue estacionada en Hungría, desarmada y destinada a trabajos de fortificación y defensa.

78 Cf. en general Gosztony (1976). Para los croatas, Förster (1980: 20-22).

79 Cf. Ungváry (2005b) y Romsics (2017).

80 Datos en Glantz (2001: 9).

81 Wette (1984).

82 *Völkischer Beobachter,* 28.6.1941.

83 Cf. García Pérez (1990); Bruneteau (2003); Grunert (2012).

84 El origen de las Waffen SS se sitúa en las llamadas *Verfügungstruppen* o «tropas especiales» de las SS. Las *Schutzstaffel* eran la guardia de seguridad en su origen del partido nazi comandada por Himmler desde 1929, y que tras eliminar como competidoras a las milicias nazis de las SA *(Sturmabteilungen)* en 1934 habían extendido sus tentáculos por buena parte del aparato del partido y del Estado nazi. En 1938 las «tropas especiales» de las SS fueron constituidas como unidades motorizadas de infantería, y habían participado en las primeras batallas de 1939 y 1940. Su buena conducta en el frente hizo que en marzo de 1940 se aprobase su nuevo estatus como «SS armadas» *(Waffen SS),* integradas operativamente en la Wehrmacht, pero administradas independientemente. El número de sus efectivos y su autonomía creció desde entonces de modo ininterrumpido, de acuerdo con el deseo de Himmler de constituir a las Waffen SS en el auténtico ejército «revolucionario» del imperio continental alemán, y asentarlas como un poder paralelo a la Wehrmacht. Cf. Stein (1966); Wegner (1999: 112-129); Rohrkamp (2011); Leleu (2007: 262-272) y Schulte, Lieb yWegner (2014).

85 *Niederschrift über die Sitzung im Auswärtigen Amt vom 30. Juni 1941 über die Freiwilligen-Meldung in fremden Ländern für den Kampf gegen die Sowjetunion,* memorándum distribuido el 4.7.1941, en PAAA, Caja 708, Geheimakten, 504/4; *Richtlinien für den Einsatz ausländischer Freiwilliger im Kampf gegen die Sowjetunion,* 6.7.1941 (BA-MA, RW 19/686).

86 Cf. Kluke (1955), así como Salewski (1985), Förster (1980) y Grunert (2012).

87 Véase, por ejemplo, los folletos *La Croisade de l'Europe contre le bolchévisme,* s. ed., s. l., s. f. [1942], y *Toute l'Europe contre le Bolchévisme. 2ème anniversaire 22 Juin 1941-22 Juin 1943,* Éditions C.E.A., s. l., s. f. [1943], 25-31.

88 Wegner (1999: 311).

89 Estes (2003) propone unas cifras de 6.500 noruegos, 7.000 daneses, 27.000 holandeses, 10.000 flamencos, 5.000 valones, 10.000 franceses y 36.400 españoles. El número de estos últimos está subestimado, y faltan los contingentes menores de italianos, suizos y finlandeses. Es por ello que el número total podría bordear la cifra que hemos sugerido.

90 Instrucción del OKW, 14.11.1941 (BA-MA, RH 19 III/493). Sobre el juicio de la capacidad combativa de las tropas extranjeras, véase, por ejemplo, la negativa mención del valor combativo de los holandeses en *Diario de guerra* del 38.º Cuerpo de Ejército, entrada del 19.2.1942, BA-MA RH 24-38 /51. Las quejas de los mandos militares alemanes sobre la capacidad combativa como colectivo de los voluntarios españoles fueron igualmente muy numerosas desde el mismo momento de su entrada en combate en octubre de 1941.

91 Cf. Förster (1980); Müller (2007); Estes (2003); Schulte, Lieb y Wegner (2014); Böhler y Gerwarth (2016); Alegre (2017). Para unidades concretas, los estudios existentes muestran un elenco historiográfico desigual. Cf., sin ser exhaustivos, Antoniou *et al.* (2016) para Europa meridional y occidental; Moreno Juliá (2004) y Núñez Seixas (2016) para los españoles; Bruyne (1991) y Bruyne y Rikmenspoel (2004) para los valones; Giolitto (1999), Carrard (2010), Bene (2013) y Schöttler (2014) para los franceses; Pierik (2001) para los holandeses; Werther (2004) y Christensen, Poulsen y Smith (2014) para los daneses; De Figueiredo (2001) y Sorlie (2014) para los noruegos; De Wever (1985, 1991) y Seberechts (2002) para los flamencos; Stein y Krosby (1966) para los finlandeses; Guerra (2012) para los italianos; Zaugg (2016) para los albaneses, y Motadel (2014) para otros pueblos musulmanes. La literatura descriptivo-apologética sobre las unidades de las SS y Waffen SS a cargo de escribientes diversos es ingente, pero inane en términos historiográficos.

92 Neulen (1999: 148-149); Luytens (2010); Milata (2009: 174-214).

93 La exacta dimensión de esos planes, a la luz de la documentación disponible, solo se puede intuir: cf. Wegner (1999: 310-316). Teóricos y organizadores de las Waffen SS, como Gottlob Berger, manifestaban en ese aspecto una ambición más paneuropea que el propio Himmler.

94 Buena muestra de ello son los numerosos materiales propagandísticos elaborados a partir de 1944 por las compañías de propaganda dependientes del Alto Mando de la Wehrmacht: carteles y folletos en varios idiomas, mitificación de unidades extranjeras de las Waffen SS, etcétera (véanse ejemplos en BA-MA, RW 4 / 801 *Propaganda-Kompanien bei Freiw. Einheiten 1944*). Igualmente, la colección de cartas de voluntarios germánicos de las SS: SS-Hauptamt (1943).

95 Véase el folleto *La SS t'appelle!,* s.l.: s. ed., s. f. [1943].

96 Cf. Neulen (1992) y Seidler (2004). Igualmente, Hurd y Werther (2016).

97 Estos grupos a menudo incurren en flagrantes contradicciones, cantando las virtudes de los invasores de sus respectivos países, aunque justificando tal posición con el argumento de que los comunistas no serían connacionales, sino judíos al servicio de una tiranía apátrida. Cf. Thimme (2007: 210-231).

98 En diciembre de 1943, solo el 23 por ciento (4.902 hombres) de los integrantes del III Cuerpo Germánico de las SS no eran alemanes, junto a un 44 por ciento de «alemanes étnicos» y un 30 por ciento de alemanes. Cf. Estes (2003).

99 Cf. varias referencias a los voluntarios franceses, nórdicos y letones de las Waffen SS que participaron en la defensa del barrio gubernamental de Berlín en abril de 1945, en Beevor (2002: 279-280, 383-384), así como el relato apologético de Mabire (1975). También hubo entre ellos un puñado de españoles, aunque las evidencias sean escasas. Cf. el relato, no exento de fantasía, de Ezquerra (1947).

100 Véase Motadel (2013; 2014: 133-177); los diversos memorándums de Oberländer están reproducidos en Oberländer (1987).

101 Cf. Merridale (2005: 123-24); Müller (2007: 232-235); Motadel (2014: 222-247).

102 Littman (2003: 59-62).

103 Citado por Latzel (1998: 153-154).

104 Pohl (2008: 177-178).

105 Motadel (2014: 228-229); Zaugg (2016); Petke (2014); Bougarel, Korb, Petke y Zaugg (2016).

106 Cf. las biografías «Armenier im Kampf», «Georgier am Feind» y «Ein Kosak erzählt» (BA-MA, RW 4/801). Para la propaganda dirigida a pueblos musulmanes, véase Motadel (2014: 283-313).

107 Cf. Newland (1991: 122-137); Edele (2017a); Kott, Bubnys y Kraft (2016); Mlynarczyk, Rein, Bolianovskyi y Romanko (2016); Petrov y Beyda (2017: 404-411). Las cifras de voluntarios soviéticos que sirvieron en el Ejército alemán están sujetas a un alto grado de incertidumbre.

108 Andreyev (1987: 206-215); Beyda (2016); Pohl (2008: 173-181); Rein (2007); Petrov y Beyda (2017).

109 Cf. Merridale (2005: 304-305).

CAPÍTULO 3

UNA GUERRA DIFERENTE: EMBRUTECIMIENTO, EXPLOTACIÓN Y EXTERMINIO

> El cambio de mentalidad que hemos sufrido todos [...] nos marcará. Mejor dicho, estamos ya marcados. La concepción poética y viril de un drama heroico se ha desgarrado. Los sueños juveniles se rompieron en la hora de la crueldad, sobre todo de la crueldad inútil. [...] Un poso amargo e intensamente lírico rodea nuestro entorno [...] se mata y se muere porque sí. Es un instinto oculto en el hombre que luego queremos adornar con bellas palabras. Lo importante de la guerra es que nos revela la última razón del hombre. La guerra es la madre de todas las cosas. [...] Las religiones, la moral, las ternuras civiles y familiares, desaparecen de un plumazo.
>
> JOSÉ M.ª SÁNCHEZ DIANA,
> *Diario de un soldado de Hitler* (1993)

Como hemos expuesto, tanto Hitler como sus generales habían planeado que la guerra en el Este no sería una guerra al uso, como la librada en Europa occidental y nórdica o en el Norte de África. Se trataba de una lucha a muerte entre cosmovisiones opuestas, en la que no habría piedad para el adversario, y en la que el exterminio de un alto porcentaje de la población civil y de las tropas enemigas estaba previsto. Sin embargo, la feroz resistencia del Ejército Rojo provocó una ralentización inesperada del avance alemán a través del territorio soviético. Esa disminución de la rapidez de progresión del ejército invasor se sumó a un creciente número de bajas, muy superior al considerado asumible por la Wehrmacht. El *Ostheer* avanzaba a sangre y fuego, pero desangrándose y comprometiendo tanto sus reservas como la condición física y la moral de combate de sus soldados, que se vería afectada a partir de finales de octubre de 1941 por la irrupción de uno de los inviernos más fríos del siglo, y desde la primavera siguiente por los efectos del deshielo, el barro y, más adelante, los mosquitos.

La guerra de posiciones que siguió a la batalla de Moscú, y que ya se delineaba de forma nítida en octubre de 1941, no hizo sino transformar las condiciones de combate en el frente de manera drástica. Lo que parecía ser una reedición ampliada de la guerra relámpago se transformó en una vuelta a los peores escenarios de la I Guerra Mundial. Además, el control del territorio ocupado se convirtió en un quebradero de cabeza para el Ejército alemán. Una pesadilla, pero al mismo tiempo un campo de experimentación y aplicación de los objetivos de guerra de exterminio. De la explotación de las tierras soviéticas el III Reich obtenía alimentos y, sobre todo, fuerza de trabajo en condiciones de semiesclavitud. En la retaguardia, el hambre coexistió con la falta de atención a las necesidades básicas de la población civil, con la persecución y exterminio de la población judía y de los militantes comunistas, y con una encarnizada lucha contra los partisanos que se convirtió, en la práctica, en una guerra paralela que tenía lugar lejos de los frentes. En ella, la mayoría de las víctimas, objeto de las represalias de la Wehrmacht y de las presiones de los propios guerrilleros, fueron otra vez civiles. El trato a los prisioneros fue, igualmente, una de las facetas más descarnadas de la guerra de exterminio. Y en medio de todo ello, la población civil soviética se veía forzada a buscar vías de supervivencia.

3.1. El embrutecimiento de las condiciones de combate

El avance alemán a lo largo del verano y otoño de 1941 solo se pudo realizar a costa de enormes pérdidas de material y de vidas humanas. Divisiones enteras vieron mermados sus efectivos en más de un 50 por ciento tras las primeras semanas de lucha. Era algo muy doloroso para los mandos

del Ejército alemán, en el que la vida del soldado era un valor muy apreciado, en parte por su relativa escasez, dado que la fuente demográfica de reclutamiento era más reducida que la soviética.

Se ha señalado que la eficacia bélica de la Wehrmacht es uno de los axiomas militares e historiográficos más firmes y que más capacidad de resistencia han demostrado tras 1945. Existe una suerte de «mito de la Wehrmacht invencible» que consiste en presentarla como un prodigio de técnica y organización, y como una máquina perfecta cuyo engranaje se mantuvo hasta el final. Si cayó, fue por la ineptitud de Hitler y por la magnitud de sus enemigos. Pero mientras combatió, encadenó una serie de *victorias perdidas*[110]. Esa imagen fue retroalimentada por las memorias de los propios generales alemanes supervivientes tras 1945, así como por los relatos autobiográficos de los combatientes de a pie, y asimismo por una parte de sus antiguos enemigos, sobre todo el Ejército norteamericano, que veían en las enseñanzas que los generales prisioneros de la Wehrmacht les pudiesen transmitir acerca de su experiencia en Rusia una información de alto valor estratégico. La formación del mito, como ya hemos visto, fue paralela al surgimiento de la imagen de la «Wehrmacht sin mácula», que pretendía exonerar al ejército regular de toda responsabilidad en las acciones criminales que vulneraban los principios de la Convención de Ginebra. Mientras que el ejército regular habría sido un ejemplo de profesionalidad y eficacia, solo derrotado por la inmensidad del territorio, las adversidades físicas y un enemigo muy superior en medios y efectivos, las unidades politizadas y fanatizadas de las SS, de la Gestapo y del SD serían las *únicas* responsables de la guerra de exterminio.

Sin embargo, ni la Wehrmacht era un ejército tan

perfecto, en comparación con buena parte de sus enemigos, ni sus manos estaban tan limpias. Al desencadenar la Operación Barbarroja, el III Reich no podía competir con sus enemigos en lo relativo a las cifras de producción bélica. Y la imagen brillante de sus divisiones motorizadas ocultaba que 77 divisiones de infantería, lo que suponía la mitad de sus fuerzas desplegadas en territorio soviético en junio de 1941, solo contaban con carros de caballos para mover su equipamiento, y los soldados tenían que trasladarse a pie durante buena parte de sus recorridos. Con todo, hasta 1941 la Wehrmacht había demostrado ser prácticamente invencible por tierra. Su alto rendimiento en combate radicaba en la táctica de la *guerra relámpago:* la concentración en un *puño de hierro* de una gran cantidad de fuerzas acorazadas con apoyo artillero y aéreo, que penetraban en las líneas enemigas y las superaban dejándolas acorraladas a la espalda del avance, sirviendo de eficaz apoyo a una infantería bien dotada y entrenada tras un amplio período de adiestramiento. El hecho de que los Grupos de Ejército Norte y Sur no alcanzasen sus objetivos en las primeras semanas con la celeridad planeada obligó a que las unidades blindadas, agrupadas en el sector centro para asestar el golpe definitivo contra Moscú, distrayesen efectivos hacia los flancos del frente. Y la inmensidad de la retaguardia a cubrir provocó una drástica disminución de la rapidez y efectividad de los servicios de aprovisionamiento, agravada por los efectos de la política soviética de tierra quemada[111].

El fracaso de la guerra relámpago no solo tuvo consecuencias en el plano estratégico. También afectó a la moral y la motivación de los soldados. La infantería se vio desprovista del apoyo tecnológico de que había disfrutado en las campañas de 1940, y fue obligada además a duros

combates cuerpo a tierra, a cavar trincheras y a tomar posiciones al asalto sin suficiente respaldo artillero y blindado. Por ello, las bajas aumentaron de forma notable, al igual que la fatiga de las tropas de a pie. Empero, ahí entraba en juego la capacidad de sufrimiento y de adaptación del soldado de infantería tudesco, que le permitió resistir más de lo planeado.

El Ejército alemán se basaba en una intensa preparación y adoctrinamiento de sus soldados, suboficiales y oficiales. El período de instrucción de los *Landser* podía durar varios meses y se caracterizaba por su inusual dureza, pero acostumbraba a ser recordado por los propios combatientes como un aprendizaje fundamental que salvaba vidas en combate: la consigna básica de los instructores era que «el sudor ahorra sangre»[112]. Asimismo, un componente fundamental de la eficiencia combativa del Ejército alemán, que continuaba la tradición del Ejército Imperial de 1871-1918, consistía en la articulación de las divisiones, regimientos y compañías a partir de círculos o «grupos primarios» de sociabilidad; es decir, con soldados procedentes de las mismas áreas geográficas de reclutamiento (los distritos militares o *Wehrkreise*), quienes a menudo eran conocidos del mismo lugar y hasta amigos. Las divisiones de la Wehrmacht eran bastante homogéneas desde el punto de vista regional, y en su seno se recreaba un entorno de recuerdos y referencias próximo al recluta: los soldados, y a veces sus periódicos de trinchera, hablaban un mismo dialecto, procedían de unos mismos ambientes de socialización y compartían vínculos que favorecían la camaradería. La Wehrmacht como institución cultivaba esos sentimientos, apelando, por ejemplo, a los soldados de cada división con ocasión de condecoraciones o menciones honoríficas por su gentilicio regional. Y los refuerzos

también eran reclutados en su mayoría en los mismos distritos de origen[113]. Esa circunstancia constituye una de las razones fundamentales por las que los soldados mueren y arriesgan su vida en la guerra: la lealtad al pelotón o grupo reducido de camaradas con que se comparte posición, fatigas, angustias y alegrías, además de una experiencia iniciática difícil de verbalizar fuera del colectivo, como es la práctica de la violencia y la muerte. En su seno era posible encontrar sentido a conductas extraordinarias, como la administración y la rutina del acto de matar, el *espacio de violencia* específico generado en el frente oriental. Según algunos psicólogos sociales que realizaron un extenso trabajo de campo con prisioneros alemanes, habría constituido una de las razones de la enconada resistencia de la Wehrmacht hasta el final. La fortaleza de los «grupos primarios» se complementaría de modo eficaz con avanzada tecnología y estrategia militar, y con el adoctrinamiento nacionalsocialista[114].

La «comunidad del frente» o de combate servía de fundamento a una recreación de la comunidad nacional *(Volksgemeinschaft).* Esta imagen era robustecida mediante otras peculiaridades organizativas del Ejército alemán, como era el alto valor otorgado a la labor de los suboficiales y de los oficiales de rango inferior, tenientes y capitanes, quienes velarían, dentro del respeto a la disciplina, como auténticos padres por el bienestar de sus soldados, a los que era tradicional que llamasen *Kinder* (hijos). E, igualmente, el difuso igualitarismo social que impregnaba la imagen de la Wehrmacht como un ejército *nacionalsocialista*. Los oficiales rara vez disponían de asistentes, comían el mismo rancho que sus soldados, convivían con la tropa, y disfrutaban de una respetable autonomía de decisión en el combate. Su compenetración con los suboficiales era considerada por los

estrategas como una clave necesaria para la buena conducción de la guerra sobre el terreno. Al mismo tiempo, el régimen nazi se había esforzado por abrir el acceso al cuerpo de oficiales a todos aquellos que tuviesen talento y dotes de mando, independientemente de su origen burgués o proletario, y por tanto en convertir al ejército en un auténtico vehículo de ascenso social. Muchos combatientes y oficiales veían así reflejados en su pelotón o en su trinchera el ideal de la *Volksgemeinschaft*[115].

La cohesión, real o imaginada, de los grupos primarios iniciales apenas sobrevivió unas semanas tras el comienzo de la Operación Barbarroja. Tras un mes de combates, el *Ostheer* había perdido más hombres que en todas las batallas del frente occidental hasta aquel momento, y todavía estaba lejos de sus objetivos prefijados. En septiembre de 1941, las 142 divisiones que combatían en el frente del Este habían visto disminuir su potencia de fuego a la mitad, tanto en hombres como en material. Y a la altura de noviembre la mayor parte de las divisiones de infantería habían visto caer muertos o heridos a la mitad de sus efectivos. Ya en ese momento, el OKW admitía que no disponía de más reservas: los llamados «batallones de reemplazo de campaña» habían sido agotados en agosto, y los nuevos soldados movilizados que procedían del *Ersatzheer* (ejército de reserva) habían sido enviados al frente a pie, ante la prioridad otorgada al armamento pesado y las provisiones en el transporte por tren. A esas alturas ya no era siempre posible respetar el principio de los «grupos primarios». Durante los seis primeros meses de campaña, el *Ostheer* sufrió 750.000 bajas, que aumentaron a más de un millón (1.073.066), el tercio de sus efectivos totales, en marzo de 1942. De ellas, el 25,7 por ciento (276.550 hombres) consistía en muertos o desaparecidos en combate, porcentaje que en varias

unidades ascendía de modo exponencial. En comparación, las bajas del Ejército alemán en otros escenarios eran irrisorias: el frente oriental se cobraba el 99 por ciento de las muertes totales de la Wehrmacht en ese momento[116].

El porcentaje de bajas era especialmente alto entre los oficiales (3,8 por ciento de los muertos en marzo de 1942, y 2,9 por ciento de los heridos), así como entre algunas divisiones que se habían visto involucradas en fieros combates ofensivos y defensivos. La División 253ª, que había aguantado la contraofensiva soviética de diciembre de 1941 en el sector central del frente ruso después de llegar casi exhausta a ese mes, contaba a comienzos del año siguiente con unos efectivos inferiores en un 40-45 por ciento a los que tenía en junio de 1941, si bien el número de muertos y desaparecidos —parte de los cuales acababan siempre por reintegrarse a sus unidades— se situaba alrededor del 25 por ciento. Aun así, la insuficiencia de los relevos provocó que a partir de abril de 1942 la capacidad de combate de la División 253.ª siempre fuese inferior al 55 por ciento de su potencial inicial. Igualmente, la edad media de sus integrantes aumentó de manera ostensible, por efecto de la disminución del porcentaje de soldados entre los 20 y 30 años[117]. Del mismo modo, a finales de agosto la potencia de combate de las Divisiones 30.ª y 126.ª ya se situaba en un 40 por ciento, mientras que las bajas en infantería solo podían ser cubiertas por soldados de refresco en un 50 por ciento. Los sucesivos reemplazos adolecían cada vez más de falta de entrenamiento adecuado y de experiencia en las condiciones de combate del frente oriental. Y eran cada vez más viejos. El cabo treintañero Alois Scheuer, movilizado en agosto, describía de modo irónico en marzo de 1942 la llegada de nuevos refuerzos desde Alemania: «todos son gente mayor, por encima de los 40 años, ¡con los que hay que ganar la

guerra!»[118]. Ya el 3 de octubre de 1941 el general Lindemann, jefe del 18.º Ejército desplegado ante Leningrado, se quejaba de que la mayoría de los combatientes recién incorporados fuesen soldados de artillería y no de infantería, carentes de entrenamiento adecuado, que se dejaban amedrentar por los masivos ataques de los soldados soviéticos al grito de *¡Hurra!*[119]. A finales de diciembre de aquel año, de las trece divisiones que integraban el 16.º Ejército alemán desplegado en el sector Norte, solo cuatro estaban en condiciones de lanzarse a la ofensiva; el resto eran apenas aptas para desempeñar tareas defensivas[120].

Los continuos combates llevaron al agotamiento masivo de los soldados alemanes, ya patente dos meses después del inicio de la campaña de Rusia. Incluso los regimientos movilizados después de que comenzase la invasión, compuestos por hombres casados que andaban en la treintena, se hallaban en diciembre al límite de sus fuerzas. Así lo narraba desde el frente el cabo Scheuer. Su unidad, que entró en combate en agosto de 1941, estaba el día 25 de ese mes tan diezmada que «ya no podemos ser desplegados en combate». A finales de diciembre la situación era aún peor:

> Llevamos ya más de seis semanas en primera línea ante el enemigo; vivimos en agujeros en la tierra, llamados búnkers, donde falta todo lo imprescindible. Desde el 2 de agosto estamos en combate, con solo algunos días de interrupción. La compañía, tal y como fue formada en [el campo de instrucción de] Bammental, ya casi no existe, hemos sufrido cerca de un 90 por ciento de bajas, contando los muertos, heridos y desaparecidos. Soy uno de los pocos que sigue estando en pie, de los antiguos camaradas ya no queda nadie más. Becker R. está en el hospital, tiene los pies congelados. El frío es lo más terrible que hemos tenido que aguantar hasta ahora[121].

El agotamiento era todavía mayor en los caballos, lo que creaba un círculo vicioso: buena parte de los suministros se transportaban a lomos de equinos, y cuantos menos había, más se sobrecargaban los restantes. El resultado era que los avituallamientos empezaron a llegar a la tropa con retraso y en mal estado; la situación empeoraba a medida que el

Ostheer avanzaba hacia el este y se alejaba de las cabeceras de ferrocarril.

La falta de higiene entre los *Landser* creaba un estado de dejadez en el aseo y cuidados médicos primarios que alarmaba, a su vez, a los médicos militares. Los soldados, infestados de piojos y con sueño muy irregular, padecían de agotamiento general, enfermedades respiratorias y un serio déficit inmunológico. El informe que elevó a sus superiores el jefe médico del 10.º Cuerpo de Ejército después de visitar un regimiento de la 30.ª División de Infantería a finales de octubre de 1941 era bien elocuente. En las trincheras, el agua era una realidad omnipresente. La tropa, con las piernas y las botas siempre mojadas, dormía además en camastros húmedos por efecto de las filtraciones. Ni los soldados se aseaban ni lavaban sus uniformes, pues las instalaciones diseñadas *ad hoc* solo podían acoger a seis hombres por batallón y día. Los dientes nunca eran objeto de limpieza, con lo que el médico veía por doquier bocas llenas de caries. Los piojos hacían proliferar los eczemas en la piel, y la profusión de pústulas de pus al rascarse. La tropa dormía poco y mal por causa del picor, lo que generaba una crónica falta de sueño y nerviosismo. Los cuatro meses ininterrumpidos de lucha no solo habían dejado 7.750 bajas en una división de 15.000 hombres, sino un estado general cercano al agotamiento: los hombres estaban flacos, sus caras enjutas y amarillentas, sus defensas inmunológicas muy bajas frente a gripes y resfriados, catarros intestinales, sabañones y un largo etcétera. Pero aún peor era el frío, ante la falta de equipamientos adecuados. El médico, veterano que había vivido la guerra de trincheras en Flandes años atrás, afirmaba haberse encontrado un panorama que superaba todo lo imaginable hasta entonces[122]. No muy diferente era la situación que describía el comandante

médico del II Cuerpo de Ejército a mediados de noviembre de 1941: la tropa sufría en alta proporción de gripe, anginas, afecciones reumáticas, infecciones renales y gástricas y diarreas, que debilitaban la capacidad de combate. Todos tenían la piel llena de eczemas, y solo de forma limitada y escalonada podían los combatientes utilizar las instalaciones de despiojamiento de la retaguardia[123].

La situación no había mejorado cuatro meses después. En marzo de 1942, el médico jefe del 16.º Ejército en el frente de Leningrado señalaba que, además del elevadísimo número de muertos y heridos, había que añadir las bajas por congelación, que acababan en muchos casos con amputación de dedos o extremidades, así como las enfermedades de diverso signo. Entre el 22 de diciembre de 1941 y el 20 de marzo de 1942, el conjunto del 16.º Ejército había sufrido más bajas por enfermedad que heridos en acciones de guerra; y el número de muertos y desaparecidos casi triplicaba al de heridos. Los soldados eran presa del agotamiento y presentaban una acusada debilidad general, además de palidez y complicaciones respiratorias[124]. Algo semejante seguía notando la enfermera Brigitte Peukert, destinada en un hospital de campaña del frente centro, en octubre de 1942: los soldados llegaban, además de heridos, exhaustos, sucios y llenos de piojos[125].

El segundo gran enemigo del *Ostheer* era el clima. Como consecuencia del retraso en su avance, un duro y precoz invierno se cebó con las tropas invasoras. La Wehrmacht no había previsto en cantidad y calidad suficiente un equipamiento específico de sus tropas para una guerra de posiciones librada en condiciones de intenso frío y nieve. Los combatientes sufrieron rigurosas temperaturas, inferiores en algunos días a 30 grados bajo cero, mal pertrechados y abrigados. El *Ostheer* carecía de suficientes

pasamontañas, guantes, abrigos de piel y sobre todo de botas de fieltro —las únicas efectivas para el frío— para equipar a todos sus soldados; los suministros llegaban a destiempo, y en todo el frente se registraron hasta la Navidad 133.000 casos de congelaciones de diversos grados, que provocaban amputaciones parciales de extremidades y dedos. La Wehrmacht requisó toda la ropa de abrigo que pudo de la población civil y de los depósitos soviéticos. Con todo, a finales de 1941 solo había podido recolectar 26.000 pares de guantes, 152.000 jerséis y cuatro millones de piezas de telas de lino. En algunas divisiones, el número de soldados con lesiones por congelación parcial superaba el 5 por ciento de sus efectivos, y el porcentaje de afectados por enfermedades respiratorias subía al 3,5 por ciento. Los soldados, además, tenían que permanecer en infectas trincheras con paredes de troncos que eran calentadas por estufas de campaña. Y el reflejo de la nieve les causaba también problemas oculares. Las armas se resentían en su funcionamiento por las bajas temperaturas, atascándose y provocando inseguridad en los soldados. A todo lo anterior se sumaban los problemas en la distribución de comida y avituallamientos, por las dificultades que el frío, la nieve y el hielo planteaban a la red de transportes. A menudo, el rancho llegaba congelado a las trincheras, y las botellas de agua mineral o de licores se rompían al helarse su contenido. El aceite de los motores se congelaba, lo que afectaba a camiones y tanques; y la nieve entorpecía los desplazamientos motorizados[126]. El soldado Ferdinand Melzner resumía en noviembre de 1941: «Veinte grados bajo cero, viento siberiano del Este, motores congelados, uñas y dedos de los pies vendados, narices azules. Todo esto se llama campaña de Rusia»[127]-[128].

La nieve, el frío y el viento helado solo eran una parte de los problemas. Al acabar el verano, y de nuevo cuando pasó

el invierno, llegaba la época de las lluvias, bien por el comienzo del otoño, bien por el deshielo de primavera, que daba lugar a la llamada *rasputitsa* (literalmente, «tiempo sin caminos»). Esta última planteaba sobre todo dos inconvenientes. El barro rendía impracticables los caminos y vías por donde circulaban avituallamientos, blindados, camiones y tropas, impidiendo la circulación tanto de vehículos como de animales y hombres —a diferencia de la nieve, que permite el tráfico de carros tirados por caballos y de trineos—. Y el agua inundaba las trincheras y posiciones bajo tierra, obligando a los soldados a pasar días enteros con parte de su cuerpo en remojo, así como a no poder cambiar la ropa húmeda ni siquiera cuando dormían en refugios subterráneos siempre inundados[129]. Comarcas enteras se convertían en suelos semipantanosos donde moverse era dificultoso, y abundaban las infecciones y accidentes[130]. Pero ahí no acababan los problemas para el *Landser*. Cuando el deshielo pasó, llegó el calor del verano, y con él persistentes nubes de mosquitos. Para los soldados alemanes y sus aliados, combatir las penalidades del clima y los inconvenientes naturales de la guerra en *Rusia* significaba, a menudo, una fuente de preocupación mayor que el fuego enemigo.

Se trataba de inconvenientes logísticos que afectaban por igual a los dos bandos. Pero los soldados soviéticos estaban más habituados al clima, y mejor equipados para el frío desde las experiencias de la guerra contra Finlandia. A pesar de sufrir un alto número de congelaciones por llevar todo el día calzado mojado, parecían resistir mejor las penalidades del frente, sobrevivir con raciones poco abundantes y conformarse con seguir viviendo, a despecho de la brutalidad con que eran tratados por sus oficiales, los comisarios políticos y el NKVD[131]. Como anotaba el Diario

de Guerra del 38.º Cuerpo de Ejército alemán en febrero de 1942, para los combatientes tudescos resultaba penoso comprobar que, pese a los estereotipos que los presentaban como seres de naturaleza inferior, los soldados del Ejército Rojo aparentaban ser «significativamente menos vulnerables [frente a las congelaciones y al frío] que nuestros soldados»[132].

La aparente capacidad de resistencia del *Iván* contribuía a desmoralizar aún más al combatiente alemán. En diciembre de 1941, el mando del 39.º Cuerpo de Ejército que participaba en los combates de Tichvin, en el frente de Leningrado, informaba de que la situación de sus tropas era crítica por el frío y las elevadas bajas, pero que lo que más temía era la apatía que se apoderaba de algunos mandos, los casos de pánico en combate y el nerviosismo reinante entre la tropa[133]. La censura postal del *Ostheer* comenzó a detectar en febrero de 1942 que los soldados se quejaban en sus epístolas no ya de la dureza del combate, sino sobre todo de las condiciones en que luchaban, de las que en buena parte responsabilizaban a sus propios mandos. Así, el departamento de adoctrinamiento y propaganda del 38.º Cuerpo de Ejército había interceptado varias cartas en las que los soldados se lamentaban de la escasa comida; en una de ellas, un *Landser* confesaba estar harto de pasar de pie cinco horas cada noche a bajísimas temperaturas. Pero los fallos de logística propia eran los que peor se aguantaban:

> Acerca de cómo estoy, no necesito escribirte nada. Ante nosotros, a nuestro costado, detrás de nosotros, hay rusos. Ni un solo día de calma durante siete meses y medio, ninguna carta y ningún día en el que la comida le dejase a uno medianamente harto […]. Cada día recibimos tres rebanadas de pan, un poco de mantequilla, otro poquito de salchicha y una cucharada de sopa, que es poco más que aguachirle.

Otras cartas afirmaban que los soviéticos recibían más comida y estaban mejor equipados para el frío. Un soldado confesaba que en su posición empezaba a cundir el pesimismo: todos sus camaradas estaban convencidos de que

no habría nada más para satisfacer su permanente apetito, y pensaban que «nos va a pasar como a Napoleón en 1813». Pero lo peor eran las congelaciones: «a los camaradas se les pudren los dedos de los pies y de las manos hasta que se caen». Su conclusión era tajante: «Si [los mandos] no tienen nada más [que ofrecernos], deberían acabar con la guerra ya»[134].

Un análisis comparativo de las epístolas de soldados alemanes de la campaña del Este muestra el claro bajón de moral que sufrió la tropa a partir de octubre de 1941. De un sentimiento de superioridad exultante y de una autopercepción de ejército invencible, y de las prisas por estar entre quienes desfilarían ante un Kremlin coronado por la esvástica, se pasó en seis meses al constante hartazgo por la guerra, a la desilusión de tener que pasar la primera Navidad en el frente, y a la perplejidad por la resistencia como «perros rabiosos» de los soldados soviéticos, que muchos *Landser* juzgaron como una mezcla de barbarie diabólica y atraso fanático[135].

Fueron pocos los «grupos primarios» de la Wehrmacht que sobrevivieron incólumes después del primer semestre de guerra. Las bajas alcanzaron proporciones nunca vistas por el Ejército alemán en otros frentes. En total, unos diez millones de soldados tudescos pasaron por el *Ostheer,* en porcentajes que variaron desde el 87 por ciento de todos los efectivos del Ejército de Tierra *(Heer)* en 1941 al 64 por ciento en 1943, una vez que se había abierto un segundo frente en Italia. De ellos murieron o desaparecieron 2,7 millones de combatientes, el 27 por ciento en total; casi la mitad cayó en los doce meses finales de la guerra, en particular tras el verano de 1944 y los combates de los últimos meses del conflicto. Esos 2,7 millones suponían más de la mitad de *todos* los muertos alemanes en combate (4,7

millones contando *solo* los habitantes de las fronteras del III Reich en septiembre de 1939), incluso si se añade a esa cifra el medio millón de víctimas civiles de los bombardeos sobre suelo del III Reich entre 1941 y 1945[136].

Entre noviembre de 1942 y octubre de 1943 el Ejército del Este sufrió millón y medio de bajas, de ellas 700.000 muertos, de modo que en diciembre de 1943 su número de efectivos disponibles se había reducido a dos millones y en noviembre de 1944 a 1,8 millones. El *Ostheer* perdía 2.000 hombres por día, cifra que multiplicaba por cinco la tasa de mortandad diaria del Ejército alemán en batallas como Verdun durante la I Guerra Mundial. La Wehrmacht exprimió todas las reservas disponibles: para 1944 había movilizado ya las cohortes de población mayores de 16 años, y había aceptado el alistamiento de unos 320.000 ciudadanos soviéticos en calidad de soldados auxiliares o *Hiwis.* A ellos se sumaban otros 150.000 soldados pertenecientes a nacionalidades no rusas. Entre junio y diciembre de 1944, la gran ofensiva del Ejército Rojo que hizo retroceder al *Ostheer* fuera de las fronteras de la URSS se cobró una media de 200.000 bajas alemanas por mes, un porcentaje más de veinte veces superior al promedio mensual del frente occidental (8.000 hombres). La tasa de supervivencia media de los soldados destinados en el frente oriental también disminuyó de modo ostensible, lo que se reflejaba en la esperanza de vida de los reclutas del Ejército de Tierra alemán en su conjunto: de 2,5 años en 1941, descendió de manera progresiva a 1,7 años en 1942, a 1,2 años en 1943 y a 0,8 (diez meses) en 1944. Pocos eran los soldados de infantería, zapadores y de unidades antitanque que aguantaban incólumes más de un año en la línea de frente sin ser, al menos, heridos. De hecho, un itinerario habitual de los combatientes del frente era pasar varios meses en hospitales de campaña situados en la

retaguardia, además de los preceptivos días de permiso en Alemania[137].

Consecuencia de todo lo anterior era que la capacidad ofensiva de las divisiones alemanas no hizo sino disminuir a lo largo del conflicto, algo inevitable dada la drástica reducción de efectivos humanos y materiales que había sufrido el *Ostheer* desde finales de 1941. En marzo de 1942, solo 58 divisiones de las 162 de que constaba entonces el Ejército del Este (el 35,8 por ciento) estaban en condiciones de ejecutar acciones ofensivas de forma plena o parcial, mientras que las restantes 104 solo podían acometer tareas defensivas.

Con todo, en las divisiones más fogueadas del frente abundaban los llamados *viejos conejos,* auténticos veteranos que se encargaban de asegurar la continuidad en las posiciones y en los pelotones con los nuevos reclutas, y que servían de enlaces para la subsistencia de la cohesión de grupos que, si no primarios, operaban como cuadros sociales básicos de la camaradería. Eran también, a menudo, quienes llevaban la iniciativa cuando había que matar, ejecutar o interrogar prisioneros de forma sumaria, quienes iniciaban a los demás en las normas del espacio de violencia, junto con suboficiales experimentados y oficiales[138]. En su seno, los supervivientes del invierno de 1941-1942, bien identificables por sus medallas y distintivos, ascendían de manera progresiva a cabos y a veces a sargentos, y conformaban un núcleo duro que permitía no solo la integración y aclimatación de nuevos reclutas, sino también el recambio generacional. Muchos de esos grupos presentaban, además, una notable homogeneidad desde el punto de vista de su autoubicación en la escala social, al provenir de ambientes de origen similares. Pero se trataba asimismo de una camaradería impregnada de las ideas nacionalsocialistas, la

jerarquía y la complicidad[139].

A pesar de todas las adversidades de la guerra del Este, un hecho que todavía sorprende a muchos historiadores es que la moral de combate de las tropas del *Ostheer,* en términos generales, no sufrió un colapso general hasta la batalla final por Berlín (abril-mayo de 1945). La guerra no solo era una cosa de los nazis, sino que era una guerra *alemana*[140]. Una vez que los combatientes habían superado los duros combates de la segunda mitad de 1941 y el primer invierno en el frente, y se habían acostumbrado a la idea de que un rápido regreso a casa sería imposible, el estado de moral se mantuvo en niveles apreciables. Los soldados de la 126.ª División de Infantería se mostraban a principios de noviembre de 1941, según informaba el general Paul Laux, en buen estado anímico, no obstante las penalidades del invierno, la resistencia soviética y las insuficiencias de equipamiento y alimentación[141]. Aunque la historiografía ha destacado las *excepciones,* los pacifistas y los inconformistas dentro de la Wehrmacht, y ha buceado en todas las formas de resistencia al nazismo fuera y dentro del Ejército, el número de desertores se mantuvo en cifras relativamente bajas. Entre 1941 y 1945 fueron ejecutados alrededor de 20.000 soldados alemanes por sentencia de tribunales militares. De ellos, un 75-80 por ciento lo fueron por «ausencia indebida del frente». Sin embargo, el número de casos de deserción en el *Ostheer* apenas aumentó entre 1942 y 1944, salvo entre las unidades de *Hiwis* o personal auxiliar no alemán. Y, cuando lo hizo, afectó de modo particular a unidades concretas, como las integradas por soldados alsacianos, reclutados a la fuerza desde agosto de 1942 y cuya identificación emocional con sus nuevos camaradas era escasa[142]. Los desertores alemanes de la Wehrmacht eran en su mayoría personas con problemas de integración social en

sus unidades, y no opositores conscientes al régimen nazi[143].

A despecho del fracaso de la toma de Moscú, las tropas de la Wehrmacht fueron capaces de sobreponerse a buena parte de las penalidades y de mantener la fe en el *Führerprinzip,* así como en una suerte de misión salvadora de Alemania y de la «civilización europea». El *mito del Führer,* y de la movilización misional encarnada en su carisma desde 1933, se basaba en la creencia del triunfo de la voluntad; solo desde 1944 empezó a desgastarse seriamente. Aun así, los oficiales de rango inferior y la mayoría de los soldados permanecieron fieles a Hitler hasta el final. En una parte apreciable de los testimonios epistolares de los *Landser* puede apreciarse la combinación de confianza y fe en el Führer, que actuaba como una especie de instancia cuasidivina que intervenía para proteger a sus soldados en los momentos difíciles[144].

Varios factores ayudaban a forjar esa fanática voluntad de resistencia. Primero, la alta cohesión ideológica de los soldados de la Wehrmacht, y del Ejército del Este en particular. La década de intenso adoctrinamiento vivida bajo la férula del nacionalsocialismo había dejado un fuerte poso, y los valores básicos transmitidos por el régimen demostraron poseer una alta capacidad de impregnación. Eso creaba una *disposición estructural* de ánimo para eliminar a los enemigos por excelencia de la cosmovisión nacionalsocialista: judíos, bolcheviques y «hordas asiáticas», tríada que aparece citada como tal en numerosos diarios de guerra de combatientes alemanes durante las primeras semanas de la Operación Barbarroja[145]. La huella del régimen era perceptible, en especial, en la generación que proporcionó la mayoría de los soldados activos hasta 1943: la de los nacidos entre 1910 y 1920, que había pasado en mayor o menor medida por las organizaciones de masas del

nacionalsocialismo y sus instancias de socialización, fuese el propio NSDAP o sus secciones paramilitares (SA y SS) para los más viejos, o fuesen las Juventudes Hitlerianas, el Servicio de Trabajo *(Arbeitsdienst)* y el *Wehrdienst* o servicio de armas, para los más jóvenes. Hasta el 75 por ciento de los soldados de esas cohortes, como se ha comprobado para el caso de la 253.ª División, habían militado en alguna de esas organizaciones. Una buena parte de los jóvenes movilizados habían sido miembros de dos y hasta de tres entidades nazis, de modo simultáneo o sucesivo[146].

Soldados alemanes en Stalingrado, 1942 (Getty images)

A lo anterior se unía el efecto de la propaganda nacionalsocialista a través de periódicos de trinchera, programas de radio para el frente y sesiones de cine, organizadas y minuciosamente planificadas por las compañías de propaganda. Y, no menos importante, en la cohesión ideológica de las unidades del *Ostheer* ejercía una

influencia decisiva el hecho de que buena parte del cuerpo de oficiales de rango medio e inferior, casi un 30 por ciento, compartiese los postulados nazis y militase en el NSDAP, perteneciese a la generación y a los estratos sociales —la clase media o *Mittelstand* en sentido amplio— que en mayor medida que otros sectores habían llevado a Hitler al poder, y que ahora tomaban el relevo de la vieja generación de oficiales que aún había conocido la I Guerra Mundial o la inmediata posguerra. Esos jóvenes oficiales, educados en los valores y lemas del nacionalsocialismo, constituían el auténtico espinazo del Ejército del Este, y que comandaban a los soldados de recluta en la línea de combate, como tenientes, capitanes o comandantes.

Junto a la cosmovisión nacionalsocialista que, cual lluvia fina, había calado en los soldados alemanes, también lo hizo con ella una imagen del enemigo, el comunismo soviético, como un ente subhumano: un representante de la *barbarie asiática* asociado con los judíos para destruir Alemania y el conjunto de la *civilización* europea. Razón por la que sería necesario extirparlo del planeta para mejor defender, entre otras cosas, el modelo de comunidad nacional basada en la pureza racial, pero que en su interior presentaba rasgos igualitarios, según pregonaba el nacionalsocialismo y la mayoría de los *Landser* lo había vivido. Un modelo que, por lo demás, aspiraban a exportar a toda Europa. La *Frontgemeinschaft,* la comunidad idealizada de los combatientes del frente, adelantados de una cruzada mesiánica contra un enemigo inferior, habría de servir de modelo para perfeccionar la nación en su conjunto. Abandonar esa comunidad del frente, como sugieren los testimonios epistolares, era visto como una traición no solo a los camaradas, sino a la patria. Suponía también dejar en la estacada a la propia familia, a la nación *(Vaterland)* y a la

patria local o *Heimat* de procedencia. Y los sentimientos de camaradería generados por el combate no hacían sino robustecer esa identificación: las amenazas exteriores, fuese el enemigo, las adversidades del frente, la hostilidad de la población civil o los partisanos, se convertían a su vez en un vehículo de reforzamiento del grupo combatiente. Lo que ocurriese fuera del círculo de camaradas era justificable para muchos *Landser,* siempre que mantuviesen una conciencia de «decencia» interna, de haber cumplido con las normas internas del grupo primario de combate[147].

Un segundo factor que reforzaba la cohesión de la moral de combate del *Ostheer* era la disciplina militar. Pero, como señaló en su día Bartov, era una disciplina deformada y sujeta a una perversión. Su politización al servicio de la cosmovisión nacionalsocialista y a los objetivos de guerra de exterminio formulados por el III Reich llevó a que los soldados alemanes tuviesen carta blanca para vivir sobre el terreno a costa de la población civil, ejecutar represalias sobre ella si se negaba a colaborar y, en general, a proceder a requisas y abusos, incluidos los sexuales. Según las normas dictadas poco antes de comenzar la Operación Barbarroja, dichos actos solo serían castigados en la medida en que su práctica indiscriminada pudiese conducir a una falta de disciplina interna del *Ostheer*. En realidad, los oficiales apenas castigaron este tipo de violaciones de los derechos de los civiles, que se convirtieron en una especie de válvula de seguridad que permitía a los combatientes descargar su frustración por una guerra inacabable y llena de penalidades, pero también evadirse de la disciplina interna de la Wehrmacht[148]. En varias divisiones de infantería, el número de delitos contra la población civil soviética, desde robos, malos tratos y asesinatos hasta violaciones, que fueron juzgados por los tribunales militares tras junio de

1941 era muy inferior al registrado por esas mismas divisiones en las campañas de Francia o los Balcanes. Eso no se debía a que los soldados delinquiesen en menor medida en Rusia; simplemente, sus faltas no eran consideradas ahora motivo suficiente para comparecer ante un tribunal militar. Buena parte de los acusados, además, veían sobreseída su causa o eran liberados tras un corto proceso[149].

Una tercera razón era el terror que inspiraba un enemigo del que se poseía una imagen deshumanizada y apocalíptica. La conciencia de las propias atrocidades hacia la población y los combatientes soviéticos, y el temor a caer en manos del Ejército Rojo, con la perspectiva de un cautiverio que se imaginaba terrible, ofrecía pocas esperanzas para la deserción, y aún menos para la rendición. Todo ello reforzaba en los combatientes del Ejército del Este la convicción de luchar hasta el final. Era más seguro permanecer junto a los propios camaradas, con el grupo, que aventurarse fuera de él y enfrentarse a un destino desconocido. Varias cartas de soldados cercados en Stalingrado afirmaban de modo tajante que, ante la disyuntiva de caer prisioneros o morir combatiendo, «no iré al cautiverio»[150].

Esto también demostraba que los años de adoctrinamiento nacionalsocialista, al igual que el ejercido por la propia propaganda de la Wehrmacht, tuvieron un efecto más que apreciable, aunque imposible de medir estadísticamente, sobre las percepciones de los soldados del *Ostheer*. No siempre se expresaba en un lenguaje idéntico al de los nazis, ni los motivos de esa identificación eran los promovidos por la prensa y los discursos nacionalsocialistas. Pero el tono de los testimonios escritos y de las cartas de los soldados dejaba apreciar una coincidencia básica entre la cosmovisión nazi y los criterios de inclusión y exclusión de

la comunidad nacional germana compartidos por los soldados de recluta de la Wehrmacht, así como entre las imágenes del enemigo elaboradas por el régimen nazi y las percibidas o progresivamente asimiladas mediante la experiencia en el combate por parte de los propios soldados, aunque solo fuese en términos genéricos[151]. Tal impregnación completaba el círculo de su motivación, presentando el terror por la posible derrota y la invasión de las *hordas asiáticas* sobre el Reich como una consecuencia no deseada de una guerra librada contra los enemigos ideológicos de la comunidad nacional, todo ello retroalimentado por la situación de combate y el embrutecimiento de sus condiciones. Así se generó una *cultura de guerra* específica que llevó a la mayoría de los soldados alemanes a combatir hasta el final con una disciplina más que sorprendente, al menos en perspectiva comparativa.

Muchos *Landser* creyeron con fe ciega que estaban combatiendo a un enemigo subhumano, cuya finalidad última era extender una forma de barbarie premoderna por todo el continente europeo. De caer la avanzadilla que los combatientes alemanes representaban en el confín del Viejo Continente, las *hordas* asiáticas arrasarían Europa. Así lo expresaban numerosos soldados en epístolas a sus familias o a otros camaradas: la razón de su presencia en el Este residía en mantener a las «bestias» fuera del territorio del Reich, impedir que violasen y liquidasen a las propias mujeres y a los niños, y destruyesen a un pueblo civilizado para imponer las bárbaras costumbres de un sistema que muchos soldados describían como una máquina genocida. La imagen del combatiente soviético como exponente de un sistema despótico, personalizada en sus ataques masivos y en una representación del *Iván* como un ser de rasgos subhumanos,

se unía a la contemplación de las penalidades de la población rusa. El *Iván* podía ser un duro enemigo, pero nunca podría ser un representante de un *Herrenvolk*[152]. Y tampoco merecía piedad ni aprecio como oponente *digno* en la derrota. Como escribía un soldado alemán a casa en 1942:

> [Los combatientes soviéticos] ya no son seres humanos, sino hordas y bestias salvajes, que han sido criados así por el bolchevismo en los últimos 20 años. No se debe dejar aflorar ninguna compasión hacia estos hombres, pues son todos muy pérfidos y cobardes[153].

Otro *Lander* incidía en los mismos términos el 19 de febrero de 1943, días después de escuchar por radio el discurso de Goebbels llamando a la «guerra total»:

> Hoy no debemos tener reservas humanitarias. La guerra ha cobrado su dimensión más aguda y despiadada. El bolchevique como instrumento de Judas nos ha llevado a ello […]. Creemos en nuestra causa, somos combatientes y mártires por la pervivencia de Occidente. Creemos de manera incondicional en la fuerza de nuestro Führer, y que él posee la clarividencia para conformar el destino de los pueblos[154].

La miseria, el hambre y las «bárbaras costumbres» que muchos combatientes alemanes percibieron en Rusia, y que reflejaron con fruición en sus álbumes fotográficos de campaña en forma de reportajes pseudoetnográficos sobre los lugares por los que pasaban, tenían mucho más que ver con sus prejuicios previos, generados por años de adoctrinamiento nacionalsocialista, que con un análisis racional de la cuota de responsabilidad que podía tener la política de ocupación de la Wehrmacht en aquella situación. La confrontación cara a cara con la realidad soviética y los auténticos *rusos* no desmintió los estereotipos arraigados y difundidos entre la tropa, sino que contribuyó a reforzarlos[155]. En parte, la marcha a pie a través del territorio conquistado y destruido, en el que «ni siquiera hay agua para beber», despertaba en los soldados del *Ostheer* la impresión de que «en este país no querría vivir por nada del mundo»[156]. Las expresiones peyorativas menudeaban en los testimonios escritos: pueblo sucio, tierra apestada, piojosa y andrajosa…, junto a observaciones casi costumbristas[157].

Para muchos combatientes alemanes —y de otras nacionalidades aliadas en el Este—, tanto el campesino ruso (o bielorruso o ucraniano) como el combatiente soviético eran seres sucios, serviles, situados en un peldaño inferior de la civilización. Las imágenes de ancianos desdentados, mujeres campesinas avejentadas por el trabajo y el hambre, niños enfermos y cabañas míseras, que eran retratadas con fruición por los soldados alemanes en una búsqueda del «exotismo» pseudooriental, eran revestidas de un significado más profundo. No solo se trataba de las consecuencias de la guerra, de un sistema político y social, o de las duras condiciones de un clima y una tierra hostiles; o simplemente de un *atraso* cultural. Estas eran reacciones que ya estaban presentes entre los soldados alemanes y austríacos destinados en el frente oriental durante la I Guerra Mundial, y que ilustraban cómo el estereotipo del eslavo como un ser perteneciente a una civilización inferior tenía profundas raíces en las representaciones culturales alemanas[158]. A menudo, las cartas de los combatientes del *Ostheer* mostraban una valoración próxima al higienismo social: la suciedad era expresión de subhumanidad, de falta de capacidad para acceder al estadio de civilización. Y esa percepción se articulaba con frecuencia en términos de determinismo biológico: el eslavo *era* así por predisposición de la Naturaleza y la Biología. Los seres (sub)humanos que eran definidos como sucios, toscos, primitivos, poco civilizados o de modo resumido como exponentes de fealdad, de algún modo no pertenecían a la misma categoría que los combatientes *europeos*[159].

¿Cuántos soldados alemanes fueron en realidad *perpetradores* de crímenes, represalias, fusilamientos o maltratos a prisioneros y civiles? ¿Cuántos fueron conscientes, al hacerlo, de estar cometiendo abusos y actos

condenables desde el punto de vista del Derecho Internacional y de la ética, incluso de los códigos decimonónicos del combate honroso? ¿Hasta qué punto existían para el combatiente o *Landser* de a pie, y para los oficiales de rango medio e inferior con mando en el frente, espacios de actuación y márgenes de elección, dentro de los que les era posible decidir si las «órdenes criminales» eran ejecutadas o no?

La Wehrmacht, nueva denominación de la antigua Reichswehr, se transformó con rapidez a partir de 1935 en un ejército popular, y movilizó a alemanes de todas las clases y condiciones. Fue un elemento integral del régimen nacionalsocialista, cuando no su «segundo pilar» junto al NSDAP, según expresión del propio Hitler. Eso no significaba que todos y cada uno de sus integrantes fuesen nacionalsocialistas convencidos, a diferencia de las SS y su rama militar *(Waffen SS)* y de otras secciones armadas dependientes de la poliarquía nacionalsocialista. No obstante, los años de socialización en el III Reich, el propio adoctrinamiento recibido en las aulas y el ejército, y el efecto combinado del embrutecimiento de las condiciones de combate y los mecanismos de cohesión que creaba la camaradería en el frente, junto a la *perversión* de la disciplina militar, podían hacer de hombres *perfectamente normales,* como los definió Christopher Browning, unos verdugos en potencia. O, dicho de otro modo, transformar las precondiciones estructurales o cognitivas en disposición a matar, y en situación de poder hacerlo por el influjo de las circunstancias[160]. Desde una perspectiva situacionista, esos factores eran decisivos a la hora de condicionar la mayor o menor tendencia al embrutecimiento de las diversas formaciones de la Wehrmacht, generando una espiral de radicalización acumulativa. Así se ha mostrado, con diversos

matices, para el caso de las divisiones 121, 123 y 126 del Grupo de Ejércitos Norte[161]. Para otros autores, aun teniendo en cuenta esos factores, lo decisivo en la radicalización progresiva de las prácticas violentas de los combatientes de la Wehrmacht fue la particular percepción de las condiciones del frente oriental por parte de los soldados germanos. Una percepción condicionada por sus años de socialización y adoctrinamiento nacionalsocialista, que llevaba a una mayor predisposición relativa (en comparación con otros contingentes nacionales) a la deshumanización del enemigo con base en postulados biológico-raciales. Pero que se veía acentuada, además, tanto por las condiciones de combate y supervivencia como por la subversión de las normas que favorecía la consolidación de *espacios de violencia,* ámbitos donde la transgresión de las normas propias del mundo civilizado, de la guerra regulada y de las fronteras entre civilización y barbarie estaba permitida, y se veía alentada por la influencia del grupo de camaradas, la sublimación de valores masculinos y el miedo[162].

La casuística, con todo, es compleja y variada, por lo cual toda estimación cuantitativa está condenada al fracaso, como así reconocieron en su momento los organizadores de la polémica *Exposición sobre la Wehrmacht* de 1995[163]. Algunos autores han aludido a una suerte de «cultura de la muerte», que imperaría entre los soldados alemanes en el frente oriental, que llevaría a un porcentaje oscilante entre el 60 y el 80 por ciento de ellos a participar en acciones calificables de crímenes de guerra. Otros rebajan esa cifra a un escaso 5 por ciento[164]. Si algunos autores han insistido en que la aplicación por parte de las unidades militares de la orden de separar los prisioneros y ejecutar de inmediato a los comisarios políticos solo se cumplió en proporción reducida, el exhaustivo trabajo de Römer concluye que la

tónica general fue la ejecución de la orden; con todo, se registraron negativas por parte de oficiales de rango inferior a asesinar a los comisarios capturados, en cuyo caso se encargaban de tal tarea otros oficiales o los *Einsatzgruppen*. Unos 5.000 comisarios fueron ejecutados en 1941 por las unidades del frente, y otros 5.000 en los campos de prisioneros o en la retaguardia; con todo, los mandos intermedios y los soldados de la Wehrmacht insistieron en que se derogase la orden, ya que solo contribuía a enconar la resistencia del enemigo, guiado por oficiales que combatían hasta el último cartucho[165]. Entre los oficiales y soldados de la Wehrmacht existen casos documentados de conducta humanitaria, tanto hacia prisioneros de guerra como hacia judíos y población civil. Individuos de uniforme que fueron capaces además de contravenir las órdenes asesinas y de negarse a cooperar en acciones de represalia, o que desobedecieron las instrucciones de los comandos especiales de Himmler o de las SS. El abanico de casos incluye desde el sargento Anton Schmid, protector de judíos en Vilnius en 1941-1942, hasta el capitán Wilm Hosenfeld, que en 1944 ayudó a sobrevivir en Varsovia al pianista judío Wladyslaw Szpilman[166].

Esos casos, y algunas decenas más, no contradicen sin embargo un fenómeno crucial: la gran mayoría de los soldados de la Wehrmacht se distinguieron hasta el final de la guerra por su disciplina y su sumisión a las órdenes de sus mandos. Aunque muchos de ellos no participaron en actos de naturaleza criminal, sí mostraron indiferencia hacia esos hechos. Eso incluía la ejecución de partisanos o la «selección» de prisioneros judíos y comisarios políticos para su «tratamiento especial», la contemplación de los guetos judíos en ciudades en donde se recuperaban de sus heridas —Vilnius, Riga o Varsovia—, o la constatación del hambre y

la desesperación de los civiles. Los casos de ruptura de la disciplina fueron escasos, y los protectores o *salvadores* de judíos y de prisioneros actuaban de forma solitaria y clandestina, pues eran incapaces de generar protestas colectivas entre sus compañeros de armas. La camaradería fue ciertamente mitificada tras la guerra por las asociaciones de veteranos y presentada a veces como un refugio del «soldado de a pie» frente a los designios criminales de la oficialidad y la ideologización del nacionalsocialismo[167]. Pero, en realidad, actuó como un elemento de fuerte cohesión de la moral de combate y de la sujeción de la tropa a los postulados centrales de la guerra de exterminio. Pues transmitía los valores centrales que conformaban la idea de *comunidad nacional* y racial, a la vez que traducía a pequeña escala los criterios de inclusión y exclusión predicados por el nazismo. El teólogo y poeta protestante Jochen Klepper, casado con una judía, estaba contento de pertenecer a la comunidad de camaradas de su unidad, que le proporcionaba cobijo y certidumbre en medio del delirio bélico. Empero, no podía hablar de temas sensibles con muchos de ellos, pues eran nazis convencidos o simpatizantes: «puedo hablar de todo y sobre todo, pero no sobre la cuestión judía. En eso puedo ver que la propaganda ha hecho bien su trabajo»[168].

Por otro lado, no todos los soldados de la Wehrmacht destinados en el frente del Este gozaban de las mismas oportunidades para cometer actos criminales, puesto que el 80 por ciento de los combatientes estaban destinados en la zona de combates, una franja de unos 25 kilómetros por detrás de la línea del frente. Buena parte de ellos pasaban solo unos meses en la línea de fuego; además, el tráfico de nuevos reclutas de reemplazo, las idas y venidas a los hospitales de campaña y los viajes de permiso a Alemania eran continuos. No todos los soldados regulares, sino solo

una minoría, estaban involucrados de forma habitual en actividades como la lucha antipartisana[169]. Ello no obstaba para que un combatiente alemán destinado en el frente tuviese oportunidades para cometer o ser testigo de actos criminales: la ejecución de comisarios políticos hasta mediados de 1942, así como de prisioneros que se rendían a los combatientes de vanguardia; represalias contra población civil que viviese en aldeas situadas a pocos kilómetros de la línea del frente; o acciones eventuales en comandos de caza de partisanos. Si la liquidación de la población judía y otros elementos en los primeros meses era ejecutada por los «Grupos de despliegue» dependientes de Himmler una vez que el grueso de los *Landser* había pasado, eran muchas las posibilidades de que también fuesen testigos de tales acciones soldados que se hallaban de paso hacia y desde el frente, expediciones de refuerzo (batallones de marcha), o simples soldados pertenecientes a unidades que eran retiradas por un tiempo de la primera línea de combate para tener un descanso[170].

De hecho, en la vida cotidiana de los soldados destinados en el frente también figuraban acciones armadas que nada tenían que ver con el combate frente al enemigo. En su versión más benigna, no faltaban en esas actividades la persecución ocasional de partisanos o los interrogatorios y medidas contra supuestos espías o saboteadores; desalojos de población civil y la práctica de la táctica de *tierra quemada* en caso de retirada; e incluso el dejar a los civiles en la zona de nadie para dificultar el avance del enemigo. A todo lo anterior se unían los reclutamientos forzados de civiles, a menudo ancianos, niños y mujeres, para ejecutar trabajos diversos en la retaguardia (limpiar caminos o abrirlos, cavar, etcétera) o enviarlos como mano de obra al Reich, así como eventuales acciones de saqueo. El caso de la

253.ª División corrobora las líneas apuntadas más arriba: de modo general, los soldados, predispuestos por los años de adoctrinamiento nacionalsocialista a aplicar las reglas básicas de la guerra de exterminio iniciada por el Führer, y como resultado del embrutecimiento de sus condiciones de vida y combate, incorporaron de forma paulatina en el transcurso de la guerra una serie de patrones de conducta congruentes con el contexto general y su predisposición. No influía tanto el respeto a la disciplina militar o el temor a represalias por parte de sus mandos, como una suerte de absorción gradual de aquellos patrones ideológicos en sus planteamientos éticos y en sus procesos de toma de decisiones[171].

3.2. Una guerra racial: el destino de los judíos soviéticos

La Wehrmacht tuvo una participación activa, y no siempre con un mero papel auxiliar, en las deportaciones o en las matanzas masivas de población judía desde los primeros momentos de la puesta en marcha de la Operación Barbarroja, ejecutando civiles de aquella confesión en la retaguardia o colaborando en la vigilancia y creación de los guetos. En esa tarea se registró una esencial continuidad, hasta mediados de 1941, con lo que había sido la participación del Ejército alemán en la persecución de la población judía en zonas ocupadas con anterioridad, como Polonia o los Balcanes. En el Gobierno General [*Generalgouvernement*] de Polonia, nueva denominación de las regiones de Polonia sometidas a jurisdicción especial tras reanexionarse las zonas occidentales (Silesia, Pomerania y Posnania), bajo la actuación del gobernador y auténtico virrey nazi Hans Frank, las tropas regulares del Ejército

alemán ya habían colaborado en la deportación y concentración de la población judía en guetos, y también habían operado de forma conjunta con grupos de despliegue de las SS y de la *Sicherheitspolizei* en matanzas de civiles y judíos, si bien el conocimiento de tales acciones generaba cierto descontento entre algunas unidades de la Wehrmacht[172].

Lo que todavía no estaba tan claro para los ocupantes era si los judíos polacos debían ser exterminados por hambre y enfermedades en los guetos, o si su fuerza laboral debía ser aprovechada. Y si en la Polonia ocupada hasta junio de 1941 había habido más quejas de oficiales de la Wehrmacht ante las matanzas y maltratos de población civil, en el frente del Este el embrutecimiento y radicalización de las condiciones de combate contribuyeron a que esas protestas o expresiones de disgusto casi desapareciesen. Por el contrario, las investigaciones más recientes y la acumulación de nuevas evidencias empíricas han demostrado hasta la saciedad no solo la colaboración del Ejército del Este y de soldados regulares en el exterminio de los judíos soviéticos, sino también la participación de diversos cuerpos armados en las matanzas de judíos desde el comienzo de la Operación Barbarroja. Un tema que fue difícil de digerir para la investigación histórica en Alemania Occidental —y apenas tratado en la Oriental— hasta la década de 1990[173].

Dos factores más aconsejaron a los jerarcas nazis, y a Hitler en particular, adoptar con premura la que sería conocida como *decisión final* acerca del destino de los judíos europeos, empezando por los de Europa oriental. Los éxitos iniciales de la invasión de la URSS y las ganancias territoriales del imperio alemán le situaban en una posición de poder supremo en el continente europeo, proporcionándole la gestión de ingentes recursos materiales

y humanos y, por lo tanto, un poder geopolítico desconocido hasta entonces, que provocaba euforia y borrachera de triunfo. Junto a ello, se situaba la constatación de una permanente inseguridad: había que hacer frente al control de una retaguardia problemática, además de la posibilidad de que la guerra durase mucho más de lo previsto. Todo lo cual aconsejaba liquidar los *peligros* potenciales situados a la espalda de las tropas alemanas y poner en práctica de modo expeditivo los planes ya trazados para eliminar lo que los líderes nazis consideraban «sobrantes» demográficos en Europa oriental. Se trataría ahora de aniquilar y borrar de la faz de la tierra a una raza considerada como la causante de la decadencia pasada de Alemania, pero también de eliminar población en las zonas ocupadas por la vía rápida, y de acabar de raíz con un grupo étnico que se consideraba enemigo del III Reich, aliado intrínseco y natural del *bolchevismo* y, en consecuencia, potencial apoyo de los partisanos.

Existía una vinculación estrecha entre la guerra de exterminio étnico e ideológico planeada en el Este por Hitler y la definitiva «solución final» que selló el destino de millones de judíos y gitanos europeos, adoptada en la conferencia de Wannsee el 20 de enero de 1942. Pues, como bien afirmó Goldhagen, el III Reich tornó el *antisemitismo eliminatorio* y las medidas de discriminación racial en un genocidio en gran escala cuando la fortuna de las armas puso en sus manos el poder y los recursos necesarios para ejecutarlo[174]. La cuestión es: ¿Fue la guerra contra la URSS la ocasión ideal para poner en práctica un plan de exterminio concebido con anterioridad? ¿O fue, por el contrario, el exterminio de los judíos bajo control del III Reich una consecuencia de la deriva de los acontecimientos de la guerra germano-soviética, de la borrachera del éxito o de la

frustración por el fracaso?

En este punto, existe en los estudios sobre el Holocausto una disputa clásica desde la década de 1970. Para los intencionalistas, la decisión de aniquilar físicamente a la población judía europea estaba ya presente en los postulados primigenios del nacionalsocialismo, y la guerra contra la URSS no hizo más que facilitar los medios materiales para llevarla a cabo, pues el acabar con los judíos era uno de los fines de guerra del III Reich. La resolución de exterminar el pueblo hebreo procedía del mismo Hitler, y fue transmitida a los órganos de ejecución del aparato de Estado nazi. Por el contrario, para los funcionalistas o estructuralistas, la decisión de ejecutar en masa a los judíos fue un producto de la evolución de la guerra contra la URSS, y de una suerte de escalada de los planteamientos más radicales para la «solución final» —lo que Hans Mommsen denominó *radicalización acumulativa*—, circunstancia que acabó por echar al olvido los planes de evacuación o deportación en masa que se habían sucedido entre 1939 y mediados de 1941. La naturaleza, a veces contradictoria, de la poliarquía nazi habría provocado que existiese un considerable campo de maniobra para la actuación de instancias independientes, tanto del ejército como de las autoridades de ocupación, las SS y la policía. A su vez, los funcionalistas discrepan sobre el momento concreto y la causa inmediata que precipitó la decisión final. Para unos, se trató de una opción escogida en un momento de euforia, ante la certidumbre de la victoria (agosto-septiembre de 1941), lo que permitiría al III Reich y a Hitler concentrarse en el próximo objetivo de su plan imperial, la eliminación de la presencia hebrea en Europa. Para otros, la decisión de proceder al exterminio era en origen una reacción defensiva. Al no poder doblegar al coloso soviético, los nazis se habrían concentrado en

eliminar a la población judía a su alcance por una mezcla de rabia y frustración, pero guiados por un mesiánico deseo de cumplir, al menos, *uno* de sus objetivos ideológicos[175].

La tesis más plausible es que la decisión de exterminar a los judíos europeos se hallaba ya implícita en los postulados raciales del nacionalsocialismo. La guerra contra la URSS puso a disposición de los jerarcas del III Reich los medios, el territorio y el poder sobre masas de población judía, lo que era idóneo para ejecutar un plan en gran escala, en buena parte improvisado, y retroalimentado por las dinámicas de exterminio que se sucedían a nivel local, tanto en el Gobierno General de Polonia como en los territorios ocupados del Este. La representación constante del enemigo en la propaganda nazi como un monstruo de tres cabezas (judío, comunista y subhumano) legitimaría ese proceder. La ejecución del exterminio habría operado por fases, empezando por la decisión de aniquilar a todos los judíos soviéticos de sexo masculino; a continuación, se incluiría a todos los judíos de la URSS, incluyendo mujeres y niños; y, finalmente, a todos los judíos de Europa[176].

Desde principios de 1941 se abrió paso en Hitler y en los jerarcas nazis la idea de que los judíos podrían ser deportados hacia las nuevas tierras conquistadas del Este, para emplearlos en trabajos forzados —como la desecación de la zona pantanosa del Pripet, en Bielorrusia— o para reasentarlos en las gélidas llanuras árticas, donde muchos habrían de perecer en poco tiempo como resultado de las pésimas condiciones de vida y el trabajo. Con ello se arrumbaban de modo definitivo diversos planes anteriores, como el de la reubicación de los judíos en Próximo Oriente, en Madagascar o incluso en áreas determinadas del Gobierno General de Polonia. En parte, por el inmenso caos que había supuesto la aplicación parcial de esos planes de

deportación —acompañada además de la *repatriación* de alemanes étnicos hacia las áreas recién conquistadas de Polonia—, que provocaba la oposición de las autoridades alemanas de ocupación[177]. Es más, en la Conferencia de Wannsee se discutió sobre todo acerca de qué hacer con los judíos *alemanes,* de modo que es plausible que el destino de los judíos soviéticos, y con ellos de los polacos y serbios, hubiese sido decidido ya en el verano de 1941, mediante una sucesión rápida de ampliaciones del objetivo de exterminio inicial. La decisión, pues, de exterminar físicamente a los judíos de los nuevos territorios del Este bajo control alemán precedió en varios meses a la de extender ese destino al conjunto de los judíos alemanes, desechando para el futuro la opción de una deportación masiva hacia el Este[178].

En junio de 1941 vivían en la URSS alrededor de cinco millones de judíos, lo que suponía el 1,8 por ciento de la población total soviética. El 80 por ciento (cuatro millones) se concentraba en las repúblicas y zonas occidentales, las cuales cayeron en los primeros meses bajo control alemán. El antisemitismo había sido una constante entre la población gentil del Báltico, de amplias regiones de Ucrania o de Bielorrusia con anterioridad a la I Guerra Mundial, y se había manifestado en esporádicos estallidos de violencia *(pogroms).* Pese a la apreciable participación de la *intelligentsia* judía rusa en el régimen comunista, y aunque el Estado soviético se presentaba en teoría como un abanderado del internacionalismo y del igualitarismo racial, sus pulsiones antisemitas habían sido constantes a lo largo de la década de 1930. El propio Stalin veía en los hebreos unas cabezas de puente de un pueblo capitalista sin patria; y varios dirigentes de la URSS consideraban que la identidad judía, por ser «diaspórica», podía constituir una amenaza para la construcción de la nueva patria soviética. Durante la

década de 1920 los bolcheviques jugaron con la idea de crear una república judía dentro de la URSS, y pensaron en concentrar a la población hebrea en Crimea. En la década siguiente, Stalin concibió el proyecto de establecer una república autónoma judía en la región de Birobidzhan, fronteriza con Manchuria. Se trataba de una «reordenación étnica» en la que se invirtió un considerable esfuerzo propagandístico, con magros resultados: pocos colonos hebreos dieron el paso. Las purgas estalinistas de la segunda mitad de los años treinta se cobraron un buen número de víctimas judías, lo que en parte tenía que ver con la alta proporción de militantes de esa confesión tanto en los cuadros del Partido Comunista como en el NKVD. Aunque el antisemitismo no era motivo oficial de ningún juicio, en algunos de ellos, como el celebrado en mayo de 1939 contra el comisario de Asuntos Exteriores Maxim Litvinov, el prejuicio antijudío fue evidente. Tras la firma del pacto de no agresión con el III Reich en septiembre de 1939 la URSS no solo no aceptó la entrada de judíos germanos y polacos en su territorio, devolviéndolos a la zona bajo control de Berlín, sino que también repatrió a hebreos alemanes que se habían refugiado en el país de los soviets desde 1933. Otros fueron deportados a campos de trabajo, a Siberia o a Kazajstán, de donde solo volverían tras junio de 1941, reconvertidos en aliados.

La política de ocupación de la URSS en los territorios orientales de Polonia anexionados en septiembre de 1939 tuvo una doble faz. Por un lado, los invasores soviéticos clausuraron sinagogas y asociaciones culturales hebreas, deportaron a algunos líderes de los *shtetl* o comunidades judías de las ciudades, e impusieron un laicismo oficial que también prohibía el culto religioso. Mas, por otra parte, muchos judíos de las zonas anexionadas, que ya habían

sufrido los rigores del antisemitismo polaco del régimen del mariscal Pilsudski, fueron reclutados como funcionarios y cuadros por los ocupantes. Ese hecho contribuyó a reforzar el antisemitismo del campesinado y de las clases populares urbanas de la región, católicas u ortodoxas, y a elaborar un icono identificativo entre «judío» y «bolchevique» que no difería en mucho del profesado por los alemanes[179]. La política oficial de Moscú hacia la cuestión judía solo empezó a cambiar en agosto de 1941. El día 24 de ese mes varias personalidades hebreas en el campo de las letras y las artes se reunieron en Moscú, bajo los auspicios de Stalin. Pero la propuesta de crear una suerte de Comité Judío internacional opuesto a los nazis no fue del agrado del dictador, que hizo desaparecer a sus proponentes en manos del NKVD. En su lugar se constituyó en abril de 1942 un Comité Judío Antifascista, dependiente de la Oficina de Información Soviética y bajo el control del NKVD, cuyo papel era movilizar a los judíos de dentro y fuera de la URSS a favor de la causa antifascista. Hacia el final de la guerra, el comité fue disuelto, y Stalin volvió a considerar que cualquier medida favorable a los judíos de la URSS suponía infiltrar en territorio soviético un caballo de Troya del capitalismo occidental. El dictador desconfía profundamente de la población judía de la URSS. Y esa valoración no cambiaría tras 1945[180].

La Operación Barbarroja supuso el impulso final y más fuerte para la radicalización irreversible de la política antisemita del III Reich. La inmensidad del territorio ocupado y la gran cantidad de población hebrea que vivía dentro de él planteó a Hitler, y a los jerarcas nazis en general, la cuestión de cómo «manejar» la nueva situación y qué hacer con los judíos ahora bajo su control. Se trató de un peldaño más en una escalada iniciada en la primavera de

1939, cuando Hitler había autorizado la ejecución de los discapacitados físicos y psíquicos del Reich, además de programas de *eutanasia salvaje;* esa escalada había tenido continuidad en septiembre del mismo año, cuando aprobó la ejecución de varias decenas de miles de civiles polacos; y pareció culminar un año después, con los planes de exterminio inmediato o paulatino de millones de ciudadanos soviéticos que acompañaban al lanzamiento de la Operación Barbarroja. En julio de 1941, Hitler comunicó a Heydrich que había llegado la hora de proceder al exterminio definitivo de los judíos. Y, en todo caso, a finales del otoño de ese año, coincidiendo con la entrada de los Estados Unidos en la guerra, tal decisión había sido tomada formalmente. Las instancias comprometidas en la ejecución de esa siniestra directriz se encontraron ante un dilema logístico: cómo ejecutar decenas de miles de personas de modo eficaz, masivo y suficientemente discreto a ojos del mundo, del resto de civiles y de las propias tropas alemanas, pues también se temía el impacto negativo que el participar en operaciones de asesinato masivo podría tener en la moral de combate y la disciplina de los *Landser,* y aun de muchos integrantes de las SS o del SD. Entre septiembre y diciembre de 1941 tuvieron lugar experimentos con prisioneros de guerra, se construyeron o acabaron campos y crematorios para poner en funcionamiento el proceso de exterminio y se prepararon los planes logísticos para el transporte a esos campos. El objetivo ahora no solo consistía en aniquilar a los judíos de Europa oriental y la URSS, sino a los de toda la Europa dominada por el III Reich[181].

De modo paralelo a a esas decisiones, y en función del acuerdo existente entre la Wehrmacht y Himmler, desde el momento de la entrada de las tropas alemanas en territorio soviético los grupos de despliegue móvil o *Einsatzgruppen,*

integrados por unos 3.000 hombres divididos en cuatro demarcaciones (A, B, C y D) subdivididas, a su vez, en dos *comandos de despliegue (Einsatzkommandos)* —salvo el D— y otros dos *comandos especiales (Sonderkommandos),* siguieron el avance germano desde la retaguardia. Su cometido era identificar, agrupar y ejecutar a todos los judíos de sexo masculino que trabajaban para el régimen soviético o pertenecían al Partido Comunista[182]. En un principio, las instrucciones no incluían el ejecutar a todos los judíos de cualquier edad o sexo. Su radio de acción, empero, sobrepasó con creces ese objetivo inicial, en parte por causa del efecto inducido de la violencia puesta en marcha por los propios grupos de despliegue, cuyos miembros asumieron una *cultura de guerra* genocida que atribuía todos los posibles males infligidos por el enemigo —incluidos los hallazgos de presos del NKVD muertos en sus celdas, o las apariciones de cadáveres mutilados de soldados alemanes que habían sido hecho prisioneros— a los «judíos» sin diferenciación[183].

De este modo, los mandos intermedios de los *Einsatzgruppen* hicieron un uso ubicuo de la «autorización general» para ejecutar a personas definidas como judías, en particular a los hombres adultos. De manera progresiva, las escuadras de exterminio móvil pasaron a asesinar a «judíos» sin más, a los «intelectuales judíos», a los denominados «judíos peligrosos», y a un largo etcétera que se extendía también a otras categorías de población. Después de tres semanas, desde el 11 de julio de 1941, las instrucciones de los grupos de despliegue móvil incluyeron el asesinato de todos los hombres judíos entre 17 y 45 años. Y, al menos desde mediados de agosto, los *Einsatzgruppen* empezaron a liquidar de modo sistemático a hombres, mujeres y niños judíos, ampliando los límites de edad al arco comprendido entre los 16 y los 65 años. Más adelante, el elenco de

objetivos se amplió a gitanos y a discapacitados físicos y psíquicos. El proceso de eliminación *selectiva* de la población judía de la URSS se fue transformando en *universal,* a medida que avanzaba la campaña. En septiembre de 1941 la precondición para la solución final, es decir, la decisión última de Hitler, se había cumplido[184].

En su tarea, los motorizados ángeles exterminadores encontraron una notable complicidad de amplios sectores de la población civil, que protagonizó algunos *pogroms* en Polonia oriental, en Lituania o en Letonia instigados, o al menos tolerados, por los ocupantes. La policía alemana de retaguardia, e incluso algunos grupos de despliegue, incorporaron fuerzas auxiliares compuestas de antisemitas nativos. A mediados de julio de 1941 el general de las SS Erich von dem Bach-Zelewski recibió el mando supremo de las tropas dependientes de las SS y el SD, alrededor de 11.000 soldados en total. A ellos se sumarían a finales de 1941 unos 33.000 hombres pertenecientes a cuerpos auxiliares bálticos, bielorrusos o ucranianos, además de 6.000 policías. Esos 50.000 hombres ejecutaban grupos de judíos de varios cientos y hasta miles de personas en campos, en bosques y en lugares apartados de las ciudades, donde, después de haber cavado sus propias fosas, eran desprovistos de sus ropas y objetos personales y pasados por las armas, a veces atados de dos en dos para ahorrar munición. Sus casas y pueblos, allí donde conformaban núcleos compactos, eran reducidos a cenizas. La violencia ejercida por los miembros de los *Einsatzgruppen* hacia sus víctimas tenía mucho de demostrativa, pero también de *conciencia extirpadora.* Se trataba, en su perspectiva, de imponer el terror para garantizar el control de la población y el territorio conquistado. Los miembros de los grupos móviles de exterminio estaban convencidos de llevar a cabo una suerte

de labor purificadora, de extirpar quirúrgicamente un tumor maligno para la seguridad y futuro de Alemania, y aun de toda Europa. No eran criminales sádicos, sino que se veían a sí mismos como soldados de élite. Buena parte de sus altos mandos y oficiales, caso de Otto Ohlendorf, Otto Rasch o Franz W. Stahlecker, eran intelectuales con formación y doctorado universitario en materias como Derecho, Letras o Economía[185].

La primera matanza colectiva de judíos, desarrollada con un detallado reparto de tareas entre las unidades de la Wehrmacht y el *Einsatzgruppe A,* tuvo lugar en la ciudad lituana de Kaunas el 25 de junio de 1941, tres días después de la invasión. Primero, Stahlecker tenía la misión de provocar un *pogrom* entre la población gentil, que ya se cobró 1.500 víctimas la noche del 25 al 26 de junio. Las matanzas prosiguieron hasta el 29 de junio, con incendios de sinagogas y saqueos del barrio judío, ante la pasividad de los soldados de la Wehrmacht, que recibieron orden de no intervenir. Según el ayudante del Führer Rudolf Schmundt, que visitó el cuartel general de Grupo de Ejércitos Norte en Kaunas, se trataba de una necesaria «labor de barrido general». En la localidad de Bjelaja Zerkov, miembros del *Einsatzgruppe* C, con la ayuda de oficiales de la Wehrmacht, encerraron y asesinaron a noventa niños judíos el 20-22 de agosto. A principios de julio de 1941 la colaboración entre el 6.º Ejército del *Ostheer* y los comandos de despliegue en la ciudad de Luck se cobraba la vida de 1.500 hombres hebreos. Las protestas de algunos oficiales y de la tropa ante la obligación de participar en matanzas de civiles fue zanjada de modo expeditivo por el general Von Reichenau, quien les recordó en una instrucción que el carácter de la guerra era el completo exterminio del judaísmo bolchevique[186].

Matanza perpetrada por soldados alemanes, septiembre-octubre de 1941 (*The German Army and Genocide,* The Hamburg Institute for Social Research, The New Press, Nueva York, 1999)

De modo sucesivo, tuvieron lugar varias masacres con participación de los soldados de la Wehrmacht, nacionalistas bálticos o ucranianos y unidades auxiliares locales en las ciudades de Riga, Dniepropetrovsk, Simferopol y Kharkiv, así como en Galitzia oriental, empezando por su capital Lviv[187]. Pero la mayor y más tristemente célebre de las masacres de judíos perpetradas durante los primeros meses de guerra en la retaguardia fue el asesinato, por parte del *Einsatzgruppe* D, de un batallón de las Waffen SS y de unidades auxiliares ucranianas, de al menos 33.771 judíos en el barranco de Babi Yar, cercano a Kiev, diez días después de la toma de esta ciudad por el *Ostheer* y, oficialmente, en represalia por la voladura del cuartel general del 6.º Ejército por un escuadrón del NKVD. La población judía de Kiev fue conminada a presentarse con ropas y equipaje, creyendo que iba a ser deportada, pero los que siguieron la instrucción fueron conducidos a Babi Yar y ametrallados sin piedad. En el mismo lugar fueron asesinados más tarde varios miles de prisioneros soviéticos, gitanos, miembros del NKVD y del

Partido Comunista. Otra masacre de proporciones aún mayores tuvo lugar en Odessa, donde entre 70.000 y 80.000 civiles judíos fueron aniquilados por un *Einsatzgruppe* y tropas rumanas. En Dneprpetrovsk, 70.000 judíos de los 100.000 que vivían en la ciudad cuando llegaron los invasores fueron fusilados y ametrallados en tandas sucesivas entre octubre de 1941 y marzo de 1942.

Pogroms antijudíos en Tarnopol, principios de julio de 1941 (*The German Army and Genocide,*The Hamburg Institute for Social Research, The New Press, Nueva York, 1999)

En otras ciudades los habitantes judíos fueron condenados a morir de inanición, frío y enfermedades, encerrados en guetos. Así ocurrió a gran escala el día 30 de agosto de 1941 en la región de Transnistria, nueva denominación de la región situada entre los ríos Bug y Dniéster que había sido ocupada por las tropas rumanas y declarada protectorado de Bucarest con capital en Odessa —rebautizada como *Antonescu*—, en compensación por la pérdida anterior del tercio septentrional de Transilvania a favor de Hungría y de parte de la Dobrogea a favor de Bulgaria (1940). En ese territorio, así como en las

recuperadas Besarabia y Bukovina, el régimen profascista del mariscal Antonescu, tan antisemita como anticomunista, llevó a cabo entre el verano de 1941 y finales de 1942 su propia política de limpieza étnica, que incluyó el exterminio de la población judía y gitana, una vez fracasado el plan inicial de deportación de todos los hebreos de la zona al Comisariado imperial de Ucrania, bajo jurisdicción alemana. Tanto el ejército como la gendarmería rumana, y una «unidad especial» del servicio secreto del Gobierno de Bucarest, fueron encargados desde mediados de diciembre de 1941 de poner en práctica la deportación y exterminio de la población hebrea, ejecutada con la colaboración de tropas auxiliares ucranianas, de alemanes étnicos y el *Einsatzgruppe* D. De esta manera, 40.000 judíos fueron asesinados en el campamento de Bogdanowka hasta finales de mes, y se construyeron en Transnistria varios campos de concentración, en los que fueron internados un número aún desconocido de judíos del *Regateni* (Rumanía histórica), que en su mayoría serían deportados y masacrados. Algunos autores estiman el número de víctimas entre 250.000 y 400.000. A finales de 1942, Antonescu, informado de la «solución final» acordada en Berlín, decidió autorizar la emigración de los judíos de Rumanía hacia Palestina, a cambio muchas veces de compensaciones económicas. Pero también decretó la deportación de judíos a campos de trabajo[188].

Aunque con carácter menos sistemático, está asimismo documentada la participación de unidades húngaras en ejecuciones masivas de judíos en territorio de la URSS. Por ejemplo, en el área de Winniza en mayo de 1942, no tanto por indicación del Alto Mando del *Hónved* como por acuerdo con mandos intermedios de unidades alemanas locales del SD y fuerzas auxiliares ucranianas[189]. Otros ejércitos aliados

a los nazis tuvieron una participación solo puntual y secundaria en la ejecución de las «órdenes asesinas». Pero incluso el Ejército finlandés, único representante de un Gobierno democrático en el frente del Este, no estuvo libre de mácula: sus fuerzas entregaron a las SS unas 3.900 personas, entre ellas judios, comisarios políticos y militantes comunistas soviéticos[190].

Póster de propaganda colaboracionista escrito en ucraniano: «El judío, tu enemigo eterno», «Stalin y los judíos, una banda de criminales» (*The German Army and Genocide,* The Hamburg Institute for Social

Research, The New Press, Nueva York, 1999)

De modo global, se puede afirmar que la gran mayoría de los judíos soviéticos asesinados por los ocupantes lo fueron durante los primeros nueve meses de la guerra (junio de 1941-marzo/abril de 1942), antes de que el sistema de campos de exterminio hubiese entrado en pleno funcionamiento. Su montante total es difícil de determinar. Según las cifras revisadas por Raul Hilberg, el número de víctimas de los *Einsatzgruppen* no sería inferior a 300.000. A ellas se unirían las de unidades SS y de la Policía de Orden (50.000); las del Ejército alemán y autoridades locales de ocupación u otras fuerzas con cometidos de orden público y lucha antipartisana en la retaguardia, así como prisioneros de guerra de confesión judía (unos 100.000), varias decenas de miles de judíos fallecidos por inanición y enfermedades en guetos y entre 150.000 y 200.000 víctimas en el área de ocupación bajo control del Ejército rumano (áreas de Odessa-Dalnik, Golta, Berezovka y Transnistria)[191].

Es sabido que buena parte de la alta oficialidad de la Wehrmacht compartía los prejuicios antisemitas del nazismo, que estaban presentes de forma explícita en los programas de formación de los militares profesionales con anterioridad a 1941. Algunas instrucciones concretas prohibieron a los oficiales mantener cualquier «relación estrecha» con personas de raza judía, y que insistían en que «no existe ninguna diferencia entre los judíos supuestamente decentes y los demás», como expresaba el general Rudolf Schmundt, jefe de la oficina de personal del Ejército de Tierra *(Heerpersonalamt)* en una instrucción de octubre de 1942. Las declaraciones de otros generales y mariscales, como el almirante Karl Dönitz en 1944, estuvieron impregnadas de un tono semejante[192].

¿Hasta qué punto contemplaron y/o participaron en las

matanzas, la humillación y deportación masiva de la población judía en el Este los soldados que no eran integrantes de las SS, de los *Einsatzgruppen* o de la Policía de Orden de retaguardia? Como se ha mencionado, el adoctrinamiento nacionalsocialista tuvo un éxito evidente en la extensión del antisemitismo a gran parte de la tropa. Todos los combatientes eran conocedores de que la *Volksgemeinschaft* a la que aspiraba el nazismo excluía de su seno, en primer lugar, a la población judía. A lo anterior se unía que los soldados estaban expuestos a un constante bombardeo propagandístico que incidía en la demonización del adversario. El comunismo bolchevique era considerado como una realidad equivalente a judaísmo y a barbarie asiática. Así lo había dejado establecido el propio Hitler en 1925-1927[193]. Por tanto, solo cabía proceder a su eliminación conjunta de la faz de Europa, como expresaría varias veces a lo largo de la década de 1930[194].

Esa representación de la realidad caló hondo entre muchos soldados, como muestran diarios y cartas desde los primeros meses de conflicto. Era una cosmovisión inoculada por años de adoctrinamiento nacionalsocialista, y alimentada por la socialización en el ejército; no obstante, no tendría por qué convertirse de modo mecánico en un *antisemitismo eliminatorio,* si no se hubiesen dado circunstancias apropiadas, gracias a la guerra[195]. Fueron, en efecto, las duras condiciones de la lucha en el Este y su consiguiente brutalización, como ya se había demostrado en la campaña de Polonia, las que permitieron dar el salto de la disposición a la ejecución. Por otro lado, la constatación de que en algunas partes del territorio ocupado, desde el Báltico a Ucrania, la población civil compartía un antisemitismo basado en un esquema interpretativo semejante —la asociación entre judío y comunista— contribuyó a reforzar

esa percepción. De hecho, los casos de connivencia o solidaridad con los judíos fueron muy escasos, como también lo fueron las muestras de humanidad por parte de soldados alemanes hacia la población que estaba siendo deportada, que perecía de inanición y enfermedades en los guetos, o que simplemente portaban estrellas amarillas y se debían apartar de la acera al ver acercarse un combatiente de la Wehrmacht.

En teoría, en el Ejército alemán era punible prestar ayuda a civiles judíos. Hasta finales de 1941, no existió en el III Reich ley o decreto alguno que prohibiese de modo taxativo a los ciudadanos alemanes el apoyo o simpatías por hebreos; y aun el decreto del RSHA del 24 de octubre de 1941 se limitaba a condenar con una pena de hasta tres meses de reclusión a quienes demostrasen empatía o brindasen protección a personas de *raza* judía. No obstante, no hubo ninguna condena de muerte por tal motivo. Y dentro de la Wehrmacht la expresión de simpatías hacia los judíos no acarreaba de forma necesaria un castigo inmediato, al menos para los soldados rasos. En principio, también era posible negarse a formar parte de pelotones de ejecución[196]. Numerosos testimonios epistolares muestran, empero, que no abundaba entre los soldados la voluntad de prestar ayuda a los hebreos. La identificación entre judío y bolchevique había calado hondo entre muchos combatientes del *Ostheer,* de modo que el primitivismo de una lucha a muerte tornaba a los judíos en corresponsables de los actos del ejército enemigo, cuando no de los propios camaradas caídos. Un suboficial escribía a su casa que los *judíos* habrían cometido actos de barbarie sin igual en Rusia:

> El pueblo alemán debe mucho a nuestro Führer, pues si estos monstruos [...] hubiesen llegado a Alemania, habrían cometido crímenes sin precedentes [...]. Ningún periódico se atrevería a describir lo que hemos visto. Está en el límite de lo increíble: ni en la Edad Media se hacían cosas semejantes. Cuando se lee el [periódico nazi] *Der Stürmer* y se miran las ilustraciones, solo se tiene una pálida muestra de lo que hemos visto aquí y de los crímenes cometidos por los judíos[197].

Los ejemplos son numerosos. Si todo lo atrasado, bárbaro y cruel que se contemplaba en Rusia se atribuía al comunismo y a los judíos por igual, alguna carta que describía el aspecto de los guetos judíos en territorio ocupado se escandalizaba por la falta de higiene y el estado harapiento de los hebreos, atribuyendo tal estado a su naturaleza y no a la persecución y maltrato de que eran objeto. Los judíos habrían provocado la guerra, y su condición subhumana los hacía arteros y crueles. Por ello, merecerían un destino despiadado, que un soldado alemán destinado en el Este resumía de manera críptica en julio de 1942:

> A propósito de los acontecimientos en el Este que se refieren a los judíos, se podría escribir un libro. Pero sería malgastar papel. Podéis estar seguros de que estarán en un buen lugar, allí donde ya no podrán oprimir a ningún pueblo[198].

En las cartas de los soldados alemanes rara vez aparecen descripciones sobre matanzas de judíos. Pero sí se pueden encontrar comentarios de índole antisemita y alusiones al «merecido destino» de los judíos, identificados con los «bolcheviques». Con todo, resulta difícil colegir si el destino final de la población hebrea era en efecto conocido, y mucho más la medida en que esos ejemplos pueden ser representativos[199]. Pocos testimonios fueron tan directos como el del cabo Heinz, de 27 años, quien el 20 de mayo de 1942 describía a su hermana, con pelos y señales —algo que raras veces se le escapaba a la censura del correo— y un convencido fanatismo nacionalsocialista, cómo el ejército estaba contribuyendo a acabar con los judíos y otros civiles en territorio ocupado:

> Vamos a vencer, y tenemos que vencer; si no, tendremos problemas. La canalla judía mundial se vengaría salvajemente en nuestro pueblo, ya que aquí han sido ejecutados cientos de miles de judíos, para dar al mundo al fin paz y tranquilidad. Un poco antes de llegar a la ciudad donde estamos hay dos fosas comunes masivas. En una yacen 20.000 judíos y en la otra otros 40.000 rusos. Al principio eso impresiona; pero cuando se piensa en la gran idea, entonces debe creer uno mismo que era necesario. En todo caso, las SS han hecho un gran trabajo y hay mucho que agradecerles[200].

Por su parte, el soldado Hermann G. escribía a su mujer en febrero de 1942 que tras la guerra los judíos estarían

«erradicados» de Europa, pues en el Este una vida humana «nada cuenta» y los soldados alemanes habrían abandonado «la última pizca de compasión» en Rusia[201].

Judíos en la plaza del mercado de Zhytomyr, donde habían sido convocados, 7 de agosto de 1941 (*The German Army and Genocide,* The Hamburg Institute for Social Research, The New Press, Nueva York, 1999)

En algunos casos, las matanzas perpetradas por los grupos de despliegue contaron con la participación voluntaria de soldados regulares del ejército. Esa participación podía dar lugar también a reprimendas por parte de sus superiores, *no* por el hecho de matar civiles indefensos, sino por hacerlo sin atender a las instrucciones de sus oficiales y sin que fuese consecuencia de órdenes concretas[202]. El descubrimiento de cadáveres de prisioneros alemanes mutilados por los soviéticos, quienes en los primeros meses de la guerra a menudo ejecutaban a los cautivos, o de presos políticos ejecutados por el NKVD en su retirada, como ocurrió en la ciudad de Tarnopol a principios de 1941, llevó también a unidades del *Ostheer* a participar de forma espontánea en matanzas y *pogroms* de ciudadanos

judíos. Justificaron esa participación como resultado de un acto de *justicia,* pues la ecuación entre judío, partisano y bolchevique actuaba como precondición para, una vez activado el mecanismo de la venganza, convertir a la población hebrea en objetivo de guerra sin cuartel. El diario de guerra de la 221.ª División de protección anotaba el 8 de julio de 1941 que «allí donde viven judíos la pacificación del espacio choca con grandes dificultades, pues los judíos apoyan la formación de grupos partisanos y siembran la inseguridad mediante el apoyo a los soldados enemigos dispersos»[203]. Esa convicción se extendía al caso de los soldados rasos. Un joven *Landser,* de nombre Franz, describía tal percepción de la realidad en una carta a sus padres enviada desde Tarnopol el 6 de julio de 1941:

> Acabo de volver del entierro de nuestros camaradas de la Luftwaffe y de los cazadores alpinos que fueron capturados por los rusos. No hay palabras para describir lo que vimos. Nuestros camaradas estaban atados, y sus orejas, lenguas y narices habían sido cortadas; así los encontramos en los sótanos del Palacio de Justicia de Tarnopol, y también encontramos 2.000 ucranianos y alemanes étnicos *[Volksdeutsche]* torturados de semejante manera. Esto es Rusia y los judíos, el paraíso del trabajador… Enseguida tuvo lugar la venganza. Ayer tanto nosotros como las SS tuvimos alguna piedad, ya que hemos fusilado en el acto a todos los judíos que encontrábamos. Hoy la cosa ha cambiado, pues hemos encontrado a otros 60 camaradas mutilados. Ahora los judíos deben sacar los cadáveres del sótano, depositarlos con cuidado en el suelo y contemplar las atrocidades por sí mismos. Después de que han visto a las víctimas, son abatidos a golpes de bastón y pala.
>
> Hasta ahora, hemos mandado a 1.000 judíos al más allá, pero eso es muy poco por lo que han hecho. Los ucranianos dicen que los judíos ocupaban las posiciones de mando y que, con los soviéticos, celebraron una fiesta pública mientras ejecutaban a los alemanes y los ucranianos. Os pido, queridos padres, que difundáis esto. Por ejemplo, padre, en la sede local [del NSDAP][204].

Los numerosos estudios disponibles hasta ahora sobre la participación de la Wehrmacht y del Ejército del Este en las matanzas, deportación y exterminio de los judíos en el territorio ocupado de la URSS muestran de manera nítida, con más o menos matices según los casos, que la colaboración entre la administración civil alemana, el aparato policial y de las SS, la administración económica y los mandos de la Wehrmacht a diversos niveles fue mucho más estrecha de lo que se había supuesto tras 1945[205]. Los contextos locales y regionales de esa cooperación fueron

determinantes, así como sus formas. Pues la colaboración con los grupos de despliegue, Policía de Orden y «comandos especiales» del SD y las SS no se reducía al oficial de la sección *Ic* (espionaje e información) de cada División y Estado Mayor del *Ostheer,* sino que también discurría a través de las comandancias locales de retaguardia y los mandos de las *Divisiones de protección* que actuaban en las zonas ocupadas con la función de mantener el orden público en sentido amplio. Los mandos militares decidieron, de acuerdo con el resto de instancias del poder ocupante, cómo «manejaban» la selección y eliminación de la población judía en los territorios bajo su control, al menos hasta que fue organizado a lo largo de 1942 el sistema de deportaciones hacia los campos de concentración y exterminio.

La cooperación comenzó por lo más elemental: la labor de censar y concentrar a la población judía en guetos, de dar a conocer los establecimientos propiedad de hebreos, de vigilar el aislamiento de los guetos una vez formados, de excluir a los judíos de puestos públicos, de nombrar allí donde era posible Consejos Judíos *(Judenräte)* para actuar de intermediarios de las órdenes de los ocupantes y, en fin, de proporcionar facilidades logísticas a los comandos móviles de exterminio. Pero la colaboración también tuvo continuidad en el nivel de las comandancias locales. Buena parte de estas persiguieron y «cazaron» judíos huidos por zonas rurales, auxiliaron a los comandos especiales a ejecutar represalias y fusilamientos, y a menudo sus efectivos se encargaron directamente de la liquidación de los hebreos. Es más, no solo el *Ostheer* colaboró de diversas formas con el exterminio de población judía en su retaguardia, sino que los «grupos de despliegue» pasaron a compartir allí donde era necesario los trabajos sucios que las

unidades del ejército regular no querían o no podían hacer, como ejecuciones de comisarios políticos o represalias contra partisanos o población civil.

Los límites de la separación de funciones entre los destacamentos encargados de la guerra de exterminio y el ejército regular se fueron diluyendo de modo progresivo. Y, por otro lado, la ecuación «judío = partisano», que se generalizó desde finales de 1941, tornaba en intercambiables en la práctica ambas categorías. La población hebrea no solo era considerada un grupo enemigo del III Reich por motivos biológicos, sino también por su supuesta propensión innata a conspirar contra Alemania y a apoyar la subversión[206].

3.3. La degradación del prisionero

Junto a los judíos, militantes comunistas, gitanos, miembros del NKVD y comisarios políticos, el grupo de la población soviética que sufrió un peor destino a manos de los invasores fue el de los prisioneros de guerra. Entre el inicio de la Operación Barbarroja y el final de la guerra, alrededor de 5,7 millones de soldados del Ejército Rojo fueron cautivos de la Wehrmacht. En enero de 1945 todavía había 930.000 soldados del Ejército Rojo en campos de prisioneros alemanes. De esos 5,7 millones, un millón, como máximo, había sido puesto en libertad, en su mayoría para servir como tropas auxiliares de retaguardia o *Hilfswillige* al servicio de las necesidades logísticas del *Ostheer*. Según las propias estimaciones del Comando Supremo del Ejército alemán, medio millón de prisioneros consiguió huir o fue liberado. El resto, unos 3,3 millones de soldados, falleció durante su cautiverio, antes de llegar a los campos de internamiento o durante su estancia en los mismos; hasta mayo de 1942, la cifra de muertos había oscilado entre 1,6 y 1,9 millones de cautivos. Esas cifras suponían el 57,5 por ciento del montante total de los soldados del Ejército Rojo capturados por la Wehrmacht[207].

El destino de los prisioneros soviéticos contrastaba con el de los 232.000 soldados británicos y norteamericanos que cayeron en manos alemanas, pues de ese grupo solo falleció en los campos de internamiento el 3,5 por ciento (8.348). O con el del millón y medio de soldados franceses hechos prisioneros en 1940, de los que 940.000 permanecieron en cautividad hasta el final de la guerra. De ellos, y dejando aparte a 75.000 judíos franceses, falleció un 2,2 por ciento

(21.000). A ese número de muertos se podrían añadir 20.000 detenidos franceses no judíos y entre 10.000 y 20.000 trabajadores civiles en Alemania y la Polonia ocupada, lo que arrojaba un 2,3 por ciento de muertos entre los 840.000 trabajadores civiles franceses reclutados por los ocupantes alemanes y desplazados fuera de su país[208]. La proporción de soldados soviéticos fallecidos en cautiverio alemán también era mucho más elevada que la registrada durante la I Guerra Mundial, cuando de 1.434.500 combatientes del ejército zarista en manos germanas *solo* murió el 5,4 por ciento.

Soldados soviéticos cautivos y moribundos, 3 de julio de 1941 (*Beutestücke, Kriegsgefangene in der Deutschen und Sowjetischen Fotografie, 1941-1945,*Museum Berlin-Karlshorst, Christoph Links-Verlag, Berlín, 2003)

Tan alta mortandad se debía, en primer lugar, a las enfermedades infecciosas producto de las deficientes condiciones higiénicas de los campos, como la disentería y el tifus, que ya se extendieron en los *Stalags* (campos de prisioneros de guerra) alemanes de prisioneros en el frente del Este en agosto de 1941. El principio del invierno trajo consigo un incremento exponencial de los índices de mortandad. En los campos de prisioneros distribuidos en la

zona oriental de Polonia se contaban ya 54.000 muertos a mediados de octubre. En los días siguientes se registraban 4.600 fallecidos por día. Más del 85 por ciento de los 361.000 cautivos soviéticos custodiados desde el inicio de la invasión en el Gobierno General de Polonia habían fallecido en abril de 1942. La proporción de muertos en los campos situados en otras zonas bajo control alemán no era mucho mejor: en febrero de 1942 había fallecido el 60 por ciento (2 millones) de los 3,3 millones de prisioneros soviéticos tomados el año anterior.

Ese destino era consecuencia de la voluntad manifiesta del III Reich, con la complicidad de la cúpula de la Wehrmacht. No se trataba, como intentaron justificarse los procesados en Núremberg en 1946, de que la Wehrmacht se hubiese visto desbordada por un número de prisioneros que superaba en mucho sus previsiones. Pues el destino de los cautivos estaba sellado de antemano, como consecuencia del propósito confeso de explotar al máximo las fuentes de aprovisionamiento, materias primas y alimentos, disponibles en el Este para proveer a la población del Reich. Del mismo modo que la población civil eslava no constituía una prioridad y, por lo tanto, se calculaba que una parte de ella moriría de inanición, ya en mayo de 1941 los planes de la Operación Barbarroja en el Alto Mando de la Wehrmacht establecían claramente que a los prisioneros se les proporcionaría solo «la alimentación indispensable». En las instrucciones repartidas a la tropa y en las transmitidas a los oficiales en vísperas de la invasión de la URSS, el 11 de junio de 1941, se estipulaba que los soldados soviéticos no tenían derecho a acogerse al Derecho de Guerra fijado por la llamada Convención de Ginebra de 1929 para la protección de los prisioneros, ni tampoco a la Convención de La Haya de 1907. La URSS no había suscrito ninguno de los dos

acuerdos, con lo que la excusa estaba servida. El trato al prisionero soviético, visto como un ser infrahumano desde una perspectiva ideológica, era diferente del dispensado al combatiente occidental, *europeo*. El mismo Hitler lo había dejado claro el 30 de marzo de 1941: «Debemos dar la espalda al sentimiento de camaradería entre soldados. El comunista no ha sido ni será nunca un camarada. Se trata aquí de una guerra de exterminio».

Aunque algunos jefes de División y varios generales mostraron cierta disconformidad, la situación de los prisioneros soviéticos no se vio alterada por el conocimiento por parte del mando alemán de las altas tasas de mortandad registradas entre los internados durante el otoño e invierno de 1941, cuando tras agotadoras marchas a pie desde el Este los cautivos fueron repartidos en campos situados en Polonia y Bielorrusia, pero también en el territorio alemán, a menudo sin ninguna instalación prevista para su alojamiento. Más preocupante les parecía, de hecho, que los cautivos se pudiesen escapar durante su traslado a los campos de retaguardia[209]. Con frecuencia, los comandantes de los campos solo disponían de alambre de espino, herramientas y algunos calderos; los prisioneros tenían entonces que ingeniárselas para construir sus propios refugios, o los cavaban en el suelo, como en Stukenbrock o en Bergen-Belsen. Las agotadoras marchas diezmaban las fuerzas de los que llegaban al campo, pues durante el trayecto a pie los prisioneros recibían raciones diarias de 100 gramos de pan y 20 gramos de gachas. Quienes no podían caminar eran rematados en el acto por los guardianes. Los más afortunados pudieron hacer el viaje en vagones abiertos y, desde noviembre de 1941, cerrados, siempre y cuando no entorpeciesen el tránsito de los convoyes militares de la Wehrmacht. Hasta principios de 1942, una cuarta parte de

los prisioneros fallecía por hambre, agotamiento o congelación durante el viaje desde el frente. Y el estado de quienes tenían la fortuna de arribar a destino ya era deplorable. Así rememoraba un veterano español de la Divisón Azul en 1945 el aspecto de los prisioneros en un campo cualquiera, en la actual Bielorrusia, en septiembre de 1941:

> Del campo de concentración [...] iban y venían grupos de prisioneros portando leña para las cocinas, bajo la custodia de un soldado, sin más armas que un garrote. Otros, sentados en el suelo, se despiojaban, indiferentes a todo, exhibiendo sus miserias al sol. Casi todos parecían muertos andando. Unos muertos monstruosos y sucios que se arrojaban al suelo como fieras, para reñir a dentelladas y puñetazos por una cáscara de fruta o un hueso mondo. Había muy pocos tipos que no hubiesen perdido la humanidad en los rasgos y en los ojos, famélicos aunque estuviesen gordos y de buen color[210].

Prisioneros soviéticos custodiados por soldados alemanes a caballo, frente de Leningrado, verano de 1943; foto tomada por el sargento de la División Azul Lino Nogueira (Archivo privado de M.ª Xesús Nogueira, Santiago de Compostela)

No por ese motivo despertaban los soldados soviéticos devenidos en prisioneros sentimientos de compasión, ni inspiraban humanidad o respeto por el oponente caído. Un soldado alemán escribía a sus padres que «a menudo nos cruzamos con prisioneros, aislados o en masas, embrutecidos, bestiales, andrajosos, y sin embargo siempre arteros»[211]. La presencia de muchas mujeres soldado entre

los cautivos tampoco inspiraba ningún sentimiento especial; y el servilismo de los *Ivanes* al rendirse era considerado como una muestra de pérfida astucia. El *Landser* Paul, con veinte años, resumía esas impresiones en una carta a casa en mayo de 1942:

> En los últimos días se concentraron muchos prisioneros, incontables, sucios hasta extremos increíbles. Entre ellos también hay muchas mujeres, en su mayoría sanitarias, que se hacen cargo de los heridos, pero igualmente hay mujeres soldado *[Flintenweiber]* de todo tipo. Todo el que ha combatido a los rusos no siente compasión alguna hacia ellos, y yo tampoco. Si sus comisarios están presentes, entonces son rusos. Apenas caen prisioneros, empiezan a gimotear: «No ruso, yo ucraniano». ¡A veces pretenden hacernos creer que son alemanes! Vaya banda de gente artera[212].

Pese a las malas condiciones del trato a los prisioneros, el general Eduard Wagner —que el 20 de julio de 1944 se contaría entre los conspiradores que intentaron asesinar a Hitler, es decir, entre los militares opuestos al nazismo—, a la sazón responsable de los suministros del Ejército de Tierra, decidió el 21 de octubre de 1941 una importante reducción de las raciones de los prisioneros, que disminuía su aporte calórico en un 25 por ciento con respecto a lo fijado con anterioridad. Los que no estaban en condiciones de rendir como trabajadores solo recibirían 1.500 calorías por día, alrededor de dos tercios del mínimo indispensable para subsistir. Un mes después, el mismo Wagner justificaba su decisión de forma diáfana: «Los prisioneros de guerra no aptos para el trabajo [...] deben morir de hambre. Los aptos para el trabajo pueden ser alimentados de las provisiones del Ejército en casos excepcionales»[213]. Los prisioneros heridos solo debían ser atendidos con material sanitario soviético y en hospitales separados. El médico español de la División Azul Manuel de Cárdenas, que visitó el 15 de abril de 1942 el precario hospital de prisioneros soviéticos ubicado en la ciudad lituana de Vilnius, pudo contemplar cómo «están muy escasos de material, se lavan con agua sin esterilizar y solo se ponen guantes para operaciones delicadas»[214]. Y si los cautivos ya estaban heridos de gravedad se generalizó la

práctica, iniciada por los comandantes de algunos cuerpos de ejército, de entregarlos a las SS y la policía para que procediesen a su ejecución. De este modo se ahorraban el coste de su alimentación.

La ejecución de tal política de exterminio paulatino y de sobreexplotación de los prisioneros correspondió en primer lugar al ejército regular. En virtud del acuerdo suscrito entre el Alto Mando de la Wehrmacht y Reinhard Heydrich, los *Einsatzgruppen* también fueron autorizados a separar entre los prisioneros a aquellos que debían ser ejecutados de inmediato, o enviados desde enero de 1942 a campos de concentración y exterminio para proceder a su liquidación. Las categorías seleccionables abarcaban a todos los judíos, los comisarios políticos del Ejército Rojo que habían sobrevivido, y en general los cuadros y funcionarios del Partido Comunista, así como los oficiales del Ejército Rojo. De su separación previa del resto de prisioneros se ocuparon en muchas ocasiones las propias unidades militares, que también podían encargar a los cautivos judíos operaciones especialmente peligrosas, como la limpieza de campos de minas. Pero, por lo general, eran los comandantes de los campos de prisioneros y los «comandos especiales» de las SS y SD quienes llevaban a cabo la criba en los *Stalags* de la retaguardia. Varias unidades militares y sus comandantes, sin embargo, mostraron reticencias hacia la eliminación de los prisioneros *seleccionados,* y en la reunión mantenida en el verano de 1941 por representantes del RSHA, del servicio de información y espionaje y del organismo encargado de los campos de prisioneros dentro del *Allgemeines Wehrmachtsamt,* bajo la presidencia del general Reinecke, se impuso la doctrina de que la lucha en el Este era un combate entre cosmovisiones opuestas, y por tanto los «criterios ideológicos» debían primar en toda circunstancia, aunque

ello implicase el riesgo de dificultar la predisposición de los soldados del Ejército Rojo a rendirse y de afectar a la moral de las propias tropas. El 21 de diciembre de 1941 se habían seleccionado en los campos por parte de los «equipos de detección» de Heydrich 22.000 prisioneros, de los que 16.000 habían sido ejecutados. Los equipos actuaron en todos los *Stalags* hasta julio de 1942, y desde esa fecha se limitaron a efectuar la *selección* en los territorios del Este[215].

Hubo también una conexión directa entre la «solución final» para el exterminio de los judíos europeos y la política seguida hacia los prisioneros de guerra soviéticos. El método asesino consistente en emplear cámaras cerradas con gas Zyklon B fue desarrollado en un principio por las SS para acelerar la ejecución masiva de los cientos de cautivos soviéticos —judíos y funcionarios comunistas— seleccionados para ser eliminados en el campo de Auschwitz, y fue ensayado por primera vez con 600 de esos prisioneros en septiembre de 1941. Y tanto el campo de exterminio de Lublin (Madjanek) como el de Birkenau (extensión del campo de Auschwitz, a tres kilómetros del mismo) fueron destinados, al poco de ser construidos, para acoger a 125.000 prisioneros soviéticos que habían sido cedidos por el OKW a Heinrich Himmler en calidad de esclavos, con el fin de trabajar hasta el agotamiento en las fábricas dependientes de las SS y su «emporio» económico, que se estaba ampliando con la decisión de la empresa I.G. Farben de instalar una fábrica en Auschwitz. De los prisioneros prometidos, unos 10.000 fueron trasladados a pie. En febrero de 1942 habían fallecido en su casi totalidad[216].

Una mejoría de las condiciones en la alimentación y atenciones dispensadas a los cautivos soviéticos solo empezó a abrirse paso desde octubre de 1941. La razón era que el

fracaso de las predicciones de la Operación Barbarroja, y el enorme coste en vidas humanas que a la Wehrmacht le suponía el frente oriental, provocaron una inesperada y progresiva carencia de mano de obra sin cualificación en la propia Alemania, tanto para trabajos en la industria pesada y en la minería como para labores agrícolas. El fracaso de la guerra relámpago alejó cualquier posibilidad de desmovilizar soldados para mantener las cuotas de producción, por lo que la única solución, como veremos, fue recurrir a mano de obra esclava, y en primer lugar a los prisioneros soviéticos. Con ese fin, el propio Hitler resolvió mejorar las raciones de los prisioneros. Con todo, hasta octubre de 1944, cuando la necesidad de trabajadores en la retaguardia era ya desesperada, su ración no se equiparó en cantidad —ni en calidad— a la recibida por la población civil alemana.

Por otro lado, un número indeterminado de cautivos fue reclutado a partir de 1942 para desempeñar labores auxiliares al servicio de las tropas alemanas, fuese en la retaguardia —en calidad de policía auxiliar o de «Servicio de Orden», o bien como unidades antipartisanas— o en el frente, a menudo de forma oficiosa y bajo la tutela de oficiales tudescos[217]. Eran los denominados *Hiwis,* cuyo número creció de manera ostensible en algunas unidades militares, en especial cuando la escasez de recursos humanos obligaba al Ejército alemán a pasar por alto muchos de los principios ideológicos. Su número total se ha evaluado alrededor de los 165.000[218]. Entre los prisioneros de nacionalidades no rusas, y de modo especial entre los ucranianos, se reclutaron también miembros de fuerzas auxiliares, de batallones de vigilancia de campos de prisioneros y hasta de destacamentos antipartisanos. A ellos se sumaron los varios centenares, aunque pocos oficiales, que se unieron al general Vlasov, en buena parte motivados

por el hambre[219].

A pesar de todo lo anterior, y aunque las instrucciones del OKW y de los comandantes de diversos cuerpos de ejército insistieron desde la primavera de 1942 en que los prisioneros de guerra podían revestir una gran utilidad como fuerza de trabajo, los niveles de mortandad de los soldados soviéticos en cautiverio siguieron situándose muy por encima de la media de los prisioneros de otras nacionalidades, como consecuencia de la malnutrición permanente y la mayor facilidad con la que se propagaban entre ellos las enfermedades infecciosas, que hallaban fácil presa en cuerpos desnutridos. Desde mayo de 1943 la mortalidad entre los prisioneros del Ejército Rojo volvió a aumentar. Los cautivos soviéticos tenían siempre más posibilidades de sufrir malos tratos, humillaciones, de recibir alimentación deficiente y de ser ejecutados por cualquier nimiedad; prácticas como el no hacer prisioneros, fusilando en el acto o poco después a quienes se entregaban, fueron muy comunes tanto entre unidades de las Waffen SS como de la Wehrmacht, hasta prácticamente el final de la guerra; y los prisioneros soviéticos que se evadían de los campos eran también entregados de inmediato, en caso de ser capturados, al SD para que procediese a su ejecución. Hasta marzo de 1944 esta medida no se generalizó a todos los prisioneros de otras nacionalidades que eran capturados de nuevo tras evadirse.

El interés pragmático en la fuerza de trabajo esclava que suponían los prisioneros soviéticos, y eslavos en general, coexistía solo de modo problemático con los postulados nacionalsocialistas, que de modo explícito tendían al exterminio de buena parte de la raza eslava. Aceptar su presencia como trabajadores, o como miembros de fuerzas auxiliares bajo mando y hasta con uniforme alemán se

avenía mal con la ortodoxia nazi. Hubo, como en otras facetas de la guerra de exterminio del III Reich, casos individuales de soldados y oficiales de rango medio e inferior que se distinguieron por su trato humano hacia los prisioneros y que incluso protestaron ante sus superiores por las condiciones en que aquellos tenían que vivir entre alambradas. Pero esos casos de conducta humanitaria nunca fueron apoyados de forma explícita desde las instancias de mando de sus divisiones, cuerpos de ejército, ejércitos o el OKW. Entre los aliados de la Wehrmacht en la guerra en el Este —al menos entre italianos y españoles— el trato a los cautivos fue, en general, más benigno. Con todo, muy pocos prisioneros pasaron por sus manos, pues su custodia en campos de retaguardia fue responsabilidad exclusiva de la Wehrmacht.

Los prisioneros soviéticos que sobrevivieron a las penalidades del sistema concentracionario alemán no sufrieron un destino mucho mejor a manos de sus propios compatriotas en el momento de ser liberados o acabar la guerra. La doctrina oficial del régimen estalinista consistía en despreciar a quien caía prisionero. Y esa concepción era aplicada, en primer lugar, a sus propios conciudadanos cuando se *dejaban* apresar por el enemigo. De hecho, ni siquiera se les reconocía el estatus de prisionero de guerra, y solo se disculpaba a quienes cayesen en manos alemanas después de haber caído heridos de gravedad. Los prisioneros soviéticos en manos de Alemania y sus aliados fueron abandonados a su suerte por el Gobierno de Moscú, que se negaba a dar a la Cruz Roja Internacional información que facilitase la llegada a sus soldados cautivos de correspondencia o comida. El Decreto núm. 270 del 16 de agosto de 1941, firmado por Stalin y leído a todas las unidades del Ejército Rojo —aunque no fue hecho público

hasta años después—, establecía que quienes se rindiesen al enemigo serían aniquilados, y sus familias, privadas de toda prestación social. Los desertores serían fusilados, y sus familias, arrestadas. Y los soldados hechos prisioneros eran considerados, sin excepción, traidores a la patria. Con anterioridad, el Decreto del 20 de julio de 1941 había establecido que todos los soldados ucranianos, bielorrusos y bálticos que regresasen a las líneas soviéticas tras escapar de las bolsas cercadas por tropas alemanas serían debidamente «examinados» por las «instancias correspondientes» —el NKVD—, en prevención de que hubiesen sido captados por los nazis como espías o saboteadores[220].

Si los cautivos conseguían huir o eran liberados por sus compañeros de armas, el destino que les aguardaba al reincorporarse a la jurisdicción del régimen estalinista no era muy halagüeño. De él sólo pudieron librarse los cerca de 200.000 prisioneros que permanecieron en Europa occidental, Estados Unidos u otros países tras la guerra, en especial bálticos y ucranianos, y que pudieron eludir la repatriación. Pero no fue así para los 2.775.700 prisioneros soviéticos que fueron repatriados de territorio alemán, así como para los 1,8 millones de civiles que habían sido deportados al Reich como mano de obra forzada. Primero, fueron concentrados en campos de «verificación y filtración», donde fueron sometidos a minuciosos interrogatorios por parte del NKVD, la fiscalía militar y la organización de contraespionaje SMERSh (*smert' shpionam,* «muerte a los espías»). El Decreto de Stalin del 11 de mayo de 1945 autorizó la creación de una red de decenas de campos con ese fin en los territorios conquistados, que a veces hizo uso de las instalaciones antes utilizadas por los nazis. Más tarde, los exprisioneros soviéticos fueron transportados al territorio de la URSS. Alrededor de la mitad

de ellos fue internado en campos de trabajo forzado o *Gulags*. De esa mitad, unos 660.000 soldados y suboficiales en edad de servir en el ejército fueron destinados a batallones de trabajo del Ministerio de Defensa para ser utilizados en labores de alto riesgo. Solo quienes habían superado la edad de prestar servicio militar obligatorio pudieron volver a sus casas.

Los 126.000 oficiales y generales que habían sobrevivido al cautiverio alemán corrieron peor suerte. Un porcentaje apreciable de ellos, aunque difícil de determinar con exactitud, fueron fusilados tras sufrir meses de internamiento e interrogatorio, mientras que otros acabaron en los *Gulags* o en los llamados «asentamientos especiales» construidos en Siberia y en las zonas árticas, que albergaron prisioneros que desempeñarían trabajos en la industria o en la construcción de infraestructuras. Los generales Ponedelin y Kirillov, que habían caído prisioneros al empezar la guerra, habían sido ya sentenciados a muerte en ausencia. Tras volver en 1945 a la URSS fueron encarcelados y finalmente fusilados en 1950. Un millón, en total, de exprisioneros soviéticos fueron obligados a volver al ejército y pasar un período de «readaptación» a la ortodoxia sirviendo en sus filas. Y aquellos que volvieron a casa sufrieron discriminaciones varias, como no poder vivir en Moscú, Leningrado y Kiev; o fueron obligados a informar con regularidad al NKVD de sus actividades[221].

¿Qué ocurrió con los prisioneros de la Wehrmacht y de sus ejércitos aliados que caían en manos del Ejército Rojo? La apertura temporal de los archivos rusos tras 1989 ha permitido la realización de algunas investigaciones detalladas, con base en la documentación del NKVD. De entrada, cabe decir que los primeros meses de la guerra, y al menos hasta febrero/marzo de 1942, el Ejército Rojo también

maltrató a sus prisioneros de forma generalizada. Hubo numerosos casos de cautivos alemanes, húngaros, rumanos o de otras nacionalidades que fueron masacrados por soldados del Ejército Rojo de manera inmediata tras su captura. Se trataba en parte de una espiral de embrutecimiento recíproco: una vez que se supo entre los combatientes soviéticos el destino que les esperaba si caían prisioneros, a menudo pagaban con la misma moneda cuando apresaban a soldados enemigos. A la inversa, el descubrimiento de fosas de soldados alemanes abatidos y a menudo torturados tras su captura por los soviéticos acentuaba los instintos de venganza entre los *Landser*. Por otro lado, el asesinato en masa de soldados y oficiales polacos durante la conquista de Polonia oriental en 1939 a manos del NKVD también mostraba la escasez de escrúpulos del Ejército Rojo respecto a las normas de la Convención de Ginebra[222].

Un argumento clásico y utilizado con fruición por publicistas e historiadores revisionistas, asociaciones y círculos de excombatientes de la Wehrmacht (y de sus ejércitos aliados), así como por una parte considerable de la opinión pública conservadora alemana, ha consistido en equiparar de forma sistemática los sufrimientos de los prisioneros soviéticos en manos alemanas con el destino de los cautivos alemanes, cuyo número aumentó de forma considerable a partir de la caída de Stalingrado. De hecho, el argumento esgrimido por el III Reich para no sentirse vinculado por la Convención de Ginebra de 1929, según expresó a la Cruz Roja el 21 de agosto de 1941, habría sido la constatación de las atrocidades soviéticas contra prisioneros alemanes durante los dos primeros meses de guerra. Sin embargo, y como se puede observar en el cuadro 3.1, elaborado a partir de las propias estadísticas internas del

NKVD, las tasas de supervivencia de los prisioneros del Ejército alemán y sus aliados tras años de cautiverio fueron muy inferiores a las de los prisioneros alemanes en manos norteamericanas o británicas, y a las de los prisioneros aliados no eslavos en campos alemanes. Con todo, se sitúan más de un 60 por ciento por debajo de las tasas de mortandad de los prisioneros soviéticos del III Reich. De 2.388.443 prisioneros alemanes y austríacos, un 14,4 por ciento murió en cautividad. La media de todas las nacionalidades incluidas en la Wehrmacht era del 13,9 por ciento, algo inferior que la de los ejércitos aliados de la misma (húngaros, rumanos, italianos y finlandeses), con un 14,8 por ciento. Por encima de ese porcentaje se situaban las tasas de mortandad de los prisioneros rumanos (29,1 por ciento) y, en particular, de los italianos (56,5 por ciento).

Cuadro 3.1 Prisioneros de guerra de la Wehrmacht y sus aliados en la URSS, 1941-1956

Nacionalidad	*Número de prisioneros*	*Repatriados*	*Muertos en cautiverio*	*Porcentaje de muertos sobre prisioneros*
Alemanes (y austríacos)	2.545.454	2.177.533	367.578	14,4%
Húngaros	513.766	459.011	54.753	20,6%
Rumanos	187.367	132.755	54.602	29,1%
Checoslovacos*	69.977	65.954	4.023	5,7%
Polacos	60.277	57.149	3.127	5,1%
Italianos	48.957	21.274	27.683	56,5%
Franceses**	23.136	21.811	1.325	5,7%
Yugoslavos	21.830	20.354	1.468	6,7%

Holandeses	4.730	4.530	199	4,2%
Finlandeses	2.377	1.974	403	16,9%
Belgas	2.014	1.833	177	8,8%
Luxemburgueses	1.653	1.560	92	5,6%
Daneses	456	421	35	7,6%
Españoles	452	382	70	15,4%
Noruegos	101	83	18	17,8%
Otros	3.989	1.062	2.927	73,3%
Total prisioneros	3.486.206	2.967.686	518.520	14,8%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del NKVD en 1956, reproducidos en Giusti (2003: 97).
* En realidad, eran en su inmensa mayoría eslovacos, así como alemanes étnicos.
** Comprende tanto los prisioneros de las fuerzas voluntarias francesas (LVF, División Carlomagno, etc.) como los soldados alsacianos y loreneses reclutados a la fuerza por la Wehrmacht.

Con todo, es posible que esos cómputos oficiales, aunque de uso interno, no reflejen el destino de los cautivos durante el primer año y medio de guerra, y no incluyan a quienes fueron ejecutados de forma sumaria tras ser apresados, no sobrevivieron el trayecto a pie o en tren hasta los campos de prisioneros. Pues también los alemanes, italianos o rumanos fueron sometidos a largas marchas a pie, durante las que los débiles y enfermos caían agotados y eran rematados por los guardias; recibieron alimentación insuficiente, al menos en los primeros meses; y sucumbieron al tifus, la disentería, la tuberculosis o la gangrenación de sus extremidades congeladas. Fueron igualmente utilizados como mano de obra forzada en fábricas y obras públicas, así como en el trabajo en el campo, desde al menos 1942. Además, los supervivientes solo pudieron regresar a sus casas,

repatriados por la Cruz Roja Internacional, de manera escalonada y a partir de 1946-1947, registrándose todavía expediciones de vuelta en 1956.

Algunos cómputos fijan el número de soldados alemanes (y austríacos) de la Wehrmacht que fueron hechos prisioneros en 3,2 millones, de los que habrían muerto 1,1 millones, lo que eleva la tasa de mortandad al 34 por ciento, y situaría el porcentaje de quienes fallecieron antes de arribar a los campos de prisioneros en un 21 por ciento de los capturados en el frente. Se ha señalado igualmente, aunque sin datos estadísticos concretos, que casi un 95 por ciento de los prisioneros alemanes capturados por el Ejército Rojo entre junio de 1941 y diciembre de 1942 no sobrevivió. Otros autores rebajan ese porcentaje de mortandad al 50 por ciento. El bajo número de cautivos alemanes en esos años, sin embargo, hace que su alta mortandad —al igual que la de los prisioneros del cerco de Stalingrado en febrero de 1943— no incida de modo excesivo sobre la media general. Durante los dos primeros años de guerra la alimentación de los prisioneros de guerra en manos soviéticas era inferior a la de los presos políticos de los Gulags, y la causa más frecuente de muerte en cautiverio fue la distrofia[223]. Con todo, y aun tratándose de cifras muy elevadas, existe una clara desproporción entre las tasas de mortandad de los cautivos soviéticos bajo custodia germana y los militares de la Wehrmacht y sus aliados que sufrieron idéntico destino a manos del NKVD: más del doble en el primer caso.

Existieron asimismo algunas diferencias cruciales en el tratamiento otorgado por los soviéticos a sus prisioneros. En primer lugar, no existía ninguna orden específica que autorizase a los partisanos o a los soldados del Ejército Rojo a efectuar ejecuciones sumarias, ni en general ni contra grupos específicos de oficiales o soldados del Eje. Al

contrario, a través del ministro de Exteriores Molotov la URSS se dirigió a la Cruz Roja Internacional el 27 de junio de 1941 para manifestar su voluntad de respetar las normas de la Convención de Ginebra, siempre y cuando la otra parte beligerante hiciese lo propio. Empero, solo Italia y Eslovaquia se mostraron dispuestas a hacer lo mismo; no así Alemania, lo que dio pie a la Unión Soviética a no suscribir ningún compromiso. Pero ya el decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS, con fecha de 1 de julio de 1941, prohibía de forma expresa humillar a los prisioneros, robarles e interrogarles con métodos violentos. Con todo, tales prácticas, en particular la sustracción violenta de objetos de valor y ropa de abrigo a los prisioneros, eran algo casi general entre los *frontóviki,* como corroboran los testimonios de prisioneros y civiles alemanes hasta la batalla de Berlín. El saqueo de las pertenencias de los vencidos no estaba mal visto por los mandos del Ejército Rojo, por lo que su celo en hacer cumplir aquellas normas era escaso. Para los soldados de la Wehrmacht y sus aliados, además, caer prisioneros conllevaba un alto riesgo de ser ejecutados en el acto. Para la propaganda soviética, los cautivos eran enemigos de la URSS y del proletariado mundial, y por lo tanto también traidores a su propia clase[224].

Esto acaeció de modo particular en el momento en que el Ejército Rojo capturó contingentes nutridos de prisioneros por primera vez: las batallas del frente del Don y Stalingrado, entre diciembre de 1942 y febrero de 1943. Durante las primeras semanas, y pese a los decretos del NKVD y del Ministerio de Defensa soviéticos, reinó un caos absoluto a la hora de decidir qué hacer con los prisioneros del ejército invasor. Centenares de ellos fueron pasados por las armas, en particular los oficiales. En las semanas siguientes a la rendición de Stalingrado, los oficiales del

Ejército Rojo que estaban a cargo de los cautivos, mal coordinados con los del NKVD, se mostraron indiferentes hacia la suerte de los prisioneros, proporcionándoles escasa e irregular alimentación, y permitiendo todo tipo de excesos y asesinatos por parte de sus soldados, además de no hacer nada por garantizar asistencia médica a los heridos. De hecho, los cientos de heridos alemanes y rumanos incapaces de desplazarse por sí mismos que se hacinaban en los grandes almacenes *Unimag* de Stalingrado en el momento de la capitulación fueron pasados por las armas *in situ* por los soldados soviéticos[225]. Según las instrucciones del NKVD, los prisioneros de guerra debían ser transportados de modo inmediato a la retaguardia, y de allí conducidos en tren hasta los campos de internamiento. Los cautivos eran apilados en los vagones en condiciones penosas, en viajes que duraban semanas, hasta llegar a campos situados en Asia Central, Siberia o los Urales. Sin embargo, todas las normas que regulaban las condiciones de transporte fueron sistemáticamente incumplidas. El número de los prisioneros que pereció durante las marchas es difícil de precisar, pues por norma general sus decesos no fueron registrados por sus guardianes[226].

Las tasas de mortandad se mantuvieron en niveles muy elevados durante el primer año y medio de cautiverio. Pero a partir de la segunda mitad de 1943 la tendencia comenzó a apuntar hacia un claro descenso y estabilización del número de muertes. El NKVD dictó varias instrucciones para garantizar las condiciones de vida dentro de los *Gulags* de prisioneros; y quienes más habían caído víctimas de las enfermedades infecciosas en la primera mitad de 1943 eran aquellos que ya estaban debilitados por las marchas, el hambre o las heridas recibidas. El Estado soviético se percató de la utilidad de los prisioneros como mano de obra esclava,

algo que Lavrenti Beria ya había intuido en septiembre de 1939, cuando se destinó a 25.000 prisioneros polacos a trabajos forzados; y por consiguiente los utilizó a conciencia en labores como cortar leña, extracción de mineral de las minas, recolección del grano y del algodón, limpieza de nieve en vías públicas o construcción y reparación de edificios. Incluso, desde 1944 el NKVD introdujo un pequeño incentivo dinerario para aquellos prisioneros que cumplían con las cuotas de rendimiento exigidas.

El hambre nunca desapareció del todo entre los prisioneros. Años de malas cosechas, como ocurrió en 1946, aparejaban una disminución en la dieta calórica de los cautivos. Pero, en el contexto de escasez de suministros que azotaba al conjunto de la población civil soviética, era cierto que desde 1944 las raciones asignadas a los prisioneros no desmerecían en mucho a las que recibían buena parte de los ciudadanos de la URSS. Aunque en algunos campos, como en Tambor, se registraron casos de canibalismo, e incluso un tráfico de carne humana organizado por prisioneros en su mayoría rumanos, ese fenómeno remitió con claridad desde el último año y medio de guerra. Un testimonio coincidente en los relatos de exprisioneros alemanes, italianos o españoles consiste en la para los cautivos sorprendente constatación, cuando pudieron salir a trabajar fuera de los *Gulags* y tuvieron contacto con la población civil, de que los campesinos u obreros rusos, siberianos o kazajos no siempre estaban mejor vestidos o alimentados que los *fascistas* presos[227].

Las medidas disciplinarias internas dentro de los campos tendieron a relajarse, aunque los métodos de control pasaban por ganarse a prisioneros para «comités antifascistas» que pudiesen vigilar y denunciar a sus compañeros. Se fundaron así grupos de oficiales y de

soldados afines a la URSS, como el Comité Nacional Alemania Libre [*Nationalkomitee Freies Deutschland,* constituido en mayo de 1942] y la Unión de Oficiales Alemanes [*Bund Deutscher Offiziere,* fundado en septiembre de 1943], en contacto con los comunistas exiliados de diversos países del Eje y residentes durante la guerra en Moscú. Sin embargo, la postura de los comunistas exiliados hacia sus connacionales internados en los campos de prisioneros fue un tanto ambivalente. Por un lado, algunos líderes comunistas alemanes o italianos expresaron cierta preocupación ante el Komintern por la suerte de sus compatriotas presos, temían el efecto cohesionador o reforzados del apoyo a los regímenes fascistas que el luto por padres, hermanos y esposos desaparecidos pudiese operar entre la población civil de las potencias el Eje, y veían en los cautivos una posible fuente de neófitos para la causa antifascista si eran abordados por una adecuada propaganda. Actividades para las que algunos comunistas alemanes, como el después presidente de la República Democrática Alemana Walter Ulbricht, fueron reclutados con frecuencia, aunque con resultados solo relativos. Por otro lado, muchos comunistas exiliados no dejaban de contemplar esa suerte como un resultado inevitable de la guerra imperialista desencadenada por los fascismos. Y hasta hubo algunos, como el italiano Palmiro Togliatti, que estimaban a comienzos de 1943 que solo si el destino de los connacionales cautivos en los campos de prisioneros alcanzaba proporciones de tragedia, el duelo que sufrirían sus familiares por la pérdida les llevaría a exigir responsabilidades a su Gobierno. El luto, creía Togliatti, avivaría el descontento popular contra el régimen y redimiría al pueblo italiano de su culpa colectiva por transigir con el fascismo[228].

Ninguna de las dos posturas se llegó a imponer. Pero poca influencia real podían ejercer unas decenas de comunistas exiliados en Moscú sobre la política oficial hacia los prisioneros. Quienes mandaban en ellos eran los soviéticos, y en concreto el NKVD. Este último sí intentó poner en práctica un programa de adoctrinamiento y *reeducación* entre los prisioneros. Con ese fin se constituyeron las llamadas escuelas antifascistas, que empezaron también a funcionar dentro de los *Gulags,* si bien sus resultados fueron diversos. Pues el hecho de que muchos prisioneros acabasen por prestarse a colaborar con los soviéticos no quería decir que su conversión ideológica hubiese sido sincera. Los casos de colaboración oportunista con el NKVD, como incluso reconocían algunos de sus informes, fueron mucho mayores que las conquistas de voluntades políticas. La política carcelaria tenía un objetivo fundamental: utilizar a los prisioneros de guerra como mano de obra barata para las labores de reconstrucción de la URSS. Después de 1950 todavía quedaban cerca de 400.000 prisioneros del Eje en los campos soviéticos. Salvo los pocos cientos de cautivos juzgados como criminales de guerra que no fueron amnistiados en última instancia, o enviados de nuevo a sus países de origen, la gran mayoría había vuelto en 1955[229].

3.4. Agazapados en los bosques: la guerra de los partisanos

La Wehrmacht y sus aliados no solo se vieron obligados a mantener una brutal y cruenta guerra de posiciones en el frente. También se enfrentaron a una continua guerra de guerrillas detrás de sus líneas. La ocupación del terreno

conquistado por parte del Ejército alemán y sus aliados mantenía una intensidad diferencial. Fuera de la relativamente delgada zona del frente, de apenas veinte kilómetros de anchura (la *Gefechtszone* o zona de combates), tanto la inmediata retaguardia de cada Ejército (las *rückwärtige Armeegebiete*) que se extendía unos 50 kilómetros hacia el interior, como las más extensas *rückwärtige Heeresgebiete* comprendían cientos y a veces miles de kilómetros de anchura hasta llegar a los límites de los dos Comisariados del Reich de Ucrania y *Ostland* (actual Lituania y buena parte de Bielorrusia occidental). Esos territorios inmensos eran gobernados por comandancias específicas que tenían a su cargo un número limitado de tropas, con el concurso cada vez mayor de policías y fuerzas auxiliares locales. En octubre de 1943, de los 2,6 millones de soldados con que contaba el *Ostheer,* dos millones se concentraban en el área del frente, medio millón en la retaguardia inmediata, y solo cien mil guarecían la retaguardia lejana[230].

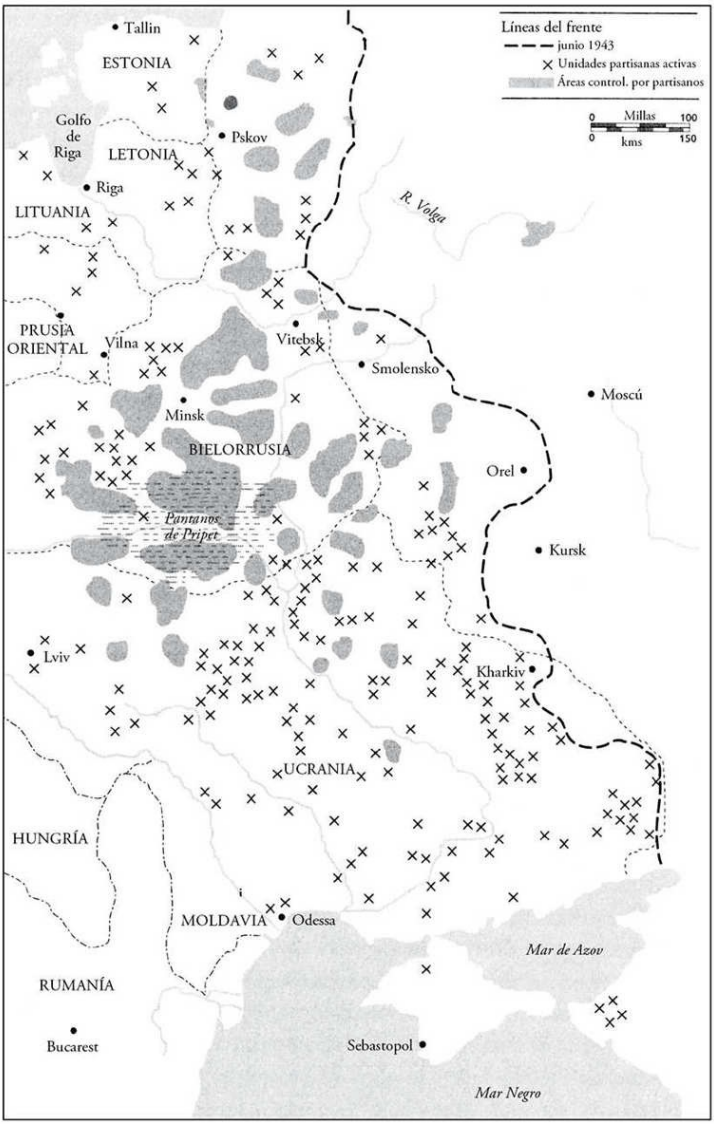
Los soldados de retaguardia pertenecían en su gran mayoría a las llamadas Divisiones de Protección *(Sicherungsdivisionen),* en número de tres por cada grupo de ejércitos, compuestas por reservistas movilizados y tropas de «defensa territorial» *(Landschützen)* formados *ex novo,* así como por reservistas de más de treinta años que en caso de necesidad podían ser considerados aptos para combatir en primera línea de fuego. Sus jefes y la mayor parte de sus mandos acostumbraban a ser oficiales de la reserva. A ellos se unían las unidades de la Policía Militar alemana o *Feldgendarmerie;* la Policía Secreta de Campo *(Geheime Feldpolizei),* reclutada entre miembros de la policía política *(Gestapo),* la policía criminal y el SD, y los batallones de Policía de Orden *(Ordnungspolizei)* integrados por jóvenes

fanáticos nazis que ya habían participado en la persecución y deportación de los judíos en Polonia y la URSS. Por último, un número creciente de destacamentos auxiliares integrados a menudo por *Hiwis* rusos o voluntarios ucranianos, bálticos o de otras nacionalidades no rusas, cuya importancia numérica dentro del contingente total destinado a garantizar la «limpieza» de la retaguardia alemana aumentó de modo progresivo a partir del otoño de 1941. De hecho, en varios sectores del frente oriental los ocupantes alemanes no siempre han sido los más odiados en la memoria de los campesinos rusos, sobre todo en comparación con la brutalidad desplegada en la zona por las tropas auxiliares estonias o letonas[231].

Las tropas de protección tenían entre sus cometidos el cuidar de la seguridad de depósitos de víveres y armas, proteger las rutas de comunicación de la retaguardia y los puntos de abastecimiento, vigilar el tráfico y custodiar a los prisioneros, según las instrucciones formuladas en marzo de 1941. Cuando la actividad partisana era amenazante, los Cuerpos de Ejército alemanes procedían a conformar los llamados Comandos de caza *(Jagdkommandos),* con el fin de llevar a cabo acciones determinadas, *limpiar* áreas concretas de presencia guerrillera, o ejecutar acciones de represalia contra informantes y población civil. Desde 1942 las tareas de la represión antipartisana también fueron asignadas a divisiones de tierra de la *Luftwaffe,* así como a unidades estacionadas en ciudades y pueblos de la lejana retaguardia, como Minsk, y tropas húngaras, eslovacas y rumanas, sobre todo en Bielorrusia y Ucrania. En ocasiones se desplegaron tropas de élite de las SS o unidades trasladadas desde el frente allí donde los partisanos suponían un serio peligro.

Los partisanos fueron exaltados por la propaganda soviética durante y después de la guerra, tanto por su

carácter romántico como por representar a la perfección una supuesta «comunicación genuina entre el Partido y el pueblo»[232]. También lo fueron por su destino trágico, pues para ellos no había piedad. Los ocupantes consideraban a los guerrilleros de la retaguardia unos meros bandidos o saboteadores, por lo que, si eran capturados, eran ejecutados de inmediato, a menudo tras ser interrogados. Su recuerdo se convirtió asimismo en un tema incómodo para los veteranos de guerra alemanes, que despachaban el tema de la lucha antipartisana con un manto de silencio en sus autobiografías y entrevistas[233].



MAPA 3. Áreas bajo control de los partisanos en la zona ocupada por el III Reich, verano de 1943

Los partisanos eran abundantes, pero su moral de combate era muy irregular. Muchos se habían convertido en guerrilleros como resultado de un reclutamiento forzoso por parte de grupos que entraban en aldeas y alistaban a la fuerza a los hombres medianamente útiles. Otros eran combatientes del Ejército Rojo, con alta proporción de

comisarios políticos y jóvenes del *Komsomol,* que habían sido lanzados en paracaídas sobre la retaguardia alemana desde julio de 1941 y convertidos por sus mandos a la fuerza en combatientes irregulares, destinados a ser fusilados o ahorcados por las tropas alemanas en caso de caer prisioneros. Buena parte de ellos solo llevaban ropa civil y tenían instrucciones precisas para ejecutar sencillas acciones de sabotaje, como prender fuego a casas y establos de pueblos de la retaguardia ocupada para evitar que sirviesen de cobijo a los ocupantes[234]. Los voluntarios eran adiestrados por el NKVD en las cercanías de Moscú, advertidos sobre el hecho de que al actuar como partisanos tras las líneas enemigas perdían cualquier consideración legal como combatientes a ojos de los ocupantes, y lanzados en paracaídas desde biplanos para ejecutar las acciones encomendadas. Si eran capturados, podía suceder que los propios campesinos que habían sufrido en sus casas y establos las consecuencias del sabotaje aplaudiesen sus ejecuciones. Ese fue el caso de la después mitificada como primera heroína de guerra de la Unión Soviética, Zoya Kosmodemianskaya, a finales de 1941[235].

El recurso a la guerrilla partisana tenía hondas raíces en Rusia, y sin ir más lejos había sido un arma utilizada por los bolcheviques durante la guerra civil de 1917-1920. Durante la década de 1930, empero, los cuadros de la lucha partisana fueron eliminados o desmovilizados, pues Stalin sentía desconfianza ante unos combatientes no sujetos a las reglas centralizadas del Ejército Rojo. La lógica de terror instaurada por su régimen llevaba además a hacer aparecer como sospechoso de traición a todo aquel que dudase de la capacidad del ejército revolucionario para garantizar la seguridad de la URSS; y los propios partisanos habían sido durante la guerra civil un ejemplo discutible de ortodoxia

ideológica, pues entre ellos se contaron numerosos anarquistas o socialrevolucionarios ajenos a la disciplina bolchevique. En junio de 1941 no había planes organizados para coordinar las actividades de hostigamiento en la retaguardia de las líneas enemigas. Sin embargo, ya en su mensaje del 3 de julio de 1941 Stalin llamaba a los pueblos de la URSS a aniquilar al enemigo donde quiera que este se hallase, formando grupos de resistencia al invasor en la retaguardia y obstaculizando todos sus movimientos.

Los primeros grupos de partisanos se nutrieron sobre todo de soldados soviéticos que habían quedado atrapados en la retaguardia del territorio ocupado con celeridad por el avance alemán, en particular de miembros del PCUS, integrantes de escuadrones del NKVD —que a menudo habían tenido como función original garantizar la «limpieza» a espaldas del Ejército Rojo— y judíos que temían el destino que una rendición les pudiese deparar. Con escaso armamento y preocupados ante todo por sobrevivir, pero al mismo tiempo temerosos de entregarse a los alemanes y afrontar un duro cautiverio o liquidación inmediata, esos fugitivos constituyeron núcleos descoordinados que procuraban tender emboscadas a patrullas alemanas y requisaban a menudo la comida que podían encontrar en casas campesinas[236].

En diciembre de 1941 había no menos de 50.000 partisanos organizados en centenares de pequeños grupos a lo largo del territorio ocupado. A finales de ese año, el Ejército Rojo logró infiltrar tras las líneas alemanas alrededor de 30.000 militantes comunistas, con el objetivo de reforzar los grupos guerrilleros ya existentes. Sin embargo, su convivencia con los partisanos que iban a apoyar no siempre fue fácil, y en la práctica su principal cometido también acabó siendo sobrevivir, aunque fuese a costa de la

población local. A pesar de mantener bajo control áreas compactas del territorio ocupado y de su capacidad para amenazar sistemas de comunicaciones u hostigar convoyes de aprovisionamiento, las acciones armadas de los partisanos hasta 1943 pocas veces supusieron un inconveniente estratégico de primer orden para la Wehrmacht y sus aliados. Los partisanos tampoco constituyeron un gran peligro desde el punto de vista logístico hasta mediados de 1943. Eran un obstáculo permanente, en ocasiones engorroso, pero rara vez insuperable. Durante los dos primeros meses de la Operación Barbarroja, muchos mandos de división y cuerpo de ejército estimaron ventajoso forjar una cierta relación de complicidad con los campesinos de vastas áreas conquistadas de la URSS, sobre todo en Ucrania. Las represalias, siguiendo las instrucciones generales del OKW, debían siempre tener como objetivo a judíos y militantes comunistas. El fin era amedrentar de forma selectiva a la población.

A medida que la actividad partisana aumentó en intensidad, la reacción alemana se tornó en brutal y en casi indiscriminada, aplicando un tipo de contrainsurgencia *totalitaria*[237]. Además de negar a los partisanos el estatus de combatientes, y de ejecutar a la gran mayoría de ellos en el acto después de ser capturados e interrogados, los ocupantes no estaban dispuestos a permitir que la población civil de zonas ocupadas prestase apoyo a los grupos de «bandidos». El *Decreto Barbarroja* del 13 de mayo de 1941 autorizaba a los comandantes de batallón a ordenar represalias colectivas sobre cualquier pueblo desde el que se disparase sobre las tropas germanas, denegaba a los civiles el derecho a ser protegidos por tribunales militares, y establecía que cualquier actividad por parte de la población civil que

entorpeciese el normal desarrollo de las operaciones militares debía ser castigada con la mayor severidad. El 13 de julio Hitler declaraba que la guerra antipartisana brindaría al Ejército alemán la posibilidad de «exterminar todo cuanto se nos oponga», mediante una brutal política de represalias sin perdón. La instrucción núm. 33 del OKW del 23 de julio de 1941 establecía que toda oposición a las actividades del Ejército alemán en el territorio ocupado de la URSS debía ser eliminada mediante el terror, para alejar cualquier tentación de resistencia. El mariscal de campo Von Brauchitsch incidía en los mismos términos días después: se debía abortar la aparición de grupos saboteadores en la retaguardia mediante ejecuciones sumarias y destrucciones de pueblos enteros[238].

El 16 de septiembre de 1941 Hitler inspiró la llamada «orden de los rehenes», según la cual toda acción «terrorista» de retaguardia contra soldados germanos sería vengada mediante la ejecución de entre cincuenta y cien civiles soviéticos por cada alemán muerto. Era una táctica que algunos mandos de la Wehrmacht ya habían aplicado en el territorio polaco ocupado, aunque en una proporción inferior. Los rehenes habían de ser escogidos entre los individuos pertenecientes al Partido Comunista, o bien entre los judíos de cada lugar, medida que se esperaba que despertase solo relativa animadversión entre el resto de la población, cuyas simpatías por sus vecinos judíos o por los militantes comunistas no siempre eran notorias. Empero, a lo largo de 1942 la selección de los rehenes se tornó cada vez más aleatoria e indiscriminada. Fue sintomático que el control de la lucha antipartisana fuese otorgado al responsable de los grupos de despliegue encargados de la deportación y asesinato de judíos y comisarios políticos, Erich von dem Bach-Zelewski.

A finales de 1941 la Wehrmacht y las escuadras de despliegue o *Einsatzgruppen* habían colgado o fusilado ya a varios miles de partisanos, y ejecutado numerosas acciones de represalia en venganza por la muerte en emboscadas de soldados alemanes[239]. En varias zonas de retaguardia la presencia de partisanos ahorcados cuyos cadáveres se pudrían durante días era casi habitual. Así describía ese paisaje años después el veterano de la División Azul José M.ª Sánchez Diana:

> La lucha aquí es un combate de lobos [...] La zona de bosques nos dicen que llega hasta Luga y Pleskau [Pskov] y son guarida de los partisanos. Los bosques están infestados de rusos. Las bandas luchan sostenidas por la población civil. Las noticias hablan de traiciones, de sorpresas, y entonces de represalias. Es corriente ver a alguien de los pueblos a orillas del Wolchow, colgado de una viga o de un poste de teléfonos. Un letrero a sus pies y con la lengua violácea y el rostro torcido hacia el lado de la cuerda. Otras veces, son alemanes o trozos de cuerpo humano los que cuelgan de palos y árboles[240].

Los informes sobre «lucha antipartisana» arribados al 16.º Ejército alemán entre finales de 1941 y principios de 1942 mostraban con nitidez el carácter cruento y desigual de las campañas de *limpieza* emprendidas contra los partisanos. En un área como el frente de Leningrado y del Vóljov, donde la actividad de grupos guerrilleros era moderada, un batallón de protección y tropas auxiliares lituanas había ejecutado en una semana, en febrero de 1942, a un total de 224 partisanos o colaboradores de los mismos, incluyendo entre ellos 100 mujeres, por cinco bajas mortales propias y tres confidentes heridos. Dos meses antes, a mediados de diciembre de 1941, habían sido ejecutados 168 partisanos en una semana, y 18 todavía estaban «en fase de interrogatorio». Una semana antes, una operación antipartisana había arrojado el balance de 322 partisanos y sospechosos de colaboración pasados por las armas, 23 aldeas quemadas, 105 soldados del Ejército Rojo y 35 civiles capturados[241]. En apenas un mes, las divisiones de protección podían anotar cantidades de hasta mil partisanos, *Rotarmisten* [soldados del Ejército Rojo]

sospechosos de serlo y presuntos colaboradores o informantes de los guerrilleros que eran pasados por las armas, sin sufrir apenas bajas propias. Eso traslucía el tipo de combate en el que aquellos «guerrilleros» habían sido abatidos. Alrededor de un 6 por ciento de los detenidos e interrogados por la *Geheime Feldpolizei* en 1941, fuesen civiles acusados de colaborar con los partisanos o combatientes regulares que vagaban por la retaguardia, fueron fusilados; porcentaje que descendió al 3 por ciento en 1942, según sus propias cifras. Las acciones de represalia contra los guerrilleros de los soldados alemanes estacionados en Minsk arrojaban resultados parecidos: a menudo, bajo el epígrafe de la lucha antipartisana se escondían acciones contra judíos refugiados en zonas rurales, o simples masacres de población civil[242].

Aunque existen notables discrepancias interpretativas, se puede afirmar que, en general, la relación entre las bajas causadas *por* los partisanos y las muertes infligidas *a* los partisanos y sus colaboradores por el Ejército alemán se mantuvo en una proporción de diez a uno, cuando no en guarismos todavía más favorables a las tropas ocupantes. La mayoría de los prisioneros, fuesen «saboteadores» o partisanos o sospechosos, serían fusilados[243]. Con todo, en algunas regiones de especial actividad guerrillera las bajas causadas por los guerrilleros podían ser mucho más gravosas para el *Ostheer,* sobre todo cuando tenían lugar enfrentamientos directos entre tropas de retaguardia y grupos partisanos nutridos y bien armados. Por otro lado, en el haber de las bajas alemanas no siempre se contabilizaban las muertes infligidas a colaboradores, informantes y auxiliares soviéticos en uniforme germano. En la zona de retaguardia del Grupo de Ejércitos Centro, entre junio y mayo de 1942 se registrarían entre 17.000 y 23.000

partisanos muertos, por 3.248 bajas alemanas, una relación que oscilaba entre 1:5 y 1:7 a favor de los invasores; entre junio de 1942 y junio de 1944 el número de partisanos abatidos habría alcanzado los 77.191, por 25.130 soldados alemanes, húngaros y franceses (1:3 desfavorable a los soviéticos); pero a esas cifras habría que sumar 10.543 muertos pertenecientes a las tropas auxiliares rusas del *Ostheer*. En la retaguardia del sector Norte, entre finales de 1941 y 1942 habrían caído un total de 6.606 partisanos, frente a 1.905 bajas propias, sumando alemanes y auxiliares rusos[244].

La brutalidad de la reacción tudesca, que a lo largo de 1942 y 1943 creció en intensidad y en carácter indiscriminado, tuvo consecuencias paradójicas. Por un lado, fue efectiva a corto y medio plazo, pues mantuvo dos tercios del territorio ocupado por la Wehrmacht y sus aliados libre de actividad partisana de relevancia. Por otro lado, las represalias generaron simpatía y apoyo hacia los partisanos entre amplios sectores de la población civil que hasta entonces habían permanecido más bien indiferentes, y hasta hostiles o pasivos, hacia los guerrilleros. En la espiral de violencia que desencadenaron las unidades de retaguardia del Ejército alemán se condensaron las viejas doctrinas de lucha antiguerrilla que la Wehrmacht había asumido de su antecesor prusiano, reforzadas por la experiencia colonial en Namibia y durante la I Guerra Mundial. Pero también salían a la luz los prejuicios raciales y la radicalización de la imagen del enemigo que progresivamente impregnaba a los soldados alemanes. Los ocasionales hallazgos de soldados del Eje muertos por los partisanos, muchas veces mutilados de manera ritual, contribuían a incrementar la crueldad de las venganzas[245]. Ahora ya no eran solo judíos y bolcheviques los adversarios principales, sino que en potencia todo civil

soviético se convertía en un objetivo potencial a abatir. El adoctrinamiento nacionalsocialista se unía al endurecimiento de las condiciones de vida de los soldados; también influyó en ellos el ejemplo de las represalias que las unidades dependientes de Heinrich Himmler (SD, tropas de las SS y policía política) habían ejecutado en amplias partes de Bielorrusia a mediados de 1942, después de que se hubiesen hecho cargo de la lucha antipartisana de modo temporal. Muchas acciones de venganza indiscriminada fueron ordenadas por oficiales que no siempre tenían que ser fanáticos nacionalsocialistas[246].

Los límites entre partisano, colaborador de los partisanos y población civil se tornaron cada vez más borrosos para numerosos soldados y oficiales alemanes, que tenían además órdenes de ejecutar a los partisanos o soldados soviéticos dispersos que se vestían de civiles, o bien a los civiles que portasen o escondiesen armas, además de a prisioneros de guerra evadidos. La frecuente yuxtaposición de grupos partisanas con pelotones de soldados del Ejército Rojo que vagaban dispersos por bosques y zonas pantanosas, después de que sus unidades hubiesen sido cercadas por el *Ostheer,* hizo aún más difícil diferenciar de forma tácita entre combatientes *irregulares* y soldados *regulares.*

Los partisanos, además, no gozaban de ninguna consideración como combatientes a ojos de los soldados de la Wehrmacht. Una carta dirigida a un antiguo camarada por un anónimo *Landser* desde Stalingrado a mediados de noviembre de 1942 era bien explícita:

> ¿Qué haces exactamente en Rusia? ¿Dónde estás? Hablas de partisanos, yo todavía no he visto ninguno. Con ellos no debéis permitiros muchos cumplidos. Es mejor matarlos enseguida. Con esos cerdos se tiene a veces un comportamiento demasiado humano[247].

A finales de mayo de 1942, Stalin autorizó la creación de un Estado Mayor central de la guerra de guerrillas con sede en

Moscú y bajo la dirección del secretario del PCUS bielorruso, Panteleymon Ponomarenko. Los grupos partisanos fueron sometidos a una rígida centralización, al servicio de los fines de guerra globales de la URSS, y sus mandos pasaron a ser oficiales del Ejército Rojo o dirigentes locales del partido. También fueron obligados a incluir en su organigrama una célula o «departamento especial» del NKVD, encargada de velar por la ortodoxia doctrinal y militar, así como de comprobar el grado de lealtad de la población civil. Los grupos partisanos se convirtieron a menudo en garantes de la continuidad de la organización del Partido Comunista en las nuevas condiciones de clandestinidad. En agosto de 1942 tuvo lugar en Moscú una *cumbre* de jefes guerrilleros, que fueron adoctrinados por el propio Stalin para que no cejasen en su labor. De ellos se esperaba una capacidad de sacrificio semejante, o aún mayor, que la exigida a los combatientes y a la población civil[248].

La mayoría de los partisanos reclutados entre 1942 y 1943 consistió en algunos idealistas convencidos de la necesidad de defender la patria soviética, judíos que escapaban de los guetos o los transportes, prisioneros de guerra evadidos, soldados cercados que preferían eludir el cautiverio, y hombres y mujeres que no querían ser deportados como mano de obra esclava a Alemania. Pero en 1943 la mayoría de los grupos guerrilleros contaban con al menos un 40 por ciento de soldados del Ejército Rojo incrustados a la fuerza en sus filas, carentes de experiencia táctica en la guerra de guerrillas. A finales de 1942 el número de partisanos había ascendido a unos 300.000, si bien su eficacia logística y operativa era muy variable. Según los propios datos soviéticos, en enero de 1943 habría en armas 57.700 guerrilleros en toda Bielorrusia, y su número habría ascendido a 180.000 en marzo de 1944. Eso suponía menos

de un 5 por ciento de toda la población civil[249].

La vida de los partisanos no era sencilla. Al principio, solo una de cada diez partidas disponía de radios con las que comunicarse con el Mando del Ejército Rojo, y en su mayoría se veían obligadas a buscar el refugio de bosques, zonas pantanosas y áreas de montaña. Su armamento era ligero y muchas veces insuficiente, y estaban sometidos a la constante amenaza de ser delatados por espías e infiltrados a sueldo del ejército ocupante, o de caer en las ofensivas desplegadas para *cazarlos* por parte de las tropas germanas. A menudo, los partisanos se cobraban menos víctimas entre los ocupantes que entre la propia población civil, a la que se veían impelidos a sustraer o requisar víveres, o a exigir alojamiento, y cuya posible falta de colaboración podía ser castigada con una ejecución sumaria por traición.

El apoyo de la propia población soviética a los partisanos era ambivalente. Ante todo, por el temor a las represalias alemanas, ya que a menudo los ocupantes enviaban patrullas de soldados disfrazados de partisanos, con el objeto de comprobar el grado de colaboración de la población civil con los mismos. Pero también por el miedo a las propias venganzas de los guerrilleros, que podían castigar como traición la falta de cooperación o, simplemente, la sospecha de delación. Los partisanos no vacilaban en utilizar el terror para garantizar la cooperación de una población rural considerada, por lo general, apática y poco simpatizante del régimen bolchevique. Muchos guerrilleros eran antiguos oficiales del NKVD o dirigentes locales del Partido Comunista que habían asumido un *ethos* estalinista, que tendía a ver colaboracionistas en unos campesinos todavía vistos como unos nostálgicos de la propiedad privada. Unos *kulaks* que, como años antes, debían ser tratados con mano dura[250]. Un informe del Regimiento de Protección 107, que

operaba en las zonas situadas detrás de las líneas del 16.º Ejército de la Wehrmacht en el frente de Leningrado, informaba así el 8 de marzo de 1942 que los habitantes de algunas aldeas habían denunciado que la noche anterior grupos de partisanos habían entrado en sus casas para robar ganado, por lo que los campesinos pedían protección a la Wehrmacht. En otras más, los guerrilleros habían reclutado a la fuerza a los hombres, habían requisado ganado y cereales e incluso habían conminado a los habitantes a entregarles sus botas de fieltro[251].

Los alemanes tampoco tuvieron muchas dificultades para reclutar colaboradores entre la población báltica o de origen báltico. También les fue sencillo ganar adeptos entre los ucranianos (particularmente en Ucrania occidental) de simpatías nacionalistas, y entre los integrantes de minorías alemanas en Bielorrusia, Ucrania y Rusia que nutrieron en buena medida los cuadros de la administración civil germana de las zonas ocupadas, y cumplieron un papel esencial como traductores e intermediarios. Algunos autores han estimado que hasta un 5 por ciento de la población civil que vivía en las zonas ocupadas de la URSS colaboró de forma activa como informantes con el Ejército alemán, y su número total llegaría al millón de personas. De hecho, la proporción entre ocupantes y colaboracionistas locales en muchas zonas ocupadas pasó de 1 a 5 en 1941 a 1 a 20 dos años más tarde. En el Comisariado del Reich de Ucrania a finales de 1942, las SS empleaban a 238.000 policías auxiliares nativos, frente a 15.000 alemanes y alemanes étnicos[252]. Algunos autores han señalado con razón que el conflicto germano-soviético fue también una nueva guerra civil rusa, que en parte reproducía muchas líneas de fractura ya presentes en 1917-1921[253].

Muchos campesinos soviéticos se encontraron presos de

un dilema de difícil resolución. Si delataban a sus compatriotas, serían señalados como traidores; sus cosechas, requisadas; sus casas, incendiadas, y ejecutados, tanto ellos como sus familias. Si apoyaban a los partisanos, serían los alemanes quienes antes o después podrían aplicar represalias contra los campesinos, con similares resultados. La situación podía variar de región *(oblast)* a región, e incluso de pueblo a pueblo: hubo algún caso, como en Bielorrusia, de pequeñas áreas autogobernadas por milicias campesinas, frente a partisanos y alemanes[254]. En buena medida, la relación de la población rural con los partisanos dependía del arraigo de la partida o grupo guerrillero en su comarca. Los campesinos acostumbraban a ser más generosos con sus antiguos convecinos, en quienes podían identificar a parientes, amigos o conocidos. En otras ocasiones esa proximidad era peligrosa, sobre todo si el líder de la partida partisana en cuestión había sido un funcionario comunista local poco querido por haber intervenido en los procesos de colectivización. Las requisas organizadas podían degenerar en puros saqueos. Y muchas veces los campesinos se limitaban a oponerse a quienes primero les habían robado. En febrero de 1943, Ponomarenko tuvo que promulgar una orden a todos los grupos partisanos ordenándoles que no se reprodujesen casos de pillaje, y que fuesen castigados los comandantes acusados de alcoholismo y bandidismo. Las frecuentes disputas entre las partidas guerrilleras, que competían entre sí por recursos y áreas de influencia, complicaban la situación[255].

Como se ha señalado para el caso de Ucrania, pero también para Bielorrusia y Rusia central, las actitudes de buena parte de la población rural soviética hacia los partisanos estuvieron dictadas por el cálculo oportunista de posibilidades de supervivencia en el corto plazo; a menudo,

las simpatías ideológicas hacia los alemanes o hacia sus compatriotas ocupaban un lugar secundario. Como también muestran algunos diarios de partisanos soviéticos capturados por las tropas alemanas, el respaldo que encontraban entre la población civil distaba del esperado. Cuando entraban en un pueblo y pedían apoyo, se encontraban con las innumerables excusas de los campesinos, que intentaban negarles el aprovisionamiento. Parecidas disculpas les eran dadas a los ocupantes germanos. Como consecuencia, ni los partisanos ni los alemanes se fiaban del todo de los lugareños, por lo que recurrían a la violencia y a las requisas con mayor facilidad. Al mismo tiempo, los campesinos procuraban guardarse las espaldas lo más posible. El soldado alsaciano enrolado en la Wehrmacht Georges Starcky rememoraba cómo, tras ser invitado junto a sus camaradas a participar en una boda campesina en Bielorrusia, fue avisado por el alcalde colaboracionista *[stárosta]* de que los partisanos querían atacarles. La mejor opción para sobrevivir fue utilizar a los propios lugareños, que se las ingeniaban para estar a bien con los dos bandos, como intermediarios ante los guerrilleros. El precio fijado por estos últimos para que los soldados de la Wehrmacht se pudiesen marchar sanos y salvos fue que les dejasen material y comida en abundancia a los aldeanos, quienes entregaron el botín a los partisanos[256].

A medio plazo, no obstante, los campesinos pudieron constatar la brutalidad del ejército ocupante a través de su política de represalias y requisas, su aplicación de medidas de deportación de mano de obra forzada y su falta de cumplimiento de las promesas que hablaban de reparto de las tierras colectivizadas. Numerosos civiles que no simpatizaban con el régimen soviético acabaron por escoger el lado que consideraban menos malo, pero que al menos

hablaba su idioma[257]. Muchos colaboradores nativos de los ocupantes se apresuraron a mudar de bando en cuanto el curso de la guerra empezó a cambiar, desde finales de 1942. Antiguos miembros de la Policía de Orden reclutada entre prisioneros de guerra y campesinos se pasaron a los grupos guerrilleros, que tuvieron que aceptar a regañadientes a un creciente número de hijos pródigos por orden de Ponomarenko, que instaba a no tomar represalias contra los antiguos colaboracionistas. El hambre y el cálculo de supervivencia constituían el móvil de muchas de esas conversiones; pero también una conciencia íntima de cuál era el sitio de un *buen* ciudadano soviético. El antiguo prisionero de guerra kazajo Vasili Chiliniak describía así en una carta a sus padres cuál había sido su dilema:

> Los malos tratos, el hambre y la necesidad me obligaron a traicionar a la *rodina* (patria). Me uní a un destacamento de traidores. Pero no estuve mucho tiempo con ellos, solo un poco, me enmendé y decidí ir allí donde la *rodina* nos espera y nos llama. Estuve allí unos dos meses, y después me uní a los partisanos rojos, y ahora sirvo en los partisanos rojos, me gano su confianza de nuevo, y serviré y defenderé hasta la última gota de sangre. Queridos padres: No penséis que os he ofendido por ser un traidor. Mi estómago me traicionó para mantener la vida, pero mi alma, mi corazón, mi cabeza y todo mi cuerpo no fueron traidores, y nunca traicionarán [a la patria][258].

Los alemanes percibieron con rapidez el progresivo cambio de actitud entre la población civil. En abril de 1942 el Mando del 38.º Cuerpo de Ejército, desplegado en el frente de Leningrado-Voljov, esperaba un recrudecimiento de la actividad de los partisanos en su retaguardia, y consideraba inevitable que la famélica población civil les diese apoyo. En julio del mismo año, el departamento de inteligencia del mismo Cuerpo de Ejército informaba de que el campesinado de la zona había perdido toda confianza en la Wehrmacht, así como de que crecía su respaldo a los grupos guerrilleros[259]. Pero las relaciones entre los partisanos y la población civil experimentaron una sensible mejoría, sobre todo, a partir del desenlace de la batalla de Stalingrado, en febrero de 1943. Cuando las perspectivas de un triunfo

soviético empezaron a ser reales, los partisanos también encontraron un mayor apoyo entre la población civil[260].

Todavía se registraron en los dos años siguientes numerosos casos de colaboración voluntaria por parte de algunos *stárosta* y jefes de las unidades policiales colaboracionistas, que por ejemplo seguían entregando partisanos a las tropas de retaguardia germanas de Bielorrusia, o las que cubrían la espalda del 18.º Ejército en abril de 1943. En parte, porque para esos alcaldes ya no había mucha opción: eran uno de los objetivos preferidos de los guerrilleros[261]. Empero, las tornas ya estaban cambiando de forma clara, y en un sentido favorable a los partisanos. Un cabo alemán apresado por un grupo guerrillero, que más tarde logró escapar de su cautiverio, informó en agosto de 1943 de lo observado en varios pueblos visitados por sus captores:

> La población los recibía de buen grado. Los bandidos eran bienvenidos y alimentados, y hasta donde pude ver esto ocurría sin que mediase presión alguna por parte de los bandidos, que llevaban dos acordeones consigo, y los tocaban en cada pueblo en el que se alojaban para que los lugareños organizasen un baile. Los campesinos no parecían para nada estar intimidados, al menos cuando conversaban con los bandidos[262].

La propaganda desplegada por los partisanos en las zonas ocupadas tuvo algún efecto entre la población. Además del patriotismo local o regional como motivo principal, insistía en la falsedad de las promesas de privatización de la tierra colectivizada que habían difundido los alemanes; también se anunciaba una nueva era de reformas favorables a los intereses del campesinado, una vez que la URSS ganase la guerra. Los ocupantes, según la propaganda partisana, solo pretendían apropiarse de los bienes de los campesinos. De hecho, en varias zonas bajo control partisano se procedió a un reparto temporal de las tierras colectivizadas quince años antes, táctica que fue sancionada por Stalin en un decreto de noviembre de 1942. Las libertades que se permitían a los

grupos partisanos en materia propagandística se unían así a la experiencia bélica acumulada por los propios guerrilleros. Todo lo anterior operó sobre ellos una influencia hasta cierto punto paradójica. Los espacios de libertad de que disfrutaron muchos grupos partisanos les llevaron a cuestionar las órdenes del mando central, a reinterpretarlas según su conveniencia, y a abrigar la esperanza de que de la guerra surgiría una *nueva* patria soviética y un *nuevo* régimen, desprovisto de las facetas más represivas del estalinismo[263].

Dentro de esta tónica general, que admitía gradaciones según las circunstancias concretas que imperaban en cada zona de retaguardia, las simpatías nacionalistas de los partisanos en algunos territorios complicaban aún más el panorama. En Ucrania occidental la mayoría de los grupos guerrilleros profesaban un ideal nacionalista que los llevaba a oponerse por igual al Ejército soviético y a los ocupantes alemanes, una vez que habían comprobado, tras la fallida declaración unilateral de independencia de Ucrania «en estrecha colaboración con la Gran Alemania nacionalsocialista» en Lviv el 30 de junio de 1941, que la liberación de su país no entraba en los planes de Hitler. Los ocupantes ni siquiera habían reconocido la Ucrania *histórica* como una unidad a la hora de forjar el Comisario del Reich de Ucrania, pues Galitzia oriental —perteneciente al Imperio austrohúngaro hasta 1918, y después a Polonia hasta 1939— fue adscrita al Gobierno General *(Generalgouvernement)* de Polonia, y otros territorios (Transnistria) cedidos a Rumanía. Los guerrilleros del *hetman* Bulba-Boravets habían combatido junto a las fuerzas del Eje en 1941, pero se volvieron contra los tudescos en octubre de 1942, fundando el llamado Ejército Insurgente Ucraniano (*Ukrajinska Povstanska Armija,* UPA), que en 1943 atrajo hacia su seno a

una facción radical de la profascista Organización de los Nacionalistas Ucranianos (OUN), fundada en 1929, agrupada alrededor del liderazgo carismático de Stepan Bandera (OUN-B), y que en 1941 había acompañado a la Wehrmacht en su entrada en territorio ucraniano. El UPA tenía bajo su control un 60 por ciento del territorio de Ucrania noroccidental, contaba en 1944 con casi cien mil combatientes, y combatió de modo sucesivo, cuando no simultáneo, a los alemanes, a los partisanos polacos y prosoviéticos, y a los soldados del Ejército Rojo. La facción moderada de la UNO, por su parte, ocupó puestos de la administración civil y funciones de policía auxiliar en varias regiones de Ucrania, incluida Kiev. La lucha del UPA se prolongó hasta comienzos de la década de 1950, en especial en la zona occidental de Ucrania. Por el contrario, en Ucrania central y oriental el apoyo social a los nacionalistas era más reducido. Aun así, la disposición a colaborar como informantes, integrantes de órganos administrativos y locales o como policías auxiliares fue también en esas regiones bastante más elevada que en otras zonas de la URSS, como se ha mostrado para la región minera del Donetz[264].

Fuera del caso ucraniano, a lo largo de 1943 los grupos partisanos que operaban en la retaguardia alemana fueron capaces de arrebatar al control de los alemanes amplias áreas rurales y boscosas. La Wehrmacht se limitó de forma progresiva a garantizar su presencia armada en ciudades, nudos de comunicaciones y vías de transporte, en especial de ferrocarril. En las regiones de llanuras pantanosas y bosques de Bielorrusia los destacamentos alemanes de retaguardia se vieron obligados a restringir sus movimientos, y se encontraron sometidos a una fuerte presión psicológica. Un cabo de la 269.ª División de

Infantería destinado en una posición de retaguardia del Grupo de Ejércitos Centro escribía ya en febrero de 1942:

> Los bosques están plagados de peligros. Por supuesto, todo francotirador que cae en nuestras manos es ejecutado de inmediato, sus cadáveres yacen por todos lados. Por desgracia, hemos perdido muchos de nuestros propios camaradas por causa de sus sucios métodos. Perdemos más hombres a manos de los bandidos que en propio combate. Apenas podemos dormir. Permanecemos alerta y despiertos casi todas las noches [...]. Si el centinela baja la guardia solo una vez, entonces se acabó para todos nosotros. Andar solo por ahí fuera es inimaginable[265].

Los guerrilleros fueron provistos de más y mejor armamento, incluyendo cañones ligeros y hasta algunos tanques; y un total de 22.000 especialistas militares fueron infiltrados por el Ejército Rojo en las áreas bajo control partisano, incluyendo expertos en explosivos y operadores de radio[266]. Gracias a ello, la coordinación de sus acciones experimentó una clara mejoría. En la primavera de 1943 los partisanos lanzaron un ataque conjunto contra las comunicaciones por vía férrea de la Wehrmacht, causándole no pocos problemas, retrasos y bajas. A finales de ese año, y además de su contribución estratégica al destruir convoyes de suministros, vías férreas y trenes, volar puentes, dificultar las comunicaciones del *Ostheer* y distraer un número creciente de tropas, se podía considerar que los partisanos habían triunfado en uno de sus objetivos, al menos en el sector central del frente del Este: entorpecer la política de explotación económica del territorio ocupado por parte de los alemanes y sus aliados, sobre todo en lo que se refería a la organización y distribución de productos agrícolas para las tropas del frente y para el propio Reich[267].

En términos políticos, la persistencia de la actividad guerrillera fue capaz de mantener vivo en zona ocupada el contacto con el territorio bajo control de Moscú durante tres años, y contribuyó a salvar de la represión nazi importantes cuadros intermedios del Partido Comunista, quienes una vez liberados sus territorios retomaron sus puestos en la administración soviética. Los partisanos percutían de modo

constante en la paciencia y la moral de los alemanes, y los deslegitimaban ante la población autóctona, al mostrar sus debilidades. En ello persiguieron un objetivo estratégico y promovido desde Moscú: no importaba el número de muertes que las represalias de los ocupantes provocasen entre la población civil. Se ha estimado en más de un millón el número de civiles soviéticos muertos por las acciones punitivas de los ocupantes.

La radicalización de las dinámicas represivas también acabó con las esperanzas de ganarse a la población de las zonas ocupadas. Algunos oficiales y dirigentes nazis fueron pronto conscientes de la necesidad de ganarse a la población para así convertir la guerra germano-soviética al mismo tiempo en una guerra civil, como había sido el caso en 1917-1920. Habría que prestar especial atención a los campesinos que deseaban la abolición de las granjas colectivas, así como a las reivindicaciones de las distintas nacionalidades y grupos étnicos. Esas voces favorables a cultivar las simpatías de los campesinos rusos se dejaban oír a mediados de 1942 entre mandos intermedios de las tropas de ocupación. Por ejemplo, el oficial Hans-Georg Bruhns escribía a casa en 1942 que «Fusilar es una solución relativamente rápida y sencilla, pero estoy convencido de que solo podemos ganar esta guerra de Rusia con la ayuda de los propios rusos, y en primer lugar por supuesto de la *intelligentsia* rusa»[268]. También se sumaba a esas opiniones el ministro del Reich para los Territorios Ocupados, el veterano nazi Alfred Rosenberg, así como algunos altos cargos de la inteligencia militar[269]. No solo sería preciso difundir más y mejor propaganda germanófila entre el campesinado de las zonas ocupadas, incluyendo periódicos colaboracionistas en ruso y otros idiomas[270], sino que también urgía restaurar el culto religioso y arbitrar medidas para repartir tierra

colectivizada. Sería necesario, asimismo, disminuir la intensidad de las acciones represivas, y reclutar civiles y prisioneros de guerra rusos y de otras nacionalidades para el Servicio de Orden *[Ordnungsdienst]* en la retaguardia[271].

Esa estrategia, empero, nunca tuvo resultados prácticos. La aplicación práctica de directrices generales y a veces poco explícitas por parte de las diferentes instancias del ejército de ocupación o la administración civil dependió en buena medida de circunstancias específicas: el nivel que había alcanzado la espiral de acción y represión en una zona determinada, el carácter de los oficiales al mando de las unidades de retaguardia, o la predisposición de los soldados del Ejército Rojo que vagaban por la retaguardia a entregarse a las comandancias alemanas dentro de los plazos periódicamente anunciados para que se les tratase como prisioneros de guerra[272]. No obstante, el objetivo esencial de la propia guerra radicaba en el exterminio y la explotación económica, lo que determinaba el marco general y condicionaba la libertad de actuación de mandos y oficiales. Las órdenes emanadas desde el Cuartel General de Hitler (como la núm. 46, del 18 de agosto de 1942) o desde el OKW incurrían en flagrantes contradicciones cuando recomendaban al ejército de ocupación que extremase los castigos a quienes colaborasen con las partidas guerrilleras y se mentalizase de que el combate contra los partisanos también era una guerra de exterminio; al mismo tiempo, insistían en que los alemanes debían ganarse el favor de la población civil. El palo, sin embargo, acabó por ser más visible que la zanahoria[273].

De semejantes contradicciones tampoco escaparon las campañas de *limpieza* antipartisana emprendidas por algunos de los ejércitos aliados de la Wehrmacht en las zonas de retaguardia situadas bajo su jurisdicción. Fue el

caso de las tropas húngaras, que tenían una notable presencia en la retaguardia del Grupo de Ejércitos Centro, donde suponían alrededor de un 25 por ciento de las tropas de ocupación, y que se caracterizaron por una brutalidad aún mayor y más caótica —más condicionada por la escalada de violencia provocada por la dinámica de las represalias que por el adoctrinamiento previo de los soldados húngaros, que pertenecían además en un 60 por ciento a las minorías eslovaca o rumana del Estado húngaro— que la de los alemanes, aunque no exenta de matices diferenciales en cuanto a sus ritmos. Sus acciones de *contrainsurgencia* en la retaguardia no se quedaron atrás en cuanto a su ferocidad. Un ejemplo fueron las operaciones antiguerrilleras lanzadas en febrero de 1943 al sur de Smolensko por el 8.º Cuerpo de Ejército magiar[274].

A partir del desencadenamiento de la gran ofensiva del invierno de 1944, el progresivo avance del Ejército Rojo fue absorbiendo los grupos partisanos, que se transformaron en unidades propias dentro del mismo, si bien cerca de un 15 por ciento de los guerrilleros no fue aceptado en las filas del ejército regular soviético por falta de adiestramiento militar. Los soldados alemanes en retirada que no podían contactar con sus unidades y se desperdigaron por bosques y llanuras se convirtieron en cazadores cazados, pues los guerrilleros que no se incorporaron a las tropas en avance acometieron la tarea de eliminar a los *saboteadores* germanos[275]. Con todo, el proceso de asimilación de los guerrilleros no tuvo lugar sin que el NKVD examinase a conciencia los historiales de quienes considerase sospechosos de contaminación por el enemigo. No solo todos los civiles que habían vivido bajo la ocupación tudesca pasaron a ser estigmatizados en la sociedad soviética de posguerra; también, por ejemplo, todos los partisanos ucranianos eran

tenidos por elementos antisoviéticos en potencia, fuesen comunistas o no; pero en agosto de 1944, cuando ya la práctica totalidad de la URSS estaba libre de presencia alemana, unos 94.000 antiguos partisanos se habían convertido en *Ivanes,* en soldados que acometerían el asalto final a Berlín[276]. El régimen estalinista no cambió, pero los guerrilleros constituyeron en las zonas *liberadas* un vivero fundamental para el reclutamiento de nuevos cuadros locales y regionales del Partido Comunista y de la administración soviética. La pregunta *¿Y tú por qué no te uniste a la guerrilla?* sirvió en la inmediata posguerra para depurar a élites dirigentes locales, y a reemplazarlas por quienes podían presumir de pedigrí partisano.

3.5. ¿Producir o matar? La explotación de los territorios ocupados

La tarea de gobernar un inmenso territorio por parte de la autoridad militar no estaba prevista en los planes iniciales de la Operación Barbarroja. A un rápido avance a través de las estepas rusas en dirección a Moscú seguiría el derrumbamiento del Ejército Rojo, el colapso del Estado soviético, y la administración civil del Reich se haría cargo en un plazo breve de las zonas ocupadas. Los recursos agrícolas e industriales pasarían así a satisfacer las necesidades de bienes de consumo y alimentos del III Reich. Y tanto las instalaciones mineras como las industrias soviéticas consideradas de interés serían aprovechadas en beneficio de los intereses alemanes.

Para aplicar la política de explotación con independencia de las instancias militares, en las que no confiaba plenamente, Hitler separó la estructura de la administración

económica militarizada en las zonas ocupadas de la militar y, en febrero de 1941, creó la llamada Organización Económica del Este *(Wirtschaftsorganisation Ost).* A su frente situó a Hermann Göring, como responsable del llamado Plan Cuatrienal *(Vierjahresplan).* Este último instituyó un aparato administrativo de inspectores, oficinas y organismos económicos especializados. Según las *Líneas directrices de la Dirección Económica del Este,* aprobadas en junio de 1941, los recursos alimenticios y energéticos de los territorios que fuesen cayendo bajo control alemán debían ser destinados, en primer lugar, a la manutención sobre el terreno del propio *Ostheer,* y, en segundo lugar, a proveer las necesidades económicas del III Reich. La explotación económica del imperio conquistado debía partir, primero, de las infraestructuras agrarias, industriales y de comunicación —en especial la red de ferrocarriles— existentes en la URSS, y evitar en lo posible su destrucción por el Ejército Rojo al retirarse. En julio de 1941, Hitler proyectaba dividir el territorio ya bajo control alemán y el que preveía conquistar en varios «Comisariados del Reich» (Moscú, Ostland, Ucrania y Cáucaso, si bien en el caso de Ucrania se establecía un protectorado de 25 años), apropiarse de sus riquezas, materias primas y producción agraria, y destinar a la población que sobreviviese en esas áreas a ser un mercado de productos industriales del Reich, aunque con bajo poder adquisitivo. En los planes más radicales, preparados por diversos organismos del Reich, la coincidencia con los objetivos de exterminio de las SS era más que evidente. En el verano de 1941 se calculaba que los ocupantes tendrían un plazo de tres años para poner en práctica los planes de explotación económica, incluyendo un amplio tejido de empresas en las que participarían tanto el Ejército como las SS y el capital privado, las llamadas «compañías orientales»

(Ostgesellschaften). Una serie de unidades especiales con técnicos en minería, petróleo y otros batallones siguieron a las tropas en su avance para ultimar los preparativos de explotación económica. Los planes de explotación se debatieron entre los intereses de las grandes empresas —desde Krupp a Siemens— por garantizar un libre acceso a la iniciativa privada en el aprovechamiento de los recursos industriales del Este, y las preferencias de Göring por establecer un monopolio estatal.

El interés fundamental tanto de los estrategas económicos y los intereses privados movilizados por el sueño imperial de Hitler como de los mandos militares era el petróleo. El objetivo intermedio de la campaña, en el que se concentraron los esfuerzos por el Grupo de Ejércitos Sur desde la primavera de 1942, habría de ser llegar al Cáucaso y a los yacimientos petrolíferos del área. Y desde ahí, en un golpe de mano audaz delineado a largo plazo, se lanzaría un ataque definitivo para apropiarse de los pozos del Golfo Pérsico, ganándose para ese fin la confianza de los nacionalistas árabes de la zona y expulsando de ella a los intereses británicos, empezando por los yacimientos del norte de Irak. Así se garantizarían las reservas de fuel para el mantenimiento de las operaciones militares, en especial para garantizar la operatividad de las divisiones blindadas, y se alcanzaría el objetivo estratégico soñado de poseer un «imperio petrolífero» semejante al británico. El imperio continental alemán ya no dependería en exclusiva del petróleo de Rumanía, como había sido hasta junio de 1941. A esos yacimientos se unirían los del Cáucaso, Estonia y Galitzia. Como se verá, la derrota de Stalingrado dio al traste con estos sueños y la falta de combustible comenzó a comprometer seriamente la capacidad ofensiva del *Ostheer*[277].

La alimentación de los civiles soviéticos solo figuraba en un lejano tercer lugar de las prioridades. En los planes de futuro elaborados por la élite nacionalsocialista se contemplaba sin ambages que varios millones de eslavos, entre veinte y treinta según las versiones, deberían sucumbir al hambre para así eliminar el número de «comedores inútiles» y poder destinar la producción agropecuaria a alimentar al Reich. En las directrices citadas de junio de 1941, de las que se imprimieron miles de ejemplares para repartir a los mandos militares y administrativos en el momento de invadir la URSS (la llamada carpeta verde o *Grüne Mappe*), Göring afirmaba que el objetivo económico de la campaña del Este era «conseguir tantos alimentos y petróleo como sea posible». Y no tenía escrúpulos, como había declarado en una reunión celebrada el 2 de mayo de 1941, en que para cumplir tal cometido «mueran unos cuantos millones de personas» *[-zig Millionen Menschen],* una vez que «nos apropiemos de todo lo que consideramos necesario sobre el terreno»[278]. En las instrucciones de la *carpeta verde* se estipulaba que amplias zonas conquistadas de la URSS, incluyendo sus ciudades y zonas industriales, se verían abocadas a una gran hambruna y serían saqueadas para bien del Reich, que ya disponía para su aprovechamiento de regiones industriales mejor dotadas en Bélgica o en Francia; mientras que otras áreas agrícolas, mineras y petrolíferas, en particular Ucrania y el Cáucaso, se convertirían en «zonas productoras». Los bienes de consumo incautados en las primeras, de escasa calidad e inútiles para las necesidades de la población del Reich, se destinarían a los habitantes eslavos de las «zonas productoras», de lo que se derivaría «una muerte paulatina tanto de la industria como de buena parte de la gente». Como consecuencia, en las regiones destinadas a ser

saqueadas, el hambre sería ineludible:

> Unos 10 millones de personas serán superfluos y tendrán que morir o ser deportados a Siberia. Los intentos de salvar de la muerte por hambre a la población [...] serán a costa de la alimentación de Europa. Comprometerán la capacidad de resistencia de Alemania en la guerra, y la capacidad de resistir de Alemania y de Europa[279].

Esos propósitos sobrepasaban con mucho lo establecido en el artículo 52 de la Convención de La Haya de 1907, que regulaba el derecho de un ejército ocupante a mantenerse de los recursos del territorio ocupado, en una proporción razonable que no amenazase la supervivencia de la población civil. Y fueron reforzadas en las instrucciones de política económica a ser aplicadas en los territorios ocupados por la Wehrmacht en el Este, emitidas por Göring el 18 de noviembre de 1941. La prioridad absoluta correspondia a la alimentación de los habitantes del Reich y las tropas alemanas. Mientras que para la población rural soviética se partía de la base de que no haría falta tomar medidas concretas para su alimentación, y que no plantearía dificultades, se mantendría al conjunto de los civiles de la URSS en un estado nutricional más bajo que el alemán. Solo se alimentaría mejor a quienes laborasen para los «intereses alemanes inmediatos» con el fin de mantener su capacidad de trabajo. La población de las grandes ciudades debía ser abandonada a su suerte[280].

La «eliminación» de población sobrante permitiría además realizar los ambiciosos planes de colonización y regermanización de los territorios orientales anexionados por el III Reich. Desde su puesto de comisario para el Fortalecimiento de la Nación Alemana, Heinrich Himmler ordenó la elaboración de varios planes de colonización, que fueron conocidos como *Generalplan Ost* (Plan General Este). Los diversos proyectos, cuyo primer borrador vio la luz en julio de 1941, y que estuvieron listos hacia mediados de 1942, contemplaban la (re)germanización de amplias zonas

de Polonia, proceso que debería completarse en veinte años. Más al Este se establecerían «marcas» y «puntos de apoyo» colonizados por población germánica, a lo largo de dos ejes, hacia el Norte (región de Leningrado) y hacia el Sur en dirección a Crimea. La región de Leningrado debería reducir su población en un 90 por ciento: de 3 millones a 300.000 habitantes. Y el conjunto de territorios anexionados por el Imperio alemán sería el escenario de una gigantesca reordenación de pueblos: unos 31 millones de personas serían reubicadas, y según algunos informes «sobrarían» casi 50 millones de habitantes. Los colonos alemanes, acompañados incluso de holandeses y otros pueblos germánicos, conformarían la élite y raza rectora de los nuevos territorios orientales, y una parte de los antiguos habitantes podría permanecer en sus regiones con el fin de trabajar en tareas subordinadas. Un porcentaje de ellos podría «germanizarse» en función de sus aptitudes raciales, laborales y políticas.

Las diversas variables de la ocupación alemana se conectaban y complementaban mutuamente para realizar ese programa. Los judíos serían deportados y exterminados; una parte de la población civil sería desplazada como mano de obra al Reich; y se reclutarían nuevos colonos entre los «alemanes étnicos» de Europa centro-oriental y del Báltico. A menudo, los mismos trenes ejecutarían los tres cometidos de manera consecutiva y coordinada[281]. Himmler expresaba la jerarquización de esos planes de explotación y colonización en un discurso pronunciado el 23 de noviembre de 1942: el Este sería «hoy una colonia, mañana un área de colonización, pasado mañana parte del imperio». Y eso era parte de una fantasía todavía mayor, como había expresado el 13 de septiembre de ese año en círculos reducidos: «tras el imperio granalemán vendrá el imperio germánico, después

el imperio germano-godo hasta los Urales, y después quizás el imperio godo-germano-carolingio», que entonces podría llevar a cabo una suerte de lucha final contra Asia[282].

La parte más ambiciosa de los grandes planes de explotación económica se quedó en agua de borrajas ante la táctica de tierra quemada y el desmantelamiento o inutilización de fábricas e instalaciones industriales por parte del Estado soviético. Los grandes objetivos estratégicos en materia económica no solo no se cumplieron, sino que apenas pudieron ser aplicados. Además, la necesidad de mantenerse sobre el terreno, aprovisionar a sus propias tropas y hacerse cargo de las necesidades de las demandas de la población civil bajo jurisdicción militar, así como de hacer frente a una situación hostil a sus espaldas por mor de la actividad guerrillera, obligó al *Ostheer* a arbitrar medidas pragmáticas[283].

Las medidas de saqueo organizado y de canalización de la producción agroganadera para proveer al mantenimiento sobre el terreno de las tropas alemanas fueron aplicadas como una necesidad inminente. Y, en la medida de lo posible, se intentó enviar alimentos al territorio del III Reich. Empero, la producción agrícola en las zonas ocupadas por el *Ostheer,* en particular Ucrania y Bielorrusia, se enfrentó a constantes problemas desde 1942. Tanto la apatía de los campesinos como las operaciones de boicot por parte de los partisanos provocaron un notable descenso de la productividad de las regiones bajo control alemán. El aprovisionamiento de las tropas del propio ejército se convirtió así en una tarea cada vez más ardua. A lo largo de 1942 y 1943, los guerrilleros destruyeron el 10 por ciento de la cosecha de grano y el 20 por ciento de la producción cárnica de las zonas ocupadas, cuyos índices ya habían caído de manera ostensible con respecto a 1939-1940[284]. Quienes

habían acogido al invasor como un liberador vieron defraudadas sus expectativas de que los ocupantes reinstaurasen la propiedad privada de la tierra. Hitler se opuso en varias ocasiones a esta medida, ya que la *Wirtschaftsorganisation* era de la opinión de que solo se podría garantizar la continuidad de la capacidad productiva de la agricultura soviética mediante el mantenimiento de las estructuras colectivizadas. En muchos casos, las granjas colectivas pasaron a ser dirigidas por funcionarios alemanes, que fijaron cuotas de producción dos veces más exigentes que sus antiguos gestores comunistas[285].

Por otro lado, la *Wirtschaftsorganisation Ost* competía en ese ámbito con otras instancias del aparato de ocupación, en particular con la propia Wehrmacht, además de con las visiones ideológicas de quienes veían en la campaña del Este la oportunidad para completar el exterminio de pueblos enteros. Los Comandos Supremos de cada Cuerpo de Ejército seguían conservando importantes competencias en materia económica dentro del área situada bajo su control, tanto para dictar medidas relativas a la alimentación y suministro de la tropa como de la población civil. Mientras el avance a través de la URSS prosiguió su curso, las instancias militares se despreocuparon por completo de la alimentación de la población civil que dejaban a sus espaldas. Cuando a partir de noviembre de 1941 los frentes se estabilizaron, se planteó el problema del suministro de alimentos, ropa y equipamiento para la propia tropa, ya que los mecanismos de aprovisionamiento del *Ostheer* estaban desbordados.

En una primera fase, desde mediados de noviembre, la mayoría de las divisiones del frente se preocuparon únicamente de alimentar a sus combatientes sobre el terreno, ignorando la situación de malnutrición y hambre

que empezaba a aquejar con severidad a la población civil. En una segunda fase, sin embargo, hubo mandos de divisiones y de ejércitos enteros (como el 11.º y el 17.º, en Crimea y el Donetz) que se vieron obligados a tomar medidas, con el fin de evitar rebeliones de la población civil a su retaguardia que distrajesen los preparativos de las ofensivas planeadas en el Cáucaso. El 11.º Ejército, por ejemplo, empezó a reaccionar en diciembre de 1941 de modo expeditivo. Primero había que reducir el número de civiles a alimentar, lo que constituyó una razón adicional para que el *Einsatzgruppe D* acelerase el exterminio de los judíos de Crimea. Segundo, urgía acabar con el mercado negro y los acaparadores. Solo después de comprobar que esas medidas eran insuficientes, el general Von Manstein decidió destinar a los civiles una parte de las provisiones acumuladas para consumo de sus soldados. Las dificultades de transporte provocaron que en febrero de 1942 solo una pequeña proporción de esas reservas hubiese llegado a la población civil. Se pensó entonces en autorizar a los habitantes de las ciudades a realizar excursiones por el campo —lo que les estaba prohibido— para que buscasen alimento por sí mismos, así como en evacuar algunas ciudades hacia zonas rurales. Sin embargo, la prohibición de salir al campo se reinstauró al poco de ser levantada, para no comprometer la seguridad del Ejército alemán, y apenas hubo evacuaciones desde las ciudades. Se trataba de hacer ver a la población que los ocupantes se *preocupaban* por su situación, antes que arbitrar medidas efectivas que sirviesen para mejorarla. Cuando los alemanes se retiraron de Crimea, el mismo Von Manstein ordenó que hasta la última vaca fuese confiscada para aprovisionar a sus tropas, sin importar la suerte de la población civil.

El 17.º Ejército alemán desplegado en el frente del Donetz

se enfrentaba al problema de la alimentación de miles de obreros soviéticos desocupados y sus familias. El OKW propuso, pura y simplemente, crear una suerte de guetos y dejarlos morir. Los mandos del 17.º Ejército rechazaron tal plan por motivos estratégicos: en el futuro podría ser necesaria la colaboración de esa misma población. Empero, el general Hoth solo autorizó, a espaldas del OKH, el reparto de víveres a civiles en puntos concretos, para evitar revueltas. En general, para los responsables de ambos ejércitos, la alimentación de la población civil constituyó solo un problema abstracto. Algunas comandancias locales en momentos puntuales se preocuparon de proporcionar suministros a los civiles, aunque solo fuese la correosa carne de los caballos de tiro muertos por agotamiento; y en ocasiones obtuvieron éxito en sus demandas de que a la población bajo su jurisdicción se le repartiese comida de depósitos militares. Fueron la excepción, antes que la norma; pero también una prueba de que existía un cierto margen para la libertad de decisión individual por parte de mandos inferiores y oficiales de rango medio del ejército invasor, más allá de las directrices recibidas[286].

Existían, con todo, diferencias en las actitudes de las diversas instancias del *Ostheer* hacia la población soviética. Los matices dependían tanto de las necesidades militares como de la evolución de la situación bélica. Junto a las consideraciones ideológicas, en la determinación de la política de suministros sobre el terreno intervenía un mero cálculo utilitarista de supervivencia militar. Esa estrategia era consecuencia de una necesidad ineludible. Ya a principios de julio, los mandos del Grupo de Ejércitos Centro podían constatar que el botín obtenido en alimentos era muy inferior al esperado. La cosecha era solo regular, y la guerra había provocado el colapso del sistema de granjas

colectivas, que dejaron de funcionar y se quedaron sin redes de distribución. Los alimentos existentes sobre el terreno eran insuficientes para alimentar a la población civil, como anotaba el mariscal Von Bock el 6 de julio de 1941: «La región es en buena parte una tierra hambrienta. Sus frutos apenas llegarán para alimentar a la población». Aún más lejana era la posibilidad de generar excedentes de importancia suficiente para alimentar con regularidad al III Reich. Se realizaron algunos envíos más o menos simbólicos hasta mediados de noviembre de 1941; siguieron varios más, que incluyeron 10 millones de toneladas de grano[287]. En 1941 las tropas de la Wehrmacht obtenían de incautaciones y requisas en el territorio conquistado de la URSS un 86 por ciento de la harina que consumían, así como un 68 por ciento de la carne, la totalidad de las patatas y un 40 por ciento del azúcar. Y entre los alimentos y productos agrícolas requisados que se reflejaban en un informe sobre Ucrania en 1943, la mayoría de ellos se destinó al suministro de los soldados del Ejército del Este. Solo se envió al territorio del III Reich un 25 por ciento del grano, un 11 por ciento de la carne y un 26 por ciento del azúcar, aunque sí un 96 por ciento de las semillas oleaginosas[288].

Como se puede ver en el cuadro 3.2, la mayoría de los alimentos requisados o producidos bajo control de la Wehrmacht en el conjunto de los territorios ocupados del Este se destinó a la alimentación de la propia tropa y, en segundo lugar, a premiar a colaboradores y a sostener la administración civil de retaguardia. A Alemania se envió, por término medio, un 12 por ciento del grano, un 11,8 por ciento de la carne y un 15,4 por ciento del azúcar producido en los territorios ocupados. Magra productividad para un imperio.

Cuadro 3.2 Destino de las requisas de productos agroalimentarios, 1941-1944 (en miles de toneladas)

	Entregado a la Wehrmacht	*Enviado a Alemania*	*Distribuido a colaboradores y funcionarios alemanes del Este*	*Total incautado*
Cereales	5.650	1.161	2.341	9.152
Forrajes	1.817	0	691	2.508
Carne	412	67	85	564
Huevos	783	133	162	1.078
Patatas	2.040	13	1.229	3.282
Azúcar	244	62	95	401
Mantequilla	118	21	68	207
Oleaginosas y aceite	29	726	217	972

Fuente: Elaboración propia a partir de Müller (1984: 194).

No se trataba de porcentajes muy significativos con relación a la producción agropecuaria alemana. En 1943 se cosecharon en el III Reich unos 23 millones de toneladas de cereal, con lo que lo enviado desde los territorios del Este apenas suponía un 5 por ciento de incremento. Y con anterioridad a la guerra la producción total de cereales de la URSS oscilaba entre los 80 y los 120 millones de toneladas de grano. Aunque alrededor de veinte millones de campesinos fueron puestos a cultivar la tierra directa o indirectamente para los ocupantes, lo cierto era que la productividad agrícola en las zonas ocupadas se derrumbó.

El botín en materias primas minerales fue más rentable para la economía de guerra del III Reich. Un millón de

ciudadanos soviéticos trabajaron en su propio país en tareas mineras e industriales para los ocupantes. Entre 1941 y 1944, los alemanes se apropiaron de 102.000 toneladas de pirita de hierro, que complementaban muy bien las 97.000 que se producían en territorio del Reich, así como de 340.000 toneladas de acero de fundición, que se sumaban a las 910.000 producidas en Alemania. Igualmente, la producción de manganeso en los territorios del Este aportó la totalidad del consumo alemán de ese mineral en 1942, y el 96,9 por ciento en 1943. Empero, los aportes de petróleo, al fallar la conquista del Cáucaso, fueron poco significativos (un 7,45 por ciento del consumo alemán en 1943). En algunas zonas mineras e industriales de Ucrania, como la cuenca del Donetz, solo fue posible recuperar el 10 por ciento de la capacidad industrial anterior a la invasión. Aun así, la producción anual de carbón ahora disponible equivalía al 5 por ciento de la anterior a la Operación Barbarroja, y suponía menos de la mitad de la cantidad de toneladas de carbón que producía la cuenca del Ruhr en un mes[289]. En las regiones agrícolas circundantes fue posible recuperar hasta un 50 por ciento de los niveles de producción de preguerra. A pesar de que las *Ostgesellschaften* intentaron sacar provecho en lo posible, muchas de ellas acabaron por preferir utilizar la mano de obra esclava que se les ofrecía en Rusia para explotar la industria alemana[290]. Si las llanuras ucranianas no se convirtieron en el granero del III Reich, tampoco las áreas industriales y mineras de la cuenca del Donetz proveyeron de productos manufacturados y bienes de equipo al imperio.

Alimentar a la propia tropa tampoco sería tarea fácil para los ocupantes. A finales de agosto de 1941 los mecanismos de abastecimiento de las divisiones alemanas en el frente sufrían ya varios cuellos de botella, que provocaban severos

recortes y escasez de comida y vituallas, piezas de recambio e incluso municiones en los tres Grupos de Ejército. Los soldados empezaron a sentir una sensación de hambre permanente, que solo podían compensar arramplando con tubérculos, nabos y patatas de jardines y huertos a su paso[291]. La causa no era otra que el deficiente estado de la red de comunicaciones de la URSS, agravado por la política de tierra quemada del Ejército Rojo, las voladuras de puentes y vías férreas por los partisanos, y las enormes distancias a recorrer. El transporte de las cosechas de unos puntos a otros del territorio ocupado se vino abajo, en parte por falta de suficientes camiones. No quedaba más remedio que restringir el aprovisionamiento de la tropa desde el Reich a lo esencial para la guerra (munición y recambios), e incitar a los combatientes a procurar su sustento diario, o al menos a complementarlo, sobre el terreno.

Una consecuencia de la reducción de los suministros a la tropa y de la necesidad de aprovisionarse *in situ* fueron también los saqueos incontrolados por parte de los ocupantes. Lo que más inquietaba a los mandos militares de esas requisas era la erosión que podrían provocar en la disciplina. La suerte de la población civil era una preocupación muy secundaria[292]. Allí donde se intentó poner en práctica un sistema de racionamiento que primase a los civiles empleados al servicio del ejército ocupante, la escasez general de productos alimenticios no pudo evitar el hambre. Fue el caso de la ciudad de Kharkiv en 1942, donde 80.000 personas fallecieron por los efectos de la malnutrición y la política de requisas del 6.º Ejército alemán, que se limitó a proporcionar raciones limitadas a los civiles que empleaba como trabajadores. En Kiev, el número estimado de víctimas de la hambruna fue similar[293].

Exterminio contra productividad. Se trataba de dos

términos excluyentes que generaban una contradicción permanente, como expresaba el teniente general Hans Leykauf, inspector de aprovisionamientos de Ucrania, en una carta al encargado de la administración económica en el OKW a finales de 1941:

> Si matamos a los judíos, dejamos morir a los prisioneros de guerra, entregamos a la muerte por inanición a buena parte de la población de las grandes ciudades, y el año que viene perdemos a una buena parte de la población rural por el hambre, queda sin responder una pregunta: ¿Quién va a producir aquí, realmente, bienes económicos?[294].

La posición de Leykauf ilustraba también el conflicto abierto entre las varias instancias que se solapaban dentro de la poliarquía nazi de las zonas de ocupación. Por un lado, estaban las propias secciones de intendencia de las divisiones desplegadas en el frente, cuyo enfoque más pragmático les llevaba a mostrar una mayor sensibilidad hacia las necesidades de la población, campesina y urbana. Pues el dejar morir de hambre a los civiles suponía granjearse su enemistad y favorecer su apoyo a los partisanos. La explotación pragmática del territorio, que se hizo evidente en varias divisiones y ejércitos del *Ostheer* desde principios de 1942, partía de la base de que había que improvisar una política de ocupación bajo mando militar. Esa estrategia incluyó medidas propagandísticas como la vaga promesa de disolver las colectivizaciones agrícolas, instaurando autoridades locales entre los ancianos de cada lugar (los *stárosta*) y desarrollando una amplia propaganda en lengua rusa. Hubo gestos aislados o repartos a nivel local de suministros de comida a la población, en particular a aquella que prestaba trabajos de utilidad para el ejército ocupante (desde desbrozar caminos a limpiarlos de nieve o construir caminos de troncos para transitar durante las épocas de deshielo).

A partir de noviembre de 1941 la necesidad de buscar protección masiva contra el frío llevó a valorar la utilidad de

contar con una población civil que no fuese hostil, pues sus casas fueron utilizadas de forma masiva en invierno como refugios para los soldados alemanes. El cabo Alois Scheuer escribía ya finales de septiembre de 1941 que «ahora estamos toda la compañía en un pueblo, y con otros 14 hombres estamos alojados en una sedicente casa campesina y dormimos por la noche amontonados en el salón (que es, por lo demás, el único espacio habitable de toda la casa). No faltan la suciedad y los piojos, pero hace mucho frío para dormir fuera»[295]. Así sucedió también de manera masiva en el estático frente de Leningrado, que aconsejaba conseguir un cierto grado de colaboración por parte del campesinado para complementar el alimento de la tropa y alojarla en sus casas. Los índices de ocupación de algunas aldeas por parte de la Wehrmacht o de sus aliados eran asombrosos. En una población de pocas decenas de habitantes, varios soldados ocupaban míseras viviendas campesinas de dos o tres espacios donde además habitaba una familia. En pequeños pueblos como Tschetschulino (Novgorod), se alojaban en mayo de 1942 31 oficiales, 194 suboficiales, 1.194 soldados y 311 caballos; y en la cercana localidad de Worsskopa, el índice de ocupación no era menor en la misma fecha: 22 oficiales, 125 suboficiales, 574 soldados rasos y 384 caballos[296].

Esas políticas improvisadas y más o menos pragmáticas se enfrentaban a las directrices de los órganos de la administración económica de las zonas ocupadas, las *Wirtschaftsdienststellen*. Las instrucciones emanadas directamente desde el Alto Mando del Ejército de Tierra, desde las instancias de la Organización Económica y desde los propios Hitler o Göring, ordenaban abstenerse de preocuparse por el abastecimiento y la alimentación de la población civil de las zonas ocupadas. Cuanto más

empeoraba la situación militar en el frente y la retaguardia, más presionados estaban los servicios de transporte y avituallamiento, y más necesidad de alimentarse sobre el terreno acuciaba a las unidades combatientes. Cuanto más se incrementaba aquella, más se agotaban los recursos disponibles en una zona o área concreta, más cundía el descontento entre la población civil y más posibilidades había de que las unidades partisanas encontrasen apoyo. La espiral de represalias y requisas acababa por instaurar una suerte de ley del más fuerte, en la que cada uno luchaba por la mera supervivencia.

Si los territorios ocupados en la URSS aportaron réditos económicos a Alemania, fue sobre todo gracias a su papel como viveros de reclutamiento de mano de obra forzada. Ya con anterioridad a septiembre de 1939, un memorándum de la Oficina de Armamento y Economía de la Wehrmacht *(Wirtschafts- und Rüstungsamt)* predecía que el Imperio alemán tendría que solventar tres problemas de naturaleza económica para afrontar una guerra de expansión: divisas, materias primas y minerales, y fuerza de trabajo. La conquista de sucesivos territorios por el III Reich llevó aparejada la apropiación de materias primas estratégicas y la confiscación de divisas; pero ya en 1939 se señalaba un déficit de mano de obra en el territorio alemán de 1,3 millones de personas, cuyo número aumentaría durante la guerra por la necesidad de cubrir los puestos dejados por los combatientes movilizados. O se incorporaba al trabajo de modo masivo a las mujeres alemanas, como se había hecho durante la I Guerra Mundial, o se utilizaba mano de obra esclava procedente de los países conquistados. Ninguna de las dos opciones placía a la élite nazi, pues se temía el potencial desestabilizador que para la concepción orgánica y armónica de la comunidad nacional podría tener separar a

las mujeres de los roles adscritos por el nazismo; y emplear a trabajadores reputados como «subhumanos» era contrario a las doctrinas raciales del III Reich. Sin embargo, se eligió el mal menor: los trabajadores extranjeros serían al menos más controlables mediante medidas coercitivas[297].

A finales de 1939, unos 300.000 prisioneros polacos fueron llevados a trabajar a Alemania, sobre todo como jornaleros agrícolas. En mayo de 1940 se reclutó por la fuerza un millón más de trabajadores polacos. Sus condiciones de trabajo eran peores que las de los obreros alemanes, vivían en barracones vigilados, y sus salarios también eran inferiores. Debían llevar un distintivo en sus ropas, y tenían prohibido acudir a cines, baños públicos e incluso iglesias. Posteriormente, fueron reclutados alrededor de un millón de prisioneros de guerra franceses. Hasta finales de 1941 la participación de la mano de obra forzada en la industria fue poco significativa; no así en la agricultura y la minería. Por otro lado, mediante convenios bilaterales se contrataron trabajadores de los países aliados o amigos bajo condiciones mucho más favorables: estos eran los *Fremdarbeiter* (trabajadores extranjeros), categoría diferente de los *Zwangsarbeiter* (trabajadores forzados).

A partir del otoño de 1941 las crecientes demandas en hombres y material de la campaña del Este obligaron a los jerarcas nazis a pensar en nuevas fuentes de trabajo forzado. Ahora se necesitaban también obreros para las fábricas y las minas del Ruhr. Tras largas discusiones, Hitler y Göring accedieron a autorizar el reclutamiento de prisioneros soviéticos para trabajar en las tareas más duras de la minería en condiciones de semiesclavitud, con sueldos misérrimos y alojamientos vigilados con severas restricciones, así como alimentación racionada y duras medidas disciplinarias[298]. El problema residía en que a finales de 1941 no era posible

reclutar tantos trabajadores como era necesario entre los prisioneros, por la alta mortandad reinante entre ellos: solo se pudo hacer uso de 400.000, de los cuales muchos murieron en los meses posteriores por las duras condiciones de trabajo y vivienda. Fue necesario entonces proceder a reclutar trabajadores entre la población civil soviética, cometido para el que se facultó al *Gauleiter* Fritz Sauckel desde marzo de 1942. El reclutamiento siguió una serie de pautas: cada pueblo y barrio de los territorios ocupados debía aportar un número determinado de trabajadores, de los que el 50 por ciento serían mujeres. Si los habitantes se negaban, serían deportados a la fuerza, y sus casas, destruidas. Las posesiones de las familias que eran reclutadas debían ser vendidas, y su dinero, ingresado en una cuenta de ahorro dependiente de las autoridades de ocupación. A menudo, los trabajadores forzados eran literalmente «cazados» por los soldados alemanes o deportados en el curso de represalias contra los partisanos. Más de la mitad eran mujeres jóvenes y una quinta parte aún eran niños[299].

Gracias al empleo de métodos coercitivos, los alemanes pudieron contar con 1,3 millones de trabajadores civiles soviéticos entre abril y diciembre de 1942 para trabajar en la industria, las minas y la agricultura del Reich. Eran los llamados *Ostarbeiter* (trabajadores del Este), situados en la jerarquía laboral por debajo de los «trabajadores extranjeros» que procedían de países aliados o amigos de Alemania *(Fremdarbeiter),* y equiparables a los trabajadores forzados *(Zwangsaerbeiter),* a menudo prisioneros de guerra o políticos. Los *Ostarbeiter* fueron distribuidos en 20.000 pequeños campos de trabajadores en toda Alemania, donde se alojaban en barracas bajo vigilancia policial y militar. En el verano de 1944, el número de trabajadores forzados

procedentes de la URSS en territorio alemán subía a 2,8 millones (2,1 millones de civiles y 700.000 prisioneros de guerra), el 35,8 por ciento de todos los trabajadores extranjeros del III Reich y el 9,5 por ciento de su fuerza laboral. Abundaban sobre todo en la agricultura (28,5 por ciento) y la industria pesada (32,1 por ciento), así como en la minería (9 por ciento). Su número aumentaba de modo singular, hasta alcanzar en ocasiones el 80 o 90 por ciento de la mano de obra, en los sectores que requerían trabajo no cualificado o de riesgo. Entre 1941 y 1945, alrededor de 3,2 millones de ciudadanos soviéticos fueron empleados como trabajadores por la economía de guerra del III Reich. A ellos se unieron varios cientos de miles de civiles movilizados a la fuerza por la Wehrmacht para trabajar en los propios territorios ocupados, y los 1,2 millones que el Ejército del Este se llevó consigo en 1944, a medida que retrocedía frente al empuje del Ejército Rojo[300].

Las condiciones de trabajo, remuneración y alojamiento de los *Ostarbeiter* eran muy inferiores a las de los trabajadores forzados occidentales y, por supuesto, a las disfrutadas por los obreros alemanes. Cobraban de media un 20 por ciento del sueldo de estos últimos —después de pagar tres veces más impuestos, además de costearse el alojamiento en los barracones— por jornadas de 10 a 12 horas diarias; desempeñaban los trabajos de menor cualificación; y hasta 1944 no se les permitía salir de sus áreas de alojamiento. Todo contacto sexual con naturales de Alemania se castigaba con pena de muerte para los *Ostarbeiter,* y de prisión para ellas. Las trabajadoras soviéticas que tuviesen hijos eran obligadas a dejar a sus retoños en improvisadas guarderías carentes de toda atención y cuidados, donde muchos fallecían. Solo los que eran de «buena raza» *(gutrassige Kinder)* entre ellos, por

orden de Himmler, pasaron a ser educados por el Estado como nuevos alemanes.

Las duras condiciones de trabajo podían variar de empresa a empresa, y acostumbraban a ser mejores en la agricultura. En la minería del Ruhr la explotación de los trabajadores forzados se consumaba hasta que, en la práctica, muchos de los esclavos morían de agotamiento, pues les eran encomendadas las tareas subterráneas más duras: picar y cavar. Sin embargo, la falta de motivación de los *Ostarbeiter* y su elevada siniestralidad laboral, su apatía y las frecuentes bajas por enfermedad obligaron desde enero de 1943 a mejorar sus condiciones de vida para extraer un mayor rendimiento laboral; pero siempre se les asignaban los trabajos menos cualificados y se procuraba que su contacto con los mineros alemanes fuese lo más limitado posible[301]. El trabajador alemán siempre debía estar un peldaño por encima de los obreros extranjeros, ser su superior y al mismo tiempo su vigilante. En la mayoría de los casos, no surgió ninguna solidaridad «de clase» o de oficio en el lugar de trabajo entre obreros alemanes cualificados y *Ostarbeiter* no cualificados. Hubo ejemplos de buen trato y hasta de complicidades mutuas —sobre todo en pequeñas empresas o en el caso de ucranianas y rusas empleadas como criadas—, como los hubo también de maltrato y humillación. La mayoría de la población civil alemana, no obstante, pareció aceptar a los trabajadores forzados polacos y rusos con indiferencia y pragmatismo[302]. En todo caso, los *Ostarbeiter* constituyeron una ganancia neta tanto para el Estado alemán como para las compañías que los emplearon, y su trabajo contribuyó a mantener el más que aceptable nivel de vida de los alemanes hasta finales de 1944[303].

3.6. Sobre la vida cotidiana de ocupantes y ocupados

En el nivel de la vida cotidiana, las relaciones entre el ejército (o ejércitos) ocupante(s) y la población civil soviética no siempre estuvieron teñidas por la brutalidad. La posibilidad de interacción entre ambos aumentaba de modo particular en la retaguardia o en las zonas próximas al frente, allí donde la actividad partisana era menos intensa o, simplemente, donde la guerra de posiciones sumía a buena parte de las tropas ocupantes en una tediosa inactividad que podía durar semanas y que solo era interrumpida por golpes de mano, ataques aéreos o descargas de artillería. En esas condiciones, también surgieron relaciones de cierta complicidad entre ciudadanos y ciudadanas soviéticas y soldados del Eje. Era una proximidad engañosa: los soldados invasores requisaban alimentos, ejecutaban represalias, cometían abusos de toda clase, obligaban a la población civil a realizar trabajos forzados, infundían miedo y terror. Pero, al mismo tiempo, la autopercepción de los ocupantes alemanes era otra. Con frecuencia, se consideraban a sí mismos benignos ocupantes, que liberaban a los habitantes del terror estalinista, introducían orden, disciplina y «limpieza» en regiones pseudobárbaras, y a menudo reproducían actitudes paternalistas que recordaban las prácticas coloniales[304].

El recuerdo construido por las memorias de guerra de los veteranos del Ejército alemán y sus aliados ha privilegiado una representación idílica de sus relaciones con la población civil. Algo característico, sobre todo, de la memorialística generada en la posguerra por los soldados italianos y españoles en el frente oriental, como veremos[305]. Pero

también en muchos diarios de guerra de oficiales alemanes, redactados durante el conflicto, y a menudo retocados tras 1945, se mencionan escenas de confraternización entre soldados tudescos y familias rusas, se narra la simpatía sentida hacia ancianas que «adoptarían» a un grupo de soldados alemanes, en ausencia de sus propios hijos y nietos, y se adoptaba en general un tono paternalista que incidía en una autopercepción idealizada como «buenos ocupantes», preferibles por los civiles soviéticos al régimen estalinista. Lo mismo cabe decir de algunas de las crónicas ilustradas que las asociaciones de veteranos de la Wehrmacht publicaron en la RFA durante las décadas de 1950 y 1960[306].

Soldados alemanes de picnic, s. f. (ca. 1942) (*Foto Feldpost. Geknipste Kriegserlebnisse 1939-1945,* Museum Berlin-Karlshorst, Elefanten Press, Berlín, 2000)

Es discutible que se pueda aceptar de modo acrítico esa imagen, defecto usual de muchos historiadores militares al juzgar esos recuerdos y las tramas de significados construidas a partir de un relato sobre el pasado como una representación fiel de lo que *realmente acaeció*. El asumir la perspectiva de memorias y autobiografías nos impide no solo diferenciar entre historia y construcción de la memoria,

sino también aprehender la complejidad de las relaciones que existen entre cualquier población civil y un ejército de ocupación, incluso si el régimen que derriba ese ejército no disfruta de simpatías entre los naturales del país. Como mostró pocos años más tarde la experiencia de la población civil alemana bajo los soviéticos, las relaciones cotidianas con un ejército extranjero que se hospedaba en las casas de los civiles, decidía con amplios márgenes de arbitrariedad sobre la vida y la muerte y podía violar a las mujeres jóvenes en cualquier momento del día, no siempre se regían por el temor, la subyugación y el servilismo de una población ocupada compuesta en su mayoría por hombres maduros, mujeres y niños. La necesidad de sobrevivir en coyunturas de escasez de recursos y alimentos, en medio de una atroz incertidumbre ante el futuro, forzaba a los civiles a buscar puntos de consenso y a eludir el conflicto con los ocupantes, así como a procurar establecer «puentes» de entendimiento con ellos que garantizasen la integridad física y la alimentación de los individuos y las familias. De ese modo, las reglas que en tiempos de paz regían las relaciones sociales, y las normas colectivas y consuetudinarias de las comunidades campesinas o de los barrios urbanos, lo que podemos denominar en sentido amplio la *economía moral* de la comunidad, sufrían una suerte de interrupción y adaptación temporal. La necesidad de supervivencia y de adaptación a las circunstancias obligaba a establecer una distinción entre un ente impersonal (el ejército de ocupación) y los *ocupantes* concretos con los que individuos y familias podían forjar relaciones de cierta complicidad, más allá de prejuicios previos[307].

Las actitudes de la población civil rusa, bielorrusa y ucraniana no fueron muy distintas. Los campesinos de Ucrania occidental mostraron actitudes muy cooperativas

con los ocupantes. Un convencido nazi, responsable del SD en una zona próxima a la ciudad de Lviv, anotaba en su diario, a lo largo de julio y agosto de 1941, sus veladas con familias ucranianas, sus charlas con ancianos y mujeres nativas y hasta la afición de sus camaradas —también miembros, como él, de un *Einsatzgruppe*— al galanteo con las jóvenes campesinas, con la misma naturalidad con la que detallaba las represalias contra la población judía y sus prejuicios raciales hacia hebreos y pueblos eslavos en general[308]. Las buenas relaciones entre ocupantes tudescos y ocupados también fueron características en varias regiones habitadas por pueblos musulmanes, como los tártaros de Crimea y los calmucos, ingushetios, chechenos y karachai en el Cáucaso septentrional. Durante el medio año de presencia germana en el Cáucaso (entre finales del verano de 1942 y principios de 1943), las autoridades de ocupación intentaron ganarse a la población musulmana, considerada étnicamente superior a los eslavos, y permitieron la reinstauración de cultos religiosos y ceremonias tradicionales antes suprimidos por el poder soviético. Aunque la propaganda y parte de la historiografía posterior se refirió al «experimento caucásico» como alternativa que tenía en cuenta muchas de las recomendaciones de Rosenberg y renunciaba a la limpieza étnica radical, no se puso en práctica el reparto de la propiedad colectiva de la tierra[309].

A partir del verano de 1943, cuando las perspectivas de victoria para el III Reich comenzaron a evaporarse, muchos soldados alemanes estacionados en la retaguardia intentaron procurarse una vida cotidiana, y unas relaciones con la población circundante, que se aproximasen lo más posible a un concepto de *normalidad,* y tendieron a dejar los objetivos teóricos de la guerra en un segundo plano. La cuantificación de estas conductas es imposible, y más aún determinar si

constituyeron la norma o la excepción. Pero el conjunto de experiencias de guerra que se puede extraer de memorias, cartas y testimonios, tanto de ocupantes como ocupados, muestra también un panorama en el que en amplias zonas del territorio bajo control del Eje podía imperar una suerte de forzada convivencia; o, si se quiere, de *conllevancia* mutua[310].

Las relaciones entre ocupantes y ocupados —ancianos, mujeres y niños— en espacios reducidos y en un contexto general de gran escasez de alimentos y abrigo eran complejas, y no estaban exentas de conflictos. Se desarrollaron amistades, complicidades y flirteos entre los soldados del Eje y las mujeres rusas, bielorrusas y ucranianas, así como en el Cáucaso septentriotal durante la corta fase de ocupación alemana. Esa situación generaba abundantes fricciones y conflictos cotidianos, que a menudo se saldaban con peleas entre los propios soldados alemanes por cuestiones de faldas —o entre soldados de diferentes nacionalidades pertenecientes al Eje—. Pero también podían ser motivo de esas disputas las incautaciones de botín o el reparto de raciones[311]. El contacto, el galanteo amoroso y el intercambio carnal eran inevitables. Las relaciones sexuales entre mujeres eslavas y bálticas y los soldados alemanes se extendieron pronto mucho más allá de los prostíbulos organizados por el Ejército alemán, y eran más frecuentes entre los soldados estacionados en ciudades de retaguardia, como Minsk, que cerca del frente. Hitler y Himmler estimaban en una conversación mantenida un año después de la invasión que el número de hijos ilegítimos de padre alemán en el territorio ocupado de la URSS, producto de relaciones estables, encuentros ocasionales o simplemente violaciones, podía ascender a cerca de un millón. Estimaciones posteriores, no obstante, han reducido en

mucho esa cifra[312].

Los amoríos con mujeres soviéticas, idealizados en la memorialística posterior de los soldados del Eje, revestían también un alto grado de ambivalencia. Buena parte de esas relaciones encubrían una pura y simple prostitución, motivada por la necesidad de supervivencia; en otros casos, los invasores obligaban a las mujeres a mantener contacto con ellos. Muchas mujeres civiles ofrecían su cuerpo a cambio de dinero, alimentos o protección para ellas y su familia. Aunque estaba prohibido en teoría para los combatientes alemanes por razones de *higiene racial,* y era una conducta punible por parte de los oficiales, ese intercambio nunca dejó de tener lugar. Su frecuencia y dimensiones son difíciles de evaluar[313]. Los mandos del *Ostheer* mostraron una amplia tolerancia al respecto, ya desde el verano de 1941, e hicieron la vista gorda ante abusos, galanteos o relaciones fugaces de sus subordinados con las chicas rusas o ucranianas, incluso si se trataba de miembros de los *Einsatzgruppen,* a los que sus oficiales les podían permitir echar una cana al aire, pero no relaciones estables y públicas[314]. Las mujeres ucranianas, escribía el soldado Reese, «ni abandonadas ni feas, se ofrecen por un pedazo de pan». Y aunque en un principio aquel se mostraba reacio a aceptar el intercambio sexual con mujeres campesinas y poco arregladas que no encontraba en demasía atractivas, en 1944 ya no hacía ascos a esas mismas ofertas, en un momento en el que las visitas a casa o a los burdeles de retaguardia se hacían esperar demasiado[315]. Pero no solo se trataba de sexo a cambio de comida. Los enamoramientos idealizados con jóvenes campesinas de la retaguardia abundaron entre los *Landser* del Ejército del Este, casados o solteros. No era tanto amor sincero como la necesidad de encontrar un oasis de afecto y de emociones positivas en

medio de la barbarie y las privaciones; y una ternura, por muy artificial que pudiese ser, que compensase el temor omnipresente de que sus novias o cónyuges en Alemania les estuviesen engañando con otros hombres durante su ausencia. Era, en definitiva, también un aprovechamiento de la parte positiva que tenía el ser soldado en una guerra: el poder permitirse cosas que en tiempos de paz eran más difíciles, entre ellas la aventura amorosa[316].

Soldados alemanes en territorio soviético con mujeres del lugar (*The German Army and Genocide*,The Hamburg Institute for Social Research, The New Press, Nueva York, 1999)

Reflejo de esa situación era, además, que los abusos sexuales contra mujeres rusas estuvieron a la orden del día entre los soldados alemanes y de otras nacionalidades destacados en Rusia. Su rastro cuantitativo es difícil de detectar en los juicios militares, por la sencilla razón de que solo una minoría de los delitos sexuales fue llevado ante los tribunales. Pero el número de violaciones no parece haber sido tan elevado, ni su impacto en la población civil tan profundo, como el perpetrado por las tropas del Ejército Rojo en 1944-1945 en Europa oriental y Alemania. Ello se

debía, entre otras razones, al tabú racial que separaba a los soldados germanos de mujeres pertenecientes a razas *inferiores;* pero también a la menor tolerancia de la oficialidad del *Ostheer* hacia una conducta que era contemplada como un agente inhibidor de la disciplina. Y, con más probabilidad, a que la combinación de hambre y penalidades, así como el poder real de que disponían los ocupantes, hiciese menos necesario recurrir a la fuerza para obtener favores sexuales en cambio de contrapartidas. Otra cosa eran las «selecciones» forzosas de mujeres eslavas entre 15 y 45 años en pueblos ocupados para ser llevadas a burdeles en la retaguardia, donde eran destinadas a la prostitución de modo organizado y situadas bajo un estricto control sanitario. Las esclavas sexuales de la Wehrmacht, al contrario que las del Ejército japonés en Asia oriental, constituyen todavía un aspecto oscuro de la guerra del Este que no ha sido estudiado en profundidad[317].

Tras la estabilización de los frentes en el invierno de 1941-42, muchos mandos intermedios, así como algunos generales de división y hasta el Alto Mando de Cuerpos de Ejército enteros, llegaron a la conclusión de que el contar con un cierto apoyo de la población civil, cuando menos pasivo y mediatizado por el miedo a las represalias, minimizaba un peligro mucho mayor para los ocupantes: que los habitantes de la retaguardia, desesperados por el odio, prestasen un apoyo mayoritario a las partidas guerrilleras; o bien que estallasen motines de subsistencias. En el nivel de los mandos inferiores de las unidades del Ejército del Este, los márgenes de elección de que disponían capitanes, tenientes y suboficiales a la hora de decidir cuál debía ser la reacción concreta ante casos concretos eran lo suficientemente amplios como para que en una aldea, pongamos por caso, fuesen pasados por las armas diez

campesinos o cien, o para que no ocurriese nada. De ahí que las relaciones entre los campesinos ucranianos, bielorrusos o rusos y los ocupantes también se caracterizasen en ocasiones, y en sectores determinados del frente —como en el área de Leningrado— por una muy controlada porosidad y un delicado equilibrio mutuo[318]. Los soldados necesitaban alojamiento, cierta seguridad y confort cotidiano que les proporcionasen un refugio del horror de la guerra. Muchos civiles, si no la mayoría, se preocuparon más por sobrevivir en el corto plazo, y por adaptarse a las cambiantes circunstancias, que por perseguir otros objetivos más abstractos. La perspectiva de obtener comida y protección, de lograr un cierto ascenso como cooperadores de las instancias inferiores de la administración civil alemana, o incluso la posibilidad de formar parte de las fuerzas de policía auxiliar, podía constituir un aliciente adicional y poderoso para muchas familias campesinas: era una garantía de supervivencia[319].

Ese equilibrio, con todo, estaba constantemente en peligro por la evolución de la actividad partisana, que podía radicalizar las espirales represivas; y asimismo por los designios del Alto Mando y el propio carácter ideológico de la guerra en el Este, cuyo fin último era condenar a largo plazo a la inanición a un porcentaje apreciable de la población de las zonas ocupadas. Empero, dado que las directrices de junio de 1941 permitían a los oficiales sancionar aquellos comportamientos de la tropa hacia la población civil que fuesen considerados nocivos para el mantenimiento de la disciplina, y que entre los cuadros militares se podía apelar, muchas veces con descarnado cinismo, al «honor del Ejército alemán», en algunas unidades se intentó mantener a raya el saqueo y la expoliación de los campesinos. Sobre todo, si su carácter era

caótico y no subordinado a necesidades logísticas de alcance medio[320].

A pesar de todo, la colaboración de la población civil no podía compensar su endémica falta de alimentos, medicinas o cuidados médicos en general. Alrededor de la mitad de los civiles soviéticos pasaron hambre severa bajo la ocupación germana, y al menos durante dos años, desde el otoño de 1941 hasta el otoño de 1943. El invierno de 1941-1942, en que cientos de miles de civiles en las zonas ocupadas perecieron, fue especialmente dramático. En eso desempeñaban un papel los presupuestos racistas de la política de ocupación germana, pero también los errores de cálculo y planificación de la Wehrmacht. La mortandad fue más alta entre los rusos que entre los bálticos y los ucranianos, a quienes los ocupantes trataron con más indulgencia; y afectó sobre todo a las áreas urbanas, así como a regiones como la cuenca del Donez, el área de Leningrado, el noreste de Ucrania y Crimea. En ciudades como Kharkiv perecía una media de 40 habitantes por día a causa del hambre: una tasa de mortandad del 8 por ciento anual. Eso era consecuencia de la negativa del ejército de ocupación a hacerse cargo de forma adecuada de su manutención, así como de las continuas requisas de víveres, ganado y cosechas. Aunque quienes trabajaban para los ocupantes recibían mejores raciones, sobre todo tras la introducción del trabajo obligatorio en febrero de 1943, su situación no varió en lo sustancial[321].

Varios testimonios en ese sentido reflejan que buena parte de la población civil rusa se hallaba de manera permanente en un estado de malnutrición, a menudo cercano al colapso físico. He aquí la descripción que un capitán médico dotado de una fina sensibilidad, Manuel de Cárdenas, ofrecía lo que veía en la ciudad de retaguardia de Gatschina el 1 de septiembre de 1942:

> Gatschina es, desde luego, una ciudad grande, pero hoy ofrece la misma vestidura, sucia y triste de la guerra, que Pleskau, Wilna y demás ciudades del territorio de ocupación. Por todas partes sorprenden los edificios derruidos por la aviación o por la artillería; los hoyos que las bombas dejan en las calles se rellenan con escombros; la mayor parte de las tiendas no tienen cristales, y no se han revocado ni pintado las casas. Los servicios municipales no funcionan, y los montones de basuras lo dominan todo. [...] Hay mucha gente por la calle, soldados de ocupación, oficiales bien vestidos con la alta gorra sin aro interior, que les da un cierto aire fanfarrón; *mujicks* [campesinos] viejos, barbudos, sucios y harapientos; mujeres viejas y astrosas con cara amarillenta por el hambre de muchos meses. Muchachas jóvenes guapas pero sucias y pobres, no tan delgadas como las viejas, pues pueden trabajar algo y, con su juventud, se las arreglan mejor para comer; arrapiezos descalzos, horriblemente delgados, con piernas de esqueleto y gorra en la cabeza, que los niños rusos no se quitan jamás. Pocos perros, pues no pueden alimentarlos y, los pocos que se ven, flacos como espectros, merodean en los montones de basura a la busca de algún desperdicio.
>
> El hambre, entre estas gentes civiles, es, sencillamente, espantosa. Pienso que acaso no puedan sobrevivir al invierno que se avecina. A menudo pasan hombres de cara con rasgos de juventud, pero horriblemente avejentados, con la palidez de los avitaminosos y las piernas hinchadas por los edemas del hambre. Y estos semihombres son los agraciados que no han ido a parar al campo de prisioneros. ¡La guerra es horrible! ¡Y mucho más aún para los vencidos![322].

El hambre, sobre todo en el invierno de 1941-1942, pero también en los meses siguientes, era la obsesión de los civiles soviéticos, como a menudo también lo era de los soldados, según reconocía en su diario la maestra rusa Lidia Osipova, ella misma colaboradora de los ocupantes en la ciudad de Pavlovsk, en el frente de Leningrado. Los niños y las mujeres se peleaban por las sobras de comida que les repartían los combatientes españoles y alemanes. Y estaban expuestos a que el siguiente pelotón de soldados que pasase por su aldea les quitase lo poco que aún tenían[323]. El teniente Heinz E. escribía a su esposa desde el frente de Leningrado en octubre de 1941 con franqueza inusual que la población civil del área estaba dispuesta a lo que fuese con tal de comer:

> Aquí ha caído el invierno de golpe, con nieve y diez grados bajo cero. [...] La población civil va a sufrir mucho, ya que no hay reservas ni de combustible ni de comida. Nuestras cocinas de campaña ya han sido poco menos que sitiadas. Veo que habrá una gran hambruna. Por un pedacito de pan las mujeres trabajan todo el día para nosotros[324].

Al mismo tiempo, las relaciones entre civiles y ocupantes también se caracterizaban por la rivalidad más primaria: la búsqueda de comida, de leña, de ropa suplementaria para pasar el invierno. Los diarios, y a veces las cartas de soldados alemanes informaban a veces de la manera más

banal a sus padres, novias y esposas de su obsesión por buscar comida que complementase las espartanas raciones de la Wehrmacht, y no escondían su alegría por pillar un buen botín. Una semana después de haber invadido la URSS, el cabo Werner Bergholz escribía en su diario, de forma tan breve como contundente:

> 31.6.41. Cuando pasamos por Rowno el 29 de junio, todos los comercios fueron saqueados, cada uno se llevaba lo que le cabía bajo los brazos [...]. 1.7. Hoy sacrificamos un cerdo. [...] 2.7. Por la noche dos de nuestros centinelas fueron abatidos. Cien hombres fueron por ello puestos contra un muro. Debían de ser todos judíos[325].

La situación no hizo sino permanecer invariable en sus rasgos más dramáticos a lo largo de los tres años siguientes. El soldado Willy Reese escribía a sus padres el 22 de septiembre de 1943, camino del frente a través de Bielorrusia, que «se saquean los pueblos, se cogen gallinas, vacas, ovejas, zanahorias, patatas, y a lo largo de todo el tren arden fuegos, se tuesta pan, se asa y se devora»[326]. El saqueo tenía, como muestran buena parte de las cartas de los soldados del *Ostheer,* algo de organizado y sistemático. Los combatientes alemanes eran conscientes de que la población civil se quedaba a menudo sin sus últimas vituallas. No solo la guerra era la guerra, una cuestión del «ellos o nosotros». También se traslucía la conciencia de que la confrontación entre soviéticos y alemanes estaba estructurada como una guerra de cosmovisiones, en la que los condicionantes estructurales convertían a los soldados en meros agentes ejecutores. Y si los campesinos no colaboraban, se merecían las requisas. El soldado Bauer escribía así a su casa el 12 de octubre de 1943:

> Ayer salieron unos 20 camiones por la zona para procurar las patatas para el destacamento. Se trata de un requisito de la guerra [...]. Un oficial al mando va con la gente a un pueblo y exige tantas patatas. Pero hay auténticos pueblos de partisanos que no nos dan nada voluntariamente. Entonces hay que organizar el asunto: gallinas, cerdos, patos, gansos cambian a continuación de dueño[327].

Era una buena muestra de que el individualismo más egoísta y la lucha descarnada por la supervivencia señoreaban entre

soldados y civiles. El teniente alemán Emerich P., destinado en la Comandancia local (II) 351 de la retaguardia del frente de Leningrado, escribía de modo expresivo en septiembre de 1942 a su casa que «los soldados, españoles o alemanes, que arriesgan su vida en la vanguardia, no se preguntan si el *Muschik* [campesino] pasa hambre en invierno o no, sino que simplemente arrancan las patatas del suelo». El problema para la comandancia alemana era que los saqueos de los soldados motivaban la protesta de los campesinos. Todo lo que no era vigilado con armas era susceptible de ser robado por los combatientes, incluyendo las contraventanas y las puertas de las casas para usarlas como leña en el invierno. Pero también la población civil robaba lo que podía, imitando a los soldados. Esto hacía pensar al teniente alemán que tal vez sería necesario «colgar a un par [de campesinos] como ejemplo intimidatorio»[328]. El pato, al final, siempre lo pagaban los mismos.

Los civiles soviéticos no solo padecían por la escasez crónica de comida. Si caían enfermos, sus posibilidades de supervivencia eran mínimas. Faltos de medicinas, sin material sanitario y carentes de atención facultativa, dependían como mucho de la buena voluntad de los médicos militares alemanes que quisiesen atenderlos, lo que en algunos casos también sucedía. En la retaguardia ocupada por la Wehrmacht subsistieron algunos hospitales civiles. Pero su dotación de personal, y en particular de medicinas y material clínico y quirúrgico, era casi nula. El capitán Manuel de Cárdenas tuvo oportunidad de visitar uno de esos hospitales en Kolmovo, en las afueras de la ciudad de Novgorod, el 3 de junio de 1942. En sus instalaciones, correspondientes a un antiguo sanatorio psiquiátrico, se trataba a la «población civil que se quedó aquí, a espaldas del éxodo militar han pasado este invierno y pasa ahora la

más terrible de las hambres y de las miserias. Esta población desesperada sufre hoy, además del espanto de las privaciones, las epidemias y la caída diaria de metralla sobre sus casas de madera». El panorama descrito con precisión de cirujano por Cárdenas no podía ser más desolador:

> Un oficial de la intendencia alemana se cuida de la administración del hospital. Me presenta a la directora, una doctora rusa, cuyo nombre siento no recordar. […] El hospital tiene cuatrocientas camas, pero como el número de hospitalizados es mayor, han de acostarse, por lo general, tres en cada dos camas. El hospital está limpio y ordenado, pero huele horriblemente mal, mezcla del hacinamiento de humanidad y de la col fermentada que es casi la única alimentación de aquella pobre gente.
>
> En el piso bajo visito una sala en la que yacen dieciocho enfermos, hombres, mujeres y niños, con tifus exantemático. […] Yacen todos en la cama como atontados, con la cara enrojecida y los ojos inyectados, que recuerdan los del sarampión. […] Observo que la rusa no toma precaución alguna y toca, con sus manos, sábanas y cuerpos enfermos. Le pregunto si no tiene miedo a contagiarse y me dice que no le importa. Lo creo. Acaso no espere librarse de tanto horror como la rodea.
>
> Son los tíficos los únicos enfermos que no están pálidos en este hospital. En las demás salas veo enfermos de todas clases, pero todos parecen cadáveres cubiertos de pellejo: tal se marcan sus ojos y sus órbitas […]. Los cuerpos hacen competencia en delgadez, y la cara, manos y pies muestran con la mayor nitidez el dibujo anatómico, hasta el más insignificante tendón. […] Todos estos enfermos nos miran como asustados. Sus miradas, desde lo hondo de aquellas órbitas profundas, muestran ansia y terror. […]
>
> Reparten la comida. La llevan en calderos y a cada enfermo, sea cual sea su enfermedad, se le administra una escudilla de sopa de col de olor infecto y una rebanada de unos cincuenta gramos de pan negro, esto al mediodía y a la tarde; por la mañana solo pan. Dicen que algún domingo en vez de col comen patatas.
>
> Me dice la doctora que la mortalidad durante el invierno fue tremenda, pues durante una larga temporada carecieron de pan. Ahora muere menos gente[329].

Ciertamente, podían existir oasis, a veces casi idílicos, de paz en el infierno; también hubo unidades militares que mostraron un mejor comportamiento que otras hacia la población civil, en buena medida por no compartir un adoctrinamiento que insistía en el componente racial, por ser desplegadas en zonas del frente relativamente tranquilas y sin gran actividad guerrillera, o por estar al mando de oficiales que mantenían su lealtad a códigos tradicionales de comportamiento castrense. Los civiles también recordaron de forma diferencial a unos y otros[330], y en algunas ocasiones guardaron cierto respeto por sus tumbas, si caían cerca de sus aldeas. Cuanto menores fuesen las condiciones objetivas que facilitasen el desencadenamiento de una espiral de embrutecimiento y represalias, mejores eran las

relaciones entre ocupantes y ocupados. Y así sucedió en algunos momentos y regiones. Pero la realidad global y cotidiana de la ocupación alemana en la URSS estuvo marcada de modo determinante por las condiciones estructurales que imponían a la actuación de unidades, soldados y oficiales individuales los objetivos de la guerra de exterminio y explotación planeada por las élites dirigentes del III Reich. Si un hospital para población civil no tenía medicinas, y si ancianos, mujeres y niños no tenían qué llevarse a la boca, existía poco espacio para el intercambio sincero de experiencias y vivencias entre ocupantes y ocupados. Al final, la *guerra de Rusia* no era una guerra cualquiera. Y las consecuencias de esa excepcional situación llegaban a todos los rincones de su territorio.

3.7. ¿Un caso particular? Italianos y españoles en el frente del Este

Las unidades italianas y españolas representaron una nota de exotismo más dentro del conjunto multinacional de tropas invasoras. ¿Hasta qué punto su experiencia de guerra constituyó una excepción?[331].

A primera vista, hay tantas diferencias como similitudes entre ambos colectivos. Nunca coexistieron en el frente, aunque sí en los campos de prisioneros soviéticos. La División española fue desplegada primero en el frente del Vóljov (octubre-agosto de 1942), al Norte y al Sur de la ciudad de Novgorod. Más tarde, fue desplazada al flanco meridional del cerco de Leningrado, hasta su retirada en noviembre de 1943. Por el contrario, los italianos fueron enviados al Grupo de Ejércitos Sur, y desplegados en Ucrania, avanzando hasta ocupar posiciones defensivas en el

frente del Don. En las memorias de los excombatientes tudescos, la imagen de los divisionarios era más favorable que la de los italianos, en parte por el peso de los estereotipos previos y el recuerdo de la «traición» de Italia a los imperios centrales durante la I Guerra Mundial. Los primeros serían buenos combatientes, orgullosos y temerarios, aunque caóticos. Los segundos serían cobardes, falsos e igualmente indisciplinados[332].

Más allá de los estereotipos, lo cierto era que la experiencia de guerra de italianos y españoles estuvo condicionada por varias diferencias estructurales. Primero, la desproporción en el número de soldados movilizados para el Este, como hemos visto: unos 47.000 españoles lucharon en Rusia, incluyendo los 2.300 combatientes de la Legión Española de Voluntarios o *Legión Azul* que permaneció de modo testimonial en el frente hasta su retirada en marzo de 1944, y el cerca de medio millar de voluntarios que combatió hasta el final de la guerra en unidades de la Wehrmacht y las Waffen SS. Los españoles estuvieron desplegados en áreas de frente tranquilo, y solo pasaron por algunas semanas de combate muy intenso, que nunca afectó a la totalidad de sus efectivos (la ofensiva del Vóljov, entre octubre y diciembre de 1941; las operaciones de la Bolsa del Vóljov, en junio de 1942, y la batalla de Krasny Bor, febrero de 1943). La gran mayoría de los soldados españoles habían retornado a casa antes del inicio de la gran contraofensiva soviética en Leningrado y la Operación Bagration, que causó grandes bajas al Grupo de Ejércitos Norte. La Legión Azul estuvo involucrada en algunos combates duros, pero a mediados de febrero de 1944 fue retirada a Estonia para su readiestramiento, y poco después fue repatriada. Por tanto, la tasa de supervivencia de la División Azul (5.000 muertos, alrededor de un 10,6 por ciento de sus efectivos) era muy

alta en relación con la media alemana, aunque la mayoría de las bajas se registraron en dos cortos períodos (octubre-diciembre de 1941 y febrero de 1943).

Como ya vimos, en el frente oriental combatieron unos 291.000 soldados italianos, en su gran mayoría encuadrados en el ejército regular, además de una unidad de voluntarios fascistas de la *Milizia,* un escuadrón aéreo de 83 aviones (los españoles desplegaron una escuadrilla, con aparatos proporcionados por la Luftwaffe), y un pequeño destacamento naval. La primera expedición, *el Corpo Spedizionario Italiano in Russia* (CSIR) de unos 62.000 hombres, avanzó con el Grupo de Ejércitos Sur a través de Ucrania. En julio de 1942 varias divisiones italianas más —hasta diez, incluyendo tres divisiones de montaña (Alpini) y una de protección de retaguardia— fueron enviadas al Este, para conformar con el CSIR un ejército completo, la *Armata Italiana in Russia* (Armir), dotada de unos 231.000 hombres, artillería pesada y ligera, y unidades motorizadas[333]. Los primeros meses de combate del CSIR fueron muy exitosos para los italianos, que sufrieron pocas bajas, hasta estabilizar una guerra de posiciones en el frente del Don. Sin embargo, la ofensiva soviética en el Don entre diciembre de 1942 y febrero de 1943, que complementaba las operaciones del cerco de Stalingrado y pretendía destrozar el Grupo de Ejércitos Sur, causó un auténtico desastre entre las divisiones transalpinas. La Armir se vio constreñida a una caótica retirada de cientos de kilómetros, perdiendo gran cantidad de soldados, y casi el 90 por ciento de su equipamiento militar pesado. Como consecuencia, las unidades supervivientes fueron enviadas a Italia para ser reestructuradas. La caída de Mussolini en julio de 1943 supuso, sin embargo, que los italianos no volverían al frente oriental. Algunos cientos se sumarían después a las Waffen

SS[334]. La humillante *ritirata di Russia* dejaría una profunda huella en la memoria italiana de posguerra, y fue proyectada *a posteriori* sobre el conjunto de la campaña italiana en la URSS.

En consecuencia, la mortandad entre las tropas italianas fue muy elevada, y cuatro quintas partes de las bajas se concentraron en un corto período de tiempo; además, casi 70.000 soldados transalpinos fueron hechos prisioneros durante los combates del Don. Los diferentes informes elaborados en la posguerra por la *Unione Nazionale Italiana Reduci di Russia* (UNIRR) aumentaron el número de caídos y desaparecidos de 70.000 a casi 99.000, incluyendo los muertos en cautiverio soviético, cuya tasa de mortandad fue la más alta de todos los prisioneros del Eje. Eso suponía entre el 35 y el 42 por ciento de todos los combatientes enviados al frente del Este[335].

Una segunda diferencia es la composición social y política de ambos contingentes. En teoría, todos los combatientes de la División Azul eran voluntarios, y una proporción relevante (más de un tercio), falangistas convencidos, además de católicos y veteranos de la guerra civil española. El anticomunismo de inspiración católica constituía su etiqueta común, y muchos estaban motivados por el deseo de que España participase en posición ventajosa en el *Nuevo Orden* europeo, así como por el ánimo de revancha frente a la URSS tras la guerra de 1936-1939. En ese sentido, la composición del contingente español no difería demasiado de las «legiones» y posteriores unidades de las Waffen SS integradas por voluntarios de Europa occidental y nórdica. Como España no había declarado la guerra oficialmente a la URSS, el estatus jurídico de la División Azul era distinto: formaba parte de la Wehrmacht como División 250 de la misma, aunque sujeta a su propio

código de justicia militar[336]. Por el contrario, la Italia fascista era beligerante, sus unidades pertenecían al ejército regular italiano o *Regio Esercito,* y solo una minoría eran voluntarios con motivación ideológica. Para sus oficiales y muchos soldados, empero, había un elemento de continuidad entre la campaña de Rusia y las anteriores guerras en Abisinia, España, Albania, Yugoslavia y Grecia: eran guerras de expansión imperial. También entre los combatientes italianos estaba presente un fuerte anticomunismo, teñido de catolicismo, que presentaba al «bolchevismo» como una amenaza para sus familias y hogares[337].

Una tercera diferencia radicaba en el grado de embrutecimiento del combate que experimentaron españoles e italianos. Los primeros llevaron a cabo una guerra de posiciones, mayormente estática, salpicada de algunos momentos de intensa refriega y golpes de mano, en un frente donde la actividad partisana en la retaguardia era moderada. Los italianos sufrieron un derrumbamiento masivo de sus líneas. Además, varias unidades transalpinas, en particular la División *Vicenza,* estuvieron involucradas en operaciones antipartisanas y represalias en la retaguardia contra población civil. Los italianos aplicaron las órdenes alemanas para capturar civiles y mandarlos al Reich como trabajadores forzados, tomaron rehenes y destruyeron aldeas[338]. Por el contrario, aunque las unidades de la gendarmería de campo (integradas por agentes de la Guardia Civil) tuvieron un limitado protagonismo en la lucha antipartisana, los españoles rara vez fueron incluidos en los *comandos de caza* que «limpiaban» con regularidad la retaguardia de su zona del frente. Esto se debía en parte a la falta de confianza de los alemanes en la eficacia militar de los ibéricos en esos cometidos, como sugieren algunos ejemplos de mediados de 1943[339].

Voluntario de la División Azul entre dos enfermeras, principios de 1942 (Archivo del autor)

Junto a las diferencias, hubo también algunas semejanzas entre italianos y españoles en el frente oriental, en particular en lo relativo a su visión y tratamiento de la población civil y los judíos que se encontraron en su camino o en la retaguardia. Su visión del enemigo y de sus aliados del Eje también compartió rasgos comunes. En primer lugar, con intensidad variable en cada caso, tanto los soldados españoles como los italianos cometieron actos de pillaje y

saqueo, pero no represalias colectivas y sistemáticas contra la población civil. En general, ambos colectivos se portaron mejor con los civiles y prisioneros de guerra soviéticos que alemanes, rumanos o húngaros. A veces, italianos y españoles fueron recordados como ocupantes «simpáticos» o incluso «buenos». Esto no excluía casos de represalias individuales, algunas violaciones, hurtos e incidentes menores. La imagen general, en el caso italiano, es más desfavorable, pues están documentados algunos actos de terror contra la población civil. Los soldados del Ejército Rojo fueron vistos como esclavos del «instinto de masa» impuesto por los bolcheviques, pero no como exponentes de una raza asiática e inferior. Existen pocas evidencias acerca de la aplicación de la orden de los comisarios por parte española e italiana, pero todo indica que, o bien la llevaban a cabo, o bien entregaban los cautivos a los alemanes, quienes sí cumplirían la orden[340]. En todo caso, la memorialística posterior de los veteranos de guerra, como veremos, se empeñó en cultivar la imagen de los soldados mediterráneos como ocupantes benignos, simpáticos con los niños, compasivos hacia los prisioneros y donjuanescos con las mujeres soviéticas.

¿Era esa conducta diferencial resultado del catolicismo que impregnaba la cosmovisión de los combatientes españoles e italianos? ¿O bien existía una suerte de afinidad cultural periférica con los rusos? La falta de adoctrinamiento racial, a diferencia de los *Landser* germanos, era sin duda un factor importante. Sin embargo, el análisis de cartas, diarios y testimonios coetáneos de los soldados mediterráneos también mostraban reacciones negativas ante los primeros civiles y combatientes soviéticos con que tropezaron. Veían Rusia como un país «sucio» y atribuían a los efectos nocivos del comunismo la miseria de los campesinos; pero también

contemplaban en estos últimos a gentes inferiores desde un punto de vista cultural, con lentes a menudo heredadas de sus experiencais coloniales en África. Era un racismo cultural, que incidía no tanto en el factor biológico como en el atraso civilizatorio de un pueblo considerado sumiso y misterioso, ajeno a la tradición europea. Un medio geográfico hostil y una larga historia de despotismos orientales habrían hecho de los rusos un pueblo incapacitado para alcanzar un estadio de civilización. Esas reacciones no eran muy distintas de las experimentadas por los soldados tudescos. No obstante, ni italianos ni españoles fantaseaban con limpiezas étnicas, dominación colonial de los pueblos eslavos o exterminio físico, como hacían muchos combatientes y oficiales nazis. Al igual que en el caso de los soldados alemanes católicos, estimaban que la recristianización de Rusia sería una solución a sus males presentes[341].

Era igualmente cierto que, en las condiciones de una guerra de posiciones en el sector septentrional del frente del Este, los soldados españoles no experimentaron una radicalización acumulativa de sus actitudes hacia el enemigo y la población civil tan intensa como la que sufrían otras unidades alemanas y no alemanas. Los italianos tampoco permanecieron mucho tiempo en el frente, insuficiente para aplicar una política capilar de ocupación; se limitaron a aplicar directrices alemanas, como los españoles. Ambos contingentes se caracterizaron por prácticas de ocupación peculiares, pero no por políticas de ocupación claramente diseñadas. Quizá como consecuencia de ello, solo 36 combatientes italianos y tres españoles fueron declarados reos de crímenes de guerra por los tribunales soviéticos de posguerra, en comparación con los 40.000 acusados alemanes y austríacos[342].

El tratamiento dispensado a los judíos constituye una tercera semejanza entre españoles e italianos en el Este. Muchos voluntarios de la División Azul y combatientes italianos compartían un antijudaísmo de tradición católica. La propaganda insurgente durante la guerra civil de 1936-1939 había incluido algunas dosis de ello, pero los españoles apenas habían visto antes un judío en su vida, mientras que los italianos habían conocido ya la promulgación de leyes antisemitas en su país desde 1938. Aunque las primeras reacciones hacia los judíos que los divisionarios pudieron ver en su camino al frente por Polonia Oriental y Bielorrusia destilaban antipatía, al mismo tiempo las políticas de discriminación sistemática aplicadas por los ocupantes alemanes les causaban rechazo, y generaron algunas reacciones solidarias. Con todo, ni italianos ni españoles tuvieron muchas oportunidades de *proteger* civiles judíos de forma efectiva, ya que apenas se encontraron hebreos en las zonas del frente en que se desplegaron, ni en su inmediata retaguardia. Durante sus estancias en los hospitales de retaguardia de Vilnius y Riga, los españoles pudieron contemplar algunas matanzas de judíos de forma pasiva; en general, los divisionarios encajaban en la categoría de los *bystanders,* aquellos que vieron mucho de lo que ocurría, pero que ni fueron perpetradores, ni víctimas ni protectores[343]. Es más debatible si una etiqueta similar podría ser aplicada a las tropas italianas en Ucrania. Durante su avance en 1941-1942, los soldados del *Regio Esercito* sí tuvieron oportunidades de ver muchos judíos. En algunas ocasiones, tanto las unidades italianas como su policía militar entregaron cautivos hebreos a los alemanes; también ejecutaron comisarios políticos y prisioneros de guerra judíos en cumplimiento de las órdenes alemanas. En las áreas bajo su control, la Armir no puso en práctica medidas

de protección para los judíos; pero tampoco existió una complicidad activa de las tropas italianas con el Holocausto[344].

Tanto italianos como españoles, en fin, se presentaron *a posteriori* como víctimas por partida doble. Su relación cotidiana con los aliados alemanes era ambigua. En general, el alto mando y los oficiales tudescos menospreciaban la capacidad combativa y la cultura militar de sus aliados meridionales, recurriendo a menudo a estereotipos previos (la falta de disciplina y haraganería de los latinos, su atraso técnico, el orgullo ibérico, etcétera), y valorando solo sus prestaciones para tareas defensivas. Los *Landser,* sin embargo, tendían a apreciar en sus aliados ibéricos cualidades como su arrojo individual. Tanto españoles como italianos sentían cierta fascinación por la organización militar de la Wehrmacht; y los más fascistas admiraban la presunta modernidad y el bienestar social del III Reich. Eso contrastaría con el posterior énfasis de las memorias de los veteranos de guerra en subrayar la distancia frente a los alemanes, su frialdad, arrogancia y brutalidad[345].

¿Existió un «patrón de guerra» mediterráneo en el frente oriental? La conducta de italianos y españoles en el frente estaba condicionada por factores estructurales y situacionales. Si muchos voluntarios estaban motivados por su cosmovisión fascista, el anticomunismo de impronta católica y en algunos casos el deseo de revancha, otros eran soldados de leva, o voluntarios que se habían enrolado por distintas razones (económicas, afán de aventura, y un largo etcétera). El tipo de guerra que conocieron condicionó a su vez sus reacciones y percepciones del país conquistado, del enemigo y de la población civil. En el caso español, ni existía un adoctrinamiento racial basado en postulados biológicos, ni las condiciones del frente favorecían una radicalización

acumulativa. En el italiano, con soldados educados en la Italia fascista, el componente racista era igualmente débil, pero las condiciones de combate desde mediados de 1942 fueron más duras, lo que también favoreció los excesos y represalias en su retaguardia, a pesar de que entre los transalpinos había menos voluntarios ideológicamente fascistas, y abundaban más los soldados de leva obligatoria. Los factores situacionales, a la postre, fueron más relevantes que los estructurales.

---

110 Este era el título, precisamente, de las memorias publicadas tras la guerra por el mariscal von Manstein (1969), un buen exponente de la posterior dulcificación de la guerra germoanosoviética por parte de los generales de la Wehrmacht. *Vid.* von Wrochem (2006), así como Smelser y Davies II (2008).

111 Bartov (1992: 16-18).

112 Fritz (1995: 11-30).

113 Cf. Rass (2003: 104-106), para el ejemplo de la División de Infantería 253, a menudo aludida como «División de Renania-Westfalia», de donde procedía el 88,61 por ciento de sus efectivos en 1941.

114 Shils y Janowitz (1948); Römer (2017: 205-252).

115 Fritz (1995: 157-159); Luther (2013: 620-623).

116 Bartov (1992: 36-39) y DRZW (1983: 787).

117 Rass (2003: 65-66 y 76-77).

118 Carta del cabo Alois Scheuer, 10.3.1942, en *Briefe* (s. f.: 61-62).

119 Informes del AOK 16 al Comando Supremo del Grupo de Ejércitos Norte, 21.8.1941 y 3.10.1941, en BA-MA, RH 20-16/67.

120 Informe del jefe de Estado Mayor del 16.º Ejército al Grupo de Ejércitos Norte, 29.12.1941, en BA-MA RH 20-16/ 90.

121 Cartas del cabo Alois Scheuer, 25.8.1941 y Navidad de 1941, en *Briefe* (s. f.: 35-36 y 56).

122 Informe del jefe médico del X Cuerpo de Ejército, 30.10.1941 (BA-MA RH 24-10/86). En el mismo sentido, carta del general Walther von Seydlitz, 28.10.1941 (Diedrich y Ebert, 2018: 193-194).

123 Dr. Tellgman, *Gesundheitsbericht,* anexo a informe del general Brockdorff, s. f. (mediados de noviembre de 1941), BA-MA, RH 20-16/66.

124 Informe del responsable médico del 16.º Ejército para el período 22.12.1941-20.3.1942, en BA-MA, RH 20-16/1086.

125 Carta de la enfermera Brigitte Peukert a sus padres, 6.10.1942, en Ebert y Peukert (2006: 102-104).

126 En marzo de 1942, por ejemplo, sólo un 15 por ciento de los combatientes españoles de la División 250 disponía de botas de fieltro proporcionadas por la Wehrmacht, un 5,5 por ciento de botas de piel de oveja y un 15,5 por ciento de botas de paja y junco. Igualmente, apenas un 30 por ciento había recibido un jersey contra el frío, y un 20,4 por ciento, sobreabrigos. La situación, por lo demás, no era mejor en las unidades alemanas de la Wehrmacht, alguna de las cuales, como la División 253, registró en los meses del invierno de 1941-1942 nada menos que un 12,9 por ciento de congelaciones de diverso grado. Véase *Memoria sobre la influencia de las épocas de lluvias, fríos y deshielo en los servicios de guerra, en la campaña 1941-42 en Rusia,* División Española de Voluntarios, 10.5.1942 (BA-MA, RH 24-38/55); informe del responsable médico del 16.º Ejército, 30.12.1941, en BA-MA, RH 20-16/ 748, y Rass (2003: 155).

127 Citado en Humburg (1999: 38).

128 Citado en Müller (1984: 193).

129 Fritz (1995: 104-114).

130 Cf., por ejemplo, carta del soldado Josef Ziegler, 8.3.1944, en Pelkofer (2005: 12).

131 Merridale (2005: 118-121) señala que era un mito que los soldados rusos tuviesen alguna fuente

adicional de calor interior en comparación con sus adversarios. Su equipamiento invernal era mejor que el alemán, pero no tanto sus raciones alimenticias. Y la industria soviética solo podía proveer un par de botas para cada tres hombres. Aun así, un personaje frecuente del guiñol del frente era el *Winter Fritz*, un soldado alemán aterido de frío que se vestía con lo que arramplaba, desde pañales a bragas de campesina.

132 Diario de guerra del 38.º Cuerpo de Ejército, 11.11.1941-31.3.1942, entrada del 20.2.1942 (BA-MA, RH 24-38/51).

133 Informe del Alto Mando del 39.º Cuerpo de Ejército, 6.12.1941 (BA-MA, RH 20-16/67).

134 Incluidas en la orden del comandante general del 38.º Cuerpo de Ejército, general Von Chappuis, 23.2.1942 (BA-MA, RH 24-38/ 164).

135 Humburg (1999); Fritz (1995: 59-60).

136 Cf. Overmans (2000: 228, 313-323) y Lagrou (2002: 322). Hay discrepancias en los cómputos según se incluya o no en las bajas a los soldados alemanes que procedían de los territorios perdidos en 1945, de los Sudetes y los «alemanes étnicos» de Europa centrooriental, además de alsacianos y loreneses. Si se toman en cuenta los muertos originarios de los actuales territorios de Alemania y Austria, el número total asciende a 3,5 millones de soldados caídos en combate. Si se añaden «alemanes étnicos» y habitantes de las regiones anexionadas en 1938-1940, la cifra se eleva a 5,6 millones.

137 Bartov (1992: 44-45), Hartmann (2004: 17-19); Rass (2003: 148-150).

138 Römer (2017: 226-230).

139 Cf. Rass (2003: 193-204) para el caso de la División 253.

140 Stargardt (2016).

141 Informe del general Laux, División 126, 3.11.1941, en BA-MA RH 20-16/90.

142 Véase, por ejemplo, Starcky (1983).

143 Bartov (2003: 19-20). Un estudio exhaustivo en Haase y Paul (1995).

144 Kershaw (1987: 200-225). Ejemplos de testimonios epistolares en Latzel (2000: 295-300).

145 Heer (1999: 98-104).

146 Rass (2003: 130-33).

147 Cf. Bartov (2001: 40-105; 1992: 106-178), Fritz (1995: 187-217); Wette (2002: 179-180) Kühne (2006: 148-150), y Neitzel y Welzer (2011).

148 Bartov (1992: 72-77).

149 Véase Rass (2003: 267-272) y Beck (2004: 177-185).

150 Ejemplos en Ebert (2006).

151 Latzel (2000: 370-375); vid. también Römer (2012) y Stargardt (2016).

152 Cf. Latzel (2000), Fritz (1995: 201-204), Jahn (1991) y Buchbender y Sterz (1982: 83-105).

153 Citado en Buchbender y Sterz (1982: 85).

154 Citado por Wette (2002: 172-173).

155 En cambio, entre la población civil alemana que tuvo contacto con los trabajadores forzados soviéticos en fábricas, minas o granjas, la experiencia fue distinta. Según los propios informes sobre la evolución de la opinión pública elaborados por el SD, la confrontación con los «auténticos rusos» despejó muchos de los prejuicios previos, pues aquellos fueron valorados como buenos trabajadores, aplicados y simpáticos. Tal imagen cambió a partir de la incursión del Ejército Rojo en territorio alemán y el rápido conocimiento de las violaciones masivas cometidas por los soldados soviéticos en Prusia Oriental. Cf. Wette (2002: 169-171).

156 Carta del cabo Alois Scheuer a su mujer, 26.7.1941, en *Briefe* (s.f.: 26-27).

157 Ejemplos en Latzel (2000: 146-147 y 151-153). Vid también Kipp (2014).

158 Liulevicius (2000: 151-156); Dornik (2013).

159 Cf. Kipp (2014); Werner (2008); Knoch (2003); Jahn (2000) y Latzel (1998: 145-156, 179). Para el caso de los voluntarios flamencos de la Legión Flandes y las Waffen SS, De Wever (1985: 80).

160 Cf. Browning (2002). La expresión «hombres perfectamente normales» se ha tomado de su título original en inglés *(Ordinary men).* Cf. igualmente, para casos de otros batallones de policía, y llegando a semejantes conclusiones, Browning (2000: 143-169).

161 Neitzel y Welzer (2011); Hartmann (2009); Hartmann, Hürter, Lieb y Pohl (2009); Kay, Rutherford y Stahel (2012). Para el caso de las divisiones 121, 123 y 126, cf. Rutherford (2014: 115-152, 240-279).

162 Römer (2012; 2013; 2017: 205-251); Werner (2008). Sobre el concepto de *espacio de violencia,* cf.

Baberowski (2017: 133-160), así como Bourke (2008) y Gerlach (2010), quien insiste en la variedad de las motivaciones de los participantes en la violencia de masas.

163 Cf. Hamburg Institute of Social Research (1999).

164 Cf. un resumen de las posiciones enfrentadas en Hartmann (2004: 2-3).

165 Para la interpretación benevolente, cf. Rohde (1998). Para la más matizada, cf. Krausnick (1977: 733-737) y Römer (2008, 2014).

166 Una colección de casos en Wette (2003b).

167 Tal fue, por ejemplo, la visión que la literatura de quiosco destinada a los excombatientes o nostálgicos (los *Landserhefte*) desarrolló en la posguerra, con figuras como el sargento Steiner, llevado al cine. Cf. especialmente el artículo de Knoch en Arbeitskreis Historische Bildforschung (2003), así como Schornstheimer (1995) y Fritz (1995: 231-232).

168 Kühne (2003; 2006: 152-153).

169 Hartmann (2004: 8-9).

170 Así se reflejaba tambien en las cartas de los soldados. Cf. Humburg (2011).

171 Cf. Rass (2003: 378-412; 2005); un resumen del planteamiento historiográfico también en Kühne (1999).

172 Cf. Böhler (2006: 201-231).

173 Cf. Bartov (2004); Bajohr y Löw (2015); Gerlach (2017).

174 Cf. Bartov (2002; 2003); Gerlach (2002) y Goldhagen (1997). Una exposición por lo menudo del contexto y las decisiones tomadas en Wannsee en Roseman (2002).

175 Para una evaluación resumida, véase Bartov (2003: 48-52).

176 Cf. Förster (1991), Browning (1995: 86-124; 2004: 309-352).

177 Un resumen en Kershaw (2000: 348-351).

178 Cf. Cataruzza (2006) y Gerlach (2004, 2017: 71-75), así como Jersak (1999). Igualmente, Browning (2000; 2004) Bajohr y Löw (2015) y Arad (2009).

179 Cf. Vaksberg (1994: 64-105), y Musial (2002: 71-78).

180 Grüner (2007).

181 Hillberg (2005: 953-978).

182 Sobre la gestación y estructura de los *Einsatzgruppen,* cf. Krausnick (1998: 123-130).

183 Cf. la sugerente interpretación de la cultura de guerra de los miembros de los *Einsatzgruppen* por Ingrao (2005). Igualmente, el diario de un participante en un grupo de despliegue y después responsable de una delegación del SD en Ucrania, el nazi austríaco Felix Landau, en Klee, Dressen y Riess (2004).

184 Förster (1991: 38-39); Gerlach (2017: 75-106).

185 Cf. Ingrao (2003, 2017). Para Ohlendorf, véase Gallego (2016).

186 Cf. Krausnick (1998: 179-185).

187 Cf. Struve (2015: 230-379).

188 Sobre las deportaciones y matanzas de judíos en Besarabia, cf. Hausleitner, Mihok y Wetzel (2001), así como Aly (2017: 296-316).

189 Ungváry (2005a: 99-100).

190 Förster (2005: 96).

191 Hilberg (2005: 1360-1366) para una detallada discusión de las cifras. Igualmente, Förster (2005: 94-96); Hillgruber (1984: 226-227) y Gerlach (2017)

192 Wette (2002: 133-136).

193 Hitler (1930: 751-753).

194 Cf. varias citas en Hillgruber (1984: 221-224).

195 Cf. Goldhagen (1997). Una crítica de sus tesis en Kühne (1999: 605-614). Véase también Browning (2002), Böhler (2006: 17-19); Aly (2017).

196 Wette (2003b: 26).

197 Cf. Buchbender y Sterz (1982: 71-73). *Der Stürmer,* periódico nazi fundado por Julius Streicher en 1923, gozaba de gran popularidad en la Alemania nazi, particularmente por sus caricaturas. Subsistió hasta 1945.

198 Cf. ejemplos en Manoschek (1995); Buchbender y Sterz (1982: 84-85, 170-173); y Bartov (1992: 106-

133; 2002: 208-212).

199 Cf. Latzel (1998: 202-205). Igualmente, Kipp (2007).

200 Citada en Kilian (2002).

201 Carta del soldado Hermann G., 13.2.1942, citada en Packheiser (2018: 156).

202 Por ejemplo, la orden del comandante en jefe del Cuerpo de Ejército 30, general Hans von Salmuth, el 2 de agosto de 1941: cf. Krausnick (1998: 211-212).

203 Citado, con otros ejemplos, por Heer (1999: 110-111).

204 Reproducido en Hamburg Institute for Social Research (1999: 82).

205 Cf. Pohl (2005); Beorn (2014).

206 W. Wette, «Jude gleich Partisan» (*Die Zeit,* 5.5.1995), en Prantl (1997: 37-43), así como Angrick (2002), Wette (2002: 129-132 y 250-251) y Förster (1983) para una síntesis. Igualmente, Krausnick (1998: 204-208) y Safrian (1996), así como, para los casos de Crimea, de la cuenca del Donetz y del Cáucaso, el exhaustivo estudio monográfico de Oldenburg (2004: 159-224, 251-258 y 297-306). En algunos testimonios epistolares, los soldados alemanes se referían también a los partisanos como «gitanos» (Packheiser, 2018: 142).

207 Véase Streit (1996: 74-75), revisando sus propias cifras en Streit (1978: 10). Hartmann (2004: 20) reduce el número de muertos, de acuerdo con las estimaciones de otros autores, a tres millones. Por su parte, y después de corregir las estadísticas rusas sobre las bajas soviéticas en la «Gran Guerra Patria» publicadas en 1993, Ellman y Maksudov (1994) reducen la cifra a 1,2 millones (1,8 según esas estadísticas), si bien son cálculos sujetos a numerosas incertezas, y desde entonces objeto de una discusión interminable. Véase igualmente Keller (2011: 320-323).

208 Cf. Lagrou (2002).

209 Cf. algunos ejemplos en Arnold (2005: 340-362).

210 Hernández Navarro (1971: 48-49).

211 Reproducido en Buchbender y Sterz (1982: 84).

212 Carta del soldado Paul, finales de mayo en 1942, en Kilian (2002).

213 Citado en Streit (1996: 77). Otros autores relativizan que las raciones fuesen insuficientes, y más bien ponen el acento en que las instrucciones no siempre se cumplían por parte de los mandos y unidades subalternas. Razón por la que a los prisioneros les llegaba menos comida que la fijada por el Alto Mando alemán: véase Arnold (2005: 382-383).

214 *Diario* del capitán médico Manuel de Cárdenas (archivo particular de D. José Manuel de Cárdenas, San Sebastián), entrada del 15.4.1942.

215 Cf. Hillberg (2005: 366-373).

216 Véase Streit (1991) y Hillberg (2005: 972-975).

217 Arnold (2005: 418-419).

218 Hosking (2002: 181-182); Petrov y Beyda (2017: 375-378).

219 Cf. Andréyev (1986: 205-212); Pohl (2008: 173-182); Petrov y Beyda (2017: 375-376).

220 Cf. Braithwaite (2006: 206-208) y Arnold (2005: 428).

221 Bacon (1994: 92-93). Porcentajes diferentes son aportados por otros autores. Según Polian (2002), un 62 por ciento de los repatriados fueron mandados a sus casas; 31,5 por ciento al Ejército Rojo; y un 6,5 por ciento —o sea, 338.107 personas sospechosas de haber colaborado de distintos modos con el enemigo, los llamados despectivamente *vlasovianos*— fueron enviados a los asentamientos especiales del NKVD en las regiones más inhóspitas de la URSS y empleados en trabajos forzados, hasta su amnistía en 1955. Merridale (2005: 303-304) estima que 1,8 millones de exprisioneros soviéticos fueron interrogados por el SMERSh al pasar a control soviético de nuevo.

222 Para una documentada exposición descriptiva de varios de esos casos, y a pesar de su tono abiertamente revisionista, se puede consultar Seidler (1997).

223 *Vid.* Lehmann (2003: 186), Merridale (2005: 161); Hilger (2003: 400-401); Hartmann (2013: 94).

224 Para perspectivas cruzadas, véase Müller *et al.* (1998).

225 Beevor (1998: 409-410); Schüddekopf (2004); Lehmann (1986; 2003).

226 Cf. Giusti (2003: 38-43).

227 Cf. Maschke (1963); Schüddekopf (2004: 139, 242); Giusti (2004: 77-83); Puente (1954: 88-89, 97 y 133-136) y Oroquieta Arbiol y García Sánchez (1958: 96-97).

228 Véanse Ueberschär (1995) y Giusti (2003: 53-58).

229 Hilger (2003: 415-418).

230 Cf. Hartmann (2004: 8-9).

231 Entrevista a Lidia Nikolaévna, Rogavka (Novgorod), 28.3.2004, por Pavel Tendera (Archivo del autor).

232 Así alude a ellos la *Historia de la Gran Guerra Patriótica 1941-1945,* editada en la URSS tras la guerra (citado en Hill 2005: 9).

233 Por ejemplo, el antiguo oficial de la Wehrmacht Christoph von Auer (1920-2006), cuando fue entrevistado por nosotros acerca de sus experiencias en el frente de Leningrado, se limitó a contestar al ser preguntado acerca de los partisanos: «era un tema muy delicado» *(das war so eine Sache).* Entrevista con el autor, Grossburgwedel, 15.9.2002 (Archivo del autor).

234 Cf. Arnold (2005: 435-36) y Gogun (2015: 223-233).

235 Braithwaite (2006: 409-412).

236 Cf. los varios testimonios que emanaban de los interrogatorios a que varios de estos *Rotarmisten* fueron sometidos al ser capturados, en Heer (1999: 46).

237 Para una discusión conceptual, cf. Heuser (2013: 142-215).

238 Cf. Shepherd (2004: 73-75). Para el desarrollo de la guerra de guerrillas, véanse Cooper (1979), Schulte (1989), Slepyan (2006), Gogun (2015), Wegner (1990: 910-922), Förster (1983b), Umbreit (1992), Musial (2009) y Pohl (2008: 285-299), así como el estudio monográfico de la 221.ª *Sicherungsdivision* en Bielorrusia por Shepherd (2004), y el de la guerrilla y contraguerrilla en la retaguardia del frente de Leningrado por Hill (2005).

239 Sobre la implicación de los *Einsatzgruppen* en tareas de lucha partisana, cf. Krausnick (1998: 214-218).

240 Sánchez Diana (1993: 132).

241 Véanse los informes sobre lucha antipartisana en el 16.º Ejército, correspondientes a los períodos 6 de diciembre de 1912-12 de diciembre de 1941, 13 de diciembre de 1919-19 de diciembre de 1941 y 15 de febrero de 1942-21 de febrero de 1942 (BA-MA, RH 20-16/ 99 AOK 16, *Sonderakten «Partisanen» (1942*).

242 Cf. Arnold (2005: 463-465 y 470) y Lehnstaedt (2010: 263-266).

243 Gerlach (1999b) y Heer (1999: 47-48).

244 Schulte (1989: 131-132); Arnold (2005: 468-479); Hartmann (2013: 72).

245 Cf. varios testimonios epistolares en este sentido en Latzel (2000: 188-190).

246 Heer (1999: 70-75).

247 Carta de Hermann ? a un camarada, 16.11.1942 (Golovcanskij *et al.,* 1991: 109).

248 Slepyan (2006: 128-134).

249 Gerlach (1999: 862) y Klein (2002).

250 Grenkevich (1994: 189-91); Slepyan (2006: 82-84) y Statiev (2014).

251 Informe del *Sicherungsregiment 107* sobre lucha antipartisana, 8.3.1942, en BA-MA, RH 20-16/99, *AOK 16 Sonderakten Partisanen (1942).*

252 Gerlach (1999a: 125-130) y Arnold (2005: 449). Para el caso ucraniano, Berkhoff (2004: 205-31). Una revisión al alza del número de colaboracionistas soviéticos, que incluía gran cantidad de antiguos militantes comunistas, en Burds (2017: 22-27). Véase también Musial (2009: 77-80).

253 Terry (2009: 143-144).

254 Era el caso de la República de los «antiguos creyentes» de Zuev: véase Petrov y Beyda (2017: 419-422).

255 Slepyan (2006: 73-77); Musial (2009: 351-354, 371-375). Un testimonio en Aleksiévich (2015: 113).

256 Starcky (1983: 61-64).

257 Shepherd (2004: 101), Berkhoff (2004: 114-140); Slepyan (2006: 162); Pohl (2008: 138-146); Musial (2009). Las estimaciones en Grenkevich (1994: 107-121 y 189-190).

258 Citado en Slepyan (2006: 220-221).

259 Orden del Comando General del 38.º Cuerpo de Ejército, 26.4.1942, e informe del departamento Ic (inteligencia) del Comando General del 38.º Cuerpo de Ejército, 13.7.1942 (BA-MA, RH 24-38/137).

260 Cf. Dallin *et al.* (1964).

261 Por ejemplo, el *stárosta* de Mjatschina, en la retaguardia del frente de Leningrado: cf. notificación de la Comandancia de retaguardia 583, 22.4.1943, en BA-MA, RH 23/283. Para Bielorrusia, véase Musial (2009: 121-122 y 256-257).

262 Citado por Shepherd (2004: 176).

263 Cf. Slepyan (2006: 270-277).

264 Cf. Kosyk (1985); Armstrong (1968); Golczewski (2003); Bruder (2007); Berkhoff (2004: 285-300); Struve (2015: 142-298); Petrov y Beyda (2017); Penter (2010).

265 Carta del cabo H. B., de la 269.ª División de Infantería, 7.2.1942, citada por Shepherd (2004: 77-78).

266 Penter (2003).

267 Arnold (2005: 484-485).

268 Bruhns (2004: 321). Hans-Georg Bruhns sería acusado de conspirar contra Hitler en julio de 1944, y ejecutado sumariamente.

269 Cf., por ejemplo, el memorándum de Alfred Rosenberg al jefe de operaciones del OKW, mariscal Keitel, 28.2.1942, en Ueberschär y Wette (1984: 399-400) así como el escrito dirigido a Erich Koch el 10.3.1942 acerca del comportamiento de la administración alemana en Ucrania, en Matthäus y Bajohr (2015: 590-592). Cf., igualmente, varios de los memorándums del entonces teniente Oberländer, quien en la posguerra se convertiría en un reputado especialista en historia de Rusia (Oberländer, 1987).

270 El 16.º Ejército, por ejemplo, repartía en marzo de 1942 hasta cuatro veces por semana el periódico en ruso *Za Rodinu,* destinado a los campesinos (cf. informe de actividades del Departamento Ic/Propaganda del AOK 16, s. f. (principios de marzo de 1942), en BA-MA, RH 20-16/473. Para ejemplos de otras regiones, como Smolensko, véase Petrov y Beyda (2017: 389-391).

271 Shepherd (2004: 117-119) y Arnold (2005: 419).

272 Gerlach (1999a: 914-917), Bartov (2001: 119-121) y Arnold (2005: 438-442 y 457-458).

273 Mulligan (1988: 138-146) y Wegner (1990: 918-920).

274 Cf. Anderson (1999b); Ungváry (2005: 100-106); Shepherd (2004: 173-175).

275 Hesse (1993: 274-275).

276 Slepyan (2006: 273-277); Pohl (2008: 332).

277 Eichholz (2002; 2005).

278 Eichholz (2002: 22-23).

279 Citado por Aly y Heim (1991: 96-97).

280 Instrucciones del mariscal Göring, 18.11.1941, en Ueberschär y Wette (1984: 387-390).

281 Cf. Götz y Heim (1991: 84-87), así como Rössler y Scheleirmacher (1993). Sobre los planes para reclutar colonos holandeses para el Este, cf. Von Frijtag Drabbe Künzel (2015).

282 Citado en Wegner (1990: 1096).

283 Müller (1984: 183-86); Eichholz (2005); Kay (2009).

284 Mulligan (1988: 95-96).

285 Cf. exhaustivamente Arnold (2005: 242-325).

286 Oldenburg (2004: 75-102, 228-238).

287 Cf. los datos de Mulligan (1988: 93-103).

288 Citado en Müller (1984: 193) y Eichholz (2005: 128).

289 Penter (2005: 77-78; 2010).

290 Datos en Müller (1984: 195).

291 Cf., por ejemplo, la carta del cabo Alois Scheuer, 20.8.1941, en *Briefe* (s. f.: 32-33).

292 Arnold (2005: 214-225).

293 Kunz (2005) y Berkhoff (2004: 164-185).

294 Citado por Müller (1984: 187-188).

295 Carta del cabo Alois Scheuer, 28.9.1941, en *Briefe* (s. f.: 41-42).

296 Anexo al informe del capitán Collatz al 38.º Cuerpo de Ejército, 5.5.1942 (BA-MA, RH 26-250/3).

297 Cf. Herbert (1986; 1991).

298 Cf., por ejemplo, las directrices de Göring expuestas en las sesiones celebradas el 7 y 8 de noviembre de 1941 para decidir acerca del empleo de trabajadores forzados soviéticos en la industria del Reich, así

como las instrucciones transmitidas el día 7 del mismo mes por Göring, en Ueberschär y Wette (1984: 382-385).

299 Pohl (2008: 310-319).

300 Cf. una discusión de las cifras en Polian (2002: 151).

301 Seidel (2005).

302 Sobre el caso de la ciudad de Osnabrück, y con referencias también a otros estudios locales, cf. Gander (2002).

303 Aly (2005: 181-190).

304 Römer (2017: 284-287).

305 Schlemmer (2005: 32-33), Núñez Seixas (2016; 2018a) y Focardi (2013). Un ejemplo italiano en Luoni (1990), así como en los diversos testimonios recogidos en Bertinaria (s.f.).

306 Por citar algunos ejemplos, el Diario del teniente de la 215.º División de Infantería (Grupo de Ejércitos Norte) Fritz Hockenjos: *Kriegstagebuch 1939-1947*, vol. I, entrada del 29.11.1941 (BA-MA, MSG 2/4036); el del soldado Willy P. Reese (2005), o el del oficial y fanático nazi Theodor Habicht, como señala Römer (2017: 252-260). Un ejemplo de crónica de una asociación de veteranos, con alguna escena idílica de baile con campesinas incluida, en Braake (1985). Para el área del Grupo de Ejércitos Norte, véanse más ejemplos en Kilian (2012: 189-240) y Rutherford (2014: 194-196).

307 Ejemplar en este sentido es el diario anónimo de una ciudadana berlinesa donde se refleja la llegada de las tropas soviéticas a su barrio de Berlín y las complejas relaciones que se establecen con los ocupantes (véase *infra):* cf. *Eine Frau* (2003).

308 Klee, Dressen y Riess (2004: 193-196).

309 Pohl (2008: 299-303); Motadel (2014: 133-166).

310 Cf. Chiari (2005: 149-150); Lomaguin (2004: II), y Kovalev (2009; 2011), para ejemplos.

311 Véase, por ejemplo, el informe quincenal de la Policía Militar *(Feldgendarmerie)* del 18.º Ejército, 16.1-31.1.1943 (BA-MA, RH 20-18/1476) sobre los incidentes cada vez más frecuentes en viviendas rusas entre soldados españoles, estonios y alemanes. O las entradas del diario de la civil rusa Lidia Osipova, 17.9, 30.9, 1.10 y 5.10.1942, reproducido en Lomaguin (2004: II, 464-466).

312 Mühlhäuser (2010: 333-35); Lehnstaedt (2010: 233-241).

313 Cf. testimonios epistolares en Packheiser (2018: 383-385); la dinámica fue semejante en el caso de Polonia (Röger, 2015).

314 Fritz (1995: 78-79); Schüddekopf (2004: 184-186).

315 Reese (2005: 183).

316 Cf. Fritz (1995: 77-79) y Klee, Dressen y Riess (2004: 196).

317 Shepherd (2004: 190-193); Beck (2004: 178-183); Wehler (2003: 873).

318 Wegner (1990: 920-921), Hass (2002); Hürter (2001); Mühlhäuser (2010: 159-160); Rutherford (2014: 166-167).

319 Chiari (2005).

320 Kilian (2012).

321 Datos en Pohl (2008: 184-200) y Hartmann (2013: 77-78).

322 *Diario* de Manuel de Cárdenas, entrada del 1.9.1942.

323 Memorias de Lidia Osipova, entrada del 25.6.1942, reproducidas en Lomaguin (2004, II: 463).

324 Carta del teniente Heinz E. a su mujer, 30.10.1941, reproducida en *Blockade* (2004: 139).

325 Citado, con más ejemplos, en Heer (1999: 101).

326 Citado en Reese (2005: 222).

327 Citado en Latzel (1998: 144).

328 Carta del teniente Emerich P., Ortskommandantur II (351), 22.9.1942, en: Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart, colección Sterz.

329 Cárdenas, *Diario,* entrada del 3.6.1942.

330 Véanse, por ejemplo, algunos testimonios en Wehinger y Averyanov (2017: 54-58).

331 Véase una exposición detallada en Núñez Seixas (2018a).

332 Los españoles, empero, eran representados a menudo como hablantes de una peculiar jerga que incluía palabras italianas. Véanse, por ejemplo, F. Nemis, *Der Stützpunkt am Ilmensee,* Rastatt s.f. [*Der*

Landser, 496); id., *Der Letzte der Legión,* Rastatt, s. f. [*Der Landser,* 2594], así como el episodio «Visita desde la zona oriental» de la popular serie televisiva alemana de los años setenta *Ein Herz und eine Seele (Como uña y carne),* emitido el 12.2.1973, disponible en: http://www.youtube.com/watch?v=yUan2fGw_kE (minutos 24: 10-24: 50).

333 Schlemmer (2009); Giusti (2016).

334 Guerra (2012).

335 Giusti (2016: 263-264).

336 Núñez Seixas (2016: 69-106).

337 Stone (2012); Schlemmer (2009: 67-80); Rodogno (2006).

338 Schlemmer (2009: 41-67).

339 Núñez Seixas (2016: 284-90).

340 Scotoni (2013); Núñez Seixas (2018c); Schlemmer (2009: 93-106).

341 Cf. Núñez Seixas (2016: 239-262); Schlemmer (2010); Giusti (2016: 166-169).

342 Giusti (2016: 05-09).

343 Núñez Seixas (2016: 205-317).

344 Schlemmer (2009: 56-59).

345 Núñez Seixas (2006b; 2018b); Corni (2012).

CAPÍTULO 4

ESCENARIOS DECISIVOS

> Hay que tener paciencia. Hay que aproximarse tácticamente al enemigo, engañarle. Matar, eso se hace rápido; pero pensar en cómo se engaña al enemigo… eso es complicado.
>
> VASILI ZÁITSEV (1943)

Entre el fracaso de la ofensiva alemana sobre Moscú y el inicio de la gran contraofensiva soviética de invierno en enero de 1944, el frente del Este se caracterizó en lo esencial por ser una guerra de posiciones, cuando no de trincheras, en la que una línea estable cruzaba de Sur a Norte el territorio europeo de la URSS. Era una guerra de desgaste jalonada por continuos golpes de mano, pequeñas ofensivas y ataques de distracción, que provocaban una constante sangría de bajas en ambos bandos, y cuya descripción sería tediosa. Una vez comprobado que no tomaría Moscú, la Wehrmacht concentró sus esfuerzos de modo particular en el frente Sur, en una zona que abarcaba desde Orel hasta el mar Negro y el Cáucaso, donde todavía en 1942 se registró un fuerte avance del Ejército alemán y sus aliados, que fue seguido de un retroceso a las posiciones de partida.

Dentro de ese panorama, la suerte del frente, de la guerra germano-soviética y, en buena parte, de la II Guerra Mundial en su conjunto, se jugó en tres escenarios bélicos muy diferentes, lejos de Moscú, con características muy distintas entre sí. En el Norte, Leningrado resistió un asedio por hambre de dos años y medio de duración. En el Sur, la mítica y brutal batalla de Stalingrado comenzó como una lucha sin cuartel, casa por casa, en una ciudad en ruinas y acabó con la masacre de un cuarto de millón de hombres atrapados en

su propia trampa. En el centro, la última batalla en la que la Wehrmacht jugó a la ofensiva, en Kursk, se saldó con el enfrentamiento entre carros de combate más espectacular de la Historia, que acabó en unas aparentes tablas. En los tres escenarios, la inicial ventaja alemana y de sus aliados se difuminó frente a un Ejército Rojo que había aprendido muchas de las lecciones de 1941. Y el enorme desgaste a que ambos bandos se sometieron perjudicó sobremanera al III Reich, que disponía de menores reservas en hombres y medios.

4.1. Matar por hambre: el cerco de Leningrado (1941-1944)

En el reparto de tareas asignado durante los preparativos de la Operación Barbarroja, el llamado Grupo de Ejércitos Norte, integrado por los Ejércitos 16.º y 18.º y el 4.º Grupo blindado, habría de encargarse de avanzar a través de la región báltica, tomar la ciudad de Leningrado hacia el 20 de agosto, y esperar a la llegada del Grupo de Ejércitos Centro antes de avanzar de manera conjunta en dirección a Moscú desde el Norte y el Oeste. El Alto Mando del Ejército de Tierra, y en particular su comandante supremo Franz Halder, no consideraba que la toma de Leningrado revistiese una relevancia estratégica primordial, y prefería concentrar fuerzas de inmediato en la conquista de Moscú. Pero el hecho simbólico de que Leningrado, antiguo (y actual) San Petersburgo y Petrogrado, hubiese sido la cuna de la Revolución bolchevique, y el interés estratégico en despejar el tráfico marítimo en el Báltico, eran motivos más que suficientes a ojos del Führer nazi para tomarla al asalto. Hitler, además, impuso su opinión de que los objetivos

estratégicos fundamentales eran la ciudad industrial de Leningrado, y en el Sur, los pozos petrolíferos del Cáucaso y las regiones agrícolas de Ucrania, para después asestar el golpe definitivo contra Moscú. Sin embargo, el hecho de que el avance fuese más lento de lo previsto, contribuyó a introducir modificaciones sucesivas en la concepción estratégica de la conquista. De entrada, algunas fuerzas motorizadas del Grupo de Ejércitos Norte fueron desviadas hacia el Sur. Progresivamente, el frente de Leningrado se convirtió en un escenario lateral de la guerra.

En la región de Leningrado, la Wehrmacht podía contar con el apoyo del Ejército finlandés, que veía en el golpe alemán contra la URSS su oportunidad para recuperar los territorios perdidos a manos del Ejército Rojo en la *Guerra de Invierno* de 1939-1940. Cuando Hitler desencadenó la Operación Barbarroja, el Gobierno de Helsinki se puso de su lado, declarando la guerra a Moscú el 25 de junio de 1941. La intervención finlandesa tuvo lugar en el flanco Norte de la batalla de Leningrado, contribuyendo al bloqueo de la ciudad, y hasta septiembre de 1944 mantuvo las hostilidades con la Unión Soviética. Pero la participación de las tropas bajo el mando de Helsinki fue presentada como una segunda parte (de ahí el nombre oficial finlandés: *Guerra de Continuación*) o una revancha de la agresión de 1939.

Según las instrucciones de Hitler, el OKW pretendía poner en práctica en el frente septentrional algunas de las lecciones aprendidas en la conquista de otras ciudades soviéticas, desde Kiev a Kharkiv y Minsk. En particular una: la toma de un núcleo urbano entrañaba una cruenta guerra de guerrillas, en la que los defensores se hacían fuertes casa a casa, la superioridad en carros blindados y artillería de los atacantes perdía valor y el número de bajas para la Wehrmacht aumentaba drásticamente. La estrategia pasaba

a ser otra: sitiar las ciudades creando una suerte de guetos que se consumirían por hambre, evitando a la vez que se concentrasen en ellas campesinos huidos del entorno rural. En otras ciudades ocupadas, por lo demás, la Wehrmacht solo se había preocupado de alimentar a aquellos ciudadanos soviéticos que efectuaban trabajos para el ejército ocupante, desentendiéndose del resto. En la investigación histórica no reina un consenso definitivo acerca del motivo determinante de la decisión de sitiar Leningrado por hambre. Para algunos autores, se trataba ante todo de una suerte de odio personal de Hitler por la ciudad del Neva, origen de la Revolución. Para otros, fue una decisión de carácter circunstancial y condicionada por el desarrollo estratégico de la campaña en el otoño de 1941, así como por el deseo de evitar una lucha palmo a palmo en una ciudad destruida, para lo que el Ejército Rojo ya se preparaba, a las órdenes del mariscal Voroshilov, nombrado comandante en jefe de los Ejércitos Soviéticos del Noroeste. Y para otros más, la decisión de dejar morir por hambre a la población de Leningrado se encuadraba dentro del proyecto de guerra de exterminio racial nacionalsocialista, que en última instancia dictaba las prioridades militares en el Este.

La interpretación más plausible es que la decisión se tomó ya en julio de 1941, no tanto por razones tácticas inmediatas, sino por el convencimiento por parte del OKH de que la guerra relámpago se iba a convertir tarde o temprano en una guerra de posiciones, y que en consecuencia era ya aconsejable reducir objetivos y concentrar las cada vez más renqueantes fuerzas de la Wehrmacht para descargarlas sobre un ataque final a Moscú. Además, el evitar hacerse cargo de la alimentación de la población de Leningrado ahorraba un problema logístico de dimensiones considerables al Grupo de Ejércitos

Norte. Y constituía en sí mismo un objetivo coherente con los fines a medio y largo plazo de la conquista de la URSS: incorporar *espacio vital* y explotarlo económicamente. Para ello, como hemos visto, sobraban hasta 30 millones de ciudadanos soviéticos. Por consiguiente, la decisión estratégica del sitio por hambre fue tomada en el trasfondo de un objetivo a largo plazo del que el mando militar alemán era bien consciente, como era la eliminación física de la mayoría de los habitantes de la región en función de los objetivos supremos de carácter geopolítico de la Operación Barbarroja. Ese proyecto no difería en mucho del concebido para otras partes de la URSS, pero sí revestía en el área de Leningrado un carácter más radical: se trataba no solo de exterminar y esclavizar a la población que sobreviviese, sino también de regermanizar el conjunto del área[346].

A principios de septiembre de 1941, la vanguardia del Grupo de Ejércitos Norte alcanzó las afueras de Leningrado y cortó la vía férrea a Moscú. Las tropas finlandesas atacaron desde el flanco septentrional y reconquistaron el istmo de Carelia en agosto. Pero frenaron su avance al llegar a la frontera anterior a la *Guerra de invierno,* se negaron a traspasar ese confín y no ocuparon la orilla este del lago Ladoga, como en un principio era deseado por sus aliados alemanes. Tampoco participaron de forma activa en los bombardeos aéreos de la ciudad, pues el objetivo del general Carl Gustaf Mannerheim, héroe nacional tras sus éxitos frente a los soviéticos dos años antes, residía únicamente en recuperar los territorios perdidos. El Gobierno finlandés temía sobre todo que los aliados occidentales de la URSS acabasen por declararle la guerra en el caso de que sus tropas penetrasen en territorio soviético. Aunque Gran Bretaña dio ese paso en diciembre de 1941, no hubo ningún enfrentamiento armado entre ambos países, en una suerte de

acuerdo tácito de no agresión. Y el Gobierno de Helsinki rehusó adherirse al Pacto AntiKomintern[347].

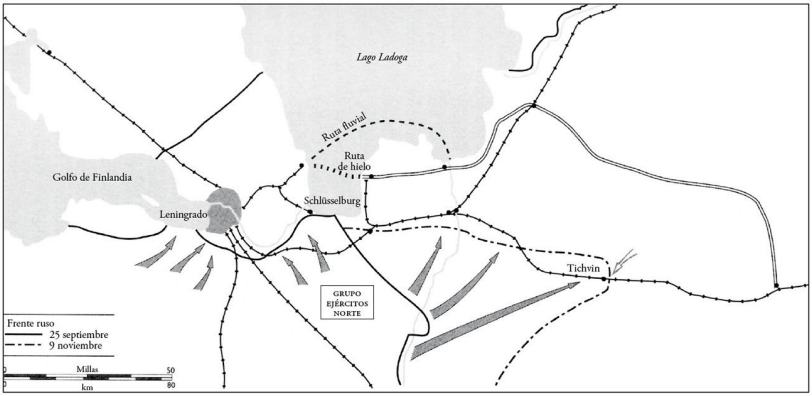
A pesar de la fuerte resistencia soviética, el comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Norte, mariscal Ritter von Leeb, estaba convencido de que era posible conquistar la ciudad. A principios de septiembre de 1941 los alemanes ya bombardeaban el centro de Leningrado, y cortaron la comunicación exterior por tierra de la ciudad. El 6 de septiembre, el OKW anunciaba al Grupo de Ejércitos Norte que el 4.º Grupo blindado era desviado hacia el Sur, y que Leningrado no debía ser tomada al asalto, sino que las fuerzas germanas se debían limitar a cerrar el sitio sobre la ciudad. Tras alguna resistencia por parte del mariscal Ritter von Leeb el cerco se estrechó, culminando el 6 de noviembre de 1941 con la conquista de la ciudad de Tichvin, nudo ferroviario situado al este del lago Ladoga. Con ello se completó el sitio, pues quedó interrumpida la comunicación por tren entre la orilla oriental del Ladoga, en manos soviéticas, y la zona leal a Moscú. Era un cerco incompleto y frágil en la medida en que frente a catorce divisiones de la Wehrmacht, con equipamiento insuficiente para el duro invierno, se situaban al menos treinta divisiones del Ejército Rojo[348]. Pero desde el resto del territorio de la URSS solo se podía llegar a Leningrado a través de la ribera este del lago Ladoga. La Wehrmacht se aprestó a la tarea de provocar el exterminio por inanición de la gran mayoría de los habitantes de la ciudad, evitando así tener que hacerse cargo de la alimentación de tres millones de personas. Pese a las dudas por parte de algunos generales de división alemanes acerca de si sus hombres aguantarían tener que disparar contra masas de mujeres y niños que, presas del hambre, decidiesen escapar del cerco de Leningrado, la orden del OKW al Grupo de Ejércitos Norte, cursada el 7 de octubre de

1941, destacaba en que «el Führer ha insistido en que no se debe aceptar una capitulación de Leningrado, y ni siquiera más tarde de Moscú, anque sea ofrecida por el enemigo»[349].

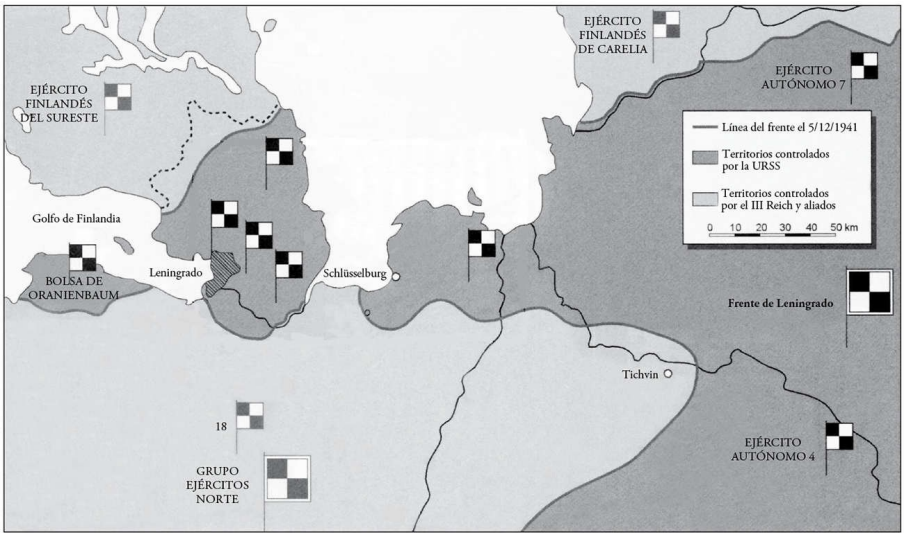
De paso, la región de Leningrado se «vaciaría» de población eslava. Según las directrices de los dos proyectos de colonización y regermanización de las «marcas» exteriores del Reich alemán que habían sido elaborados entre 1939 y 1941, y que hallaron su mejor expresión, como ya vimos, en el Plan General Este redactado en mayo de 1942 bajo la supervisión del Reichsführer SS Heinrich Himmler, toda la región de Leningrado debía ser *vaciada* paulatinamente de población eslava. El vaciamiento debía empezar por las áreas urbanas y en una segunda fase, a ritmo más lento, extenderse a las regiones rurales[350]. La región, para la que se recuperó el antiguo nombre sueco de *Ingermanland,* debía ser colonizada en un futuro próximo por alemanes traídos del Reich, de la diáspora americana y de otras zonas de Europa oriental, además de, si era necesario, por otros pueblos germánicos (holandeses, noruegos y suecos). La determinación de sitiar Leningrado por hambre fue anterior a la concreción de este plan, y la decisión definitiva no se tomó en el curso de los preparativos de la Operación Barbarroja. Sin embargo, el genocidio contra la población de la ciudad, y la intención de eliminar a los habitantes eslavos «sobrantes» en una zona que se quería repoblar con colonos germánicos, estaba ya esbozado en manifestaciones anteriores del propio Hitler y sus generales. Por lo tanto, el exterminio físico de la mayoría de sus habitantes habría de preparar el terreno para los planes de limpieza étnica de la región. Su puesta en práctica tuvo mucho que ver con la necesidad, nueva para la Wehrmacht, de hacer frente a una situación militar que no se correspondía con las previsiones de una guerra

relámpago. Se trató de una intersección entre un proyecto ideológico a medio plazo (la germanización del área de Leningrado) y otro a corto plazo (las necesidades logísticas y tácticas inmediatas de la Wehrmacht).

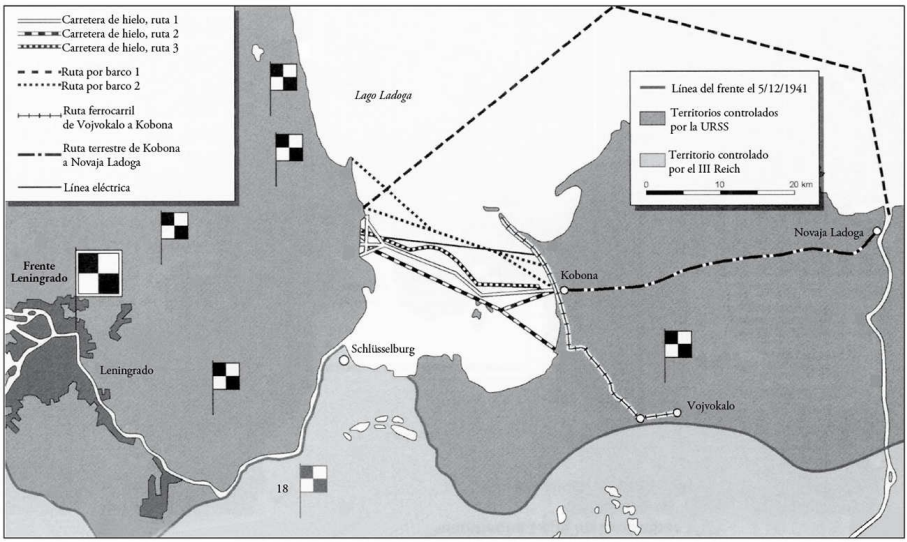
Tras la ofensiva alemana para tomar Tichvin, culminada como hemos visto a principios de noviembre de 1941, los objetivos parecían cubiertos. Pero la contraofensiva soviética de comienzos de diciembre culminó el día 7 de ese mes con la reconquista de la ciudad y la retirada de las tropas alemanas y sus aliados a la orilla derecha del río Vóljov. Con ello, la ciudad sitiada pudo abastecerse de nuevo mediante convoyes ferroviarios que después eran transportados a través del lago Ladoga, y su situación se alivió. Los Ejércitos 16.º y 18.º del Grupo de Ejércitos Norte afrontaron, a partir de ese momento, una larga guerra de posiciones, a lo largo de una línea de trincheras extendidas entre el lago Ilmen y Leningrado, que habría de mantener un frente estable hasta la definitiva ofensiva soviética de enero de 1944, con la sola salvedad de la lengua de tierra al sur del lago Ladoga, en torno a Schlüsselburg.



MAPA 4. El cerco de Leningrado, septiembre-noviembre de 1941



MAPA 5. El cerco de Leningrado, diciembre de 1941



MAPA 6. «La carretera de la vida», a través del lago Ladoga

Aunque desde la reconquista de Tichvin el frente de Leningrado no ocupó la mayor prioridad en las preocupaciones de Stalin, el Ejército Rojo intentó romper el cerco en varias operaciones, entre ellas algunas ofensivas lanzadas al Sur de Leningrado y en el frente del Vóljov, tanto en noviembre-diciembre de 1941 como en la primavera y verano de 1942. Todas ellas acabaron en un rotundo

fracaso. Al sur de Novgorod el ataque soviético formaba parte, en realidad, de las operaciones destinadas a aprovechar el éxito de la contraofensiva de Moscú, intentando llegar a Smolensko mediante un movimiento de pinza. Seis divisiones alemanas del 2.º Cuerpo de Ejército resistieron un prolongado cerco en la llamada bolsa de Demiansk. Las tropas sitiadas, sin embargo, consiguieron mantenerse sobre el terreno gracias al puente aéreo improvisado por la *Luftwaffe,* que fue capaz de evacuar 35.000 heridos y de transportar al interior de la bolsa 60.000 toneladas de víveres y municiones, a razón de cien vuelos por día. Al final, el cerco fue roto por los alemanes gracias a la llegada de refuerzos que obligaron a retirarse a los soviéticos el 21 de marzo de 1942.

Por otro lado, la ofensiva del Vóljov fue desencadenada por el Ejército Rojo en febrero de 1942. Pero se saldó con miles de soldados soviéticos cercados en terreno boscoso y pantanoso detrás de las líneas invasoras —la llamada *bolsa del Vóljov*— entre febrero y finales de junio de 1942, hasta que el comandante soviético de las fuerzas rodeadas, el general Vlasov, se rindió a las fuerzas alemanas, holandesas y españolas que se encargaron de eliminar la bolsa. Con él cayeron más de 32.000 prisioneros soviéticos, mientras que unos 65.000 soldados perdieron la vida[351]. Vlasov, que fue hecho prisionero en julio al ser hallado vagando sin rumbo, fue ganado por los alemanes para conformar una división de soldados rusos al servicio del Eje, como ya hemos expuesto.

A principios de 1943, de manera paralela a las operaciones en el frente del Don y Stalingrado, el mando soviético tomó de nuevo la iniciativa. La primera y principal ofensiva fue la Operación *Iskra* (chispa), desencadenada el 12 de enero, como primera fase de la liberación del cerco de Leningrado. Veintiuna divisiones atacaron desde el flanco

sur, al este de la ciudad, y al sur del lago Ladoga, con el objetivo de rodear en una tenaza al 26.º Cuerpo de Ejército alemán. Tras duros combates, los soviéticos consiguieron hacer retroceder a los alemanes de sus posiciones en la ribera meridional del lago Ladoga, y el 18 de enero de 1943 lograron abrir un estrecho corredor en tierra firme, pasando por Schlüsselburg. A través de él se construyó con celeridad una vía férrea que permitía el paso de provisiones y tropas de refresco. Gracias a esas medidas, el aprovisionamiento de la ciudad del Neva alcanzó en un mes unos niveles similares a los de otras urbes soviéticas. Ello no significaba que el cerco hubiera sido levantado. En febrero, las tropas acumuladas al Sureste del cerco, desencadenaron una ofensiva sobre el sector de Krasny Bor, guarnecido en buena parte por tropas españolas. El objetivo de la ofensiva, encuadrada en la Operación Estrella Polar, era girar hacia el este y romper el sitio de Leningrado, encerrando en una bolsa a las unidades españolas y alemanas que guarecían el sector del Ishora, de modo convergente con otro ataque en el sector de Pogoste, al sureste, tomando el nudo ferroviario de Ljuban. A medio plazo, y de forma coetánea a la ofensiva del Don y la destrucción de la bolsa de Stalingrado, la operación podría suponer el colapso del 18.º Ejército, desplegado en un frente muy amplio y escaso de reservas, y provocar el retroceso general del Grupo de Ejércitos Norte, gracias a ataques coordinados desde el sector de la bolsa de Demiansk, al sur del lago Ilmen. No obstante, y pese a algunos éxitos iniciales, el desgaste sufrido obligó a los soviéticos a replegarse a sus posiciones de partida. Además, la ofensiva paralela desde Demyansk, que pretendía llegar a Narva y rodear al Grupo de Ejércitos Norte, no pudo tener lugar debido al repliegue preventivo, a finales de enero, del 16.º Ejército alemán. En julio/agosto y septiembre de 1943 se

registraron otras dos ofensivas de alcance igualmente local, sin resultados positivos para el Ejército Rojo[352].

Los alemanes y sus aliados se vieron obligados a mantenerse sobre el terreno, cubrir la línea del frente de Leningrado y del Vóljov y el lago Ilmen, al Sur, para rechazar los intentos soviéticos por romper el cerco, y mantener las comunicaciones con los países bálticos y el propio Reich frente a la actividad partisana en la retaguardia. Esa obligación, combinada con la certeza de la estabilización del frente, llevó al Grupo de Ejércitos Norte a desarrollar algunas necesidades logísticas específicas, que también aconsejaron a los mandos intermedios de las divisiones alemanas la adopción de posturas más pragmáticas frente a la población civil. Pues los campesinos, en su gran mayoría ancianos, mujeres y niños, y muchos de ellos deportados de otras zonas[353], pasaron pronto a cumplir una importante función auxiliar y logística para el Ejército alemán y sus aliados. Entre otras tareas, los civiles avituallaban de alimentos y carne a sus tropas; trabajaban en limpieza de caminos y vías férreas además de recoger turba para mandar a Alemania; y sus chozas y cabañas de madera *(isbas)* servían de refugio, sobre todo en los duros inviernos, a los soldados de la Wehrmacht. Más que en ningún otro frente, en la zona ocupada por el Grupo de Ejércitos Norte el contar con un cierto apoyo del campesinado ruso, cuando menos pasivo y mediatizado por el miedo a las represalias, fue considerado un elemento necesario[354]. Ello introdujo algunos matices diferenciales en la política de ocupación alemana en el frente Norte, sobre todo a la hora de aplicar las directrices generales del Alto Mando y del propio Hitler por las instancias subordinadas de la Wehrmacht, al menos en el nivel subalterno de batallones, divisiones y cuerpos de ejército.

El sitio de Leningrado obligó al régimen estalinista, a través de las normas adoptadas por el enérgico mando de la defensa de la ciudad durante el tiempo en el que Zhukov estuvo al cargo, a exigir el máximo sacrificio a la población, que sumaba en toda su área 2,9 millones de habitantes. Los civiles fueron movilizados para fortificar defensas, cavar trincheras y construir refugios[355]. Con el fin de sortear el bloqueo y asegurarse una vía de suministros provenientes de la zona leal a Moscú, los defensores de Leningrado se vieron obligados a construir una vía de comunicación hacia el Este (el llamado *camino de la vida*) que constaba de hasta seis rutas que atravesaban el lago Ladoga, helado en invierno, para el aprovisionamiento limitado de la ciudad mediante camiones, que en buena parte sucumbían a los ataques de los cazas de la Luftwaffe. El hambre y la escasez de combustible, que acabó con el suministro de energía a edificios civiles o el transporte público, coincidió además con un invierno extremadamente frío, que provocó la muerte por congelación de millares de civiles.

Búnker soviético en la línea del avance máximo de los alemanes durante el sitio de Leningrado, febrero de 2015 (Archivo del autor)

La escasez de víveres al estrecharse el cerco obligó a un

estricto racionamiento desde el mes de septiembre de 1941, que fue disminuyendo a medida que avanzaba el otoño y el invierno de ese año, y que beneficiaba sobre todo a quienes desempeñaban tareas juzgadas *útiles*. Entre mediados de noviembre y mediados de diciembre, un trabajador obtenía por día 250 gramos de pan, mientras que empleados, niños y familiares recibían 125 gramos, además de magras cantidades magras de grasa, carne y cebada o pasta. A finales de 1941 la población de Leningrado consumía de media entre un 20 y un 30 por ciento de las calorías necesarias para asegurar el mínimo de subsistencia. La escasez del racionamiento, el frío y el duro trabajo provocaron que, en los meses álgidos del bloqueo (entre noviembre de 1941 y enero de 1942) se llegasen a superar en la ciudad los 5.000 muertos diarios, muchos de ellos abandonados en plena calle y sepultados en fosas comunes. Se registraron, incluso, casos de canibalismo.

A partir de la Navidad de 1941 las raciones fueron aumentando de manera paulatina, gracias a los limitados suministros procedentes en buena parte de la ayuda norteamericana, neozelandesa y australiana, que se pudieron introducir en mayor cantidad después de la reconquista de Tichvin. Así se pudo volver a utilizar la línea férrea hasta el Ladoga, y además el hielo había alcanzado un grosor suficiente en el lago para permitir un tráfico más fluido de camiones y mercancías. Desde abril de 1942, cuando el hielo se fundía, el aprovisionamiento se realizaba en barcos que cruzaban el lago. Aun así, muchos habitantes se hallaban todavía muy debilitados por la malnutrición sufrida el invierno anterior, y fueron pasto fácil de enfermedades, por lo que hasta junio de 1942 las tasas de mortandad se mantuvieron en niveles muy altos, como reflejaban los informes alemanes tras interrogar a prisioneros y espías[356].

En diciembre de 1942, la ración diaria que era distribuida a los habitantes de Leningrado suponía apenas el 50-60 por ciento de las calorías necesarias para la subsistencia. Hubo que esperar a febrero de 1943 para alcanzar niveles de suministro que garantizasen la supervivencia física. No obstante, a menudo en las tiendas y puntos de suministro sólo se podía conseguir pan, por lo que muchos ciudadanos no encontraban dónde validar sus cartillas de racionamiento para el día. Por otro lado, el pan muchas veces estaba adulterado, con el consentimiento tácito de las autoridades. Las ingeniosas medidas del mando de la defensa de la ciudad, que pasaron por la elaboración de una harina sintética a partir de caparazones, conchas y serrín, o el reciclaje de dos mil toneladas de tripas de cordero en forma de carne picada, no fueron suficientes para detener los estragos de la hambruna. Familias enteras desaparecieron, viendo caer sus miembros uno a uno, víctimas de la malnutrición, el frío y el agotamiento por las continuas jornadas de trabajo en fábricas y trabajos de fortificación. Y diversos testimonios, diarios y cartas conservadas —y solo publicadas tras 1989— ponen de relieve la resignación fatalista con la que se asistía a ese proceso por parte de quienes podían sobrevivir[357]. En el verano de 1942, la población de Leningrado se había reducido a 807.300 personas; y en enero de 1944 alcanzó su punto más bajo, 630.000. Las calles vacías daban a la ciudad un aspecto sepulcral, según los testimonios de varios periodistas extranjeros.

Para mantener la disciplina productiva y combatiente de la población, el sistema de terror estalinista redobló su intensidad. Quien no cumpliese con los objetivos encomendados, de acuerdo con los moldes del voluntarismo, fuese un intelectual, un director de fábrica o un oficial, era

castigado por ser considerado sospechoso de sabotaje, de derrotismo o connivencia con el enemigo. Hasta 3.578 prisioneros políticos, en buena parte militares degradados con cualquier pretexto y objeto de denuncias falsas, trabajaban a finales de diciembre de 1941 en las fábricas de armas de la ciudad. Varios centenares más murieron en las cárceles de la NKVD, repletas durante los meses de bloqueo. Bajo el mando de Zhukov se llegó a decretar que las familias de quienes se rindiesen al enemigo serían fusiladas sin compasión[358]. Tal vez era la única forma de detener el pesimismo entre octubre y noviembre de 1941. Algunos informes del NKVD señalaban que en esos momentos cundía el descontento hacia el régimen entre obreros y civiles, y que algunos ciudadanos y soldados no se recataban en desear en voz alta la entrada de los alemanes en la ciudad, con la esperanza de así lograr algo de comer[359].

El terror estalinista se cobró buen número de víctimas entre sectores sociales y profesionales específicos, a los que se imputaba haber mantenido contactos en el pasado con los alemanes. Fue el caso de los científicos y docentes universitarios. A ellos se unió la deportación de las minorías no rusas que vivían en el área de Leningrado, que fueron consideradas de modo apriorístico sospechosas de simpatía con el enemigo. Se trataba en particular de los pertenecientes a las minorías germanohablantes y los habitantes de lengua finesa de la Ingria o región comprendida entre Carelia, el lago Ladoga y Estonia, que incluía a los ingrios fineses e izorianos, así como a los descendientes de los pueblos baltofineses que vivían en la zona antes de la llegada de los eslavos en la Edad Media (votios, carelianos y varengos). Entre la primavera y el verano de 1942, y bajo la supervisión directa del NKVD y su máximo responsable Laurenti Beria, alrededor de 44.737

«fineses» y 11.000 «alemanes», a los que se añadía un número difícil de determinar que fue deportado con anterioridad, fueron transportados a Siberia en vagones de mercancías. A ellos se unieron más de 40.000 «asociales» y 30.307 «elementos criminales». El destino a corto o medio plazo de muchos de los deportados, cuando llegaron a campos de acogida improvisados en medio de la nada, fue la muerte[360].

El 14 de enero de 1944 las divisiones encuadradas en el frente del Vóljov, al mando del general Kirill Meretskov, y las del Frente de Leningrado, al mando del general Leonid Govorov, atacaron de manera simultánea a las líneas alemanas. La situación límite en que se encontraban las reservas de la Wehrmacht había debilitado sus posiciones de forma considerable, y esta vez el 18.º Ejército alemán, situado enfrente de Leningrado, se vio obligado a retroceder para evitar el desastre. El cerco, por fin, fue levantado. El 10 de junio de 1944 el Ejército Rojo también atacó desde las dos orillas del lago Ladoga a las fuerzas finlandesas, haciéndolas retroceder a las fronteras ganadas por los soviéticos en la guerra de invierno de 1939. Ante el peligro de que el Ejército Rojo invadiese el corazón del país, el Gobierno de Helsinki decidió firmar un armisticio con la URSS el 4 de septiembre de 1944, a costa de abandonar a su suerte a las tropas germanas ubicadas en Finlandia, que se abrieron paso a través del territorio del otrora aliado para replegarse.

Según los datos oficiales publicados en 1945, en el cerco de Leningrado murieron 632.253 civiles. La mayoría de ellos habrían fallecido en los meses del otoño e invierno de 1941-1942, tanto por frío como por inanición, o por ambas cosas. Tales guarismos, sin embargo, parecen bastante lejanos de la realidad. En la época de Kruschev se revisaron las cifras al alza, y se reconoció por las instancias oficiales un total

cercano a los 800.000 muertos. Desde entonces, diversos cómputos han elevado la cifra, que se sitúa de modo plausible entre 1 y 1,3 millones de fallecidos, casi la mitad de la población de la ciudad, aunque durante el bloqueo residieron en la misma un número indeterminado de refugiados procedentes de las zonas rurales del Báltico, y que habían llegado huyendo del avance alemán. Muchos muertos, además, no fueron registrados por sus familiares, al ser abandonados sin dato identificativo alguno en fosas comunes. Cerca de 1,3 millones de habitantes de la ciudad fueron evacuados, y muchos de ellos no retornaron. En 1945, Leningrado contaba con apenas un tercio de su población anterior a la guerra[361]. Por esas razones, el número exacto de víctimas civiles que perecieron durante los casi novecientos días de asedio no se conocerá jamás.

4.2. La batalla del siglo: Stalingrado (1942-1943)

En la ciudad de Stalingrado, a orillas del Volga, se jugó posiblemente el destino de la campaña del Este, y asimismo el de la II Guerra Mundial. Fue la mayor batalla del conflicto, y la más cruenta de todo el siglo XX, así como la más recordada y conmemorada. Las bajas totales oscilaron entre las 1.640.000 y 2.000.000 de personas, incluyendo a militares alemanes, rumanos, croatas e italianos, por un lado, y a soldados y civiles soviéticos, por el otro.

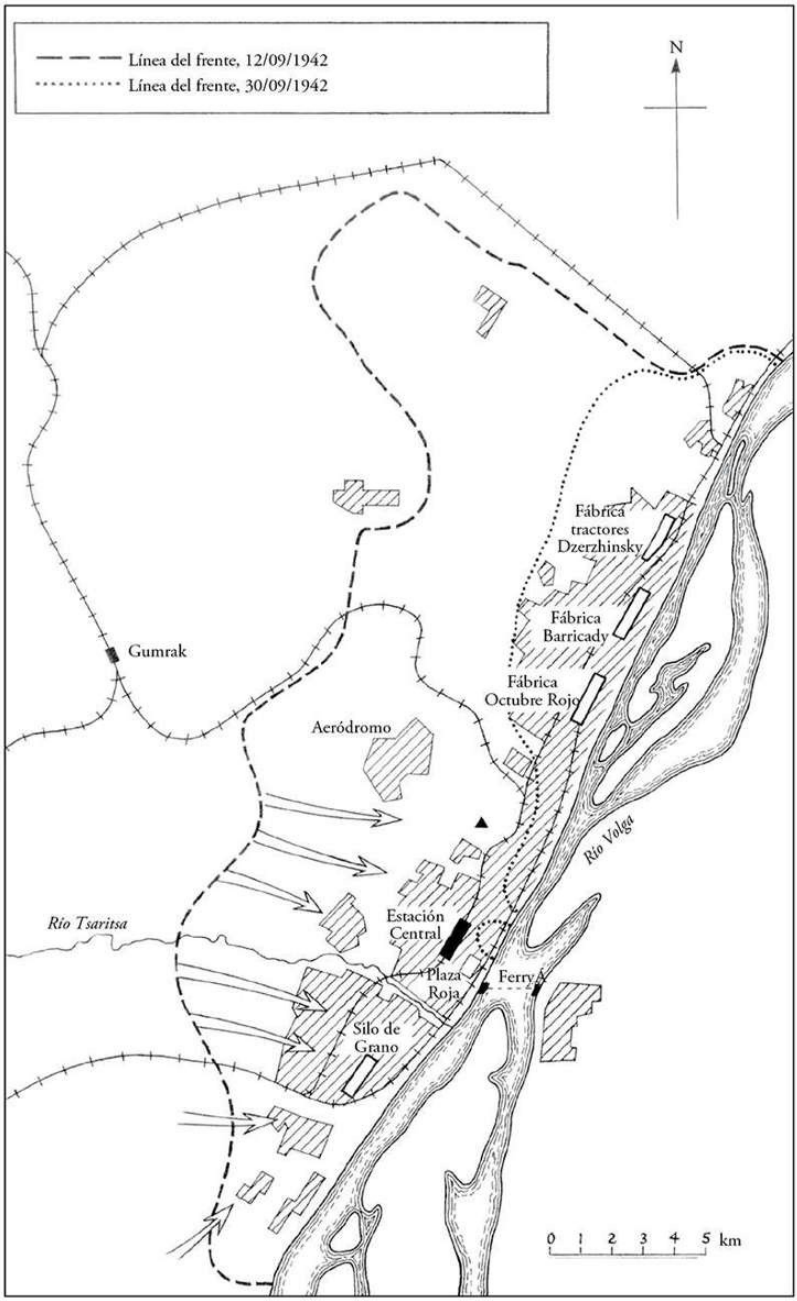
La contraofensiva para reconquistar Kharkiv en mayo de 1942 obtuvo algunos éxitos iniciales, pero pronto acabó en desastre, con la pérdida de tres divisiones y un ejército blindado, unos 170.000 hombres. La retirada del general Semyon Timoshenko y sus hombres hacia el río Volga, en dirección a Stalingrado, convirtió a esa ciudad en objetivo

militar del Grupo de Ejércitos Sur alemán. El 6.º Ejército, comandado por el general Friedrich Paulus, y el 4.º Ejército blindado intentaron cortar la retirada a los soviéticos antes de que se reagrupasen, pudiesen atacar Rostov y después reforzar las líneas defensivas del Cáucaso. La *Stavka* estaba convencida de que los invasores intentarían tomar otra vez Moscú, por lo que el grueso de los efectivos del Ejército Rojo se había concentrado en un anillo defensivo para proteger la capital. Pero el objetivo estratégico fundamental de la ofensiva de verano de la Wehrmacht, que se desencadenó el 28 de junio de 1942 a través de las llanuras de Ucrania, no era otro que acceder a los yacimientos petrolíferos del Cáucaso. A partir de allí, esperaban avistar tanto el Caspio como, a medio plazo, los recursos de Oriente Próximo.

El avance alemán por las llanuras de Ucrania fue meteórico. Sin embargo, tenía un talón de Aquiles: las reservas de combustible escaseaban. Hitler tomó la decisión de dividir su ejército a las puertas de Stalingrado, de modo que el 6.º Ejército se vio separado de las unidades acorazadas del general Hoth, que fueron desviadas hacia el Sur. El *Führer* alemán, frente al parecer del mariscal Fédor von Bock, pretendía atacar en dos etapas, evitando así que las fuerzas de Timoshenko alcanzasen la ciudad de Rostov y reforzasen su defensa. A pesar de todo, Rostov fue atacada y reconquistada por los alemanes.

El 19 de julio de 1942 el dictador soviético ordenó que Stalingrado resistiese hasta el último hombre, declarando el estado de sitio total. Además de preparar las defensas frente al próximo ataque alemán, los civiles de la ciudad fueron obligados a permanecer en ella. Así se pretendía hacer de la urbe que ostentaba el nombre de Stalin un símbolo de la resistencia de la patria soviética frente al invasor, en comunión de civiles y militares, del mismo modo que

décadas antes, en 1918, la defensa de la ciudad, entonces denominada Tsaritsin, contra los ejércitos blancos había supuesto una inyección de moral para los bolcheviques. Cuatro días después Hitler, subestimando la capacidad de resistencia del Ejército Rojo, ordenó al 6.º Ejército la toma al asalto de Stalingrado, pero eludía concentrar todas las fuerzas disponibles en su conquista y ordenaba al Cuerpo de Ejército del mariscal Wilhelm von List que prosiguiese con rumbo al Cáucaso. El 6.º Ejército carecía de unidades mecanizadas y acorazadas dignas de mención, y solo contaba con el apoyo de dos divisiones rumanas, además de un regimiento croata, mientras que al Norte de su posición, en el Don, combatían fuerzas italianas y húngaras. Las unidades rumanas, en particular, estaban bastante peor equipadas y eran bastante desmoralizables[362].



MAPA 7. El asalto alemán a Stalingrado, septiembre de 1942

El 23 de agosto de 1942 la ciudad del Volga fue bombardeada por la Luftwaffe, causando no menos de 5.000

muertos. El avance alemán parecía imparable. El 29 de agosto, cuando las primeras unidades de la vanguardia invasora aparecían en el horizonte de Stalingrado, llegó a la ciudad el general Zhukov, recién ascendido a vicecomandante en jefe del Ejército Rojo y avalado por sus éxitos anteriores en Leningrado y Moscú.

Sobre Stalingrado convergían siete divisiones de infantería y dos divisiones motorizadas alemanas, además de dos divisiones rumanas. En total, unos 400.000 hombres se aprestaban al ataque, mientras que solo 40.000 soldados soviéticos defendían la ciudad. El 1 de septiembre de 1942 los primeros blindados alemanes penetraron en los suburbios de Stalingrado. Una primera contraofensiva alivió en parte la situación en el Norte de la ciudad. La consigna era clara para los defensores soviéticos: no había posibilidad de retirada, bajo pena de muerte. Esa directriz se reforzó el 12 de septiembre con el nombramiento por Zhukov del inflexible general Vasili Chuikov como comandante en jefe de la defensa de Stalingrado. A él se añadía el Comisario Político jefe, el ucraniano Nikita Krushev, fanático partidario de defender la ciudad hasta la muerte del último combatiente. Chuikov reforzó las defensas antiaéreas y estableció unos puntos fuertes para contener al enemigo, como la colina de Mamaev Kurgan o el barranco de Tsaritsa. Para insuflar moral a las propias tropas y desmoralizar a los alemanes en el combate callejero, también promovió el despliegue de francotiradores de élite en las ruinas de la ciudad. Fue el caso, entre otros, del mediático Vasili Záitsev, inmortalizado por la propaganda y después por el cine. Chuikov organizó igualmente un sistema de suministros regulares a través de barcazas desde la orilla izquierda del Volga, que permanecía en manos soviéticas.

Las fuerzas alemanas atenazaron Stalingrado y se

lanzaron a conquistar la ciudad casa a casa. Era un combate callejero, con el que, a pesar de la experiencia adquirida desde el inicio de la Operación Barbarroja, los estrategas de la Wehrmacht y muchos soldados estaban poco familiarizados[363], y que anulaba buena parte de sus ventajas estratégicas —la concentración de artillería pesada y ligera, carros de combate e infantería en puntos del frente—. La superioridad técnica germana, y su menor número de bajas totales, servía de poco en ese intrincado escenario lleno de obstáculos. Sin embargo, tampoco los soviéticos eran duchos al principio en esas lides: como declaró el general Alexander Rodimzev, «una casa nos pertenecía a nosotros, después al enemigo, después volvía a nuestros manos, de modo que no se podía decir con certeza dónde estaba el frente»[364].

La resistencia era mucho mayor de lo que Hitler había previsto, y para finales de septiembre de 1942 parecía claro a los mandos alemanes que la conquista de la ciudad sería muy costosa en vidas humanas. A pesar de todo, Hitler mantuvo su determinación inalterable de tomar Stalingrado. Había razones estratégicas para ello: la ofensiva sobre el Cáucaso había fracasado al fallar el mariscal List en su cometido, por lo que la ciudad se convertía en una llave crucial para mantener el acceso a la ruta de los pozos petrolíferos. Empero, las alocuciones del dictador nazi dejaron entrever que se trataba ante todo de una cuestión de prestigio: un duelo a una carta, con alto componente simbólico, entre dos dictadores megalómanos dispuestos a sacrificar cientos de miles de vidas por el honor de su nombre.

El 14 de septiembre de 1942 la 71.ª División de la Wehrmacht penetró en el corazón de Stalingrado. Su primera embestida fue detenida por francotiradores y fuego de morteros, provocando numerosas bajas alemanas. A

despecho de las dificultades, los *Landser* llegaron a la plaza central de la ciudad, y unidades alemanas escogidas tomaron la llamada «Casa de los Especialistas», desde donde podían hostigar las lanchas que iban y venían a través del Volga con soldados y suministros. Pero las bajas atacantes eran ya desproporcionadamente elevadas: entre el primer y segundo día de combate, los alemanes perdieron 2.500 hombres, frente a 6.000 los soviéticos. El Ejército Rojo se desangraba en ese momento en Stalingrado a razón de casi 3.000 soldados por día. Abundaban más los combatientes que las armas, por lo que Chuikov dispuso la estrategia del *uno por uno:* un soldado con fusil llevaba otro sin él detrás, para reemplazarlo si causaba baja. Oleadas sucesivas de infantería eran lanzadas contra las trincheras alemanas a pecho descubierto, con las ametralladoras del NKVD a su espalda, a la espera de que la artillería pudiese enfilar las posiciones germanas. Aun al precio de miles de vidas, lo cierto fue que los soldados soviéticos lograron detener el ímpetu de los *Landser*. El paisaje urbano se convirtió en un inmenso cementerio en ruinas. Miles de cadáveres yacían abandonados y creaban una atmósfera pútrida, en la que las enfermedades infecciosas se propagaron con rapidez, en especial el tifus, la disentería y la paratifoidea, que hicieron numerosos estragos entre la infantería germana. Y los heridos, sobre todo los soviéticos, morían víctimas de las bajas temperaturas, la falta de auxilio o el mal estado del agua y la comida.

Los alemanes no tuvieron escrúpulos en utilizar como escudo humano a los civiles rusos, o en reclutar niños para buscar agua y espiar a sus compatriotas. El Mando soviético ordenó entonces disparar sin miramientos contra ellos. Y la Policía Militar de la Wehrmacht entregó a los Comandos Especiales que «limpiaban» la retaguardia alrededor de

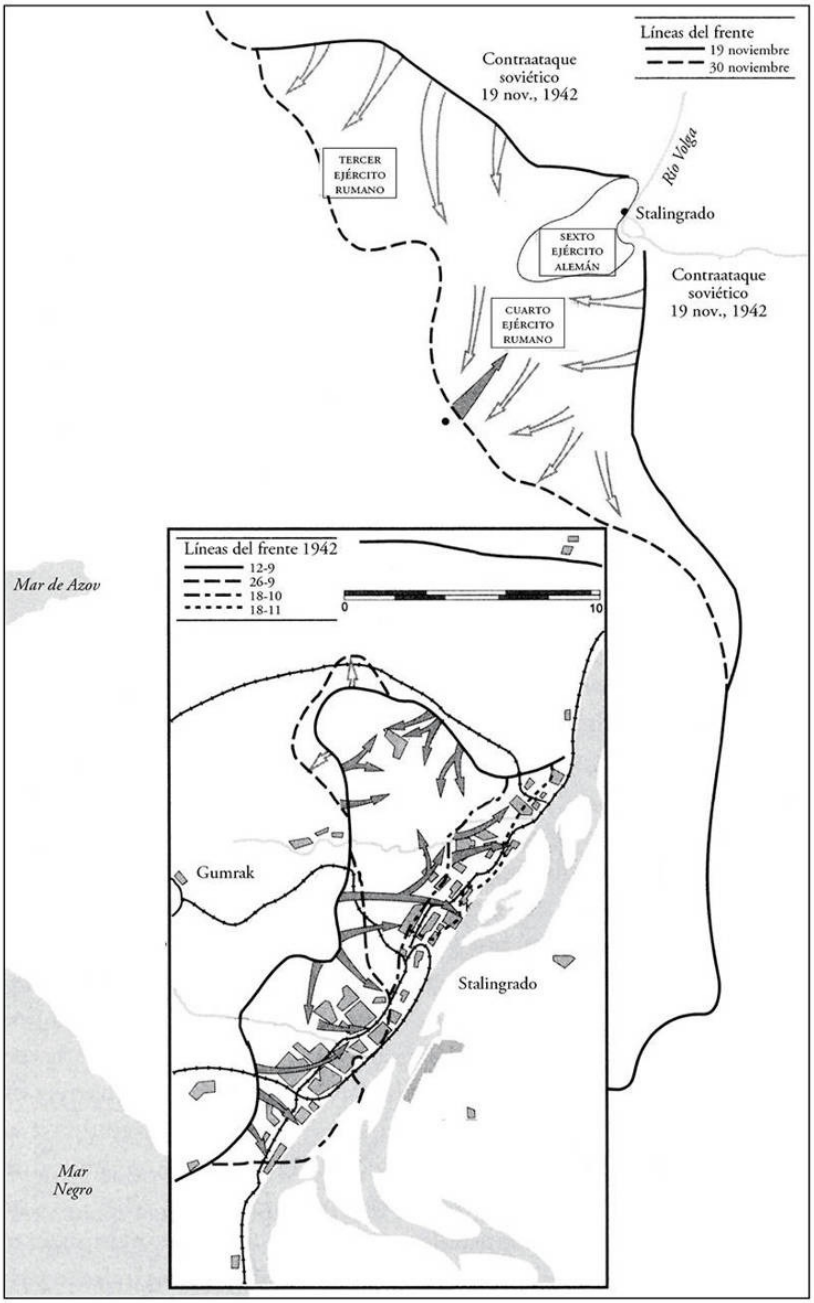
3.000 civiles judíos que fueron ejecutados de inmediato, mientras que cerca de 60.000 habitantes de la ciudad y sus alrededores fueron enviados como mano de obra forzada al territorio del Reich. Esas medidas eran acordes con el destino inicial que Hitler había reservado a los habitantes de Stalingrado: la población civil masculina debía ser aniquilada, y las mujeres y los niños, deportados, después de que su ciudad natal hubiese sido reducida a cenizas. Después, sin embargo, Hitler fue convencido por sus ayudantes de que una parte de la población de Stalingrado podía ser aprovechada como mano de obra auxiliar e incluso enviada a Alemania con ese fin, mientras que los no aptos para el trabajo debían ser abandonados en la estepa a su suerte. Al final, buena parte de los civiles evacuados después de ser capturados y agrupados por la Wehrmacht murieron víctimas de la falta de alojamiento y manutención en los improvisados campos de prisioneros que jalonaron su marcha hacia la retaguardia alemana, o fueron pasto de la crueldad de sus guardianes, en muchos casos nacionalistas ucranianos[365].

A pesar del enorme precio pagado en vidas humanas, las tropas germanas habían llegado al centro de la ciudad y controlaban cerca del 90 por ciento de su superficie en octubre de 1942. No obstante, los *Landser* no pudieron alcanzar los muelles de la ribera derecha del Volga, que seguían garantizando el avituallamiento y la comunicación de los defensores de la ciudad con la otra orilla. Los alemanes tampoco fueron capaces de capturar puntos emblemáticos del centro de Stalingrado, como la fábrica de tractores Octubre Rojo y la de cañones Barricady. Los soviéticos perdían ahora cerca de 4.000 soldados por día. Pero las tropas invasoras habían alcanzado el límite de su capacidad ofensiva. Además de no disponer ya de reservas

de combatientes, sus líneas de abastecimiento eran frágiles e insuficientes para garantizarles un suministro regular de víveres y municiones.

Ese mismo mes, Hitler y sus comandantes se convencieron de que sería imposible tomar la ciudad en otoño. La consigna impartida a Paulus fue prepararse para una nueva guerra de invierno en la ciudad, con el riesgo de ser cercado, dada la fragilidad de sus líneas de retirada y aprovisionamiento. El comandante del 6.º Ejército dispuso en su flanco izquierdo a unidades rumanas para cubrirse de ataques soviéticos procedentes del Norte, y otro tanto por el Sur.

El invierno sumió a la ciudad en nieve y temperaturas de 18 °C bajo cero. Por el día, la lucha era feroz. Por la noche, sin embargo, las unidades dispersas de soviéticos y alemanes concertaban pequeñas treguas temporales para retirar caídos y heridos en la tierra de nadie, y hasta para efectuar limitados intercambios de provisiones o tabaco a espaldas de los oficiales. Fueron las únicas muestras de comportamiento humanitario en medio de un combate apocalíptico.



MAPA 8. Operación Urano, noviembre-diciembre de 1942

Mientras tanto, el Alto Mando del Ejército Rojo preparaba una contraofensiva dirigida a los flancos del 6.º

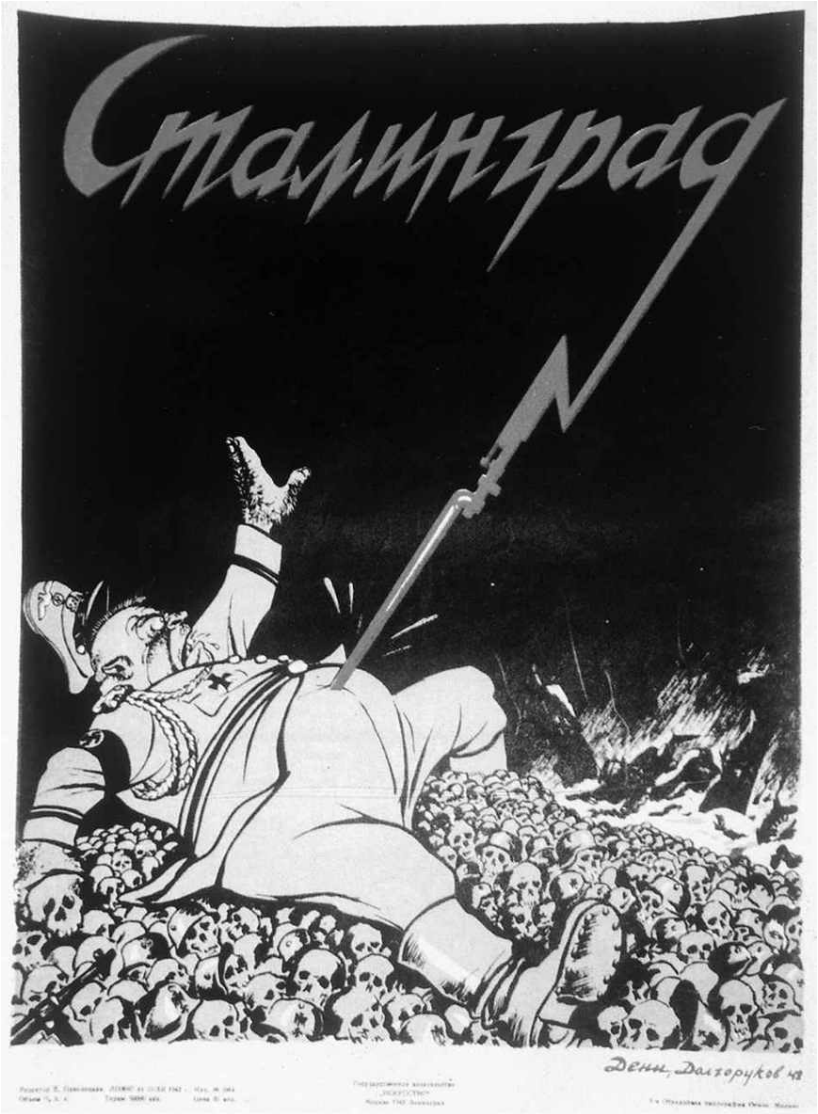
Ejército alemán, la Operación Urano. Con este fin, acumuló divisiones frescas procedentes de Siberia y Asia Central, reforzadas con secciones acorazadas y artillería. Solo el Frente de Stalingrado contaba con 383.961 hombres, así como 650 tanques. Más al Norte se unían a ellos otros 292.707 hombres y 180 blindados, desplegados en el frente del Don. El 19 de noviembre de 1942 la artillería soviética comenzó a machacar los flancos más débiles de las líneas de Paulus, los ocupados por las tropas del 3.º y 4.º Ejército rumano al Norte y Sur de la ciudad. Además de adolecer de una organización logística arcaica, heredada de los modelos franceses de la I Guerra Mundial, y carecer de artillería anticarro en calidad y número adecuados, los combatientes rumanos estaban peor equipados para el frío que los alemanes; además, su motivación era escasa, pues buena parte de ellos, soldados de recluta, no entendían qué sentido tenía seguir peleando contra el Ejército Rojo una vez que la región de Besarabia había sido reconquistada. Además, alrededor de 2.000 soldados rumanos habían sido enviados a Stalingrado por el régimen de Antonescu como refuerzo, pero eran en su casi totalidad presos comunes acusados de asesinato o robo, cuya moral de combate era mínima. Los mandos germanos tenían escasa confianza en sus aliados, a los que trataban con una mezcla de desprecio y condescendencia, y consideraban a los balcánicos como una tropa solo apta para labores de apoyo y defensa, pero no para la ofensiva[366]. Las relaciones entre los soldados rasos alemanes y rumanos no siempre fueron cordiales, y los incidentes entre unos y otros menudeaban. Por otro lado, los rumanos solo habían recibido de sus aliados armamento capturado al Ejército francés en 1940[367]. Pese a todo, las líneas rumanas resistieron el primer ataque soviético con más firmeza de lo esperado, hasta que entraron en acción los

carros de combate T-34, provocando la desbandada de unas fuerzas mal pertrechadas[368].

El riesgo de que se completase el cerco se convirtió en real, y el Alto Mando de la Wehrmacht, así como el del Grupo de Ejércitos Sur, pasó a defender la opinión de que el 6.º Ejército debía retirarse hacia el Suroeste, al otro lado del Don, ante la imposibilidad de garantizar su suministro regular por vía aérea. Sin embargo, el 21 de noviembre de 1942 Hitler dio orden terminante a Paulus de resistir en sus posiciones, con la promesa de seguir avituallando a las tropas alemanas desde el aire, algo que era cada vez más difícil por las circunstancias meteorológicas; y al día siguiente el Führer prometió al comandante del 6.º Ejército que «haré todo lo posible por ayudarlos y levantar el sitio»[369]. El 24 de noviembre las tropas soviéticas que avanzaban desde el Norte y el Sur se encontraron en campo abierto entre grandes manifestaciones de júbilo, sellando el cierre del círculo alrededor del 6.º Ejército de Paulus y sus aliados.

Alrededor de 250.000 soldados con avituallamiento insuficiente quedaron encerrados. Se trataba de cinco cuerpos de ejército de la Wehrmacht, que comprendían 13 divisiones de Infantería, tres divisiones motorizadas, tres divisiones blindadas y una división de artillería antiaérea alemanas, dos divisiones rumanas, un regimiento de infantería croata y varios batallones de tropas auxiliares, sanitarias y de zapadores, que sumaban entre 195.000 y 220.000 hombres. El número de soldados rumanos encerrados en lo que se llamó el *Kessel* (caldero) se cifra entre 8.000 y 12.000. También quedaron encerrados algunos centenares de soldados italianos, además de los croatas. A ellos se unía un montante de soldados auxiliares *(Hiwis)* soviéticos al servicio de la Wehrmacht, reclutados

mayoritariamente entre prisioneros de guerra, que oscilaba entre 20.000 y 70.000, según las diversas estimaciones. En algunas divisiones, el número de *Hiwis* se equiparaba al de soldados germanos en armas. Los había, sobre todo ucranianos, que habían desertado de las filas soviéticas y que, en vez de ser mandados a sus casas en la retaguardia, fueron asignados a unidades alemanas. Otros formaban parte de unidades antipartisanas y eran más o menos voluntarios, motivados por el sentimiento nacionalista, el anticomunismo o, simplemente, la mejor ración alimenticia que se obtenía combatiendo bajo la esvástica. Y otros más eran utilizados para los trabajos duros y sucios de apoyo a las tropas, desde limpiar letrinas a cavar trincheras. Por último, hay que añadir unos 10.000 civiles soviéticos, cuyo destino posterior se desconoce[370].



Cartel «Stalingrado», dibujo de Deni Dolgorukow, 1942
(http://www.plakaty.ru/plakaty/voennye/stalingrad/)

El general Walter von Seydlitz-Kurzbach, comandante en jefe de uno de los cuerpos de ejército encerrados en el *Kessel*, intentó convencer al OKW de la necesidad de romper el bloqueo desde dentro antes de que fuese demasiado tarde. Pero no fue capaz de arrastrar al resto de divisiones a su iniciativa de desobedecer al Führer. El aprovisionamiento

por aire de los soldados rodeados parecía al OKW una buena opción, toda vez que el mismo método había tenido éxito un año antes en la bolsa de Demiansk. Mas ahora hacía falta cuadruplicar el esfuerzo, al ser mayor el número de soldados sitiados. Por otro lado, el Ejército Rojo también había aprendido de la experiencia de Demiansk y movilizó sus efectivos aéreos para dificultar las operaciones de los aviones enemigos. En consecuencia, la fuerza aérea alemana solo pudo socorrer de forma insuficiente a sus camaradas cercados, debido al mal tiempo y al fuego antiaéreo soviético, que provocaba el derribo de buena parte de sus aviones.

A principios de diciembre de 1942 la situación de los alemanes encerrados en el *Kessel* de Stalingrado empezaba a ser dramática, y a lo largo del mes no hizo sino empeorar, registrándose cada vez más bajas por congelación y desnutrición, combinadas con estrés y con enfermedades infecciosas. Además del frío, lo que peor conllevaban tudescos y rumanos era el hambre. La ración diaria de pan distribuida a los soldados, que el 8 de diciembre se estableció en 200 gramos, bajó a 100 gramos a finales de mes. Desde mediados de diciembre de 1942 empezaron a registrarse muertes por inanición, y muchas de las bajas tenían origen en el agravamiento del estado apático de soldados desnutridos y demasiado debilitados para combatir, que eran presa fácil de la congelación si se exponían a ella. Los abastecimientos por aire prometidos por la Luftwaffe solo garantizaron a lo largo del mes de diciembre una quinta parte del alimento indispensable para garantizar la supervivencia del 6.º Ejército. A finales de enero de 1943 se resolvió no repartir alimento a heridos y enfermos, para mantener con fuerzas a los que todavía podían combatir, y así cumplir las órdenes del Führer de resistir clavados al

terreno hasta el último hombre.

El hambre, más aún que el miedo a la muerte, era el motivo principal de angustia en las cartas de los combatientes atrapados en el *Kessel*[371]. Aunque muchas epístolas fueron censuradas, a veces eran otros soldados, parientes o amigos de los cercados, los que informaban a casa de lo que ocurría en Stalingrado, como el soldado Heinz el 21 de enero de 1943:

> Recibí también una carta de Egon. Mandada el 23 de diciembre. Está cercado en la bolsa de Stalingrado. Abastecimiento solo desde el aire. 7 hombres un pan, solo raciones frías, mucho trabajo y combates constantes. Tiene que ser horrible. Llevan ya cuatro semanas y media sitiados[372].

Con todo, y al menos hasta la Navidad de 1942, recibida con júbilo por muchos soldados porque ese día hubo «por primera vez desde hace tiempo una auténtica comida»[373], todavía se mantenían algunas esperanzas de sobrevivir. Los informes de la censura postal reflejaban que la moral de los soldados sitiados había descendido de forma notable a lo largo de diciembre de 1942. Y a pesar de todas las penalidades resistía incólume en muchos *Landser* y oficiales una fe casi inquebrantable en el Führer. Así lo ponían de manifiesto las últimas cartas que pudieron ser enviadas desde el interior del *Kessel,* en la tercera semana de enero de 1943. Aunque muchas de esas epístolas procuraban abstraerse de la realidad y refugiarse en soluciones irreales, la mayoría de ellas expresaban cierta confianza en que sobrevivirían. Además, el intenso adoctrinamiento nacionalsocialista llevaba a hacer creer a muchos soldados y oficiales alemanes que el guía de la comunidad nacional era infalible. El 19 de enero de 1943 el sargento Otto Kirschner escribía a su hermana que, si bien «nos encontramos en situación desesperada. En cualquier momento podemos caer en manos de los rusos», tanto él como sus camaradas todavía creían «en la salvación, aunque sea cinco minutos

antes de la hora final y la situación parezca desesperada»[374]. El general Walther von Seydlitz escribía el 11 de enero que sus soldados tenían fe en resistir más tiempo, a lo que ayudaban «las promesas del Führer. Seguro que hará todo, pero todo lo que pueda», y su propia experiencia en la bolsa de Demjansk[375]. El capitán Heino Graf Vitzthum, de abolengo aristócrata, aún mantenía algo de fe en los designios inescrutables del Führer el día 20 de enero:

> Dentro de poco se decidirá nuestro destino, de un modo u otro. Desconozco cuáles son las circunstancias concretas que nos ha traído a esta situación, única en la Historia, y no quiero ser tan osado como para buscar culpables. Eso, seguramente, lo harán después otros. Solo se debe señalar una cosa: que lo que desde hace dos meses han resistido aquí nuestros valientes hombres, pese al hambre y al frío, no se puede expresar con palabras. […] Todavía no hemos renunciado a la fe y a la esperanza de que el Führer hallará una solución para salvarnos, aunque por desgracia hemos sufrido ya muchas y amargas decepciones[376].

De hecho, hasta poco antes de la Navidad de 1942 aún quedaba vivo un hilo de esperanza real en el plano estratégico. El general Von Manstein, nombrado por Hitler a finales de noviembre comandante supremo del recién creado Grupo de Ejércitos del Don —con restos de otros Ejércitos alemanes y de varias unidades rumanas—, planeaba acudir con sus fuerzas en auxilio de los cercados. El 12 de diciembre el general Hoth, al mando del 4.º Ejército blindado, lanzó una ofensiva para liberar a los bloqueados, y cuatro días después sus fuerzas se hallaban a unos 50 kilómetros de Stalingrado. Empero, las insuficiencias logísticas, en particular la falta de combustible, y la resistencia enemiga obligaron el 23 de diciembre a suspender la enfáticamente denominada «Tormenta de invierno». A las operaciones soviéticas para detener la posible liberación del 6.º Ejército se unió la ofensiva «Pequeño Saturno», lanzada el 16 de diciembre de 1942 al Norte del cerco de Stalingrado, en el Don, sobre las posiciones defendidas por el 2.º Ejército húngaro y el 8.º Ejército italiano, cuyo fin era profundizar hacia el Sur, atenazando al Grupo de Ejércitos del Don y a

las tropas germanas del Cáucaso, ocupando la ciudad de Rostov, en su retaguardia, y provocando en la práctica el derrumbe de todo el frente meridional. Aunque no logró sus objetivos, el ataque arrasó las divisiones italianas, capturando decenas de miles de prisioneros[377]. Menos fortuna tuvo el intento de Zhukov para liberar Smolensko y hacer retroceder al Grupo de Ejércitos Centro en la Operación Marte, lanzada el 25 de noviembre de 1942 de modo complementario y que, después de tres meses de combates, terminó en un absoluto fiasco para el Ejército Rojo.

Habría existido una posibilidad, aunque improbable, para los sitiados si Hitler hubiese autorizado un ataque desesperado desde el interior del *Kessel* para salir al encuentro de los salvadores. Esa posibilidad fue propuesta por el propio Von Manstein mediante un emisario a Paulus y su Estado Mayor, y también fue transmitida al OKH, que en un principio acogió de modo positivo la idea. Sin embargo, el dictador nazi ordenó que el 6.º Ejército permaneciese clavado en sus posiciones, y Paulus no se atrevió a desafiarle. Privadas de toda posibilidad de contactar con el 6.º Ejército, las fuerzas de Hoth se vieron obligadas a retroceder. Con su retirada se desvaneció toda esperanza para los sitiados. Y la moral cayó en picado, de modo paralelo al derrumbe físico y la falta de alimentos. Los soldados alemanes sacrificaron todo tipo de animales, incluyendo gatos y ratas, para intentar saciar su hambre, mientras que sus propios prisioneros soviéticos, confinados en campos improvisados dentro del *Kessel,* caían en el canibalismo. Aunque los cercados sacaron fuerzas de flaqueza para celebrar de forma modesta la Navidad, el mismo 25 de diciembre alrededor de 1.280 *Landser* perecieron de frío y de inanición. Los enfermos más graves,

ante la falta de medicinas y de comida, eran abandonados al fresco para que se congelasen de inmediato y sufriesen lo menos posible.

La situación era insostenible, y la mayoría de los soldados y oficiales sitiados habían perdido toda esperanza en un rescate. Con todo, el 6.º Ejército no se derrumbó por completo en ningún momento, y mantuvo de modo apreciable la organización y la disciplina. A pesar de perder 495 aviones, la Luftwaffe consiguió mantener hasta finales de enero de 1943 un puente aéreo más o menos regular. Gracias a él, fue posible hacer llegar algunos aprovisionamentos, aunque insuficientes, a los cercados; también evacuó por aire a los heridos más graves desde los aeródromos de Basargino, Pitomnik y Gumrak, donde algunos aparatos Junker 52 lograron despegar. Gracias a la fuerza aérea, fue posible evacuar entre 30.000 y 45.000 heridos del interior del *Kessel.* Era la única alternativa. El camino entre los aeródromos estaba jalonado por filas de soldados dispersos y separados de sus compañías, que presentaban «un aspecto físico desolador [...] y piden comida y refugio». El panorama que se encontraban los pilotos dentro de la bolsa de Stalingrado era dantesco. El 19 de enero de 1943 el sargento mayor Schmidt informaba de lo visto al mando de su avión en el aeródromo de Gumrak, tras aterrizar en él dos días antes:

> La atención médica a los heridos carece de toda organización. Los heridos leves se abalanzaron sobre los aviones antes de que estos parasen del todo al aterrizar, sin esperar a que empezasen a ser descargados. Entonces varios hombres fueron heridos a bastonazos; un oficial, parece ser, perdió varios dedos de una mano por un golpe; y un hombre resultó muerto[378].

La posibilidad de lograr un pase prioritario para ser evacuado minaba muchas solidaridades. Oficiales con heridas leves movían influencias para conseguir un puesto en los últimos aviones, mientras que los heridos graves sufrían amputaciones sin anestesia. El médico militar Horst

Rocholl escribía el 23 de enero de 1943 que estaba rodeado de heridos en combate y por congelación, pero lo más deprimente para él era contemplar a los oficiales de mayor rango marcharse con la menor excusa[379]…

El 10 de enero de 1943 el Ejército Rojo lanzó el ataque final desde el oeste para estrechar el cerco, a la vez que dos días después principiaba una nueva ofensiva *(Ostrogosk-Rossok)* más al norte para acabar de hacer retroceder el frente del Don. Los aeródromos fueron cayendo uno tras otro entre el 12 (Basargino) y el 22 de enero (Gumrak). Los supervivientes, heridos y enfermos se concentraron de forma paulatina en los arrabales de Stalingrado y en su casco urbano en ruinas, donde los más afortunados todavía fueron capaces de encontrar un techo. A finales de enero unos 40.000 heridos vagaban por lo que quedaba de la ciudad, intentando guarecerse de las descargas de la artillería soviética. Paulus todavía pensó en un intento de contraataque a la desesperada el 18 de enero, pero desistió al evaluar el estado físico y anímico de sus soldados. La única salida posible era capitular. Pero Hitler se negaba a autorizar la rendición, y el comandante del 6.º Ejército obedeció su orden casi hasta el último minuto. El 29 de enero aún fue capaz de enviar al dictador un telegrama de felicitación por el décimo aniversario de su nominación como canciller del Reich. En él afirmaba que «todavía ondea la cruz gamada sobre Stalingrado» y que la lucha del 6.º Ejército sería un ejemplo para las generaciones venideras: «aun en la situación más desesperada, Alemania triunfará». El Führer nazi, de forma premonitoria, comunicó a Paulus al día siguiente su nombramiento como mariscal de campo. Era una clara invitación a la resistencia numantina y al suicidio, pues era tradición que ningún mariscal alemán se había entregado antes con vida.

Ya no quedaba margen para heroísmos sublimes. El 29 de enero de 1943 algunos generales desobedecieron las órdenes de Paulus y se entregaron a los soviéticos con lo que quedaba de sus divisiones. El 31 de enero Paulus cedió a la evidencia y se rindió con sus casi 110.000 hombres, entre ellos 19 generales, así como dos generales rumanos. Un número indeterminado de prisioneros, superior a los dos centenares de miles entre alemanes y aliados, cayeron en poder del Ejército Rojo. Una parte de los cautivos, alrededor de 25.000, fue utilizada en las tareas de reconstrucción de la ciudad, mientras que la mayoría fue transportada a campos situados en la retaguardia, y más tarde a Siberia y Asia Central. Los varios millares de ucranianos y rusos que habían combatido junto a los alemanes fueron ejecutados por traición. De los 110.000 prisioneros germanos, rumanos y croatas, al menos la mitad falleció a lo largo de los meses siguientes, como consecuencia de las enfermedades contraídas durante el sitio, las largas marchas a pie, la falta de cuidados médicos y el hambre. Aunque la mortalidad descendió a partir de la segunda mitad de 1943, la mayoría de los prisioneros de Stalingrado no vivió para contarlo. No más de 6.000 combatientes de la Wehrmacht consiguieron sobrevivir y volvieron a las dos Alemanias y Austria entre finales de los cuarenta y principios de los cincuenta.

Un porcentaje apreciable de los supervivientes de Stalingrado fue ganado para la causa antifascista durante el cautiverio, sobre todo entre los oficiales. El mito del Führer se había desmoronado entre muchos de ellos tras la capitulación, pues cayeron en la cuenta de que habían sido obligados a un sacrificio inútil por la megalomanía de Hitler. Muchos oficiales capturados en Stalingrado se unieron al Comité Nacional Alemania Libre, empezando por el mismo Paulus o el general Von Seydlitz-Kurbach. Paulus

compareció incluso como testigo ante el Tribunal de Núremberg y pudo volver a la República Democrática Alemana en 1952, donde hasta su muerte en 1957 ejerció como inspector de policía en la ciudad de Dresde, sumido en una honda depresión y acusado de traidor por muchos de sus convecinos[380]. Del medio centenar de generales de la Wehrmacht prisioneros de la URSS que el 14 de diciembre de 1944 firmaron un llamamiento al pueblo alemán para que derrocase a Hitler, 15 (el 30 por ciento) habían sido capturados en Stalingrado.

A pesar del tono mesiánico que destilaban sus órdenes, desde mediados de enero de 1943 Hitler empezó a ser consciente de que la única salida posible para salvar su prestigio era convertir Stalingrado en una suerte de mito palingenésico. La muerte de los mejores hijos de la patria habría de servir de semilla de su resurrección, al estilo de los guerreros de las sagas germánicas y las óperas de Wagner, en una suerte de drama heroico[381]. Esa reconversión semántica del significado de la batalla fue convenientemente orquestada mediante las directrices repartidas a la prensa por el Ministerio de Propaganda, sustituyendo así al silencio anterior sobre la evolución del cerco que había sido impuesto a los medios de comunicación. El mariscal Göring, en su discurso pronunciado en su flamante Ministerio del Aire el 30 de enero de 1943 en conmemoración del décimo aniversario de la designación de Hitler como canciller del Reich, subrayaba ese nuevo y forzado paralelismo, muy del gusto de la retórica nazi:

> Conocemos una imponente epopeya de un combate sin igual: se llama *El combate de los Nibelungos*. Tambien ellos [...] saciaron su sed con su propia sangre, pero lucharon hasta el último hombre. Un combate semejante brama allí [en Stalingrado], y dentro de mil años cada alemán hablará con reverencia de su lucha con un sagrado escalofrío, y se acordarán de que, pese a todo, en Stalingrado se decidió la victoria de Alemania.

Otro ejemplo invocado por la propaganda nazi era el de la batalla de las Termópilas (480 a. C.), cuando el rey Leónidas

pereció con trescientos hombres víctima de una «avalancha de hordas» para que Esparta, y con ella la civilización griega, viviese[382]. El sacrificio de los héroes de Stalingrado mostraría la determinación germana, perpetuaría la perennidad de la patria y supondría el principio del final de la guerra, como resumía el órgano del NSDAP *Völkischer Beobachter* dos días después de la rendición: «Murieron, para que Alemania viva». Y, de paso, según afirmaba Alfred Rosenberg, ofrecían su vida por la supervivencia del conjunto de la civilización europea, «tanto Goethe y Beethoven como Augusto y Pericles»[383]. El órgano de las SS *Das Schwarze Korps* iba más allá e invocaba a los caídos a orillas del Volga: «¡Aceptadnos en vuestras filas!»[384]. El Ministerio de Propaganda se dispuso a reunir materiales para una publicación de homenaje, *La canción heroica de Stalingrado,* que estaría integrada en buena parte por cartas de combatientes desde el *Kessel.* No obstante, el libro no llegó a publicarse, después de que el propio Goebbels recapacitase y llegase a la conclusión de que los materiales reunidos podían sembrar más derrotismo que voluntad de resistencia[385].

De hecho, varios indicios muestran que la percepción de la guerra por parte de la población del III Reich empezó a cambiar de modo ostensible desde que las radios y los periódicos airearon la *tragedia* de Stalingrado. En vez de crear un mito wagneriano, muchos alemanes de a pie empezaron a preguntarse qué clase de régimen y qué gobernantes eran quienes dejaban *abandonados* a su suerte a miles de soldados en medio de la estepa. Al mismo tiempo, los soldados muertos y hechos prisioneros en el *Kessel* fueron convertidos por la opinión pública en una suerte de primeras víctimas alemanas del III Reich, representación que tendría continuidad en las décadas de posguerra. Del 6.º

Ejército se recordaría su sacrificio inútil, pero no sus crímenes anteriores[386].

Las familias de los caídos en el cerco recibieron especial atención por parte del Estado nazi. Y la invocación de la memoria de Stalingrado serviría de mito movilizador para involucrar al conjunto de la población del Reich en la guerra total pregonada poco después por Goebbels en su discurso en el *Sportpalast* de Berlín, el 18 de febrero de 1943. El lejano desastre del 6.º Ejército era una muestra perfecta del destino que esperaba al pueblo alemán si no secundaba como un solo hombre el esfuerzo de guerra, asumiendo los mayores sacrificios. En la lucha darwinista contra el enemigo soviético, a Alemania, como el propio Hitler afirmaba ante los dirigentes territoriales *(Gauleiter)* del NSDAP reunidos en su Cuartel General el 7 de febrero, no le quedaba más que una alternativa: «o dominar Europa, o sufrir una liquidación y exterminio total»[387].

La derrota hecha victoria. El espíritu de Stalingrado: «¡Tú, Stalin, creías haberme vencido, pero al final serás vencido por mí!», Revista *Simplicissimus,* núm. 7, 1943

La propaganda y el silencio, que en un principio se impusieron a los oficiales de Estado Mayor que sabían por qué decisiones tácticas había caído el 6.º Ejército, no bastaban para ocultar un hecho evidente. La Wehrmacht había sufrido en Stalingrado la mayor derrota de la guerra. Aunque el número total de bajas es difícil de establecer, y persiste una notable confusión tanto en las estadísticas alemanas como en las soviéticas, debido en parte al alto

número de muertos rusos que portaban uniforme de la Wehrmacht, se puede afirmar con razonable certeza que, de los cerca de 300.000 combatientes atrapados en el cerco a finales de noviembre, entre los alemanes y sus aliados rumanos y croatas, murieron al menos 60.000 soldados. Si se suman las bajas causadas por las operaciones del período anterior, entre agosto y noviembre de 1942, así como la destrucción de cuatro ejércitos aliados del III Reich, las pérdidas sufridas por las fuerzas del general Hoth en su intento fallido de acudir en auxilio de los sitiados, y las bajas de la Operación Pequeño Saturno, se puede evaluar que algo más de medio millón de soldados del Eje cayeron en la batalla[388].

El efecto psicológico fue mayor que el militar. El III Reich perdía la iniciativa de la guerra, ya no sería capaz de avanzar más hacia el Este, y desde aquel momento no haría otra cosa que retroceder, con la excepción de la batalla de Kursk unos meses después. Las fuerzas del Eje se vieron obligadas a retirarse del Cáucaso y a retornar de modo aproximado a la línea de partida que habían ocupado en el verano de 1942. Entre la población alemana, aunque todavía de forma muy débil, aumentaron las voces de oposición al régimen. La tragedia de Stalingrado era uno de los motivos por los que el grupo de estudiantes muniqueses que integraban el grupo opositor *La Rosa Blanca* [*Weisse Rose*] difundió la última de sus octavillas, el 18 de febrero de 1943. Y la constatación de la inutilidad estratégica del sacrificio del 6.º Ejército llevó a varios generales de la Wehrmacht a sumarse a las hasta entonces tímidas actividades conspirativas contra Hitler lideradas por algunos militares conservadores, como los aristócratas Claus Graf von Stauffenberg, Helmuth Graf von Moltke y el llamado «Círculo de Kreisau». Esas iniciativas culminaron en el fallido intento de atentado contra el

dictador del 20 de julio de 1944 y la represión subsiguiente contra los promotores.

La URSS, por su parte, resultó muy fortalecida en su moral de combate en retaguardia. Y el Ejército Rojo vivió intensamente la experiencia de la victoria. Haber combatido en Stalingrado y en el Don, ver por primera vez humillado al odiado enemigo y disfrutar del botín se convirtió en un símbolo de estatus para los veteranos de la batalla, envidiados por el resto de los *frontoviki*[389]. La resistencia de la ciudad fue mitificada y difundida con celeridad en forma de relatos heroicos, que obviaban la crueldad mostrada por Stalin hacia los civiles de la ciudad. No menos importante fue que el dictador salió muy reforzado de la prueba ante el conjunto de sus compatriotas, pero también ante los mandatarios de los países aliados. Con todo, las pérdidas soviéticas alcanzaron magnitudes enormes, debido en parte al consabido desprecio del Ejército Rojo por las vidas de sus soldados y de sus conciudadanos. Cerca de un millón de civiles falleció en los combates. En febrero de 1943 habían sobrevivido entre las ruinas de la ciudad un total de 9.796 civiles, incluyendo 985 niños huérfanos. En la batalla cayeron no menos de 750.000 soldados soviéticos; de ellos, al menos 13.000 habían sido ejecutados por las *secciones especiales* del NKVD en la retaguardia, acusados de cobardía, deserción o colaboración con el enemigo.

El general Zhukov reclamó para sí el éxito de Stalingrado. Sin embargo, el dictador georgiano, celoso de cualquier héroe de guerra que le pudiese hacer sombra, atribuyó en público casi todos los méritos a Chuikov, quien fue ascendido a capitán general y obtuvo el mando de un ejército. A pesar de que Zhukov acabaría siendo mariscal de la Unión Soviética y desempeñaría un papel fundamental en la ofensiva sobre Berlín dos años después, el

comportamiento de Stalin preludiaba el posterior apartamiento de la vida pública a que sometería a su *apagafuegos* tras 1946.

4.3. La última ofensiva: la batalla de Kursk (1943)

A lo largo de 1943, el Ejército Rojo experimentó una serie de transformaciones en profundidad en su forma de conducir y planificar el esfuerzo bélico, que en parte explican sus victorias y el cambio de curso de la guerra. No solo se trataba de la aplastante superioridad de medios técnicos y humanos, de un *coloso* que en términos absolutos había recuperado y hasta superado su potencial en recursos humanos a lo largo de 1942, que se podía permitir errores estratégicos y caprichos de su comandante en jefe, tan poco ducho en conceptos estratégicos como Hitler[390]. Tampoco explicaban todos los errores estratégicos en la planificación de las operaciones militares por parte del dictador alemán, que cada vez más imponía su voluntad al criterio de sus generales, pues los cuadros de mando de la Wehrmacht también habían acumulado experiencia, y habían aprendido a hacer la guerra en el Este: por cada soldado tudesco en el frente, cayeron cuatro soviéticos.

Paradójicamente, el desconfiado y ególatra Stalin aprendió a confiar más en la opinión de sus generales expertos. A lo largo de la segunda mitad de 1942, el dictador georgiano cedió en sus prerrogativas de comandante supremo del Ejército Rojo y delegó la responsabilidad de la dirección estratégica y táctica en los militares profesionales, sobre todo en Zhukov. Igualmente, el poder del Partido Comunista sobre el ejército disminuyó desde junio de 1942, cuando Lev Mekhlis, el jefe de la Administración Política de

las Fuerzas Armadas, fue destituido y destinado a actividades de propaganda. Los comisarios políticos perdieron paulatinamente poder de decisión en el seno de las unidades militares, y desde principios de octubre de 1942 tal figura fue suprimida en las unidades combatientes de menor tamaño. En la práctica, los *politruks* fueron privados del derecho casi ilimitado que antes tenían a interferir en las decisiones de carácter militar. Y los oficiales recibieron un mayor reconocimiento simbólico, que incluyó la recuperación de grados y distinciones utilizadas con anterioridad por el ejército zarista, a la vez que se fomentó su iniciativa en la toma de decisiones tácticas y operacionales. El mismo Stalin, aunque exigía ser informado al detalle del estado de las operaciones militares cada día, se mostraba más dispuesto a aceptar los consejos del Estado Mayor, en particular de militares profesionales como el general Aleksandr Vasilevsky, jefe de Estado Mayor desde julio de 1942, y el general Aleksei Antonov, jefe de operaciones del mismo desde diciembre de ese año.

Ninguno de esos generales continuaría mucho tiempo en su puesto tras la victoria final. No obstante, consiguieron imprimir un sello más profesional a la planificación de la guerra, y contribuyeron a introducir algunas novedades en las tácticas del Ejército Rojo, a veces inspiradas en la propia Wehrmacht. Fue el caso, por ejemplo, de la creación de un nuevo tipo de divisiones blindadas, articuladas alrededor de un núcleo acorazado compuesto por dos cuerpos de carros de combate de 168 unidades, batallones anticarro, cohetes Katyusha y artillería antiaérea, acompañados de una división de infantería, y cuyo modelo eran las divisiones *Panzer*. También se crearon sobre el molde germano las nuevas divisiones motorizadas soviéticas. De este modo, las unidades de infantería del Ejército Rojo cuadruplicaron su

potencia de fuego entre 1941 y 1944.

A esa sustancial mejoría contribuyeron asimismo tanto las innovaciones estratégicas en la aviación soviética, que imitó directamente las tácticas de la Luftwaffe para hacer más efectivo el apoyo ofensivo a las fuerzas de tierra, como las mejoras técnicas en armamento pesado. En particular, la dotación de nuevos tanques anticarro móviles, capaces de perforar los *Panzer* de nueva generación alemanes, así como las sustanciales reformas que aumentaron de forma sensible la resistencia y operatividad del carro de combate T-34 con respecto a los primeros modelos de 1941. En fin, el Ejército Rojo se dotó de más y más sofisticados sistemas de comunicaciones por radio, lo que permitió una mejor coordinación de las operaciones entre las unidades combatientes, que en un principio había sido muy escasa.

En todos estos avances tácticos y técnicos fue de vital importancia la ayuda prestada por los aliados occidentales de la URSS, en especial por EE. UU. y la Commonwealth, tanto en la provisión de productos industriales como en el aprovisionamiento de vehículos, de munición y, en especial, de sistemas de comunicaciones e inteligencia militar. Fue en este apartado, así como en el de vehículos militares, vías de ferrocarril, provisiones para la tropa, suministros de cobre y aluminio, estaciones de radio portátiles y combustible para uso de la aviación, que la ayuda norteamericana y británica revistió una trascendencia decisiva. Con todo, la historiografía oficial soviética posterior a 1945 intentó minimizar en lo que pudo su importancia.

Así se demostró en el verano posterior a la victoria de Stalingrado, cuando las victorias propias no solo se debieron a la acción combinada de las adversas condiciones climáticas y los errores estratégicos tudescos. Por primera vez, el

mérito del avance soviético sería atribuible por entero a sus ventajas estratégicas y de armamento. Entre julio y agosto de 1943, en la región de Kursk, tuvieron lugar varios choques masivos de gran intensidad entre el Ejército Rojo y el *Ostheer*. La que sería conocida como la *batalla de Kursk* supuso el último esfuerzo de las tropas alemanas por tomar la iniciativa en el frente del Este, agrupando el grueso de sus fuerzas acorazadas y sus armas más modernas. En esta batalla los alemanes consumieron casi todas sus reservas de carros de combate y buena parte de sus mejores contingentes de soldados. Para los soviéticos, Kursk fue el principio de un avance que no pararía hasta Berlín.

Después de la gran victoria de febrero de 1943, el Alto Mando del Ejército Rojo decidió lanzar una ofensiva general para expulsar a los invasores de toda la Ucrania meridional y aislar al grupo de ejércitos enemigos que se encontraba en el Cáucaso. Con todo, los alemanes habían aprendido lo suficiente de la lección de Stalingrado, y retrocedieron con rapidez. Las unidades en retirada se amontonaron de forma inútil en la cabeza de puente del Kuban, donde tuvo lugar la batalla del mismo nombre, acompañada de intensos combates aéreos en los que el brutal desgaste de la Luftwaffe certificó el ocaso de su supremacía en los cielos. Más al Norte, los generales Vatutin y Golikov avanzaban ya con cierta dificultad. Entre finales de febrero y principios de marzo de 1943 Von Manstein contraatacó con éxito y reconquistó la ciudad de Kharkiv gracias al inteligente uso de los restos de varias Divisiones SS, blindadas y de infantería, provocando la retirada soviética. Los alemanes ya no hacían tantos prisioneros como antaño; y la táctica de encerrar grandes masas de soldados enemigos en su avance, dejando así *bolsas* en su retaguardia que eran aplastadas *a posteriori,* ya no podía aplicarse con tanto éxito, debido a la

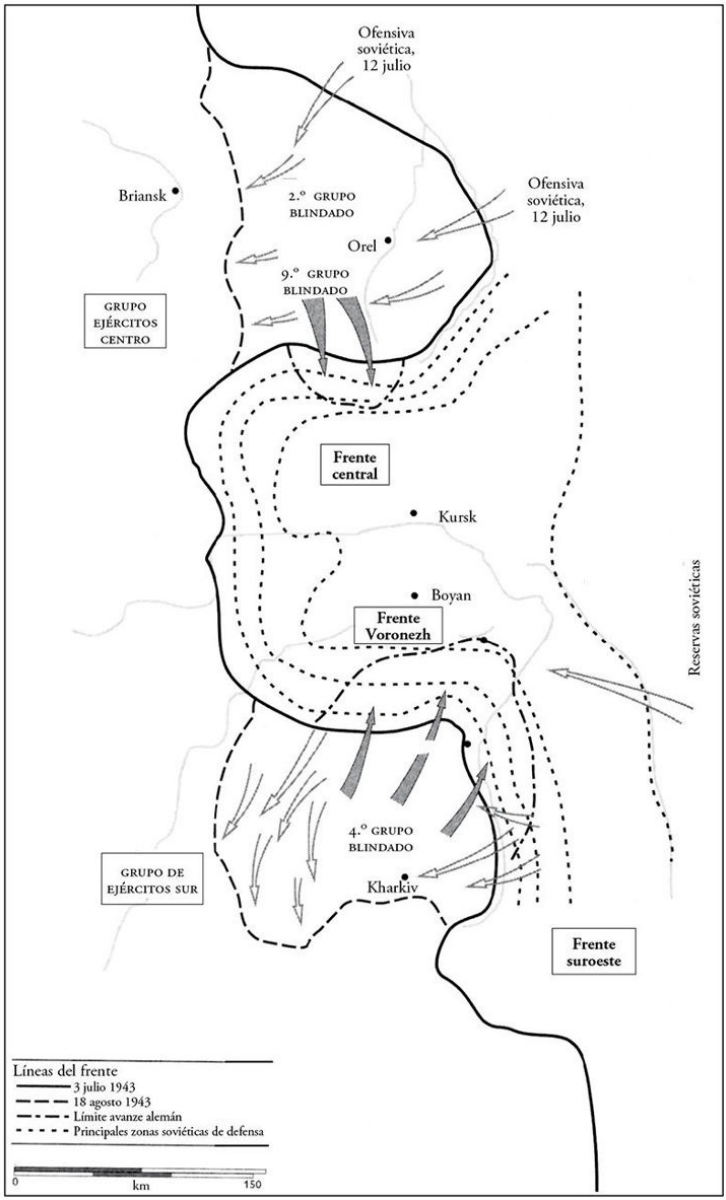
falta de efectivos con que sellar y *limpiar* de modo eficaz esas bolsas. Pero la reconquista de Kharkiv supuso una nueva infusión de moral para la Wehrmacht. Ante esa situación, Stalin envió a la zona al *apagafuegos* de todos los frentes, Zhukov. Tras adoptar una serie de medidas tácticas desesperadas, Zhukov consiguió frenar a los alemanes el tiempo suficiente para que comenzase el deshielo de primavera, circunstancia que impedía las acciones ofensivas en el frente y, en particular, oponía grandes obstáculos al despliegue de unidades motorizadas y acorazadas.

Tras este período de ofensivas, la situación en el frente se estabilizó, pero quedó un saliente de cerca de 160 kilómetros de anchura que penetraba en las líneas alemanas. En el Norte, en manos alemanas, estaba la ciudad de Orel; justo en el centro del saliente, la ciudad de Kursk; y más al Sur, casi en línea recta, Belgorod, también en poder del *Ostheer*. Von Manstein concibió entonces un plan de ofensiva para desgastar al enemigo, que consistiría en atacar desde los dos extremos de la pinza para destruir un número considerable de tropas enemigas, y a continuación progresar hacia el Noreste para acercarse a Moscú. Su intención era asestar el golpe en abril o en mayo, antes de que los soviéticos hubiesen ultimado sus defensas. Hitler, sin embargo, temió embarcarse en otro avance incontrolado que llevase a un desastre como el de Stalingrado. Los bombardeos sobre territorio del Reich, que se habían intensificado desde principios de año, y la crítica situación de las tropas germanas e italianas en África del Norte, que culminó con la rendición de 150.000 soldados en Túnez en mayo de 1943, hacían temer que los Aliados fuesen a desembarcar en cualquier momento en los Balcanes o en Italia. Por esa razón, el Führer nazi prefirió posponer la ofensiva para junio. El Ejército alemán estaba además a la espera de recibir

los nuevos modelos de tanque *Panther* y *Tiger* (conocidos sucesivamente como *Ferdinand* y *Elephant*) y poder reorganizar su parque móvil en el frente oriental. Con ese objetivo fue llamado de nuevo el general Guderian, el gran estratega de la guerra de blindados destituido tras el fracaso ante Moscú en 1941, y que había mantenido serias desavenencias estratégicas con el dictador. Ahora, como Von Manstein, se encontraba con que Hitler le suplicaba que volviese a ocuparse de la dirección del frente[391].

Por su parte, los soviéticos empezaron a preparar la ofensiva del verano, pero fueron alertados por sus espías de los planes alemanes. Zhukov dedujo con claridad cuáles iban a ser los ejes del ataque de la Wehrmacht, así como que el objetivo final era intentar de nuevo la conquista de Moscú. La *Stavka* decidió entonces organizar una tupida red de defensas a base de un amplio despliegue de cañones antitanque, 5.000 kilómetros de trincheras en zigzag, 400.000 minas distribuidas en seis líneas de contención y dos cinturones de reserva. El plan del mariscal soviético consistía en absorber primero el ataque alemán en profundidad, desgastar al enemigo y lanzar un contraataque a continuación, con nuevos refuerzos traídos desde la retaguardia, renunciando a la posibilidad de lanzar una «ofensiva preventiva», opción preferida en un principio por Stalin y solo desechada tras sopesar los argumentos de Zhukov. El riesgo de tal estrategia era que, en caso de no poder repeler el ataque, una parte sustancial de la capacidad de combate soviética podía ser aniquilada en un espacio muy reducido y en cuestión de días. El Ejército Rojo concentró para la ocasión 1.336.000 hombres, 3.444 tanques, 19.000 piezas de artillería y 2.900 aviones. Los alemanes, por su parte, habían reunido un total de 200 tanques modelo Panzer, 90 carros Elefant y Tiger I, pero el grueso de su

fuerza, que comprendía un número de 2.700 carros, estaba integrado por los modelos anteriores Panzer III y IV. A ellos se unían 2.000 aviones, 10.000 piezas de artillería y 900.000 efectivos de infantería. Era la primera vez que se producía semejante concentración de tropas germanas para una batalla puntual.



MAPA 9. Batalla de Kursk

Tras sucesivos aplazamientos, que impidieron a los alemanes explotar el factor sorpresa —una de las bazas del plan inicial de Von Manstein— y dieron tiempo a los soviéticos para completar los trabajos de fortificación del saliente de Kursk, Hitler dio luz verde a la ofensiva, que

sería lanzada por la Wehrmacht en la madrugada del 5 de julio de 1943, con apoyo aéreo y artillero. La operación recibió el nombre en clave de *Zitadelle* (ciudadela). Sin embargo, los soviéticos estaban ya prevenidos por su servicio de información. Las unidades acorazadas del 4.º Ejército blindado del general Hoth progresaron desde el Sur a través de las posiciones enemigas alrededor de Savidovka, cumpliendo sus objetivos. Pero la artillería enemiga dificultó y retrasó el avance de la Wehrmacht. Al día siguiente, el Ejército Rojo contraatacó con artillería y aviación, adelantándose a la hora del ataque alemán. En el Norte del saliente, las divisiones acorazadas del 9.º Ejército blindado del general Walther Model se encontraron con una mayor resistencia. Fieros combates aéreos se sumaron a cruentos duelos entre formaciones de tanques desplegadas en los campos minados de la región de Ponyri. Pese a penetrar siete kilómetros en las líneas soviéticas, el magro avance alemán fue contrarrestado con éxito por el Ejército Rojo, que el día 12 de julio lanzó la planeada contraofensiva en el sector.

En el Sur del saliente las cosas iban mejor para la Wehrmacht, en parte por los errores de inteligencia militar del adversario, que había supuesto que la mayor concentración de fuego alemán se localizaría en el flanco Norte, justo lo contrario de lo que ocurrió. La avanzada del 4.º Ejército blindado de Hoth, que contaba entre sus fuerzas con tres divisiones blindadas SS de élite (las divisiones *Totenkopf, Das Reich* y *Guardia Personal de Adolf Hitler*), alcanzó la línea principal de las defensas soviéticas y se dirigió hacia el pequeño nudo ferroviario de la ciudad de Prokhorovka. Stalin ordenó entonces al 5.º Ejército de Guardias Blindados que se desplazase hacia el frente desde sus posiciones de retaguardia, en una maratoniana marcha

de 350 kilómetros: el 10 de julio arribaron al escenario del combate. Dos días después empezó una nueva batalla, descrita a menudo como el mayor combate librado cara a cara por tanques de la historia. En ella se enfrentaron en un espacio reducido centenares de carros blindados por ambos lados (850 soviéticos frente a 600 alemanes), emulando en la práctica las decimonónicas cargas de caballería en terreno llano. Los tanques soviéticos se infiltraban entre las filas de blindados tudescos, «cazándose» unos a otros en medio de una gran confusión. La aviación *roja* acabó ganando el control del espacio aéreo y pudo auxiliar a sus tropas de tierra ese mismo día 12; por la tarde, el mando soviético dio orden de retirada a sus carros. Los alemanes habían frenado la contraofensiva soviética, pero habían sufrido demasiadas pérdidas. Su sacrificio había sido en vano: Hitler canceló de repente la Operación Ciudadela el 13 de julio de 1943, después de conocer el simultáneo desembarco aliado en Sicilia el día 11 de ese mes.

Como consecuencia inmediata, la Wehrmacht perdió de forma definitiva la iniciativa estratégica en el frente del Este, además de enormes cantidades de hombres (más de 10.000 en un día) y unos 300 carros blindados, casi tantos como el Ejército Rojo. El 4.º Ejército blindado de Hoth había sufrido un 50 por ciento de bajas, tanto en hombres como en carros, casi las mismas que sus oponentes. Pero, a diferencia de los soviéticos, contaba con menos reservas. Las unidades SS de élite que se habían batido en vanguardia habían sufrido enormes pérdidas, y la División *Totenkopf* tuvo que ser retirada del frente. El combate había acabado en tablas, pero el *Ostheer* había demostrado estar exhausto y sin capacidad de asestar más golpes ofensivos. Hitler, además, necesitaba estrechar la línea de frente en el Este para poder enviar lo antes posible algunas de sus divisiones al nuevo frente

italiano, pese a la opinión de Von Manstein y otros generales, que estimaban que un empujón más haría caer las líneas enemigas en Kursk.

Pero lo que no esperaba el mando alemán era que tuviese lugar una ofensiva soviética de modo casi consecutivo a la proeza de haber repelido el ataque de la Wehrmacht. Siguiendo el plan previo trazado por Zhukov y Vasilevsky, el Ejército Rojo lanzó un contraataque el día 12 de julio de 1943 por el flanco septentrional, hacia la ciudad de Orel, empleando el frente central (un grupo de ejércitos completo). Obligó así a los alemanes a replegarse a la línea de partida, viendo caer sucesivamente Orel y Briansk. Por el Sur la contraofensiva comenzó el 3 de agosto, y a finales de mes las tropas soviéticas volvían a tomar Kharkiv. Era la primera vez que el Ejército Rojo conseguía un avance significativo durante los meses del verano. El saliente de Kursk ya no existía.

En apariencia, la batalla de Kursk terminó en tablas, y recordaba a las fallidas ofensivas de la I Guerra Mundial, que habían acabado con inmensas pérdidas por parte de ambos bandos. Los soviéticos sufrieron bajas poco más elevadas que los alemanes, pero a diferencia de sus oponentes contaban con casi inagotables reservas humanas y materiales. El tremendo desgaste de la batalla habría de tener en los meses sucesivos gravosas consecuencias para la capacidad de combate del *Ostheer* en el sector Centro y Sur del frente oriental. La Wehrmacht tuvo unos 56.000 muertos, por 70.000 del Ejército Rojo, que aún encajaría 183.000 bajas adicionales durante la contraofensiva de julio y agosto. El tributo pagado en vidas por las victorias de 1943 fue enorme: solo en los combates de Kursk murieron más soldados soviéticos que combatientes estadounidenses durante toda la guerra. No obstante, en ese momento el Ejército Rojo había

alcanzado un nivel más que apreciable de modernización tecnológica, lo que compensaba sus ingentes pérdidas humanas. Ese factor se convertiría en la clave de su renovada capacidad ofensiva unos meses después.

346 Para las diferentes interpretaciones, véanse Hürter (2001: 402-404), Götz y Heim (1993: 381-385), Ganzenmüller (2000; 2005: 19-40; 2014).

347 Vehviläinen (2002).

348 Informe del general Busch, AOK 16, a Grupo de Ejércitos Norte, 18.11.1941 (BA-MA, RH 20-16/66).

349 Carta del general Jodl a OKH, 7.10.1941, y *Diario de guerra* del Grupo de Ejércitos Norte, entradas del 12 y 17.10.1941, reproducidos en Ueberschär y Wette (1984: 334-336).

350 Cf. Rössler y Schleiermacher (1993), así como los documentos reproducidos en Madajczyk (1994).

351 Véase el álbum *Kampf und Sieg am Wolchow* (1942), en BA-MA, RH 24-38/292.

352 Para la descripción detallada de las operaciones, cf. Glantz (2002: 287-304).

353 En diciembre de 1941, por ejemplo, un informe de la sección 1.ª del Cuerpo de 38.º Ejército contabilizaba, en las 19 poblaciones más importantes existentes en la zona cubierta por sus tropas, 1.685 hombres en su gran mayoría ancianos, 2.922 mujeres y 2.847 niños (BA-MA, RH 24-38/ 33).

354 Véanse Hass (2002); Hürter (2001); Rutherford (2014); Kilian (2011, 2012).

355 Véanse para la narración del bloqueo, cf. el clásico libro del escritor norteamericano H. A. Salisbury (2003), quien visitó la ciudad en 1944. Igualmente, Ganzenmüller (2005: 53-121) y Reid (2011).

356 Varios de ellos están reproducidos en *Blockade* (2004: 132-135).

357 Véanse ejemplos en Lomaguin (2003: I), así como en Simmons (2002), el diario de Lena Muchina (2014), Jarov (2013), Dobrotvorskaja (2013) y Peri (2017).

358 Cf. Ganzenmüller (2011).

359 Cf. Hosking (2002: 170).

360 Cf. Ganzenmüller (2006: 279-313; 2011) y Reid (2011: 143-171).

361 Ganzenmüller (2005: 239); Reid (2011: 497-500); Dale (2010: 120-21); Voronina (2011).

362 Para lo que sigue, véase Beevor (1998), así como un detallado análisis en las diversas contribuciones recogidas en Wette y Ueberschär (2003). Un resumen en Ueberschär (2003) y, más amplio, en Wegner (1990: 997-1023); una buena colección de testimonios en Hellbeck (2012).

363 Wettstein (2014: 268-349).

364 Testimonio del general Alexander Rodimzev, en Hellbeck (2012: 361).

365 Ueberschär (2003: 20); Beevor (1998: 178) y Müller (2003: 133).

366 Hellbeck (2012: 507-508); carta de Walther von Seydlitz, 4.7.1941 (Diedrich y Ebert 2018: 157-58).

367 Véanse Clark (2005: 240-241) y Beevor (1998: 182-84 y 222-230).

368 Cf. la evocación de Vasili Grossman, «Por los caminos de la ofensiva» (28.11.1942), en Grossman (2018: 98-105).

369 Telegrama radiado de Adolf Hitler al comandante en jefe del 6.º Ejército, 22.11.1942 (BA-MA, RH 20-6/238).

370 Existen, con todo, variaciones más que significativas entre los diversos cómputos disponibles, y escasa unanimidad acerca del montante total de tropas cercadas, sobre todo en lo que se refiere a la cantidad de rusos y ucranianos que peleaban junto a los alemanes y vestían uniforme de la Wehrmacht. *Vid.* Clark (2005: 258), Beevor (1998: 439-40), Förster (2001: 331) y Ueberschär (2003: 22-23).

371 Cf. Müller (2003) y un buen muestrario de ejemplos en Golovchansky *et al.* (1991), así como en Ebert (2004).

372 Citada en Kilian (2002).

373 Carta del cabo Werner Bühnemann, 25.12.1942, reproducida en Ebert (2004: 106-07).

374 Carta del sargento Otto Kirschner, 19.1.1943, reproducida en Ebert (2004: 312-313). Cf. igualmente Förster (2001: 336) y varios ejemplos más en Birnbaum (2013) y Ebert (2018).

375 Carta del general Walther von Seydlitz a su mujer, 11.1.1943, en Diedrich y Ebert (2018: 265-266).

376 Carta del capitán de caballería Heino Graf Vitzthum, Stalingrado, 20.1.1943, en Ebert (2004: 316).

377 Schlemmer (2005: 67-69); Giusti (2016).

378 Notificación del jefe de tripulación sargento mayor Schmidt sobre la situación en el aeródromo de Gumrak, 19.1.1943, reproducida en Ueberschär (2003: 34).

379 Carta del doctor Horst Rocholl, 23.1.1943, reproducida en Ebert (2004: 326-328). Véase igualmente Rocholl (2009).

380 Diedrich (2008: 379-453).

381 Wette (2003).

382 Citado en Wette (2003: 52).

383 *Völkischer Beobachter,* 4. y 5.2.1943.

384 *Das Schwarze Korps,* 11.2.1943.

385 Ebert (2004: 348-350).

386 Cf. Frei (2005: 97-106); Hettling (1995); Morina (2011).

387 Citado por Ueberschär (2003: 42).

388 Beevor (1998: 398); Ueberschär (2003: 19).

389 Merridale (2005: 159-161).

390 Glantz (2005).

391 Para la descripción de las operaciones militares, cf. Clark (2005: 297-298), Glantz (1999) y Töppel (2017).

CAPÍTULO 5

POR LA PATRIA SOVIÉTICA HACIA LA VICTORIA

> La sola visión de alguien que vistiera el uniforme militar me llenaba de envidia. ¡Era un defensor de la patria! Hasta las mujeres jóvenes eran reclutadas… ¿Y yo? Escribí una carta al comité regional del Partido pidiéndoles que me enviaran al frente o me fusilaran. Dos días más tarde recibí una citación para que me presentara en el centro de reclutamiento en un plazo de veinticuatro horas. La guerra iba a ser mi salvación…
>
> VASILI PETROVICH, en S. Aleksiévich, *El fin del «Homo sovieticus»* (2015)

El éxito soviético en la batalla de Kursk marcaría el cambio de rumbo de la guerra. A partir de mediados de 1943 la iniciativa correspondió en todos los frentes al Ejército Rojo. Se trataba en buena parte de la movilización del potencial industrial y militar de la URSS ya recuperado tras el desastre de 1941, y de la puesta en valor de la creciente superioridad soviética en recursos humanos y materiales, complementada de modo decisivo por las ayudas de los Aliados occidentales. Ese potencial se vio acompañado por una mayor madurez estratégica del Ejército Rojo, así como de una serie de cambios que flexibilizaron sus mecanismos de funcionamiento y toma de decisiones a todos los niveles, desde la *Stavka* hasta las compañías del Ejército de Tierra.

La superioridad material fue también conseguida merced a un formidable esfuerzo de movilización social, en el que los mecanismos de coerción y terror desplegados por el régimen estalinista desempeñaron un papel importante a la hora de imponer una severa disciplina social. Pero la disciplina no lo fue todo. El esfuerzo de guerra soviético consiguió generar complicidades y consensos entre buena parte de la población, en especial mediante el recurso a lemas movilizadores, símbolos y lealtades que iban más allá

de la mera fidelidad al régimen de Stalin, del culto a su figura y de la solidaridad internacionalista o la consecución de los objetivos revolucionarios. La patria pasó al primer plano de la propaganda de guerra.

5.1. «Za rodinu, za Stalina!»: movilización, patriotismo y terror

Existen, *grosso modo,* tres teorías globales que intentan explicar la inmensa capacidad de resistencia de la población civil y de los soldados soviéticos durante la guerra de 1941-1945, y las razones de la victoria final de la URSS. La primera se refiere a la capacidad de movilización y coerción del régimen estalinista, conseguida a través de la apelación al sentimiento nacional de unidad frente al invasor, acompañada de una férrea disciplina en el frente y en la retaguardia. La paranoia represora de la dictadura de Stalin, que no disminuyó en intensidad ni siquiera en las circunstancias más desesperadas, así como la brutal coerción ejercida sobre quienes no se plegasen a los objetivos de guerra, en las trincheras, las fábricas o el campo, explicaría el odio al invasor alemán. Este último abrigaba un propósito de esclavización y exterminio, y por lo tanto desechó cualquier posibilidad seria de ganarse a la población rural ocupada, y en particular la perteneciente a nacionalidades no rusas, mediante una política de cariz más benigno. Al ciudadano soviético le era poco menos que imposible refugiarse en la indiferencia acerca de lo que ocurría a su alrededor. La disciplina social impuesta por el régimen estalinista desde la década de 1930 alcanzó así su apogeo durante la guerra, y una nueva legitimación: la que otorgaba el nacionalismo ruso de tradición imperial,

convenientemente desempolvado y utilizado como *Leitmotiv* de civiles y soldados.

Un segundo argumento explicativo se refiere al efecto combinado de las circunstancias físicas y climatológicas excepcionales que se daban cita en el frente oriental, y la inmensidad de la retaguardia soviética. El «general invierno» había detenido el avance alemán en 1941, y la inmensidad del espacio obligaba a la Wehrmacht a mantener un control más bien laxo de amplias zonas de su retaguardia, convertida *de facto* en un área salpicada de zonas de control partisano. A ello se unía la inagotable reserva de recursos humanos de la URSS, reclutados en las regiones de Asia Central y Siberia, además de la posibilidad de contar con un inmenso patio territorial trasero al que fue posible transportar fábricas de munición y armamento. El Ejército Rojo, ante la enorme cantidad de recursos humanos disponibles, no dudó en sacrificarlos de forma masiva ante la superioridad germana en armas y en estrategia, pero no en hombres. No había de extrañar, en consecuencia, tanto el alto número de pérdidas humanas sufridas por la URSS al final del conflicto como lo rudimentario de las tácticas de combate, al menos en 1941-1942. Las decisiones en el campo de batalla se basarían en una combinación de confianza excesiva en la abundancia de reservas de material humano y de miedo de los oficiales de rango medio a tomar decisiones, so pena de ser ejecutados por el NKVD o denunciados por los comisarios políticos de turno. A pesar de ese primitivismo táctico, como escribía con desazón el general Franz Halder en su diario de guerra a principios de septiembre de 1941, las divisiones del Ejército Rojo «no están armadas ni pertrechadas según nuestros parámetros, y su dirección táctica es, a menudo, bastante pobre»; con todo, «ahí siguen: si aplastamos a una docena, los rusos ponen

enfrente de nosotros otra docena».

Un tercer argumento sobre la capacidad de resistencia soviética incide en dos factores complementarios. Por un lado, los deméritos estratégicos alemanes, y sobre todo la centralización de las decisiones militares en Adolf Hitler, un líder tan carismático como poco ducho en cuestiones militares, cuyas equivocaciones en momentos clave habrían supuesto pérdidas importantes de tiempo y recursos para la Wehrmacht. Por otro lado, la trascendencia de la ayuda de los Aliados a la URSS, tanto en alimentos como en armamento y suministros logísticos.

Todas estas razones explican, en efecto, el desenlace de momentos clave de la guerra en el Este. Sin embargo, todas ellas reproducen una imagen en exceso premoderna del Ejército soviético, contemplado como una masa en la que los recursos humanos pesaban más que la tecnología, y la ineptitud de sus oficiales no era compensada por el entusiasmo de los comisarios políticos. Si eso es aplicable al período 1941-1942, como hemos visto, el Ejército Rojo de las victorias de 1943, y que avanzó victorioso hacia Berlín, era distinto: mucho más moderno, mejor equipado en tecnología, armamento y transmisiones, más mecanizado y con mejores medios de transporte, y mejor preparado desde el punto de vista táctico que el que se encontraron las divisiones germanas en 1941. A esa nueva situación contribuyeron varios factores: la mayor profesionalización de la dirección estratégica de la guerra; la relativa relajación de la tutela de las instancias políticas sobre las militares, tanto al nivel del mando supremo como de las unidades combatientes —patente ya en el decreto número 391 de Stalin (4 de octubre de 1941), que criticaba a los jefes de tropa el abuso de la «represión» para ocultar sus propias responsabilidades tácticas—; la modernización tecnológica

del armamento pesado, así como su mejor conjunción y coordinación con las fuerzas de infantería para incrementar la potencia de fuego de las divisiones soviéticas; y la extraordinaria ampliación de la producción industrial en la retaguardia de la URSS.

Buena parte de las fábricas y plantas de producción esenciales para el esfuerzo de guerra, además, fue salvaguardada del avance alemán, lo que a la postre sería decisivo para asegurar la continuidad de los suministros y equipamientos del Ejército Rojo. Además, entre 7,5 y 10 millones de personas fueron evacuadas hacia el Este, lo que incluía a la mayoría de los funcionarios estatales y del Partido Comunista, así como trabajadores cualificados necesarios para la producción de armamento. Entre 6,5 y 9 millones de personas más, en su mayoría hombres, huyeron por sus propios medios hacia la zona bajo control soviético. Ya el 25 de junio de 1941 Stalin había ordenado a Malyshev, comisario encargado de la producción de carros de combate, que dispusiese la mudanza a los Urales de las fábricas de tanques de Leningrado y Kharkiv, donde se producía el nuevo T-34. Lazar Kaganovich, miembro del Politburó del PCUS, se encargó de organizar una gigantesca operación de traslado de fábricas de producción estratégica y armamentística, para lo que movilizó a dos millones de hombres y la red de ferrocarriles soviética. Una vez en sus puntos de destino, las tareas de montaje y producción se reiniciaron a marchas forzadas, antes incluso de procurar alojamiento adecuado para los trabajadores. Junto a las fábricas, entre junio y julio de 1941 fueron evacuados de Rusia occidental dos millones y medio de personas, acompañadas de millones de cabezas de ganado. Entre el 10 de junio y el 20 de noviembre de 1941 salieron para los Urales y Siberia más de un millón de vagones con material

industrial. Y a lo largo de la guerra, el volumen de personas desplazadas por vía fluvial y por ferrocarril alcanzó los doce millones.

Con todo, el esfuerzo no pudo evitar que se produjesen grandes pérdidas de material industrial y plantas de producción, que fueron destruidas siempre que fue posible para evitar que cayesen en manos del enemigo. Dos tercios de la producción industrial anterior a la guerra se localizaban en los territorios ocupados por los alemanes y sus aliados hasta diciembre de 1941, y en el otoño de ese año, en vísperas de la decisiva batalla de Moscú, un 80 por ciento de la capacidad productiva soviética estaba todavía en proceso de reubicación, lo que tuvo como consecuencia una acuciante falta de suministros militares, en particular de tanques y armamento pesado, hasta comienzos de 1942[392].

Todo lo anterior, con ser mucho, no lo explica todo. Un factor fundamental fue la masiva movilización de la población femenina en el frente y, sobre todo, en la retaguardia. Muchas mujeres se presentaron voluntarias en 1941 para nutrir las filas del Ejército Rojo, al que sirvieron como radiotelegrafistas, telefonistas, enfermeras o médicos: un 40 por ciento de los facultativos del frente eran mujeres. Muchas de ellas sirvieron en grupos partisanos, y hubo unidades de primera línea compuestas en su mayoría por féminas, las despectivamente llamadas *Flintenweiber* por los soldados alemanes. Desde muy pronto, la propaganda resaltó los casos de heroísmo femenino en los frentes, desde la francotiradora Liudmila Pavlichenko hasta la *mártir* partisana Chaikina. Ya desde octubre de 1941, el personal femenino también se incorporó al cuerpo de pilotos de combate, y el 221.º Cuerpo Aéreo estuvo integrado en su totalidad por mujeres. Hasta 90 de ellas alcanzaron el rango de heroína de la Unión Soviética, varias a título póstumo, un

porcentaje ínfimo entre los 10.000 combatientes que recibieron ese honor. En 1945, hasta 246.000 mujeres vestían el uniforme de campaña del Ejército Rojo. Las que servían en primera línea de combate estaban sometidas a las mismas condiciones que los hombres, desempeñaban tareas semejantes y no recibían una atención médica diferenciada, salvo en algunas unidades. Esa igualdad de trato encubría también los frecuentes casos de embarazo por abusos de superiores —quienes estaban autorizados a tener una amante consigo, motejadas como PPZh o «esposas de campo»— o producto de relaciones con camaradas masculinos, lo que a menudo fue casi equiparado a derrotismo o traición[393].

Pero el ámbito en el que la contribución femenina adquirió una relevancia decisiva fue en el mantenimiento de la producción industrial en la retaguardia. Dos tercios de las mujeres soviéticas se incorporaron al mundo laboral y trabajaron en las fábricas, produciendo municiones, tanques y todo tipo de suministros civiles y militares: suponían el 60 por ciento de toda la fuerza laboral en la industria y los servicios. También las mujeres recogieron las cosechas y aseguraron el funcionamiento de las granjas colectivas. Y, además, se ocuparon del cuidado de lo que quedaba de sus familias, mientras los hombres jóvenes y no tan jóvenes estaban en el frente. El periodista Vasili Grossman escribía así en septiembre de 1942, camino de Stalingrado, sus impresiones sobre la retaguardia:

> Por todas partes: en los campos, durante la labranza y la trilla, tras los caballos que tiran de los arados, en los tractores y en las máquinas segadoras-trilladoras, al volante de los camiones y en los peligrosos y difíciles trabajos en los apartaderos cercanos al frente, trabaja la mujer rusa. […] La mujer rusa se echó sobre los hombros la formidable carga de la cosecha: la recolectó, ató las gavillas, trilló el grano y lo transportó a los almacenes. Sus curtidos brazos trabajan de sol a sol sin saber lo que es descanso[394].

Entre 1941 y 1944, la mano de obra femenina aumentó de un 50 a un 80 por ciento del total de trabajadores del campo, lo que permitió liberar una gran cantidad de población

masculina para servir en el ejército. En 1944, un 75 por ciento de los hombres que habían trabajado en las granjas colectivizadas estaban en el frente, mientras que quienes se quedaron en ellas eran los enfermos, los ancianos o los mutilados que retornaron de los hospitales de campaña, además de mujeres y niños. Las reservas en material humano, con ser importantes, no eran infinitas, ni siquiera en Siberia. Con todo, las féminas ocuparon por lo general los puestos menos cualificados de la industria; tuvieron unas oportunidades de promoción laboral muy limitadas; y al regreso de los combatientes a casa, la situación tradicional de subordinación de la mujer al marido —o al padre o a los hermanos— no varió mucho con relación al período anterior a la guerra. Lo mismo cabe decir sobre la propaganda oficial del régimen, que a partir de 1943-1944 volvió a insistir en la necesidad de que la mujer asegurase el porvenir de la patria socialista mediante la reproducción y el cuidado de la familia. También por esa razón, esa misma propaganda oficial se afanó en perseguir las prácticas abortivas, que muchas mujeres soviéticas realizaban para controlar la natalidad en tiempos de escasez[395].

La vida de las trabajadoras urbanas era más fácil en términos relativos que la de las mujeres campesinas, obligadas a trabajar el campo sin apenas aperos adecuados, pero también a desempeñar labores comunitarias adicionales y a albergar en muchos casos incómodos huéspedes, los refugiados de las regiones occidentales que, huyendo de los alemanes, se habían encontrado con que las autoridades los habían abandonado a su suerte, por lo que muchos de ellos acabaron muriendo de enfermedades y malnutrición. Además, los trabajadores del campo no tenían derecho a ración, por lo que tenían que procurarse su propio sustento; mientras que al menos las trabajadoras y trabajadores

fabriles y de los servicios podían acceder a una cartilla de racionamiento. Las leoninas condiciones laborales de las fábricas de armamento y de productos necesarios para la guerra impusieron, a partir de 1942, una suerte de estajanovismo obligatorio: la jornada semanal fue fijada en 66 horas, con un solo día de descanso al mes; las vacaciones fueron suspendidas por completo; y las horas extraordinarias sin ningún tipo de compensación se convirtieron en práctica frecuente.

Sin embargo, la certeza del acceso a mejores cartillas de racionamiento compensaba la explotación laboral. Trabajar significaba comer, no bien ni en cantidad, pero al menos lo suficiente para subsistir y no caer enfermo. Las raciones repartidas por el Estado, establecidas ya por ley en julio de 1941, variaban según el tipo de trabajo y la edad, y oscilaban entre las 700 calorías diarias que recibían niños y ancianos inactivos hasta las 4.000 que recibía un minero o un obrero siderúrgico. La mayoría de los trabajadores recibía entre 1.300 y 1.900 calorías por día, por debajo de lo deseable para conseguir resultados eficientes, pero suficiente para mantener el sistema laboral en funcionamiento. Por otro lado, también se arbitraron algunos mecanismos adicionales de compensación. Aunque las disposiciones legales que regulaban los castigos por indisciplina y absentismo laboral eran muy duras, en la práctica la administración soviética y el NKVD se mostraron más laxos en aplicar medidas coercitivas: más del 60 por ciento de los expedientes disciplinarios por faltas laborales concluían sin condena[396]. El régimen mostró cierta tolerancia hacia los «huertos urbanos» —los *huertos de la victoria*— de carácter privado, que proliferaron en ciudades, jardines y parques. En ellos, los ciudadanos soviéticos plantaban verduras y legumbres para el autoconsumo o el trapicheo en el mercado negro. Los

campesinos también fueron autorizados a destinar una parte de su producto al mercado. Las autoridades de Leningrado, por ejemplo, permitieron a sus habitantes poseer 0,15 hectáreas de terreno para plantar víveres. Esos huertos producirían en 1944 nada menos que un 25 por ciento de las patatas consumidas en la URSS. Bajo la tolerancia oficial, el mercado negro funcionó de forma fluida en lugares como la plaza central de Moscú, o determinados puntos de la periferia de Leningrado. Falto de medios para abortar todos los intentos de crear *mercadillos* y lugares de trueque improvisados a lo largo de la geografía urbana, el NKVD optó por la estrategia pragmática de mantenerlos bajo control, a fin de que no se vendiesen productos adulterados o en mal estado. Los trabajadores estajanovistas recibían premios en alimentos, al igual que quienes donaban sangre para los hospitales de campaña[397].

La capacidad de resistencia y sacrificio de la población soviética, con todo, constituyó tal vez el factor decisivo de la victoria final, junto con la constatación de que los invasores solo perseguían el exterminio y la esclavización de los eslavos[398]. Cientos de miles de anónimos ciudadanos y soldados sacrificaron su vida en batallas suicidas sin ninguna perspectiva de salvación, fuese en Kiev, en Stalingrado u otros lugares. Niños y adolescentes fueron movilizados como mano de obra en fábricas y granjas; y unos 60.000 lucharon además en unidades del frente o en grupos partisanos[399]. A pesar de los numerosos casos de deserción e indisciplina en las primeras semanas de combate, la moral del soldado soviético desde el verano de 1941 se mantuvo, en general, en niveles apreciables, como reconocía el soldado polaco Fred Virski, reclutado un año antes contra su voluntad[400]. La resistencia fanática y cerril *(zäh)* de los *Ivanes* causaba la admiración, pero también la

incomprensión, de sus oponentes. Tras las primeras semanas en las que el Ejército Rojo se batía casi en desbandada, los invasores se vieron a menudo obligados a combatir contra soldados que resistían hasta el último hombre, sin ninguna esperanza de supervivencia, y aun después de que sus oficiales hubiesen muerto. Lo mismo se aplicaba a los partisanos. Como señalaba en una carta a casa el soldado Bernhard Bruhns a principios de 1942:

> Los partisanos son una amenaza grave para los suministros. Salen de la nada, a menudo con no mucho más armamento que un poco de gasolina y cerillas, totalmente indiferentes, parece, hacia el valor de su propia vida. Saben que son fusilados inmediatamente. Pero su número es por lo que parece ilimitado, al igual que el de los soldados enemigos. Tomamos 10.000 prisioneros, y un par de días después ya hay otros 10.000 en su puesto, otra vez mal armados, pero valientes hasta la muerte; lo hace la pura masa, una reserva inagotable[401].

No todo era imputable a desesperación, nihilismo o heroísmo. Para estimular aún más la resistencia, el Ejército Rojo recurrió a un procedimiento expeditivo que tuvo un papel disuasor de primer orden ante cualquier tentación de retirada o deserción por parte de la tropa. Había 750.000 *zagradotryady,* soldados que integraban los batallones del NKVD (*secciones especiales* y, desde el 12 de septiembre de 1941, los llamados *destacamentos de bloqueo,* de los que se dotó a todas las divisiones soviéticas) dispuestos a disparar por la espalda a quienes desertasen, mostrasen flaqueza en su determinación de resistir a los ataques enemigos o no avanzasen contra posiciones fortificadas o nidos de ametralladoras alemanes. Aunque los *destacamentos de bloqueo* fueron oficialmente abolidos en octubre de 1944, las secciones especiales del NKVD, en número de un batallón por cada grupo de ejércitos o *frente,* mantuvieron su actividad hasta los meses finales de la guerra, y se hicieron sentir tanto en los combates decisivos de 1941 como durante las batallas de Leningrado y Stalingrado. Su cometido, además de fusilar en el acto a desertores o *cobardes* y cumplir las sentencias de muerte en ejecuciones públicas,

era vigilar que nadie abandonase su puesto en la línea de combate, así como interrogar a los compatriotas que habían caído prisioneros de los alemanes y conseguían evadirse. Los decretos número 227 (26 de julio de 1942) y número 280 (16 de agosto de 1941) endurecieron las penas para todos aquellos que fuesen sorprendidos intentando desertar o rendirse, o quienes no mostrasen celo suficiente en el combate. Los «derrotistas», incluyendo a soldados presas del pánico en la línea de fuego, serían pasados por las armas en el acto y considerados traidores. Entre junio y octubre de 1941, los *destacamentos de bloqueo* habían arrestado a 700.000 soldados y oficiales, de los que 26.000 fueron encarcelados, y 10.000, fusilados.

A esas instancias de coerción se unía el sistema de las compañías de castigo, unidades disciplinarias encargadas de combatir en los sectores más peligrosos del frente o de ejecutar los trabajos más arriesgados, y a las que todo sospechoso de cobardía o pasividad ante el enemigo era destinado por un tiempo de entre uno y tres meses, previa degradación temporal de oficiales y suboficiales. Las tasas de mortandad en esas compañías eran entre tres y seis veces superiores a las del resto de unidades. Aunque no existen cálculos definitivos, se ha estimado que cerca de un millón de soldados y oficiales soviéticos sufrieron consejo de guerra a lo largo del conflicto. De ellos, 400.000 fueron destinados a compañías de castigo, ignorándose cuántos murieron; y 135.000 fueron fusilados, el equivalente a trece divisiones de infantería del Ejército Rojo. A las víctimas de la dura disciplina habría que sumar decenas de miles de personas que fueron ejecutadas de forma sumaria sin proceso formal por secciones especiales o destacamentos de bloqueo del NKVD[402].

Las medidas disciplinarias en tiempo de guerra no

diferían demasiado, en su paranoia conspirativa, del conjunto del sistema de terror puesto en práctica por el NKVD desde los años treinta[403]. Oficiales valiosos y pelotones enteros de soldados podían ser fusilados ante la más mínima sospecha de que planeasen desertar, consecuencia a su vez de las ficticias acusaciones a camaradas y amigos que eran arrancadas por el NKVD bajo tortura, al interrogar a un sospechoso con cualquier pretexto. Ya durante los duros períodos de adiestramiento, en los que los nuevos reclutas eran obligados a caminar largas distancias para incorporarse a los campos de instrucción situados al Este de Moscú, así como a vivir sobre el terreno y a aguantar todo tipo de arbitrariedades, las ejecuciones de soldados por imaginarios cargos de deserción o por delaciones falsas estuvieron a la orden del día[404].

Algo semejante se puede afirmar del papel jugado por los comisarios políticos *(politruks)* dependientes de la Administración Política de las Fuerzas Armadas. Los comisarios fueron responsables de acusaciones injustas a soldados y oficiales, y su intromisión en las decisiones tácticas de los militares a cargo de la tropa podía conducir al aniquilamiento de compañías enteras. Pero, al igual que muchos jóvenes comunistas *(komsorog)* procedentes de las juventudes del *Komsomol,* desempeñaron un papel cohesionador de la moral de combate de la tropa, y servían al mismo tiempo como consejeros, maestros, confidentes y espías. Era una mezcla contradictoria, que los hacía ser amados y temidos por la tropa. No obstante, en su gran mayoría eran combatientes convencidos de la causa, que procuraban en todo momento asegurar la fe de los soldados o *frontoviki* mediante el adoctrinamiento[405]. Tanto *politruks* como *komsorog* pagaron por ello un alto precio: se calcula que tres millones de miembros del PCUS murieron en

combate.

El papel jugado por la coerción y el terror, junto con la militarización del trabajo industrial y agrícola, y la constatación por parte de la población soviética de que lo malo conocido, el régimen estalinista, era mejor que lo bueno por conocer, la implacable ocupación alemana, son factores que explican en buena medida la enconada resistencia de 1941-1942[406]. En momentos decisivos, los factores aludidos también fueron fundamentales para evitar que el frente se derrumbase, prevenir que se produjese una desbandada o, simplemente, impedir que la capacidad de combate de los soldados decayese en exceso. Sin embargo, es más que dudoso que los combatientes del Ejército Rojo y los partisanos diesen sus vidas sin más por Stalin o por el ideal comunista. Junto al papel que la coerción tuvo en su particular «cultura de guerra», el *Leitmotiv* de la defensa de la Madre Rusia (o de otras nacionalidades) y la nueva patria soviética tuvo también una influencia determinante en sus motivaciones. Por otro lado, era cierto que la manera soviética de hacer la guerra provocaba una abrumadora cantidad de bajas. La escasa consideración por las vidas de los soldados, tradicional ya en el Ejército zarista —el promedio diario de bajas del Ejército ruso durante la I Guerra Mundial era solo algo inferior al del Ejército Rojo en 1941-1945— y en el Ejército Rojo forjado durante la guerra civil de 1917-1921, era un rasgo que impregnaba la mentalidad de los oficiales en todos los escalones de mando. El colectivo era más importante que el individuo, y la comunidad —fuese la nación o la clase— constituía la única variable relevante en la mentalidad de los oficiales.

La primacía del colectivo sobre el individuo era y es, sin duda, un objetivo perseguido por todo ejército moderno. Pero en el caso que nos ocupa aquella se veía reforzada, y

era puesta a prueba al mismo tiempo, por la incompetencia militar de comisarios políticos y cargos del Partido que interferían constantemente, al menos hasta 1943-1944, en las decisiones operativas a todos los niveles. La inoperancia táctica, reforzada además por las purgas estalinistas en el Ejército en 1937-1939 y el clima de terror y desconfianza que reinaba incluso en los escalafones inferiores de la oficialidad, fue decisiva a la hora de explicar el altísimo número de bajas de los dos primeros años de guerra. Solo un 8 por ciento de los cuadros militares de 1941 sobreviviría al año siguiente, y los nuevos reclutas y oficiales, al ser inexpertos, también sufrieron gran número de muertes. A partir de 1943, gracias en buena medida a los mejores suministros de armas y a los cambios estratégicos en la dirección del Ejército Rojo, la cantidad de bajas entre sus filas comenzó a descender de manera significativa. En Kursk, el promedio de pérdidas en combate fue inferior en un 50 por ciento al registrado durante la batalla de Moscú; y en 1944, esos porcentajes disminuyeron en otro 50 por ciento[407].

La mentalidad del *Iván* hacía el resto. La experiencia del soldado de a pie del Ejército Rojo ha permanecido durante largo tiempo oculta a los historiadores, en parte por las dificultades hermenéuticas que supuso la tardía e incompleta apertura de los archivos militares rusos desde 1990. Las memorias y autobiografías publicadas durante la era soviética fueron muy escasas, y las que aparecieron reproducían el esquema interpretativo oficial de la guerra como Gran Guerra Patriótica [*vielikaia otiechiestviennaia voiná*], silenciando todo aquello que contradecía o matizaba esa interpretación, tal vez el paradigma historiográfico que con más firmeza ha resistido el paso del tiempo en Rusia desde la muerte de Stalin hasta hoy. Ciertamente, existe en los historiadores, casi todos no rusos, que se han

aproximado a la historia social y cultural de los combatientes soviéticos durante la II Guerra Mundial, una suerte de unanimidad interpretativa al considerar que la mentalidad fatalista del *Iván* estaba alimentada por décadas de experiencia de gobiernos autoritarios o totalitarios, hambrunas y revoluciones. El ruso sería un pueblo acostumbrado a los sacrificios, que sobrellevaría con una mezcla de estoicismo e idealismo de raíz religiosa, lo que explicaría su empecinada propensión a la resistencia[408].

Esa interpretación es más que plausible en sus rasgos generales. Hasta sus antiguos enemigos, como el veterano de la División Azul Guillermo Alonso del Real, reconocían ya en 1953 que, a pesar de los estereotipos difundidos durante la guerra, que incidían en su carácter *borreguil* y siervo del instinto de masa, los soldados soviéticos no eran meros peleles en manos de un poder tiránico: «el soldado ruso [...] era disciplinado, valiente y estaba magníficamente instruido»[409]. Pero la excesiva insistencia en el *fatalismo* intrínseco del *frontovik* está lastrada por una imagen entre sufrida, doliente y fatalista del pueblo ruso, transmitida en Europa occidental por los relatos de viajeros y la propia recepción exterior de los clásicos de la literatura decimonónica rusa en el siglo XX, y aun la mezcla de racismo, fascinación por lo exótico y admiración que impregnaba la visión de los soldados rusos desde, al menos, el siglo XVII[410]. No hay que olvidar que, por ejemplo, la *cultura de guerra* de los soldados franceses de la I Guerra Mundial ha sido definida de forma parecida: al final, era el fatalismo lo que llevaba al combatiente a soportar penalidades y a arriesgar su vida, más allá de la falta de alternativas y la propia espiral alimentada por la experiencia del combate y la fidelidad al grupo de camaradas con los que se comparte trinchera, tanque o pelotón[411].

El soldado soviético luchaba, en todo caso, más por la patria que por el comunismo en abstracto. Y más por un sentimiento de autodefensa colectiva frente a una agresión, que por el régimen estalinista. El patriotismo, percibido también como una defensa de la comunidad local o étnica, fue promovido de modo consciente por la propaganda de guerra desde el mismo verano de 1941, tanto en el frente como en la retaguardia y entre la población civil que vivía bajo yugo alemán. Se situaba así al Estado soviético y a los ideales abstractos de la Revolución bolchevique en un segundo plano frente al vínculo primario en aquellos momentos de tribulación, la nación. La patria en peligro era algo más que una metáfora: el invasor abrigaba, en efecto, planes de exterminio y esclavización masiva.

En este orden de cosas, existía una clara línea de continuidad entre los motivos y argumentos utilizados por el nacionalismo de guerra soviético y algunas de las tendencias del discurso oficial anterior a 1941, en especial con lo que varios autores han denominado el «giro étnico» de la propaganda y la política educativa y cultural estalinista durante la década de 1930, puesto que estas últimas estaban orientadas a fundamentar la construcción identitaria de una comunidad socialista de ciudadanos. Fue a partir de 1932 cuando las apelaciones al patriotismo empezaron a abundar en la propaganda oficial, en los discursos y la imaginería desplegada por el Estado soviético. El motivo obedecía a la constatación por parte de Stalin de que la construcción del «socialismo en un solo país», después de derrotar la postura defendida por Trotski consistente en una extensión permanente de la revolución desde la URSS, necesitaba de un vínculo emocional fuerte que cimentase entre la ciudadanía la lealtad al joven Estado soviético. Esa necesidad era aún más acuciante en una coyuntura internacional

plagada de amenazas para la supervivencia de la URSS —la ocupación de Manchuria por Japón en 1932, y el ascenso del nazismo al poder en Alemania al año siguiente—, y en un momento en el que la colectivización forzada de la tierra, que supuso la deportación y muerte de millares de campesinos, y la industrialización a marchas forzadas, habían generado una apreciable resistencia entre amplios sectores de la población, en particular ante el principio del segundo plan quinquenal (1933-37). No menos importantes eran las posibilidades de instrumentalización ideológica que ofrecía el patriotismo soviético para la consolidación del poder dictatorial de Stalin, basado en un culto a su persona que, de paso, podía adquirir mayor legitimación con el culto a la nación[412].

Carta desde el frente, cuadro de Saktiónov, 1948. Alegoría de la identificacióm entre el frente y la retaguardia soviética mediante una representación idílica: la *rodina*(patria local), simbolizada por la familia y los atuendos típicos, se moviliza a favor de los soldados. La guerra está presente en la carta del padre y el mutilado retornado del frente

Además de la revisión en sentido nacionalista de los libros de texto y de la asunción de contenidos patrióticos en el cine, así como la promoción del culto a Pushkin, la *nacionalización* del comunismo soviético no solo excluía de su seno el cosmopolitismo excesivo y burgués, o las

identidades diaspóricas (por ejemplo, los judíos). También mostraba una clara tendencia a recuperar muchas de las imágenes y contenidos simbólicos e historiográficos del nacionalismo imperial ruso *(rossiiskii),* empezando por una revalorización de la historia del tiempo de los zares y continuando con una recuperación paulatina de la primacía de la lengua rusa en el uso administrativo y oficial. El culmen se alcanzaba con las medidas adoptadas por el bastión más neoimperial del nacionalismo ruso, el Ejército Rojo, que abolió las unidades étnicas y regionales en su seno y desde 1938 solo utilizó como idioma oficial el ruso. Este último fue declarado también de conocimiento y enseñanza obligatoria en toda la Unión, si bien con el argumento de que el ruso no solo era un «patrimonio común» soviético por ser lengua de Lenin y del pueblo que abrazó primero el socialismo, sino porque de este modo se aprendía el idioma internacional de todos los revolucionarios[413]... Con todo ello, se desechaba la tendencia de los primeros bolcheviques a revisar el pasado «chauvinista» de Rusia frente al resto de las nacionalidades que formaban la URSS, que todavía condenaba Stalin —junto con las «desviaciones del nacionalismo localista»— en su discurso ante el XVI Congreso del Partido Comunista en 1930. No obstante, el nuevo mensaje nacionalista también admitía gradaciones cercanas al doble patriotismo entre la comunidad local o *rodina,* las diversas patrias de la URSS y el pueblo o patria soviética, que aspiraba a su vez a liberar al conjunto del proletariado mundial. La insistencia en la convivencia de identidades superpuestas resultaba además especialmente útil en aquellas repúblicas, como Ucrania, en las que era necesario elaborar y difundir una suerte de mensaje «nacionalcomunista» integrado en el patriotismo soviético, según el cual solo la URSS y el socialismo permitirían la

(re)edificación de una patria propia. La plenitud del nacionalismo local, por tanto, solo podría alcanzarse en el seno de la URSS[414].

Ya en el verano de 1941 la afluencia de ciudadanos soviéticos como voluntarios al Ejército Rojo y a la milicia popular *(opolchenie)* tuvo como motivación fundamental la defensa de la patria. Incluso muchos presos políticos y deportados en el Gulag ardían en deseos de ir al frente[415]. A los pocos días de la invasión, el himno *Álzate, país poderoso,* compuesto para la ocasión por un músico de comedias cinematográficas, alcanzó gran popularidad a través de la radio. Las nuevas canciones populares que surgieron durante la guerra se convirtieron en una de las expresiones más espontáneas del sentimiento patriótico e identitario de muchos ciudadanos y soldados soviéticos. Todas ellas hablaban de *rodina* y de *národ,* es decir: de patria —patria local, pero también en sentido amplio, lo que otorgaba al término una gran versatilidad semántica y retórica— y de nación o pueblo, de nostalgia y de familia. Solo en Moscú se compusieron más de cien canciones patrióticas en las primeras semanas de la guerra[416]. Y el 26 de junio de 1941 el diario *Pravda* definía el conflicto por primera vez como una guerra patriótica. La revista teórica *Bol'sevik,* en su número de junio —aparecido al mes siguiente— incluía un llamamiento a combatir por la URSS como nación de todos sus ciudadanos libres y solidarios, así como a fundir ese sentimiento con el más tradicional de *rodina,* la patria local, aludida con imágenes paisajísticas y familiares:

> Nuestra patria son nuestros inmensos campos fértiles, que cultiva la laboriosidad de un pueblo libre; nuestra patria son nuestras estepas, bosques y montañas, los caudalosos ríos y lagos, los mares y océanos.
>
> La patria: eso son nuestras imponentes ciudades y pueblos, koljoses, fábricas, talleres y minas. Todo lo que ha creado el gran impulso de los trabajadores, campesinos y la intelectualidad de nuestra patria.
>
> La patria: eso son nuestras familias, nuestros padres, madres, hermanos, hermanas e hijos[417].

Algo semejante narraba el escritor y corresponsal de guerra Konstantin Simonov, convencido comunista y ateo militante, desde una posición camino del frente de Smolensko. Al pasar por un pueblo a cuyo lado se divisaban las cruces de su cementerio, experimentaba una reacción poco menos que telúrica, y sentía, según sus palabras, la conexión entre la patria, el pasado y el presente:

> [C]omprendí cuán fuerte era en mi seno el sentimiento de la patria; cuánto sentía que la tierra misma formaba parte de mí; qué hondamente arraigada en la tierra estaba la gente que allí vivía. [...] Era imposible imaginar que la tierra en sí misma pudiera devenir alemana. Pasare lo que pasare la tierra era y seguiría siendo rusa[418].

No obstante, en un principio hubo muchos combatientes que creyeron estar luchando por una patria que englobaba en verdad la causa del proletariado mundial, más allá de un lema propagandístico. Y que estaban por eso convencidos de que los *hermanos de clase* alemanes se rebelarían contra sus mandos fascistas en solidaridad con el pueblo soviético, desertarían de las filas invasoras en masa, o experimentarían una suerte de revelación de la verdad revolucionaria al ser capturados por los soldados de la estrella roja. Algunos testimonios sugieren que numerosos jóvenes comunistas enrolados en el Ejército Rojo compartían tal percepción. Pero su mayor sorpresa fue descubrir en pocas semanas que los soldados proletarios del Ruhr o de Silesia hacían caso omiso de las llamadas solidarias desde el bando opuesto, e incluso reaccionaban con desprecio cuando eran interrogados como prisioneros.

Igualmente, el conocimiento de la política del *Ostheer* hacia los prisioneros soviéticos en general, y en particular hacia los comisarios políticos y «fanáticos comunistas» que caían en sus manos, hizo cambiar en pocas semanas el estado de ánimo de los soldados del Ejército Rojo. La lucha pasó a ser una defensa de Rusia frente a los alemanes; y el motivo de entregar la vida era, ante todo, la comunidad

nacional sentida como una familia. Así lo intuyó Stalin cuando en su discurso radiado del 3 de julio de 1941 se dirigió a los habitantes de la URSS no solo con el hasta entonces usual «camaradas», sino también como «ciudadanos» y «hermanos y hermanas», además de «amigos míos». En su alocución del 6 de noviembre, el máximo dignatario soviético concluía su parlamento con un «¡Larga vida a nuestra gloriosa Patria!», después de recordar que una «gente con la moral de unas bestias» se disponía a aniquilar a «una gran nación» que contaba en su panteón de celebridades con Lenin, pero también con escritores como Tolstoi o Chéjov. Y al día siguiente, en el desfile militar de la Plaza Roja, el dictador invocaba la tradición rusa de defensa frente a un invasor, invocando primero los días más difíciles de la guerra civil rusa, pero concluyendo con un recorrido por los héroes nacionales rusos que iba desde Aleksandr Nevsky en el siglo XIII al general zarista que había alcanzado notorias victorias contra los turcos a finales del XVIII, Aleksandr Suvorov, y culminaba con la figura de Mijaíl Kutuzov, estratega que había detenido a los ejércitos de Napoleón. Stalin concluía su discurso con un estentóreo «¡Muerte al invasor alemán!», seguido de un viva a «nuestra gloriosa patria, su libertad, su independencia»[419].

Cartel «Por la madre patria», 1943 (http://www.plakaty.ru/plakaty/voennye/za_rodinu_mat/)

Los intelectuales comunistas profundizaron en esa veta discursiva. Así, el escritor Ilya Ehrenburg, que había vivido en la guerra civil española la utilización del patriotismo por los comunistas como lema movilizador[420], pasó a escribir inflamadas crónicas en el diario *Pravda,* plenas de ditirambos a la tradición cultural y resistente del pueblo ruso, impregnadas en ocasiones de sentimiento xenófobo.

Esas crónicas tuvieron continuidad hasta 1945 en el periódico del Ejército Rojo *Krasnaya Zvezda.* Algo semejante se puede afirmar de las composiciones escritas para ese mismo órgano por otros escritores que pusieron su pluma al servicio de la causa patriótica, desde Aleksei Tolstoi —pariente lejano del clásico escritor ruso Lev Tolstoi— a Vasili Grossman o Andrei Platonov[421]. El novelista Vsévolod Ivánov escribía así ya a finales de junio de 1941, aun incurriendo en algún anacronismo que revelaba su escaso conocimiento de los hechos factuales de la historia rusa:

> Yo soy ruso. Mi patria se extiende del mar Blanco al océano Pacífico. Mis antepasados avanzaron, a través de las estepas y de los bosques de Siberia, con Iermak que combatió en las filas de Pedro el Grande. Sus caballos cosacos bebieron en las aguas del Rhin. Sus banderas flamearon en las calles de Berlín. Ellos defendieron a mi patria levantando con sus cuerpos una barrera en Borodino. Mis antepasados fueron quienes obligaron al invencible Napoleón a huir después de hacerle abandonar a su ejército[422].

Igualmente, los maestros y profesores de Historia que podían ejercer su magisterio en las zonas de la URSS no ocupadas fueron alentados por los historiadores oficiales del régimen estalinista a fomentar el patriotismo y el ardor combativo de los escolares y adolescentes soviéticos, posibles soldados en un futuro próximo, mediante la enseñanza de todos los ejemplos históricos de resistencia a invasores foráneos por parte del pueblo ruso. Eso incluía desde la gesta frente a los caballeros teutones de Aleksandr Nevsky hasta la guerra antinapoleónica, pasando por las guerras contra Suecia y Polonia de 1604-1613 y la figura del zar Pedro el Grande (1672-1725)[423].

La comprobación posterior, por parte de los soldados del Ejército Rojo, de las consecuencias de la política de ocupación alemana en aquellas zonas de la URSS que volvían a control soviético, en primer lugar de las ciudades y pueblos de la región de Moscú reconquistadas en diciembre de 1941, no hizo sino alimentar el sentimiento nacionalista y el deseo de revancha frente a un invasor extranjero cuyo

propósito abierto era el exterminio. El *Iván* experimentó un deseo de venganza por los abusos cometidos contra su propio pueblo y en su propio suelo, y descubría de paso al ser movilizado en regiones distantes de su casa cuán grande y variada era la nueva patria soviética[424]. El soldado Georgij Michajlovic, professor de Física y Matemáticas en la vida civil, escribía a su mujer en octubre de 1944:

> Mi sueño se ha cumplido, he cruzado la frontera; solo quedan por ser limpiadas de enemigos las pequeñas islas en el Báltico. He luchado en Orel, Vitebsk, Polock, Dvinsk, Siauliai, Mitava, he cruzado los ríos Desna, Soz, Dvina occidental, Neman. Mi sueño es ahora liberar a los hermanos y hermanas de la esclavitud fascista. He visto su sufrimiento, también he visto la alegría de la liberación en las caras de muchos [...]. La patria no nos olvida, y el pueblo liberado honrará nuestros esfuerzos[425].

Hechos como el saqueo por los ocupantes alemanes de los palacios de los zares, de la casa natal del escritor Lev Tolstoi y del compositor Tchaikovsky, fueron utilizados por la propaganda de guerra como una prueba irrefutable de que los invasores querían borrar de la faz de la tierra el legado cultural de un pueblo y una cultura, además de a sus habitantes. Y al aniquilar una cultura que había contribuido al acervo mundial, demostraban que querían acabar con la civilización. Se imponía, pues, el odio casi xenófobo contra el invasor, que destruía la URSS y la cultura nacional de sus pueblos al igual que siglos antes sus antecesores germánicos habían arrasado Roma[426]. Y los nuevos héroes fueron presentados, asimismo, como encarnación del sacrificio del pueblo por la patria, en una suerte de reconversión del molde del obrero heroico Stájanov, ahora transmutado en soldado. Pero también fueron retratados como hijos de la gran familia soviética —y sus diferentes pueblos y repúblicas— devorados por el invasor. Era el caso de los hombres de Pánfilov, la partisana Zoya Kosmodemyanskaya, el francotirador Vasili Záitsev, y un largo etcétera de soldados vivos o muertos, elevados por la propaganda de guerra a ese rango[427].

A los grandes personajes del pasado se añadían mitos más populares, como Vasili Tërkin, personaje creado por el escritor Aleksandr Tvardovski, que describía la vida azarosa de un soldado popular y del común, y que estoicamente aguantaba todas las adversidades del frente. Si Tërkin peleaba por algo, era por su patria, de un modo poco grandilocuente e identificado con su familia, su tierra y su hogar. Pero era un código que llegaba a los combatientes o *frontoviki*. Estos últimos reciclaban y reinterpretaban los mensajes de la propaganda oficial de forma propia. Una buena parte de los nuevos reclutas del Ejército Rojo consistía en campesinos iletrados, muchos de ellos de nacionalidad no rusa, a menudo impenetrables para los oficiales, los comisarios políticos y la propaganda oficial que en teoría se dirigía a ellos. Sin embargo, en las formas de cultura popular de los campesinos soldados, en sus canciones y en la literatura oral que recitaban de modo improvisado, se podían encontrar, al lado de motivos universales —la nostalgia, la familia, la madre o la novia que espera por el soldado— el duelo por la patria invadida, la defensa de la madre tierra y del propio suelo identificado con los seres queridos… e incluso la fe ortodoxa (o islámica o católica y uniata en otros casos). El uso de crucifijos y el hábito de persignarse entre los soldados de esa confesión, aunque hubiesen sido socializados en un Estado que se declaraba ateo, tenía muchas veces más de rito identitario que de convicción trascendente. El soldado soviético sentía, en definitiva, que defendía su patria y se movilizaba por ella. Pero no siempre veía en esas palabras el contenido altisonante que les era atribuido por el nacionalismo de guerra estalinista[428].

Cartel *¡Deja que te inspiremos en esta guerra!*, Aleksandr Nevsky guía a las tropas soviéticas, 1941(http://www.plakaty.ru/plakaty/voennye/pust_vdokhnovlyaet_vas_v_etoy_voyne_/)

La demonización del adversario tudesco incidió sobre todo en presentar la resistencia a la agresión germana como una Gran Guerra Patriótica frente a un invasor extranjero, unos nuevos caballeros teutones que serían expulsados por la Rusia eterna, simbolizada en el héroe medieval Aleksandr Nevsky, que había sido mitificado por el cineasta Serguei M. Einsenstein ya en 1938. En su mensaje del 3 de julio de 1941, Stalin apelaba a la defensa de la patria soviética y de la

libertad y cultura de todas las nacionalidades de la URSS frente al fascismo teutón, que buscaría esclavizar al pueblo y acabar con la cultura y la personalidad política de todas las nacionalidades. En su formulación canónica, sin embargo, la Gran Guerra Patria/Patriótica no solo restauraría la patria soviética y sus nacionalidades, sino que también contribuiría a liberar a todos los pueblos del mundo, incluido el alemán, del fascismo[429]. Un panfleto de propaganda partisana evocaba en 1942 cuán invencible había sido la «madre Rusia» para los invasores del pasado, y destacaba el papel del pueblo *(národ),* identificado con la nación, en esas gestas pasadas:

> Hace 700 años, Aleksandr Nevsky aplastó a los ancestros de las bandas de Hitler; hace 182 años las tropas rusas entraron en Berlín, destrozando las igualmente «invencibles» huestes de Federico II. El pueblo ruso destruyó al ejército de Napoleón, que soñaba con doblegar a Rusia. En 1918, el joven Ejército Rojo destrozó a los alemanes en Narva y Pskov. La derrota de los nazis es inevitable, ahora que el pueblo ruso ha despertado su furia justiciera[430].

Los discursos movilizadores desplegados por el Ejército Rojo y por los partisanos volverían a enarbolar lemas típicos de la propaganda de guerra del Ejército zarista, así como una serie de tópicos e imágenes clásicas del nacionalismo imperial ruso. Junto a expresiones como «madre Rusia», el lenguaje del patriotismo soviético se revistió de sacralidad y, al mismo tiempo, de referencias a la familia y al hogar, en proclamas y manifiestos que dejaban en segundo plano el internacionalismo anterior: era una «guerra santa» equiparable a una guerra nacional *(vojna narodnaja)* contra unos invasores que ultrajaban la patria, las familias y los pueblos del ciudadano soviético. La Iglesia ortodoxa rusa conoció un período de mayor tolerancia oficial hacia sus actividades, siempre y cuando pusiese su influencia social al servicio de la guerra patria. Así lo hizo el arzobispo ortodoxo de Leningrado, Aleksi, en un sermón pronunciado el 10 de agosto de 1941 en Moscú; y lo repetía el metropolitano (después patriarca) de la Iglesia ortodoxa rusa en sus

alocuciones por radio dirigidas a los partisanos, del mismo modo que el metropolitano de Kiev, en mayo de 1943, quien apelaba a «todos los cristianos», fuesen católicos uniatas u ortodoxos. Un año antes se sumaron a los llamamientos los patriarcas *Catholicós* de las Iglesias armenia y georgiana. Así rezaban igualmente numerosos panfletos y proclamas de propaganda partisana repartidas en el territorio ocupado por los alemanes[431]. Los carteles incitando al ciudadano soviético a resistir destacaban paralelismos semejantes. Un conocido cartel de propaganda de 1941 presentaba a los soldados del Ejército Rojo como continuadores de las gestas de Nevsky, Suvorov y el guerrillero Chapáiev. Otro más destacaba el paralelismo entre el destino sufrido por Napoleón en 1813 y el que sufriría Hitler. Y ya en 1941 la patria que llamaba a sus hijos a defenderla del ultraje extranjero era representada como una madre[432].

La propaganda estalinista apelaba, por tanto, al carácter invencible de una sociedad cohesionada y concienciada para ganar la guerra, en la mejor aplicación del concepto de *guerra total* que Goebbels formularía para el III Reich. Esa movilización total con fines militares no era, por lo demás, nada nuevo. Los bolcheviques ya habían utilizado la amenaza del enemigo exterior en su propaganda desde la guerra civil posterior a la Revolución; tras 1922 todavía hicieron uso de ella, al recordar de modo insistente en su propaganda que el primer Estado socialista debía sobrevivir a la hostilidad sin cuartel de las potencias capitalistas. La movilización permanente de la población a través de los planes quinquenales, las campañas para incrementar la producción agrícola e industrial, y la elevación al rango de héroes de los soldados distinguidos durante la Revolución de 1917 y la guerra civil subsiguiente, así como de los trabajadores capaces de aplicar a su labor virtudes que en

esencia eran militares, tuvo una doble virud. Por un lado, fue capaz de familiarizar a los ciudadanos soviéticos y a los cuadros del Partido Comunista con la necesidad de improvisación. Por otro lado, convirtió en un motivo frecuente la identificación con el lema de la patria en peligro. Era una constante militarización de los objetivos colectivos. Muchos de los cuadros militares y civiles que dirigían ahora la resistencia habían llegado a la edad adulta a comienzos de la década de 1930 y eran producto de aquel clima de movilización anterior. La guerra podía verse como un estadio de continuidad con respecto a los veinte años que habían sucedido a la guerra civil rusa: según expresaba Stalin en su discurso conmemorativo de la Revolución de octubre en noviembre de 1943, no solo la patria, sino el sistema soviético en su conjunto se enfrentaba a una gran prueba, que determinaría si era superior o no a los demás[433].

La identificación de los ciudadanos soviéticos con la nación, aunque fuese independiente de la lealtad a Stalin, llevaba de modo más o menos directo a algún tipo de identificación con el Estado. El término *rodina* (traducible por patria, pero también en sentido genérico como patria local, hasta cierto punto equivalente al alemán *Heimat*) apareció con tanta o más frecuencia que *narod* (pueblo) en la propaganda oficial y en la cultura popular soviética de guerra. Como lema de avance del Ejército Rojo se acuñó una mezcla de patriotismo y culto al líder: *Za rodinu, za Stalina!* (por la Patria y por Stalin), combinada con la tolerancia del culto ortodoxo y la restauración del Patriarcado de Moscú en 1943, y asimismo con la confusión entre nacionalismo pan-ruso o imperial y patriotismo soviético. En diciembre de 1943, un decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS sustituyó la *Internacional,* himno oficial hasta ese momento de la URSS, por otro de nueva factura en el que se

apelaba de manera explícita a la unión de Repúblicas libres que «durante décadas la gran Rusia ha soldado./ Larga vida al país fundado por la voluntad del pueblo./ La unida, poderosa Unión Soviética./ ¡Gloria a nuestra patria, al libre/ y seguro baluarte de la amistad de los pueblos!»[434]. En el Ejército Rojo se recuperaron rangos y distinciones que habían sido de uso corriente en el ejército zarista, además de la denominación *Guardias* para divisiones distinguidas en combate. Con ello se fomentaba lo que Vasili Grossman denominó «patriotismo divisionario», un orgullo profesional que reforzaba el papel cohesionador de la camaradería[435].

Cartel «El fascismo es el peor enemigo de la mujer», 1941
(http://www.plakaty.ru/plakaty/voennye/fashizm_zleyshiy_vrag_zhenshchin_vse_na_borbu_s_fashizmom

El sentimiento nacional que cristalizaba entre la población movilizada por el esfuerzo de guerra presentaba rasgos propios. Era una suerte de mezcla del nacionalismo imperial ruso con algunos rasgos del nacionalismo étnico ruso *(russkii).* La imbricación entre ruso y neoimperial o soviético se traducía en una jerarquía gradual de afectos y méritos de guerra. El novelista Aleksandr Fadeev, secretario

general de la Unión de Escritores Soviéticos, teorizaba aquel mismo año 1943 que la guerra contra los alemanes había provocado en la URSS un resurgimiento del patriotismo. El pueblo defendía su patria soviética de un invasor que pretendía aniquilarla y esclavizarla, y los diferentes pueblos de la URSS luchaban por su independencia nacional y su libertad al tiempo que por su patria socialista común. Al hacerlo, no se perseguía un fin estrecho de miras o chauvinista, sino una misión universalista. Como habían afirmado los comunistas españoles en 1936-1939, eran ahora los pueblos de la URSS los que inscribían su lucha en una misión universal: liberar a todos los pueblos tiranizados por el fascismo alemán. Pero, se precisaba, los invasores atacaban sobre todo al pueblo ruso, su nacionalidad y su cultura, porque eran conscientes de que Rusia constituía el núcleo generador de la Unión Soviética. Y por ello correspondería al patriotismo ruso un papel puntero en la lucha de liberación soviética. Surgía así una especie de jerarquización del heroísmo en la que, tras los rusos, vendrían los «pueblos eslavos hermanos»: ucranianos y bielorrusos. Eran también razones históricas las que hacían del pueblo ruso el elegido para liderar la lucha por la libertad de las restantes nacionalidades de la URSS: su tradición secular de resistencia frente a los yugos tiránicos impuestos por invasores extranjeros, desde los mogoles hasta los caballeros teutones, pasando por los suecos, las tropas de Napoleón y la guerra civil que sucedió a la Revolución de octubre[436].

La jerarquización del heroísmo no implicaba, al menos en teoría, una vuelta al expansionismo gran-ruso, y aún menos al paneslavismo tradicional de tiempos zaristas. Según interpretaba Ilya Ehrenburg en mayo de 1942, el patriotismo ruso a lo largo de su historia jamás había degenerado en

chauvinismo nacionalista, pues siempre había mantenido un gran aprecio por las cualidades de otros pueblos, incluso en los tiempos del zar Pedro el Grande, como demostrarían asimismo las biografías de los grandes escritores y científicos de la Rusia decimonónica[437]. Pues el *buen* patriotismo que encarnaban Rusia, y la URSS por extensión, según señalaban los intelectuales soviéticos en vísperas de la victoria, no era nacionalismo *burgués,* sino una virtuosa defensa de la nación, puesta al servicio de la afirmación de la libertad frente a un imperialismo invasor. Y era por ello equiparable a todas las luchas nacionales del pasado que habían repelido a un intruso del solar ruso/soviético. Ser un patriota *(patriot)* era distinto de ser un nacionalista *(natsionalist),* concepto peyorativo y condenable por implicar una carga chauvinista[438]. En el banquete celebrado en el Kremlin ante los comandantes militares para celebrar la victoria, el 24 de mayo de 1945, Stalin sorprendió a propios y extraños con un brindis «a la salud del pueblo ruso, porque es la nación más destacada entre todas las naciones que forman la Unión Soviética». El *gran* pueblo ruso *(veliky rusky narod)* —denominación frecuente en la propaganda de guerra, que no se debía definir con el pueblo *granr-ruso*— habría sido «la fuerza directora entre los pueblos» de la URSS durante la guerra, y se habría ganado el honor de ese rango en lo sucesivo. Al permanecer fiel a sus líderes, añadía Stalin, el pueblo ruso había demostrado una especial altura de miras y una particular clarividencia de lo que era conveniente para el conjunto de la Unión Soviética[439].

Al mismo tiempo, la patria soviética se transmitía y percibía a través de diferentes prismas y esferas superpuestas de adscripción identitaria. Podía circunscribirse a la patria local, referida al *oblast* o

demarcación administrativa de referencia. Podía referirse al grupo étnico o *nacionalidad*. Podía ser igualmente la ciudad a la que se pertenecía, como era el caso de la recurrencia del orgullo local en las composiciones y escritos de los defensores de Leningrado, pero también en los testimonios, así como en la propaganda dirigida a ellos, de los combatientes en la batalla de Stalingrado. Podía circunscribirse al barrio, e incluso a la fábrica, que se había convertido en un auténtico hogar para muchos trabajadores emigrados del campo a la ciudad con el objetivo de constituir el «músculo de acero» industrial del régimen comunista[440].

La gran mayoría de los héroes de guerra consagrados por las radios y la prensa moscovitas eran rusos; o, en caso de no serlo, rara vez se mencionaba su origen étnico. No obstante, en la propaganda patriótica de guerra se incluyeron de forma progresiva distintas gradaciones según el público al que se dirigiese. En las alocuciones radiadas para los partisanos de los territorios ocupados, el énfasis discursivo acostumbraba a situarse en la *rodina* en su sentido local y regional, así como en el grupo étnico o nacionalidad. Los partisanos ucranianos o bielorrusos luchaban en primer lugar por la plena emancipación de sus patrias, pero siempre dentro del gran pueblo soviético y la fraternidad histórica que les uniría como pueblos eslavos a los rusos. Desde 1943, la propaganda de Moscú puso especial cuidado en atraerse las simpatías de los ucranianos, y hasta prometió amnistía a los nacionalistas de la OUN y el UPA que volviesen al regazo de la URSS, además de sugerir que tras la victoria los territorios ucranianos que habían pertenecido a Polonia serían unificados con el resto[441].

La guerra contribuiría, además, a soldar los lazos entre las repúblicas y a superar localismos egoístas mediante la

movilización armada. Y, de hecho, en los testimonios de muchos partisanos se percibía de forma complementaria el orgullo por haber defendido la patria soviética, identificada con los paisajes de sus regiones y pueblos de origen, y el haber merecido el ingreso en el Partido Comunista. Aunque en la propaganda partisana también se aludía al papel preeminente y guía de Rusia dentro de la hermandad de pueblos soviética, lo cierto era que entre los guerrilleros tendía a prevalecer la valencia o lectura local de la apelación a la *rodina*[442]. Tal querencia por lo local presentaba un inconveniente a ojos de la dirección centralizada del movimiento partisano: la constante rivalidad regional y etnonacional entre los distintos grupos. El líder de una partida de Orel se quejaba así a Moscú de que las hazañas de su unidad se atribuyesen a los partisanos de Smolensko: «somos patriotas de nuestra patria; pero en no menor medida, también somos patriotas de nuestro *oblast* y nuestros distritos»[443].

Un mensaje similar se dirigía a las tropas regulares. Ciertamente, buena parte de la propaganda insistía en la fusión que la camaradería y la lucha común operaba entre soldados de distintas procedencias, que compartían sufrimientos y penurias frente a un enemigo común. Las trincheras creaban, así, el sentimiento de patria soviética, y buena parte de la propaganda emitida de Moscú se refería únicamente a la patria, sin más[444]. Pero, a medida que el Ejército Rojo llevó a los frentes a soldados de nacionalidad y lengua materna no rusa, la propaganda de guerra puso un especial cuidado en que los mensajes patrióticos destinados a esos combatientes estuviesen redactados y fuesen declamados por comisarios políticos que perteneciesen a su mismo grupo étnico, y hablasen su lengua. En esas proclamas se apreciaba una fusión de orgullo etnonacional y

apelación a la gran patria soviética, síntesis de varias nacionalidades. Así eran arengados, por ejemplo, los combatientes turcomanos durante la batalla de Stalingrado:

> Valientes hijos del pueblo turcomano: ¡Defensores de Stalingrado! [...] Nosotros, vuestros padres, madres, esposas e hijos, hermanas y hermanos, os ordenamos que no dudéis en arriesgar vuestra vida, que no vaciléis en defender nuestra tierra natal, nuestra vida, nuestro destino y nuestro honor. [...] Pensad en que cada uno de vosotros lucha por el honor de la patria soviética, y protege la libertad e independencia de nuestro cálido Turkmenistán, la vida de vuestras madres, hermanos, hermanas, mujeres e hijos, vuestro lugar natal, vuestras casas y el futuro feliz de vuestros descendientes[445].

El nacionalismo soviético y la fe en la nueva patria socialista, que a su vez debía ser recuperada frente a un invasor, también resaltaban como una motivación sincera en las cartas de los defensores de Stalingrado, aunque perteneciesen a nacionalidades sospechosas de colaboracionismo, como los ucranianos. El coronel F. Batjuk escribía a su mujer el 11 de octubre de 1942 que «mis pensamientos están en Ucrania», pero que al mismo tiempo «me duele que hayamos cedido tanto de la tierra rusa, me duele hasta provocar lágrima, pero pese a todo el enemigo será aniquilado». Y el 12 de febrero de 1943, ya recuperada la ciudad, el oficial I. M. Keberow escribía a su casa que «ahora podemos decir con orgullo que nosotros, los defensores de Stalingrado, hemos dado un giro al destino de nuestra patria y que hemos salvado a nuestro pueblo de la servidumbre fascista»[446].

La apelación al nacionalismo soviético tuvo efectos duraderos en el plano de la eficacia movilizadora a lo largo de la guerra. Era capaz de atraer a sectores de población desafectos con el régimen estalinista, pero sensibles al mensaje supremo de defensa de la patria. La efervescencia nacionalista creó una suerte de cultura popular identificada con la nación rusa/soviética, pero no necesariamente con sus líderes. De este modo, también tenía lugar una cierta desestalinización por vía de la afirmación patriótica: durante la guerra, se pusieron de manifiesto valores colectivos *sanos*

con los que identificarse. El soldado Viacheslav Kondratiev recordaría años después que esa conciencia otorgaba un sentido a las penalidades del frente, y en cierto modo liberaba a muchos ciudadanos soviéticos:

> Había algo extraño en la guerra: nos sentíamos más libres que en tiempo de paz [...]. En cierto sentido, uno podía llegar a creer que tenía el destino de Rusia en sus manos: era como un sentimiento genuino y real de ser un ciudadano, responsable de la patria[447].

Un provecto militar zarista le expresó algo parecido al general Heinz Guderian en octubre de 1941: los alemanes no podían esperar ni siquiera que anticomunistas como él los recibiesen como liberadores, pues «ahora estamos luchando por Rusia y en esa causa estamos todos unidos». Valya Sajarov —tía del después Premio Nobel de la Paz y disidente Andrei Sajarov—, cuyo marido había sido asesinado por los bolcheviques, afirmaba durante la guerra que «es la primera vez en muchos años que me siento rusa»; y el compositor Dimitri Shostakóvich afirmó igualmente que antes de la guerra cada habitante de Leningrado tenía muertos en su familia por la represión; tras 1941, sin embargo, su sufrimiento ya no era individual, sino colectivo, y podía expresarlo sin miedo[448]. Un científico de Leningrado resumiría tres décadas después al *New York Times* cuál había sido el móvil de muchos como él durante la guerra:

> La mejor época de nuestra vida [...] fue la guerra. [...] Entonces nos sentimos unidos con el Gobierno como nunca antes. No era *su* país, sino *nuestro* país. El Gobierno no decía lo que tenía que suceder, sino que lo decíamos nosotros. No era *su* guerra, sino *nuestra* guerra; era *nuestro* país lo que defendíamos[449].

De ese clima de movilización patriótica generado y fomentado durante la guerra no quedó demasiado tras la rendición de Alemania. La famosa foto de dos soldados soviéticos ondeando la bandera roja en el Reichstag de Berlín mostraba a un ruso y un georgiano, en vez del primer combatiente que la izó, el ucraniano Olkegsii Kovaliov. La solo relativa liberalización del régimen en materia de libertades individuales experimentó un rápido freno después

de la victoria, y el nacionalismo fue utilizado como un elemento retórico que debía cohesionar la identificación de la población con su gobierno. Había que hacer frente, ahora, a la nueva amenaza que Stalin y su camarilla creían ver en el horizonte: la vieja enemistad de los países capitalistas, hubiesen sido aliados hasta 1945 o no, hacia la patria del proletariado. Ahí cobraron cierto sentido campañas oficiales como la decretada en 1947 por el ideólogo cultural del régimen estalinista, Andréi Zhdánov, contra el «cosmopolitismo», así como la resurrección de lemas y motivos antisemitas. A eso se unía un retorno de la desconfianza hacia los pueblos no rusos, y la omisión pública de los nombres de héroes de guerra judíos, ucranianos o de otras nacionalidades[450]. O bien la exaltación de la superioridad del sistema social y político soviético, demostrada por su victoria en la guerra, y por la *liberación* por parte del Ejército Rojo de varios pueblos, Alemania incluida, de las garras del nazismo.

La represión y el control sobre los prisioneros de guerra retornados de los campos alemanes, los civiles que habían sido deportados a la fuerza al territorio del III Reich y que habían vuelto a la URSS, e incluso sobre muchos soldados del Ejército Rojo que podrían haber sido «inoculados» por el virus capitalista tras haber combatido fuera de su patria en 1944-1945, y que tal vez podrían haberse visto contagiados por ansias de liberalización política y económica, se unió a la paranoia de Stalin. El dictador temía que los grandes estrategas militares del Ejército Rojo que habían vencido a los alemanes y tomado Berlín, Zhukov y Rokossovski, estuviesen tentados de protagonizar un golpe militar contra su persona e instaurar un régimen que obedeciese a los vientos de cambio que demandaba una parte de la ciudadanía soviética. Los informes del NKVD recogían los

rumores y el estado de opinión extendido entre la población civil y muchos soldados, según los cuales después de la gran victoria vendría un período de relajación del terror y de los mecanismos de control totalitario, así como una mayor apertura económica, incluyendo la abolición de la colectivización de la tierra.

Todas esas esperanzas, empero, resultaron vanas. Los civiles y los soldados volvieron a sus puestos, y el nuevo objetivo común de la URSS pasó a ser la reconstrucción del país. La madre patria había superado el gran examen de la guerra, que había demostrado ante todo la superioridad del sistema soviético, según la interpretación de Stalin. Por tanto, no había razón para introducir cambios en él. Millones de ciudadanos volvieron a experimentar una vida de duro trabajo, penalidades y hasta hambre. Cuando en marzo de 1946 retornó de su puesto de comandante militar de la zona de ocupación soviética de Alemania, el mariscal Zhukov se vio relegado a la dirección de distritos militares de escasa importancia, acusado de veleidades *bonapartistas;* poco después, el NKVD tejió una acusación contra él por supuesto enriquecimiento indebido. Fue así apartado de la primera línea del protagonismo público. Solo fue rehabilitado por Kruschev, si bien hasta su muerte en 1974 su prestigio y popularidad lo hicieron un personaje incómodo para cualquier dirigente del Kremlin. El mariscal Rokossovski, que era polaco de nacimiento, fue destinado en 1949 a la República Popular de Polonia, donde fue ministro de Defensa y comandante en jefe de las fuerzas armadas del país.

Por otro lado, el régimen estalinista impidió tras 1945 que la memoria de la «Gran Guerra Patriótica» tuviese otro cultivo que el estrictamente oficial y sujeto al control de las instancias del Partido único. Los ciudadanos no podían

celebrar conmemoraciones o erigir monumentos de modo espontáneo; los mutilados de guerra fueron presionados para que se dejasen ver lo menos posible en el centro de las grandes ciudades, con el fin de no alterar la imagen de «normalidad» social; y los veteranos de guerra se encontraron con grandes dificultades, si no con severas prohibiciones, para constituir asociaciones. Si no era así, sus actividades colectivas se veían sujetas a un rígido control oficial. Solo existiría *una* memoria de la Gran Guerra Patria, administrada por el régimen. Y esa suerte de monopolio del recuerdo acerca de la guerra persistió, aunque con rasgos más tolerantes y aperturistas, en los períodos de Kruschev y, sobre todo, Brezhnev. Fue sobre todo bajo el «imperio de la memoria» en tiempos de Brezhnev cuando se elaboró una codificación de la Gran Guerra Patria que buscaba reforzar la legitimidad de la URSS y consolidar una memoria colectiva del pueblo soviético, por encima de pueblos y nacionalidades[451].

A pesar de las áreas de tolerancia abiertas por el régimen estalinista durante los años de conflicto, y del excepcional ambiente de movilización desplegado entre 1941 y 1945, en la sociedad soviética no desapareció en ningún momento la sombra del terror y la represión institucionalizada en gran escala. Desde mayo de 1945 se suprimieron los espacios de libertad en nombre de la unanimidad patriótica.

El aparato represivo, sin embargo, permaneció en pie. El sistema de campos de concentración o *Gulags,* inaugurado durante la década de 1930, funcionó a pleno rendimiento durante el conflicto y proveyó a la economía de guerra soviética de abundante mano de obra esclava. En su inmensa mayoría, los internados no eran disidentes políticos, del estilo del entonces oficial de artillería Aleksandr Solzhenitsyn o de los varios cientos de presos —su número

real es desconocido— que fueron acusados de ser trotskistas, y que fueron asesinados por el NKVD en 1942. Entre los prisioneros había muchos presos comunes, pero también un gran número de personas que habían sido objeto de denuncias falsas, o que habían sido víctimas de la espiral irracional que creaban las sospechas y el miedo. El elenco podía abarcar desde mujeres con trato ocasional con extranjeros en Moscú o en puertos a los que llegaban barcos norteamericanos, hasta campesinos incapaces de alcanzar la cuota de producción asignada, pasando por obreros acusados de derrotismo por algún comentario inocente, o que habían vulnerado las normas de disciplina laboral.

El número de internados en el sistema concentracionario soviético disminuyó de 1,2 millones en 1942 a 660.000 en 1945, si bien la diferencia se debió más a la muerte por enfermedad o malnutrición de miles de prisioneros que a las liberaciones. Los condenados a penas de reclusión cortas eran internados en campos específicos y separados de los anteriores, las llamadas «colonias de trabajo», que en 1945 comprendían 850.000 prisioneros empleados en trabajos forzados. Las malas condiciones de alojamiento y alimentación en esas colonias fueron responsables de que, en 1942, el índice de mortandad alcanzase cotas del 27 por ciento. Al menos 250.000 internados estaban en manos del sistema de prisiones del NKVD, que también tenía a su cargo algunos campos destinados a la ejecución de presos políticos.

A esas categorías de personas privadas de libertad se unían los deportados forzosos, bien por ser miembros de colectivos considerados susceptibles de ser enemigos del Estado, o bien por pertenecer a grupos étnicos o nacionalidades tachadas de potencialmente colaboracionistas con el enemigo. Hasta 1945 sumaron un

total de 1,5 millones. Todos ellos fueron reubicados en Kazajistán, Uzbekistán o Siberia, y obligados a vivir en comunidades exiliadas bajo la supervisión de jefes pertenecientes al NKVD. Entre ellos se contaron 948.000 ciudadanos de adscripción étnica germana, en particular alemanes del Volga; varios pueblos caucásicos en su integridad (tártaros de Crimea, chechenos, balkarios, karacháis, ingusetios, kalmikos y un largo etcétera), así como decenas de miles de ciudadanos bálticos, deportados tanto en 1940-1941 como en 1945, en una proporción que osciló entre el 5 y el 7 por ciento de la población total, en particular su *intelligentsia* y posibles cuadros dirigentes de movimientos nacionalistas[452]. Con anterioridad, 900.000 personas habían sido deportadas desde las regiones orientales de Polonia conquistadas en 1939, y otras 90.000 desde la Moldavia ocupada en 1940. Muchos de los deportados fallecían de hambre, frío o tifus durante el viaje en vagones de tren sin ventilación ni calefacción, privados de alimento y agua. A su llegada a los puntos de destino se encontraban con algunas tiendas rodeadas por alambradas, sin nada para comer, por lo que no menos de un 25 por ciento de los deportados perecieron de hambre, enfermedades y frío. Y quienes sobrevivieron se vieron obligados a adaptarse a un medio hostil, así como a no publicar libros, periódicos o fundar escuelas en su propio idioma. En cierto modo, se trataba de una forma indirecta de genocidio que pretendía completar el proceso de *purificación* de la comunidad nacional iniciada con anterioridad a la guerra. Desde la perspectiva de los líderes soviéticos y del propio dictador, había de conducir a una sociedad armónica y sin clases, en la que el socialismo hallaría unas condiciones favorables para su realización gracias a la *purga* previa del disenso interno, lograda mediante la eliminación de

colectivos vistos *a priori* como dañinos[453].

En números redondos, el conjunto de trabajadores forzados en condiciones de privación de libertad se elevaba en 1942 a 4,3 millones de personas, cifra que tres años después aún era de 3,9 millones, diseminados en 131 campos de trabajo y de prisioneros, y 1.142 filiales o campos menores más. Entre 1941 y 1945 no menos de 2,4 millones adicionales de ciudadanos pasaron en algún momento por campos de internamiento, y de ellos 1,9 millones fueron liberados a lo largo de la guerra. Al menos unas 621.000 personas murieron en los *Gulags* durante el conflicto. A esas víctimas habría que añadir los miles de hombres y mujeres que fallecieron por el camino, que perecieron víctimas de maltratos durante el cautiverio, o que fueron asesinados de manera sumaria por el NKVD[454].

A pesar de todo lo anterior, los *Gulags* no eran campos de exterminio. Su lógica confesa no consistía en aniquilar a todos los acusados de falta de patriotismo o de colaboración con el enemigo, sino en explotarlos en lo posible para el esfuerzo de guerra conjunto, a la vez que —cuando menos en el plano de la propaganda, aunque no siempre en el de la práctica diaria— regenerarlos por el trabajo, con el fin de reintegrarlos a la *patria socialista*. En los campos soviéticos se pretendía disponer de mano de obra forzada en cantidad suficiente para las necesidades más duras de la economía de guerra soviética, y después para las labores de reconstrucción. El régimen estalinista era muy consciente de que habría sido muy difícil reclutar mano de obra libre o voluntaria que aceptase trabajos como la construcción de vías férreas, diques o carreteras en zonas remotas, o la explotación de minas cerca del Ártico. Alrededor de un 15 por ciento de las municiones empleadas por el Ejército Rojo fueron producidas por mano de obra esclava, al igual que

uniformes, máscaras de gas, productos agrícolas, minas y obuses. Aunque el destino final de los presos no estaba estipulado que fuese la muerte, las duras condiciones laborales —agravadas en 1943, cuando se introdujo el trabajo pesado [*katorga*], que suponía turnos de doce horas sin días de descanso y raciones precarias— y la falta de cuidados y de alimentación acabaron con las vidas de miles de internados[455].

5.2. El contraataque definitivo: camino de Alemania (1944)

Después de la victoria de Kursk, el Ejército Rojo tuvo el camino poco menos que expedito para reconquistar Ucrania. Las fuerzas acorazadas alemanas estaban seriamente dañadas, tanto por las pérdidas sufridas en Kursk como por la necesidad de reparar la mayoría de los carros, y el nuevo frente abierto en Italia exigía destinar allí una parte de las tropas. Las unidades blindadas SS de la División *Guardia Personal de Adolf Hitler* fueron objeto de disputa entre el propio Hitler, que quería enviarlas a Italia, y Von Manstein, que pretendía contraatacar con todas las fuerzas que estuviesen disponibles. Sin embargo, el Ejército Rojo consiguió recuperar en poco tiempo el nivel operativo y la potencia de fuego de sus divisiones acorazadas. El 30 de julio de 1943 una ofensiva limitada de varias unidades blindadas alemanas en el sector ocupado por el general Malinovsky consiguió hacer retroceder a los soviéticos, en el que fue uno de los últimos avances tácticos de la Wehrmacht en el frente del Este. Pues el Ejército Rojo planeaba ya pasar al ataque y aprovechar el momento de debilidad del enemigo. El 3 de agosto de 1943 los blindados soviéticos atacaban desde

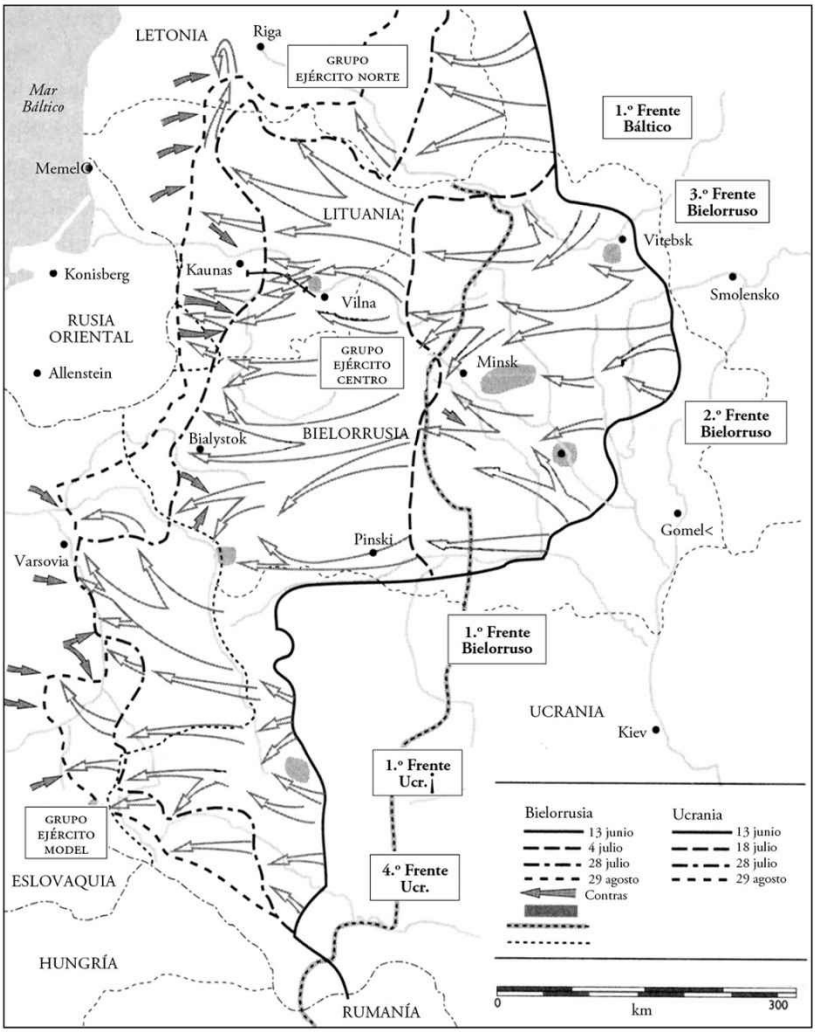
Belgorod, obligando a retroceder a sus exhaustos oponentes y amenazando al conjunto del Grupo de Ejércitos Sur, para el que Von Manstein pedía en vano ante el OKH diez divisiones adicionales.

Los cuerpos de ejército italianos se habían retirado de modo definitivo del frente del Este entre enero y marzo de 1943[456], y buena parte de las tropas húngaras y rumanas habían sido destinadas a cometidos de protección de retaguardia y lucha antipartisana. Las bajas solo habían sido cubiertas en un 25 por ciento con nuevos reemplazos, compuestos por lo general por reclutas cada vez más bisoños y oficiales poco o nada experimentados en las condiciones de la guerra en el frente oriental, cuando no por soldados con aspecto de oficinistas, miopes y hasta hacía poco tiempo empleados en labores «imprescindibles» en el Reich. Y los suministros de repuestos para las divisiones blindadas y para las unidades de artillería escaseaban cada vez más. A ello se unían las rivalidades entre las unidades SS, que pretendían monopolizar los mejores suministros de armas y material, y las dependientes del ejército regular. Y, no menos importante, la falta de unanimidad entre el Alto Mando de la Wehrmacht (OKW) y el del Ejército de Tierra (OKH), que a menudo solo se podía resolver mediante la intervención directa del Führer nazi, cuyas decisiones a lo largo de 1944 fueron cada vez más cuestionadas por sus ayudantes; en especial por Heinz Guderian, el estratega de la guerra de blindados que fue nombrado jefe de Estado Mayor del OKW a finales de julio de 1944. La característica poliarquía del III Reich creaba importantes disfunciones a estas alturas de la guerra. El 22 de agosto de 1943 los alemanes se retiraban de Kharkiv, renunciando a la inicial pretensión de Hitler de resistir en ella. Von Manstein no deseaba tener otro Stalingrado[457].

Al aproximarse el invierno de 1943, las tropas del Ejército del Este mantenían la disciplina y sus posiciones, pero la moral decaía. Buena parte de los oficiales eran muy conscientes a esas alturas de que la guerra de Rusia difícilmente podría ser ganada, dada la precariedad de las reservas alemanas. Esa situación de escasez se veía agravada por la necesidad de contrarrestar los ataques aliados en Italia. Buena parte de los generales de la Wehrmacht, entre ellos Heinz Guderian, intentaron convencer a Hitler para trasladar más tropas al Oeste y emprender una retirada estratégica en el frente oriental, creando una línea defensiva fortificada más cercana a la frontera con Polonia. Pero el líder nazi no quiso ceder territorio, en parte porque en aquel momento empezaba a estar convencido de poder provocar el agudizamiento de las contradicciones entre los Aliados mediante el mantenimiento del espacio conquistado y de la guerra de desgaste en el Este: conservar espacio equivalía a ganar tiempo. Y otras instancias del poder nazi, entre ellas la administración económica comandada por Göring, querían conservar ese espacio para poder extraer el máximo de recursos de las regiones aún controladas por el *Ostheer*. El plan de Hitler consistía en mantener una línea defensiva en el río Dniéper. Pero la posición en el frente de Ucrania era ya insostenible para las tropas del Eje y sus aliados. Una serie de ataques soviéticos de alcance limitado provocaron varios retrocesos sucesivos de los invasores, que acabó con la reconquista de Kiev el 6 de noviembre de 1943.

Tras tomar un respiro a mediados de diciembre, en la Navidad de 1943 los cuerpos de ejército o *Frentes* comandados por los generales Nikolai F. Vatutin, Ivan S. Konev y Rodion Y. Malinovsky lanzaron un ataque masivo contra las tropas de Von Manstein, obligándolas a ceder terreno. A finales de enero de 1944 los soviéticos

consiguieron dejar atrapadas a varias divisiones alemanas en la bolsa de Korsun-Cherkassy, en la que fueron cercados 58.000 soldados enemigos, bajo el mando del general Stemmermann, contando entre ellos a varias unidades de las Waffen SS. Los intentos de cuatro divisiones blindadas germanas por acudir en auxilio de los sitiados resultaron infructuosos. El Ejército Rojo, además de haber perfeccionado sus tácticas de combate en las duras condiciones invernales, disponía ahora de superioridad aérea. A mediados de febrero de 1944 las unidades alemanas intentaron romper el cerco, pero el día 17 fueron arrolladas en campo abierto por las tropas de Konev, que se abalanzaron sobre las columnas de soldados enemigos en retirada, sin armamento pesado, que intentaban ganar el río Gniloy Tikich y enlazar con las fuerzas del 3.º Cuerpo blindado alemán. De 30.000 hombres, 20.000 murieron, incluyendo al propio general Stemmermann, y 8.000 cayeron prisioneros[458]. Pocos fueron los combatientes tudescos que sobrevivieron a la masacre. Por el Norte, el 5 de febrero el general Vatutin había reconquistado la ciudad de Rovno, y sus tropas empezaban ahora a dirigirse hacia el Sur, en dirección al curso medio del Dniéster y los Cárpatos, amenazando con romper en dos la zona ocupada por el Grupo de Ejércitos Sur. Pese a los esfuerzos alemanes por evitar que sus dos ejércitos blindados quedasen separados por la punta del avance soviético, la mayor movilidad del Ejército Rojo consiguió al fin partir en dos la zona ocupada por las tropas de Von Manstein.



MAPA 10. Ataques soviéticos, agosto-diciembre de 1943, hasta la toma de Kiev

Entre enero y mayo de 1944, la situación había cambiado por completo en el frente del Este. Por el Sur, a la altura de mediados de mayo de 1944, la mayor parte de Ucrania y la península de Crimea habían sido reconquistadas tras una serie de ataques certeros llevados a cabo por los seis ejércitos acorazados de Zhukov y Konev. Buena parte de las unidades rumanas y alemanas fueron evacuadas por mar a través del mar Negro. En su retirada, las fuerzas del Eje arrasaron todo lo que pudieron a su paso, practicando una

táctica de tierra quemada que supuso la destrucción de decenas de pueblos. El Ejército Rojo se encontraba ahora a las puertas de la frontera rumana, y amenazaba con avanzar a través de los Cárpatos en dirección a Hungría. Por el Norte, el cerco de Leningrado fue liberado el 26 de febrero de 1944, tras una ofensiva que encontró mayores dificultades que en el Sur. El mayor obstáculo para los soviéticos se encontraba en Bielorrusia, donde residía la mayor concentración de fuerzas del Ejército del Este, y frente al que ya había fracasado la Operación Marte en noviembre de 1942.

Pero la superioridad del Ejército Rojo en medios y en recursos humanos era ahora definitiva. El *Ostheer* estaba desangrado por sus pérdidas humanas, y además tanto la amenaza de una invasión de los Aliados por el Oeste, como la necesidad de contrarrestar los bombardeos aéreos sobre territorio del III Reich, habían forzado al OKW a retirar parte de sus tropas y armamento pesado del frente ruso. Dos tercios de los efectivos de la Luftwaffe, y un tercio de la artillería antiaérea, se empleaban ahora en defender las ciudades del Reich de los ataques de la aviación anglonorteamericana. Alrededor de 3,1 millones de soldados del Eje debían contener a 6,4 millones de *Ivanes*. La aviación soviética cuadruplicaba en número a la alemana (13.400 aviones frente a 3.000). Y los 5.800 carros blindados soviéticos eran superiores en número y calidad a los 2.300 que podía oponerles el Ejército del Este. Con todo, esa relación de fuerzas desfavorable a los alemanes podía ser parcialmente compensada por la experiencia de buena parte de sus tropas en la guerra de Rusia, así como por su habilidad para la guerra de defensa en línea.

En mayo de 1944, tras un intenso trabajo de inteligencia y distracción para confundir al enemigo acerca de las

verdaderas intenciones soviéticas, la *Stavka* decidió lanzar varios ataques escalonados: la Operación Bagration, en honor de un héroe de la guerra antinapoleónica de 1812. El primer envite tendría lugar por el Norte hacia la frontera con Finlandia, para cortar las vías de comunicación de las tropas germanas estacionadas en aquel país. Seguirían dos ataques contra el Grupo de Ejércitos Centro del *Ostheer,* comandado ahora por el mariscal de campo Ernst Busch, por el flanco más inesperado: el saliente situado cerca de Minsk o «balcón bielorruso». A continuación, se produciría una cuarta ofensiva desde el Sur, desde donde el 1.º Frente ucraniano al mando de Konev se dirigiría hacia las ciudades de Lviv y Lublin, para cortar las vías de retirada de las tropas de Busch. Y el ataque final se dirigiría hacia Rumanía y los campos petrolíferos de Ploesti[459]. El 6 de junio de 1944 se abría el segundo frente en Europa occidental, gracias al desembarco de los Aliados en Normandía. De momento, sin embargo, el OKW y Hitler no trasladaron fuerzas desde el frente del Este hacia Francia. En aquel momento estaban estacionadas en territorio de la URSS 238 divisiones alemanas, casi el 80 por ciento de los efectivos militares totales del III Reich.

La Operación Bagration fue desencadenada el 10 de junio de 1944, con la primera ola de ataques a Finlandia. Tras una intensa preparación que incluyó bombardeos aéreos y la coordinación efectiva con la labor de los partisanos en la retaguardia, el 23 de junio tuvo lugar el asalto sobre el Grupo de Ejércitos Centro. Un total de 118 divisiones de infantería y 43 divisiones blindadas, que sumaban casi dos millones de combatientes, se lanzaron sobre las líneas alemanas, guarecidas en su sector central por 34 divisiones del *Ostheer*.

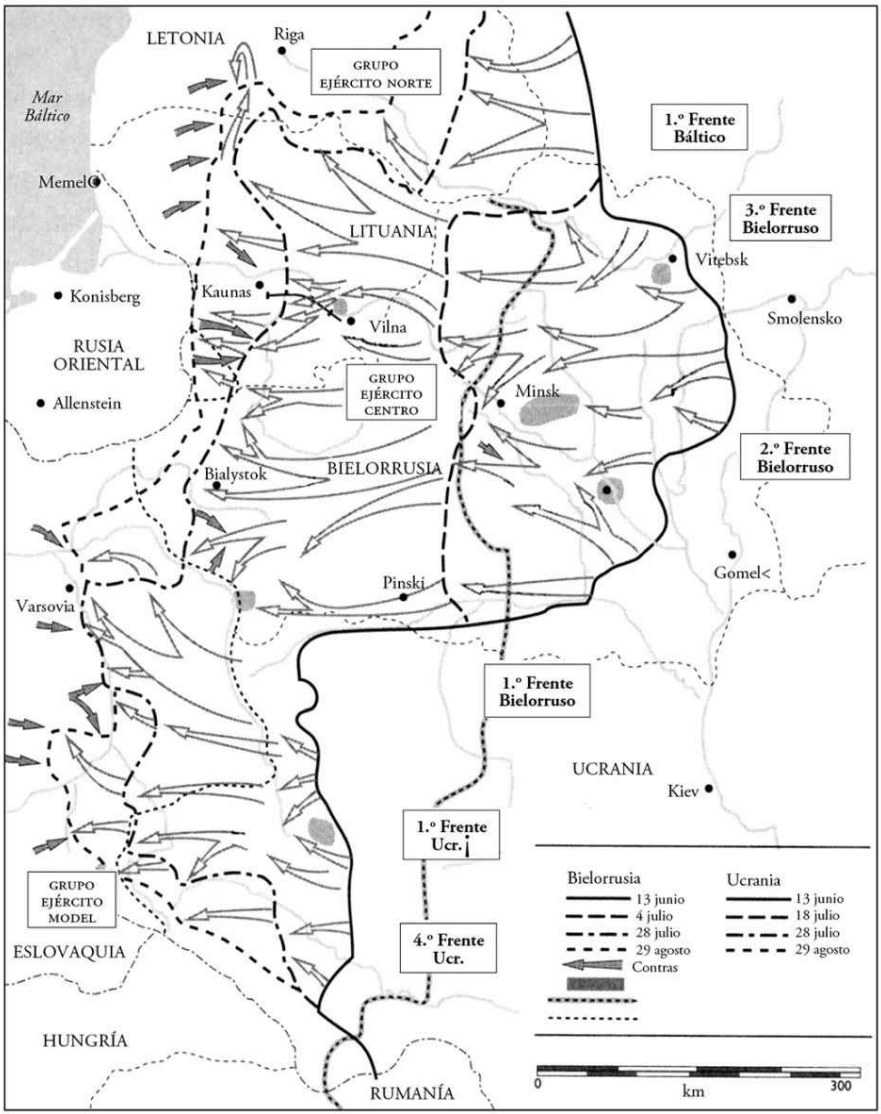
El avance del Ejército Rojo fue imparable, imitando en

buena parte la táctica empleada por los invasores en 1941: velocidad en las puntas y aislamiento de grandes contingentes de fuerzas a su espalda, que serían machacadas a continuación por la infantería. Varias divisiones alemanas fueron cercadas en Vitebsk y Bobruysk, y se vieron obligadas a capitular una semana después. Ni siquiera la zona pantanosa del Pripet se convirtió en una barrera eficaz de defensa frente a las divisiones blindadas del 1.º Frente bielorruso del general Rokossovski, cuyos zapadores prepararon el terreno con vías de troncos. Las unidades del *Ostheer* se vieron impelidas a una retirada casi en desbandada, para no ser cercadas por las puntas de lanza de la ofensiva soviética. El 3 de julio de 1944 Minsk era reconquistada por el Ejército Rojo. El avance era tan rápido que las fuerzas germanas no tenían tiempo de preparar líneas de defensa en profundidad. El 29 de julio el general Walther Model se hizo cargo de lo que quedaba del Grupo de Ejércitos Centro; pero apenas pudo hacer otra cosa que intentar salvar lo máximo que podía del desastre.

La ofensiva del verano de 1944 fue mucho más onerosa en bajas para el *Ostheer* que la catástrofe de Stalingrado: algunas estimaciones cifran las muertes alemanas entre 300.000 y 500.000, frente a unos 60.000 muertos por parte del ejército atacante. Los soviéticos capturaron una gran cantidad de armamento y material pesado, y alrededor de 400.000 prisioneros germanos. Casi cien mil de esos nuevos cautivos, cuyo lastimoso estado y mediana edad sorprendió a los *Ivanes,* fueron transportados a Moscú para desfilar humillados por las calles de la capital, en patente demostración de que la guerra cambiaba de signo, el día 17 de julio de 1944. En la práctica, el Ejército Rojo había reconquistado Bielorrusia. A mediados de julio, las tropas soviéticas llegaban al río Bug y volvían a ocupar las

posiciones perdidas en junio de 1941. Tras consultar con sus generales, Stalin ordenó entonces proseguir el ataque en dirección a Varsovia y Berlín[460].

El 13 de julio de 1944 las fuerzas de Konev atacaron por el Sur, según el plan previsto, en dirección a Lviv, a lo que siguió una ofensiva parcial el día 18 contra la ciudad de Lublin, que cayó en manos soviéticas el 23 de julio. Tres días después la urbe fronteriza de Brest-Litovsk volvía a control del Ejército Rojo. El 27 de julio la ciudad ucraniana de Lviv, perteneciente a Polonia hasta 1939, cayó también en manos soviéticas. Las líneas alemanas se replegaban ahora hacia el río Vístula, en el centro de Polonia. El golpe sobre Varsovia parecía inminente. Pero, a pesar de las previsiones, el Ejército Rojo todavía no estaba maduro para el asalto final. Sus fuerzas habían extendido en demasía sus líneas de suministro, su ímpetu empezaba a decrecer y, en un exitoso contraataque, varias unidades blindadas y SS germanas detuvieron a la vanguardia del avance de los *Ivanes,* que no pudieron alcanzar la capital polaca.



MAPA 11. Ofensiva soviética del verano de 1944

Con las tropas soviéticas situadas a las puertas de la capital polaca, el Ejército Clandestino Polaco o *Armia Krajowa* (AK) dio orden de insurrección general en la ciudad el 1 de agosto de 1944, con el fin de proclamar su liberación *antes* de que llegase el Ejército Rojo, cuyo papel como aliados de la Alemania nazi en la invasión de Polonia en septiembre de 1939 era bien recordado por los antifascistas

polacos que no estaban encuadrados en el Partido Comunista. Demostrarían así a los Aliados que existía una resistencia autóctona, y se reforzaría la posición negociadora en una mesa de paz del Gobierno polaco exiliado en Londres. Su objetivo era también ganar argumentos a favor de la restauración de las fronteras polacas de 1939 frente a la exigencia de Stalin, aceptada por Churchill y Roosevelt en la Conferencia de Teherán nueve meses antes, de que se respetase la frontera polaco-soviética de 1941. El Comité Polaco de Liberación Nacional, fundado en Lublin el 21 de julio, había sido ya reconocido por la URSS como el Gobierno provisional polaco. La colaboración sería problemática, pues algunas unidades que habían colaborado con el avance del Ejército Rojo habían sido desarmadas al poco tiempo, y sus oficiales, retirados del frente. Además, aunque el 80 por ciento de la resistencia polaca se encuadraba en la AK, existían otros grupos que no obedecían su autoridad, desde el nacionalista de derecha *Fuerzas Armadas Nacionalistas* hasta un grupo comunista —la *Guardia Ludowa,* Guardia Popular, después reconvertida en *Armia Ludowa,* Ejército Popular—, pasando por las milicias del Partido Agrarista.

El levantamiento del 1 de agosto, liderado por el general Tadeusz Bor-Komorowski, fue protagonizado por unos 20.000 hombres armados mal pertrechados de armas ligeras y bombas de fabricación casera. Aunque llegaron a controlar varios barrios de Varsovia, los rebeldes no pudieron apoderarse de los puentes sobre el Vístula y las estaciones de ferrocarril. La represalia alemana alcanzó cotas extremas de brutalidad. Dirigida por el antiguo comandante de los *Einsatzgruppen* Bach-Zalewski, en ella se emplearon a fondo unidades de las SS lideradas por auténticos carniceros, como la brigada de Oskar Dirlewanger, integrada por delincuentes

comunes rescatados de campos de concentración; o la brigada SS rusa de Kaminski. La ciudad fue arrasada y 225.000 civiles polacos murieron bajo el fuego alemán. El 2 de octubre Bor-Komorowski accedió a capitular a cambio de que sus combatientes fuesen reconocidos como prisioneros de guerra sujetos a la Convención de Ginebra, lo que Bach-Zalewski aceptó, al menos de palabra. Los supervivientes de la AK fueron enviados a campos de prisioneros, y la población civil, deportada.

Para la historiografía militar, y en especial para los historiadores polacos, es objeto de intenso debate si las tropas soviéticas pudieron haber intervenido para ayudar a los insurrectos de la AK, o si el Ejército Rojo todavía se encontraba recuperándose en aquel momento —agosto-septiembre de 1944— de su esfuerzo ofensivo, dada la obstinación germana en defender la línea establecida al Este del río Vístula y, por el norte, en los ríos Bug y Narew. El 10 de septiembre de 1944 una unidad del Ejército Rojo integrada por soldados polacos consiguió penetrar en Varsovia para ayudar a sus compatriotas. Se trataba del Ejército Popular Polaco *(Wojsko Ludowe),* creado dos meses antes como instancia paralela del Gobierno comunista títere polaco, reclutado en buena parte entre prisioneros de guerra que llevaban desde 1939 en campos soviéticos y comandado por el general Zygmunt Berling. El ataque no contaba con autorización del mando del Ejército Rojo, reticente a colaborar con los insurrectos; pero, además, la propia AK no se fiaba de sus compatriotas comunistas, por lo que se negó a coordinar operaciones con ellos. Al final, tuvieron que retirarse con fuertes pérdidas. Berling fue llamado a Moscú, de donde no regresaría a Polonia hasta 1947.

La fallida rebelión de agosto de 1944 diezmó a la AK y dejó el campo expedito para la hegemonía de los comunistas,

exiliados o miembros de la resistencia, entre las fuerzas que acometerían la reconstrucción de Polonia tras ser ocupada —o liberada— por el Ejército Rojo. Las posibilidades de proporcionar ayuda a los insurgentes polacos eran limitadas. Aun así, los aviones británicos y norteamericanos intentaron lanzar suministros por paracaídas a los rebeldes, mientras que los soviéticos apenas prestaron su colaboración en esas operaciones. Stalin solo podía ver con buenos ojos la aniquilación a manos alemanas de una fuerza hostil a su dominio, y contraria a los planes que ya empezaba a diseñar para la Europa oriental que sería conquistada por sus tropas[461].

El 20 de agosto de 1944 el Ejército Rojo lanzó, sobre el flanco meridional ocupado por las fuerzas rumanas y tudescas, la última de las ofensivas *(Jassy-Kischinew)* planeadas dentro de la Operación Bagration. Los soviéticos concentraron, una vez más, una fuerza muy superior en hombres, tanques y apoyo aéreo a las disponibles por parte del Eje: tres frentes, al mando de los generales Petrov —que atacaría en dirección a Hungría, con 18 divisiones—, Malinovsky y Tolbukhin, que sumaban entre los dos 38 divisiones con plena capacidad de combate. Frente a ellas se situaban 22 divisiones germanas, cuyos efectivos a estas alturas de la guerra se habían reducido a cerca de 10.000 hombres por división, más dos ejércitos rumanos. Sus fortificaciones y defensas se extendían a lo largo de la orilla derecha del río Dniéster, pero sus efectivos no permitían cubrir toda la línea del frente. El 29 de agosto el Grupo de Ejércitos Sur se había quebrado totalmente. El reconstituido 6.º Ejército alemán fue rodeado y aniquilado en Chisinau, en el Norte de Rumanía. Alrededor de 400.000 soldados alemanes y rumanos fueron capturados por los soviéticos. Y muchos combatientes rumanos abandonaron sus armas o

incluso se pasaron al enemigo. En las filas del Ejército Rojo también combatía una división conformada por comunistas rumanos, la *Tudor Vladimerescu,* nutrida en buena parte por antiguos prisioneros de guerra.

Ante el cambio de tornas en el frente, el rey Miguel de Rumanía —que ya había establecido contactos con el espionaje norteamericano y la embajada de la URSS en Turquía— promovió un golpe de Estado interno el 23 de agosto de 1944. El mariscal Antonescu fue destituido, y los nuevos gobernantes declararon la guerra al III Reich dos días después. La pérdida de Rumanía provocó que la situación del Ejército alemán en los Balcanes comenzase a tambalearse. Al OKW solo le quedaban cuatro divisiones a disposición en el territorio de Rumanía; el Ejército rumano se había tornado de amigo en enemigo; y el Gobierno búlgaro, que hasta entonces había sido un aliado bastante seguro, solicitó el 27 de agosto al general Maximilian von Weichs, comandante en jefe de las tropas alemanas desde Tracia a Yugoslavia, que abandonase el territorio de Bulgaria con sus hombres. Al mismo tiempo, el Gobierno de Sofía intentaba negociar un acuerdo con los británicos. Era evidente que los antiguos aliados y satélites del III Reich estaban desmarcándose a toda velocidad de un Hitler cuya suerte parecía echada, y al mismo tiempo preferían hacerlo antes de que la ocupación soviética fuese efectiva, a fin de poder conseguir la protección diplomática de los Aliados. Sin embargo, el Ejército Rojo llegó a la frontera búlgara el 5 de septiembre de 1944; tras una declaración formal de guerra por parte de Moscú, invadió el país. El día 9 del mismo mes se formaba en Sofía un gabinete de «frente patriótico» con predominio de los comunistas, que firmaría dos días después un armisticio con la URSS. La misma tónica se repetiría en otros países, con escasas diferencias. Para sus aliados occidentales, el

juego de Stalin empezaba a revelar sus cartas con meridiana claridad: el golpe final sobre Berlín se retrasaba en beneficio de la ocupación de mayores territorios por el Ejército Rojo. El dominio alemán era sustituido así, *de facto,* por el soviético.

Las Divisiones de la Wehrmacht estacionadas en los Balcanes emprendieron una penosa retirada desde Grecia y Bulgaria a través de Yugoslavia, y desde Rumanía en dirección a Hungría, mientras los soviéticos las perseguían intentando contarles el camino. Por su parte, las tropas alemanas se vieron enfrentadas en el Estado títere de Eslovaquia a una importante rebelión de guerrilleros procomunistas apoyados por algunas unidades del propio Ejército eslovaco, que estalló en agosto de 1944 y no fue sofocada hasta finales de octubre. El 5 de octubre el Ejército Rojo llegaba al Danubio; al día siguiente juntaba sus fuerzas con los partisanos del general Tito, que estaban a punto de entrar en Belgrado. Los soviéticos se disponían ahora a atacar las llanuras húngaras en dirección a Budapest. El régimen fascistizado de Horthy, que había sido un aliado díscolo de Hitler, empezaba a sondear las posibilidades de un acuerdo amistoso con Stalin, aunque en marzo de 1944 las tropas germanas habían invadido Hungría y habían impuesto al veterano almirante un Gobierno pronazi. El sucesor de Horthy, que fue promovido por Hitler a mediados de octubre de 1944, el pronazi y dirigente del partido fascista de los Flechas Cruzadas Ferenc Szálasi, decretó la movilización general contra el avance del Ejército Rojo. La Wehrmacht situó entonces una línea de defensa alrededor de Budapest, donde el mando germano consumió una importante parte de sus últimas reservas blindadas. Alrededor de 70.000 soldados alemanes y magiares fueron sitiados en la capital húngara el 24 de diciembre de 1944, y

resistieron en la ciudad, sobre todo en la orilla derecha del Danubio, hasta su caída definitiva el 14 de febrero de 1945.

En aquel momento, la potencia de la Wehrmacht había caído de forma ostensible en números absolutos, y también en capacidad combativa por división desplegada. De las 130 divisiones con que contaba a finales de 1944, una parte importante estaba ya luchando en los frentes abiertos en Europa occidental. De 2.299 tanques y cañones de asalto que la industria bélica alemana aún alcanzó a producir en los dos últimos meses de 1944, solo 921, menos de la mitad, pudieron ser destinados al Este[462].

Había además algunos frentes olvidados, que permanecieron en esa situación hasta el final de la guerra. Sin duda, el más importante fue la bolsa formada en la península de Curlandia. Lo que quedaba del Grupo de Ejércitos Norte, unas 32 divisiones, tras el levantamiento del cerco de Leningrado y el empuje soviético, fue empujado hacia el Oeste. En un primer momento estableció una línea de contención en Parnu, con el apoyo de la Marina de guerra alemana. Sin embargo, en octubre de 1944 el general Yeremenko atacó por el Sur con su 3.º Frente del Báltico. Riga cayó en manos soviéticas el 13 de aquel mes. Las tropas germanas, empujadas contra el golfo de Riga y con el respaldo artillero de la *Kriegsmarine,* se retiraron hacia la península de Curlandia el 23 de noviembre, donde se unieron a las fuerzas del general Schörner, quien se hallaba cercado a su vez desde que el 1.º Frente báltico, a las órdenes del general Bagramian, había alcanzado el mar, entre Memel y Libau. Un total de 26 divisiones resistieron en esa península hasta el final del conflicto, sin poder acudir en ayuda del frente de Prusia Oriental.

Fue en Prusia Oriental donde el Ejército Rojo pisó por

primera vez las tierras del III Reich. El 16 de octubre de 1944 el general Cherniakovsky desencadenó el primer ataque. La resistencia superó sus previsiones: el *Gauleiter* Erich Koch había mantenido el orden en los meses anteriores ante el aflujo creciente de refugiados y *Hiwis* rusos, había impuesto mano dura en la retaguardia, contenido las deserciones y preparado a la población para resistir lo que se presentaba como un apocalipsis, galvanizando la voluntad de resistencia. La Wehrmacht había fortificado bien sus defensas, contaba con algunas reservas frescas, y no cedió en su moral de combate. Aunque varias unidades del 11.ª Ejército de Guardias rompieron el frente tres días después, las tropas alemanas, al mando del general Friedrich Hossbach, taponaron la brecha y aniquilaron a los intrusos, capturando un botín en blindados y cañones que le permitió reforzar sus defensas. El modelo de resistencia de Prusia Oriental (coerción en la retaguardia, orden y autoridad para contener el caos, evacuación de civiles y resistencia numantina ante un invasor *asiático*) sería el adoptado en el conjunto del territorio germano en los meses siguientes[463].

Stalin responsabilizó del revés al general Sakharov, comandante en jefe del 2.º Frente bielorruso, que debería haber acompañado la acción para completar una operación de embolsamiento; sin embargo, sus fuerzas no lograron abrirse paso entre las defensas alemanas. Sakharov perdió el mando de ese Grupo de Ejércitos, que pasó en diciembre al general Rokossovski, mientras que Zhukov se hacía cargo personalmente del 1.º Frente bielorruso. En el área asignada a ese frente o grupo de ejércitos, que cubría Polonia y Prusia Oriental, reinó una relativa calma en los dos últimos meses del año. Los máximos generales soviéticos (Cherniakovsky, Rokossovski, Zhukov y Koniev) procedieron a dar un descanso a sus tropas y a consolidar sus líneas de

abastecimiento, con el fin de preparar la que sería la ofensiva definitiva que llevaría al Ejército Rojo al corazón del Reich. A esa pasividad correspondía también el hecho de que Alemania tenía que destinar tropas ahora a un frente occidental que se acercaba de forma peligrosa a sus fronteras. A mediados de diciembre de 1944, de hecho, la Wehrmacht quemó buena parte de sus últimos cartuchos en la fallida ofensiva de las Árdenas contra las tropas norteamericanas.

Se abría definitivamente la carrera final entre los Aliados para ver quién llegaba primero a Berlín. La Conferencia de Yalta, celebrada entre el 4 y el 11 de febrero de 1945 por los mandatarios de las tres principales potencias aliadas (Churchill, Roosevelt y Stalin) decidiría, a la postre, que correspondería al Ejército Rojo el *honor* de conquistar la capital del III Reich.

---

392 Merridale (2005: 102-103); Braithwaite (2006: 343-345); Hill (2009: 232-239).

393 Kirschenbaum y Wingfield (2009: 469-471); Braithwaite (2006: 154-160).

394 V. Grossman, «Volga-Stalingrado» (5.9.1942), en Grossman (2018: 8-9).

395 Cf. sobre el particular, de modo exhaustivo, Conze (2001). Algunos testimonios interesantes en Braithwaite (2006: 151-159 y 179-180).

396 Kragh (2011).

397 Barber y Harrison (1991: 99-104).

398 Overy (1998: 212-215); Reese (2011: 221-223); Barber y Harrison (2005).

399 Kucherenko (2011).

400 Virski (1949).

401 Bruhns (2004: 316).

402 Braithwaite (2006: 210-213 y 222-223); Merridale (2005: 134-135).

403 Baberowski (2007, 2014).

404 Cf. ejemplos en Beevor (1998: 167-170) y Braithwaite (2006: 194-196).

405 Merridale (2005: 56-65).

406 Berkhoff (2012).

407 Overy (1998: 214).

408 Cf. Reese (2011) y Merridale (2005), quien destacaba que la cultura popular y las motivaciones de los soldados de a pie resultaron durante mucho tiempo un misterio para los propios agentes del NKVD encargados de vigilarlos, así como para los comisarios políticos. Los recuerdos publicados por los «soldados campesinos» reclutados en masa por el Ejército Rojo fueron muy escasos, y su testimonio oral está contaminado en buena parte por las versiones oficiales de la guerra construidas tras 1945 y divulgadas en la esfera pública soviética y rusa.

409 Ramos (1953: 24).

410 Merridale (2006: 305-307).

411 Para un resumen de los planteamientos historiográficos, cf. Becker (2005).

412 Oberländer (1967: 21-23).

413 «Russkij jazyk – dostojanie sovetskich narodov», *Pravda,* 7.7.1938, citado en Oberländer (1967: 27).

414 Cf. Hosking (2002) y Weiner (2001), así como Brandenberger (2002), y Platt y Brandenberger (2006).

415 Testimonios en Aleksiévich (2015: 56-57).

416 Rothstein (1995); Castillo (2014: 141-162). El término *rodina* empezó a rehabilitarse al menos desde mayo de 1934, a través de varios artículos publicados en el diario *Pravda. Vid.* Oberländer (1967: 25).

417 «Za rodinu, za Stalina!», *Bol'sevik,* 11-12 (junio 1941), 12-17 (reproducido en Oberländer 1967: 70-72).

418 Citado en Braithwaite (2006: 142-143).

419 Pätzold (2016: 176-181 y 205-208).

420 Las semejanzas entre el repertorio discursivo de los comunistas españoles durante la guerra civil y el desplegado por los soviéticos en 1941 son más que evidentes (Núñez Seixas, 2006a: 40-62, 96-110; Núñez Seixas y Faraldo 2009). El mismo Ehrenburg trazó paralelismos entre la tradición española y la lucha del pueblo español por su independencia en su intervención ante el II Congreso de Escritores Antifascistas, celebrado en Valencia en julio de 1937 (Núñez Seixas, 2006a: 90).

421 Cf. Braithwaite (2006: 184-189), Hosking (2002: 168-169) y Beevor (2002: 40). Sobre Grossman, véase Beevor y Vinogradova (2006).

422 Citado en Falcionelli (1959: 394-395). Iermak vivió en tiempos de Iván el Terrible, no de Pedro el Grande.

423 Oberländer (1967: 161-167).

424 Merridale (2006: 318-319).

425 Reproducido en Scherstjanoi (2004: 28).

426 «Proklatie i mest' fasistkim varvaram!», *Pravda,* 21.12.1941, y «Ljubov' k rodine i nenavist'k vragu», *Pravda,* 18.5.1942, reproducidos en Oberländer (1967: 72-75).

427 Véase, por ejemplo, V. Grossman, «El ejército de Stalingrado» (1.1.1943), en Grossman (2018: 113-124).

428 Merridale (2005: 165-174; 2006: 315-316).

429 Mensaje radiado de Stalin, 3.7.1941, reproducido (en alemán) en Ueberschär y Wette (1984: 326-329). Las reacciones populares incluyeron muestras de emoción ante el tono fraternal utilizado por el dictador y su aliento a la defensa de la patria (Braithwaite 2006: 136-137).

430 Citado en Dallin *et al.* (1964: 266).

431 Cf. varios ejemplos reproducidos en Arnold (2005: 174) y Eulau (1944: 29-30). Igualmente, Slepyan (2006: 145) y Berkhoff (2012: 207-208).

432 Cf. ejemplos de pósters y caricaturas de la II Guerra Mundial en http://www.plakaty.ru.

433 Eulau (1944).

434 Cf. «O gosudarstvennom gimne Sovetskogo Sojuza», *Pravda,* 22.12.43, reproducido en Oberländer (1967: 77). Véase igualmente Golczewski y Pickhan (1998: 70-71).

435 «La batalla de Stalingrado» (20.10.1942), en Grossman (2018: 35-52).

436 A. Fadeev, «O sovetskom patriotizme i nacional'noj gordosti narodov SSR», *Pod znamenem Marksizma,* 11 (1943), 16-35, reproducido en Golzcewski y Pickhan (1998: 221-227). Sobre la «jerarquización nacional» del heroísmo en la guerra como fundamento de la política de nacionalidades soviética tras 1945, véase Weiner (2001).

437 I. Ehrenburg, «O patriotizme», *Pravda,* 14.6.1942, reproducido en Oberländer (1967: 75-76).

438 N. Baltijsky, «O Patriotizme», *Novoe vremja,* 11.1 (1945), 3-10, reproducido en Golzcewski y Pickhan (1998: 227-234).

439 Cf. una versión del texto del brindis en Oberländer (1967: 80).

440 Ganzenmüller (2005: 230-235); Ranbow (1995: 108-129); Matejková (2003).

441 Berkhoff (2012: 210-216).

442 Slepyan (2006: 142-149).

443 Citado en Selpyan (2006: 120).

444 Véase por ejemplo, V. Grossman, «Una compañía de jóvenes tiradores de automático» (17.9.1942), en Grossman (2018: 16-24); igualmente, Berkhoff (2012: 35-67).

445 Citado por Matejková (2003: 222), quien señala que proclamas formalmente idénticas fueron

dirigidas a los soldados kazajos.

446 Cartas citadas en Krylowa (2003: 104-106).

447 Citado por Hosking (2002: 173-174).

448 Citados en Braithwaite (2006: 132, 467) y Hartmann (2013: 91).

449 Citado en Ganzenmüller (2005: 232).

450 Grüner (2007); Berkhoff (2012: 220-222).

451 Tumarkin (1994).

452 Cf. una descripción pormenorizada en Nekrich (1978: 13-136), así como Motadel (2014: 174-177).

453 Según la interpretación desarrollada por Weiner (2001).

454 Cf. Barber y Harrison (1991: 116-120); Merridale (2005: 225-227); Williams (2002).

455 Cf. para las evaluaciones de cifras Stettner (1996: 389-398). Igualmente, Ertz (2006).

456 Schlemmer (2005: 74-75).

457 Clark (2005: 344-370).

458 Cf. Erikson (2003: 234-240) y Clark (2005: 376-377). Una descripción en Nash (2002).

459 Overy (1998: 238-239).

460 Cf. para una narración detallada de las operaciones militares Glantz y House (1995: 196-202), así como Erikson (2003: 375-385) y Zaloga (2004).

461 Cf. visiones contrapuestas en Clark (2005: 388-396), Kershaw (2000: 707-708) y Overy (1998: 248-249).

462 Clark (2005: 409).

463 Noble (2006).

CAPÍTULO 6

LA VENGANZA DE IVÁN

El Ejército Rojo a las puertas de Prusia. ¡Oíd!, ¡oíd!,
oscuros, humillados, héroes radiantes de corona caída,
¡oíd!, aldeas deshechas y taladas y rotas:
¡oíd!, campos de Ucrania, donde la espiga puede renacer con orgullo [...]
¡oíd!, en esta altura meridiana el sonido
que en las puertas de Prusia golpea como un trueno.

PABLO NERUDA (1945)

En noviembre de 1944 Stalin volvió a asumir el control directo de las operaciones en el frente desde la *Stavka,* desplazando del puesto de jefe de Estado Mayor al general Aleksandr Vasilevsky, quien dimitió tres meses después. La conquista de Alemania, al menos de su parte oriental, y la caída de Berlín se convirtieron desde finales de 1944 en el siguiente objetivo del dictador soviético. Con ese fin, volvió a recurrir a Zhukov para que se encargase de comandar las operaciones conducentes a la toma de la capital del Reich. Stalin quería «llegar antes» que sus aliados occidentales, en parte porque aún desconfiaba de las intenciones de Churchill y Roosevelt, y temía que los mandatarios de los países capitalistas acabasen por prestar oídos a los cantos de sirena que se les hacían llegar desde Berlín, proponiéndoles una paz separada para combatir juntos a la «bestia» bolchevique. Sin embargo, lo cierto es que los anglonorteamericanos y sus tropas aliadas ya habían penetrado por el Oeste en territorio alemán en diciembre de 1944. Se abría una auténtica «carrera» por hacerse con el triunfo final, la conquista de la capital enemiga.

6.1. La conquista de Berlín (1945): muerte, saqueo y

El avance soviético se había parado en el Vístula, y había experimentado algunos reveses parciales. Consciente de ese hecho y escarmentado por una suerte de memoria histórica repentina que le recordaba el desastre de 1920, el mando del Ejército Rojo procedió a reasegurar los flancos y preparar la ofensiva final con tiempo. El 12 de enero de 1945 se desencadenó la que sería la ofensiva Vístula-Oder, de vastas proporciones. Seis millones de soldados soviéticos atacaron las líneas defendidas por dos millones escasos de combatientes alemanes, a los que ya solo se añadían 190.000 soldados húngaros. Fuera de algunas divisiones de las Waffen SS, la mayoría de las unidades del Eje estaban muy justas de suministros, combustible y municiones, y su dotación de vehículos era casi mínima. El 1.º Frente ucraniano de Konev lanzó el ataque hacia el Sur, en dirección a Silesia. El 1.º Frente bielorruso de Zhukov esperó hasta el 14 de enero para iniciar la ofensiva, y dos semanas después había expulsado a los alemanes de Polonia central. El 29 de enero de 1945 las tropas soviéticas llegaban al río Oder. El día 13 del mismo mes el 2.º y 3.º Frente bielorruso se dirigieron hacia Prusia Oriental, donde las tropas germanas, que ahora defendían suelo alemán, opusieron una fanática resistencia frente a lo que se percibía como una suerte de juicio final. La ciudad de Königsberg fue sitiada el 2 de febrero, con miles de refugiados en su interior. El rápido avance arribó a apenas un ciento de kilómetros de Berlín, pero dejó varias bolsas de resistencia alemana a sus espaldas. Además de Königsberg, importantes islotes de tropas con armamento pesado se concentraron en Poznan, en la capital de Silesia, Breslavia —que según las órdenes de Hitler debía convertirse en una fortaleza *(Festung)* que

resistiese hasta el último aliento, y de la que se evacuó a buena parte de la población, aunque dentro de la ciudad quedaron encerrados 80.000 civiles— y Küstrin. A esos enclaves se sumó el nuevo *Kessel* de Heiligenbeil, cerca de Danzig. La ciudad que más resistió fue Breslavia, cuya defensa dirigía el fanático *Gauleiter* Hanke. Tras varios intentos soviéticos por tomarla, los defensores aceptaron al final una capitulación honrosa el 6 de mayo de 1945.

En los pueblos de Prusia Oriental, al igual que en Silesia, los *frontóviki* dieron rienda suelta a su instinto de venganza. Miles de mujeres germanas fueron violadas y torturadas hasta la muerte; las columnas de refugiados que huían del avance del Ejército Rojo fueron bombardeadas y arrasadas con tanques. La propaganda desplegada por el mando soviético entre sus soldados, como mostraban las revanchistas crónicas de Ilya Ehrenburg en el periódico de trinchera *Krasnaya Zvezda,* contribuían a enardecer el afán saqueador, violador y asesino de millares de soldados. Los *frontóviki* daban rienda suelta a una mezcla de ansia de desquite, de descarga de su frustración, al comprobar que los campesinos y granjeros prusianos gozaban de un bienestar para ellos inimaginable, y de liberación de instintos reprimidos por la disciplina militar, favorecidos ahora por el alcohol y la sensación de ser dueños de la situación. No solo las mujeres alemanas eran violadas, torturadas y asesinadas, sino que también podían sufrir el mismo destino las trabajadoras forzadas polacas y soviéticas. Pues no solo se trataba de vengarse del enemigo: era descarga de frustraciones muy diversas y reflejo de concepciones más profundas acerca del orden de los géneros en la sociedad[464]. Ocho millones y medio de habitantes de Prusia Oriental y Silesia emprendieron un éxodo precipitado hacia Occidente. La mayoría no volvió nunca a sus casas. Las medidas

drásticas de varios comandantes alemanes, empeñados en reclutar a civiles para el servicio en la mal armada Milicia Popular *(Volkssturm),* obligándolos a cavar trincheras y despejar caminos bajo el fuego enemigo, o negándose a evacuarlos, acrecentó el desastre.

El conocimiento de las violaciones y asesinatos de civiles por parte de soldados del Ejército Rojo contribuía a incrementar la voluntad de resistencia por parte de los soldados alemanes, quienes percibían la llegada de un crepúsculo de los dioses, el fin de una civilización a manos de una horda invasora y subhumana. Su desesperación favorecía el embrutecimiento del combate, no dando cuartel a los prisioneros soviéticos que caían en sus manos. En febrero de 1945, el soldado Korbacher describía desde Breslavia la dinámica del combate:

> He visto los cadáveres de los civiles asesinados. Mujeres a las que les han cortado la mano, y muchachas que estando medio muertas fueron violadas y después sacrificadas. Podéis creerme. Ayer, poco después de encontrarlas, nos hemos cargado a 20 rusos que habíamos hecho prisioneros al poco tiempo de ver los cadáveres; a cada ruso que sorprendo le disparo de modo inmediato[465].

Las violaciones de mujeres alemanas durante los seis primeros meses de 1945 alcanzaron proporciones ingentes. Evaluar su número es problemático, pues el tema se convirtió en un tabú en las memorias, novelística y filmografía de posguerra hasta la década de 1990, y en particular en la zona más afectada, la Alemania oriental que después se convirtió en la RDA. Solo una minoría de las mujeres reconoció ser víctima de un estupro; muchas lo ocultaron de por vida[466]. También es problemático reconstruir la percepción de los perpetradores, es decir, de los soldados soviéticos, así como sus motivos reales, pues las vejaciones fueron silenciadas en sus memorias y relatos. Muchos de ellos veían a las mujeres occidentales como símbolos de la Wehrmacht y, asimismo, como exponentes de una cultura *decadente,* patente en su forma de vestir y

comportarse, que contrastaba con los códigos tradicionales que imperaban en sus lugares de origen. El adoctrinamiento soviético, además, añadía a ese carácter decadente el de burgués y fascista.

¿Veían los *frontóviki* las violaciones como una suerte de venganza colectiva por lo que los maridos, novios o hijos de esas mismas mujeres pudieron haber hecho en los territorios ocupados de la URSS? ¿Fue una válvula de escape más o menos consentida por los oficiales para aliviar así la tensión acumulada durante meses de dura lucha y disciplina del Ejército Rojo, sin permisos para ver a sus mujeres y familias, así como la dureza extrema que volvieron a revestir los combates del último tramo de la guerra? ¿O fue el resultado de la combinación de machismo, dominación masculina, emasculación simbólica del oponente —el soldado enemigo incapaz de proteger a sus mujeres e hijas—, autopercepción como hombres-soldados y deseo de venganza contra un enemigo indefenso, y ahora a su merced? Todas las motivaciones parecían confluir a un tiempo, y se sumaban al papel de las violaciones colectivas como una suerte de rito iniciático, en el que el colectivo (el pelotón o el conjunto de camaradas) cometía un acto de posesión del enemigo, que simbolizaba su victoria, su dominación y a la vez su complicidad[467].

En testimonios escritos de los propios soldados del Ejército Rojo que participaron en las acciones ofensivas desde el verano de 1944, empero, sí es posible encontrar una cierta justificación de los pillajes. El saqueo, la búsqueda de objetos de consumo inaccesibles en la URSS, era una práctica consentida por los oficiales y los mandos del Ejército soviético, que incluso organizaron un sistema de almacenaje para evitar que la tropa estuviese siempre cargando con su alijo personal. Y en sus cartas los *frontóviki* no solo

expresaban su odio por los *Fritz* y su deseo de revancha, sino que se ufanaban de su botín, visto como una necesaria compensación de los esfuerzos y sacrificios de los años de guerra, pero también de los años de penurias y colectivizaciones forzosas de la preguerra. El pillaje era presentado como una pequeña venganza personal en el contexto de una revancha justa y colectiva, frente a quienes habían intentado destruir al pueblo soviético[468].

El número total de civiles masacrados por el avance del Ejército Rojo no ha sido aún objeto de evaluación precisa. Solo existen estimaciones del número de mujeres ultrajadas, así como del montante de hijos ilegítimos nacidos de esas violaciones. Según algunos autores, en las regiones orientales de Alemania no menos de 1,8 millones de mujeres entre los 12 y los 70 años habrían sido objeto de violación. Esa cifra equivaldría a un 18 por ciento de la población femenina de esas regiones. El porcentaje en Prusia Oriental, Silesia y Pomerania fue con seguridad aún mayor: allí fueron víctimas de violaciones alrededor de 1.430.000 mujeres, de las que una parte sustancial habría fallecido como consecuencia directa. El montante total de víctimas de vejaciones sexuales se sitúa, pues, en unos dos millones de afectadas en el conjunto de las fronteras del Reich de 1945. Aunque en Alemania occidental también se registraron abundantes violaciones cometidas por soldados franceses, norteamericanos y británicos, su cuantía fue incomparablemente menor[469]. Cerca de un 90 por ciento de las mujeres que habían quedado encinta a consecuencia de las violaciones abortaron; y muchas de las que tuvieron a los bebés los abandonaron en las clínicas, ante la duda de si esos vástagos serían aceptados por sus maridos cuando volviesen del cautiverio. El pánico ante la llegada de los soviéticos provocó en varias localidades de Alemania oriental una ola

de suicidios entre la población civil, como en la ciudad de Demmin entre el 30 de abril y el 4 de mayo de 1945. Se trataba de un «hundimiento de la gente corriente» que reproducía el fin de Hitler y sus acólitos en el búnker de la cancillería. En abril de 1945, al menos 3.885 berlineses se quitaron la vida. El número de suicidios, sin embargo, fue mucho menor en las áreas ocupadas por los Aliados en el oeste y sur de Alemania[470].

Las violaciones de los soldados del Ejército Rojo no siempre fueron alentadas por sus mandos. Hubo algunos casos de oficiales soviéticos que impidieron pistola en mano que sus hombres forzasen a mujeres alemanas en su presencia. Otros reflejaron en su diario, como el teniente Vladimir Gelfand, el disgusto que le producía encontrarse un grupo de mujeres llorosas y asustadas en las afueras de Berlín a finales de abril, y escuchar que una de ellas había sido violada por veinte soldados[471]. Pero fueron muy escasos los castigos impuestos por cargos de violación por sus propios tribunales militares, a pesar de que en los informes internos de las tropas ocupantes se desaprobaban tales conductas; un informe elevado a Stalin atribuía los estupros a «gente de Vlasov, desertores y personas depravadas» que se hacían pasar por combatientes soviéticos[472]. En comparación con delitos graves, como la deserción o la indisciplina frente a un superior, el estupro era considerado en la práctica una falta menor, tolerada y a menudo admitida. Cuando dos mujeres berlinesas acudieron a protestar ante el comandante de una unidad soviética el 27 de abril de 1945 por las violaciones sufridas a manos de sus hombres, el sonriente oficial se limitó a responderles «Venga, eso seguramente no les ha hecho daño. Nuestros hombres están todos sanos»[473].

Sin embargo, cuando los mandos superiores del Ejército

Rojo constataron que la frecuencia de los abusos y violaciones contra la población civil amenazaba con socavar la disciplina de combate del ejército ahora invasor, el propio Stalin ordenó de modo genérico en una orden fechada el 20 de abril a todos los soldados soviéticos en suelo alemán que tratasen a los naturales del país con un mayor respeto. A pesar de las órdenes, al menos hasta julio de 1945 se registraron abundantes casos de violaciones. Desde el verano de ese año, el contacto entre la población civil y los ocupantes empezó a normalizarse y a devenir en una convivencia más o menos forzada. Buena parte de los *frontóviki,* además, habían retornado a la URSS. El 3 de agosto de 1945 el mariscal Zhukov endureció las instrucciones para que los oficiales mantuviesen a raya a sus soldados, y pusiesen coto a las violaciones y saqueos. El hecho de que los corresponsales extranjeros y los trabajadores forzados franceses que volvían a su país contasen al mundo las atrocidades de un ejército que se decía liberador de Europa, contribuyó también a que Stalin y sus generales se tomasen más en serio poner fin a los abusos a la población civil[474].

Las violaciones, saqueos y ejecuciones arbitrarias de civiles por los invasores soviéticos contribuyeron a reforzar entre los soldados alemanes la determinación, no exenta de contradicciones, de luchar hasta el final, en una mezcla compleja de lucha por la supervivencia, fanatismo nazi y voluntad de que todo se acabase[475]. Los últimos meses de la guerra fueron muy costosos para el Ejército Rojo en número de bajas, al igual que para los alemanes. Entre octubre de 1944 y abril de 1945 un total de 319.000 soldados soviéticos perecieron en combate, y unos 50.000 más cayeron en la batalla de Berlín. Además, los nuevos reclutas eran cada vez más jóvenes y estaban peor adiestrados, por lo que el

número de bajas era mayor. En eso ya no se diferenciaban mucho de sus oponentes[476]. El miedo a la llegada de los soviéticos, por otro lado, contribuyó a incrementar el pánico entre la población germana. *Der Russe* (el ruso) se convertía ahora en una encarnación real de la imagen del enemigo largos años difundida por la propaganda nazi.

El caos que se apoderó tanto de Prusia Oriental como de Silesia y otras regiones se convirtió en una suerte de carrera desesperada hacia el Oeste. Los grupos de población civil que huían a pie se mezclaban con unidades motorizadas que habían quedado rezagadas a la retaguardia del avance enemigo e intentaban abrirse paso entre líneas, unidades de rusos o ucranianos en uniforme de la Wehrmacht, así como colaboracionistas diversos que huían hacia Alemania y saqueaban lo que podían, así como con columnas de prisioneros de guerra obligados a largas marchas, con grupos de soldados tudescos que se escondían en los bosques para intentar eludir las vías frecuentadas por los soviéticos. Era una imagen de caos y derrota que causaba desánimo entre la población civil: como escribía Goebbels en su diario, a diferencia de lo ocurrido en 1918, era ahora el frente el que parecía desmoralizar a la retaguardia[477]. A ellos se unían varias *marchas de la muerte,* los grupos de judíos y otros prisioneros de campos de concentración y exterminio obligados por sus guardianes a abandonar los campos en mortíferas procesiones por caminos secundarios. Los soviéticos ya habían liberado el campo de exterminio de Majdanek en julio de 1944, y el 27 de enero las tropas de Konev llegaron a Auschwitz, donde los guardianes habían abandonado a 2.819 prisioneros que estaban demasiado débiles para caminar. Muchos de los internados perecieron a pesar de los cuidados médicos recibidos de sus liberadores. La URSS no hizo público el descubrimiento de Auschwitz

hasta el 7 de mayo de 1945, y silenció que se tratase de judíos, sino que únicamente informó de que los internos eran «ciudadanos de varios países europeos». Incluso, los prisioneros soviéticos que sobrevivieron fueron interrogados por el Smersh. No obstante, el conocimiento de lo ocurrido en los campos de exterminio se propagó entre los soldados del Ejército Rojo, lo que incrementó su sed de desquite.

A principios de febrero de 1945 Stalin refrenó el ímpetu de algunos de sus generales por dirigirse ya hacia la conquista de Berlín. Optó primero por «limpiar» bien los islotes de resistencia alemanes de Silesia, Pomerania y Prusia Oriental. El 20 de febrero de 1945, los soviéticos conquistaron Poznan, y el 29 del mismo mes caía la fortaleza de Küstrin. A principios de marzo el dictador aprobó el plan final para la conquista de Berlín, que fue elaborado por Zhukov y Antonov. La fecha del ataque definitivo, tras varias semanas de preparativos, fue fijada para el 16 de abril de 1945. El 2.º Frente bielorruso de Rokossovski se dirigiría hacia Mecklemburgo, por el Norte, y no acudiría a tomar Berlín. Zhukov atacaría de modo frontal desde el Oder hacia Berlín, a través de las colinas de Seelöw. Konev atacaría por el Sur, desde la ribera oriental del río Neisse, en dirección a Leipzig y Dresde, y su flanco derecho giraría hacia el Noroeste para apoyar a Zhukov a través de los barrios meridionales de la capital. Se disponía al asalto un ejército de dos millones de hombres, 7.500 aviones y más de 3.200 carros de combate. Y entre las alas central y meridional del ataque se iniciaría una auténtica carrera por ver quién pasaría a la Historia como conquistador de Berlín.

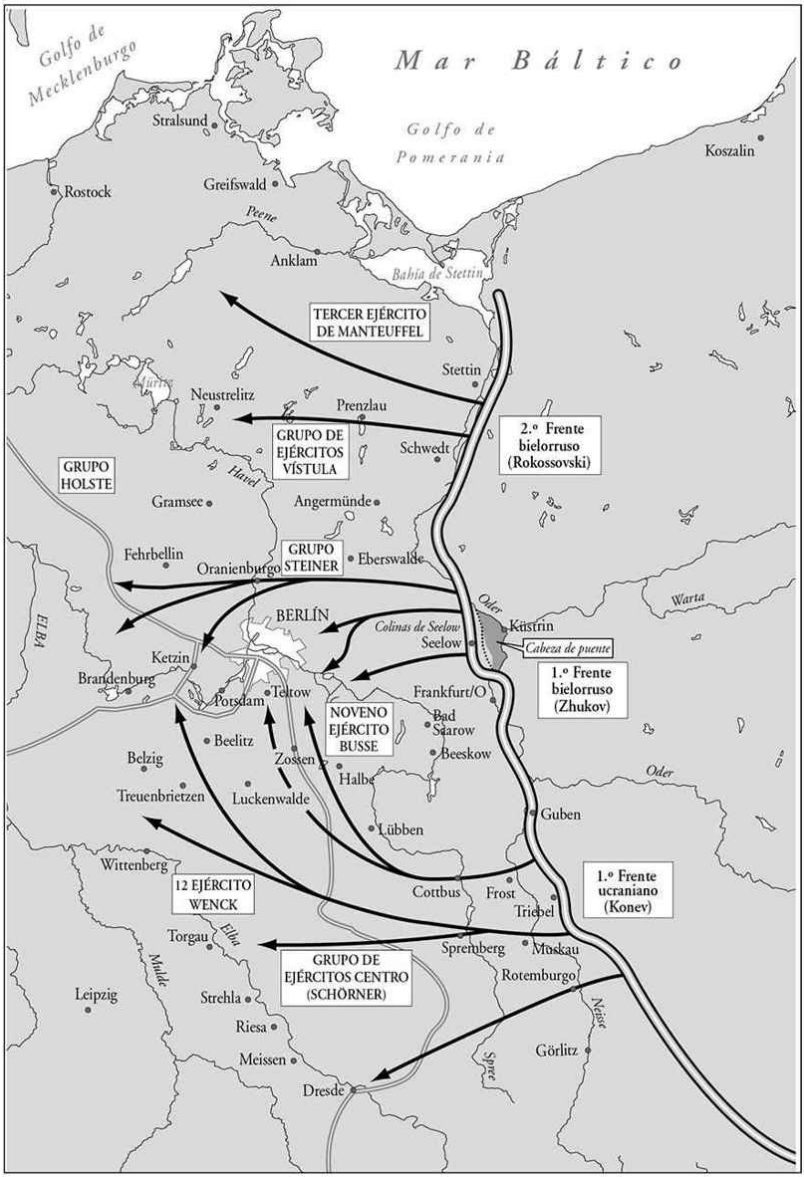
Cerca de un millón de combatientes del Eje se aprestaban a defender la capital del III Reich, escalonados entre la línea Oder-Neisse y la ciudad. Alrededor de Berlín, empero, no

más de 100.000 hombres estaban en condiciones de combatir. Eran restos de unidades heterogéneas, más algunos batallones de las Waffen SS y de la policía. De ellos, además, cerca de una cuarta parte eran milicianos del *Volkssturm* [Asalto Popular], en su mayoría hombres entrados en años, así como unos 4.000 miembros de las Juventudes Hitlerianas, quienes se contaban entre los luchadores más fanáticos. Los últimos defensores de la frontera oriental del III Reich contaban con el magro apoyo de 1.519 tanques y 9.303 cañones, pero carecían de cobertura aérea. La línea de defensa principal se estableció en la orilla izquierda del Oder, donde sin embargo los soviéticos ya habían establecido una cabeza de puente. Lo que era peor, a la parquedad de hombres y material se unía la descoordinación entre las diferentes instancias civiles y militares, demostrando el carácter poco funcional de la poliarquía nacionalsocialista a la hora de gestionar situaciones excepcionales, en especial cuando el líder máximo había perdido la iniciativa y, a veces, el juicio. El comandante en jefe de la defensa de Berlín se encontraba con órdenes contrapuestas procedentes del OKW, del jefe de Estado Mayor de Hitler, o del comandante en jefe del recién creado Grupo de Ejércitos del Vístula. Joseph Goebbels, que como líder territorial *(Gauleiter)* de Berlín tenía atribuciones como comisario de Defensa, se arrogaba también el derecho a coordinar la defensa de la capital del Reich. Y como venía siendo la tónica desde hacía dos años, Hitler intervenía en la cadena de mando con ocurrencias e ideas extravagantes, destituyendo comandantes en jefe y designando a otros según su capricho. De este modo, pocos días después de la ofensiva final soviética designó jefe del Grupo de Ejércitos del Vístula a Heinrich Himmler, para sorpresa de todos sus generales, pues el *Reichsführer SS* no se distinguía por sus

dotes de estratega. El resentimiento del Führer nazi hacia los militares profesionales, y su convicción de que solo un mando enérgico y despiadado podría salvar la situación, fueron los motivos de tal decisión[478].

Hitler todavía creía en el triunfo de la voluntad, pero también en la virtualidad palingenésica de un final apocalíptico. Si llegaba la hora de un crepúsculo de los dioses, de las cenizas de los héroes resurgiría una nueva Alemania inspirada en su ejemplo. La determinación de luchar hasta el final, sin embargo, comenzaba a flaquear en la retaguardia germana. A principios de 1945, los problemas de abastecimiento de alimentos y objetos de consumo eran ya notorios, y la cercanía tanto de soviéticos como de anglonorteamericanos por Occidente llevaban a muchos alemanes a pensar que era preferible rendirse al enemigo del que cabía esperar mejor trato. Las noticias que llegaban del frente del Este, y que eran transmitidas por los refugiados, hacían temer a buena parte de la población que si «los rusos» ocupaban el Reich se cerniría sobre ella una suerte de apocalipsis. Entre los hasta entonces disciplinados soldados de la Wehrmacht se empezaron a registrar deserciones. Para evitar que cundiese el derrotismo, el régimen había instituido desde el 15 de febrero de 1945 unos tribunales especiales que tenían competencia en todo tipo de delitos que hiciesen flaquear «la fuerza combativa o la tenacidad en el combate de los alemanes». El 25 del mismo mes, Himmler decretó la creación de unos «tribunales especiales de guerra», y el 9 de marzo se establecieron tribunales ambulantes, que estaban autorizados a ahorcar de modo sumario a quienes mostrasen pasividad o connivencia ante el enemigo. La Policía Militar de la Wehrmacht jalonó los accesos a Berlín de desertores ahorcados, y cualquier sospechoso de abandonar la línea de combate era castigado

sin misericordia. Quien tuviese la mala suerte de colgar del balcón una bandera blanca pensando que por allí pasarían los soviéticos, y era sorprendido por un tribunal especial, era ahorcado en el acto. No obstante, esas medidas de coerción extraordinaria suscitaron la animadversión de los ciudadanos alemanes, quienes se mostraron ahora comprensivos hacia desertores y huidos. El mito del Führer sufría ya una fuerte erosión, tanto entre la población civil como entre muchos soldados, que a esas alturas solo luchaban para proteger a sus familias y por miedo a la venganza de *Iván*[479].



MAPA 12. El asalto final, abril de 1945

A pesar de ello, era cierto que tanto la mayoría de los soldados alemanes como una proporción apreciable de la población civil mostró hasta el final una notable voluntad de resistencia. En la retaguardia se registraron casos de descontento, hastío y ganas de que acabase la guerra como

fuese, así como deserciones. Pero no se produjeron revueltas ni motines de soldados, ni siquiera rebeliones encaminadas a destituir a Hitler. En ese sentido, 1945 no era equiparable a 1918[480]. Aun así, algunas de las órdenes del *Führer* destinadas a reforzar la voluntad de resistencia tuvieron un efecto escaso, en parte por la falta de voluntad en aplicarlas por parte de los escalones inferiores del Ejército y la Administración. Así ocurrió con el decreto del 19 de marzo de 1945, la llamada «Orden Nerón», que prescribía que las autoridades militares y líderes territoriales del NSDAP estaban obligados a destruir todas las instalaciones e infraestructuras industriales susceptibles de ser aprovechadas por el enemigo, aplicando en suelo alemán la política de *tierra quemada* decretada por Stalin cuatro años antes. Pero la intervención de Albert Speer, arquitecto y hombre de confianza de Hitler y ministro de Armamento del Reich, consiguió boicotear e impedir la aplicación de la orden, con el argumento de que destruir la capacidad productiva germana haría retroceder a los alemanes que sobreviviesen a la Edad de Piedra[481].

Las tropas de Zhukov, agrupadas en el 1.º Frente bielorruso, atacaron desde el Oder en dirección a las colinas de Seelöw el día señalado, 16 de abril de 1945, tras una intensa preparación artillera. Al principio, la resistencia alemana fue mayor de lo previsto. Pero tras cuatro días de intensos combates, el 20 de abril las avanzadillas soviéticas llegaron a los suburbios orientales de Berlín. Ese mismo día la artillería pesada de Zhukov ya estaba en disposición de bombardear la capital del Reich. Y sus tropas convergieron desde el flanco Norte hacia la ciudad. Cuatro días más tarde, sus fuerzas cruzaban el río Spree, y se encontraban en el aeropuerto berlinés de Schönefeld con unidades del 1.º Frente ucraniano de Konev, que había avanzado con rapidez

desde el Sur, encontrando una menor resistencia, a través de las amplias llanuras de Sajonia, donde las unidades acorazadas podían romper sin problemas las cada vez más débiles defensas germanas. El 25 de abril las unidades de vanguardia del Ejército soviético y del norteamericano se encontraron por primera vez en la ciudad de Torgau.

La capital del Reich estaba prácticamente rodeada. Empezó entonces un feroz combate callejero, en el que los carros de combate soviéticos ya no podían hacer valer su superioridad con la misma contundencia que en campo abierto. Los *frontóviki* tenían un objetivo simbólico: confluir hacia el centro de la ciudad y tomar el Parlamento alemán *(Reichstag).* Los combates, que se cobraron la vida de miles de soldados y civiles a lo largo de varios días, se desarrollaron en medio de una ferocidad extrema y una atmósfera irrespirable, plagada de humo y polvo de ladrillo. Sin posibilidad de recibir ayuda externa, la suerte de los defensores de la ciudad estaba echada. A las once menos diez de la mañana del 30 de abril de 1945, dos sargentos soviéticos desplegaron la bandera de la URSS desde lo alto del Reichstag. La escena, con algunos retoques —los soldados fueron obligados a quitarse los relojes robados que llenaban sus antebrazos—, se fotografió horas después, y se convirtió en el símbolo del fin de la guerra en Europa.

Adolf Hitler, junto con su recién desposada compañera Eva Braun, se suicidaba aquel mismo día en su búnker subterráneo de la cancillería, y delegaba la magistratura suprema del Reich en el almirante Karl Dönitz, quien se hallaba en Flensburg, ciudad ubicada en la región septentrional de Schleswig-Holstein. En su última proclama dirigida a los defensores del Reich, fechada el 15 de abril, el Führer nazi seguía insistiendo en los tópicos consabidos: el «mortal enemigo judeobolchevique» pretendía ahora dar

cumplimiento a sus largos sueños de exterminio del pueblo alemán, violando mujeres y asesinando ancianos y niños. Pero «Europa nunca será rusa». En su testamento, dictado antes de morir, Hitler se mantenía fiel a sus postulados de los años fundacionales del nacionalsocialismo. La conspiración judía, aliada con los bolcheviques, habría sido responsable del estallido de la guerra[482]. Tras un infructuoso intento de negociar un armisticio por parte de Goebbels y del último jefe de Estado Mayor de Hitler, el general Hans Krebs, con Chuikov y Zhukov, el 2 de mayo de 1945 el general Helmuth Weidling, comandante general de la defensa de Berlín, ordenó el alto el fuego a las fuerzas bajo su mando. El Gobierno sucesor de Dönitz se rindió ante los Aliados en el Cuartel General del comandante en jefe de los ejércitos aliados del oeste, general Eisenhower, en Reims, el 7 de mayo. Pero la ceremonia fue repetida dos días después en Berlín, en un antiguo centro de las Juventudes Hitlerianas situado en el barrio de Karlshorst, en presencia de una nutrida representación de los Aliados.

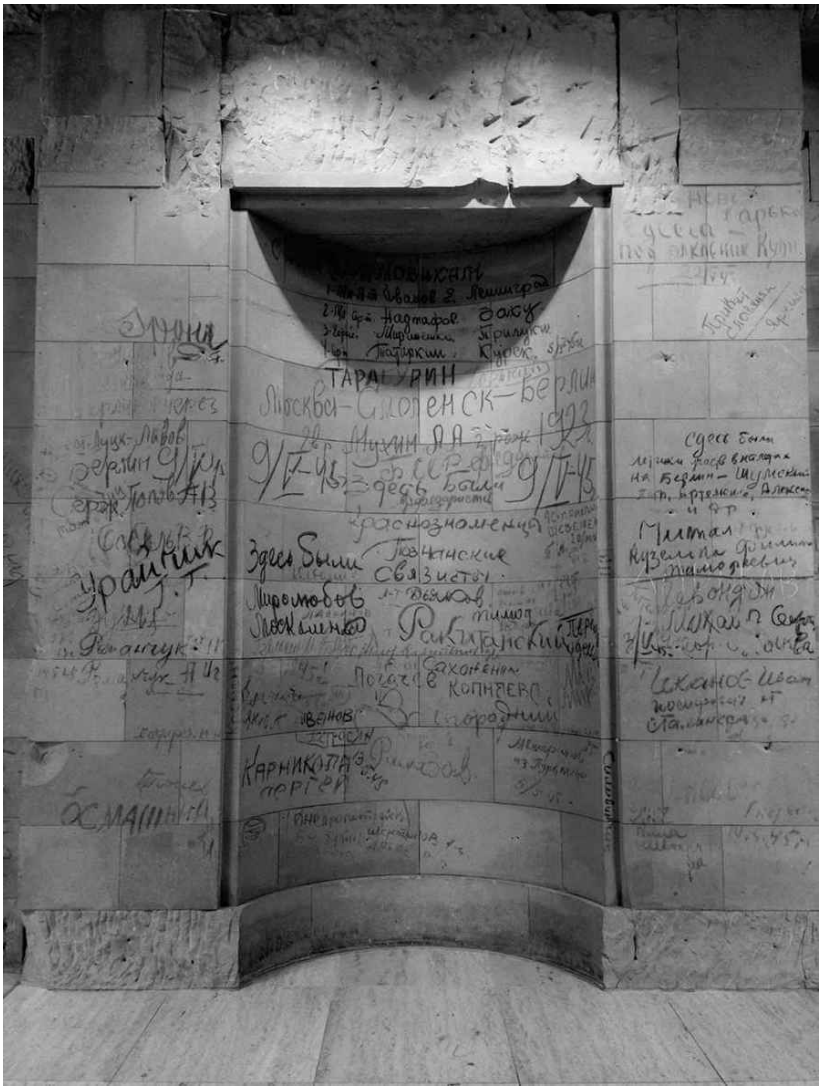
El Gobierno de Dönitz duró apenas unos días, pero ganó el tiempo suficiente para que dos tercios de los soldados alemanes se rindiesen a los Aliados occidentales. Evitaron así el duro cautiverio que esperaba a sus camaradas que cayeron prisioneros del Ejército Rojo en las dos últimas semanas de guerra, y que fueron enviados en largas columnas a territorio de la URSS. Muchos de esos cautivos solo volverían después de 1950. Los *Hiwis* rusos en uniforme de la Wehrmacht, al igual que los nacionalistas ucranianos o caucásicos y muchos alcaldes colaboracionistas rusos, que se habían replegado con el *Ostheer* hasta territorio del Reich, sufrieron peor suerte[483]. En su mayoría, fueron ejecutados sin contemplaciones por el NKVD o el Smersh. Numerosos trabajadores forzados y prisioneros de guerra soviéticos que

fueron liberados antes de la caída de Berlín tuvieron una oportunidad de rehabilitarse, pues fueron reclutados a toda prisa para cubrir las elevadas bajas del Ejército Rojo. Sin embargo, los méritos recién adquiridos en combate no les libraron de ser sometidos a un duro interrogatorio y acabar en campos de concentración al volver a la URSS.

La guerra no concluyó por completo con la caída de Berlín. Unos 600.000 soldados alemanes se habían refugiado en Bohemia para intentar continuar desde allí la resistencia. El 1.º Frente ucraniano de Konev tuvo que emplearse a fondo hasta el 11 de mayo para acabar con los últimos restos de la resistencia germana en la región, después de llegar a Praga el día 9 de ese mes. Entre los prisioneros se contaban varios miles de *vlasovianos,* y el propio Vlasov[484].

La determinación de los últimos defensores del III Reich, cuando todo estaba perdido, constituye uno de los grandes interrogantes de la guerra. Ciertamente, para una parte de los combatientes alemanes y de otras nacionalidades que resistieron hasta el último momento en Berlín estaba en juego no solo su propia supervivencia, sino que estimaban que con la ciudad caería el mundo *civilizado* y la utopía de comunidad nacional y racial en la que habían sido adoctrinados. La conducta del Ejército Rojo en Prusia Oriental parecía, además, teñir de veracidad las imágenes transmitidas por la propaganda nazi acerca del carácter *bárbaro* y *asiático* de los invasores. Y quienes habían vivido la guerra en el Este sabían que tenían pocos motivos para implorar el perdón de los *Ivanes.* A ello se añadía una suerte de conciencia colectiva de estar viviendo un final épico y trágico al mismo tiempo. El miedo, el odio al enemigo, y la conciencia de la propia trascendencia casi wagneriana del sacrificio parecen haber impulsado a muchos combatientes a morir por el III Reich, Alemania o la patria local *(Heimat),*

cuando no por la propia supervivencia. Para los fanáticos de las Juventudes Hitlerianas y de las SS, el dar la vida por el Führer seguía teniendo un sentido incluso en aquellos momentos, o precisamente en aquella hora más que nunca. Y para los voluntarios extranjeros de las SS que se vieron cercados en Berlín, no había otro lugar al que ir, pues en sus países eran considerados unos traidores. No es sorprendente que, al conocer la noticia de la capitulación, un número apreciable de fanáticos nazis se suicidase[485].



Grafitis de soldados soviéticos en el Reichstag de Berlín. © Julia von der Wense

La capital alemana vivió escenas en buena medida similares a las sufridas por las ciudades y pueblos de Prusia Oriental. Los soldados soviéticos, excitados y enfebrecidos por la dureza de los combates y el deseo de venganza, muchas veces en estado de embriaguez, saquearon casas, practicaron el pillaje y, sobre todo, forzaron mujeres, incluyendo ancianas y niñas. Se calcula que solo en Berlín hubo entre 90.000 y 130.000 casos de violación, y que una

parte sustancial de las violaciones fueron múltiples. Un pelotón entero de soldados podía forzar a una mujer o casi una niña, y a continuación asesinarla. Unas 10.000 mujeres berlinesas habrían muerto como consecuencia de esos actos de violencia sexual, bien por las enfermedades contraídas a causa de ellos, por secuelas de los maltratos o —caso muy frecuente— por suicidio.

La lógica de los estupros, empero, parecía ser ahora de naturaleza diferente. Una combinación de venganza, indisciplina y movilidad constante de guarniciones y soldados; pero también de masculinidad agresiva en un espacio donde hombres armados podían dar rienda suelta a sus fantasías de dominación[486]. Los soldados soviéticos siguieron practicando las violaciones colectivas en muchas ocasiones; y hubo casos, como en la clínica de maternidad de Haus Dahlem, en las que grupos de *frontóviki* violaron y maltrataron a todo lo que se les puso por delante, desde monjas a mujeres embarazadas. Pero la práctica más habitual era que los ocupantes escogiesen a sus víctimas. Los *Ivanes* entraban en refugios subterráneos o en casas de vecindad donde los civiles se agolpaban y esperaban, entre aterrorizados y expectantes, la llegada de los temidos *rusos*. Si había suerte, los soldados que asomaban primero se limitaban a preguntar si había armas o combatientes enemigos, y requisaban relojes y otros objetos de valor. Si había mala suerte, los que entraban, sobre todo si era de noche y estaban borrachos, *seleccionaban* sin misericordia a sus víctimas[487], a las que no dudaban en asesinar si encontraban mucha resistencia en sus propósitos. El estupro y la violación, ahora, parecían tener un componente más sexual que vengativo[488]. Y aunque los abusos continuaron, los berlineses y sobre todo las berlinesas aprendieron a convivir con el riesgo, así como a buscar la protección de

soldados y oficiales que los pudiesen defender de vejaciones por parte de otros camaradas, y en particular de violaciones múltiples, a cambio de una amistad o prostitución *situacional* condicionada a obtener alimentos y cierta estabilidad. Una anónima ciudadana berlinesa escribía así en su diario, después de sufrir dos violaciones distintas, una de ellas múltiple, que no le quedaba más remedio que buscarse para sí «el lobo grande que me proteja de la manada»[489].

En una ciudad en la que la mayoría de puertas y ventanas habían desaparecido de las casas y un soldado soviético podía irrumpir en ellas a cualquier hora, la relajación y la suspensión de las normas y tabúes morales tradicionales en tiempo de guerra, junto con la ausencia en la mayoría de los casos de maridos, hermanos y padres, facilitaron una suerte de adaptación progresiva y pragmática de las mujeres berlinesas a las circunstancias, con vistas al único objetivo de sobrevivir. La aleatoriedad era lo más difícil de soportar en la situación de incertidumbre en la que pasaron a vivir los ordenados berlineses. En el fondo, era una cuestión de suerte. Los soldados soviéticos podían entrar en las casas borrachos por la noche con objetivo de violar mujeres y niñas; o bien podían aparecer con un pedazo de carne cruda y pedir a las berlinesas que se la cocinasen, para después compartir mesa y mantel con las familias, cantar canciones populares y brindar exultantes con vodka. O podían contentarse con experimentar el placer de utilizar un retrete, extraño artilugio que muchos soldados de Asia Central y Siberia no conocían, y que a menudo tomaron por una nevera. Hubo madres que escondieron a sus hijas en desvanes y sótanos durante dos o tres meses, o que procuraron ocultarse por las noches para no sufrir vejaciones a manos de *frontóviki* ebrios de alcohol y victoria. Por el día, sin embargo, esos mismos *rusos* podían

convertirse en ocupantes más o menos pacíficos. El pragmatismo de las mujeres berlinesas, y de las alemanas que vivieron bajo la ocupación soviética, fue mucho más difícil de aceptar para los hombres, fuesen padres, novios, maridos o hermanos. Numerosas mujeres optaron por olvidar los ultrajes y humillaciones sufridas, y se concentraron en sobrevivir y mirar hacia delante, pensando en los grupos familiares a su cargo. Contar lo realmente sucedido durante los primeros meses de ocupación a sus maridos retornados del cautiverio podía provocar la ruptura matrimonial, así como una profunda crisis de autoestima en los hombres.

Las penas con pan fueron algo menos. El pragmatismo adaptativo de la población de Berlín a la nueva situación se tornó más fácil desde el momento en que los alemanes constataron que el Ejército Rojo asumía la alimentación de los civiles a su cargo, no en abundancia, pero sí lo suficiente como para garantizar su supervivencia. Una orden del primer comandante de la ciudad, el carismático general Nikolai Bersarin, del 27 de abril de 1945 establecía que se distribuirían cartillas de racionamiento y comida en las cocinas de campaña a los habitantes de los barrios ocupados. Bersarin también puso en marcha medidas para reparar el suministro eléctrico y poner en funcionamiento la red de transportes públicos, además de organizar una nueva policía y procurar que, poco después del fin de la guerra, los teatros y cines de la ciudad volviesen a funcionar. Su muerte en un accidente de tráfico a mediados de junio de 1945 fue motivo de sincero duelo para muchos berlineses[490].

6.2. Un alto precio y una herencia ambigua

La Unión Soviética pagó un enorme precio por su victoria. Como estimación general, hasta ahora no rebatida, por cada civil alemán muerto en la II Guerra Mundial fallecieron al menos veinte ciudadanos soviéticos. Y por cada soldado germano caído en el frente del Este fallecieron entre dos y cuatro combatientes del Ejército Rojo. Lo más probable, empero, es que las cifras verdaderas nunca lleguen a ser conocidas. Aunque la Wehrmacht llevaba una contabilidad minuciosa de las muertes y desapariciones en combate, el colapso del Ejército del Este en los últimos meses de la guerra, cuando las tasas de mortandad fueron mucho mayores, también fue causa de que las defunciones en combate se registrasen de modo más irregular. La gestión y contabilidad de los muertos del lado soviético fue, por el contrario, mucho más caótica a lo largo de la contienda. Los oficiales no daban parte de las muertes de sus soldados, y la picaresca para obtener mayores asignaciones de raciones por parte de la intendencia militar motivó que muchas defunciones y/o desapariciones se ocultasen. El Ejército alemán era muy respetuoso con la memoria de sus caídos, para los que erigía cementerios improvisados en la inmediata retaguardia, y de los que llevaba un meticuloso registro, con croquis incluidos, que fueron archivados cuando el avance del Ejército Rojo llevó a los invasores a borrar —para evitar posibles profanaciones— las huellas de los enterramientos. Por el contrario, casi dos tercios de los caídos soviéticos yacían cincuenta años después en sepultura desconocida. En algunas zonas del territorio de la antigua URSS, sobre todo en áreas boscosas o pantanosas, todavía era posible hasta hace pocos años encontrar restos humanos visibles de soldados de ambos bandos que fueron dejados al descubierto, como en las regiones pantanosas del Vóljov.

Monumento al Ejército Rojo como liberador de Alemania, Dresde (Archivo del autor)

La historiografía soviética revisó en su momento las cifras oficiales en época de Kruschev. Pero los guarismos ofrecidos por las distintas comisiones estatales fueron y son objeto de controversia[491]. Los números más plausibles no bajan de los 9 millones de muertos, y oscilan entre los 9 y 11 millones de soldados fallecidos a causa de los combates o sus secuelas en el conjunto de la II Guerra Mundial. A ellos se unieron entre 15 y 17 millones de civiles, de los que al

menos 13 millones murieron bajo la ocupación alemana (2,4 millones de judíos y 1,3 millones de niños, entre ellos), bien por hambre y privaciones, bien como víctimas de represalias de los ocupantes, o como trabajadores forzados en el Reich, además de partisanos y otros grupos; dos millones adicionales de civiles como mínimo habrían fallecido en la zona soviética, incluyendo muertos en campos de trabajo, víctimas del sitio de Leningrado y de deportaciones forzosas. Según el historiador militar David Glantz, la cifra de muertos y desaparecidos del Ejército Rojo, la Marina y el NKVD —incluyendo las causadas por Japón— se elevaría a 14,7 millones de muertos y desaparecidos, lo que superaría en 4 millones a las cifras oficiales disponibles. Las muertes civiles ascenderían a 20 millones de personas. El número de heridos, incluyendo una proporción apreciable de mutilados, sería tres veces mayor. Según otras estimaciones, de 34,5 millones de soldados movilizados, un total de 29 millones habrían resultado muertos, heridos, hechos prisioneros o declarados desaparecidos: el 84 por ciento. Los historiadores rusos, bielorrusos y ucranianos tras 1990, por lo demás, ofrecen estimaciones muy diferentes en lo relativo al número de civiles fallecidos durante la guerra, que oscilan entre los 16,9 millones —en los cálculos más optimistas— y los 35,5 millones, en los cómputos más pesimistas. El número total de víctimas está lejos de haberse establecido de modo definitivo[492].

Por su parte, hasta el 30 de abril de 1945 los muertos alemanes en la II Guerra Mundial ascendían a 5,3 millones, de los que entre la mitad y el 60 por ciento (alrededor de 2.743.000 soldados) cayeron en el frente del Este. El número total de bajas permanentes en combate que se cobró la guerra con la URSS supuso entre septiembre de 1939 y septiembre de 1942 el 90 por ciento de todas las pérdidas

germanas. Esos porcentajes se mantuvieron hasta la apertura del segundo frente en Europa occidental, que hizo descender el número de bajas totales al 62 por ciento. Entre diciembre de 1944 y el 30 de abril de 1945, un 67 por ciento de las pérdidas alemanas tuvieron como escenario el frente oriental. Las bajas en el Este de soldados de otras nacionalidades fueron asimismo elevadas, aun sin contar los muertos durante los años de cautiverio en los campos de prisioneros. El número de muertos y desaparecidos húngaros se cifra en 350.000. El de italianos, en 45.000. El de rumanos, en 480.000. Y el de finlandeses, en 84.000. A ellos siguen contingentes menores de las más diversas procedencias: por ejemplo, unos 5.000 soldados españoles perdieron la vida en el frente ruso entre 1941 y 1944. Además, cerca de dos millones de alemanes perecieron víctimas de la huida hacia el Oeste, las represalias soviéticas y las deportaciones (incluyendo a los 310.000 alemanes del Volga), y los bombardeos soviéticos sobre territorio del Reich, además de 44.000 alemanes que fallecieron tras el fin de la guerra en los diez campos especiales erigidos por los soviéticos en su zona de ocupación, a veces utilizando la infraestructura de los antiguos campos nazis[493]. No solo la URSS pagó más que ningún país beligerante en la II Guerra Mundial en cuanto a vidas y sufrimiento. Los ejércitos invasores sufrieron una auténtica carnicería en el frente del Este.

Decoración mural de la estación de ferrocarril de Kaján, Moscú. Representación de la Victoria, con los nombres de las batallas de la guerra, 1945

Las secuelas dejadas por la guerra también incluyeron millones de heridos e inválidos, personas desplazadas a la fuerza de sus hogares para realizar trabajos forzados, o que fueron obligadas a reasentarse en otro lugar; o que huyeron del avance de las tropas (fuesen del Eje o soviéticas). Hasta 1950, no menos de 7,7 millones de refugiados alemanes de Europa oriental llegaron a la Alemania occidental; en la zona soviética, eran 4,4 millones. Decenas de miles de mujeres fueron violadas y sufrieron embarazos no deseados a manos de soldados del Eje o soviéticos. Entre 210.000 y 700.000

civiles tudescos fueron enviados a campos de trabajo en la URSS, donde al menos una cuarta parte de ellos perecieron. Centenares de miles de soldados perdieron los mejores años de su vida en campos de prisioneros, de los que muchos salieron con secuelas físicas y psíquicas. En el verano de 1945, un total de 8,7 millones de alemanes estaban en cautividad; en 1949 todavía ascendían a medio millón; los últimos prisioneros de guerra, los condenados por crímenes de guerra por tribunales soviéticos, regresaron de la URSS en 1955-1956. Habría además que añadir los millones de excombatientes que en ambos bandos sufrieron y sufren de estrés postraumático, trastorno que solo tras la Guerra de Vietnam empezó a ser considerado por los especialistas como un efecto de la guerra en la salud de las personas, y que afecta a un número mucho mayor de excombatientes que los catalogados sobre el papel como bajas psicológicas. En el Ejército Rojo, su número fue establecido de forma oficial en unos cien mil casos. Pero son cifras, sin duda, muy inferiores a la realidad[494].

Las consecuencias geopolíticas de la guerra son bien conocidas. La Unión Soviética pudo afianzar su dominio político sobre buena parte de Europa central y oriental. Pasó a desempeñar el papel de superpotencia, y a protagonizar durante cuarenta y cinco años un reñido duelo con Estados Unidos por la supremacía mundial. Hasta 1956, los partidos comunistas de todo el mundo crecieron a rebufo del aura de legitimación de que se revistió el inmenso sacrificio de los ciudadanos de la URSS, tanto de los combatientes como de los movilizados en la retaguardia, y el precio de sangre pagado por la victoria. Al mismo tiempo, las atrocidades cometidas a lo largo del avance soviético sobre Alemania contribuyeron a alimentar nuevas imágenes negativas y estereotipadas acerca del soldado *ruso,* que experimentaron

una amplia difusión durante la Guerra Fría.

Stalin supo rentabilizar en provecho propio, y en beneficio de la consolidación de su dictadura de terror, los pingües réditos de popularidad y legitimidad que le reportó el triunfo bélico. Los *Ivanes* retornados a casa, en un proceso lento que duró hasta 1948 —los veteranos eran licenciados por tandas paulatinas, según cohortes de edad— y los ciudadanos que habían ganado la guerra con su trabajo en las fábricas se sintieron empoderados, gracias al prestigio adquirido por los méritos de guerra. Muchos ciudadanos que habían sido considerados «enemigos del pueblo» antes de alistarse, recuperaron su honor cuando volvieron como veteranos condecorados. Por el contrario, quienes sobrevivieron a la ocupación alemana fueron vistos con reticencia, y objeto de discriminación en el acceso a la educación, trabajos o bienes de consumo. Solo los partisanos eran la excepción, y no todos[495].

Al principio, los retornados del frente fueron objeto de entusiastas recibimientos, de respeto y admiración social; no obstante, en el corto plazo, la mayoría de los veteranos experimentaron dificultades, debido a la dificultad de encontrar alojamientos, provisiones y, en el caso de los mutilados, prótesis y atención médica adecuada, a lo que contribuía la lentitud de la burocracia soviética. Una extendida frustración, a menudo traducida en alcoholismo, acompañó su retorno, aunque muchos disfrutaban de prestigio entre sus convecinos[496]. A medio y largo plazo, numerosos veteranos acabaron por erigirse en puntales del Partido Comunista a nivel local y regional, un partido que triplicó sus militantes durante la guerra. No obstante, apenas obtuvieron recompensa tangible en términos de bienestar o de ampliación de libertades individuales. Tampoco experimentaron la apertura que muchos habían esperado,

una relajación del terror y de los mecanismos de control y coerción desplegados por la dictadura estalinista. Acto seguido, los hombres y mujeres de la Unión Soviética fueron forzados a arrimar otra vez el hombro en nombre de un nuevo esfuerzo colectivo, que servía de justificación para nuevos abusos y privaciones: la *reconstrucción* de la patria socialista. Pero para muchos de ellos, como para los civiles que sobrevivieron al cerco de Leningrado, el comportamiento durante la guerra constituyó un signo de distinción y orgullo colectivo que les ayudó a sobrellevar las penurias de posguerra, las consecuencias de la terrible sequía de 1946 y la hambruna consiguiente, y la vuelta a las políticas represivas en los últimos años de estalinismo. El traslado a la URSS de fábricas e instalaciones industriales alemanas como reparación de guerra, y el empleo de mano de obra forzada, tanto de prisioneros de guerra como de presos políticos, supuso en la inmediata posguerra casi un 10 por ciento del PIB soviético, pero no fue suficiente. Al concluir la guerra, 1.710 ciudades y 70.000 pueblos y aldeas de la URSS estaban en ruinas, y muchas áreas rurales fueron abandonadas o declaradas zonas de exclusión, debido a la gran cantidad de restos bélicos, minas y cuerpos abandonados[497]. Tras la muerte de Stalin, el 5 de marzo de 1953, y la desaparición poco después del inspirador del régimen de terror cobijado por su dictadura, Laurenti Beria, nuevos vientos soplaron en la URSS. No obstante, como veremos, el recuerdo público y la conmemoración de la Gran Guerra Patria apenas sufrió cambios significativos hasta una década después[498].

Los alemanes pagaron un duro precio por la guerra del Este. Millones de muertos, de familias deshechas, de mujeres violadas y dos millones de prisioneros retornados de campos de prisioneros soviéticos con secuelas físicas y psíquicas

para el resto de sus vidas. Fronteras recompuestas y familias obligadas a empezar una nueva vida lejos de sus antiguos hogares, desplazadas hacia el Oeste desde Silesia, Pomerania, Prusia Oriental, Bohemia y Moravia o el Báltico. Una losa sobre la memoria y la conciencia de su pasado reciente difícil de superar. Era una sociedad de *supervivientes,* con decenas de miles de personas traumatizadas o, al menos, marcadas psicológicamente por los sufrimientos de la guerra[499]. Sin embargo, veinte años después, los antiguos prisioneros y combatientes en el frente del Este habían recuperado en parte su ímpetu creativo para edificar una sociedad identificada ahora con los valores democráticos y el bienestar socioeconómico, sobre todo en la República Federal de Alemania (RFA). Pero también en la República Democrática Alemana (RDA) nacida poco después de aquella, en 1949. En la nueva patria socialista edificada sobre un discurso oficial antifascista, que se desligaba de modo consciente de toda culpa o responsabilidad por el pasado nazi, las energías creadoras de la generación educada en la máxima del triunfo de la voluntad se encauzaron hacia la edificación del socialismo, que según la propaganda oficial habría de *redimir* con su ejemplo los crímenes del nazismo y lavar el nombre de Alemania. Los prisioneros de guerra retornados de la URSS fueron vistos así como nuevos peones de esa empresa, cuya reeducación en campos soviéticos habría sido un primer paso de una nueva identidad nacional[500].

En esas empresas colectivas jugaron una parte importante muchos hombres nacidos entre 1914 y 1927, cuya adolescencia y primera juventud había sido marcada por el adoctrinamiento nacionalsocialista y la guerra en el frente. Tras la derrota y el cautiverio, canalizaron su fe en la energía creadora de la voluntad y su «obsesión por el

rendimiento» de lo militar y político al terreno económico, encauzándola a través del mundo de la empresa, de la educación y de la cultura con un nuevo objetivo: la ingente tarea colectiva de la reconstrucción del país, tanto en el Oeste como en el Este. Reconstruir Alemania implicaba, en cierto modo, rehacer biografías truncadas por la guerra.

Como rememoraba en 2006 el historiador Hans-Ulrich Wehler, él mismo nacido en 1931, el milagro económico de Alemania occidental en la posguerra también debía algo al impulso *desnazificado* de esa generación de hombres reconocibles por llevar el reloj en la muñeca derecha, mirando hacia adentro, como habían hecho en el frente para evitar ser detectados por el brillo de las agujas en la oscuridad. Pero esos mismos hombres, como recordaba el crítico literario polaco y judío establecido en Alemania Marcel Reich-Ranicki, no podían evitar sentirse muy incómodos cuando, ya cincuentones y reunidos en cenas con sus antiguos camaradas o compañeros de promoción, eran interpelados acerca del destino de los judíos o sobre lo que vieron en el frente del Este. Millones de hijos y nietos de esos hombres (y mujeres) crecieron sin saber exactamente qué había pasado allí, pero dando crédito a los relatos familiares para consumo interno, según los cuales solo una minoría de fanáticos era culpable de crímenes en las guerras ya lejanas. O en los que solo la propia familia fue generosa con judíos y trabajadores forzados procedentes del Este[501]. Con todo, más de una familia se enfrentaba con los fantasmas del pasado cuando el descubrimiento de un diario de guerra del padre o del hermano que no retornaron les revelaba el fanatismo con el que habían combatido en el frente oriental[502]. Era una larga sombra que más de setenta años después no había desaparecido.

464 Cf. Beevor (2002: 42-51, 126-128); Glantz y House (1995: 256-275); Noble (2008); Gebhardt (2016: 111-

113).

465 Carta del soldado Korbacher, 15.2.1945, citada en Latzel (2000: 198).

466 Stone (2017).

467 Cf. Merridale (2005: 272-277); Messerschmidt (2006); Naimark (2012); Gebhardt (2016).

468 Merridale (2006: 311).

469 Cf. Kershaw (2000: 743-744); Naimark (1995: 133); Noble (2008).

470 Cf. Goeschel (2006; 2011: 230-255); Huber (2015); Sauer (2017: 210-234).

471 Entrada del 25-27.4.1945, en Gelfand (2008: 78-81).

472 Informes del jefe del Departamento Político del Ejército Blindado de Guardias, 24.4.1945, y del 8.º Ejército de Guardias, 29. 4.1945, así como informe V. S. Semenov, representante del Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores, 30.4.1945, en Scherstjanoi (2004: 147-148, 153-154, 158-160).

473 *Eine Frau* (2003: 64).

474 Merridale (2005: 302); Satjukow (2008: 43-59).

475 Kunz (2007: 240-260).

476 Overy (1998: 262).

477 Kunz (2007: 260-265).

478 Fest (2003: 37-40).

479 Echternkamp (2006).

480 Cf. Fritz (2005); igualmente, véanse los testimonios recogidos en Huber (2013).

481 Kershaw (2000: 765-766).

482 Citado en Kershaw (2000: 772-773, 800-801).

483 Mulligan (2007).

484 Cf. Hastings (2006) y Müller y Ueberschär (1994).

485 Fest (2003: 95-98).

486 Cf. Naimark (2012) y Gebhardt (2015: 23-38; 95-113).

487 Cf. ejemplos en *Eine Frau* (2003: 57-60) y Schneider (2003: 174-177, 183-195). También Kuby (1966), y el diario de Ursula Waage, que narra la llegada de los soviéticos a Breslavia (Waage 2004: 48-51).

488 Beevor (2002: 351-352).

489 *Eine Frau* (2003: 78).

490 Cf. Beevor (2002: 436).

491 Cf. Ellman y Maksudov (1994), así como Krivosheev *et al.* (1997). Para la falta de atención a los muertos, cf. también Merridale (2005: 121-122).

492 Cf. Merridale (2006: 306), Overy (1998: 287-288), Barber y Harrison (2006: 202) y Hartmann (2013: 116-117). Igualmente, Glantz (2001: 13).

493 Cf. Overmans (1999: 315-335); Glantz (2001: 14-15); Hartmann (2013: 116-117).

494 Cf. Förster y Beck (2002); Merridale (2006: 323); Goltermann (2009).

495 Ejemplos en Aleksiévich (2015: 245-246); Pohl (2008: 332-333).

496 Aleksiévich (2015: 132).

497 *Vid.* por ejemplo Wehinger y Averyanov (2017: 62-65).

498 Cf. Edele (2008) y Dale (2010; 2015).

499 Goltermann (2009).

500 Biess (2006).

501 Cf. Wehler (2006: 32-33) y Reich-Ranicki (2000: 72-73). Sobre las historias familiares acerca de la guerra, cf. Welzer, Moller y Tschuggnall (2003).

502 Cf., por ejemplo, la reflexión novelada de Uwe Timm (2003) acerca del descubrimiento del diario de su hermano mayor, voluntario en una división de las Waffen SS y caído en Ucrania en 1943.

CAPÍTULO 7

LEGADO Y MEMORIA DEL FRENTE DEL ESTE (1945-2018)

> El destino de la patria, de todo el mundo, se decidía en aquel momento en Stalingrado. Y aquí, en buena medida, se reflejó el carácter inquebrantable de nuestro pueblo.
>
> VLADIMIR PUTIN, Volgogrado,
> 3 de febrero de 2018

¿Cómo se recordó la guerra germano-soviética en la Europa posterior a la II Guerra Mundial? ¿Cuál fue su dimensión transnacional? De entrada, cabe afirmar que no existe un patrón europeo de conmemoración o recuerdo del frente del Este, aunque esté implícito en la política de la memoria del Holocausto o del totalitarismo del siglo XX. El escenario del frente oriental se asocia a una serie de lugares de memoria o imágenes de gran intensidad plástica: la batalla de Stalingrado, soldados caminando exhaustos en la nieve… Existe, por el contrario, una gran diversidad de memorias privadas y públicas, así como de políticas de la memoria de marchamo estatal-nacional, que apenas dialogan entre sí. Eso también se traduce en parte en un muy limitado intercambio de sus historiografías acerca de la propia participación de sus connacionales en el frente del Este, y que no son capaces de establecer una narrativa de consenso o con un mínimo común denominador, en la que se realicen concesiones mutuas. Un buen paradigma es el que ofrece el Museo Germano-Ruso de Karlhorst, en Berlín, donde se superponen casi desde su fundación un discurso crítico con la guerra (el alemán) y una narrativa mayormente acrítica (la rusa, además de la ucraniana y la bielorrusa), pese a los esfuerzos por conjugar ambas perspectivas en las diversas exposiciones que ha organizado desde 1991[503].

Dentro de esa diversidad de perspectivas, podemos apuntar la existencia de cinco paradigmas: a) la evolución desde la percepción de víctima por partida doble a la asunción condicionada de la culpa, propia de Alemania federal desde 1949; b) la persistencia del mito de la Gran Guerra Patriótica en el bloque comunista entre 1945 y 1990, cuyos rasgos esenciales perviven en la política de la memoria de la Rusia postsoviética; c) la búsqueda de una difícil equidistancia, concretada en el paradigma de la doble invasión, en la Europa del Este tras 1989; d) la narrativa de la excepcionalidad heroica, en el caso de Finlandia; y e) la construcción de un mito del «bravo» soldado mediterráneo en el frente del Este, que con distintos matices representan Italia y España, basado en algunos elementos también comunes a los paradigmas anteriores: la externalización de la culpa y la percepción de los propios soldados y su experiencia como víctimas por partida doble.

7.1. Alemania: de víctimas a compañeros de viaje

El discurso crítico acerca de la memoria reciente en Alemania occidental desde 1945 es bien conocido en sus líneas generales. En él, lo ocurrido en el frente del Este jugaba un papel central, aunque complementario a lo que había sido la gran catástrofe germana del siglo XX: el nacionalsocialismo y el Holocausto[504].

Hasta los años setenta del siglo XX, las narrativas de posguerra de los vencidos, en particular en Alemania occidental, establecían una sustancial diferencia entre la Wehrmacht y las Waffen SS. Como ya vimos, se trataba del mito de la «limpia Wehrmacht», elaborado y difundido en la opinión pública de la RFA durante las décadas de 1950 y

1960[505]. La distinción fue mantenida con ahínco por las asociaciones de excombatientes, que procuraron además acomodarse al nuevo contexto de guerra fría y destacar su compromiso anticomunista[506]. Según ese modelo explicativo, los soldados alemanes destinados en el ejército regular condujeron en el Este una guerra mayormente limpia y convencional, que se atenía a normas civilizadas equiparables a las aplicadas en el frente occidental o en África septentrional, en un medio mucho más hostil y ante un enemigo implacable. Lo mismo se aplicaba a sus generales profesionales. Muchos de ellos, desde Heinz Guderian a Erich von Manstein, llevaron a cabo tras 1945 una auténtica reinvención de su papel, con el consentimiento tácito de los Aliados y de la OTAN. Se presentaron a sí mismos como militares profesionales que habían luchado por su país, pero obligados a obedecer a un *Führer* demente por lealtad patriótica, así como defensores de la tradición del Ejército alemán, proyectándola hacia el presente para hacer posible la edificación de un nuevo ejército democrático (la *Bundeswehr*). Por el contrario, los crímenes de guerra y la *Shoah* se debían solo a unos cuantos dirigentes lunáticos y a unas fanatizadas Waffen SS. Esa dulcificación de su papel halló amplia acogida, sobre todo, entre muchos militares y parte de la opinión pública de Estados Unidos, que alimentó el mito de una Wehrmacht honorable e invencible, solo derrotada por la superioridad en medios del enemigo, pero cuyas lecciones habrían de servir para Occidente en la Guerra Fría[507].

¿Y los alemanes de a pie? El discurso histórico-político, el cine y la literatura de la RDA eludieron la especificidad del Holocausto, pero abordaron en su memoria pública la guerra del Este como gran crisol de sangre del que surgió una renovada amistad germano-soviética, presentando la derrota

como una experiencia catártica, de la que muchos alemanes saldrían transformados en nuevos ciudadanos convencidos de los errores del fascismo y la necesidad de reconstruir Alemania sobre un renovado molde socialista. Los invasores soviéticos y los comunistas germanos que con ellos venían fueron retratados como un ejército liberador que *abría los ojos* a los alemanes[508]. Por el contrario, en la esfera pública y en la literatura de la RFA imperó en un principio el silencio recurrente sobre el pasado reciente, y en particular sobre la guerra del Este. Cuando esta empezó a abordarse en clave fílmica y literaria, desde mediados de la década de 1950, pasó a predominar un paradigma de la victimización colectiva, que distinguía las responsabilidades del Holocausto de la guerra de exterminio. Auschwitz se presentó en un plano distinto y alejado de Stalingrado. Los alemanes corrientes también habrían sufrido padecimientos innombrables, fuesen los soldados en el frente oriental —mostrados en las recreaciones literarias de las dos Alemanias a partir de 1950 como marionetas de un destino trágico— o fuesen los civiles en la retaguardia. La «catástrofe alemana», según definición del historiador Friedrich Meinecke, había sido inducida por una minoría de fanáticos capaz de seducir y dominar la voluntad del pueblo germano, la mayor víctima de los efectos de la tormenta que aquellos habrían desatado[509]. El nacionalsocialismo se impuso primero como férrea dictadura sobre una nación civilizada; tras cometer crímenes y agresiones en el exterior, acabó por llevar la destrucción a su propio suelo: bombardeos masivos, cuantiosas pérdidas humanas, amputaciones territoriales y sufrimientos sin fin de la población civil obligada a huir del avance soviético y deportada en la posguerra desde Europa centrooriental, así como forzada a padecer la angustia cotidiana del hambre, los atestados refugios subterráneos y las muertes de vecinos y

familiares. Y a sufrir, en fin, las vejaciones infligidas por los soldados ocupantes, aunque sobre este último tema se extendería un espeso manto de silencio público.

Esos ultrajes, además, habrían tenido continuidad mucho después de 1945. Ahí estaban para atestiguarlo los miles de prisioneros de guerra del Ejército alemán que penaron en campos soviéticos con trabajos forzados hasta su total liberación a mediados de la década de 1950; o los suicidios y traumas de miles de excombatientes y civiles. Eran temas que no siempre se expresaban en público. Sobre algunos de ellos pesaba además un cierto tabú en la memoria colectiva, no exento de condicionantes generacionales que afectaron tanto a los millones de excombatientes que se reintegraron a la vida civil y que eludieron en lo posible, incluso en el ámbito privado, recordar lo vivido en el Este en esos años, como a los propios historiadores alemanes de la inmediata posguerra. Ese tabú también se expresaba en el campo de la alta literatura, donde el tema solo se retomó con intensidad por varios autores en la primera década del siglo XXI, así como por algunos filmes[510].

Tumba anónima en el cementario de guerra de Waldfriedhof (Múnich), dedicada al recuerdo de «nuestros muertos en el Este cuyo destino y cuyas tumbas permanecen en la oscuridad» (Archivo del autor)

Dentro de la victimización colectiva de los alemanes se diluía la categoría de los perpetradores, y la más general de los partidarios del nacionalsocialismo: ¿Quién había sido nazi, además de la cúpula del régimen que había muerto, había sido juzgada en Núremberg o se había esfumado en la posguerra? Como señalaban los informes aliados en la primavera de 1945, en la Alemania recién ocupada por los vencedores nadie reconocía haber sido miembro del NSDAP, sino que los nazis siempre habían sido otros (del pueblo contiguo, de otra región, ya huidos o muertos)[511]. La política del silencio praticada durante la era de predominio democristiano (1949-1963) del canciller Konrad Adenauer en la RFA estuvo acompañada por una desnazificación selectiva del personal de la administración y de la nueva *Bundeswehr;* y asimismo, por la proliferación de estrategias familiares de exculpación de los propios padres y abuelos: silencio en la primera generación de supervivientes, fuesen veteranos de guerra, retornados del cautiverio soviético o antiguos prisioneros de los campos de concentración nazis, a los que la opinión pública exigía dejar atrás los traumas vividos y concentrarse en la tarea de la reconstrucción del país[512]. Pero también disculpas de ubicuo uso familiar. El padre o el abuelo veterano de guerra nunca *había sido nazi.* No se debatía la maldad inherente al régimen nacionalsocialista, pero se destacaba al propio pariente como un caso, discreto o no, de salvador de prisioneros o de judíos, o al menos como a alguien que se portaba hacia ellos con humanidad[513]…

El cine fue un primer vehículo de esa narrativa exculpatoria. Algunas de las películas acerca del frente del Este que se sucedieron desde la década de 1950 son claras muestras de esa tendencia. En particular, las recreaciones de la batalla de Stalingrado, el punto culminante y la gran

tragedia presentada como un *pathos* colectivo desde el punto de vista alemán, como revelaban las evocaciones literarias de los soldados repatriados, como Heinrich Gerlach y su *Die verratene Armee* [*El ejército traicionado,* 1957]. Era el caso de *Der Arzt von Stalingrad* [*El médico de Stalingrado,* 1957], de Géza von Radványi, basado en la novela homónima de Heinz G. Konsalik, y que recrea la lucha por la supervivencia en un campo de prisioneros soviético; o *Hunde, wollt ihr ewig leben?* [*Perros, ¿queréis vivir eternamente?,* 1959], de Frank Wisbar[514]. Pero también en películas posteriores como *Heimat* (Edgar Reitz, 1984) o *Stalingrad* (Frank Vilsmaier, 1993). En ellas, los soldados del ejército regular son presentados bajo un ángulo fatalista, épico a veces, como luchadores por su supervivencia en un intento fútil de vano heroísmo, ante una situación y una lógica que escapa a su control[515].

En el discurso germanooccidental de posguerra también se registraba una tendencia implícita, y a veces explícita, a la equiparación entre nacionalsocialismo y comunismo soviético. Esa identificación fue reforzada por la polémica inducida por Ernst Nolte y otros historiadores a mediados de la década de 1980 (la *Historikerstreit* o disputa de los historiadores) pero ya estaba presente con anterioridad. Desde mediados de la década de 1970 se empezó a registrar una nueva sensibilidad hacia la *Shoah,* gracias en primer lugar a la retransmisión en febrero de 1979 por la televisión pública de la RFA de la serie norteamericana *Holocausto.* Eso, de forma indirecta, llevaba a cuestionarse qué fue lo que en realidad ocurrió en el frente del Este. Era una pregunta incómoda, pues para un 80 por ciento de los alemanes significaba formularla en el ámbito familiar: «¿Qué hiciste durante la guerra en Rusia, abuelo?». Una cuestión que aún a principios del siglo XXI resultaba incómoda, y que llevaba

también a abordar la complejidad de la categoría de los perpetradores[516]. Un hito fundamental en este sentido, como ya señalamos, fue la *Exposición de la Wehrmacht,* organizada por el Instituto de Historia Social de Hamburgo en 1995, gracias a los nuevos fondos disponibles por un tiempo en los archivos militares rusos tras 1990. Aunque algunas de las fotos no habían sido bien identificadas, y la muestra tuvo que cerrarse temporalmente para revisar el material, en lo fundamental su credibilidad no se vio afectada. En ella se demostraba la complicidad de la Wehrmacht con determinadas facetas del exterminio de los judíos, así como su colaboración o connivencia con la guerra sucia sostenida en la retaguardia. Con ello, el mito de la limpia Wehrmacht se tambaleó, aunque fue mantenido por amplios sectores de la opinión pública conservadora[517].

La aceptación de su porción de culpabilidad, o cuando menos del conocimiento de lo que ocurría en la retaguardia del frente oriental, por parte de muchos soldados corrientes del Ejército alemán, que callaron lo que vivieron a su vuelta a casa, llevó a la necesidad de rehacer y readaptar el relato de la memoria en la Alemania del siglo XXI. Y ese relato tuvo siempre en cuenta las conclusiones de la investigación histórica profesional. Un buen ejemplo de ello es la producción de la televisión pública alemana estrenada en marzo de 2013 *Unsere Mütter, unsere Väter* (*Hijos del Tercer Reich,* según su título español). Se trata de una miniserie en tres capítulos, que pretende entrar en la memoria familiar y provocar el diálogo intergeneracional entre los protagonistas de la guerra (en este caso, del frente del Este) y la tercera generación, creando personajes de ficción inspirados en buena parte en vivencias reales y que podían ser creíbles para muchas familias alemanas. La historia narra la evolución de cinco amigos berlineses: dos hermanos

movilizados por la Wehrmacht que experimentan procesos opuestos de embrutecimiento y contemplan las atrocidades cometidas por sus camaradas en la retaguardia del frente oriental, participando también en ellas; una enfermera que sirve en los hospitales de la Wehrmacht hasta su captura por los soviéticos; un joven judío que consigue escapar a la deportación y es acogido por un grupo de partisanos polacos que, a su vez, no ocultan sus sentimientos antisemitas; y su novia, una cantante ambiciosa que para hacer carrera y al mismo tiempo proteger a su amado se convierte en amante de un preboste de las SS. El productor, Nico Hoffmann (1959), se inspiró en parte en las experiencias vitales de sus padres, y creó de forma deliberada personajes moralmente ambiguos, que se dejaban llevar por los acontecimientos. Eran, por ello, asimilables por muchos espectadores a sus propios padres o abuelos, a diferencia de otras producciones, como la película sobre el bombardeo de Dresde de Roland S. Richter *Dresden* (2006).

La serie obtuvo una alta cuota de pantalla y desencadenó durante semanas un amplio debate público, consiguiendo en buena medida su objetivo: romper el silencio familiar y crear empatía entre los supervivientes de la época del III Reich y la historia narrada. Sin embargo, en su planteamiento se observan aún algunos elementos de continuidad con el discurso de la memoria anterior, y con sus límites. En primer lugar, la desaparición de los nazis y los perpetradores conscientes, que son siempre ajenos a los protagonistas del relato y presentados, de forma indirecta, como simples sádicos, pues los oficiales del SD o de los *Einsatzgruppen* eran a menudo diplomados universitarios, convencidos de la bondad de exterminar determinadas categorías de población; pero no se aborda la cuestión del consentimiento y la adhesión activa al régimen, y la devoción por Hitler, de

millones de ciudadanos corrientes después convertidos en soldados. Por tanto, los nazis siguen siendo los *otros,* actores secundarios, pero jamás protagonistas[518]. En segundo lugar, no queda claro si la mayoría de los alemanes eran conscientes de qué les sucedía a sus conciudadanos judíos cuando eran deportados. En tercer lugar, se relativiza el carácter específico del antisemitismo alemán, al sugerir que también los demás pueblos (en este caso, los partisanos polacos) compartían prejuicios antisemitas. En cuarto lugar, la externalización relativa de la culpa y la aceptación de la ambigüedad de los protagonistas lleva a la esperanza: los compañeros de viaje del nazismo más o menos ingenuos y seducidos por el *Führer* serían después, fortalecidos por la experiencia bélica y liberados de sus errores, los protagonistas de la reconstrucción de Alemania. En ello, *Hijos del Tercer Reich* no se diferenciaba en mucho de la recreación fílmica de otros testimonios, como el de la joven secretaria muniquesa de Hitler Traudl Junge en el documental *Im toten Winkel – Hitlers Sekretärin* [*En el ángulo muerto: la secretaria de Hitler,* André Heller, 2002], retomado después por la galardonada producción de Oliver Hirschbiegel *El hundimiento* [*Der Untergang,* 2004]. En particular, la escena final en que Traudl Junge, tras salir del búnker de la cancillería, es capaz, de forma poco verosímil, de atravesar las líneas soviéticas de la mano de un niño y salir al aire puro. Una metáfora del nacimiento de la RFA: una colaboradora ingenua y un joven inocente[519].

Exvoto de un soldado retornado del cautiverio soviético en agradecimiento por haber sobrevivido, monasterio de Andechs, Baviera (Archivo del autor)

La visión crítica del pasado alemán reciente acerca de la guerra en el Este puede ser debatible en varios aspectos. Se ha señalado la continuidad del paradigma del victimismo, la «sombra de Stalingrado» que habría incidido en la imagen de un ejército abandonado por sus comandantes, entregado a la fatalidad en un clima inhóspito y una guerra sin cuartel, obligado a marchar a un cautiverio del que pocos

retornarían. Con todo, la manera en que los veteranos después socializados en la RDA recordaron sus años como prisioneros difería en mucho de la imagen transmitida por sus camaradas en la RFA. Lo que también mostraba el peso de las diferentes culturas públicas de la memoria en ambas Alemanias[520]. Aleida Assmann ha subrayado que, vista desde el exterior, Alemania pasó de ser maestra en la ejecución de matanzas masivas a ejercer de modelo acerca de cómo elaborar un discurso crítico de ellas, imitado con mayor o menor fortuna por otros países. Pero esa imagen obviaba los altibajos de las políticas de la memoria germano-occidental y la lentitud de su consolidación. Dentro de la sociedad alemana, y en particular en sus sectores conservadores, se mantuvieron reticencias desde 1949 hacia las «excesivas» concesiones al relato de los vencedores. Esos temas han sido cultivados por parte de un revisionismo de baja intensidad, pero más o menos presente en la esfera pública de la RFA y unificada hasta la actualidad[521]. Con todo, hay que señalar que ese discurso nunca se ha convertido en hegemónico, y que su visibilidad pública ha sido reducida. Con los matices críticos que se desee, el relato crítico hacia el pasado nazi y en particular hacia la II Guerra Mundial, cuyos dos temas principales siguen siendo el Holocausto y la experiencia del frente del Este, han sido una constante del discurso de la memoria públia en Alemania occidental desde al menos la década de 1970.

7.2. La larga sombra de la Gran Guerra Patriótica

Como era de esperar, en la URSS se cultivó con fruición el relato de la Gran Guerra Patriótica *(Velíkaya Otéchestvennaya voyná),* tanto durante como después del

conflicto. Era una imagen que, además, situaba en su centro el protagonismo heroico de Stalin y de sus decisiones, al tiempo que tendía a minimizar el papel de los generales —como el laureado Zhukov— que podían desafiar su primacía, así como la relevancia de la ayuda externa recibida por la URSS de los aliados capitalistas. En un segundo plano, esa narrativa adjudicaba un papel destacado a la capacidad de resistencia del pueblo soviético como colectivo nacional y de clase, estableciendo igualmente una suerte de jerarquía étnica del heroísmo. Dentro de ella, en primer lugar figuraban los rusos, y a continuación los ucranianos y los bielorrusos como naciones eslavas, en un tercer lugar todos los demás. El general Chuikov declaraba así sin cortapisas en enero de 1943 que en Stalingrado combatían en sus unidades un 70 por ciento de rusos, un 10 por ciento de ucranianos, y el resto de otras nacionalidades; pero que sin duda «los rusos eran los mejores en la lucha»[522].

El Estado era, en todo caso, el único agente que dictaba cuáles eran los contenidos de la memoria colectiva sobre la Gran Guerra Patriótica, el que establecía sus límites, designaba los modelos de los monumentos a construir en toda la URSS y sus países satélites, y decidía qué merecía ser conmemorado y qué debía ser olvidado. Pero tras 1945, Stalin también temía la esperanza de liberalización y los síntomas de emancipación que insuflaba el optimismo de la victoria entre los soldados retornados y entre la población civil[523]. No había, por ello, interacción posible entre una memoria social y pública producida desde abajo (por asociaciones de veteranos o por memorias publicadas, por ejemplo) y el discurso oficial emitido desde arriba. Por ejemplo, apenas se permitió la publicación de memorias o diarios de guerra de los combatientes *(frontoviki)* del Ejército Rojo, cuyo mantenimiento estaba en teoría prohibido a los

combatientes, hasta los años posteriores a 1989[524].

Monumento a los defensores de Leningrado, San Petersburgo (Archivo del autor)

El héroe de la resistencia, según el relato soviético de la inmediata posguerra, era el omnisciente Stalin, cuya aura resistió en parte los intentos posteriores por cuestionar su liderazgo durante la guerra. El papel del patriota salvador de la nación sustituyó u oscureció al rol del autócrata. Pero si existe una imagen omnipresente, ya a partir del recurso sistemático por parte de la propaganda de guerra al nacionalismo como mito movilizador, es la «Madre Rusia», perpetuada hasta la saciedad en monumentos, carteles, representaciones iconográficas y cinematográficas. Esta imagen se veía complementada por la figura del soldado anónimo, que se sacrificaba por la patria y no volvía de la guerra, llorado por una madre o una novia que en vano esperaba su retorno. Se daba prioridad así al protagonismo de un *epos* colectivo, que se tornó especialmente predominante en la época de Kruschev. Fue entonces cuando la memoria de la guerra dejó de identificarse con el culto a Stalin, quien fue criticado por sus decisiones estratégicas tardías y erróneas, así como, en parte, por su conducción despótica del esfuerzo bélico en la retaguardia, y se centró de forma predominante en el papel del pueblo soviético,

salvador de la patria y libertador de Europa de las garras del fascismo. Así se reflejaba en la obra literaria de Vasili Grosmann, como su novela *Vida y destino* (1960), y de otros escritores, como Grigory Baklanov *(Julio de 1941,* 1964). Temas como la juventud perdida, el recuerdo de los camaradas y familiares muertos, el hombre que no retornaba a casa y las pérdidas humanas que afectaron a la generación que vivió la guerra reflejaban así la experiencia de muchas familias, y marcaron en la novelística soviética y rusa sobre la guerra un paradigma de «heroísmo pragmático» que, pese a todo, veía en la experiencia de 1941-1945 una guerra justa[525].

Así se puede apreciar también en los monumentos a los liberadores soviéticos en diversas partes de Europa Oriental, que destacaban a menudo el papel de los simples soldados en la derrota del fascismo[526], hasta los filmes de la época de Kruschev, como *La balada de un soldado* (Grigorii Chukhrai, 1959) o *Los vivos y los muertos* (Aleksander Stolper, 1963), adaptación de una novela de Konstantin Simonov. Las recreaciones fílmicas y literarias producidas durante la etapa de Brezhnev, se afanaron en construir héroes individualizados, pero insertados en una causa colectiva y un relato victorioso —y elusivo de las responsabilidades de las primeras derrotas— que llevaba a privilegiar la segunda etapa de la guerra, posterior a la victoria de Stalingrado. Un buen ejemplo fue la épica producción cinematográfica de más de ocho horas de duración y cinco capítulos *Liberación* (*Osvobozhdenie,* 1968-1971), de Yuri Ozerov. En ella, el protagonista pasaba a ser el Ejército Rojo y su heroísmo colectivo, y se subrayan las disensiones con los aliados capitalistas en 1944-1945[527].

Museo del sitio de Leningrado (Archivo del autor)

Durante la era Brezhnev tuvo lugar la consagración de la Gran Guerra Patriótica como experiencia fundamental de la construcción de la URSS, que por primera vez superaba en importancia a la conmemoración de la Revolución de 1917. La recurrente apelación al recuerdo de la Gran Guerra

Patriótica pretendía galvanizar a una población falta de estímulos y grandes objetivos, y en la que empezaban a registrarse significativos brotes de disidencia. Para empezar, el Día de la Victoria (9 de mayo) fue declarado de nuevo fiesta nacional, en el que tenían lugar desfiles militares, ofrendas y encuentros de veteranos de guerra. Monumentos, rituales, conmemoraciones, representaciones de la guerra en las artes plásticas y en el cine reflejaban la Gran Guerra Patriótica como una encrucijada de pequeñas gestas heroicas que, en conjunto, demostraban la superioridad del socialismo sobre el capitalismo. En esa encrucijada, facetas oscuras como la colaboración de numerosos ciudadanos y grupos étnicos soviéticos con los ocupantes, la ineficacia militar que propició las derrotas de las primeras semanas del conflicto, el desprecio por las vidas de los soldados por parte del Ejército Rojo, las deportaciones y la coerción represiva del régimen estalinista en la retaguardia, incluyendo la acción de las tropas especiales del NKVD y los batallones de castigo en los que penaron miles de soldados del Ejército Rojo, seguían siendo temas tabú. Las memorias individuales debían ser integradas en una metanarrativa unificada y controlada desde el Estado. Así se expresó en las inauguraciones de la Tumba del Soldado Desconocido *(Mogila Neizvestnova Soldata)* en uno de los muros del Kremlin de Moscú en mayo de 1967; la gigantesca escultura representando a la Madre Rusia llamando al combate *(Rodina Mat Zov'Yot)* en la colina de Mamaev, en Volgogrado, para conmemorar la batalla de Stalingrado, a partir de un boceto ideado quince años antes; el complejo escultórico dedicado al sitio de Lenigrado, en el que los protagonistas eran, sobre todo, las representaciones de los defensores de la ciudad, tanto militares como civiles *(blokadniki),* durante los 900 días del asedio, que fue

inaugurado el 9 de mayo de 1975; o, por último, la gigantesca estatua de la Madre Patria *(Rodina Mat)* que corona el museo dedicado a la guerra en una colina de Kiev, en mayo de 1981[528].

La perspectiva con la que se presentaba la guerra era, como en el pasado, acrítica: los culpables, y por tanto los *otros,* eran los alemanes o *fascistas,* sin ninguna matización. El Estado soviético se limitaba a defenderse de una agresión provocada por el afán imperialista del fascismo. Se silenciaba la condición de perpetrador durante un tiempo del Ejército Rojo, tanto el pacto germano-soviético de agosto de 1939 como la invasión de Polonia oriental, los países bálticos o el ataque a Finlandia. En los museos dedicados a la guerra en Polonia o en los países bálticos, ese período se cubría a menudo con un manto de silencio, frente al énfasis otorgado a la *liberación* de 1944-1945[529]. La URSS, con el sacrificio de millones de conciudadanos, habría ofrecido su sangre para liberar del yugo nazi a otros pueblos. Ni siquiera los generales de Stalin fueron rehabilitados de forma debida. Únicamente es de señalar que en la primera mitad de los años setenta se registró algún cambio en la caracterización del enemigo, presentado bajo un prisma más matizado y humano, de forma paralela a los esfuerzos de distensión protagonizados por la URSS desde 1975 y a la favorable acogida de la *Ostpolitik* del gobierno socialdemócrata de Willy Brandt, que aconsejaba rebajar los tonos antigermanos del discurso fílmico.

Desde mediados de la década de 1980, al socaire de la política de transparencia *(glásnost)* durante el gobierno de Gorbachov, algunos de los mitos fundacionales fueron sometidos a revisión. Se recordaría entonces a protagonistas olvidados, las difíciles condiciones de vida de los mutilados y veteranos, los soldados condenados a batallones de castigo

durante la guerra, los que fueron víctimas del «fuego amigo» de los escuadrones del NKVD[530]. En la historiografía rusa desde principios del siglo XXI se han registrado algunos avances significativos en la exploración de temas tabú por los historiadores soviéticos, como los costes humanos de la guerra y la responsabilidad en ello del estalinismo, o las formas activas y pasivas de colaboración con el ocupante. Se ha desarrollado también una visión menos estereotipada de la experiencia popular durante el conflicto y, con retraso respecto a la historiografía occidental, ha crecido el interés por las percepciones de los combatientes de a pie, los *Ivanes* y la población civil; como consecuencia, también se ha publicado un número creciente de memorias y volúmenes con testimonios[531].

Sin embargo, desde mediados de la década de 1990, y con particular intensidad desde el inicio de la *Era Putin* (2000), en el discurso de la memoria pública ha tenido lugar un gradual retorno a los fundamentos del mito de la Gran Guerra Patriótica. A este respecto, no se han registrado grandes cambios en la percepción popular y el recuerdo institucionalizado de la II Guerra Mundial. La autocrática Rusia del presidente Vladimir Putin ve en la guerra de 1941-1945 un elemento fundamental de la identidad rusa contemporánea, y por extensión de la soviética, cuya desaparición se lamenta como una catástrofe geopolítica. Así se ha podido apreciar en las ceremonias conmemorativas del 70 y 75 aniversario de la batalla de Stalingrado, en las que Putin se refería a ella como un reflejo del «carácter inquebrantable del pueblo ruso» que «combatió por su hogar, por la vida de sus hijos» y salvó su patria[532]. Un mensaje similar se transmitía a través de algunas de las producciones fílmicas rusas de los combates por la ciudad del Volga, como *Stalingrado* (2013, Fedor Bondarchuk); o

bien en la recreación fílmica del mito de los *28 de Pánfilov,* acerca de la batalla de Moscú en noviembre de 1941 (Kim Druzhinin y Andrei Shalopa, 2016), coproducida por los Gobiernos de Rusia y Kazajistán, ya que los protagonistas eran en buena parte kazajos y kirguises, además de rusos y ucranianos. En todas ellas se mantienen —y en algunos casos se simplifican hasta extremos casi caricaturescos— los temas clásicos del heroísmo colectivo del pueblo soviético —con insistencia en el sacrificio compartido por distintos grupos étnicos en una gran patria socialista—, el protagonismo del grupo frente al individuo y la imagen estereotipada del enemigo. Es la gran Madre Rusia que sigue llamando al sacrificio a sus hijos, siendo Stalin o el comunismo elementos ignorados o marginales[533].

El discurso oficial de la Gran Guerra Patriótica emitido desde las instancias gubernamentales ha sufrido desde 2012 algunas matizaciones, gracias al surgimiento de iniciativas memorialísticas desde abajo, a iniciativa de familias que insistían en recordar a los combatientes individuales, por sus nombres y apellidos. Se destacaba así el protagonismo de la gente común, y el sufrimiento de miles de familias durante la guerra, así como los matices locales y regionales del conflicto a lo largo de la URSS, y la contribución de cada ciudad o región a la victoria final. Era el caso de los desfiles de miles de personas el Día de la Victoria (9 de mayo) portando los retratos de sus familiares fallecidos en el conflicto que, a partir de diversas iniciativas surgidas en 2007 en ciudades siberianas, fueron retomadas desde 2012, partiendo de Tomsk y extendiéndose al año siguiente a 30 ciudades. En 2015 se habían convertido ya en medio millar, incluyendo también poblaciones de varias repúblicas exsoviéticas y ciudades de Israel, EE. UU., Austria o Alemania, donde existen minorías étnicas rusas o

comunidades de emigrantes, que a menudo hicieron de la conmemoración, sumada a la popularización de símbolos como la cinta de san Jorge, una reivindicación nacional. En Moscú marcharon en 2015 cerca de medio millón de personas, entre ellas el propio presidente Putin, quien prefirió sumarse a la iniciativa[534].

La narrativa de la Gran Guerra Patriótica ha sufrido igualmente diversas acomodaciones postsoviéticas. En el caso de Bielorrusia, donde apenas existían movimientos nacionalistas antes de 1990, se mantuvieron los principales motivos del discurso anterior a 1989, en particular desde el ascenso de Alexander Lukashenko al poder en 1994, con un mayor énfasis en la «reunificación» de la nación bielorrusa tras la anexión de territorios de Polonia oriental por la URSS en septiembre de 1939. También se mantuvo la concepción de Bielorrusia como «república partisana» en la que la oposición al ocupante habría sido casi unánime. La misma tendencia hacia una reacomodación de los mitos de la Gran Guerra Patriótica en una narrativa nacionalista se observaba en la República de Moldavia desde 1990. No obstante, tanto en Moldavia como, en particular, en Ucrania se ha procedido, sobre todo en la esfera local, a una «domesticación» y reapropiación de los monumentos al Ejército Rojo. Así, las estatuas de la Madre Patria dejaban de ser soviéticas para ser ucranianas o bielorrusas, y las estrellas rojas fueron a menudo sustituidas por símbolos cristianos[535].

7.3. La Europa oriental postsoviética: ocupantes, ocupados y patriotas

La perspectiva de la Europa oriental liberada —u ocupada—

por el Ejército Rojo entre 1947 y 1990 se supeditó al cambiante paradigma de la Gran Guerra Patriótica, entendida como ejemplo para todos los procesos de liberación nacional del fascismo. Durante el período del socialismo real imperó en esa política de la memoria no solo el silencio acerca de los propios colaboracionistas nacionales, sino también sobre la experiencia de los combatientes del ejército regular mandados a combatir a la Unión Soviética, y que al contrario que en el caso de la RDA no fueron acogidos a su vuelta del cautiverio soviético por campos de «reeducación» antifascista o por instituciones específicas. Los excombatientes del Ejército húngaro, del Ejército nacional rumano y del cuerpo expedicionario eslovaco fueron cubiertos en la posguerra por una sombra de forzado olvido. A su retorno de los campos soviéticos solo les quedó integrarse de forma anónima en las nuevas sociedades socialistas en construcción, si bien este es un tema que todavía aguarda por futuras investigaciones[536]. En la memoria oficial rumana, húngara, eslovaca, báltica o ucraniana entre 1946 y 1990 también fueron silenciados —como era de esperar— los voluntarios de las Waffen SS y de los diversos cuerpos auxiliares, al igual que los colaboracionistas de orientación nacionalista. Eran fascistas y traidores, cuyo idealizado recuerdo solo se mantuvo entre los círculos exiliados en América y Europa occidental.

La imagen del Ejército Rojo como liberador de las naciones sojuzgadas por el fascismo se complementaba con el reforzamiento de un paralelo mito de la resistencia y la autoliberación, destacando el papel de los levantamientos populares contra los ocupantes nazis días antes de la arribada del Ejército Rojo, que en algunos casos llevó a la efímera creación de «repúblicas partisanas» que se presentaron ante los *liberadores* como el poder civil

constituido[537]. Los propios comunistas nacionales exiliados en Moscú durante la guerra, y que se instalaron en el poder llevados de la mano de las tropas soviéticas, así como en algunos casos los propios contingentes de connacionales (el Ejército Popular Polaco o *Wojsko Ludowe,* y la división rumana *Tudor Vladimerescu*), que operaban integradas en el Ejército Rojo, fueron presentados como los auténticos patriotas antifascistas. Actuaban así de nexo oportuno entre el pasado nacional, el presente y el futuro, y su protagonismo permitía presentar la ocupación soviética como una liberación nacional de la mano de un admirado aliado.

Después de la disgregación de la URSS pasó a imperar una imagen alternativa del pasado nacional, a pesar de algunos movimientos pendulares. En general, imperó una memoria selectiva, muy supeditada a la creación de un patrón nacional propio, que se remontaba a los orígenes imaginados de la nación, con el que debía ser congruente la memoria de la II Guerra Mundial[538]. La tendencia, desde Hungría a Estonia, presenta algunos rasgos comunes, manifiestos en la actividad institucional de las comisiones oficiales de historiadores e institutos de la memoria nacional; los museos sobre las ocupaciones nazi y soviética, la II Guerra Mundial o el «genocidio» (referido a la nación víctima de esas ocupaciones), las artes visuales y la erección de nuevos complejos memorialísticos y monumentales[539].

En primer lugar, con más intensidad en el Báltico, Polonia y Ucrania, la equiparación de las dos ocupaciones (nazi y soviética), con un mayor énfasis en la segunda, ignorada por la memoria oficial impuesta durante el período comunista. Un primer síntoma fue la destrucción, remoción, abandono o en muchos casos «domesticación» de los numerosos monumentos y estatuas consagradas a figuras

históricas del comunismo y a los «liberadores» del Ejército Rojo[540].

En segundo lugar, la rehabilitación de los resistentes no comunistas al nazismo, con especial predilección por los nacionalistas (en el caso báltico, ucraniano o polaco), y la recuperación de la memoria de las diversas guerrillas y formas de resistencia al dominio soviético tras la retirada alemana. Cada nación habría tenido que luchar por la recuperación de su independencia contra unos ocupantes y otros; pero frente al olvido de la resistencia no comunista al fascismo, de las víctimas del terror estalinista y de las propias formas de oposición al comunismo, cabía ahora recuperar para el panteón patrio a disidentes, resistentes y en muchos casos nacionalistas incomprendidos y/o vilipendiados por el relato de la Gran Guerra Patriótica.

En tercer lugar, el énfasis en la doble condición de víctimas de distintas ocupaciones y/o dirigentes aliados con nazis y con comunistas. Esta representación tiene más dificultades para hallar héroes legitimables desde una perspectiva democrática donde los nacionalistas locales colaboraron de manera tácita con los nazis, o fueron corresponsables de matanzas contra judíos y otros grupos étnicos; o bien, simplemente, profesaron doctrinas de extrema derecha afines al fascismo que, tras 1945, se vieron impelidos a moderar y trocar en anticomunismo más o menos teñido de religiosidad[541].

Existen, con todo, importantes matices nacionales, que dependen en buena medida de la fuerza de los partidos comunistas postsoviéticos y *nacionalcomunistas,* cuya pugna por el poder con los etnonacionalistas les ha llevado a propugnar una nacionalización de la narrativa soviética del conflicto. El debate ha adquirido mayor intensidad en los

países independizados de la URSS donde residen importantes minorías rusas o rusófonas, que han cultivado la memoria de la Gran Guerra Patriótica como símbolo de afirmación nacional. En Ucrania, sobre todo en la parte occidental —Galitzia y Volinia—, donde con más fuerza se ha preservado tanto el idioma ucraniano como el sentimiento nacionalista, tuvo lugar tras 1990 una mitificación de los nacionalistas ucranianos radicales, muchos de ellos exiliados en los años treinta, quienes, liderados por Stepan Bandera, entraron con las tropas nazis para descubrir que la prometida reinstauración de la República ucraniana, proclamada el 30 de junio de 1941 —recordada como un precedente de la independencia de 1991 por muchos historiadores ucranianos— no era tolerada por el III Reich. Divididos en dos fracciones, una moderada y otra radical, los partidarios de Bandera acabaron por combatir a nazis, soviéticos y polacos al mismo tiempo, siendo responsables en 1943 de sangrientas matanzas de población polaca en Volinia. El UPA solo se extinguió a principios de la década de 1950, y Stepan Bandera fue asesinado en 1959 en Múnich, a manos del KGB. En toda Ucrania occidental surgieron a lo largo de la década de 1990 numerosos monumentos dedicados a los líderes del UPA, tanto a Shujévych como, sobre todo, a Bandera. Este último se convirtió en el mito por antonomasia del nacionalismo ucraniano en el siglo XX, tanto en la diáspora nacionalista en América, Australia y Europa, como en la Ucrania independiente tras 1991[542].

Un mayor silencio rodea, sin embargo, el conocimiento de la participación de voluntarios ucranianos en las Waffen SS y los colaboracionistas que, reclutados entre prisioneros de guerra, participaron en la represión antipartisana y el exterminio de la población judía. En varios manuales escolares, así como en las conmemoraciones públicas, se

tendía a presentar una imagen de Ucrania como país monoétnico, víctima de dos ocupaciones, en la que se ignoraban las percepciones diferenciadas de la población rusa y rusófona del centro y este del país, así como la presencia de judíos, polacos y otros grupos étnicos. Esa tendencia se moderó en el período de gobierno de Leonid Kuchma (1994-2004), durante el que también se propagó el recuerdo de una Gran Guerra Patriótica «ucranizada», en la que la República Socialista Soviética de Ucrania entre 1945 y 1991 se presentaba como precedente nacional, por haber conseguido unificar a todos los ucranianos, y se destacaba el papel de Ucrania en la lucha contra el fascismo. Así, fueron rescatados del olvido el soldado ucraniano que izó la bandera roja sobre el Reichstag en mayo de 1945, así como los nacionalistas ucranianos que fueron víctimas de los nazis. Se trataba de una gran guerra patria, pero del pueblo ucraniano.

Sin embargo, durante la etapa de la «Revolución naranja» (2003-2004) con Yushenko y Timoshenko se retornó en parte a la narrativa nacionalista anterior. Ucrania habría sido víctima de una gran tragedia, a manos de dos totalitarismos que dirimían sus cuentas en territorio nacional. Eso se combinaba con la rehabilitación de los veteranos del UPA, la OUN y todos los «luchadores por la independencia», el intento de relativizar y hasta negar las tendencias antisemitas dentro de esas organizaciones, así como el particular énfasis en el *Holodomor,* la muerte por hambre de millones de campesinos ucranianos en 1932-1933, interpretado como un genocidio soviético. Esa narrativa contribuía, sin embargo, a polarizar la cartografía de las memorias colectivas, pues era contestada por el Partido Comunista y por buena parte de la población rusófona o prorrusa de Ucrania central y oriental, que destruyeron

monumentos a la OUN y a la UPA, restaurando por el contrario el culto a la Gran Guerra Patriótica, patente en ciudades como Kharkiv, así como las variedades locales de la misma. Este fenómeno se vio reforzado por la guerra no declarada entre separatistas pro-rusos y el Ejército ucraniano desde 2014[543]. El reciente estreno de la película polaca *Wolyn* (Wojciech Smarzowski, 2016), acerca de las matanzas perpetradas por campesinos ucranianos y el UPA, con aquiescencia de la Wehrmacht, contra civiles polacos en la región de Volinia para proceder a su limpieza étnica, puso también a prueba el difícil pasado de la vecindad polaco-ucraniana. De hecho, la proyección del film ha sido prohibida en Ucrania.

Desde la reconquista de su independencia en 1990, en Estonia y Letonia tuvo lugar un proceso de revisión de la narrativa de la historia nacional, y en especial de la imagen de la II Guerra Mundial que predominaba en la etapa soviética, que se materializó en una simbólica «disputa de los monumentos». Los hasta entonces glorificados liberadores, entre quienes participaban unidades bálticas, fueron ahora vistos por los nacionalistas estonios y letones como simples ocupantes; por el contrario, su recuerdo seguía siendo venerado por los miembros de las minorías rusófonas, que cada 9 de mayo celebran la victoria soviética y honran los monumentos al Ejército Rojo[544]. Las víctimas del terror estalinista, y en especial de las deportaciones masivas en 1941 y tras 1945, pasaron a ocupar un papel destacado en el particular vía crucis de martirios a manos de sus poderosos vecinos —teutones, rusos zaristas y soviéticos— trazado por las narrativas nacionalistas bálticas. En contrapartida, en las repúblicas bálticas se asistió a un proceso de recuperación de la memoria de los miles de ciudadanos que lucharon en uniforme alemán, como

miembros de batallones de policía auxiliar —*Schutzmanschaften*— y después como integrantes —voluntarios unos, pseudoforzados la mayoría— en divisiones específicas de las Waffen SS, de modo particular en el caso letón[545]. Esos combatientes han sido objeto de conmemoraciones regulares, como el «Día de la Legión Letona» cada 16 de marzo, disfrutando de apoyos institucionales; también les fueron dedicados algunos monumentos, como el memorial a los legionarios letones de las Waffen SS en el cementerio militar de Lestene. Su peripecia sería la de unos patriotas pragmáticos que, forzados por las circunstancias, combatían al ocupante soviético con la esperanza de constituir un embrión de ejército nacional; para los rusos, seguían siendo fascistas y traidores. El alcalde de una localidad estonia inauguró un monumento a los «luchadores por la independencia contra el bolchevismo» de 1941-1945, que representaba a un legionario estonio en uniforme de la Wehrmacht, aunque sin distintivos nazis[546].

Ese patrón discursivo general admite matices y modulaciones propias según cada país y/o cada grupo étnico concreto. En particular, si se disponía de ejemplos de movimientos de resistencia antinazi sin estigma de colaboracionismo, que después se habrían opuesto a los soviéticos. Era el caso de Polonia, víctima de una doble invasión en 1939. El asesinato de cientos de oficiales polacos en Katyn fue negado por la URSS y la Federación Rusa hasta fechas recientes. Además, fueron varios los grupos resistentes que lucharon contra los nazis y que, en mayor o menor medida, también colaboraron con la resistencia judía, como la *Armia Krajowa,* protagonista del alzamiento de Varsovia y objeto predilecto de las narrativas polacas tras 1990, que incidieron también en reivindicar la verdad sobre

Katyn, reforzando el papel de Rusia como gran adversario histórico de la nación polaca[547].

La recuperación de los precedentes de resistencia a nazis y soviéticos se acompañó, en todo caso, de un paradójico olvido: la suerte de los judíos nacionales de cada país durante la ocupación alemana. Tras 1945, el carácter específico del Holocausto contra los hebreos había sido orillado o ensombrecido por el discurso oficial comunista. En su narrativa, la guerra germano-soviética habría tenido como objetivo principal la destrucción de la URSS, y con ella del comunismo internacional; por tanto, las víctimas del nazifascismo eran «antifascistas», categoría que abarcaba a todos y no admitía protagonismos especiales. El olvido de los judíos era palmario en el caso de la política de la memoria de la RDA, pero también se manifestaba en el resto de las democracias populares, como en Polonia, cuyos museos históricos solo mencionaban de forma secundaria a la población judía. Más tarde, los hebreos fueron relegados a un segundo lugar por el discurso de la memoria poscomunista, o cuando menos no siempre individualizados como sería de esperar, a pesar de los intentos, tanto en Ucrania como en Polonia o los países bálticos, de relativizar o negar las tendencias antisemitas de los rehabilitados patriotas.

Placa en recuerdo del alzamiento de Varsovia (Archivo del autor)

Como regla general, los países del espacio postsoviético han elaborado un discurso de la memoria ensimismado en su propio sufrimiento y autorrepresentación martirial. En él, las víctimas equivalentes o comparables de los pueblos vecinos son simplemente ignoradas; y el Holocausto aparece como una realidad ajena, incluso en países como Ucrania, Bielorrusia y Polonia, que constituyeron sus escenarios por antonomasia[548].

7.4. Finlandia: el paradigma de la heroica excepcionalidad

Si existe un caso en Europa donde se registra una acusada continuidad entre el discurso patriótico de guerra de la década de 1940 y el relato memorialístico de posguerra, es sin duda Finlandia. Para la historiografía y la memoria oficial del país, la guerra germano-soviética no fue tal, sino que recibe la denominación oficial de *guerra de continuación,* no equiparable a la agresión alemana. Si sus fuerzas armadas, bajo el mando de un régimen parlamentario, se comprometieron a marchar de la mano de las potencias fascistas, fue para recuperar el territorio perdido en la guerra de invierno. Como vimos, la ofensiva soviética del verano de 1944 llevó al Gobierno finlandés a romper sus promesas de fidelidad al III Reich para firmar una paz separada con la URSS. Como consecuencia, se registraron enfrentamientos armados entre las tropas finlandesas y los cerca de 200.000 soldados alemanes apostados en Laponia. El recuerdo de la corta Guerra de Laponia, saldada con la retirada de las tropas germanas, que practicaron una política de tierra quemada, permitiría compensar en la memoria posterior la colaboración militar con el III Reich[549].

Desde la década de 1960, en la opinión pública finlandesa ha reinado un cierto desconocimiento de las circunstancias concretas de la colaboración germano-finesa en la Operación Barbarroja. El recuerdo de la hermandad de armas con Alemania tiende a ser positivo, e incluso la corta guerra de Laponia es atribuida a la conducta de algunos «nazis» y tropas de las SS, que no empañarían la buena conducta de los militares alemanes hacia la población civil norfinlandesa. La resistencia ofrecida al agresor soviético en 1939-1940 sirve de discurso de legitimación de la *guerra de*

continuación. En ambos casos, se trataría de la respuesta orgullosa de una nación consciente de su invidualidad, capaz de unir a todos los estratos sociales en una lucha por su supervivencia nacional frente a agresores externos[550].

Los monumentos a los caídos y los «cementerios de héroes» esparcidos por todos los cementerios civiles del país —pues la práctica del Ejército finlandés consistió en repatriar de forma sistemática los restos de los caídos a sus localidades de origen— se convirtieron en lugares de culto para las ceremonias y conmemoraciones patrióticas de la posguerra, si bien la neutralidad de Finlandia otorgó a esas celebraciones un carácter más cristiano que nacionalista. A eso se unía la idealización del líder supremo, el mariscal barón Gustaf Mannerheim, como muestra su casa-museo en el barrio de Kalvopulsto (Helsinki)[551], capaz de galvanizar a un ejército de campesinos, obreros y hombres de clase media. Un ejército nacional e interclasista, espejo invertido del concepto de ejército popular bolchevique, capaz de detener a un invasor superior en hombres y medios en un medio hostil. Y que operaba una cualidad catártica: la de sellar la corta pero intensa guerra civil finlandesa de 1918, tapando el recuerdo de los varios miles de víctimas del «terror blanco». La guerra contra la URSS reintegraba así a los socialdemócratas y obreros finlandeses en el cuerpo de la nación.

Al contrario que otros países beligerantes, Finlandia no sufrió invasiones de la mayor parte de su territorio, se contaron pocas víctimas civiles y el número de prisioneros que acabaron en campos soviéticos fue muy reducido. De algún modo, para la población finlandesa la guerra de continuación fue vivida como un conflicto convencional. La conducción de las operaciones bélicas por parte finlandesa se presentaba como humanitaria y ejemplar: soldados con

camuflaje blanco en la nieve, tan puros como su vestimenta. Con todo, se han omitido del discurso público algunos matices menos benévolos y desvelados en los últimos años por la historiografía finlandesa, como la entrega de algunos prisioneros judíos, comisarios políticos y prisioneros del Ejército Rojo a las SS para su ejecución en Carelia, el internamiento de prisioneros y civiles rusos en campos de concentración (y la muerte en ellos de unos 4.200 ciudadanos soviéticos), o la propia participación finlandesa en el sitio de Leningrado. El Holocausto, en particular, es visto con ojos críticos por la población finlandesa, pero también como un acontecimiento lejano y ajeno a la experiencia de su país en la II Guerra Mundial[552]. El *epos* de un pueblo pequeño, obligado a pagar un alto tributo de sangre (2,5 por ciento de su población) por mantener su independencia frente a un enemigo superior, dejaba en la sombra la alianza bélica con el III Reich.

La política de neutralidad y la búsqueda de una relación cordial con la URSS llevó a los gobiernos de Helsinki durante las décadas de 1960 y 1970 a reducir la visibilidad de las conmemoraciones de la II Guerra Mundial. Pero desde mediados de la década de 1980 se asistió a un resurgimiento de los tópicos patrióticos de la inmediata posguerra, que seguían presentando a Finlandia como una víctima y, al mismo tiempo, como un heroico sobreviviente del conflicto. La reavivación del relato heroico acerca de las guerras de invierno y de continuación se expresó en la inauguración de decenas de memoriales a lo largo del país. En ese sentido, las recreaciones fílmicas que inciden en el argumento de la guerra de invierno y la guerra de continuación entre la década de 1950 y los años finales del siglo XX presentan una más que notable continuidad temática. Así se puede apreciar a través de la comparación de dos películas. El film *El*

soldado desconocido (*Tuntematon sotilas,* 1955), de Edvin Laine, se basaba en el relato del mismo título del escritor Vainno Linna, publicado el año anterior y epítome de los valores de masculinidad y heroísmo atribuibles a los soldados, cuya vivencia realista de la dureza de la guerra no cuestionaba la narrativa épica. La producción *Talvisota* (*Guerra de invierno,* 1989), de Pekka Parikka, basada en la novela homónima del escritor Anti Tuuri y objeto de numerosas reposiciones en la televisión pública del país con gran éxito de audiencia, reproducía los mismos tópicos: realismo por un lado, idealización del pueblo en armas por el otro, así como cierta caricaturización del enemigo soviético.

No obstante, en los albores del siglo XXI, coincidiendo con la gradual desaparición de la generación de los veteranos de guerra y la necesidad de insertar la identidad finlandesa en el patrón europeo-occidental de políticas de la memoria, se ha desarrollado una visión cada vez más crítica y distanciada de la narrativa finlandesa de la II Guerra Mundial, combinada con un *boom* reivindicativo por parte de la extrema derecha[553].

7.5. «No sabemos odiar»: la guerra limpia del simpático mediterráneo

Como ya hemos señalado, fueron muy variados los contingentes de tropas voluntarias que participaron, encuadradas en cuerpos de ejército propios o integradas en divisiones de las Waffen SS, en el frente del Este. Al tratarse de combatientes colaboracionistas con los ocupantes alemanes, son simplemente ignorados en el relato de las democracias occidentales de la posguerra. Ni Holanda, ni Francia, ni Bélgica, ni Noruega o Suecia han sentido

necesidad de asumir responsabilidades por los actos que hubiesen podido cometer sus conciudadanos en el frente del Este, ya que habrían obrado con uniforme extranjero y bajo mando de la Wehrmacht o las Waffen SS. La misma norma ha regido para los *malgré nous,* los miles de soldados alsacianos y loreneses reclutados por la Wehrmacht y desplegados en el frente oriental, sobre cuya experiencia y sufrimientos se corrió un velo de silencio en la Francia de la posguerra: resultaban muy incómodas las estadísticas que mostraban que la mayoría de los franceses caídos en los frentes de guerra lo fueron en el Este y con uniforme alemán. Solo los círculos revisionistas y de extrema derecha, así como un amplio sector del nacionalismo flamenco de posguerra, pugnaron por recuperar la *memoria heroica* de unos voluntarios cuyo móvil principal habría sido el anticomunismo, presentándolos como patriotas que se sacrificaron para garantizar la supervivencia de sus naciones en una Europa bajo hegemonía alemana[554].

Los casos italiano y español eran y son, en este respecto, diferentes. Como se ha expuesto, la dimensión y relevancia de su participación militar fueron distintas, como también lo fueron la naturaleza de sus respectivos cuerpos expedicionarios, hubo sensibles diferencias en lo relativo a sus experiencias de guerra. No obstante, los relatos acerca de la experiencia de los soldados en el frente del Este son relativamente semejantes[555]. Un elemento común es, de entrada, la persistencia de una específica memoria profesional del Ejército, protagonista de la campaña de Rusia como institución, y obligado a integrarla en su propia política del recuerdo en la etapa posfascista: desde 1943-1945 en el caso italiano, y a partir de 1975 en el español. En ambos casos, los recursos metanarrativos se basaron en una combinación de externalización de la culpa —todos los

excesos, crímenes y violaciones de las normas de la guerra convencional eran achacables a los alemanes— con el argumento de la condición de víctimas por partida doble o triple (de los desconfiados aliados germanos, de la crueldad soviética y de los propios dirigentes políticos), así como la autopercepción de haberse conducido en la guerra del Este con excepcional generosidad y decencia. La ejecutoria de italianos y españoles habría sido aún más limpia que la de la *limpia* Wehrmacht. En el caso español, un elemento diferencial fue que la memoria de la División Azul osciló, durante el franquismo, entre el silencio y la presentación como una empresa anticomunista, directa continuación de la guerra civil. Si la presencia pública del recuerdo a la participación española en el frente ruso fue reducida durante el franquismo, sus tonos acríticos aún perduraron tras 1975. El discurso de la excepción española, fundado en la ausencia de prejuicios raciales contra rusos y judíos, así como en el buen trato otorgado a prisioneros soviéticos y civiles rusos, se combinó con el aura exótica de la aventura en tierras extrañas, los silencios acerca de cuestiones como la lucha antipartisana, la orden de los comisarios o la medida en que fue testigo del trato alemán a los judíos[556].

En el caso italiano, tras julio de 1943 y con más intensidad desde 1947, los argumentos del relato aceptado como predominante en la esfera pública italiana de posguerra alrededor de la participación propia en el frente ruso giraban en torno a tres estrategias argumentales. En primer lugar, una sistemática externalización de la culpa. Los responsables de matanzas y atrocidades habrían sido única y exclusivamente los alemanes. Esa explicación también se aplicaba para consumo interior: la de Rusia había sido una «guerra de Mussolini», impuesta por la megalomanía del *Duce,* pero no deseada por la inmensa

mayoría del pueblo italiano. Al igual que en las elaboraciones canónicas de la política de la memoria reciente que se generalizaron en Italia tras la guerra, surgía una absoluta separación entre Mussolini y la élite fascista, por un lado, y la auténtica nación italiana, por el otro. En los manuales de historia para la enseñanza primaria y secundaria durante la posguerra, se minusvaloraba de forma sistemática la importancia numérica y estratégica de los contingentes italianos en el frente oriental.

En segundo lugar, la insistencia en el benigno comportamiento italiano hacia la población civil, extendido también a la política de ocupación transalpina en Albania, Eslovenia o Grecia. Los italianos serían incapaces de comportarse como severos ocupantes: *Noi non sappiamo odiare,* escribía en sus memorias del frente ruso, editadas ya en 1947, el que había sido comandante en jefe del Cuerpo de Ejército italiano en Rusia Giovanni Messe, quien acabó luchando al lado de los aliados tras julio de 1943[557]. De ahí surgía el constructo mítico del «bravo italiano», contrapuesto al malvado alemán, acentuado por la propia experiencia de la ocupación germana desde mediados de 1943 y la mitificación de los partisanos en el discurso de la memoria antifascista de posguerra[558].

En tercer lugar, la adopción del estatus de víctima por partida doble, que se conjugaba además con la posibilidad de externalizar el sufrimiento. Los soldados italianos habrían sido víctimas tanto de las duras condiciones de una guerra cruel en un medio físico inhóspito, como de la megalomanía del *Duce*. Esto permitía además salvar de modo conveniente el honor del *Regio Esercito* italiano, presentado como instrumento disciplinado de la ambición de Mussolini, pero que, como en el caso de la *limpia* Wehrmacht, se habría limitado a cumplir con su deber profesional. Los

combatientes transalpinos no solo habrían sufrido los rigores de la guerra y los ataques del enemigo, superior en armamento y efectivos humanos. En el frente, además, habrían padecido vejaciones de dos lados: tanto de los alemanes (desprecio, desconfianza…) como de los soviéticos, en particular durante el penoso cautiverio. Con todo, también habría surgido una especial complicidad entre italianos y civiles ucranianos.

Esos temas se condensaban en varias imágenes de gran impacto en la memorialística italiana de posguerra, resumibles en dos. Por un lado, la *ritirata di Russia,* el desastre de la caída del frente del Don en enero de 1943 y el desordenado retroceso de los soldados italianos en medio de terribles condiciones climáticas. Su difusión en la literatura y en la filmografía italiana de posguerra la ha convertido en un auténtico *lugar de memoria* de la Italia del siglo XX[559]. Por otro lado, el destino trágico de los cautivos en manos soviéticas, y el drama de quienes no pudieron volver a Italia, también omnipresente en el cine transalpino de posguerra: un botón de muestra sería *I girasoli* (Vittorio de Sica, 1970)[560]. Ambos temas se convirtieron en elemento central de buena parte de los testimonios autobiográficos, de relatos de ficción y de recreaciones fílmicas, empezando por las muy exitosas memorias noveladas del médico militar Giulio Bedeschi *Centomila gavette di ghiaccio* [*Cien mil raciones de hielo,* 1963] y las de Mario Rigoni Stern *Il sergente nella neve* [*El sargento en la nieve,* 1953][561].

El paradigma del *bravo italiano* ha sido cuestionado por varios autores, que han señalado el comportamiento ambivalente y no exento de responsabilidades de los soldados italianos en el frente del Este, no tan distinta de la dura política de ocupación itálica en los Balcanes[562]. Sus

conclusiones, sin embargo, han sido mal acogidas por la historiografía militar italiana —en primer lugar, por el propio Estado Mayor del Ejército italiano, que ha impuesto un difícil acceso a la documentación sobre la campaña de Rusia en sus archivos— y por una parte de la opinión pública y publicada. A las iniciativas benéficas y culturales protagonizadas por algunas asociaciones de veteranos en las comarcas donde estuvieron desplegados la mayoría de los soldados italianos en 1942-1943, se unió una campaña pública de *retorno simbólico* de los restos mortales de los soldados caídos, a través de la recuperación de sus placas de identificación, recogidas por lugareños ucranianos, y su entrega a sus descendientes o parientes vivos en Italia, que fueron objeto de programas de la televisión pública RAI. Esas iniciativas demostrarían *a posteriori* que eran los alemanes quienes ejecutaban una guerra de exterminio. Así lo han reiterado también algunos historiadores sobre la base de la documentación soviética, que mostraría que, con todo, la proporción de crímenes de guerra entre las tropas italianas sería muy inferior a la de las alemanas en el frente del Don. Esos hallazgos han sido presentados por las asociaciones de veteranos (en particular de los Alpini) y por el propio Estado Mayor del Ejército italiano como una enésima confirmación del estereotipo del *bravo italiano*[563].

* * *

La comparación de los discursos memorialísticos y los metarrelatos acerca del frente del Este como conflicto multi- y transnacional arroja conclusiones ambiguas. Se trata de un lugar de memoria disputado, o, en cierto sentido, un no-lugar de memoria transnacional, frente al papel que episodios singulares de la guerra germano-soviética —la batalla de Stalingrado, el sitio de Leningrado, la batalla de Berlín, la *retirada de Rusia,* Auschwitz…— sí han jugado y

juegan dentro del imaginario y la memoria pública de distintos países; y aun, como en el caso de Stalingrado, han asumido una significación universal como condensación del *pathos* combatiente, la resistencia heroica y la tragedia de un ejército abandonado.

Es evidente que no existe un discurso consensuado sobre la experiencia del frente del Este y su carácter excepcional dentro de la II Guerra Mundial, en parte por la dificultad de disociar la guerra de exterminio, en sí, de la *Shoah*. El péndulo ha oscilado de manera permanente entre dos polos, Auschwitz y Stalingrado. Cuanto más protagonismo ha adquirido uno, menos visibilidad ha tenido el otro. La imagen del asesinato masivo frente a la tragedia de soldados hambrientos y ateridos en la nieve, a menudo ofrecida como alternativa. Pero se oscurece así el hecho de que conductas heroicas y sufrimientos masivos de los soldados invasores permitían que los hornos de Auschwitz y Treblinka funcionasen a pleno rendimiento en la retaguardia lejana.

En el caso de la guerra germano-soviética parece, de entrada, haber poca duda acerca de las responsabilidades. Hubo un bando agresor (el III Reich y sus aliados) y un país invadido. Pero, a su vez, la víctima había sido perpetradora: la URSS había suscrito año y medio antes un pacto de no agresión con el invasor y se había repartido con él un tercer país. El invadido, a su vez, era un mosaico multinacional y multiétnico, en el que no pocas veces los invasores fueron acogidos como liberadores. La derrota alemana, el conocimiento de las atrocidades nazis y el alto precio en vidas humanas pagado por la URSS oscurecieron esas complejidades. El peso de la culpa ha recaído de forma casi exclusiva sobre Alemania. Y eso ha favorecido que, en la memoria del frente oriental, las estrategias de externalización de la culpa (y/o, simplemente, de las

preguntas incómodas), fácilmente canalizables hacia Alemania y/o los nazis.

Además, la elaboración, tras 1945 en Europa occidental, y tras 1990 en Europa oriental, de un relato nacional propio que individualizase la experiencia de cada colectivo en el frente oriental, y que exaltase la diferencia con las narrativas dominantes (la alemana y la soviética) llevó a una creciente nacionalización de la memoria del frente oriental. Cada país ha buscado su especificidad, «su» lugar en la «guerra de Rusia», y su propia justificación dentro de los grandes relatos: la lucha por la independencia nacional, el anticomunismo o incluso la «reunificación» nacional (Bielorrusia o Ucrania) en el seno de la URSS, al anexionarse territorios polacos o rumanos gracias al avance del Ejército Rojo.

En fin, el frente oriental ofrece un buen ejemplo de la nueva virtualidad que, tras 1946, adquirió la categoría de *víctima,* y en particular de su maleable interpretación: las propias culpas podían ser exorcizadas mediante la autorrepresentación como un colectivo víctima de sus dirigentes, del enemigo, de los aliados prepotentes y del medio físico. Pues el hecho de que en el frente oriental combatiesen a sangre y fuego dos dictaduras facilitó las estrategias no solo de externalización de responsabilidades, sino también de equiparación de ambos contendientes. Salvo el bando soviético y la narrativa de la Gran Guerra Patriótica, poco dada antes y después de 1989 a admitir contradicciones internas, la igualación de los dos males permitía justificar elecciones difíciles y posiciones equidistantes, fuese de los «legionarios» letones o de los soldados finlandeses.

En último lugar, cabe señalar un factor importante en la

conformación de las distintas culturas del recuerdo acerca del frente oriental: la presencia o no de ejércitos regulares en él, y por tanto la necesidad de justificar la continuidad de las propias fuerzas armadas mediante la diferenciación entre una memoria *profesional* del estamento militar —la Bundeswehr, el Regio Esercito Italiano, el Ejército español, el Ejército Rojo— y la meramente *política* de los contingentes de voluntarios. Los ejércitos hubieron de elaborar una imagen de sí mismos lo más limpia y profesional posible. También el Ejército Rojo tuvo que asumir un cierto grado de desestalinización y el papel de sus soldados rasos o *frontoviki* en detrimento de Stalin y/o sus generales.

---

503 Cf. http://www.museum-karlshorst.de.

504 Véanse sin ser exhaustivos, Frei (1996); Reichel (1999, 2001) y Moeller (2001). Una buena síntesis en Wolfrum (2009).

505 Véanse Pätzold (2000); Bald, Klotz y Wette (2001); Wette (2002: 195-244).

506 Echternkamp (2009).

507 Smelser y Davies II (2008).

508 Era el caso de las películas del realizador germano-oriental W. Staudte, desde la temprana *Die Mörder sind unter uns* [*Los asesinos están entre nosotros,* 1946]; o del director Konrad Wolf, a quien se deben títulos como *Lissy* (1956), *Sterne* [*Estrellas,* 1959] y la posterior *Ich war neunzehn* [*Yo tenía diecinueve años,* 1969], donde el protagonista, alter ego autobiográfico del propio Wolf, es un joven alemán refugiado en la URSS que vuelve a su país como oficial del Ejército Rojo, y solo poco a poco descubre que no todos los alemanes fueron corresponsables del nazismo.

509 Morina (2008; 2011: 67-105).

510 Cf. Cohen-Pfister (2006) y Stone (2017). Con todo, la cuestión de las violaciones, por ejemplo, ya era tratada por Günther Grass en *El tambor de hojalata* [*Die Blechtrommel,* 1963], aunque de modo lateral.

511 Kellerhof (2017: 9-11).

512 Goltermann (2009: 345-385).

513 Welzer, Moller y Tschuggnall (2002).

514 Wolfenden (2007).

515 Cf. Kaes (1989: 73-103, 136-190); Moeller (2001: 123-169); Bartov (2003: 29-31).

516 Véase, por ejemplo, Pfeiffer (2012).

517 Prantl (1997).

518 Véanse las reflexiones al respecto de Assmann (2013: 33-42).

519 Cf. Junge (2005) y Fest (2005).

520 Cf. Ulrich (2001); Jahn (2003); Hellbeck (2013).

521 Assmann (2013: 59-60).

522 Testimonio recogido en Hellbeck (2012: 333).

523 Tumarkin (1994: 103-104); Zubkova (1998: 31-40, 101-108).

524 Edele (2008).

525 Ellis (2011: 281-285).

526 Cf., por ejemplo, Stangl (2003) y Fowkes (2002).

527 Cf. Youngblood (2004: 142-146) y Finney (2013).

528 Cf. Tumarkin (1994: 125-132); Palmer (2009); Kirschenbaum (2006).

529 Makhotina *et al.* (2015). Para el caso de Lituania, véase Makhotina (2017: 123-190).

530 Tumarkin (1994: 187-221).

531 Kantor (2011); Edele (2017b).

532 Discurso de Vladimir Putin en Volgogrado, 3.2.2018, en https://actualidad.rt.com/actualidad/261756-discurso-putin-aniversario-victoria-batalla-stalingrado (consultado el 30.4.2018).

533 Véanse Gabowitsch (2003) y Harris (2013).

534 Cf. Bilalutdinov (2017), así como Judkina *et al.* (2017).

535 Cf. Portnov (2008; 2011); Hamsen (2008); Sahm (2008); Hellbeck, Pastushenko y Tytarenko (2017); Kasataja y Sturejka (2017).

536 Apenas un apunte sobre el caso rumano en Ispas (2013).

537 Faraldo (2011: 208-216, 223-125).

538 Samerski (2007); Offe (1994).

539 Cf. Korsunov (2011), Faraldo (2009) y Makhotina (2017: 251-258).

540 VV. AA. (1999).

541 Cf. el clásico artículo de Armstrong (1968).

542 Marples (2010); Rossolinski-Liebe (2014: 459-531).

543 Jilge (2008); Zhurzhenko (2016).

544 Kaprâns y Seljamaa (2017); Makhotina (2017: 419-430).

545 Una muestra del intento, aun desde un nivel de documentación aceptable, de presentar a los voluntarios letones de las Waffen SS como luchadores anticomunistas y simpatizantes del resto de los Aliados, relativizando con argumentos discutibles que muchos de ellos fuesen voluntarios, en Feldmanis (2005). Véase igualmente Ezergailis (1997).

546 Cf. Wezel (2008), así como Brüggemann y Kasekamp (2008).

547 Cf. Borodziej (2011) y Ruchniewicz (2010).

548 Jilge (2007).

549 Ruoho (2013).

550 Cf. Wegner (2008).

551 Cf. http://www.mannerheim-museo.fi. Tal vez no es casualidad que en la portal en la red del museo no se muestran fotos de Mannerheim durante la II Guerra Mundial.

552 Holmila (2011).

553 Cf. Kivimaki (2012); Kinnunen y Jokisipila (2011); Kinnunen (2009).

554 Véanse, por ejemplo, Starcky (1983) y Mabire (1975).

555 Cf. Núñez Seixas (2006b, 2018b).

556 Sobre estas cuestiones, cf. Núñez Seixas (2016: 295-318).

557 Cf. Messe (1947); Osti-Guerrazzi (2010: 266-279; 2011).

558 Focardi (2013).

559 Revelli (1997).

560 Giusti (2003: 97-98).

561 Cf. Rigoni Stern (1994); Rochat (1982); Carteny (2013). En general, Corni (2012).

562 Schlemmer (2005); Osti-Guerrazzi (2013); Rodogno (2006).

563 Cf. Scotoni (2013a, 2013b).

CRONOLOGÍA

1939

— 23 de agosto: Firma del pacto germano-soviético
— 1 de septiembre: Las tropas alemanas invaden Polonia
— 17 de septiembre: La URSS invade el Este de Polonia
— 30 de noviembre: El Ejército Rojo invade territorio finlandés
— 14 de diciembre: La URSS es expulsada de la Sociedad de Naciones

1940

— 11 de febrero: Ofensiva soviética contra las tropas finlandesas
— 12 de marzo: Finlandia firma la paz con la URSS, que se anexiona el istmo de Carelia y las riberas septentrionales del lago Ladoga
— 17-23 de junio: El Ejército Rojo invade Estonia, Letonia y Lituania
— 12 de noviembre: Visita de Molotov a Berlín

1941

— 30 de marzo: Hitler expone en la cancillería sus planes de invasión ante 250 generales de la Wehrmacht
— 22 de junio: Alemania y Rumanía invaden la URSS; Finlandia ataca para recuperar sus territorios perdidos
— 27 de junio: Rumanía declara la guerra a Rusia
— 28 de junio: Las tropas alemanas conquistan Minsk
— 3 de julio: Primera alocución radiada de Stalin al pueblo soviético
— 16 de julio: Los alemanes llegan a Smolensko
— 25 de julio: Conquista de Tallin (Estonia) por los invasores
— 30 de agosto: Conquista del nudo ferroviario de Mga, en dirección a Leningrado
— 19 de septiembre: Las tropas soviéticas se rinden en Kiev
— 29 de septiembre: Comienzo de la matanza de judíos y civiles en Babi Yar
— 30 de septiembre: Operación Tifón: comienzo de la batalla de Moscú
— 2 de octubre: Los alemanes conquistan Orel
— 13 de octubre: Los alemanes conquistan Kalinin
— 20 de octubre: En Moscú se declara el estado de sitio
— 30 de octubre: Comienza el sitio de Sebastopol (Crimea)
— 3 de noviembre: Los alemanes conquistan Kursk
— 6 de noviembre: La Wehrmacht toma el nudo ferroviario de Tichwin
— 26 de noviembre: Los alemanes conquistan Istra
— 6 de diciembre: Comienza la contraofensiva soviética cerca de Moscú
— 15 de diciembre: El Ejército Rojo reconquista Klin e Istra
— 30 de diciembre: Los soviéticos reconquistan Kaluga

1942

— 8 de mayo: Los alemanes atacan en Crimea oriental
— 12 de mayo: Fracaso de la contraofensiva soviética en Kharkiv
— 3 de julio: Caída de Sebastopol en manos de la Wehrmacht
— 20 de julio: Decreto núm. 227 de Stalin
— 13 de septiembre: Ofensiva alemana sobre Stalingrado
— 19 de noviembre: Contraofensiva soviética sobre Stalingrado (Operación Urano)
— 25 de noviembre: Contraofensiva soviética fallida en el sector centro (Operación Marte)

— 16 de diciembre: Ofensiva soviética «Pequeño Saturno» en el Don

1943

— 2 de febrero: Rendición del 6.º Ejército alemán en Stalingrado
— 8 de febrero: Reconquista de Kursk por los soviéticos
— 14 de febrero: Reconquista de Rostov por los soviéticos
— 16 de febrero: Reconquista de Kharkiv por los soviéticos
— 15 de marzo: Los alemanes reconquistan Kharkiv
— 5 de julio: Ofensiva germana sobre Kursk
— 11 de julio: Desembarco aliado en Sicilia
— 12 de julio: Contraofensiva soviética sobe Kursk
— 5 de agosto: El Ejército Rojo conquista Orel y Belgorod
— 23 de agosto: Los soviéticos reconquistan definitivamente Kharkiv
— 25 de septiembre: El Ejército Rojo reconquista Smolensko
— 6 de noviembre: Reconquista de Kiev por los soviéticos

1944

— 27 de enero: Levantamiento del cerco de Leningrado
— 2 de abril: Invasión soviética de Rumanía
— 6 de junio: Desembarco aliado en Normandía
— 9 de mayo: Sebastopol pasa a manos soviéticas
— 18 de mayo: Comienzo de la deportación de los tártaros de Crimea por el NKVD
— 22 de junio: Operación Bagration
— 3 de julio: Reconquista de Minsk por los soviéticos
— 18 de julio: El Ejército Rojo llega a la frontera polaca
— 1 de agosto: Sublevación de Varsovia
— 5 de septiembre: El Ejército Rojo llega a la frontera búlgara
— 2 de octubre: Rendición de las fuerzas rebeldes polacas en Varsovia
— 5 de octubre: El Ejército Rojo llega al Danubio

1945

— 17 de enero: El Ejército Rojo entra en Varsovia
— 4 de febrero: Comienza la Conferencia de Yalta
— 13 de febrero: Caída de Budapest en manos del Ejército Rojo
— 9 de abril: Königsberg se rinde a los soviéticos
— 13 de abril: El Ejército Rojo toma Viena
— 16 de abril: Inicio de la ofensiva sobre Berlín
— 23 de abril: El Ejército Rojo llega a Berlín
— 30 de abril: Hitler y Eva Braun se suicidan en la Cancillería del Reich
— 2 de mayo: Rendición de Berlín
— 6 de mayo: Rendición de Breslavia
— 9 de mayo: Firma de la capitulación incondicional de Alemania por el general Keitel en Karlshorst, Berlín (se considera el 8 de mayo como la fecha oficial).
— 9 de mayo: El Ejército Rojo llega a Praga.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

1. Archivos consultados

Bundesarchiv – Militärarchiv, Freiburg im Breisgau – Archivo Militar Alemán, Friburgo de Brisgovia (BA-MA).

Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes, Berlín – Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores (PAAA).

Archivo del autor.

Archivo de D. José Manuel de Cárdenas, San Sebastián.

2. Referencias bibliográficas

Alegre Lorenz, D. (2017), «Experiencia de guerra y colaboracionismo político-militar: Bélgica, Francia y España bajo el Nuevo Orden (1941-1945)», Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.

Aleksiévich, S. (2015), *El fin del «Homo sovieticus»,* Barcelona: Acantilado.

Aly, G. (2005), *Hitlers Volksstaat. Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus,* Frankfurt a. M.: Fischer.

— (2017), *Europa gegen die Juden: 1880-1945,* Frankfurt a. M.: Fischer.

Aly, G., y Heim, S. (1991), «Deutsche Herrschaft "im Osten": Bevölkerungspolitik und Völkermord», en P. Jahn y R. Rürup (eds.), *Erobern und Vernichten. Der Krieg gegen die Sowjetunion 1941-1945. Essays,* Berlín: Argon, pp. 84-105.

Andreyev, C. (1987), *Vlasov and the Russian Liberation Movement. Soviet Reality and Émigré Theories,* Cambridge *et al.:* CUP.

Angrick, A. (2002), «Zur Rolle der Militärverwaltung bei der Ermordung der sowjetischen Juden», en B. Quinkert (ed.), *«Wir sind die Herren dieses Landes». Ursachen, Verlauf und Folgen des deutschen Überfalls auf die Sowjetunion,* Hamburgo: VSA-Verlag, 104-23.

Antoniou, G., Carrard, Ph., Dordanas, S., Gentile, C., Hale, Ch. y Núñez Seixas, X. M. (2016), «Western and Southern Europe: The cases of Spain, France, Italy, and Greece», en Böhler y Gerwarth (eds.), *The Waffen-SS,* pp. 76-119.

Arad, Y. (ed.) (2009), *The Holocaust in the Soviet Union,* Lincoln / Jerusalén: University of Nebraska Press/ Yad Vashem.

Arbeitskreis Historische Bildforschung (2003), *Der Krieg im Bild – Bilder vom Krieg. Hamburger Beiträge zur Historischen Bildforschung,* Frankfurt a. M.: Peter Lang.

Armstrong, J. A. (1968), «Collaborationism in World War II: The Integral Nationalist Variant in Eastern Europe», *Journal of Modern History,* 40:3, pp. 396-410.

Arnold, K. J. (2005), *Die Wehrmacht und die Besatzungspolitik in den besetzten Gebieten der Sowjetunion. Kriegführung und Radikalisierung im «Unternehmen Barbarossa»,* Berlín: Dunckler & Humblot.

Assmann, A. (2013), *Das neue Unbehagen an der Erinnerungskultur. Eine Intervention,* Múnich: Beck.

Baberowski, J. (2007), *Der Rote Terror: Die Geschichte des Stalinismus,* Frankfurt a. M.: Fischer.

— (2014), *Verbrannte Erde: Stalins Herrschaft der Gewalt,* Múnich: Beck.

— (2018), *Räume der Gewalt,* Frankfurt a. M.: Fischer.

Bacon, E. (1994), *The Gulag at War. Stalin's Forced Labour System in the Light of Archives,* Nueva York: New York UP.

Bajohr, F. y Löw, A. (eds.) (2015), *Der Holocaust. Ergebnisse und neue Fragen der Forschung,* Frankfurt a. M.: Fischer.

Bald, D., Klotz, J. y Wette, W. (eds.) (2001), *Mythos Wehrmacht. Nachkriegsdebatten und Traditionspflege,* Berlín: Aufbau Taschenbuch Verlag.

Balta, S. (2005), *Rumänien und die Grossmächte in der Ära Antonescu (1940-1944),* Stuttgart: Franz Steiner Verlag.

Barber, J. y Harrison, M. (1991), *The Soviet Home Front, 1941-1945: A Social and Economic History of the USSR in World War II,* Londres: Longman.

— (2006), «Patriotic War, 1941-1945», en R. G. Suny (ed.), *The Cambridge History of Russia,* Cambridge: CUP, pp. 197-213.

Bartov, O. (1991), *Hitler's Army, Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Nueva York/ Oxford: Oxford UP.

— (2001 [1985]), *The Eastern Front, 1941-45, German Troops and the Barbarisation of Warfare,* Houndmills/ Nueva York: Palgrave.

— (2002), «L'Opération Barbarossa et les origines de la solution finale», en Audoin-Rouzeau *et al.* (eds.), *La violence de guerre,* pp. 193-217.

— (2003), *Germany's War and the Holocaust: Disputed Histories,* Ithaca/Londres: Cornell UP.

— (2004), «German soldiers and the Holocaust: historiography, research and implications», en O. Bartov (ed.), *The Holocaust: Origins, Implementation, Aftermath,* Londres/Nueva York: Routledge [1.ª ed., 2000], pp. 162-184.

Beck, B. (2004), *Wehrmacht und sexuelle Gewalt. Sexualverbrechen vor deutschen Militärgerichten 1939-1945,* Paderborn: Schöningh.

Becker, J. J. (ed.) (2005), *Histoire culturelle de la Grande Guerre,* París: Armand Colin.

Beevor, A. (1998), *Stalingrad: The Fateful Siege: 1942-1943,* Londres: Penguin.

— (2002), *Berlín. La caída: 1945,* Barcelona: Crítica.

Beevor, A. y Vinogradova, L. (eds.) (2006), *Un escritor en guerra: Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945,* Barcelona: Crítica.

Bene, K. (2013), *La collaboration militaire française dans la Seconde Guerre mondial,* s. l.: Codex.

Beorn, W. W. (2014), *Marching into Darkness. The Wehrmacht and the Holocaust in Belarus,* Cambridge (Ma)/Londres: Harvard UP.

Berkhoff, K. C. (2004), *Harvests of Despair. Life and Death in Ukraine under Nazi Rule,* Cambridge, Ma: Harvard UP.

— (2012), *Motherland in Danger. Soviet Propaganda durint World War II,* Cambridge, Ma: Harvard UP.

Beyda, O. (2016), «A Different Russian Perspective or "Their Long Defeat": White émigrés and the Second World War», en T. Moss y T. Richardson (eds.), *New Directions in War and History: Debating Military History*, Newport (NSW): Big Sky Publishing, pp. 72-87.

Biess, F. (2006), *Homecomings: Returning POWs and the Legacies of Defeat in Postwar Germany,* Princeton, NJ: Princeton UP.

Bilalutdinov, A. (2017), «Die Gedenkinitiative "Unsterbliches Regiment" zwischen Gesellschaft und Politik», en Gabowitsch, Gdaniec y Makhotina (eds.), *Kriegsgedenken,* pp. 126-140.

Blockade (2004), *Blockade Leningrads 1941-44. Dossiers,* Berlín: Deutsch-Russisches Museum Berlin-Karlhorst.

Bertinaria, L. (ed.) (s. f.), *La tragedia italiana sul fronte russo (1941-1941-1943). Immagini di un sofferto sacrificio. Con documenti e testimonianze,* s. l. [Rimini]: s. ed. [Grafiche Nanni].

Birnbaum, Ch. (2013), *«Es ist wie ein Wunder, daß ich noch lebe». Feldpostbriefe aus Stalingrad 1942/43,* Vierkirchen: Blank.

Bogachev, B. (2017), *For the Motherland! For Stalin! A Red Army's Officer's Memoir of the Eastern Front,* Londres: Hurst.

Böhler, J. (2006), *Auftakt zum Vernichtungskrieg. Die Wehrmacht in Polen 1939,* Frankfurt a. M.: Fischer.

Böhler, J. y Gerwarth, R. (eds.) (2016), *The Waffen-SS: A European History,* Oxford: OUP.

Bonn, K. E. (ed.) (2005), *Slaughterhouse: The Handbook of the Eastern Front,* Bedford, PA: Aberjona Press.

Bordjugov, G. (1999), «Terror der Wehrmacht gegenüber der russischen Zivilbevölkerung», en G. Gorzka y K. Stang (eds.): *Der Vernichtungskrieg im Osten – Verbrechen der Wehrmacht in der Sowjetunion aus Sicht russischer Historiker,* Kassel: Kassel UP, pp. 53-68.

Borodziej, W. (2011), «Der Zweite Weltkrieg in der Geschichtspolitik Polens seit 1989», en Troebst y Wolff (ed.), *Erinnern,* pp. 143-150.

Bourke, J. (2008), *Sed de sangre: historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX,* Barcelona: Crítica.

Braake, G. (1985), *Bildchronik der rheinisch-westfälischen 126. Infanterie-Division 1940-1945,* Friedberg: Pollun.

Braithwaite, R. (2006), *Moscú 1941. Una ciudad y su pueblo en guerra,* Barcelona: Crítica.

Brandenberger, D. (2002), *National Bolshevism: Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity, 1931-1956,* Cambridge, Ma: Harvard UP.

Briefe (s. f.): *Briefe aus Russland. Feldpostbriefe des Gefreiten Alois Scheuer 1941-1942,* St. Ingbert: Wassermann Verlag.

Browning, Ch. R. (1992), *The Path to Genocide,* Cambridge *et al.:* CUP.

— (2000), *Nazi Politics, Jewish Workers, German Killers,* Cambridge *et al.:* CUP.

— (2002 [1992]), *Aquellos hombres grises. El batallón 101 y la solución final en Polonia,* Barcelona: Edhasa.

— (2004), *The Origins of the Final Solution. The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942,* Lincoln: The University of Nebraska Press.

Bruder, F. (2007), *«Den ukrainischen Staat erkämpfen oder sterben!». Die Organisation Ukrainischer Nationalisten 1929-1948,* Berlín: Metropol.

Brüggemann, K. y Kasekamp, A. (2008), «The Politics of History and the "War of Monuments" in Estonia», *Nationalities Papers,* 36:3, pp. 425-448.

Bruhns, W. (2004), *Mein Vaters Land. Geschichte einer deutschen Familie,* Múnich: Econ Verlag.

Bruneteau, B. (2003), *«L'Europe nouvelle» de Hitler. Une illusion des intellectuels de la France de Vichy,* París: Éditions du Rocher.

Bruyne, E. de (1991), *Les wallons meurent à l'Est. La Légion Wallonie et Léon Degrelle sur le Front russe 1941-1945,* Bruselas: Didier-Hatier.

Bruyne, E. de y Rikmenspoel, M. (2004), *For Rex and for Belgium. Léon Degrelle and Political & Military Collaboration 1940-45,* Solihull: Helion and Company, Solihull.

Buchbender, O. y Sterz, R. (eds.) (1982), *Das andere Gesicht des Krieges. Deutsche Feldpostbriefe 1939-1945,* Múnich: Beck.

Burds, J. (2017), «"Turncoats, Traitors, and Provocateurs": Communist Collaborators, the German Occupation, and Stalin's NKVD, 1941-1943», *East European Politics and Societies and Cultures,* publicado online.

Carrard, Ph. (2010), *The French who fought for Hitler. Memories from the outcasts,* Cambridge: CUP.

Carteny, A. (2013), «La memorialistica italiana della Campagna di Russia: (Bedeschi, Rivelli, Rigoni Stern)», en A. Biagini y A. Zarcone (eds.), *La campagna di Russia: Nel 70.º anniversario dell'inizio dell'intervento dello CSIR, Corpo di Spedizione italiano in Russia,* Roma: Edizioni Nuova Cultura, pp. 269-274.

Castillo, J. J. (2014), *Endurance and War. The National Sources of Military Cohesion,* Stanford: Stanford UP.

Cataruzza, M. (2006), «The Historiography of the Shoah – An Attempt at a Bibliographical Synthesis», *Totalitarismus und Demokratie,* 3:2, pp. 285-321.

Cataruzza, M., Dyroff, S. y D. Langewiesche (eds.) (2012), *Territorial Revisionism and the Allies of Germany in the Second World War. Goals, Expectations, Practices,* Nueva York/Oxford: Berghahn.

Chiari, B. (2005), «Zwischen Hoffnung und Hunger. Die sowjetische Zivilbevölkerung unter deutscher Besatzung», en Hartmann, Hürter y Jureit (eds.), *Verbrechen,* pp. 145-154.

Christensen, C. B., Poulsen, N. B. y Smith, P. S. (2014), «Dänen in der Waffen-SS 1940-1945. Ideologie, Integration und Kriegsverbrechen im Vergleich mit anderen «germanischen» Soldaten», en Schulte, Lieb y Wegner (eds.), *Die Waffen-SS,* pp. 196-215.

Clark, A. (2005 [1965]), *Barbarossa. The Russian-German Conflict, 1941-1945,* Londres: Cassell.

Cohen-Pfister, L (2006), «Rape, war and outrage: Changing perceptions on German victimhood in the period of post-Unification», en *id.* y D. Wienröder-Skinner (eds.), *Victims and Perpetrators, 1933-1945: (Re)Presenting the Past in Post-Unification Culture,* Berlín: De Gruyter, pp. 316-336.

Conze, S. (2001), *Sowjetische Industriearbeiterinnen in den vierzigen Jahren: Die Auswirkungen des Zweiten Weltkrieges auf die Erwerbstätigkeit von Frauen in der UdSSR, 1941-1950,* Stuttgart: Franz Steiner Verlag.

Cooper, M. (1979), *The Phantom War: The German Struggle against Soviet Partisans, 1941-1944,* Londres: Mac Donald and Jane's.

Corni, G. (2012), *Raccontare la guerra. La memoria organizzata,* Milán: Mondadori.

Dale, R. (2010), «Rats and Resentment: The Demobilization of the Red Army in Postwar Leningrad», *Journal of Contemporary History,* 45:1, pp. 113-133.

— (2015), *Demobilized Veterans in Late Stalinist Leningrad. Soldiers to Civilians,* Londres: Bloomsbury.

Dallin, A. *et al.* (1964), «Partisan Psychological Warfare and Popular Attitudes», en J. A. Armstrong (ed.), *Soviet Partisans in World War II,* Madison: Univ. of Wisconsin Press, pp. 210-225.

Deletant, D. (2017), «Romania», en Stahel (ed.), *Joining Hitler's Crusade,* pp. 46-78.

Diedrich, T. (2008), *Paulus. Das Trauma von Stalingrad: Eine Biographie,* Paderborn: Schöningh.

Diedrich, T. y Ebert, J. (eds.) (2018), *Nach Stalingrad. Walther von Seydlitz' Feldpostbriefe und Kriegsgefangenenpost 1939-1955,* Göttingen: Wallstein.

Dobrotvorskaja, K. A. (2013), *Blokadnye devocki,* Moscú: Novoe Izdatélsky.

Dornik, W. (2013), «Ganz in den Rahmen dieses Bildes hinein passt auch die Bevölkerung». Raumerfahrung und Raumwahrnehmung von österreichisch-ungarischen Soldaten an der Ostfront des Ersten Weltkrieges», en B. Bachinger y W. Dornik (eds.), *Jenseits des SchützengrabensDer Erste Weltkrieg im Osten: Erfahrung – Wahrnehmung – Kontext,* Innsbruck/Viena/Bozen: Studienverlag, pp. 27-43.

Ebert, J. (2006 [2000]), *Feldpostbriefe aus Stalingrad: November 1942 bis Januar 1943,* Múnich: Dtv.

— (2018), *Junge deutsche und sowjetische Soldaten in Stalingrad: Briefe, Dokumente und Darstellungen,* Göttingen: Wallstein.

Ebert, J. y Peukert, S. (eds.) (2006), *Briefe einer Rotkreuzschwester von der Ostfront,* Göttingen: Wallstein.

Echternkamp, J. (2006), *Kriegsschauplatz Deutschland 1945. Leben in Angst, Hoffnung auf Frieden: Feldpost aus der Heimat und von der Front,* Paderborn: Schöningh.

— (2009), «Mit dem Krieg seinen Frieden schließen – Wehrmacht und Weltkrieg in der Veteranenkultur (1945-1960)», en T. Kühne (ed.), *Von der Kriegskultur zur Friedenskultur? Zum Mentalitätswandel in Deutschland seit 1945,* Münster: Lit, pp. 80-95.

Edele, M. (2008), *Soviet Veterans and the Second World War: A Popular Movement in an Authoritarian Society, 1941-1991,* Oxford/Nueva York: OUP.

— (2016), «Take (No) Prisoners: The Red Army and the German POWs, 1941-1943», *The Journal of Modern History,* 88, pp. 342-379.

— (2017a), *Stalin's Defectors: How Red Army Soldiers became Hitler's Collaborators,* Oxford: OUP.

— (2017b), «Fighting Russia's History Wars. Vladimir Putin and the Codification of World War II», *History and Memory,* 29:2, pp. 90-124.

Eichholz, D. (2002), «Kriegsziele in der UdSSR», en Quinkert (ed.), *«Wir sind die Herren dieses Landes»,* pp. 19-43.

— (2003), *Eine Frau in Berlin. Tagebuchaufzeichnungen vom 20. April bis 22. Juni 1945,* Frankfurt a. M.: Eichborn Verlag [*Eine Frau* (2003)].

— (2005), «Der Krieg gegen die Sowejtunion als Wirtschaftsexpansion und Raubkrieg», en Hartmann, Hürter y Jureit (eds.), *Verbrechen,* pp. 125-135.

Ellis, M. (2011), *The Damned and the Dead: The Eastern Front Through the Eyes of Soviet and Russian Novelists,* Lawrence: The University Press of Kansas.

Ellman, M., y Maksudov, S. (1994), «Soviet deaths in the Great Patriotic War: A Note», *Europe-Asia Studies,* 46:4, pp. 671-680.

Ericson, J. (2003), *The Road to Berlin,* Londres: Cassell.

Ertz, S. (2006), *Zwangsarbeit im stalinistischen Lagersystem: Eine Untersuchung der Methoden, Strategien und Ziele ihrer Ausnutzung am Beispiel Nor*ilsk, *1935-1953.* Berlín: Duncker & Humblot.

Estes, K. W. (2003), *A European Anabasis – Western European Volunteers in the German Army and SS, 1940-1945,* s.l.: Gutenberg-e / Columbia University Press (disponible en: www.gutenberg-e.org/esk01/main.html).

Eulau, H. H. F. (1944), «The New Soviet Nationalism», *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences,* 232:1, pp. 25-32.

Ezergailis, A. (ed.) (1997), *The Latvian Legion: Heroes, Nazis, or Victims? A collection of documents from OSS war-crimes investigation files, 1945-1950,* Riga: Institute of the History of Latvia.

Ezquerra, M. (1947), *Lutei até ao fim: memórias dum voluntário espanhol na Guerra 1939-1945,* Lisboa: Astória.

Falcionelli, A. (1959), *Historia de la Rusia Soviética 1917-1957,* Madrid: Eds. Acies.

Faraldo, J. M.ª (2009), «Ocupantes y ocupados. La memoria de la II Guerra Mundial en Europa central y oriental», *Historia del Presente,* 14, pp. 83-101.

— (2011), *La Europa clandestina: Resistencia a las ocupaciones nazi y soviética (1938-1948),* Madrid: Alianza.

Feldmanis, I. (2005), «Waffen-SS Units of Latvians and Other Non-Germanic Peoples in World War II: Methods of Formation, Ideology and Goals», en VV. AA., *The hidden and forbidden History of Latvia under Soviet and Nazi occupations 1940-1991,* Riga: Institute of the History of Latvia, pp. 122-131.

Fest, J. (2003), *El hundimiento. Hitler y el final del Tercer Reich. Un bosquejo histórico,* Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Figueiredo, I. de (2001), «De norske frontkjemperne – hva litteraturen sier og veien videre», *Historisk Tidsskrift,* 80, pp. 531-551.

Finney, P. (2013), «Vasily Grossman and the myths of the Great Patriotic War», *Journal of European Studies,* 43:4, pp. 312-328.

Fleischhacker, H. (ed.) (1965), *Die deutschen Kriegsgefangenen in der Sowjetunion. Der Faktor Hunger,* Múnich: Wissenschaftliche Kommission für deutsche Kriegsgefangengenengeschichte.

Focardi, F. (2013), *Il cattivo tedesco e il bravo italiano. La rimozione delle colpe della seconda guerra mondiale,* Bari: Laterza.

Förster, A. y Beck, B. (2002), «Post-Traumatic Stress Disordeer and World War II: Can a Psychiatric Concept Help Us Understand Postwar Society», en R. Bessel *et al.* (eds.), *Life after Death. Approaches to a Cultural and Social History of Europe During the 1940s and 1950s,* Cambridge *et al.:* CUP, pp. 15-35.

Förster, J. (1980), «"Croisade de l'Europe contre le bolchévisme": La participation d'unités de volontaires européens à l'opération "Barberousse" en 1941», *Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale,* pp. 1-26.

— (1983a), «Das Unternehmen «Barbarossa» als Eroberungs- und Vernichtungskrieg», en H. Boog *et al.* (ed.), *Das deutsche Reich und der zweite Weltkrieg. Bd. 4: Der Angriff auf die Sowjetunion,* Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, pp. 413-538.

— (1983b), «Die Sicherung des Lebensraumes», in ivi, pp. 1227-1287.

— (1991), «Das nationalsozialistische Herrschaftssystem und der Krieg gegen die Sowjetunion», en Jahn y Rürup (eds.), *Erobern und Vernichten,* pp. 28-46.

— (2001), «Zähe Legenden. Stalingrad, 23. August 1942 bis 2. Februar 1943», en Förster, Pölmann y Walter (eds.), *Schlachten,* pp. 325-337.

— (2005), «Hitlers Verbündete gegen die Sowjetunion 1941 und der Judenmord», en Hartmann, Hürter y Jureit (eds.), *Verbrechen,* pp. 91-97.

Förster, S., Pöhlmann, M., y Walter, D. (eds.) (2001), *Schlachten in der Weltgeschichte. Von Salamis bis Sinai,* Múnich: Beck.

Fowkes, R. (2002), «The Role of Monumental Sculptures in the Construction of Social Space in Soviet Hungary», en VV. AA., *Socialist Spaces: Sites of Everday Life in the Eastern Bloc,* Oxford: Berg, pp. 65-84.

Frei, N. (1996), *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit,* Múnich C. H. Beck.

— (2005), *1945 und wir. Das Dritte Reich im Bewusstsein der Deutschen,* Múnich: C. H. Beck.

Fritz, S. (1995), *Frontsoldaten. The German Soldier in World War II,* Lexington: The University Press of Kentucky.

— (2005), *Endkampf. Soldiers, Civilians, and the End of the Third Reich,* Lexington: The University Press of Kentucky.

— (2011), *Ostkrieg. Hitler's War of Extermination in the East,* Lexington: The University Press of Kentucky.

Gabowitsch, M. (2003), «Der russische "Nationalpatriotismus" der Gegenwart und sein Verhältnis zum Kommunismus», en U. Backes (ed.), *Rechtsextreme Ideologien im 20. und 21. Jahrhundert – Antikommunismus, Heterophobie und sozialrevolutionärer Impuls,* Dresden *et al.:* Hannah-Arendt-Institut/Böhlau, pp. 311-38.

Gabowitsch, M.; Gdaniec, C. y Makhotina, E. (eds.) (2017), *Kriegsgedenken als Event. Der 9. Mai 2015 im postsozialistischen Europa,* Paderborn: Schöningh.

Gallego, F. (2016), «Otto Ohlendorf en perspectiva. Radicalismo ideológico, ingeniería social y violencia de masas en el fascismo alemán», *Historia y Política,* 35, pp. 231-259.

Gander, M. (2002), «Beziehungen zwischen sowjetischen Zwangsarbeitern und deutscher Bevölkerung in Osnabrück», en Quinkert (ed.), *Wir sind die Herren dieses Landes,* pp. 154-165.

Ganzenmüller, J. (2000), «"… die Stadt dem Erdboden gleichmachen". Zielsetzung und Motive der

deutschen Blockade Leningrads», en S. Creuzberger *et al.* (eds.), *St. Petersburg – Leningrad – St. Petersburg. Eine Stadt im Spiegel der Zeit,* Stuttgart: DVA, pp. 179-195.

— (2005), *Das belagerte Leningrad 1941-1945. Die Stadt in den Strategien von Angreifern und Verteidigern,* Paderborn: Schöningh.

— (2011), «Mobilisierungsdiktatur im Krieg. Stalinistische Herrschaft im belagerten Leningrad», *Osteuropa,* 61: 8-9, pp. 117-134.

— (2014), «Hungerpolitik als Problemlösungsstrategie. Der Entscheidungsprozess zur Blockade Leningrads und zur Vernichtung seiner Zivilbevölkerung», en Quinkert y Morré (eds.), *Deutsche Besatzung in der Sowjetunion,* pp. 34-53.

García Pérez, R. (1990), «La idea de la "Nueva Europa" en el pensamiento nacionalista español de la inmediata postguerra 1939-1944», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales,* 5, pp. 203-240.

Gebhardt, M. (2016), *Als die Soldaten kamen. Die Vergewaltigung deutscher Frauen am Ende des Zweiten Weltkriegs,* Múnich: Pantheon.

Gelfand, W. (2008), *Deutschland-Tagebuch 1945-1946. Aufzeichnungen eines Rotarmisten,* Berlín: Aufbau.

Gerlach, Ch. (1999a), *Kalkulierte Morde. Die deutsche Wirtschafts- und Vernichtungspolitik in Weissrussland 1941 bis 1944,* Hamburgo: Hamburger Edition.

— (1999b), «Verbrechen deutscher Fronttruppen in Weissrussland 1941-1944», en K.-H. Pohl (ed.), *Wehrmacht und Vernichtungspolitik. Militär im nationalsozialistischen System,* Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, pp. 89-111.

— (2002), «Operative Planungen der Wehrmacht für den Krieg gegen die Sowjetunion und die deutsche Vernichtungspolitik», en Quinkert (ed.), *Wir sind die Herren dieses Landes,* pp. 55-63.

— (2004), «The Wansee Conference, the Fate of German Jews and Hitler's decision in principle to exterminate all European Jews», en Bartov (ed.), *The Holocaust,* pp. 106-161.

— (2010), *Extreme Violent Societies. Mass Violence in the Twentieth-Century World,* Cambridge: CUP.

— (2017), *Der Mord an den europäischen Juden: Ursachen, Ereignisse, Dimensionen,* Múnich: Beck.

Giolitto, P. (1999), *Volontaires Français sous l'uniforme allemand,* París: Perrin.

Giusti, M.ª T. (2003), *I prigionieri italiani in Russia,* Bolonia: Il Mulino.

— (2016), *La campagna di Russia,* Bari: Laterza.

Glantz, D. M. (1999), *The Battle of Kursk,* Lawrence (Kansas): University Press of Kansas.

— (2001), «The Soviet-German War 1941-1945: Myths and Realities: A Survey Essay», Distinguished Lecture at the Strom Thurmond Institute of Government and Public Affairs, Clemson University, 22.10.2001, disponible en: http://www.strom.clemson.edu/publications/sg-war41-45.pdf.

— (2002), *The Battle for Leningrad 1941-1944,* Lawrence (Kansas): University Press of Kansas.

— (2005), *Colossus Reborn: The Red Army at War, 1941-1943,* Lawrence (Kansas): University Press of Kansas.

— (2006), *Red storm over the Balkans: the failed Soviet invasion of Romania, spring 1944,* Lawrence: University Press of Kansas.

Glantz, D. M. y House, J. M. (1995), *When Titans clashed: How the Red Army stopped Hitler,* Lawrence: University Press of Kansas.

Gogun, A. S. (2015), *Stalins Kommandotruppen 1941-1944: Die ukrainischen Partisanenformationen,* Stuttgart: Ibidem.

Goldhagen, D. J. (1997 [1996]), *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto,* Madrid: Taurus.

Goeschel, Ch. (2006), «Suicide at the End of the Third Reich», *Journal of Contemporary History,* 41:1, pp. 153-173.

— (2011), *Selbstmord im Dritten Reich,* Berlín: Suhrkamp.

Golczewski, F. (2003), «Die Kollaboration in der Ukraine», en VV. AA., *Kooperation und Verbrechen. Formen der «Kollaboration» im östlichen Europa 1939-1945,* Göttingen: Wallstein Verlag, pp. 151-182.

Golczewski, F., y Pickhan, G. (1998), *Russischer Nationalismus. Die russische Idee im 19. und 20. Jahrhundert. Darstellung und Texte,* Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.

Golovcanskij, A. *et al.* (1991), *«Ich will raus aus diesem Wahnsinn». Deutsche Briefe von der Ostfront 1941-45. Aus sowjetischen Archiven,* Wuppertal: Peter Hammer Verlag.

Goltermann, S. (2009), *Die Gesellschaft der Überlebenden. Deutsche Kriegsheimkehrer und ihre Gewalterfahrungen im Zweiten Weltkrieg,* Múnich: Dva.

Gosztony, P. (1976), *Hitlers Fremde Heere. Das Schicksal der nichtdeutschen Armeen im Ostfeldzug,* Düsseldorf/Viena: Econ Verlag.

Götz, A. y Heim, S. (1993 [1991]), *Vordenker der Vernichtung: Auschwitz und die deutschen Pläne für eine neue europäische Ordnung,* Frankfurt a. M.: Fischer.

Goure, L. (1962), *The Siege of Leningrad,* Stanford, Londres: Stanford UP.

Grossman, V. (2018), *Stalingrado. Crónicas desde el frente de batalla,* Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Grüner, F. (2007), *Patrioten und Kosmopoliten. Juden im Sowjetstaat 1941-1953,* Colonia/Weimar: Böhlau.

Grunert, R. (2012), *Der Europagedanke westeuropäischer faschistischer Bewegungen, 1940-1945,* Paderborn: Schöningh.

Guerra, N. (2012), *I volontari italiani nelle Waffen-SS. Il pensiero politico, la formazione culturale e le motivazioni al volontariato. Una storia orale,* Turku: Turun Yliopisto.

Haase, N. y Paul, G. (eds.) (1995), *Die anderen Soldaten. Wehrkraftzersetzung, Gehorsamsverweigerung und Fahnenflucht im Zweiten Weltkrieg,* Frankfurt a. M.: Fischer, 1995.

Hamann, Ch. (2003), «Feindbilder und Bilder vom Feind», en Museum Berlin-Karlshorst (ed.), *Beutestücke. Kriegsgefangene in der deutschen und sowjetischen Fotografie 1941-1945,* Berlín: Ch. Links Verlag, pp. 16-31.

Hamburg Institute for Social Research (ed.) (1999), *The German Army and Genocide. Crimes Against War Prisoners, Jews and Other Civilians in the East, 1939-1944,* Nueva York: The New Press.

Hamsen, I. (2008), «Die politische Planung der Erinnerung: Geschichtskonstruktionen in Belarus zwischen Konflikt und Konsens», *Osteuropa,* 58:6, 187-196.

Harris, M. (2013), «Evolution of the Immortal: Dynamic Images of World War II Heroes», en C. Symmons (ed.), *Post-Communist Transition and Women's Agency in Eastern Europe,* Dordrecht: The Republic of Letters, pp. 15-26.

Hartmann, Ch. (2004), «Verbrecherischer Krieg – Verbrecherische Wehrmacht? Überlegungen zur Struktur des deutschen Ostheeres 1941-1944», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 1, pp. 1-75.

— (2005), «Wie verbrecherisch war die Wehrmacht? Zur Beteiligung von Wehrmachtsangehörigen an Kriegs- und NS-Verbrechen», en Hartmann, Hürter y Jureit (eds.),*Verbrechen,* pp. 69-79.

— (2009), *Wehrmacht im Ostkrieg: Front und militärisches Hinterland 1941/42,* Oldenbourg, Múnich, 2009.

— (2013), *Unternehmen Barbarossa. Der deutsche Krieg im Osten 1941-1945,* Múnich: C. H. Beck (2.ª ed.).

Hartmann, Ch., Hürter, J. y Jureit U. (eds.) (2005), *Verbrechen der Wehrmacht. Bilanz einer Debatte,* Múnich: C. H. Beck.

Hartmann, Ch., Hürter, J., Lieb, P. y Pohl D. (2009), *Der deutsche Krieg im Osten 1941-1944. Facetten einer Grenzüberschreitung,* Múnich: Oldenbourg.

Hasenclever, J. (2010), *Wehrmacht und Besatzungspolitik in der Sowjetunion. Die Befehlshaber der rückwärtigen Gebiete 1941-1943,* Paderborn: Schöningh.

Hass, G. (2002), «Deutsche Besatzungspolitik im Leningrader Gebiet 1941-1944», en Quinkert (ed.), *Wir sind die Herren dieses Landes,* pp. 64-81.

Hastings, M. (2006), *Armagedón: La derrota de Alemania, 1944-1945,* Barcelona: Crítica.

Hausleitner, M., Mihok, B. y Wetzel, J. (eds.) (2001), *Rumänien und der Holocaust. Zu den Massenverbrechen in Transnistrien 1941-1944,* Berlín: Metropol Verlag.

Heer, H. (1999), *Tote Zonen. Die deutsche Wehrmacht an der Ostfront,* Hamburgo: Hamburger Edition.

— (2005), *Vom Verschwinden der Täter. Der Vernichtungskrieg fand statt, aber keiner war dabei,* Berlín: Aufbau Taschenbuch Verlag.

Hellbeck, J (2012), *Die Stalingrad-Protokolle. Sowjetische Augenzeugen berichten aus der Schlacht,* Frankfurt a. M.: Fischer.

— (2013), «Eine Schlacht – Zwei Erinnerungskulturen», en G. Pieken, M. Rogg y J. Wehner (eds.), *Stalingrad,* s. l.: Militärhistorisches Museum der Bundeswehr/Sandstein Verlag, pp. 86-97.

Hellbeck, J. Pastushenko, T. y Tytarenko, D. (2017), «"Wir werden siegen, wie schon vor 70 Jahren unsere Großväter gesiegt haben". Weltkriegsgedenken in der Ukraine im Schatten des neuerlichen Kriegs», en Gabowitsch, Gdaniec y Makhotina (eds.), *Kriegsgedenken,* pp. 41-66.

Herbert, U. (1991), «Zwangsarbeit in Deutschland: Sowjetische Zivilarbeit und Kriegsgefangene 1941-1943», en Jahn y Rürup (eds.), *Erobern und vernichten,* pp. 106-30.

— (1999 [1985]), *Fremdarbeiter. Politik und Praxis des «Ausländereinsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches,* Berlín/Bonn: Dietz.

Herf, J. (1997), *Divided Memory: The Nazi Past in the Two Germanys,* Cambridge *et al.:* CUP.

Hernández Navarro, A. J. (1971 [1945]), *Ida y vuelta,* Madrid: Espasa Calpe.

Hesse, E. (1993), *Der Sowjetrussische Partisanenkrieg 1941-1944 im Spiegel deutscher Kampfanweisungen und Befehle,* Göttingen: Muster-Schmidt.

Hettling, M. (1995), «Täter und Opfer? Die deutschen Soldaten in Stalingrad», *Archiv für Sozialgeschichte,* 35, pp. 515-531.

Heuser, B. (2012), *Rebellen-Partisanen-Guerilleros. Asymmetrische Kriege von der Antike bis heute,* Paderborn: Schöningh.

Hilberg, R. (2005 [1961]), *La destrucción de los judíos europeos,* Madrid: Akal.

Hilger, A. (2003), «Sowjetische Gewharsamsmacht und deutsche Kriegsgefangene 1941-1956. Zum Verhältnis von Völkerrecht und nationalem Interesse im Stalinismus», *Militärgeschichtliche Mitteilungen,* 62, pp. 395-422.

Hill, A. (2005), *The War behind the Eastern Front: Soviet Partisans in North-West Russia, 1941-1944,* Londres: Frank Cass.

— (2009), *The Great Patriotic War of the Soviet Union, 1941-45: A Documentary Reader,* Abingdon: Routledge.

Hillgruber, A. (1965), *Hitlers Strategie. Politik und Kriegführung 1940-1941,* Múnich: Bernard & Graefe.

— (1984), «Der Ostkrieg und die Judenvernichtung», en Ueberschär y Wette (eds.), *Unternehmen Barbarossa,* pp. 219-236.

Hitler, A. (1930 [1925-27]), *Mein Kampf,* Múnich: Verlag Franz Eher Nachfolger (6.ª ed.).

Hoffmann, J. (1983), «Die Kriegführung aus der Sicht der Sowjetunion», en *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg Bd. 4: Der Angriff auf die Sowjetunion,* pp. 848-964.

— (1986 [1976]), *Die Ostlegionen. 1941-1943. Truktataren, Kaukasier und Wogafinnen im deutschen Heer,* Rombach Verlag.

— (1995), *Stalins Verninchtungskrieg 1941-45,* Múnich: Verlag für Wehrwissenschaften.

Holmila, A. (2012), «Varieties of Silence: Collective Memory of the Holocaust in Finland», en T. Kinnunen y V. Kivimaki (eds.), *Finland in World War II: History, Memory, Interpretations,* Leiden/Boston: Brill, pp. 519-560.

Hosking, G. (2002), «The Second World War and Russian National Consciousness», *Past and Present,* 175, pp. 162-187.

Huber, Ch. (2013), *Das Ende vor Augen. Soldaten erzählen aus dem Zweiten Weltkrieg,* Rosenheim: Rosenheimer Verlag.

Huber, F. (2015), *Kind, versprich mir, dass du dich erschießt. Der Untergang der kleinen Leute,* Berlín: Berlin-Verlag.

Humburg, M. (1999), «Siegeshoffnungen und "Herbstkrise" im Jahre 1941. Anmerkungen zu Feldpostbriefen aus der Sowjetunion», *Werkstattgeschichte,* 22, pp. 25-40.

— (2011), «"Jedes Wort ist falsch und falsch-das ist das Wesen des Worts". Vom Schreiben und Schweigen in der Feldpost», en V. Didczuneit, J. Ebert y Th. Jander (eds.), *Schreiben im Krieg-Schreiben vom Krieg. Feldpost im Zeitalter der Weltkriege,* Essen: Klatext, pp. 76-85.

Hurd, M. y Werther, S. (2016), «Waffen-SS veterans and their sites of memory today», en Böhler y Gerwarth (eds.), *The Waffen-SS,* pp. 331-355.

Hürter, J. (2001), «Die Wehrmacht vor Leningrad. Krieg und Besatzungspolitik der 18. Armee im Herbst und Winter 1941/42», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 49:3, pp. 377-440.

— (2006), *Hitlers Heerführer: Die deutschen Oberbefehlshaber im Krieg gegen die Sowjetunion 1941/42,* Múnich: Oldenbourg.

Ingrao, Ch. (2002), «Violence de guerre, violence genocide: Les *Einsatzgruppen»,* en Audoin-Rouzeau *et al.* (eds.), *La violence de guerre,* pp. 219-241.

— (2005), «Une anthropologie historique du massacre: Le cas des *Einsatzgruppen* en Russie», en D. El Kenz (ed.), *Le massacre, objet d'histoire,* París: Gallimard, pp. 351-369.

— (2017), *Creer y destruir. Los intelectuales en la máquina de guerra de las SS,* Barcelona: Acantilado.

Ispas, C. C. (2013), «I veterani in Romania», en Biagini y Zarcone (eds.), *La campagna di Russia,* pp. 225-232.

Jahn, P. (1991), «Russenfurcht und Antibolschewismus. Zur Entstehung und Wirkung von Feindbildern», en Jahn y Rürup (eds.), *Erobern und Vernichten,* pp. 47-64.

— (2000), «Bilder im Kopf – Bilder auf dem Papier», en P. Jahn y U. Schmiegelt (eds.): *Foto-Feldpost. Geknipste Kriegserlebnisse 1939-1945,* Berlín: Museum Berlin-Karlhorst / Elefanten Press, pp. 8-12.

— (ed.) (2003), *Stalingrad erinnern. Stalingrad im deutschen und im russischen Gedächtnis,* Berlín: Links.

Jarov, S. (2013), *Povsednevnaja zizn' blokadnogo Leningrada,* Moscú: Molodaja Gvardija.

Jersak, T. (1999), «Die Interaktion von Kriegsverlauf und Judenvernichtung. Ein Blick auf Hitlers Strategie im Sommer 1941», *Historische Zeitschrift,* 268, pp. 311-374.

Jilge, W. (2007), «Competing Victimhoods – Post-Soviet Ukrainian Narratives on World War II», en E. Barkan, E. A. Cole y K. Struve (eds.), *Shared History – Divided Memory. Jews and Others in Soviet-Occupied Poland, 1939-1941,* Leipzig: Leipziger Universitätsverlag, 2007, pp. 103-131.

— (2008), «Nationalukrainischer Befreiungskampf. Die Umwertung des Zweiten Weltkrieges in der Ukraine», *Osteuropa,* 58:6, pp. 167-186.

Judkina, A. *et al.* (2017), «"Sieg 70" in Russland: Die Regionalisierung der Erinnerung und die Suche nach neuen Formen des Gedenkens», en Gabowitsch, Gdaniec y Makhotina (eds.), *Kriegsgedenken,* pp. 92-125.

Junge, T. (2005), *Hasta el último momento: La secretaria de Hitler cuenta su vida,* Barcelona: Península.

Kaes, A. (1989), *From Hitler to Heimat: The Return of History as Film,* Cambridge (Mass.): Harvard UP.

Kantor, J. Z. (2011), «Historische Wahrheit und historisches Gedächtnis im Russland der Gegenwart», en Troebst y Wolff (eds.), *Erinnern,* pp. 95-101.

Kaprâns, M. y Seljamaa, E.-H. (2017), «Momentaufnahmen einer Erinnerungsgemeinschaft. Die Feiern am 9. Mai in Tallinn und Narva», en Gabowitsch, Gdaniec y Makhotina (eds.), *Kriegsgedenke*n, pp. 172-202.

Kasataja, T. y Sturejka, S. (2017), «Der Tag des Sieges als belarussischer Staatsfeiertag. Administrative Steuerung und ihre Ergebnisse», en Gabowitsch, Gdaniec y Makhotina (eds.), *Kriegsgedenken,* pp. 141-171.

Kay, A. J. (2009), *Exploitation, Resettlement, Mass Murder: Political and Economic Planning for German Occupation Policy in the Soviet Union, 1940-1941,* Nueva York/Oxford: Berghahn.

Kay, A. J., Rutherford, J. y Stahel, D. (eds.) (2012), *Nazi policy on the Eastern front, 1941. Total War, Genocide, and Radicalization,* Rochester, NY: University of Rochester Press.

Keller, R. (2011), *Sowjetische Kriegsgefangene im Deutschen Reich 1941/42,* Göttingen: Wallstein.

Kellerhof, S. F. (2017), *Die NSDAP. Eine Partei und ihre Mitglieder,* Stuttgart: Klett-Cotta.

Kershaw, I. (1987), *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich,* Oxford: OUP.

— (2000), *Hitler1936-1945,* Barcelona: Península, 2 vols.

Kettenacker, L. (2003), *Ein Volk von Opfern? Die neue Debatte um den Bombenkrieg 1940-45,* Berlín: Rowohlt.

Kilian, J. (2011), «Der Russe braucht einen Herrn über sich»: Die Wehrmacht im Leningrader Gebiet», *Osteuropa,* 61:8-9, pp. 65-74.

— (2012), *Wehrmacht und Besatzungsherrschaft im Russischen Nordwestern 1941-1944. Praxis und Alltag im Militärverwaltungsgebiet der Heeresgruppe Nord,* Paderborn: Schöningh.

Kilian, K. (2002), «"Man stirbt nicht gern, wenn man 22 Jahre alt ist, aber ich war bereit": Der Krieg in Russland 1941 bis 1945 im Spiegel deutscher Feldpostbriefe», disponible en: http://www.historisches-centrum.de/forum/kilian02.html.

Kinnunen, T. (2009), «Finnische Kriegserinnerung», en K. von der Lingen (ed.), *Kriegserfahrung und nationale Identität in Europa nach 1945,* Paderborn *et al.:* Schöningh, pp. 350-369.

Kinnunen, T., y M. Jokisipila (2011), «Shifting Images of "Our Wars": Finnish Memory Culture of the World War II», en Kinnunen y Kivimaki (eds.), *Finland in World War II,* pp. 435-482.

Kipp, M. (2007), «The Holocaust in the letters of German soldiers on the Eastern Front (1939-1944)», *Journal of Genocide Research,* 9:4, pp. 601-615.

— (2014), *Großreinemachen im Osten. Feindbilder in deutschen Feldpostbriefen im Zweiten Weltkrieg,* Frankfurt a. M./Nueva York: Campus.

Kirschenbaum, L. A. (2006), *The Legacy of the Siege of Leningrad, 1941-1995: Myths, Memories, and Monuments,* Cambridge: CUP.

Kirschenbaum, L. A., y Wingfield, N. M. (2009), «Gender and the Construction of Wartime Heroism in Czechoslovakia and the Soviet Union», *European History Quarterly,* 39:3, pp. 465-489.

Kivimaki, V. (2012), «Between Defeat and Victory: Finnish Memory Culture of the Second World War»,

Scandinavian Journal of History, 37:4, pp. 482-504.

Klee, E., Dressen W. y Riess, V. (2004), «"Once again I've got to play general for the Jews": From the war diary of Blutordensträger Felix Landau», en Bartov (ed.), *The Holocaust,* pp. 185-203.

Klein, P. (2002), «Zwischen den Fronten. Die Zivilbevölkerung Weissrusslands und der Krieg der Wehrmacht gegen die Partisanen», en Quinkert (ed.), *Wir sind die Herren dieses Landes,* pp. 82-103.

Kliment, C. y Nakladal, B. (1997), *Germany's first ally. Armed forces of the Slovak state 1939-1945,* Londres: Schiffer Publ.

Klug, E. (1987), «Das "asiatische" Russland. Über die Entstehung eines europäischen Stereotyps», *Historische Zeitschrift,* 245, pp. 265-289.

Kluke, P. (1955), «Nationalsozialistische Europaideologie», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 3, pp. 240-270.

Knoch, P. P. (2003), «Das Bild des russischen Feindes», en Wette y Ueberschär (eds.), *Stalingrad,* pp. 160-167.

Korsunov, J. M. (2011), «Memorialkomplexe und Museen zur Geschichte des Zweiten Weltkrieges in Mittel- und Osteuropa», en Troebst (ed.), *Erinnern,* pp. 249-254.

Kosyk, W. (1993), *The Third Reich and the Ukraine,* Nueva York: Peter Lang.

Kott, M., Bubnys, A. y Kraft, Ü. (2016), «The Baltic States: Auxiliaries and Waffen-SS soldiers from Estonia, Latvia and Lithuania», en Böhler y Gerwarth (eds.), *The Waffen-SS,* pp. 120-164.

Kovalev, B. (2009), *Kollaborat' s'ionizm v Rossii v 1941-1945 gg.: tipy i formy,* Novgorod: Novgu imeni i'a' roslava Mudrogo.

— (2011), *Povsednevnai'a zhizn naseleniia Rossii v period natsistskoi okkupatsii,* Moscú: Molodai'a gvardiija.

Kragh, M. (2011), «Soviet Labor Law during the Second World War», *War in History,* 18:4, pp. 531-546.

Krausnick, H. (1977), «Kommissarbefehl und "Gerichtbartskeiterlass Barbarossa" in neuer Sicht», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 25, pp. 682-738.

— (1998[1981]), *Hitlers Einsatzgruppen. Die Truppe des Weltanschauungskrieges 1938-1942*, Frankfurt a. M.: Fischer.

Krivosheev, G. F. *et al.* (eds.) (1997), *Soviet Military Casualties and Combat Losses in the Twentieth Century,* Londres: Greenhill.

Kuby, E. (1966), *Los rusos en Berlín,* Barcelona: Luis de Caralt.

Kucherenko, O. (2011), *Little Soldiers: How Soviet Children Went to War, 1941-1945,* Oxford: OUP.

Kühne, Th. (1999), «Der nationalsozialistische Vernichtungskrieg und die "ganz normalen Deutschen". Forschungsprobleme und Forschungstendenzen der Gesellschaftsgeschichte des Zweiten Weltkrieges. Erster Teil», *Archiv für Sozialgeschichte,* 39, pp. 580-662.

— (2003), «Der Judenretter und seine Kameraden. Gemeinschaftsmoral und Gemeinschaftsterror in der Wehrmacht», en Wette (ed.), *Retter in Uniform,* pp. 32-43.

— (2006), *Kameradschaft. Die Soldaten des nationalsozialistischen Krieges und das 20. Jahrhundert,* Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.

Kühne, Th., y B. Ziemann (eds.) (2000), *Was ist Militärgeschichte?,* Paderborn *et al.:* Schöningh.

Kunz, A. (2007), *Wehrmacht und Niederlage. Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Herrschaft 1944 bis 1945,* Múnich: Oldenbourg.

Kunz, N. (2005), «Das Beispiel Charkow: Eine Stadtbevölkerung als Opfer der deutschen Hungerstrategie 1941/42», en Hartmann, Hürter y Jureit (eds.), *Verbrechen,* pp. 136-144.

Krylowa, N. (2003), «Feldpostbriefe von Rotarmisten – den Verteidigern Stalingrads», en W. Wette y G. R. Ueberschär (eds.), *Stalingrad. Mythos und Wirklichkeit einer Schlacht,* Frankfurt a. M.: Fischer [1992], pp. 103-106.

Lagrou, P. (2002), «Les guerres, les morts et le deuil: Bilan chiffré de la Seconde Guerre Mondiale», en S. Audoin-Rouzeau *et al.* (eds.), *La violence de guerre 1914-1945,* París: Éditions Complexe, pp. 313-327.

Latzel, K. (1998), *Deutsche Soldaten – nationalsozialistischer Krieg? Kriegserlebnis – Kriegserfahrung 1939-1945,* Paderborn: Schöningh.

— (2000), «Kollektive Identität und Gewalt», en P. Jahn y U. Schmiegelt (eds.): *Foto-Feldpost. Geknipste Kriegserlebnisse 1939-1945,* Berlín: Museum Karlhorst, pp. 13-22.

Lefèvre, E., y Mabire, J. (2003 [1995]), *La légion perdue. Face aux partisans 1942,* París: Jacques Grancher.

Lehmann, A. (1986), *Gefangenschaft und Heimkehr. Deutsche Kriegsgefangene in der Sowjetunion,* Múnich:

Beck.
— (2003), «Erinnerungen an die Kriegsgefangenschaft», en Wette y Ueberschär (eds.), *Stalingrad,* pp. 178-189.
Lehnstaedt, S. (2010), *Okkupation im Osten. Besatzeralltag in Warschau und Minsk 1939-1944,* Múnich: Oldenbourg.
Leleu, J.-L. (2007), *La Waffen-SS. Soldats politiques en guerre,* París: Perrin.
Littman, S. (2003), *Pure Soldiers or Sinister Legion: The Ukrainian 14th Waffen SS Division,* Montréal/Nueva York/Londres: Black Rose Books.
Liulevicius, G. (2000), *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity, and German Occupation in World War I,* Cambridge *et al.:* CUP.
— (2006), «Der Osten als apokalyptischer Raum. Deutsche Fronterfahrungen im und nach dem Ersten Weltkrieg», en G. Thum (ed.), *Traumland Osten. Deutsche Bilder vom östlichen Europa im 20. Jahrhundert,* Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, pp. 47-65.
— (2009), *The German Myth of the East: 1800 to the Present,* Oxford: OUP
Lomagin, N. A. (2004), *Neizvéstnaya blocada*, San Petersburgo: Izdátelsky dom Nevá, 2 vols.
Luoni, V. (1990), *Un anno sul fronte russo (diario 1942-43),* Roma: Rivista Militare.
Luther, C. W. H. (2014), *Barbarossa Unleashed: The German Blitzkrieg through Central Russia to the Gates of Moscow June-December 1941,* Atglen: Schiffer Publ.
Luytens, D.-C. (2010), *SS Wallons. Témoignages. Récits de la 28e division SS de grandiers volontaires Wallonie,* Bruselas: Jourdan.
Mabire, J. (1975), *Mourir à Berlin,* París: Fayard.
Madierski, S. (2003), «The War of Extermination: The Crimes of the Wehrmacht in 1941 to 1944», *Rethinking History,* 7:2, pp. 243-254.
Madajczyk, C. (ed.) (1994), *Vom Generalplan Ost zum Generalsiedlungsplan,* Munich *et al.:* Saur.
Makhotina, E. (2017), *Erinnerungen an den Krieg – Krieg der Erinnerungen: Litauen und der Zweite Weltkrieg,* Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
Makhotina, E. *et al.* (eds.) (2015), *Krieg in Museum. Präsentationen des Zweiten Weltkrieges in Museen und Gedenkstätten des östlichen Europa,* Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
Manstein, E. von (1969), *Verlorene Siege,* Frankfurt a. M.: Bernard & Graefe.
Manoschek, W. (ed.) (1995), *«Es gibt nur eines für das Judentum: Venichtung»: Das Judenbild in deutschen Soldatenbriefen,* Hamburgo: Hamburger Edition.
Marples, D. R. (2010), «Anti-Soviet Partisans and Ukrainian Memory», *East European Politics and Societies,* 24:1, pp. 26-43.
Maschke, E. (1965), «Die Verpflegung der deutschen Kriegsgefangenen in der Sowjetunion im Rahmen der sowjetischen Ernährungslage», en H. Fleischhacker (ed.), *Die deutschen Kriegsgefangenen in der Sowjetunion. Der Faktor Hunger,* Bielefeld: Gieseking, pp. VII-LI.
Matejková, J. (2003), «Zur Motivation der Verteidiger von Stalingrad: Eine Analyse offizieller sowjetischer Publikationen», en Wette y Ueberschär (eds.), *Stalingrad*, pp. 221-225.
Matthäus, J. y Bajohr, F. (eds.) (2015), *Alfred Rosenberg. Die Tagebücher von 1934 bis 1944,* Frankfurt a. M.: Fischer.
Mawdsley, E. (2007), *Thunder in the East: The Nazi-Soviet Struggle 1941-1945,* Londres: Hodder Stoughton.
Merridale, C. (2005), *Ivan's War: The Red Army 1939-1945,* Londres: Faber & Faber.
— (2006), «Culture, Ideology and Combat in the Red Army, 1939-45», *Journal of Contemporary History,* 41:2, pp. 305-324.
Messe, G. (1947), *La guerra al fronte russo,* Milán: Rizzoli.
Messerschmidt, J. W. (2006), «The Forgotten Victims of World War II. Masculinities and Rape in Berlin, 1945», *Violence Against Women,* 12:7, pp. 706-712.
Milata, P. (2009), *Zwischen Hitler, Stalin und Antonescu. Rumäniendeutsche in der Waffen-SS,* Colonia/Weimar/Viena: Böhlau.
Mlnarczyk, J. A., Rein, L., Bolianovskyi, A. y Romanko, O. (2016), «Eastern Europe: Belarussian auxiliaries, Ukrainian Waffen-SS soldiers and the special case of the Polish "Blue Police"», en Böhler y Gerwarth (eds.), *The Waffen-SS,* pp. 165-208.
Moeller, R. G. (2001), *War Stories: The Search for a Usable Past in the Federal Republic of Germany,*

Berkeley/Los Ángeles: University of California Press.

Mondini, S. (2008), *Alpini. Parole e immagini di un mito guerriero,* Bari: Laterza,

Moreno Juliá, X. (2004), *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1945,* Barcelona: Crítica.

Morina, Ch. (2008), «Vernichtungskrieg, Kalter Krieg und politisches Gedächtnis: Zum Umgang mit dem Krieg gegen die Sowjetunion im geteilten Deutschland», *Geschichte und Gesellschaft,* 34, pp. 252-291.

— (2011), *Legacies of Stalingrad: Remembering the Eastern Front in Germany since 1945,* Cambridge: CUP.

Motadel, D. (2013), «Islam and Germany's War in the Soviet Borderlands, 1941-5», *Journal of Contemporary History,* 48:4, pp. 784-820.

— (2014), *Islam and Nazi Germany's War,* Cambridge (Mass.)/Londres: The Belknap Press of Harvard UP.

Muchina, L. (2014), *Lenas Tagebuch. Leningrad 1941-1942,* Berlín: List.

Mühlhäuser, R. (2010), *Eroberungen. Sexuelle Gewalttaten und intime Beziehungen deutscher Soldaten in der Sowjetunion 1941-1945,* Hamburgo: Hamburger Edition.

Müller, R.-D. (1984), «Das "Unternehmen Barbarossa" als wirtschaftlicher Raubkrieg», en Ueberschär y Wette (eds.), *Unternehmen Barbarossa,* pp. 173-195.

— (2003), «"Was wir am Hunger ausstehen müssen, könnt Ihr Euch gar nicht denken". Eine Armee verhungert», en Ueberschär y Wette (eds.), *Stalingrad,* pp. 131-145.

— (2007), *An der Seite der Wehrmacht. Hitlers ausländische Helfer beim «Kreuzzug gegen den Bolschewismus» 1941-1945,* Ch. Links, Berlín: Ch. Links.

— *et al.* (eds.) (1998), *Die Tragödie der Gefangenschaft in Deutschland und in der Sowjetunion, 1941-1956,* Colonia: Böhlau.

— y Ueberschär, G. R. (1994), *Kriegsende 1945. Die Zerstörung des Dritten Reiches,* Frankfurt a. M.: Fischer.

Mulligan, T. (1988), *The Politics of Illusion and Empire: German Occupation Policy in the Soviet Union, 1942-1943,* Nueva York: Praeger.

— (2007), «Escape from Stalingrad: Soviet Nationals with the German Sixth Army», *Journal of Slavic Military Studies,* 20:4, pp. 739-748.

Musial, B. (2002), *«Konterrevolutionäre Elemente sind zu erschiessen». Die Brutalisierung des deutsch-russischen Krieges im Sommer 1941,* Viena/Múnich: Propyläen Verlag.

— (2009), *Sowjetische Partisanen 1941-1944: Mythos und Wirklichkeit,* Paderborn: Schöningh.

Naimark, N. M. (1995), *The Russians in Germany. A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949,* Cambridge (Mass.): Harvard UP.

— (2012), «The Russians and Germans: Rape During the War and Post-Soviet Memories», en R. Branche y F. Virgili (eds.), *Rape in Wartime,* Nueva York: Palgrave Macmillan, pp, 201-219.

Nash, D. (2002), *Hell's Gate. The Battle of the Cherkassy Pocket, January to February 1944,* Southbury, CT: RZM Imports.

Naumann, A. (2005), *Freispruch für die deutsche Wehrmacht. «Unternehmen Barbarossa» erneut auf dem Prüfstand,* Tübingen: Grabert-Verlag.

Nekrich, A. M. (1978), *The punished peoples. The deportation and fate of Soviet minorities at the end of the Second World War,* Nueva York: Norton & Co.

Neitzel, S., y Welzer, H. (2011), *Soldaten. Protokolle von Kämpfen,* Töten und Sterben, Frankfurt a. M.: Fischer.

Neulen, H.W. (1992), *An deutscher Seite. Internationale Freiwillige von Wehrmacht und Waffen SS,* Múnich: Universitas.

Newland, S. J. (1991), *Cossacks in the German Army, 1941-1945,* Portland, OR: Frank Cass.

Noble, A. (2006), «The First Frontgau: East Prussia, July 1944», *War in History,* 13:2, pp. 200-216.

— (2008), *Nazi Rule and the Soviet Offensive in Eastern Germany, 1944-1945. The Darkest Hour,* Brighton: Sussex Academic Press.

Núñez Seixas, X. M. (2006a), *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la Guerra Civil española (1936-1939),* Madrid: Marcial Pons.

— (2006b), »Russland war nicht schuldig: Die Ostfronterfahrung der spanischen Blauen Division in Selbstzeugnissen und Autobiographien, 1943-2004», en M. Epkenhans, S. Förster y K. Hagemann (eds.), *Militärische Erinnerungskultur. Soldaten im Spiegel von Biographien, Memoiren und Selbstzeugnissen,* Paderborn: Schöningh, pp. 236-267.

— (2016), *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul, 1941-1945,* Barcelona: Crítica.

— (2018a), «Unable to hate? Some comparative remarks on the war experience of Spanish and Italian soldiers on the Eastern front, 1941-44», *Journal of Modern European History,* 16:2, pp. 269-289.

— (2018b), «Inconvenient Heroes? War Veterans from the Eastern Front in Franco's Spain (1942-1975)», en A. Alcalde y X. M. Núñez Seixas (eds.), *War Veterans and the World after 1945. Cold War Politics, Decolonization, Memory,* Londres: Routledge, pp. 187-202.

— (2018c), «Good Invaders? The Occupation Policy of the Spanish Blue Division in Northwestern Russia, 1941-1944», *War in History,* 25:3, pp. 361-386.

Núñez Seixas, X. M. y J. M.ª Faraldo (2009), «The First Great Patriotic War: Spanish Communists and Nationalism, 1936-1939», *Nationalities Papers,* 37:4, pp. 401-24.

Oberländer, E. (1967), *Sowjetpatriotismus und Geschichte. Dokumentation,* Colonia: Verlag Wissenschaft und Politik.

— (1987) [Zeitgeschichtliche Forschungsstelle Ingolstadt (ed.)], *Der Osten und die deutsche Wehrmacht: Sechs Denkschriften aus den Jahren 1941-1943 gegen die NS-Kolonialthese,* Asendorf: Mut-Verlag.

Offe, C. (1994), *Der Tunnel am Ende des Lichts. Erkundungen der politischen Transformation im Neuen Osten,* Frankfurt a. M.: Campus.

Oldenburg, M. (2004), *Ideologie und militärisches Kalkül. Die Besatzungspolitik der Wehrmacht in der Sowjetunion 1942,* Colonia/Weimar: Böhlau.

Oroquieta Arbiol, G., y García Sánchez, C. (1958), *De Leningrado a Odesa,* Barcelona: AHR.

Osti-Guerrazzi, A. (2010), *«Noi non sappiamo odiare»: L'esercito italiano tra fascismo e democracia,* Turín: UTET.

— (2011), «Wir können nicht hassen». Zum Selbstbild der italienischen Armee während des Krieges und nach dem Krieg«, en H. Welzer, S. Neitzel y Ch. Guderius (eds.), *«Der Führer war wieder viel zu human, viel zu gefühlvoll». Der Zweite Weltkrieg aus der Sicht deutscher und italienischer Soldaten,* Frankfurt a. M.: Fischer, pp. 350-391.

— (2013), *The Italian Army in Slovenia: Strategies of Anti-partisan Repressio*n, *1941-1943*, Basingstoke: Palgrave.

Overmans, R. (2000), *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg,* Múnich: Oldenbourg.

Overy, R. (1998), *Russia's War,* Londres: Penguin.

— (2006), *Dictadores. La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin,* Barcelona: Tusquets.

Packheiser, Ch. (2018), «Fronturlaub – Soldaten zwischen Front, Familie und NS-Regime», Tesis doctoral, Ludwig-Maximilians-Universität, Múnich.

Palmer, S. (2009), «How Memory Was Made: The Construction of the Memorial to the Heroes of the Battle of Stalingrad», *Russian Review,* 68 (2009), pp. 373-407.

Pätzold, K. (2000), *Ihr waret die besten Soldaten. Ursprung und Geschichte einer Legende,* Leipzig: Militzke Verlag.

— (2016), *Der Überfall. Der 22. Juni 1941: Ursachen, Pläne und Folgen,* Berlín: edition Ost.

Payne, S. G. (1995), *Historia del fascismo,* Barcelona: Planeta.

Pelkoffer, H. (ed.) (2005), *Feldpostbriefe aus Russland. Februar 1944-Februar 1945,* Berlín: Frieling-Verlag.

Penter, T. (2003), «Die lokale Gesellschaft im Donbass unter deutscher Okkupation 1941-1943», en VV. AA., *Kooperation und Verbrechen,* pp. 183-223.

— (2005), «Zwangsarbeit – Arbeit für den Feind. Der Donbass unter deutscher Okkupation (1941-1943)», *Geschichte und Gesellschaft,* 31, pp. 68-100.

— (2010), *Kohle für Stalin und Hitler: Arbeiten und Leben im Donbass 1929 bis 1953,* Essen: Klartext.

Peri, A. (2017), *The War Within. Diaries from the Siege of Leningrad,* Cambridge (Ma)/Londres: Harvard UP.

Petke, S. (2014), «Militärische Vergemeinschaftungsversuche muslimischer Soldaten in der Waffen-SS. Die Beispiele der Division "Handschar" und des "Osttürkischen Waffenverbandes der SS"», en Schulte, Lieb y Wegner (eds.), *Die Waffen-SS,* pp. 248-66.

Petrov, Y. y Beyda, O. (2017), «The Soviet Union», en Stahel (ed.), *Joining Hitler's Crusade,* pp. 369-425.

Pfeiffer, M. (2012), *Mein Grossvater im Krieg 1939-1945. Erinnerung und Fakten im Vergleich,* Bremen: Donat Verlag.

Pierik, P. (2001 [1995]), *From Leningrad to Berlin. Dutch Volunteers in the Service of he German Waffen-SS 1941-1945,* Soesterberg: Aspekt.

Platt, K. F. M. y Brandenberger, E. (eds.) (2006), *Epic Revisionism: Russian History and Literature as*

Stalinist Propaganda, Madison, Wis.: The University of Wisconsin Press.

Pleshakov, C. (2005), *Stalin's Folly: The tragic first ten days of World War II on the Eastern Front,* Nueva York: Houghton Mufflin.

Poeppel, H., Prinz von Preussen, W. K. y Von Hase, K. G. (eds.) (1998), *Die Soldaten der Wehrmacht,* Múnich: Herbig.

Pohl, D. (2005), «Die Kooperation zwischen Heer, SS und Polizei in den besetzten sowjetischen Gebieten», en Hartmann, Hürter y Jureit (eds.), *Verbrechen,* pp. 107-116.

— (2008), *Die Herrschaft der Wehrmacht. Deutsche Militärbesatzung und einheimische Bevölkerung in der Sowjetunion 1941-1944,* Múnich: Oldenbourg.

Polian, P. (2002), «La violence contre les prisonniers de guerre soviétiques dans le III Reich et en URSS», en Audoin Rouzeau *et al.* (eds.), *La violence de guerre,* pp. 117-131.

Portnov, A. (2008), «Pluralität der Erinnerung. Denkmäler und Geschichtspolitik in der Ukraine», *Osteuropa,* 58:6, 197-210.

— (2011), «Der "Große Vaterländische Krieg" in den Erinnerungskulturen von Belarus, Moldova und der Ukraine. Versuch eines Vergleichs», en Troebst y Wolff (eds.), *Erinnern,* pp. 227-242.

Prantl, H. (ed.) (1997), *Wehrmachtsverbrechen. Eine deutsche Kontroverse,* Hamburgo: Hoffmann und Campe.

Puente, M. (1954), *Yo, muerto en Rusia (Memorias del alférez Ocañas),* Madrid: Eds. del Movimiento.

Quinkert, B. y J. Morré (eds.) (2014), *Deutsche Besatzung in der Sowjetunion 1941-1944. Vernichtungskrieg, Reaktionen, Erinnerung,* Paderborn: Schöningh.

Ranbow, A. (1995), *Überleben mit Worten. Literatur und Ideologie während der Blockade von Leningrad 1941-1944,* Berlín: Berliner Wissenschafts-Verlag.

Rass, Ch. (2003), *«Menschenmaterial»: Deutsche Soldaten an der Ostfront. Innenansichten einer Infanteriedivision, 1941-1945,* Paderborn: Schöningh.

— (2005), «Verbrecherische Kriegsführung an der Front. Eine Infanteriedivision und seine Soldaten», en Hartmann, Hürter y Jureit (eds.), *Verbrechen,* pp. 80-90.

Reich-Ranicki, M. (2000), *Mi vida,* Barcelona: Galaxia-Gutenberg.

Reichel, P. (1999), *Politik mit der Erinnerung. Gedächtnisorte im Streit um die nationalsozialistische Vergangenheit,* Frankfurt a. M.: Fischer [1995].

— (2001), *Vergangenheitsbewältigung in Deutschland. Die Auseinandersetzung mit der NS-Diktatur von 1945 bis heute,* Múnich: C. H. Beck.

Reese, T. (2000), *The Soviet Military Experience. A History of the Soviet Army, 1917-1991,* Londres: Routledge.

— (2005), *Red Commanders. A Social History of the Soviet Army Officer Corps, 1918-1991,* Lawrence: University Press of Kansas.

— (2011), *Why Stalin's Soldiers fought. The Red Army's military efectiveness in World War II,* Lawrence: University Press of Kansas.

Reese, W. P. [S. Schmitz (ed.)] (2005 [2003]), *Un extraño para mí mismo. Diarios de un soldado alemán. Rusia, 1941-1944,* Barcelona: Debate.

Reid, A. (2011), *Blokada. Die Belagerung von Leningrad, 1941-1944,* Berlín: Berlin-Verlag, 2011.

Rein, L. (2007), «*Untermenschen* in SS-Uniform: 30th Waffen-Grenadier Division of Waffen SS», *Journal of Slavic Military Studies,* 20:23, pp. 329-345.

Revelli, N. (1997), «La ritirata di Russia», en M. Isnenghi (ed.), *I luoghi della memoria. Strutture ed eventi dell'Italia unita,* Roma/Bari: Laterza, pp. 356-379.

Rigoni Stern, M. (1994), *Il sergente nella neve,* Turín: Einaudi, 1953; G. Bedeschi, *Centomila gavette di ghiaccio,* Milán: Mursia [1963].

Roberts, G. (1995), *The Soviet Union and the Origins of the Second World War. Russo-German Relations and the Road to War, 1939-1941,* Nueva York: St. Martin's Press.

Rochat, G. (1982), «Memorialistica e storiografia sulla campagna italiana di Russia 1941-1943», en VV. AA., *Gli italiani sul fronte russo,* Bari: Istituto Storico della Resistenza di Cuneo e Provincia, pp. 465-484.

Rocholl, H. (2009), *Ein Arzt in Stalingrad: Feldpostbriefe und Gefangenenpost des Regimentsarztes Horst Rocholl 1942-1953,* Göttingen: Wallstein.

Rodogno, D. (2006), *Fascism's European Empire: Italian occupation during the Second World War,*

Cambridge: Cambridge UP.

Röger, M. (2015), *Kriegsbeziehungen. Intimität, Gewalt und Prostitution im besetzten Polen 1939 bis 1945,* Frankfurt a. M.: Fischer.

Rohde, H. (1998), «Politische Indoktrination in höheren Stäben und in der Truppe – untersucht am Beispiel des Kommisarbefehls», en Poeppel, Prinz von Preussen y Hase (eds.), *Die Soldaten,* pp. 134-158.

Rohrkamp, R. (2011), *«Weltanschaulich gefestigte Kämpfer»: Die Soldaten der Waffen-SS 1933-1945. Organisation-Personal-Sozialstruktur,* Paderborn: Schöningh.

Römer, F. (2008), *Der Kommissarbefehl. Wehrmacht und NS-Verbrechen an der Ostfront 1941/42,* Paderborn: Schöningh.

— (2012), *Kameraden. Die Wehrmacht von innen,* Múnich/Zúrich: Piper.

— (2013), «Milieus in the Military: Soldierly Ethos, Nationalism and Conformism Among Workers in the Wehrmacht», *Journal of Contemporary History,* 48:1, pp. 125-149.

— (2014), «Der Kommissarbefehl bei den Frontdivisionen des Ostheeres 1941/42», en Quinkert y Morré (eds.), *Deutsche Besatzung in der Sowjetunion,* pp. 95-112.

— (2017), *Die narzisstische Volksgemeinschaft. Theodor Habichts Kampf 1914 bis 1944*, Frankfurt a. M.: Fischer.

Romsics, I. (2017), «Hungary», en Stahel (ed.), *Joining Hitler's Crusade,* pp. 79-106.

Roseman, M. (2002), *La villa, el lago, la reunión. La conferencia de Wannsee y «la solución final»,* Barcelona: RBA.

Rosenberg, A. (1935 [1930]), *Der Mythus des 20. Jahrhunderts. Eine Wertung der seelisch-geistigen Gestaltenkämpfe unserer Zeit,* Múnich: Hoheneichen-Verlag.

Rössler, M. y Schleiermacher, S. (eds.) (1993), *Der «Generalplan Ost». Hauptlinien der nationalsozialistischen Planungs- und Vernichtungspolitik,* Berlín: Akademie.

Rossolinski-Liebe, G. (2014), *Stepan Bandera: The Life and Afterlife of a Ukrainian Nationalist. Fascism, Genocide, and Culdt, 1909-2009,* Stuttgart: Ibidem Press.

Rothstein, R. (1995), «Homeland, Home Town, and Battlefield: The Popular Song», en R. Stites (ed.), *Culture and Entertainment in Wartime Russia,* Bloomington: Indiana UP, pp. 77-94.

Ruchniewicz, K. (2010), «Die polnische Geschichtspolitik der Nach-"Wende"-Zeit am Scheideweg», en S. Troebst (ed.), *Postdiktatorische Geschichtskulturen im Süden und Osten Europas. Bestandsaufnahme und Forschungsperspektiven,* Göttingen: Wallstein, pp. 307-329.

Ruoho, S. (2013), *Der Krieg in Lappland (1941-1944) als geteilte Erinnerungslandschaft,* Norderstedt: Books on Demand.

Rutherford, J. (2014), *Combat and genocide on the Eastern front: The German Infantry's War, 1941-1944,* Cambridge: CUP.

Rychlik, J. (2017), «Slovakia», en Stahel (ed.), *Joining Hitler's Crusade,* pp. 107-133.

Safrian, H. (1996), «Komplizen des Genozids: Zum Anteil der Heeresgruppe Süd in der Verfolgung und Ermordung der Juden in der Ukraine 1941», en W. Manoschek (ed.), *Die Wehrmacht im Rassenkrieg: Der Vernichtungskrieg hinter der Front,* Viena: Picus-Verlag, pp. 90-113.

Sahm, A. (2008), «Im Banne des Krieges. Gedenkstätten und Erinnerungskultur in Belarus», *Osteuropa,* 58:6, pp. 229-245.

Salewski, M. (1985), «National Socialist Ideas on Europe», en W. Lipgens (ed.), *Documents on the History of European Integration. Volume I. Continental Plans for European Union 1939-1945,* Berlín/Nueva York: De Gruyter, 37-178.

Salisbury, H. E. (2003 [1969]), *The 900 Days: The Siege of Leningrad,* Cambridge, Mass.: Da Capo Press.

Samerski, S. (ed.) (2007), *Die Renaissance der Nationalpatrone. Erinnerungskulturen im Ostmitteleuropa in Ostmitteleuropa im 20/21 Jahrhundert,* Colonia *et al.:* Böhlau.

Sánchez Diana, J. M.ª (1993 [1990]), *Cabeza de puente. Diario de un soldado de Hitler,* Alicante: García Hispán.

Satjukow, S. (2008), *Besatzer. «Die Russen» in Deutschland 1945-1994,* Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.

Sauer, A. (2017), *In der Hölle der Ostfront. Schicksal eines jungen Soldaten,* Rosenheim: Rosenheimer.

Scherstjanoi, E. (ed.) (2004), *Rotarmisten schreiben aus Deutschland. Briefe von der Front (1945) und historische Analysen,* Múnich: De Gruyter.

Schlemmer, Th. (2009), *Invasori, non vittime: La campagna italiana di Russia, 1941-1943*, Bari: Laterza [Múnich, 2005].

— (2010), «Gefühlsmäßige Verwandtschaft? Zivilisten, Kriegsgefangene und das königlich-italienische Heer im Krieg gegen die Sowjetunion 1931 bis 1943», en L. Klinkhammer, A. Osti Guerrazzi y T. Schlemmer (eds.), *Die «Achse» im Krieg,* Paderborn: Schöningh, pp. 368-397.

Schlögel, K. (2018), *Das sowjetische Jahrhundert. Archäologie einer untergegangenen Welt,* Múnich: Beck.

Schneider, H. (2003 [1995]), *Kein Himmel über Berlin. Eine Kindheit,* Múnich: Piper.

Schoeps, J. H. (ed.) (1996), *Ein Volk von Mördern? Die Dokumentation zur Goldhagen-Kontroverse und die Rolle der Deutschen im Holocaust,* Hamburgo: Hoffmann und Campe.

Schöttler, P. (2014), «Trois formes de collaboration: l'Europe et la réconciliation franco-allemande – à travers la carrière de Gustav Krukenberg, chef de la "Division Charlemagne"», *Allemagne d'aujourd'hui,* 207, pp. 225-246.

Schornstheimer, M. (1995), *Die leuchtenden Augen der Frontsoldaten. Nationalsozialismus und Krieg in den illustrierten Romanen der fünfziger Jahre,* Berlín: Metropol Verlag.

Schüddekopf, C. (2004 [2002]), *Im Kessel. Erzählen von Stalingrad,* Múnich: Piper.

Schulte, J. E., P. Lieb y B. Wegner (eds.) (2014), *Die Waffen-SS. Neue Forschungen,* Paderborn: Schöningh.

Schulte, T. J. (1989), *The German Army and Nazi Policies in Occupied Russia,* Oxford: Berg.

Scotoni, G. (2013a), «La memoria della guerra sul Don e l'esperienza italo-russa di cooperazione nella regione di Voronezh (1990-2010)», en Biagini y Zarcone (eds.), *La campagna di Russia,* pp. 251-263.

— (2013b), *Il nemico fidato. La guerra di sterminio in URSS e l'occupazione alpina sull' Alto Don,* Trento: Panorama.

Seberechts, F. (2002), *Tussen Schelde en Wolchow. Vlaanderen en het Oostfront,* Bruselas/Amberes: Globe & Perspectief Uitgaven.

Seidel, H.-C. (2005), «Der "Russenstreb': Die betriebliche Organisation des Ausländer- und Zwangsarbeitereinsatzes im Ruhrbergbau während des Zweiten Weltkrieges», *Geschichte und Gesellschaft,* 31, pp. 8-37.

Seidler, W. (1997), *Verbrechen an der Wehrmacht. Kriegsgreuel der Roten Armee 1941/42,* Selent: Pour le Mérite.

Sella, A. (1978), «"Barbarossa": Surprise Attack and Communication», *Journal of Contemporary History,* 13:3, pp. 555-583.

Shepherd, B. (2005), *War in the wild East: The German Army and Soviet Partisans,* Cambridge (Mass.): Harvard UP.

Shils, E. A. y Janowitz, M. (1948), «Cohension and Disintegration in the Wehrmacht in World War II», *Public Opinion Quarterly,* 12:2, pp. 280-315.

Simmons, C. (2002), *Writing the siege of Leningrad: Women's diaries, memoirs, and documentary prose,* Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Smelser, R. y Davies II, E. J. (2008), *The Myth of the Eastern Front. The Nazi Soviet War in American Popular Culture,* Cambridge: Cambridge UP.

Snyder, T. (2011), *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin,* Barcelona: Galaxia-Gutenberg.

Sorlie, S. (2014), «Sonnenrad oder Hakenkreuz. Norwegische Freiwillige in der Waffen-SS und die Herausforderung der Integration», en Schulte, Lieb y Wegner (eds.), *Die Waffen-SS,* pp. 179-195.

SS-Hauptamt (1943), *Aufbruch: Briefe von germanischen Freiwilligen der SS Division Wiking,* Berlín: Nibelungen Verlag.

Stahel, D. (2015), *Kiev, 1941: Hitler's Battle for Supremacy in the East,* Cambridge: CUP.

— ed. (2017), *Joining Hitler's Crusade,* Cambridge: CUP.

Stangl, P. (2003), «The Soviet War Memorial in Teptow, Berlin», *Geographical Review,* 93, pp. 213-236.

Starcky, G. (1983), *L'Alsacien*, París: Éditions France-Empire.

Stargardt, N. (2016), *La guerra alemana. Una nación en armas (1939-1945),* Barcelona: Galaxia-Gutenberg.

Stein, G. H. (1966), *The Waffen SS: Hitler's elite guard at war, 1939-1945,* Ithaca, NY: Cornell UP.

Statiev, A. (2014), «Soviet Partisan Violence against Soviet Civilians: Targeting Their Own», *Europe-Asia Studies,* 66:9, pp. 1525-1552.

Stein, G. H., y Krosby, H. P. (1966), «Das Finnische Freiwilligen Bataillon der Waffen-SS: Eine Studie zur SS-Diplomatie und zur ausländischen Freiwilligen-Bewegung», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 14,

pp. 413-453.

Steinbach, P. (1999), «Krieg, Verbrechen, Widerstand. Die deutsche Wehrmacht im NS-Staat zwischen Kooperation und Konfrontation», en K.-H. Pohl (ed.), *Wehrmacht und Vernichtungspolitik: Militär im nationalsozialistischen System,* Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, pp. 11-37.

Stettner, R. (1996), *«Archipel Gulag». Stalins Zwangslager – Terrorinstrument und Wirtschaftsgigant. Entstehung, Organisation und Funktion des sowjetischen Lagersystems 1928-1956,* Paderborn *et al.:* Schöningh.

Stone, K. (2017), «The mass rapes of 1945 in contemporary memory culture: The (gender) politics of metaphor and metonymy», *European Journal of Cultural Studies,* publicado primero *online.*

Stone, M. (2012), «Italian Fascism's Soviet Enemy and the Propaganda of Hate, 1941-1943», *Journal of Hate Studies: Hate and Political Discourse,* 10, pp. 73-98.

Strauss, W. (1998), *Unternehmen Barbarossa und der russische Historikerstreit,* Múnich: Herbing.

Streit, Ch. (1978), *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen 1941-1945,* Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt.

— (1991), «Ostkrieg, Antibolschewismus und "Endlösung"», *Geschichte und Gesellschaft,* 17, pp. 242-255.

— (1996), «Die sowjetischen Kriegsgefangenen in der Hand der Wehrmacht», en W. Manoschek (ed.), *Die Wehrmacht im Rassenkrieg. Der Vernichtungskrieg hinter der Front,* Viena: Picus Verlag, pp. 74-89.

Struve, K. (2017), *Deutsche Herrschaft, Ukrainischer Nationalismus, antjüdische Gewalt. Der Sommer 1941 in der Westukraine,* Berlín/Boston: De Gruyter.

Taylor, A. J. P. (1961), *The Origins of the Second World War,* Londres: Hamish Hamilton.

Terry, N. (2009), «How Soviet was Russian Society under Nazi Occupation?», en C.-W. Szejnmann (ed.), *Rethinking History, Dictatorship and War: New Approaches and Interpretations,* Londres: Continuum, pp. 131-155.

Timm, U. (2003), *Am Beispiel meines Bruders,* Colonia: Kiepenheuer & Witsch.

Todorov, T. (2002), *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX,* Barcelona: Península.

Töppel, F. (2017), *Kursk 1943. Die größte Schlacht des Zweiten Weltkrieges,* Paderborn: Schöningh (2.ª ed.).

Troebst, S. y J. Wolff (eds.) (2011), *Erinnern an den Zweiten Weltkrieg. Mahnmale und Museen in Mittel- und Osteuropa,* Leipzig: Leipziger Universitätsverlag.

Tumarkin, N. (1994), *The Living and the Dead: The Rise and Fall of the Cult of World War II in Russia,* Nueva York: Harper Collins.

Ueberschär, G. R. (1984a), «Hitlers Entschluss zum «Lebensraum»-Krieg im Osten. Programmatisches Ziel oder militärstrategisches Kalkül?», en Ueberschär y Wette (eds.), *Unternehmen Barbarossa,* pp. 83-110.

— (1984b), «Das Scheitern des Unternehmens "Barbarossa": Der deutsch-sowjetischer Krieg vom Überfall bis zur Wende vor Moskau im Winter 1941/42», en Ueberschär y Wette (eds.), *Unternehmen Barbarossa,* pp. 141-172.

— (ed.) (1995), *Das Nationalkomitee «Freies Deutschland» und der Bund Deutscher Offiziere,* Frankfurt a. M.: Fischer.

— (2003), «Stalingrad – eine Schlacht des Zweiten Weltkrieges», en Wette y Ueberschär (eds.), *Stalingrad,* pp. 18-42.

Ueberschär, G. R. y Wette, W. (eds.) (1984), *«Unternehmen Barbarossa». Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion 1941. Berichte, Analyse, Dokumente,* Paderborn: Schöningh.

Ulrich, B. (2001), «Stalingrad», en E. François y H. Schulze (eds.), *Deutsche Erinnerungsorte,* Múnich: Beck, pp. 332-348.

Umbreit, H. (1992), «Der Partisanenkrieg im Rücken der Ostfront», en J. Förster (ed.), *Stalingrad: Ereignis – Wirkung – Symbol,* Zúrich: Piper, pp. 130-150.

Ungváry, K. (2005a), «Das Beispiel der ungarischen Armee. Ideologischer Vernichtungskrieg oder militärisches Kalkül?», en Hartmann, Hürter y Jureit (eds.), *Verbrechen,* pp. 98-106.

— (2005b), *A magyar honvédség a második világháborúban,* Budapest: Osiris.

Vaksberg, A. (1994), *Stalin against the Jews,* Nueva York: Vintage Books.

Vehviläinen, O. (2002), *Finland in the Second World War. Between Germany and Russia,* Basingstoke: Macmillan.

Virski, F. (1949), *My life in the Red Army,* Nueva York: The Macmillan Co.

Volkmann, H.-E. (1994), *Das Russlandbild im Dritten Reich,* Colonia/Weimar: Böhlau.

VV. AA. (1999), *Bildersturm in Osteuropa. Die Denkmäler der kommunistischen Ära im Umbruch,* Múnich: Lipp.

Von Frijtag Drabbe Künzel, G. (2015), *Hitler's Brudervolk: The Dutch and the Colonization of Occupied Eastern Europe, 1939-1945,* Londres: Routledge.

Voronina, T. (2011), «Heroische Tote. Die Blockade, die Opferzahl und die Erinnerung», *Osteuropa,* 61:8-9, pp. 155-168.

Waage, U. (2004), *Bleib übrig. Aus den Tagebuchaufzeichnungen in der Festung Breslau und der Nachkriegszeit von Januar 1945 bis April 1947,* Halle: Projekte Verlag.

Weber, C. (2015), *Krieg der Täter? Die Massenerschießungen von Katyn,* Hamburgo: Hamburger Edition.

Wegner, B. (1990), «Der Krieg gegen die Sowjetunion 1942/43», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Das deutsche Reich und der zweite Weltkrieg. Bd. 6: der globale Krieg. Die Ausweitung zum Weltkrieg und der Wechsel der Initiative,* Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, pp. 761-1102.

— (1999 [1982]), *Hitlers Politische Soldaten: Die Waffen-SS 1933-1945,* Paderborn: Schöning (6.ª ed.).

— (2008), «Selbstverteidigung, Befreiung, Eroberung? Die finnische Historiographie und der Zweite Weltkrieg«, en R. Bohn, C. Cornelißen y K.-C. Kammers (eds.), *Vergangenheitspolitik und Erinnerungskulturen im Schatten des Zweiten Weltkrieges. Deutschland und Skandinavien seit 1945,* Essen: Klartext, pp. 153-168.

Wehinger, B. y Averyanov, A. (2017), *Otfront – Damals und Heute. Erzählungen russischer Dorfbewohner im einstigen Kampfgebiet bei Moskau, Smolensk und Rzew-Wjazma 1942/43,* Feldkirch: s. ed.

Wehler, H.-U. (2003), *Deutsche Gesellschaftsgeschichte. Vierter Band: Vom Beginn des Ersten Weltkrieges bis zur Gründung der beiden deutschen Staaten 1914-1949,* Múnich: Verlag C. H. Beck.

— (2006), *«Eine lebhafte Kampfsituation». Ein Gespräch mit Manfred Hettling und Cornelius Torp,* Múnich: Beck.

Weiner, A. (2001), *Making Sense of War: The Second World War and the Fate of the Bolshevik Revolution,* Princeton, NJ: Princeton UP.

Welzer, H., Moller, S. y Tschuggnall, K. (2003 [2002]), *Opa war kein Nazi. Nationalsozialismus und Holocaust im Familiengedächtnis,* Frankfurt a. M.: Fischer.

Wettstein, A. (2014), *Die Wehrmacht im Stadtkampf 1939-1942,* Paderborn: Schöningh.

Werner, F. (2008), «"Hart müssen wir hier draußen sein": Soldatische Männlichkeit im Vernichtungskrieg 1941-1944», *Geschichte und Gesellschaft,* 34:1, pp. 5-40.

Wever, B. de (1985), *Oostfronters. Vlamingen in het Vlaams Legioen en de Waffen SS,* Tielt/Weesp: Launoo.

— (1991), «Rebellen an der Ostfront. Die flämischen Freiwilligen der Legion «Flandern» und der Waffen-SS», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 39:4, pp. 589-610.

Wette, W. (1984), «Die propagandistische Begleitmusik zum deutschen Überfall auf die Sowjetunion am 22. Juni 1941», en Ueberschär y Wette (eds.), *Unternehmen Barbarossa,* pp. 111-129.

— ed. (1992), *Der Krieg des kleinen Mannes. Eine Militärgeschichte von unten,* Múnich/Zúrich: Piper.

— (2002), *Die Wehrmacht. Feindbilder, Vernichtungskrieg, Legenden,* Frankfurt a. M.: Fischer.

— (2003a), «Das Massensterben als Heldenepos: Stalingrad in der NS-Propaganda», en Wette y Ueberschär (eds.), *Stalingrad,* pp. 43-60.

— ed. (2003b), *Retter in Uniform. Handlungsspielräume im Vernichtungskrieg der Wehrmacht,* Frankfurt a. M.: Fischer Taschenbuch.

Wezel, K. (2008), «"Okkupanten" oder "Befreier"? Geteilte Erinnerung und getrennte Geschichtsbilder in Lettland», *Osteuropa,* 58:6, pp. 147-158.

Wilhelm, H.-H. (1991), «Motivation und "Kriegsbild" deutscher Generale und Offiziere im Krieg gegen die Sowjetunion», en Jahn y Rürup (eds.), *Erobern und vernichten,* pp. 153-182.

Williams, B. G. (2002), «The Hidden Ethnic Cleansing of Muslims in the Soviet Union: The Exile and Repatriation of the Crimean Tatars», *Journal of Contemporary History,* 37:3, pp. 322-347.

Wilson, A. (1996), *Ukrainian Nationalism in the 1990s: A Minority Faith,* Cambridge *et al.:* CUP.

Wischljow, O. (2002), «Zu militärischen Absichten und Planen der UdSSR im Sommer 1941», en Quinkert (ed.), *Wir sind die Herren dieses Landes,* pp. 44-54.

Wolfenden, H. (2007), «The Representation of *Wehrmacht* Soldiers as Victims in Post-War German Film: *Hunde, wollt ihr ewig leben?* and *Der Arzt von Stalingrad*«, en H. Schmitz (ed.), *A Nation of Victims? Representations of German Wartime Suffering from 1945 to the Present,* Ámsterdam/Nueva York: Rodopi, pp. 71-85.

Wolfrum, E. (2009), «Historia y memoria en Alemania, 1949-2009», *Historia del Presente,* 13, pp. 71-96.

Wrochem, O. von (2006), *Erich von Manstein: Vernichtungskrieg und Geschichtspolitik,* Paderborn *et al.:* Schöningh.

Yarov, S. (2017), *Leningrad 1941-42: Morality in a City under* Siege, Londres: Polity Press.

Youngblood, D. J. (2004), *Russian War Films: On the Cinema Front, 1914-2005,* Lexington: Kansas UP.

Zaloga, S. (2004), *Bagration 1944: the destruction of Army Group Center,* Westport, Conn.: Praeger.

Zaugg, F. (2016), *Albanische Muslime in der Waffen-SS. Von «Großalbanien» zur Division «Skanderberg»,* Paderborn: Schöningh.

Zhurzhenko, T. (2016), «Shared Memory Culture? Nationalizing the "Great Patriotic War" in the Ukrainian-Russian Borderlands», en M. Pakier y J. Wawrzyniak (eds.), *Memory and Change in Europe. Eastern Perspectives,* Nueva York/Oxford: Berghahn, pp. 169-192.

Zimmerer, J. (ed.) (2011), *Von Windhuk nach Auschwitz. Beiträge zum Verhältnis von Kolonialismus und Holocaust,* Münster: Lit.

Zubkova, E. (1998), *Russia after the War: Hopes, Illusions and Disappointments, 1945-1957,* Amonk, NY: Sharpe.

Edición en formato digital: 2018
© Xosé M. Núñez Seixas, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es
ISBN ebook: 978-84-9181-291-3
Este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, y que, de reproducir partes o todo, se haga constar el título y la autoría.
Conversión a formato digital: REGA
www.alianzaeditorial.es

Índice

Índice de abreviaturas y términos rusos y alemanes utilizados 5

Introducción 8

1. Visiones de imperio (1920-1941) 17

1.1. El síndrome del Vístula y la imagen de la URSS en Alemania 20

1.2. El sueño imperial y la preparación de una guerra de exterminio 41

1.3. La leyenda de la «limpia Wehrmacht» y la realidad 57

2. Buscando el corazón de la bestia 66

2.1. Tormenta en la estepa: la Operación Barbarroja 67

2.2. El fin del principio: la batalla de Moscú 83

2.3. Aliados, cruzados y colaboracionistas contra el bolchevismo 97

3. Una guerra diferente: embrutecimiento, explotación y exterminio 126

3.1. El embrutecimiento de las condiciones de combate 127

3.2. Una guerra racial: el destino de los judíos soviéticos 158

3.3. La degradación del prisionero 182

3.4. Agazapados en los bosques: la guerra de los partisanos 203

3.5. ¿Producir o matar? La explotación de los territorios ocupados 229

3.6. Sobre la vida cotidiana de ocupantes y ocupados 250
3.7. ¿Un caso particular? Italianos y españoles en el frente del Este 264
4. Escenarios decisivos 282
4.1. Matar por hambre: el cerco de Leningrado (1941-1944) 283
4.2. La batalla del siglo: Stalingrado (1942-1943) 299
4.3. La última ofensiva: la batalla de Kursk (1943) 326
5. Por la patria soviética hacia la victoria 339
5.1. «Za rodinu, za Stalina!»: movilización, patriotismo y terror 340
5.2. El contraataque definitivo: camino de Alemania (1944) 384
6. La venganza de Iván 404
6.1. La conquista de Berlín (1945): muerte, saqueo y estupro 404
6.2. Un alto precio y una herencia ambigua 426
7. Legado y memoria del frente del este (1945-2018) 438
7.1. Alemania: de víctimas a compañeros de viaje 439
7.2. La larga sombra de la Gran Guerra Patriótica 449
7.3. La Europa oriental postsoviética: ocupantes, ocupados y patriotas 458
7.4. Finlandia: el paradigma de la heroica excepcionalidad 468
7.5. «No sabemos odiar»: la guerra limpia del simpático mediterráneo 471
Cronología 481
Fuentes y Bibliografía 483